

La  
**BIBLIA**  
Popular

Deuteronomio

Josué

Jueces

Rut

1,2 Samuel

1,2 Reyes

1 Crónicas

## 2 Crónicas

Esdras

Nehemías

Ester

Job

Paul O. Wendland

# **La Biblia Popular**

JOHN A. BRAUN

*Editor General*

JOHN C. JESKE

*Editor del Antiguo Testamento*

CURTIS A. JAHN

*Editor del Manuscrito*

## **2 Crónicas**

**Paul O. Wendland**

EDITORIAL NORTHWESTERN  
Milwaukee, Wisconsin, EE.UU.

Ilustraciones internas por Glenn Myers.

Los diagramas y los mapas fueron realizados por la Editorial Northwestern.

El texto bíblico fue tomado de la Santa Biblia, versión reina Valera,  
Revisión 1995, derechos reservados. Usado con permiso.

Derechos Reservados. Ninguna porción de este libro puede ser reproducida,  
ni almacenada en ningún sistema de memoria, ni transmitida por cualquier  
medio sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabado etc., excepto por citas  
breves en artículos analíticos, sin permiso previo de la casa de publicaciones.

Library of Congress Control Number: 20021 13364  
Northwestern Publishing House  
1250 N. 113th St., Milwaukee, WI 53226-3284  
© 2002 por Northwestern Publishing House  
Publicado en 2002  
Impreso en los Estados Unidos de América  
ISBN 0-81000-1514-5

---

# CONTENIDO

*Prefacio del Editor* .....v  
*Prefacio a la edición en español*.....vi

**Introducción** ..... 1

I. Una visión general del reino de Dios desde el comienzo hasta la restauración (1 Crónicas 1–9)\*

II. Dios establece su reino en Israel bajo el gobierno de David (10–29)\*

III. Dios exalta su reino bajo el gobierno de Salomón (2 Crónicas 1–9)..... 18

IV. Dios preserva su reino en Judá hasta el regreso del exilio (10–36)..... 131

\* *Las partes I y II se tratan en 1 Crónicas*

## GRÁFICOS, DIAGRAMAS Y MAPAS

---

<i>La estructura de 2 Crónicas 1–9</i> .....	19
<i>Salomón, el príncipe comerciante</i> .....	28
<i>La importación de maderas del Líbano a Israel</i> .....	37
<i>El templo de Salomón</i> .....	47
<i>Las actividades de Salomón</i> .....	109
<i>La Jerusalén de Salomón</i> .....	113
<i>Las ciudades fortificadas de Roboam</i> .....	144
<i>La victoria de Abías sobre Israel</i> .....	162
<i>La rebelión contra Judá</i> .....	242
<i>La persecución de Jehú a Joram y Ocozías</i> .....	251
<i>Los gobiernos paralelos de los reyes</i> .....	294

## ILUSTRACIONES

---

<i>Salomón dedica el Templo en Jerusalén</i> .....	cubierta
<i>Salomón es hecho rey</i> .....	24
<i>Salomón y la reina de Sabá</i> .....	120

## PREFACIO DEL EDITOR

---

La Biblia Popular es precisamente lo que su nombre implica: una Biblia para el pueblo. Ella incluye el texto completo de la versión Reina-Valera, Revisión de 1995 (El comentario original en inglés se basó en la *New International Version*). Los comentarios que siguen a las secciones de las Escrituras contienen: el trasfondo histórico, explicaciones del texto y aplicaciones personales.

Los autores de La Biblia Popular son eruditos a quienes no falta la sabiduría práctica, adquirida en años de consagración a los ministerios de la enseñanza y la predicación. Por esto, han querido evitar el vocabulario técnico que ha hecho de otras series de comentarios material solamente útil para especialistas en temas bíblicos.

La característica más relevante de estos libros es su Cristocentricidad. Hablando de las escrituras del Antiguo Testamento, Jesús mismo declaró: “Ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39). Cada volumen de La Biblia Popular dirige nuestra atención a Jesucristo; él es el centro de toda la Biblia; él es nuestro único Salvador.

Los comentarios están provistos de mapas y de ilustraciones, e incluso de información arqueológica cuando es apropiado. Todos los libros disponen de encabezamiento en las páginas, lo cual le permite al lector encontrar fácilmente el pasaje que busca.

Esta serie de comentarios fue iniciada por la Comisión sobre Literatura Cristiana del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin.

Es nuestra oración que este empeño continúe tal como comenzó. Dedicamos estos volúmenes a la gloria de Dios y al bien de su pueblo.

*Roland Cap Ehlke*

# PREFACIO A LA EDICIÓN EN ESPAÑOL

---

Los comentarios de esta edición en español han sido ligeramente modificados del libro original para su mejor adaptación a la versión Reina-Valera, Revisión 1995.

Cuando el comentario, originalmente referido al texto de la New International Version, no concuerda plenamente con el de la versión Reina-Valera, Revisión 1995, se cita la Nueva Versión Internacional (en español) o alguna otra versión española de la Biblia. En caso de que algún fragmento del texto bíblico de la versión inglesa no aparezca en ninguna de las versiones antes mencionadas, damos nuestra propia traducción del mismo, haciendo la correspondiente aclaración.

El traductor de este volumen es el Lic. Gonzalo Delgadillo de Bogotá, Colombia. La revisión de este libro fue hecha por la Sra. Albina Teigen, natural de Lima Perú, esposa de un pastor que trabaja en Mankato, Minnesota. El pastor David Haeuser, un misionero que trabaja en Perú, realizó la revisión teológica. Agradecemos la valiosa labor de estos siervos de Dios.

El Decimotavo Domingo después de Pentecostés 2002  
Paul Hartman, coordinador  
Ronald Baerbock, editor de teología  
Publicaciones Multilingües,  
Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin  
El Paso, Texas

## **DONATIVO ESPECIAL**

---

La Comisión para Coordinar las Publicaciones del Sínodo Evangélico Luterano de Wisconsin, WELS Kingdom Workers, La Sociedad Misionera de Damas Luteranas (LWMS) y dos compañías de seguros: Lutheran Brotherhood y Aid Association for Lutherans, contribuyeron con donativos especiales a Publicaciones Multilingües para apoyar la publicación de este volumen. Agradecemos su generoso aporte.

## *Propósito*

La historia no es casualidad; lo que leemos en los periódicos, escuchamos en la radio, y vemos en el televisor no es sólo la deprimente retahíla de crímenes que el hombre comete a diario contra sus semejantes. Dios todavía está a cargo e interviene en todo esto, obra en juicio, pero sobre todo en gracia. Su propósito es salvar en este tiempo a los que él escogió en Cristo antes del comienzo de los tiempos. Este es en pocas palabras el mensaje del cronista.

No hay necesidad de repetir aquí todo lo que se dijo en la introducción del primer libro de Crónicas; lo que sigue tiene el propósito de preparar al lector para entender el segundo volumen de la obra del cronista.

El cronista escribió para la comunidad del pueblo de Dios que había regresado del exilio en Babilonia a la tierra de Judá, comenzando con el decreto de Ciro en el año 537 a.C. Ellos habían ido a reconstruir el Templo y a restablecerse en la tierra. Al hacerlo, afrontaron muchas dificultades, siendo la más grande de ellas la espiritual. La reconstrucción del Templo no se había realizado tan rápido como ellos hubieran esperado, ya que la gente se había enfrascado en sus propios asuntos (Hageo 1). Cuando vieron el tamaño y la belleza de la estructura en la que estaban trabajando, muchos pensaron que ésta no tenía el esplendor que la casa del Señor debía tener (Hageo 2). En vista de las magníficas promesas de restauración que Dios le había hecho a su pueblo por medio de los profetas Isaías y Ezequiel, estos modestos comienzos seguramente les debieron parecer “como nada” (Hageo 2:3). El pueblo de Dios estuvo tentado a desanimarse y a desilusionarse.

Con el paso del tiempo, hubo otras luchas y temores que presionaron desde adentro y desde afuera a la comunidad restaurada. Por ejemplo, habían provocado el resentimiento de las

gentes que los rodeaban cuando, por el celo propio por la pureza de la casa de Jehová, los del pueblo de Judá se negaron rotundamente a permitir que los extranjeros trabajaran junto con ellos en el proyecto del Templo (Esdras 4:1-5). No estarían seguros ante esa interferencia externa hasta que el muro de Jerusalén fuera construido mediante la ayuda providencial de Nehemías.

Sin embargo, los enemigos de afuera no eran tan malos como los de adentro. Cuando se hizo el primer llamado a los exiliados para que regresaran a Jerusalén, un número relativamente escaso de levitas, o trabajadores del Templo, respondió a ella. La falta de entusiasmo por las cosas de Dios también se demostró de otras maneras; en lugar de resistir la presión para permitir que los extranjeros se unieran a ellos, muchas veces los exiliados que regresaron simplemente se rindieron y permitieron que los no judíos formaran parte de la comunidad. Se casaron con ellos (Esdras 9); en una ocasión, a un extranjero importante incluso de le dio un habitación dentro de los recintos sagrados del Templo (Nehemías 13:7). El deseo de pureza racial y ceremonial no era racismo de parte de los judíos piadosos, era más bien una confesión de fe en la promesa que hizo Dios de bendecir a todas las naciones en la simiente de Abraham (Génesis 22:18). Asimismo, la falta de celo por esta forma de santidad demostraba falta de fe en las promesas de Dios y decadencia de su fortaleza espiritual. La corriente del mundo los estaba absorbiendo; se estaban convirtiendo en lo que eran todos los demás.

El profeta Malaquías identificó el mismo letargo espiritual señalando los pecados de su pueblo. Esos pecados eran (1) una tendencia hacia el formalismo religioso (cuando la adoración se convierte en el cumplimiento de ritos externos), (2) la duda creciente respecto a la justicia de Dios, y (3) la falta de apoyo a la obra de Dios. Hasta los sacerdotes eran perezosos y descuidados en el modo en que enseñaban y aplicaban la palabra de Dios. A través de los años, los exiliados que habían regresado de Babilonia se volvieron deficientes en su fe en Dios e indiferentes en el amor hacia su prójimo. No sería exageración decir que los exiliados que

regresaron estaban en inminente peligro de perder su sentido de identidad como el pueblo de Dios y hasta comenzaban a preguntarse si realmente el Dios verdadero se podía encontrar en el Templo y en la adoración.

En respuesta a esta profunda enfermedad espiritual, Dios inspiró al cronista para que escribiera este mensaje. A diferencia de un profeta, del que esperaríamos que hablara con imágenes gráficas, con truenos implacables de la ley, y con tranquilizadoras aplicaciones del evangelio, el cronista habla en un tono más mesurado. Su tarea era volver a contar la historia desde el punto de vista de Dios. No hace muchas aplicaciones específicas de su mensaje, sino que permite que su público saque sus propias conclusiones del material que presenta.

Por ejemplo, en respuesta a la crisis de identidad de su pueblo, el cronista, en su primer libro, mostró por medio de genealogías que eran descendientes de Israel, la nación que Dios había escogido de entre las naciones para que fuera suya. Al terminar el segundo volumen con el regreso de los exiliados, les demostró a los de su pueblo que tenían raíces muy profundas en el pasado glorioso y que su comunidad era la continuación del reino de David y de Salomón. En respuesta a su falta de interés en el Templo y en sus ritos, el cronista resaltó el trabajo de esos dos reyes de Israel, los más destacados, en la construcción del Templo. Dios los había escogido y los había inspirado para ese trabajo, y había bendecido la obra. De manera similar, la generación del cronista podía estar segura de que había sido escogida para reconstruir el Templo. Al igual que los demás, contaban con la bendición de Dios.

En relación con la desobediencia a la ley de Dios por parte de su pueblo, el escritor santo hizo énfasis en la respuesta de Dios cuando castigó a los que en tiempos pasados habían pensado que sabían mejor que Dios cómo conducir su vida. También les demostró que la obediencia a la voluntad de Dios traía con ella sus misericordiosas bendiciones.

Por último, para sostener la esperanza que se había desmoronado, el cronista puso delante de su pueblo una imagen cuidadosamente elaborada de David y Salomón. Hizo énfasis en los aspectos positivos del reinado de estos dos reyes justos, que sirvieron al Señor dedicando su vida a la construcción de la casa de Dios. En esto prefiguraron la venida del Ungido del Señor, el Hijo de David a quien el Señor confirmaría “en [su] Casa y en [su] reino eternamente” (1 Crónicas 17:14). No había un hijo de David reinando sobre Judá en el tiempo en que el cronista escribió, y el país había sido reducido de ser un reino de derecho propio a ser una simple provincia remota en el gran Imperio Persa. Aun así, la palabra de Dios no podía fracasar: el Ungido del Señor iba a venir a gobernar sobre el reino de Dios y a construir la casa de Dios.

### ***Temas importantes***

Como los dos últimos temas que se han mencionado tienen una importancia especial para comprender el segundo libro del cronista, ahora los trataremos con mayor detalle. Vamos a considerar la descripción de David y de Salomón que hace el cronista, y el énfasis que hace en la respuesta de Dios, en bendición y en juicio, al comportamiento moral de su pueblo.

### ***El rey ideal***

Cualquier persona que esté un poco familiarizada con los relatos de la vida de David y de Salomón que se encuentran en 2 Samuel y en 1 Reyes se preguntará: “¿Por qué son tan diferentes los relatos?” Ese es especialmente el caso de Salomón. En 1 Reyes podemos dividir la vida de Salomón en dos fases: primero el sabio comienzo de su gobierno, cuando construyó la casa de Dios, y después el posterior reinado pecaminoso, durante el cual sus muchas esposas apartaron su corazón del Señor para adorar a los ídolos. El escritor de Reyes evalúa el reinado de Salomón diciendo que “hizo Salomón lo malo ante los ojos de Jehová, pues no siguió

cumplidamente a Jehová como su padre David” (1 Reyes 11:6). En 2 Crónicas no se hace mención de las muchas esposas, y no hay ni siquiera una palabra sobre la idolatría de Salomón. Desde el principio hasta el final, el reino de Salomón se presenta como un ejemplo positivo de lo que hace un rey justo de Israel. Eso se da hasta el grado que el cronista puede comparar el comportamiento del pueblo bajo los últimos reyes con las normas establecidas por David y Salomón: “Así fortalecieron el reino de Judá, y confirmaron a Roboam hijo de Salomón, por tres años; porque tres años anduvieron en el camino de David y de Salomón” (2 Crónicas 11:17). Los que han leído 1 Crónicas saben que en la presentación que hace el cronista sobre el reinado de David se eliminan igualmente los aspectos más negativos de su reinado.

¿Qué vamos a hacer con esto? Primero, notemos que el cronista estaba plenamente consciente del otro lado de la historia que estaba relatando. Por ejemplo, aunque no cuenta la historia de David y Betsabé, es seguro que sabía de esta situación (1 Crónicas 3:5). Por esa razón, podemos descartar la sugerencia que han hecho algunos eruditos bíblicos de que el autor inspirado volvió a escribir la historia sin preocuparse por los hechos.

Concuerdar mucho más con el resto de la Palabra de Dios suponer, como lo hace este escritor, que el cronista estaba moldeando y seleccionando su material para revivir la esperanza del pueblo de Dios y darle un nuevo aliciente para esperar con gran anhelo la venida del Mesías.

Algunos han especulado que el cronista escribió en una situación en la que las esperanzas que habían tenido de la pronta llegada del Rey escogido habían cedido a la desesperación por su venida. Dicen que esas esperanzas surgieron por las declaraciones de Hageo en relación con Zorobabel (Hageo 2:23) y fueron confirmadas por el oráculo de Zacarías referente a Josué, el sumo sacerdote (Zacarías 6:12,13).

Nosotros, con visión iluminada por la brillante luz del Nuevo Testamento, entendemos correctamente que esas profecías especiales se referían a Jesús de Nazaret, y nos damos cuenta de

que los profetas hablaban de manera simbólica (Zacarías 3:8) cuando usaron los nombres Zorobabel y Josué al hacer sus predicciones mesiánicas. Al mismo tiempo, podemos ver lo fácil que habría sido para los que vivieron antes del tiempo del cumplimiento confundirse y suponer que los profetas habían hablado acerca de lo que Dios se proponía hacer por medio de estos dos hombres. Si esta línea de pensamiento es correcta, entonces podemos ver fácilmente cómo se enfrió el fervor de la esperanza mesiánica del pueblo de Dios debido a la desaparición de esos dos hombres del panorama terrenal, sin que se hubiera establecido el reino prometido.

Debemos confesar sencillamente que no tenemos suficiente información histórica precisa sobre la situación exacta del mensaje del cronista; los intentos que se hacen para reconstruirla deben quedar como conjeturas con algún fundamento. Podemos decir que el rey ideal, como aparece en los relatos de David y Salomón, es alguien que se muestra completamente dedicado a la verdadera adoración de Dios y a la construcción de la casa del Señor.

Uno de los primeros actos oficiales de David como gobernante de Israel consistió en llevar el Arca al centro del reino, a su nueva capital en Jerusalén. Él mismo, un hombre con las manos manchadas de sangre, no podía edificar el Templo, pero su vida estaba dedicada al éxito del proyecto que su hijo, un hombre de paz, iba a realizar. David aseguró las fronteras de la Tierra Santa sometiendo a todos los enemigos del pueblo de Dios; organizó a los sacerdotes y a los levitas, a los músicos y a los porteros del Templo, a los funcionarios del gobierno y a los jefes del ejército, y a todos los que tenían que ver con la adoración al único Dios verdadero. Cada uno contribuyó a su manera al gran propósito. Después de terminada esa tarea, comisionó a su hijo Salomón, primero en privado y después en presencia de todo el pueblo, para la gran tarea de construir la casa de Dios. Proporcionó recursos materiales y entregó su fortuna personal para el proyecto. Hizo todo lo que podía hacer.

El segundo libro de Crónicas presenta una imagen igualmente positiva de Salomón. El primer acto oficial de Salomón consiste en pedirle a Dios sabiduría para llevar a cabo la gran tarea. La alianza con Hiram y su gran riqueza le proporcionan todos los recursos materiales necesarios para terminarla. La construcción del Templo y el gran día de su dedicación constituyen la cumbre de la carrera de Salomón. Por una fuente improbable, de los labios de los gentiles, Dios ordena el tipo de alabanza que corresponde a ese rey: “Bendito sea Jehová, tu Dios, el cual se ha complacido en ti, colocándote sobre su trono como rey para Jehová, tu Dios; por cuanto tu Dios amó a Israel, para afirmarlo perpetuamente, por eso te ha puesto como rey sobre ellos, para que hagas juicio y justicia” (9:8; vea también 2:11).

A veces el rey ideal, como nos lo presenta el cronista por medio de David y Salomón, le sirve al pueblo no solo como su pastor y gobernante sino también como su sacerdote y profeta. Con esto queremos decir que a veces el cronista muestra a David y a Salomón casi cumpliendo el papel sacerdotal como intermediarios entre el pueblo y su Dios (1 Crónicas 16:2; 2 Crónicas 6:3,12,13). En otras ocasiones, el cronista muestra a David y a Salomón desempeñando la función profética como voceros de Dios y hablando por inspiración (1 Crónicas 28:12; 2 Crónicas 7:12-22). De esta manera el escritor santo le ayuda al pueblo a entender que el Mesías que vendrá será alguien que servirá como el representante de Dios en los tres oficios: Profeta, Sacerdote y Rey.

### ***Bendiciones y castigos inmediatos***

En armonía con su idea general de que Dios dirige, forma y gobierna toda la historia de este mundo, el cronista hace un marcado énfasis en la verdad de que “todo lo que el hombre siembre, eso también segará” (Gálatas 6:7). Podríamos dar infinidad de ejemplos de esto, pero resulta más fácil verlo en relación con la vida de los reyes. La fidelidad trae las bendiciones

de Dios, la obstinada deslealtad hacia el Señor de Israel atrae su pronto castigo. David experimentó la ira de Dios porque pecó orgullosamente, queriendo averiguar el tamaño y el poder de su reino. Sin hacer caso de la advertencia de Joab, quiso saber el número de sus guerreros (1 Crónicas 21). Por otro lado, Salomón recibe riqueza y gloria en respuesta a su humilde oración en la que pide sabiduría (2 Crónicas 1). A través de 2 Crónicas, la larga vida y la riqueza se presentarán como la respuesta de Dios a los reyes que le obedecen, mientras que la enfermedad y los problemas les llegan a los reyes que lo desobedecen.

¿Sigue siendo esta la manera como Dios trata a su pueblo? ¿Acerataríamos al señalar a los más ricos de nuestras congregaciones como los que disfrutaban estas señales del favor de Dios debido a su fidelidad, mientras que los que tienen problemas de enfermedad o de pobreza se les está castigando por su falta de obediencia? Sin tratar de presentar todo lo que la Biblia tiene que decir sobre el tema de las bendiciones y de los castigos temporales, hay algunas observaciones que podemos hacer para mantener nuestros pensamientos orientados en la dirección correcta.

En los días anteriores a la venida de Cristo, Dios seguía tratando a su pueblo como a hijos menores, como dice Pablo en Gálatas 3:23,24; 4:1. En ese tiempo de sombras antes del pleno amanecer de la fe, la palabra de Dios dirigía la esperanza de su pueblo para asociarla con lo que era físicamente más perceptible: la tierra de Israel, el templo de Jerusalén, una larga vida y la prosperidad. El mejor ejemplo de esto es el Cuarto Mandamiento, que les ofrece larga vida a los hijos “en la tierra que Jehová, tu Dios, te da” (Éxodo 20:12) como consecuencia de darles a los padres lo que por derecho se merecen. Asimismo, Dios amenazó a su pueblo del Antiguo Testamento con castigos físicos si dejaban de honrar su pacto de Ley (Deuteronomio 30:15-20).

Al mismo tiempo, Dios también inspiró la escritura de libros tales como el de Job. Éstos fueron un correctivo para quienes, en los tiempos del Antiguo Testamento, pensaban en estos asuntos de una manera demasiado sencilla y se imaginaban que Dios es sólo

un pagador celestial, que recompensa cada acción con bien o con mal. Dios le enseñó a Job que la perspectiva de un ser humano es muy limitada para comprender todas las razones que tiene Dios para actuar como lo hace, y que finalmente no podemos, sólo con el poder de la razón, “justificar los caminos de Dios para los hombres”. En el mismo sentido, el Salmo 73 hace ver que un hijo de Dios sólo podrá comenzar a entender el destino final de los creyentes y de los incrédulos (puesto que a veces está escondido bajo las aparentes injusticias de este mundo) cuando se vuelve a Dios que se ha revelado a través de sus medios señalados (Salmo 73:17). Algunas veces los impíos parecen prosperar, pero en el día del juicio su prosperidad será barrida y pasará como una simple fantasía. Asimismo, el creyente puede sufrir en este mundo, pero sus sufrimientos no se pueden comparar con la gloria que Dios le dará al final (Salmo 73:16-26). Recordamos en todo esto que los hijos de Dios en cualquier época siempre han sido salvados exactamente de la misma manera: “Abram creyó a Jehová y le fue contado por justicia” (Génesis 15:6).

Como creyentes del Nuevo Testamento, nosotros vivimos en la luz plena de la gracia de Dios revelada en el rostro de Jesucristo. Conocemos a nuestro Dios como el que castigó todos nuestros pecados en el cuerpo de Cristo. Después de que él sufrió todo, al final pudo decir triunfante: “¡Consumado es!” Todo el mundo ha sido reconciliado con el Padre en él (2 Corintios 5:19). Ya no hay ira alguna para los que reciben este mensaje de perdón confiando en él. Por otro lado, quienes rechazan este mensaje se ponen fuera de la gracia de Dios y no pueden esperar sino la justa ira de Dios por todo lo que hacen (Marcos 16:16; Juan 3:18).

Sin embargo, decir esto no significa que todas las bendiciones de Dios y todos sus castigos se aplazan hasta el día del juicio. Jesús mismo promete que “todas estas cosas [terrenales] . . . serán añadidas” a los que buscan primero el reino de Dios y su justicia (Mateo 6:33). El pecado sigue teniendo consecuencias también en esta vida presente; incluso los creyentes experimentan los castigos amorosos de Dios que los purifican de la incredulidad que

permanece dentro de ellos (1 Pedro 1:6,7). Sólo la fe puede los considerar como expresiones del amor de Dios; la incredulidad que queda en nosotros sólo siente el dolor (2 Corintios 12:7; Hebreos 12:10,11). Sin embargo, esta fe es tan poderosa que hasta puede librar el corazón para “que también nos gloriamos en las tribulaciones” (Romanos 5:3), ya que tenemos la confianza de que nuestro Padre celestial no tiene otra intención sino que éstas sean para nuestro bien.

Además, ninguna persona impía debe creer la mentira de que Dios ha olvidado cómo castigar el pecado en esta vida, ni pensar que lo más sofisticado es creer en un Dios que les sonríe indulgentemente a los que hacen lo que les parece. En las Escrituras, Ananías es un testimonio en contra de estas ideas (Hechos 5:1-11). No tenemos que buscar muy lejos en nuestra sociedad corrupta para ver a esos que reciben “en sí mismos la retribución debida a su extravío” (Romanos 1:27). Hace mucho tiempo Pablo escribió: “Dios no puede ser burlado” (Gálatas 6:7). Esas palabras siguen siendo válidas.

En la actualidad vivimos en una sociedad que ha concebido un gran desprecio por Dios y su voluntad moral; la gente se ha convencido de que no hay infierno y de que Dios, si es que hace algo en esta vida, sólo deja caer del cielo deleites para los niños. No pueden creer que Dios por algún motivo castigue alguna vez a alguien aquí y ahora. Y cuando se acabe la vida, todos esperan que la luz los rodee. Después de todo, ningún Dios posmoderno jamás sería capaz de diseñar el infierno y mucho menos será capaz de poner a alguien allí.

Los cristianos le deben decir al mundo que todas estas “verdades” terrenales son mentiras condenables que les dan a los pecadores impenitentes un falso sentido de seguridad. Bien puede ser que el cronista les escribió a personas que comenzaban a engañarse de esa manera. Podría ser que su falta de respuesta y de compromiso fue producto de esa incredulidad obstinada que dice “No verá Jah, no lo sabrá el Dios de Jacob” (Salmo 94:7).

Por lo tanto, para entender el mensaje del cronista para su propio pueblo, debemos tener presentes los tiempos y la época durante la cual escribió. Él le enseñó al pueblo de Israel que Dios no había olvidado las amenazas ni las promesas expresadas como parte del pacto de Sinaí. No nos debe sorprender la rapidez con la que Dios les respondió a estos hijos suyos en su juventud. Los que vivimos después de Cristo no esperamos que Dios actúe siempre con nosotros exactamente de la misma manera. Fijamos nuestra mirada en la ciudad celestial y en la vida que está escondida con Cristo en Dios.

Al mismo tiempo, le prestaremos mucha atención a lo que el cronista nos dice aquí. Evitaremos espiritualizar el mensaje del Nuevo Testamento a tal grado que olvidemos el poder de Dios en nuestra vida diaria presente. No actuaremos como si las bendiciones, los juicios y los castigos de Dios se pospusieran tanto que prácticamente no tuvieran relevancia para el mundo en el que vivimos ahora. Le seguiremos anunciando a la sociedad una verdad que ésta preferiría olvidar: Dios todavía está al mando, y él será Dios ya sea que esta sociedad lo quiera o no. Todavía vivimos en un universo moral donde la gente cosecha lo que siembra.

### ***Tema y bosquejo***

“TUYO, JEHOVÁ, ES EL REINO”  
(1 Crónicas 29:11)

- I. Visión general del reino de Dios desde el comienzo hasta la restauración (1 Crónicas 1:1–9:44)\*
- II. Dios establece su reino en Israel bajo el gobierno de David (1 Crónicas 10:1–29:30)\*

\* *Las partes I y II ya se trataron en 1 Crónicas*

### III. Dios exalta su reino bajo el gobierno de Salomón

(2 Crónicas 1:1–9:31)

A. Dios le da a Salomón los dones de la sabiduría y del esplendor (1:1-17)

B. Salomón construye la casa del Señor (2:1–7:22)

1. Salomón hace provisiones para la construcción del Templo (2:1-18)

2. Salomón construye la casa de Dios (3:1-17)

3. Salomón hace los utensilios y los adornos para la casa de Dios (4:1–5:1)

4. Salomón completa la obra de David (5:2–7:22)

a. Se pone el Arca en el santuario (5:2-13a)

b. Dios vive en medio de su pueblo, ¡su gloria llena el Templo! (5:13b,14)

c. Salomón pronuncia un himno personal de alabanza a Dios, el que cumple las promesas (6:1-11)

d. La oración de dedicación de Salomón (6:12-42)

e. Dios dedica el Templo con fuego y en gloria (7:1-3)

f. Todo el pueblo adora a Dios con sacrificios y cantos (7:4-10)

g. La respuesta de Dios a la oración de dedicación de Salomón (7:11-22)

C. Salomón en todo su esplendor (8:1–9:31)

1. El esplendor del comercio y de la construcción de Salomón (8:1-6)

2. El esplendor de la mano de obra de Salomón (8:7-10)

3. El esplendor de la adoración de Salomón (8:11-16)

4. “La riqueza de las naciones es de él” (8:17,18)

5. La reina del sur da testimonio del rey escogido por Dios (9:1-12)

6. El resumen de la riqueza de Salomón (9:13-28)

7. La muerte de Salomón (9:29-31)

IV. Dios preserva su reino en Judá hasta el regreso del exilio  
(10:1–36:23)

- A. El reino de Dios bajo Roboam (10:1–12:16)
  - 1. El orgullo está antes de la caída: las tribus del norte se rebelan (10:1–11:4)
  - 2. El Israel verdadero se reúne alrededor del Señor (11:5-16)
  - 3. Roboam al principio es bendecido por su fidelidad (11:17-23)
  - 4. Roboam es castigado por su infidelidad posterior (12:1-11)
  - 5. La restauración de Roboam por causa de Jerusalén (12:11-16)
- B. El reino de Dios bajo Abías (13:1-22)
  - 1. El discurso de Abías al ejército del norte: “Jehová es nuestro Dios” (13:1-12)
  - 2. El Señor le da la victoria a Judá (13:13-22)
- C. El reino de Dios bajo Asa (14:1–16:14)
  - 1. Asa confía en el Señor y es liberado (14:1-15)
  - 2. Asa responde a la palabra de Dios y renueva el pacto (15:1-19)
  - 3. Asa confía en el hombre, rechaza la palabra de Dios y es castigado (16:1-14)
- D. El reino de Dios bajo Josafat (17:1–20:37)
  - 1. El Señor está con Josafat y prospera (17:1-19)
  - 2. Josafat hace una alianza con el mal, pero escapa con vida (18:1-34)
  - 3. Josafat asigna jueces para el Señor (19:1-11)
  - 4. Dios lucha por su pueblo contra una alianza impía (20:1-30)
  - 5. El resumen del reinado de Josafat y un triste epílogo (20:31-37)
- E. El reino de Dios bajo Joram (21:1-20)
  - 1. Un resumen desolador de su reino: “Anduvo en el camino . . . de Acab” (21:1-7)

2. Dios juzga a Joram (21:8-20)
  - a. Dios lo humilla (21:8-11)
  - b. Dios declara su juicio a Joram por medio de Elías (21:12-15)
  - c. Dios lleva a cabo su veredicto (21:16-20)
- F. El reino de Dios bajo Ocozías (22:1-9)
  1. Escucha el consejo de los impíos, se sienta en la silla de los escarnecedores (22:1-6)
  2. Llega a ser como el tamo que arrebató el viento (22:7-9)
- G. El reino de Dios bajo la usurpadora: reina Atalía (22:10–23:21)
  1. Un asalto directo al reino (22:10-12)
  2. Dios preserva su reino mediante las acciones decisivas de Joiada y de Josabet (23:1-21)
- H. El reino de Dios bajo Joás (24:1-27)
  1. Un buen comienzo: el Templo restaurado (24:1-16)
  2. Un mal final: Joás “no recuerda” la bondad de Joiada (24:17-27)
- I. El reino de Dios bajo Amasías (25:1-28)
  1. Un buen comienzo: su corazón se abre al consejo del Señor (25:1-12)
  2. Un mal final: su corazón se inclina hacia los ídolos y se cierra hacia las buenas palabras de Dios (25:13-27)
- J. El reino de Dios bajo Uzías (26:1-23)
  1. Uzías recuerda su nombre (significa “El Señor es mi fortaleza”) y llega a ser poderoso y próspero (26:1-15)
  2. Se olvida quién es y el orgullo lo lleva a la destrucción (26:16-23)
- K. El reino de Dios bajo Jotam, comienza bien ¡y se aferra a eso! (27:1-9)
- L. El reino de Dios bajo Acáz, un promotor del mal (28:1-27)
  1. Él guía al pueblo a la idolatría (28:1-14)
  2. Dios lo entrega a Siria y a Israel (28:5-8)

3. Los hombres de Israel actúan con más justicia que los de Judá (28:9-15)
  4. Acáz busca ayuda que no es ayuda (28:16-21)
  5. Todos sus problemas lo llevan a hacer un mal mayor en vez de arrepentirse (28:22-27)
- M. El reino de Dios bajo Ezequías, un segundo Salomón: reforma y renovación (29:1–32:33)
1. El primer paso: se limpia el Templo (29:1-36)
    - a. Ezequías recluta a los levitas y a los sacerdotes (29:1-11)
    - b. Se purifica el Templo (29:12-19)
    - c. El culto de rededicación (29:20-36)
  2. El segundo paso: todo Israel celebra la Pascua (30:1–31:1)
    - a. Se envía la invitación, con variadas respuestas (30:1-12)
    - b. El pueblo se reúne, el rey intercede por Israel y es escuchado (30:13-21)
    - c. Se celebra la fiesta: “Es bueno, Señor, estar aquí” (30:22-27)
    - d. De la adoración al trabajo: se limpia la tierra (31:1)
  3. El paso final: se restablecen los oficios permanentes del Templo (31:2-21)
    - a. Se reorganizan los sacerdotes y los levitas (31:2)
    - b. Se reanudan las ofrendas regulares, y traen muchas de bendiciones (31:3-10)
    - c. Ezequías provee para el almacenamiento apropiado de las ofrendas y para su distribución (31:11-21)
  4. El rey de Dios es puesto a prueba (32:11-21)
    - a. Senaquerib invade a Judá; Ezequías fortifica a Jerusalén y a su pueblo (32:1-8)
    - b. Senaquerib se burla de Dios y de su Palabra (32:9-19)
    - c. Dios responde al rayar el día (32:20-23)

5. Los tesoros en vasijas de barro: el orgullo de Ezequías, éxito y muerte (32:24-33)
- N. El reino de Dios bajo Manasés y Amón: la reforma deshecha (33:1-25)
  1. Manasés descarría a Judá (33:1-9)
  2. El Señor lleva a Manasés al exilio (33:10,11)
  3. Manasés se humilla, busca el rostro del Señor y se le restaura a Jerusalén (33:12,13)
  4. Los frutos de arrepentimiento de Manasés (33:14-20)
  5. La infidelidad y la muerte de Amón (33:21-25)
- O. El reino de Dios bajo Josías, la última reforma (34:1–35:27)
  1. Un rey fiel purga la tierra y el Templo (34:1-13)
  2. Se encuentra el libro de la Ley; el arrepentimiento del rey (34:14-21)
  3. La respuesta de Dios por medio de Hulda: paz durante el tiempo de Josías, pero después de él, el diluvio (34:22-28)
  4. Se renueva el pacto una vez más (34:29-33)
  5. Una celebración sin igual de la Pascua (35:1-19)
  6. La muerte prematura del rey Josías (35:20-27)
- P. El reino de Dios bajo la ira y la gracia (36:1-19)
  1. Desafío creciente al Señor y la respuesta de él (36:1-10)
  2. El rey Sedequías marca el comienzo del fin (36:11-19)
  3. “Tuyo, Oh Jehová, es el reino” (36:20-23)
    - a. Dios conserva misericordiosamente un remanente de su pueblo (36:20)
    - b. La tierra disfruta su descanso sabático (36:21)
    - c. Dios lleva a Ciro a decretar: “¡Regresen y reconstruyan!” (36:22,23)

“El libro de Los Paralipómenos [Crónicas] (que es, de hecho, un compendio de todo el Antiguo Testamento), es un libro de tan grande importancia, que una persona sólo puede hacer el ridículo si pretende que conoce las Escrituras sin él.”

-San Jerónimo  
(Ad Paulinum, Ep. 53,8)\*

---

\* Daniel Ruiz Bueno, traductor: *Cartas de San Jerónimo*, Tomo I. Madrid: Biblioteca de autores cristianos, 1962, p.445.

## PARTE III

### DIOS EXALTA SU REINO BAJO EL GOBIERNO DE SALOMÓN

#### 2 CRÓNICAS 1-9

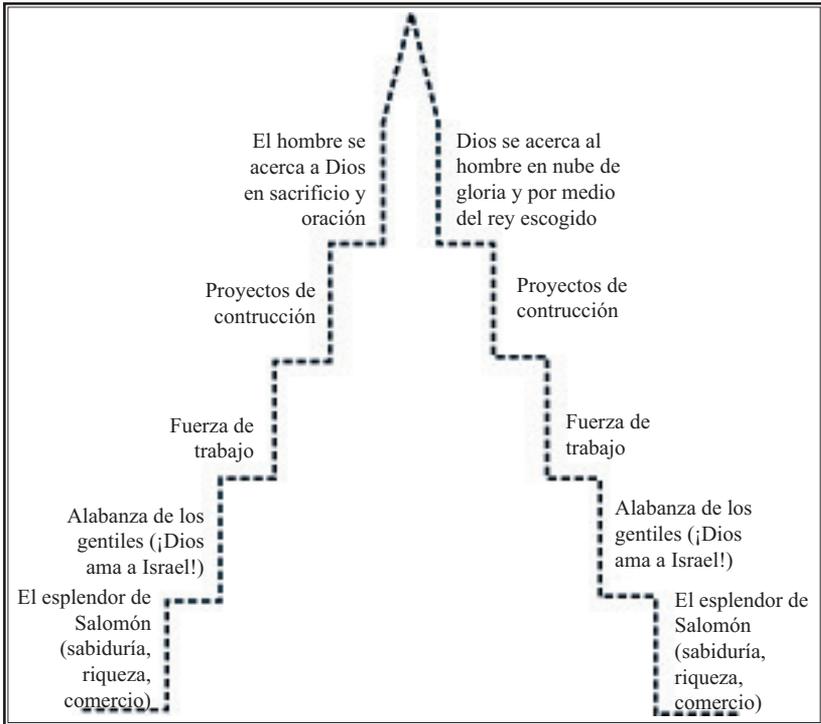
---

##### *Estructura del relato*

Cuando abrimos una Biblia, apenas notamos la gran cantidad de trabajo que se ha hecho sólo para presentar el texto como lo vemos ante nosotros. Por ejemplo, nos costaría creer que hubo un tiempo en el que las divisiones en capítulos ni siquiera existían en los escritos sagrados, y mucho menos divisiones en versículos. La verdad es que estas comodidades representan adiciones que los editores posteriores hicieron con el fin de facilitar la localización de textos específicos. Los editores más recientes han trabajado mucho presentando el texto en divisiones mayores de pensamiento, secciones y párrafos, incluyendo títulos. Todo este esfuerzo se hizo para que la Biblia fuera más fácil de leer.

Nos hemos acostumbrado tanto a estas características, que algunas veces tenemos que recordar que ninguna de ellas existía en el texto cuando fue inspirado originalmente. A pesar de todo, no debemos pensar que los escritores antiguos no tenían recursos disponibles para mostrar las grandes divisiones de pensamiento en las que ellos querían dividir sus relatos. Un buen ejemplo de ello es la organización tipo pirámide que algunos eruditos han visto en los primeros nueve capítulos de 2 Crónicas.

Lo que sigue es una ilustración de esa organización un tanto simplificada:



*La estructura de 2 Crónicas 1-9\**

Como un sujetalibros, los relatos de la preminencia de Salomón en sabiduría, riqueza y comercio rodean toda la sección (1:1-16; 9:1-28). Al subir un escalón, hay relatos correspondientes de gobernantes paganos que alaban al Señor por haberle dado a Israel un rey como Salomón (2:11; 9:8). Avanzando un escalón más, tenemos dos descripciones de la mano de obra de Salomón (2:17,18; 8:7-10). A continuación se presentan los principales proyectos de construcción del reino de Salomón (3:1-5:1; 8:1-6). En el vértice de la pirámide, donde se hace énfasis en el centro del

\* Adaptado y condensado de los comentarios sobre la estructura literaria en *2 Chronicles* de Raymond B. Dillard, de la serie Word Bible Commentary (Waco: Word Books, 1987), pp. 5,6.

relato, encontramos la historia de la dedicación del Templo. Salomón llega ante la presencia de Dios mediante sacrificio de animales, alabanza y oración (5:2–6:40); Dios “responde” con fuego del cielo, la aparición de la nube de gloria que indicó la presencia misericordiosa del Señor y una revelación especial a Salomón que corresponde a la oración que el rey había ofrecido (7:1-22).

Aunque no seguiremos esta estructura en nuestra lectura del texto, la mencionamos aquí por dos razones. Primero, debemos entender la unidad básica de los primeros siete capítulos de 2 Crónicas. Estos capítulos forman la piedra angular de todo el libro y demuestran la importancia del Templo en la vida de adoración a Dios del pueblo del Antiguo Testamento. Segundo, tomar nota de esta estructura nos ayuda a apreciar más la habilidad y el cuidado con que escribió el cronista. Las secciones que nos pueden parecer como repeticiones o versículos que parecen estar fuera de lugar les parecen así sólo a nuestros ojos y oídos modernos. A juzgar por sus propias normas, los antiguos fueron maestros en la organización de su material para los lectores.

### *Dios le da a Salomón el don de la sabiduría*

**1** Salomón hijo de David fue afirmado en su reino, y Jehová, su Dios, estaba con él y lo engrandeció sobremanera.

<sup>2</sup> Convocó Salomón a todo Israel, a jefes de millares y de centenas, a jueces y a todos los príncipes de todo Israel, jefes de familias. <sup>3</sup> Después Salomón fue con toda esta asamblea al lugar alto que había en Gabaón, pues allí estaba el Tabernáculo de reunión de Dios que Moisés, siervo de Jehová, había hecho en el desierto. <sup>4</sup> Pero David había traído el Arca de Dios de Quiriat-jearim al lugar que él le había preparado; porque le había levantado una tienda en Jerusalén. <sup>5</sup> Asimismo el altar de bronce que había hecho Bezaleel hijo de Uri hijo de Hur, estaba allí, delante del

**tabernáculo de Jehová, al cual fue a consultar Salomón con aquella asamblea. <sup>6</sup>Subió, pues, Salomón allá delante de Jehová, al altar de bronce que estaba en el Tabernáculo de reunión, y ofreció sobre él mil holocaustos.**

Con unas cuantas pinceladas, el cronista describe la escena y nos prepara para la construcción del Templo bajo el reinado Salomón. Así como uno de los primeros actos “oficiales” de David había sido poner la adoración a Dios en el centro de su reino, llevando el Arca a Jerusalén, también su hijo Salomón comienza su gobierno buscando primero al Señor en el lugar alto de Gabaón (versículo 5). Y así como David había desempeñado el papel de líder en la adoración para todo Israel, también Salomón reúne a toda la asamblea para que lo acompañe (versículo 2).

En caso de que alguien preguntara por qué Salomón haría un viaje de unos diez kilómetros a Gabaón en vez de quedarse en Jerusalén, se nos dice que Salomón fue allí porque en ese lugar estaba el Tabernáculo de reunión (versículo 3). Ese era otro nombre que se le daba al santuario itinerante, o tabernáculo que Moisés había construido. Había sido el centro de la vida del campamento durante el tiempo que Israel anduvo errante por el desierto. También fue por muchos años el lugar donde se le dio el albergue al Arca del pacto, hasta que fue trasladada durante los días finales de Elí y de sus hijos (1 Samuel 4:1-10). Después de varios traslados, el Arca había llegado a reposar en Jerusalén, y la pusieron en la habitación temporal que David había construido para ella (versículo 4; 1 Crónicas 15,16). En el versículo 5 se menciona otra razón para ir a Gabaón con el fin de consultar al Señor: el altar de bronce que había hecho Bezaleel, el maestro artesano de Moisés, también se encontraba allí.

Era adecuado que Salomón comenzara su gobierno ofreciendo sacrificios en el antiguo lugar santo. Iba a construir un templo nuevo para remplazar el antiguo tabernáculo y a reunir el Arca y el santuario otra vez en un lugar santo permanente en Jerusalén. Iba a llevar a cabo su obra siguiendo los planes inspirados de su

padre David (1 Crónicas 28:11-19), así como Bezaleel había seguido los planes inspirados de Moisés (Éxodo 39:42,43). Se le iba a dar el don de la sabiduría para llevar a cabo su tarea, así como Bezaleel había recibido sabiduría del Señor (Éxodo 36:1). Parece probable que Salomón haya participado directamente en la elaboración del altar de bronce para el sacrificio en el Templo, lo que es otra semejanza con Bezaleel de los tiempos antiguos (Éxodo 38:22; 2 Crónicas 4:1; 7:7). Al establecer estos paralelos entre lo antiguo y lo nuevo, entre David y su hijo Salomón y entre Salomón y Bezaleel, el cronista hace énfasis en la continuidad entre el pasado y el presente, en los propósitos firmes de Dios en todas las escenas cambiantes de la vida.

En cualquier época es difícil hacerles frente a los cambios. Vivimos en un tiempo en que lo nuevo se vuelve viejo a una velocidad vertiginosa. En todos estos cambios, tengamos presente a quien “es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (Hebreos 13:8). Él no es una sombra cambiante, sino la roca firme de nuestra salvación, que le da estabilidad a nuestro presente y certeza a nuestro futuro.

### *Salomón le pide sabiduría a Dios*

<sup>7</sup> Aquella noche se le apareció Dios a Salomón y le dijo:

—Pídeme lo que quieras que yo te dé.

<sup>8</sup> Salomón respondió a Dios:

—Tú has tenido con David, mi padre, gran misericordia, y a mí me has puesto por rey en lugar suyo. <sup>9</sup> Ahora pues, Jehová Dios, que se cumpla la palabra que le diste a David, mi padre; porque tú me has puesto por rey sobre un pueblo numeroso como el polvo de la tierra. <sup>10</sup> Dame ahora sabiduría y ciencia, para que sepa dirigir a este pueblo; porque ¿quién podrá gobernar a este tu pueblo tan grande?

<sup>11</sup> Respondió Dios a Salomón:

—Por cuanto éste ha sido el deseo de tu corazón, y no pediste riquezas, bienes o gloria, ni la vida de los que

**procuran tu mal, ni pediste muchos días, sino que has pedido para ti sabiduría y ciencia para gobernar a mi pueblo, sobre el cual te he puesto por rey, <sup>12</sup> sabiduría y ciencia te son dadas; y también te daré riquezas, bienes y gloria, como nunca la tuvieron los reyes que fueron antes de ti, ni la tendrán los que vengan después de ti.**

**<sup>13</sup> Y desde el lugar alto que estaba en Gabaón, delante del Tabernáculo de reunión, volvió Salomón a Jerusalén, y reinó sobre Israel.**

Dios se apareció a Salomón esa noche y le ofreció algo maravilloso. Imagínese: el todopoderoso Dios vino a un ser humano y le abrió de par en par los tesoros del cielo, invitándolo a que escogiera para él cualquier don que quisiera. ¡Una señal que verdaderamente mostraba el favor especial de Dios! Sin embargo, ¿qué diferencia hay entre Salomón y cualquier creyente? Tenemos en nuestra posesión permanente la promesa del Salvador “Si algo pedís en mi nombre, yo lo haré” (Juan 14:14). Al comentar este pasaje, Lutero dice: “Sabemos, desde luego, lo que le debemos pedir a Dios: debemos pedir no sólo por esta pobre miseria terrenal, es decir, por todas las necesidades de esta vida temporal; sino que debemos orar por la liberación de toda la desdicha presente y futura, del pecado, la muerte y la tumba, y que seamos justos, santos, libres, vivos y gloriosos”. \*

Salomón hizo dos peticiones. En la primera, tomó la promesa de Dios y le pidió al Señor que la confirmara: “Ahora pues, Jehová Dios, que se cumpla la palabra que le diste a David, mi padre” (versículo 9). La promesa era la que Dios había hecho de establecer una dinastía perdurable para David, una promesa que incluía la predicción de que el hijo de David iba a construir una casa para el Señor (1 Crónicas 17:10-14; 22:7-10). La oración que

---

\* Martín Lutero, *Luther's Works*, redactado por Jaroslav Pelikan y Helmut T. Lehmann, American Edition, Vol. 24, St Louis: Concordia Publishing House; Philadelphia: Fortress Press, 1955 – 1986), p. 90.



*Salomón es hecho rey*

se basa en la palabra de Dios tiene la seguridad de que Dios va a responder, porque el hijo de Dios sabe que el cielo y la tierra se disolverán antes de que Dios alguna vez se retracte de alguna de sus palabras. En la segunda petición, Salomón le hizo esta petición a Dios: “Dame ahora sabiduría y ciencia, para que sepa dirigir a este pueblo; porque ¿quién podrá gobernar a este tu pueblo tan grande?” (versículo 10).

En cierto sentido se podría decir que Dios le había dado sabiduría a Salomón aún antes de que la hubiera pedido. Él fue la viva imagen de alguien que cumplió la recomendación de nuestro Salvador cuando dijo: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33). Desde el principio, Salomón quiso dedicarse al Señor y buscar la misericordiosa presencia de Dios. Los mil sacrificios y el viaje a Gabaón son suficiente evidencia de esto. Como Salomón escribió en otro lugar: “El temor de Jehová es el principio de la sabiduría” (Proverbios 9:10).

Este principio de la sabiduría llevó a Salomón a reconocer la formidable tarea que tenía por delante. Con humildad comprendió que la tarea de dirigir al pueblo de Dios en la construcción del Templo estaba mucho más allá de su capacidad (versículo 10). Sabía que era rey de Israel por la voluntad y don de Dios (versículos 8,9), y entendía que si iba a tener éxito espiritual llevando a cabo sus responsabilidades como rey, Dios tendría que darle la fortaleza.

La humildad no es tanto el hecho de negar que tengamos capacidades, sino la visión espiritual de considerar cada una de nuestras capacidades como don de Dios. Él ha puesto en nuestras manos todo lo que tenemos. La gente humilde ve que si Dios le quita su poder creativo y sustentador, todo su esfuerzo no logrará nada; depende completamente de su Dios para “[confirmar] la obra de [sus] manos” (Salmo 90:17).

El temor a Jehová busca la sabiduría que sólo Dios puede dar. En un mundo en el que estamos rodeados por el engaño, queremos tener el poder para ver las cosas como son en realidad, ser capaces

de juzgar todo por la Palabra y dejar que la Palabra sea la única norma de lo que somos y de cómo debemos vivir. Con humildad le pedimos a Dios que nos libere de las mentiras del demonio, de las ilusiones vacías de este mundo incrédulo, y de la neblina causada por nuestro pecado que nos empaña el pensamiento (Génesis 3:5,6; Salmo 90:10,12; 51:5,6).

En concreto, no hay duda de que Salomón quería que Dios le diera la capacidad de servir bajo sus órdenes como rey sobre el pueblo del Señor y también que le otorgara la sabiduría práctica necesaria para el gran proyecto de construir el templo de Dios. Éstas eran las tareas específicas que había recibido del Señor por medio de David su padre (1 Crónicas 22:9,10). Él mismo sabía que era “muchacho y de tierna edad” (1 Crónicas 22:5) y que necesitaría un don especial de Dios para tener las habilidades que por lo general sólo poseían los más ancianos y los más sabios. Entre el pueblo del Antiguo Testamento normalmente se consideraba que la sabiduría se encontraba entre los de más edad y que rara vez se veía en los jóvenes (Job 32:7-9).

Todo cristiano tiene un oficio que Dios le ha encomendado. Mediante el bautismo, Dios nos ha designado para servirle como sus representantes reales en este mundo (1 Pedro 2:9). Además, a cada uno de nosotros le ha dado una vocación específica en la vida. Nos ha hecho esposos, esposas, padres, hijos, trabajadores o empleadores. ¡Qué desastre es para la vida cristiana cuando vemos estas tareas sólo como cosas ordinarias de la existencia de cada día, y dejamos de ver en nuestra vida diaria el poder y el propósito de Dios que obra en todo! En vez de ver nuestra vida como ordinaria, dejemos que Salomón nos enseñe la verdadera reverencia a Dios, el principio de la sabiduría. Entonces consideraremos que nuestra vida está llena de lo sagrado, como el escenario para la actividad de Dios, el lugar donde Dios hace su trabajo por medio de nosotros. Aceptemos con igual reverencia las responsabilidades que Dios nos ha dado, pidiéndole entendimiento para hacerlas de acuerdo a su voluntad.

En respuesta a la petición de Salomón, Dios no solo le dio sabiduría sino también todas las otras cosas buenas de la vida. Tendrá riqueza “como nunca tuvieron los reyes que fueron antes de ti, ni la tendrán los que vengan después de ti” (versículo 12). En la historia del pueblo de Dios, Salomón establecerá la medida por la que se podría definir el esplendor terrenal. Eso se describe en los siguientes versículos.

### *El esplendor de Salomón*

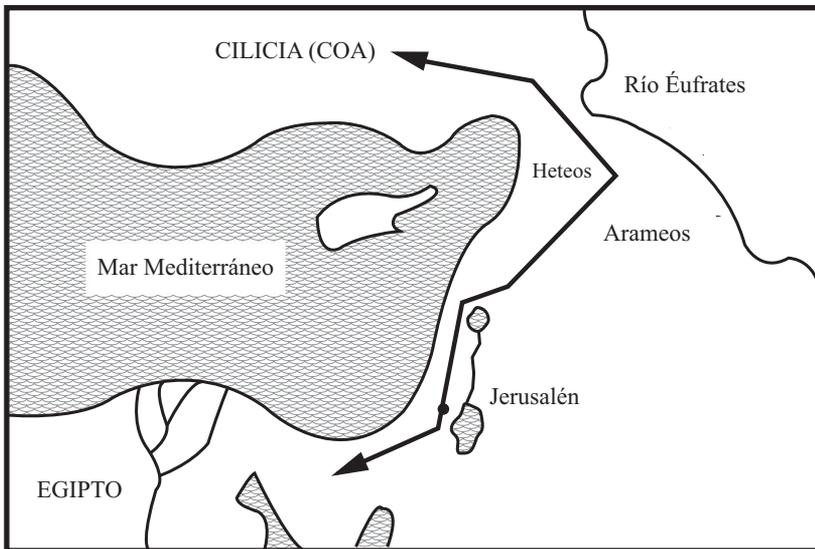
**<sup>14</sup> Salomón reunió carros y gente de a caballo; y tuvo mil cuatrocientos carros y doce mil jinetes, los cuales puso en las ciudades destinadas a los carros y junto al rey en Jerusalén. <sup>15</sup> Hizo el rey que hubiera en Jerusalén tanta plata y oro como piedras, y que abundara el cedro como las higueras silvestres de la Sefela. <sup>16</sup> Los mercaderes del rey compraban por contrato caballos y lienzos finos de Egipto, para Salomón. <sup>17</sup> Subían y compraban en Egipto un carro por seiscientas piezas de plata y un caballo por ciento cincuenta. Y todos los reyes de los heteos y los reyes de Siria compraban así por medio de ellos.**

Veremos más de cerca el esplendor de Salomón en la sección más extensa que se dedica a este tema al final del relato del reino de Salomón (9:13-28). Aquí, su función es hacer énfasis en la respuesta inmediata de Dios a la oración de Salomón, de acuerdo con su promesa.

Las características claves de la gloria de Salomón fueron su poder militar, su riqueza y el comercio de su imperio. Se ve claramente la *generosidad* de la bendición de Dios. Salomón poseía muchos carros de guerra, las armas de alta tecnología de su época. Los metales preciosos eran tan comunes como las piedras en Jerusalén. Incluso cuando se toma en cuenta lo que parece ser una exageración (una figura retórica bíblica común con el objeto de resaltar las grandes cantidades), Salomón debió haber iniciado

una era de prosperidad para Israel sin paralelo en su historia. La referencia al cedro en oposición a los sicómoros también se debe entender como una descripción de la prosperidad de Israel bajo el reinado Salomón. Una madera relativamente rara y preciosa como el cedro era tan común y corriente en la Jerusalén de Salomón como eran los sicómoros en las estribaciones de las montañas de Israel. Una vez un emperador romano se jactó diciendo: “Encontré a Roma como una ciudad de madera y la dejé como una ciudad de mármol”; el cronista aquí hace una afirmación similar respecto a Salomón. Por supuesto, la diferencia decisiva es que en lugar de un hombre poderoso y jactancioso, que se basa en su propia capacidad, aquí tenemos a un humilde creyente que se alegra del poder de su Dios que hace cosas tan buenas por su pueblo.

Asimismo, estos versículos nos describen a Salomón como un príncipe comerciante, que envía sus representantes por todo el antiguo Cercano Oriente en un intenso comercio de importación y exportación. En aquel entonces, como ahora, una de las mercancías de más rentabilidad y demanda eran las armas.



*Salomón, el príncipe comerciante*

Cualquier reino que tuviera el deseo de competir en la política militar de la región tenía que estar equipado con caballos y carros. Salomón estaba ubicado estratégicamente para servir como el intermediario entre Coa y Egipto (vea el mapa), y tenía tratos comerciales también con los heteos (hititas) y los arameos que estaban localizados al norte y al oeste. La ganancia del intermediario resulta de la diferencia entre el precio de compra y el de venta: comprar por un precio bajo y vender por un precio alto. De este modo, sin duda, Salomón amasó gran parte de su riqueza.

### *Salomón construye la casa del Señor*

*Salomón hace provisiones para la construcción del Templo*

**2** Determinó, pues, Salomón edificar Casa al nombre de Jehová, y casa para su reino. <sup>2</sup> Y designó Salomón setenta mil cargadores, ochenta mil canteros y tres mil seiscientos capataces que los vigilaran.

<sup>3</sup> Después envió Salomón a decir a Hiram, rey de Tiro: «Haz conmigo como hiciste con mi padre David, enviándole cedros para que se construyera una casa en que habitar.

<sup>4</sup> Mira, yo tengo que edificar una Casa al nombre de Jehová, mi Dios, para consagrársela, para quemar incienso aromático delante de él, para la colocación continua de los panes de la proposición, para los holocaustos de la mañana y la tarde, los sábados, nuevas lunas, y festividades de Jehová, nuestro Dios; lo cual ha de ser perpetuo en Israel. <sup>5</sup> Y la Casa que tengo que edificar ha de ser grande, porque el Dios nuestro es grande sobre todos los dioses. <sup>6</sup> Pero ¿quién será capaz de edificarle Casa, siendo que los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerlo? ¿Quién, pues, soy yo, para que le edifique Casa, aunque sólo sea para quemar incienso delante de él? <sup>7</sup> Envíame, pues, ahora un hombre hábil que sepa trabajar en oro, en plata, en bronce, en hierro, en

**púrpura, en grana y en azul, y que sepa esculpir con los maestros que están conmigo en Judá y en Jerusalén, los cuales contrató mi padre. <sup>8</sup> Envíame también madera del Líbano: cedro, ciprés y sándalo; porque yo sé que tus siervos saben cortar madera en el Líbano. Mis siervos irán con los tuyos <sup>9</sup> para que me preparen mucha madera, porque la Casa que tengo que edificar ha de ser grande y portentosa. <sup>10</sup> Para tus siervos, los que trabajen cortando la madera, daré veinte mil coros de trigo en grano, veinte mil coros de cebada, veinte mil batos de vino y veinte mil batos de aceite.»**

Además de los extensos preparativos que ya había hecho su padre, David, para construir el Templo (1 Crónicas 22:2-19), Salomón añadió lo suyo. Lo primero que tuvo que determinar fue el número de trabajadores que tenía, y organizarlos. Trataremos la información del versículo 2 al final del capítulo, ya que esta se repite con más detalle allí. Para los que se interesan en estas cosas, la repetición de un versículo en dos lugares diferentes es una característica común del estilo hebreo, que sirve para “encerrar” el relato e identificarlo como una unidad. Lo segundo en la agenda de Salomón fue renovar el tratado de cooperación que su padre David había mantenido con Hiram, rey de Tiro (1 Crónicas 14:1).

La correspondencia oficial le dio a Salomón la oportunidad de confesar su fe en el Señor. Él hizo ver lo ambicioso del proyecto que iba a emprender. David, para construir el palacio para él mismo, necesitó la ayuda de Hiram; cuánto más se necesitaba la ayuda de Hiram para construir la casa para Dios (versículo 3). Iba a ser un “gran” proyecto porque sería para el Dios que es “grande sobre todos los dioses” (versículo 5). Con esta última frase, Salomón no quería decir que los dioses paganos fueran dioses reales; sólo quería subrayar lo incomparable que es el Dios de Israel.

Salomón dice que en realidad nadie puede construir una casa para Dios. “¿Quién será capaz de edificarle Casa?” (versículo 6). Es lo mismo que si hubiera dicho: “Dios me ha escogido

especialmente para construirle su Casa. Se han hecho extensos preparativos. En efecto, todo el reino con toda su gente y su abundancia de recursos se reunió con el propósito de cumplir esta tarea. Sin embargo, esto no es suficiente para construir un templo que esté a la altura de la gran gloria de nuestro Dios”. Dios es grande y merece nuestros mejores dones; pero aunque le demos lo mejor que podamos, todavía no le podemos dar nada que realmente corresponda a su dignidad infinita. Lo que le ofrecemos a Dios, él lo recibe por el poder de su amor y por la certeza de su promesa de mirar nuestras ofrendas con gracia, no por el valor mismo de lo que le damos.

En la carta, Salomón continuó confesando su fe al decir: “Los cielos y los cielos de los cielos no pueden contenerlo” (versículo 6). El pueblo de Dios del Antiguo Testamento conocía bien la verdad de que Dios es un Espíritu infinito incapaz de ser confinado en ningún lugar (Juan 4:24); en consecuencia, esta casa no se debía considerar en términos toscos como el lugar de habitación física del ser completo de Dios. Más bien éste era el lugar donde Dios pondría su nombre (versículo 4,6; Deuteronomio 12:11). Esa era solo una expresión del Antiguo Testamento para decir: “Éste es el lugar donde Dios ha escogido revelarse a sí mismo como nuestro misericordioso Dios y Salvador. Aquí se complace en venir a nosotros, y también nos invita a acercarnos a él. Aunque Dios está en todas partes, no lo podemos alcanzar en todas partes; en este lugar Dios promete que viene a nosotros de tal modo que nosotros, en nuestra condición pecaminosa, podamos comprender.”

Dios sigue siendo el gran iniciador de nuestra adoración. Primero debe venir y revelarse a nosotros, o de otro modo nunca podríamos acercarnos a él correctamente. Ninguna de nuestras alabanzas podría ser verdadera ni agradable a él. Vemos esta verdad espiritual ilustrada en la construcción del Templo. Salomón no fue quien decidió construir la casa a Dios; el Señor escogió el lugar para ella (1 Crónicas 21, especialmente el versículo 26), seleccionó el hombre para edificarla (1 Crónicas 22:9,10), diseñó los planos (1 Crónicas 28:19), y proporcionó los recursos para su

construcción (1 Crónicas 29:14). Además, Dios les dijo a los israelitas exactamente cómo y cuándo se debían acercar a él. Ellos no habían inventado su religión, ni se les había ocurrido su propia forma de honrar a Dios. La forma de adoración les fue dada por Dios como un mandato “perpetuo en Israel” (versículo 4).

Vivimos en una época en la que las personas tratan con afán de establecer sus propias conexiones con Dios. Aunque se nieguen a dar el nombre “Dios” al objeto de su búsqueda, todavía están buscando el acceso a algo superior a ellas mismas; vagan sin rumbo “desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor” (Mateo 9:36). Tratan de ponerse en contacto con Dios en la naturaleza, aunque él nunca ha prometido que lo puedan encontrar allí. Adoran la razón y el intelecto, olvidándose de Aquel que nos dio la habilidad de pensar y la capacidad de entender. Pueden hacer enormes esfuerzos, arriesgándose a hacer grandes cosas verdaderamente sorprendentes, con el deseo de agradar a Dios. Sin embargo, estas son cosas que Dios nunca les mandó que hicieran. Pueden intentar verse dentro de ellos en lo más profundo de su ser interior, esforzándose por encontrar y librar alguna chispa de poder divino. ¿Qué más pueden descubrir allí que no sea una imagen de ellos mismos y otra esperanza vacía?

Encontraremos a Dios solo donde él ha prometido que lo podemos encontrar. Él tiene que venir a nosotros y ofrecérsenos antes de que podamos acercarnos a él y ofrecerle algo. Las buenas noticias que dan inicio a nuestra adoración son éstas: Dios vino a nosotros en Cristo y se nos ofrece a sí mismo por medio de su Hijo. Jesús dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6).

Por medio de esta carta, Salomón le propuso a Hiram un trato en el que le pedía su ayuda en dos asuntos. Quería que Hiram le enviara un artesano que fuera experto en trabajar con toda clase de materiales y que lo hiciera junto con sus propios “maestros” (versículo 7). También quería que Hiram le enviara del Líbano, un país en el que abundaba la madera, las diversas clases de madera que se necesitaban para construir el Templo. A cambio, prometió

que le enviaría las provisiones necesarias para alimentar a los cortadores de madera (versículo 10) y un grupo de obreros de Israel para que los ayudaran (versículo 8).

Hay quienes ven aquí una contradicción entre las cantidades de provisiones prometidas y las que se indican en 1 Reyes 5:11. Sin embargo, una lectura más cuidadosa de los dos textos revela que la contradicción es más imaginaria que verdadera. En el caso de 1 Reyes, tenemos las provisiones que Salomón le dio a Hiram “para el sustento de su familia” (1 Reyes 5:11). Aquí, en 2 Crónicas, las provisiones se asignan a “tus siervos, los que trabajen cortando la madera” (versículo 10). Las provisiones que se prometen en 2 Crónicas parecen ser más bien por una sola vez, mientras que las que se mencionan en 1 Reyes 5:11 se daban “año tras año” como parte de la obligación del tratado vigente. Se puede decir con confianza que cada escritor bíblico seleccionó su material de los registros oficiales de la manera que mejor sirvieran a su propósito. En 1 Reyes el escritor desea poner énfasis en la relación continua y pacífica entre Salomón e Hiram (vea 1 Reyes 5:12); por otro lado, el cronista sigue siendo leal al tema de la construcción del Templo.

Quienes tienen su conciencia unida a la Palabra de Dios saben que no es correcto practicar compañerismo religioso en oposición a esa Palabra o actuar como si estuviéramos unidos en una asociación religiosa con personas que no enseñan toda la verdad de la Palabra de Dios (Romanos 16:17; Tito 1:16; 2 Juan 9-11), sin embargo, a veces podemos hacer mal uso de estos principios de compañerismo, como si la gracia de Dios por la cual disfrutamos su verdad nos hubiera puesto en una posición superior sobre el resto del mundo de tal forma que no pudiéramos querer cooperar con nadie en ningún proyecto ni aprender nada sobre ningún asunto de alguien que estuviera fuera de nuestra comunidad. Mientras que la verdad de Dios no esté en peligro ni se implique ninguna unidad religiosa falsa, hacemos bien en reconocer la misma verdad que el sabio Salomón reconoció. Toda la sabiduría y la destreza no se limitan solo a nuestra comunidad.

Salomón necesitaba la destreza que la gente de una ciudad pagana había adquirido para construir la casa para el único verdadero Dios; nosotros también bien podemos necesitar los dones que Dios les ha dado a otros. Ellos pueden utilizarlos con incredulidad para su propia destrucción, nosotros los usamos para el servicio del evangelio. ¿De qué otra manera pueden pensar los hijos de Dios? Después de todo, conocemos a nuestro Padre como el “que hace salir su sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos” (Mateo 5:45). ¡Puesto que él derrama sus dones por todas partes generosamente, no nos sorprendemos de encontrarlos aun en los lugares más improbables!

**<sup>11</sup> Entonces Hiram, rey de Tiro, respondió en una carta que envió a Salomón: «Porque Jehová amó a su pueblo, te ha puesto por rey sobre ellos.» <sup>12</sup> Hiram también decía: «Bendito sea Jehová, el Dios de Israel, que hizo los cielos y la tierra, y que dio al rey David un hijo sabio, entendido, cuerdo y prudente, que va a edificar una casa a Jehová y una casa para su reino. <sup>13</sup> Yo, pues, te he enviado un hombre hábil y entendido, Hiram-abi, <sup>14</sup> hijo de una mujer de las hijas de Dan, aunque su padre era de Tiro, el cual sabe trabajar en oro, plata, bronce y hierro, en piedra y en madera, en púrpura y en azul, en lino y en carmesí; asimismo sabe esculpir toda clase de figuras y sacar toda forma de diseño que se le pida, junto a tus hombres peritos y a los de mi señor David, tu padre. <sup>15</sup> Ahora, pues, envíe mi señor a sus siervos el trigo y la cebada, el aceite y el vino de que ha hablado; <sup>16</sup> y nosotros cortaremos en el Líbano la madera que necesitas, y te la llevaremos en balsas por el mar hasta Jope, y tú harás que la suban hasta Jerusalén.»**

Una comparación de la respuesta de Hiram en 2 Crónicas con su paralelo en 1 Reyes 5:7-9 aclara que el cronista ha conservado una versión más completa de la correspondencia oficial. La ampliación de la sección de alabanza al rey de Israel y al Dios de

la nación es especialmente impresionante (versículos 11,12), junto con la sección adicional donde se menciona a Hiram-abí (versículos 13,14).

Los profetas habían formado en tal forma la esperanza de Israel que el pueblo de Dios vivía esperando el día en que las naciones gentiles alabarían al único verdadero Dios. Ellos sabían que ese día vendría, como parte del gobierno glorioso del Rey Mesías (Isaías 11:10-16; 49:22,23; Zacarías 8:8-13; Malaquías 1:11). En la respuesta de Hiram a Salomón, vemos que el cronista nos presenta una prefiguración de esa época, tanto en la alabanza que Hiram ofrece a Salomón como en la forma en que Hiram se refiere al Dios de Israel.

Hiram dice que el gobierno de Salomón es una señal de que Dios ama “a su pueblo” (versículo 11). Ahora nosotros los gentiles de una manera semejante alabamos a Dios por exaltar a su Hijo, Jesús, a su diestra, como nuestro glorioso Rey. Él gobierna allí “para la iglesia” como una señal eterna del amor de Dios a nosotros (Efesios 1:22). Hiram también reconoce al Dios de Israel como el que “hizo los cielos y la tierra”, el Dios Creador que le dio “al rey David un hijo sabio, entendido, cuerdo y prudente, que va a edificar una casa a Jehová” (versículo 12). Del mismo modo, alabamos a Dios por Jesús “en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento” (Colosenses 2:3). Cuando lo reconocemos como el Rey que murió por amor a nosotros, no tenemos ningún temor de poner nuestra vida bajo su sabio gobierno y su dirección.

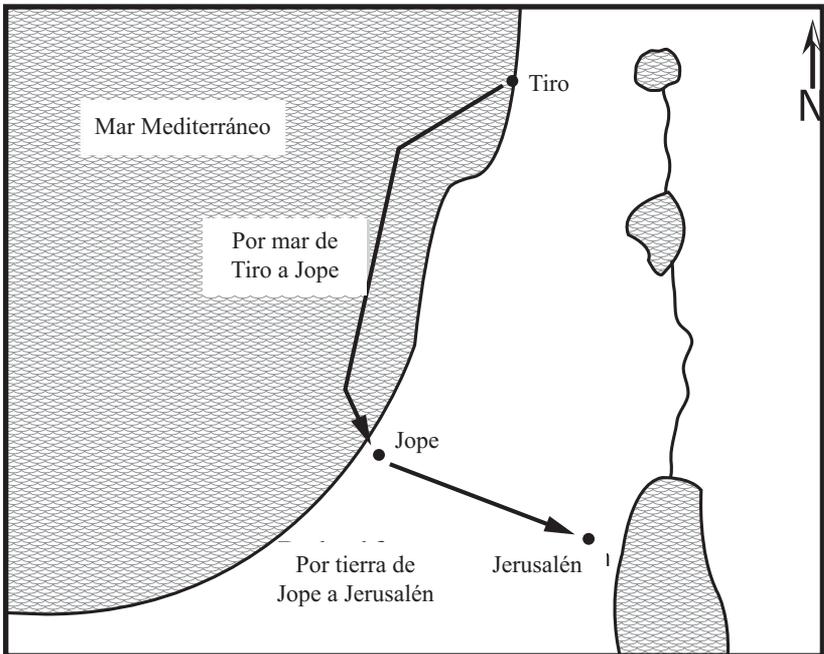
Algunos pueden preguntar si Hiram, en el contexto histórico original, llegó a creer en Jehová como el único Dios verdadero. Es difícil contestar la pregunta concluyentemente con base solo en estas palabras. Se puede argumentar que aquí no tenemos más que un caso de diplomacia, de conversación sutil y calculada para producir buena voluntad. En las Escrituras tenemos otros ejemplos de incrédulos que a pesar de su condición dicen cosas espirituales que son ciertas (Juan 11:49-52).

Por otro lado, el repentino florecimiento del reino de Israel debió haber tenido un gran impacto en todos los gobernantes de los países vecinos. Relacionar el poder de una nación con el poder del dios de esa nación era algo bastante común en el pensamiento antiguo. Además, Hiram había trabajado muy cerca de David aun antes de que viniera a estar bajo la influencia del hijo de David. El testimonio de esos dos hombres bien pudo haber dado fruto en el corazón del rey de Tiro. En cualquier caso, no hay diferencia en cuanto al punto principal del cronista; las observaciones de Hiram señalaron el tiempo en el que los gentiles con toda la alegría de la fe, iban a reconocer al Dios de Israel y Rey de Israel como de ellos.

En respuesta a la petición de Salomón, Hiram le envió un artesano de nombre Hiram-abí (versículo 13). Es posible traducir ese nombre de forma ligeramente diferente como “Hiram, mi artesano maestro”. La lista de sus destrezas en el trabajo incluye las mismas capacidades que tuvieron Bezaleel, Aholiab y los artesanos que trabajaron en el Tabernáculo en el tiempo de Moisés (compare el versículo 14 con Éxodo 28:6-8; 31:1-11; 36:8-38). Hiram-abí, tal como sus antiguos predecesores, era un hombre que había recibido el don de la sabiduría. La traducción de la Reina Valera 1995: “un hombre hábil y entendido” (versículo 13), disminuye la alabanza más generosa que se expresa en hebreo: “un hombre dotado de sabiduría y conocedor del entendimiento”. La acumulación de sinónimos expresa con claridad que este Hiram-abí era el más sobresaliente en su campo. Se puede encontrar otra similitud con uno de sus predecesores en el hecho de que como Aholiab en la antigüedad, él podía decir que era descendiente de la tribu de Dan (compare el versículo 14 con Éxodo 31:6).

En este último punto tenemos que resolver un pequeño enigma. En 1 Reyes 7:14 no se describe a Hiram-abí como de la tribu de Dan, sino de Neftalí. Para los que han leído el comentario a 1 Crónicas en la Biblia Popular, puede ser útil recordar algo que allí aprendimos sobre las referencias genealógicas hebreas. La idea de descendencia absoluta y de la relación por lazos de sangre no

siempre está en primer plano. Algunas veces las frases “el padre de” y “el hijo de” indican una relación más amplia de alguna clase, tal como el fundador de un grupo o el habitante de cierta villa (vea el comentario a 1 Crónicas 2:5-9). Así que aquí podemos decir que Hiram-abí podía tener sus raíces en dos tribus: Neftalí y Dan. No conocemos la naturaleza exacta de esas dos relaciones. Algunos han sugerido que su madre era descendiente de Dan mientras que su padre era descendiente de Neftalí. La referencia a que su padre era “de Tiro” (versículo 14) se puede explicar como una indicación de su lugar de residencia, y no de su origen racial. Aunque no podemos comprender con precisión esta frase, podemos asegurar con mucha más confianza que la razón principal del cronista para indicarnos los antecedentes de Hiram-abí es trazar otro paralelo entre él y Aholiab.



*La importación de maderas del Líbano a Israel*

Un templo permanente en Jerusalén podía remplazar al Tabernáculo móvil en el desierto. Moisés podía morir y otros líderes como David y Salomón podían ser los sucesores. Un hombre como Aholiab podía recibir los dones para trabajar para la gloria de Dios en su generación, y muchos años después otro como Hiram-abí iba a tomar su lugar. Los nombres, los lugares, las formas externas de las cosas pueden cambiar, pero el propósito perdurable de Dios sigue siendo el mismo en todas las generaciones.

Al concluir su carta de aceptación, Hiram acepta el ofrecimiento de provisiones que le hace Salomón (versículo 15) y le hace esta promesa a Salomón: “Nosotros cortaremos en el Líbano la madera que necesites” (versículo 16). Él propone hacer un poco más fácil la tarea de transportar las enormes maderas llevándolas parte del camino a flote por el mar (vea el mapa). Así podían evitar el paso por la escabrosa región montañosa del sur del Líbano y el norte de Israel.

### *Importación de maderas del Líbano a Israel*

**<sup>17</sup> Salomón hizo el censo de todos los extranjeros que había en la tierra de Israel, después del que David, su padre, había hecho; y se halló que eran ciento cincuenta y tres mil seiscientos. <sup>18</sup> Y señaló de ellos setenta mil para llevar cargas, ochenta mil para las canteras en las montañas, y tres mil seiscientos como capataces para hacer trabajar al pueblo.**

Un proyecto como el Templo requería no solo un enorme gasto de dinero sino también un formidable esfuerzo físico. Estos versículos nos dan una idea de la magnitud de la fuerza laboral de Salomón. Como se indicó, el núcleo de la mano de obra de Salomón se componía de “los extranjeros que había en la tierra de Israel” (versículo 17). Éstos eran residentes permanentes de la tierra, a los cuales se les había permitido sobrevivir a la conquista de Canaán bajo Josué y que habían sido obligados a servir como

cortadores de madera y transportadores de agua para los israelitas y para el santuario. Algunos de ellos sobrevivieron al exilio y voluntariamente regresaron para reconstruir el Templo. Ellos son los “sirvientes del Templo” que se mencionan en 1 Crónicas 9:2.

Sin embargo, aquí su trabajo era obligatorio, supervisado por capataces israelitas. En 1 Reyes 5:16 solo se indican 3,300 supervisores, en contraste con los 3,600 que se mencionan aquí y en el versículo 2. Esta discrepancia se puede deber a un error cuando se copiaba el texto, o tal vez a que el cronista incluyó algunas otras personas que participaron en la supervisión de la obra que el escritor de 1 Reyes no incluyó (por ejemplo, algunos de los funcionarios que se mencionan en 1 Reyes 9:23).

En el libro de Reyes nos damos cuenta de que además de los trabajadores obligados que se mencionan aquí, Salomón reclutó a israelitas para que trabajaran junto con los residentes extranjeros en lo que parece haber sido un programa de servicio nacional (vea 1 Reyes 5:13,14). Se puede tener una idea del alcance de esta empresa por las decenas de miles de trabajadores que participaron en ella. El mensaje general del cronista para nosotros es claro, y se resume en estas palabras de Salomón: “La Casa que tengo que edificar ha de ser grande, porque el Dios nuestro es grande sobre todos los dioses” (2:5). Con los preparativos completos, ahora Salomón está listo para comenzar.

### *Salomón construye la casa de Dios*

#### *El lugar del Templo*

**3** Comenzó Salomón a edificar la casa de Jehová en Jerusalén, en el monte Moriah, que había sido mostrado a David su padre, en el lugar que David había preparado en la era de Ornán, el jebuseo. <sup>2</sup>Y comenzó a edificar en el mes segundo, a los dos días del mes, en el cuarto año de su reinado.

Con todo lo que se ha dicho hasta ahora sobre la importancia del Templo en la vida de Israel y como la pieza central de la historia del cronista, se podría esperar que el escritor santo nos hubiera dado un relato bíblico más largo y detallado de la manera en que esta casa del Señor se construyó y se amobló. Así que es sorprendente descubrir que la versión del cronista acerca del mayor logro de Salomón es en realidad mucho *más corta* que la descripción paralela que encontramos en 1 Reyes 6 y 7. Sin duda, esto se debe al hecho de que los lectores originales del cronista consistían en personas que tuvieron que contentarse con un templo mucho más modesto en su construcción. Es probable que aquí el lector desee consultar lo que se dice en la primera página de la introducción. Para el escritor santo y para su audiencia, era mucho más importante el significado espiritual del Templo para el pueblo de Dios que su aspecto físico.

Sin embargo, una vez que se entiende esto, no debemos pensar que aquí el cronista simplemente nos da la versión condensada de Reyes de la Revista Selecciones®. Ya en el primer versículo, él se aparta del relato anterior al resaltar dos acontecimientos claves del pasado que se asociaban con el lugar del Templo. Para comenzar, se nos dice que el Templo fue construido en el mismo lugar en el que Abraham estuvo dispuesto a cumplir el mandato que le dio Dios de ofrecer en sacrificio a su “hijo . . . único” Isaac (Génesis 22:2). Éste es el único lugar en las Escrituras donde se hace explícita la conexión entre el monte del Templo y el sacrificio de Abraham. Los lectores del cronista habrían recordado que en el último momento el ángel de Jehová le impidió a Abraham llevar a cabo ese acto de suprema devoción. Tal vez aun más significativo es el hecho de que, en ese monte, Dios le proveyó a Abraham un carnero para que lo ofreciera en lugar de Isaac (Génesis 22:13). El cronista también nos recuerda aquí la ocasión cuando, muchos siglos después, un ángel del Señor se apareció a David. En esa ocasión, el ángel había sido el agente de Dios para traer una plaga virulenta sobre Israel, que mató a decenas de miles. Justo antes de que el ángel atacara a Jerusalén, David salió apresuradamente de

la ciudad para interceder por su pueblo. Se encontró con el ángel en un lugar donde un jebuseo llamado Ornán había estado trillando el trigo (1 Crónicas 21). Allí David había ofrecido sacrificios por mandato de Dios, y el Señor había contestado sus oraciones con una lluvia de fuego desde el cielo que consumió las ofrendas. Al ver todo esto, David se dio cuenta de que Dios mismo había elegido la era de Ornán para que fuera el lugar de su casa (1 Crónicas 22:1).

Es esta continuidad del lugar lo que pudo haber sido especialmente significativo para los lectores originales del cronista, ya que les aseguraba que, aunque los adornos exteriores de su Templo no fueran tan impresionantes como los del templo de Salomón, ellos construyeron en el lugar que Dios claramente escogió como suyo “para poner allí su nombre y habitar” (Deuteronomio 12:5).

Como personas que “en espíritu y en verdad” (Juan 4:24) adoramos a Dios, no nos preocupa mucho el lugar específico de nuestra adoración, como lo hacía el pueblo de Dios del Antiguo Testamento. De todos modos, no debemos pensar que la gracia de Dios está flotando libremente por ahí, para encontrarla al meditar debajo de cualquier árbol frondoso, al invocar el nombre de cualquier dios, o al asociarnos con cualquier grupo que dice que adora a Dios. La gracia de Dios *se encuentra* donde se proclama la palabra pura del evangelio y donde se administran debidamente los sacramentos. Cuando el siervo llamado de la Palabra anuncia el perdón de Dios en la absolución, podemos creer firmemente que “por ella los pecados son perdonados ante Dios en el cielo”. \* Cuando nos encontramos en un lugar donde todo esto se cumple, podemos estar seguros de que nuestro Dios ha puesto allí su nombre salvador de acuerdo con su promesa, ya sea que lo adoremos dentro de una hermosa iglesia antigua o en un salón de conferencias de un hotel delante de un altar provisional.

---

\* *Libro de Concordia, Catecismo Menor*. St. Louis: Editorial Concordia, p.364.

*La estructura del Templo*

**<sup>3</sup> Éstas son las medidas que dio Salomón a los cimientos de la casa de Dios: la longitud era de sesenta codos y la anchura de veinte codos. <sup>4</sup> El pórtico que estaba al frente del edificio era de veinte codos de largo, igual al ancho de la Casa, y su altura de ciento veinte codos. Salomón lo recubrió por dentro de oro puro.**

**<sup>5</sup> y techó el cuerpo mayor del edificio con madera de ciprés, la cual recubrió de oro fino, haciendo esculpir en ella palmeras y cadenas. <sup>6</sup> Recubrió también la Casa con un ornamento de piedras preciosas; y el oro era oro de Parvaim. <sup>7</sup> Revistió, pues, la Casa, sus vigas, sus umbrales, sus paredes y sus puertas, con oro; y esculpió querubines en las paredes.**

**<sup>8</sup> Construyó asimismo el Lugar santísimo, cuya longitud era de veinte codos, de acuerdo al ancho del frente de la Casa, y su anchura de veinte codos. Lo revistió de oro fino, el cual ascendía a seiscientos talentos. <sup>9</sup> Los clavos de oro pesaban de uno hasta cincuenta siclos. También recubrió de oro los aposentos.**

**<sup>10</sup> Dentro del Lugar santísimo hizo dos querubines de madera, los cuales fueron recubiertos de oro. <sup>11</sup> La longitud de las alas de los querubines era de veinte codos; porque un ala era de cinco codos, y llegaba hasta la pared de la Casa, mientras la otra de cinco codos tocaba el ala del segundo querubín. <sup>12</sup> De la misma manera una ala del otro querubín era de cinco codos, la cual llegaba hasta la pared de la Casa, y la otra era de cinco codos, que tocaba el ala del otro querubín. <sup>13</sup> Estos querubines, cuyas alas extendidas medían veinte codos, estaban en pie con los rostros vueltos hacia la Casa. <sup>14</sup> Hizo también el velo de azul, púrpura, carmesí y lino, e hizo bordar querubines en él. <sup>15</sup> Delante de la Casa hizo dos columnas de treinta y cinco codos de altura cada una, con capiteles de cinco codos encima. <sup>16</sup> Hizo asimismo cadenas en el santuario y las puso sobre los capiteles de las**

columnas; e hizo cien granadas, las cuales puso en las cadenas. <sup>17</sup> Colocó las columnas delante del Templo, una a la mano derecha y otra a la izquierda; a la de la mano derecha llamó Jaquín y a la de la izquierda, Boaz.

**4** Hizo además un altar de bronce de veinte codos de largo, veinte codos de ancho y diez codos de alto.

<sup>2</sup> También hizo un mar de metal fundido, el cual tenía diez codos de un borde al otro, enteramente redondo; su altura era de cinco codos, y un cordón de treinta codos de largo lo ceñía alrededor. <sup>3</sup> Debajo y alrededor del mar había figuras de calabazas, diez por cada codo, colocadas en dos hileras fundidas juntamente con el mar. <sup>4</sup> Éste estaba asentado sobre doce bueyes, tres de los cuales miraban al norte, tres al occidente, tres al sur, y tres al oriente; el mar descansaba sobre ellos, y sus partes traseras miraban hacia adentro. <sup>5</sup> Y tenía de grueso un palmo menor, y el borde tenía la forma del borde de un cáliz o de una flor de lis. Y le cabían tres mil batos.

<sup>6</sup> Hizo también diez fuentes, y puso cinco a la derecha y cinco a la izquierda, para lavar y limpiar en ellas lo que se ofrecía en holocausto; pero el mar era para que los sacerdotes se lavaran en él.

El Cronista puede haber abreviado este relato tomándolo del que se encuentra en 1 Reyes, y sin embargo desde el punto de vista moderno, por lo impacientes que somos con descripciones verbales de cualquier tipo, nuestros ojos se pueden fatigar por la gran cantidad de información. En estos versículos un factor adicional que dificulta la comprensión es la incertidumbre sobre el significado preciso de algunas palabras. Por último, hay problemas textuales y discrepancias con el relato paralelo en Reyes (particularmente en relación con algunas de las dimensiones del Templo y sus utensilios) que son difíciles de resolver definitivamente. Se dice que una de las razones por las que hoy algunos judíos ortodoxos se oponen a la reconstrucción del Templo

es que quieren evitar la posibilidad de quebrantar alguna de las instrucciones de Dios. Eso podría suceder si ellos, sin darse cuenta, le dieran una interpretación incorrecta a uno de esos versículos. Sea como sea, aquí se nos proporciona suficiente información para comprender lo esencial de la estructura del Templo.

En lugar de enredarnos con los detalles, tratemos de formarnos un concepto general de la estructura del Templo imaginando el impacto que pudo haber tenido en los israelitas que lo visitaban por primera vez. Si llegaban a Jerusalén por el camino ascendente de Jericó, la señal de su inminente llegada hubiera sido la colina que conocemos como el monte de los Olivos. Después de ascender a su cima, podían ver la ciudad que se extendía ante de ellos. A través de una profunda hondonada (más tarde llamada torrente de Cedrón [Quedrón]), la ciudad de David quedaba hacia el sur, y el monte del Templo hacia el norte. Después de cruzar la hondonada y llegar a la ciudad, entraban en el complejo del Templo por la puerta este, donde los porteros oficiales estaban de servicio para asegurarse de que ninguna persona ritualmente impura o inmunda tratara de entrar (1 Crónicas 26:1-19).

Una vez adentro se podían hallar en el “gran atrio” (4:9), en cuyo extremo final había un muro bajo, hecho de cedro y piedra (1 Reyes 6:36), que se levantaba entre ellos y el Templo mismo. Este muro señalaba el comienzo del atrio de los sacerdotes (4:9). Los dos atrios estaban comunicados por puertas cubiertas de bronce (4:9). El muro también impedía que los que iban a adorar y no eran levitas se acercaran más al propio Templo. Debemos comprender, por supuesto, que el Templo no era una iglesia en el sentido de un edificio *dentro del cual* se reunía la gente; era más bien un lugar escogido por Dios y apartado para él. El Dios invisible había prometido que allí su pueblo lo “podría encontrar”, en un lugar santo donde podían acercársele por medio del sacrificio, se podían dirigir a él en oración y podían alabarlo con cantos. Sin embargo, la Casa estaba cerrada a todos excepto a los que Dios había escogido para que sirvieran como sacerdotes.

Sin duda, los visitantes alcanzaban a ver, desde su posición estratégica en el atrio exterior, el gran altar de bronce donde se realizaban las diversas ofrendas propiciatorias al Señor (4:1). Su base era tan ancha como las mismas cámaras principales del Templo, ¡nueve metros completos! Desde la perspectiva del visitante, el altar estaba enmarcado por dos grandes columnas ornamentales que estaban frente al pórtico del Templo o porche de entrada (3:15-17). Estas eran lo suficiente imponentes para que se les dieran nombres propios. A la izquierda del altar, los visitantes podían ver a *Jaquín* (“él establecerá”); a la derecha, a *Boaz* (“en él está la fortaleza”).

La casa de Dios se construyó probablemente sobre una base que se elevaba varios metros sobre el atrio de los sacerdotes. Las dimensiones de la entrada y de los dos aposentos interiores se dan en los versículos 3 y 4 de 2 Crónicas 3. A estas áreas se les llamaba el Pórtico, el Lugar santo (conocido también como el cuerpo mayor en 3:5), y el Lugar santísimo (conocido también como el santuario de la Casa, 5:7-9). Es útil notar que los últimos dos aposentos tenían dos veces el tamaño de los que se encontraban en el Tabernáculo. El cronista todavía sigue haciendo énfasis en el tema de que esta casa tenía que ser grande “porque el Dios nuestro es grande sobre todos los dioses” (2:5).

En la esquina sureste del Templo, el inmenso “estanque” de bronce estaba ubicado sobre los lomos de las estatuas de doce bueyes y era visible a nuestros visitantes imaginarios. Como lo sugiere su nombre, era un depósito de agua y tenía una capacidad aproximada de 70,000 litros. Se usaba, como nos dice el cronista, “para que los sacerdotes se lavaran en él” (4:6). Sin duda, es una referencia a la purificación que requerían los sacerdotes antes de poder acercarse a la casa de Dios (Éxodo 30:17-21). Además del estanque había diez contenedores de agua más pequeños, sobre bases ornamentales móviles, cada uno con una capacidad de 920 litros, que se usaban para lavar las partes de los animales propiciatorios que el Señor había destinado para él (4:6,14; 1 Reyes 7:27-39; Levítico 1:9).

*El mobiliario del templo*

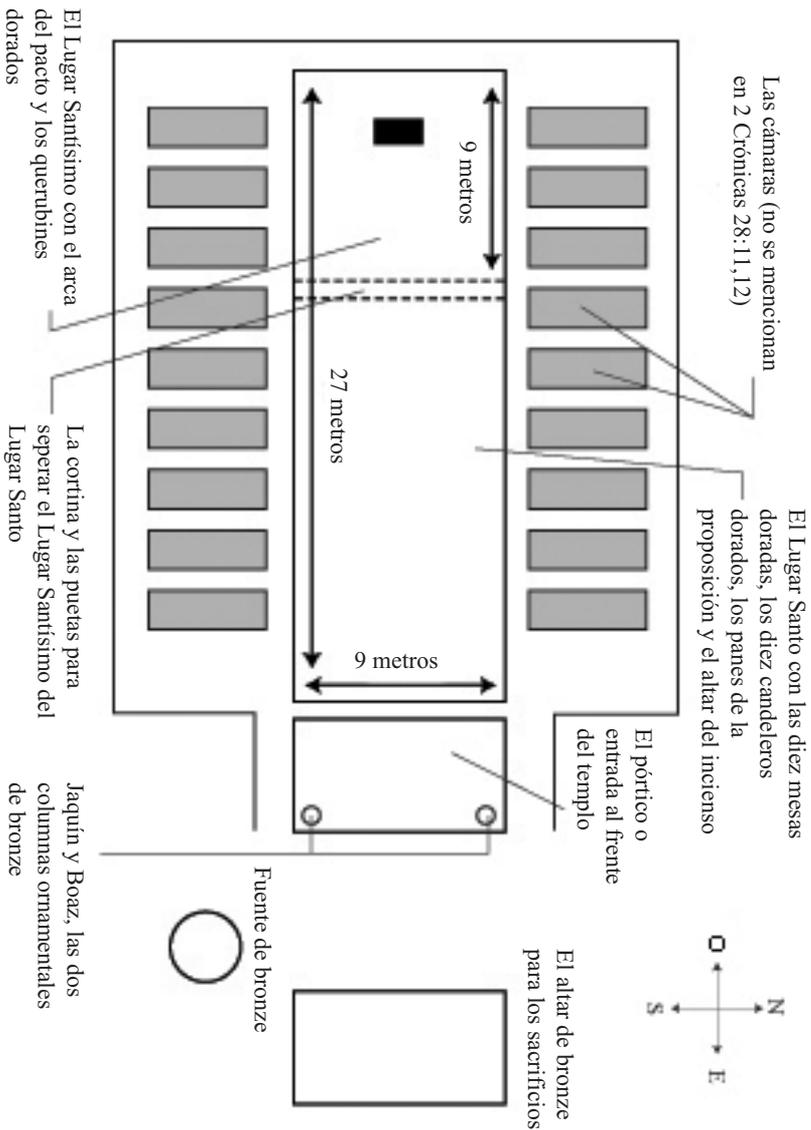
**<sup>7</sup> Hizo asimismo diez candelabros de oro según la forma prescrita, los cuales puso en el Templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda. <sup>8</sup> Además hizo diez mesas y las puso en el Templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda; igualmente hizo cien tazones de oro.**

**<sup>9</sup> También hizo el atrio de los sacerdotes, el gran atrio y las portadas del atrio, y recubrió de bronce sus puertas. <sup>10</sup> Y colocó el mar al lado derecho, hacia el sureste de la Casa.**

**<sup>11</sup> Hiram también hizo calderos, palas y tazones. Así acabó Hiram la obra que le había encargado el rey Salomón para la casa de Dios. <sup>12</sup> Las dos columnas y los cordones, los capiteles sobre las cabezas de las dos columnas, y las dos redes para cubrir las dos esferas de los capiteles que estaban encima de las columnas; <sup>13</sup> cuatrocientas granadas en las dos redes, dos hileras de granadas en cada red, para que cubrieran las dos esferas de los capiteles que estaban encima de las columnas. <sup>14</sup> Hizo también las basas, sobre las cuales colocó las fuentes; <sup>15</sup> un mar, y los doce bueyes debajo de él; <sup>16</sup> y calderos, palas y garfios.**

**Todos estos enseres los hizo Hiram-abi al rey Salomón, para la casa de Jehová, de bronce muy fino. <sup>17</sup> Los fundió el rey en los llanos del Jordán, en tierra arcillosa, entre Sucot y Seredata. <sup>18</sup> Salomón hizo todos estos enseres en número tan grande, que no pudo saberse el peso del bronce.**

**<sup>19</sup> Así hizo Salomón todos los utensilios para la casa de Dios, el altar de oro, y las mesas sobre las cuales se ponían los panes de la proposición; <sup>20</sup> asimismo los candelabros y sus lámparas, de oro puro, para que las encendieran delante del Lugar santísimo conforme a la ordenanza. <sup>21</sup> Las flores, lámparas y tenazas se hicieron de oro, de oro finísimo; <sup>22</sup> también las despabiladeras, los lebrillos, las cucharas y los incensarios eran de oro puro. También eran de oro la**



*El templo de Salomón*

**entrada de la Casa, sus puertas interiores para el Lugar santísimo, y las puertas del Templo mismo.**

**5** Así se acabó toda la obra que hizo Salomón para la casa de Jehová. Luego metió Salomón las ofrendas que David, su padre, había consagrado: la plata, el oro y todos los demás utensilios, y lo puso todo en los tesoros de la casa de Dios.

Las cosas que permanecían ocultas, escondidas detrás de las paredes del Templo, eran aun más asombrosas que las cosas que se veían. La mayoría de los israelitas podían saber acerca del interior del Templo y de su contenido únicamente leyendo descripciones como la que tenemos ante de nosotros; sólo por esas descripciones se podía saber que una vez que se pasaba el pórtico, el sacerdote oficiante entraba en un aposento brillante con el oro, resplandeciente con piedras preciosas, y fragante con incienso. Ese era el Lugar santo, que había sido suntuosamente amoblado con diez mesas y diez candeleros (en vez de la mesa y el candelero que habían sido suficientes para el Tabernáculo y su Lugar santo, vea Éxodo 25:23-40).

Aunque todas las mesas se asociaban de alguna manera con los 12 panes llamados “los panes de la proposición”, sólo se usaba una para ponerlos (compare 4:19 con 1 Reyes 7:48). Los panes, que se horneaban cada semana, se disponían en dos filas de seis (Levítico 24:6), y simbolizaban la gratitud que las 12 tribus de Israel tenían por las bendiciones terrenales de Dios. Las tribus vivían en presencia del que los sostenía; recibían todo de él; a él le daban las gracias por el pan de cada día. El nombre de los panes nos advierte del hecho de que éstos se debían colocar constantemente en presencia del Señor (Éxodo 25:30).

La luz amarilla de los candeleros, junto con la luz natural que entraba por las ventanas con celosías que estaban arriba (1 Reyes 6:4) se combinaban para bañar el interior con un resplandor apacible. En el extremo oeste del Lugar santo, en frente de las

puertas y de la cortina bordada que separaba el Lugar santísimo, estaba el altar dorado del incienso (4:19). Cada mañana y cada tarde el sacerdote designado para el día se acercaba al altar para quemar el incienso que significaba las oraciones diarias del pueblo de Dios (Éxodo 30:7,8; Salmo 141:2; Lucas 1:9; Apocalipsis 8:3).

Aunque había restricciones para ver el lugar del Lugar santo, el Lugar santísimo estaba aun más apartado de la vista general de la congregación; lo que se podía saber de él solo se les podía comunicar por medio de la Palabra. No se podía ver nada de su contenido desde la cámara más grande, con excepción de los extremos de las barras que se usaban para llevar el Arca del pacto a su hogar permanente (5:9). Al parecer, eran visibles a través de pequeñas aberturas que estaban a cada lado entre las jambas y las paredes. Por alguna razón el velo bordado no cubría estos espacios (3:14). Sin embargo, el Arca y el aposento de oro en donde ésta estaba permanecían ocultos.

Solo al sumo sacerdote se le permitía entrar allí y únicamente una vez al año, en el Día de la Expiación (Hebreos 9:7). Además, ni a él se le permitía ver el Arca, porque su visión estaba obstruida. Antes de que entrara al Lugar santísimo, debía tomar algunos carbones del altar del holocausto para quemar incienso dentro de ese aposento sagrado. Así el aposento se llenaba de humo y el sumo sacerdote no podía ver el propiciatorio (Levítico 16:13).

Este aposento era el corazón palpitante del Templo, el centro de todo el santuario. Salomón había cubierto el Lugar santísimo, un cubo perfecto, con 23 toneladas de oro, ¡una cantidad sorprendente! A pesar de todo, el aposento todavía era inadecuado para que Dios morara allí. Como Salomón lo admitió de buena gana, los cielos no lo podrían contener y toda la tierra era suya (2:6; Salmo 24:1). Aun así, Dios le había hecho esta promesa a Moisés: “delante del propiciatorio que está sobre el Testimonio... me encontraré contigo” (Éxodo 30:6). Por eso podemos decir que Dios “vivió” de acuerdo con su promesa misericordiosa en la Casa que Salomón le construyó. En el día de la dedicación, les dijo a

todos con claridad que él había condescendido en adoptar como su trono terrenal el propiciatorio, que estaba entre los querubines (1 Crónicas 13:6).

Dentro del santuario, el Arca del pacto estaba acompañada por dos estatuas separadas que representaban a las criaturas celestiales que los hebreos conocían como querubines. La dos estatuas recubiertas de oro habían sido hechas con alas extendidas, de tal manera que le daban sombra a todo el aposento, de extremo al extremo (3:10-13). En las Escrituras se describen esos seres angelicales de formas diferentes, por lo que es difícil asegurar exactamente qué aspecto tenían las estatuas de Salomón. “Querubines y una espada encendida” fueron puestos para evitar que el hombre rebelde entrara nuevamente en el paraíso (Génesis 3:24). David describe en los Salmos cómo vio al Señor responder a la oración: “Inclinó los cielos . . . densas tinieblas debajo de sus pies. Cabalgó sobre un querubín y voló” (Salmo 18:9,10). La visión que tuvo Ezequiel del querubín es la más detallada. Venían de la oscuridad de un ventarrón, parecían como “carbones de fuego encendidos” (Ezequiel 1:13) y “había en ellos un parecido a seres humanos” (Ezequiel 1:5). Cada uno tenía cuatro caras (de hombre, de buey, de león y de águila). Esta última referencia nos recuerda de inmediato los “cuatro seres vivientes” que estaban alrededor del trono de Dios en el cielo, como nos lo describe Juan en el último libro de la Biblia (Apocalipsis 4:7,8).

Aunque pueden ser misteriosos en muchos aspectos, por lo menos podemos decir que los querubines son ángeles que están en presencia de Dios, que están relacionados con el trono de Dios, y que implican su autoridad suprema sobre todas sus criaturas. Cualquiera que haya sido la apariencia de los querubines de Salomón, estamos completamente seguros al decir que ellos de ninguna manera se podrían parecer a los cupidos de caras redondas que son frecuentes en las pinturas del final del renacimiento. Ni tampoco se parecían de ninguna manera a las “adorables” pequeñas estatuillas que algunas personas coleccionan hoy. Éstas eran representaciones de ángeles que inspiraban temor reverente.

Eran adecuadas para adornar el aposento del trono terrenal del Dios todopoderoso y para estar en su presencia.

En esta lista se mencionan varios elementos que no hemos considerado hasta ahora en este comentario: tazones de oro (versículo 8), calderos, palas y garfios (versículo 16), despabiladeras, lebrillos, cucharas e incensarios de oro puro (versículo 22). Tampoco hemos pasado mucho tiempo observando los diversos bajorrelieves y las figuras ornamentales que había en las paredes, velos y columnas. Al tener presente el mensaje básico del cronista, vemos que todas estas cosas sirven para subrayar la gloria del templo de Salomón. Se usó sólo lo mejor para la casa de Dios, y no se descuidó ningún detalle. Se utilizó oro en cantidades asombrosas; la cantidad de bronce que se empleó sobrepasó todos los cálculos (4:18). Cuando terminó el trabajo, Salomón realzó aun más la gloria de la casa de Dios llevando las “ofrendas que David, su padre, había consagrado” (5:1) al sitio que les correspondía en los tesoros del Templo. Esas cosas debieron ser las cantidades de plata, oro y bronce que fueron tomadas en la guerra que David había hecho contra los enemigos del pueblo de Dios (1 Crónicas 18:11).

La descripción de la belleza y la grandeza del templo de Salomón pudo haber tenido un sabor agri dulce para los lectores originales del cronista. Verdaderamente se maravillaron, como nos maravillamos nosotros, cuando oyeron las prodigiosas cantidades de oro, plata y bronce que se utilizaron en su construcción. Sin embargo, la reflexión sobre la gloria que una vez tuvo el antiguo Templo solo podía mostrar las deficiencias del Templo que los exiliados conocieron como la casa de Dios. Esos creyentes reprendidos, después de escuchar esta lista de elementos del templo de Salomón, recordaron otro lugar de las Escrituras donde podían encontrar una lista parecida. Sin embargo, allí la lista sirvió para registrar el botín que el triunfante rey Nabucodonosor había llevado con él a Babilonia. Junto con estos tesoros del Templo, llevó al exilio a la flor y nata del pueblo de Dios (2 Reyes 25:13-21). Todo el oro del mundo no le puede dar a un pueblo una

apariencia aceptable cuando para Dios este se ha convertido en aborrecible por pecar con impenitencia. ¡Por el juicio de Dios a causa del pecado, su Casa ya no resplandecía con el mismo brillo que antes!

Este magnífico templo de Salomón era glorioso, pero sólo con un esplendor terrenal; esa gloria estaba destinada a desvanecerse, a marchitarse y caerse “como flor del campo” (Isaías 40:6). Incluso cuando el Templo se construyó por primera vez, pudo ser el estrado adecuado de Dios, sólo por su gracia, porque él libremente había escogido poner su nombre allí. De manera similar, el segundo Templo, reconstruido por los que regresaron, seguirá siendo la casa de Dios solo por gracia. Cualquier defecto que ellos pudieran percibir en los elementos exteriores de su Templo se eliminarán cuando venga “súbitamente a su Templo el Señor” (Malaquías 3:1). Muchos años después de que se escribiera esta porción de las Escrituras, el rey Herodes emprendió una renovación total y costosa de la casa del Señor. ¡Sin embargo, todo el esplendor de Herodes nunca podría igualar la gloria que el Rey Mesías iba a traer cuando adornara el Templo con su presencia!

El versículo final tenía el propósito de impresionar tanto los oídos como también la mente del lector: “*Watishlamm . . . Shlomoh*” “*Completo* estaba todo el trabajo que el *Completador* [Salomón] había hecho” (traducción literal de 5:1). De este modo el cronista graba en sus lectores uno de los temas principales del recuento que hace de la construcción del Templo. Como lo indican los sonidos parecidos, aquí tenemos un pequeño juego de palabras que le recuerda al lector que Salomón, el rey de paz, por fin había terminado lo que David, su padre, tenía “en [su] corazón” (1 Crónicas 22:7). Finalmente, estas palabras permanecen como un recordatorio de la fidelidad de Dios. Él le había prometido a David un hijo para que construyera su Casa; ese hijo había venido; la Casa se había construido (1 Crónicas 17:11,12; 22:6-10).

## *Significado del Templo para el antiguo Israel*

Ahora hagamos un momento de pausa para reflexionar sobre el significado del Templo. ¿Qué significaba para el pueblo de Dios del Antiguo Testamento? ¿Qué significado tiene para nosotros hoy? El examen minucioso de algunas de las palabras y las frases descriptivas que se usan en este relato nos darán las respuestas a estas preguntas. Hemos escuchado que se le ha dado el nombre de “la casa (el templo) de Jehová” (3:1), un lugar “para quemar incienso delante de él [literalmente: en su rostro]” (2:6), “Casa al nombre de Jehová” (2:4; 6:7). En el capítulo 6 Salomón pide que Dios “[oiga] desde los cielos” cuando la oración se dirija hacia su Templo (6:21).

Todas estas expresiones conducen a la misma verdad. En el Templo, Dios vivía entre su pueblo, y lo hizo de una manera que no cambió ni disminuyó en lo más mínimo su naturaleza como el Dios infinito y todopoderoso. Ahí se reveló a sí mismo en su misericordia. Ahí los israelitas lo podían “encontrar” de una forma que los pobres pecadores podían comprender.

Al mismo tiempo, una mirada al Templo impresionaba al creyente del Antiguo Testamento por el hecho de que allí estaba el Dios *santo*, apartado de los pecadores. ¿Por qué otra razón había una pared entre los atrios interno y externo? ¿Por qué estaban frente al Templo el estanque y el altar de bronce del sacrificio? ¿Por qué estaba el Arca en el aposento más interno del Templo? ¿Por qué otro motivo estaría el Arca escondida detrás de puertas y de un velo? ¿Por qué otra razón sólo se le permitía al sumo sacerdote entrar en el Lugar santísimo, y solo una vez al año? De una manera visual Dios decía: “No puedo estar con los pecadores, y los pecadores no pueden estar en mi presencia. Porque soy santo, debo los consumir o purificar.”

Con el objeto de reforzar esta verdad, sólo los sacerdotes escogidos podían servir en el atrio interior de la casa de Dios. Para Israel, el camino a Dios era por medio de los sacerdotes que

estaban allí para ofrecer sacrificios. Sin embargo, antes de poder hacerlo, ellos mismos tenían que someterse a un lavamiento de purificación con agua del estanque. Una vez que estaban purificados, Dios misericordiosamente los consideraba aptos para ofrecer sacrificio. En esos sacrificios Dios misericordiosamente consideraba la vida del animal como el sustituto suficiente de la vida humana que se había perdido por el pecado. En su morada terrenal entre los querubines, Dios miraba hacia abajo a las tablas de la Ley que estaban en el Arca, las tablas que acusaban a la humanidad de pecado y la condenaban, y veía sobre el propiciatorio la sangre del sustituto. Esa sangre cubría el testimonio de la culpa de la Ley y quitaba el pecado.

### ***Significado del Templo en el Nuevo Testamento***

Por lo que se ha dicho, cualquier hijo de Dios del Nuevo Testamento puede ver con facilidad los muchos paralelos que existen entre las sombras del Antiguo Testamento y la realidad que está en Cristo. La influencia que tuvo el Templo en la mente de los escritores del Nuevo Testamento fue tan fuerte que con frecuencia es imposible comprender su línea de pensamiento sin tener algún conocimiento del significado del Templo. Vamos a considerar sólo algunas de las ideas más importantes.

Juan, el escritor del evangelio, nos da el paralelo más claro entre el Templo y Cristo, la morada de Dios que habita ahora en un cuerpo humano. Ya en el versículo 14 de su primer capítulo, él declara que Jesús, la Palabra, “habitó entre nosotros”. El término que utiliza para “habitación” en el original es inequívocamente un recuerdo del *santuario* del Antiguo Testamento. Al mirar a Jesús, los discípulos vieron “...su gloria, gloria como del unigénito del Padre... lleno de gracia y de verdad”.

Continuando en esta misma línea, notamos que Jesús mismo les dio la siguiente señal a los que cuestionaron su autoridad: “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré” (Juan 2:19). Los

judíos incrédulos pensaron que hablaba del Templo que fue reconstruido por Herodes en un período de 46 años. Sin embargo, Juan nos aclara que Jesús hablaba de “su cuerpo” (Juan 2:21). Considere lo que Jesús estaba diciendo: a Salomón le tomó siete años construir este Templo, a los exiliados que regresaron les requirió 20, y la renovación de Herodes tomó más de 46 años antes de terminarlo. Por otro lado, Jesús iba a necesitar solo tres días para levantar su “templo”. Fue como si hubiera dicho: “El mayor logro de un ser humano es la construcción de un imponente monumento de madera, piedra y mortero. Es una tarea que sólo se puede llevar a cabo a costa de mucho tiempo y esfuerzo. Como Dios todopoderoso, yo tengo el poder para resucitar mi propio cuerpo en tres días después de haber sido entregado a la muerte.”

Por esto, como creyentes del Nuevo Testamento, podemos estar seguros de que en el Cristo resucitado hemos encontrado nuestro templo, el lugar donde encontramos a nuestro Dios; no se necesita otra estructura. Si la gente dice, como hacen por ejemplo los mormones, que debemos construir alguna otra casa para el Señor, insultan al Padre que entregó a su Hijo, y desprecian al Salvador, que levantó un templo mucho más grande que el que cualquier hombre pudiera igualar. Lo mismo es cierto respecto a cualquiera que considere a una parte específica de algún lugar o edificio como algo más santo a la vista de Dios, a los que corren a este o a aquel santuario con la esperanza de estar más cerca de su Dios. Jesús es “el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6). Nadie llega al Padre sino por él.

Incluso con más frecuencia los escritores de Nuevo Testamento se refieren a la iglesia, en el sentido de la comunidad de los creyentes, como el templo que es “morada de Dios en el Espíritu” (Efesios 2:22). Así como Salomón, hijo de David, había construido la casa de Dios, también Jesús, el Hijo de David, por excelencia nos edifica como “piedras vivas . . . como casa espiritual”, como nos dice Pedro (1 Pedro 2:5). Cuando al fin el Sucesor de Salomón haya terminado su gloriosa obra de construir

la casa de Dios, la historia habrá alcanzado su propósito; la fe le cederá el paso a la vista, y todos experimentaremos la alegría perfecta de vivir en la presencia de Dios para siempre.

La idea de que los creyentes son el templo de Dios sobre la tierra penetra todos los escritos del Nuevo Testamento. Por esa razón, cuando nos hacemos miembros de la familia de la fe, no solo nos unimos a alguna organización de personas que piensan de la misma manera o que comparten alguna meta terrenal. Unirse a esa comunidad tiene un significado eterno. Los que pertenecen a la iglesia son “santos”, los santos de Dios, que han “sido lavados, . . . santificados, [y] . . . justificados en el nombre del Señor Jesús y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6:11). Como yo soy parte de su iglesia, Dios me dice que precisamente por ser parte de su iglesia, toda mi vida se ve como un servicio sacerdotal, un sacrificio de alabanza y acción de gracias ofrecido al único verdadero Dios (Romanos 12:1; 1 Pedro 2:5). Por otro lado, aquellos a quienes se les ha declarado solemnemente que han sido cortados del compañerismo son “entregado[s] a Satanás” (1 Corintios 5:5). Lo que la iglesia hace en el nombre de Cristo, él mismo lo hace “porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (Mateo 18:20). Por medio de la Palabra y el sacramento, se les asegura a los creyentes reunidos la presencia continua de Cristo entre ellos. ¡Dios sigue viviendo en medio de su pueblo en la iglesia!

De la misma manera que se puede decir que la comunidad de los creyentes es “templo de Dios”, también se puede considerar que el cristiano individual es el lugar de la morada de Dios. En el ejemplo más notable de esto, Pablo usa la santidad del Templo como un motivador poderoso para que evitemos la inmoralidad sexual: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?” (1 Corintios 6:19). Dondequiera que Cristo vive por su Espíritu, allí el creyente ora con deseo ardiente “Oh, muy amado Jesús, santo Hijo, derrumba todo trono de ídolo que haya en mi corazón, desarraiga todos los malos deseos que haya en mí,”

¿Quién jamás quisiera profanar con pensamientos inmorales o actos impuros un cuerpo cuyo corazón Cristo ha consagrado como su propiedad?

Entonces, los escritores del Nuevo Testamento, cuando utilizan la palabra *templo*, construyen sobre el pasado para ayudarles a los creyentes a entender la riqueza de bendiciones que disfrutamos aquí y ahora en Cristo. Sin embargo, esto es sólo el comienzo de la alegría; una mirada al pasado remoto también nos da una mejor comprensión del futuro glorioso que tenemos. En el Apocalipsis, Juan “vio” el cumplimiento pleno y final del templo; el Espíritu le concedió una visión de la morada eterna de Dios en el cielo, el lugar que el santuario de Salomón tenía la intención de reproducir en la tierra (Apocalipsis 4; Hebreos 9:23,24). Nuestro corazón se estremece de alegría cuando leemos la descripción que nos da Juan. Por medio de sus ojos vemos la morada de Dios en el centro de lo que será también nuestro hogar eterno, el que Cristo preparó para nosotros.

En la nueva Jerusalén, Dios vivirá en medio de su pueblo con gloria evidente (Apocalipsis 21:22,23). Jamás se encontrará nada impuro en esa ciudad, y finalmente será plenamente realizada nuestra esperanza de liberación completa del dolor y del pecado. En lugar del estanque de bronce ubicado cerca al santuario de Dios, el cielo contiene un río de agua de vida “resplandeciente como cristal, que [sale] del trono de Dios y del Cordero” (Apocalipsis 22:1). Juan no menciona ningún altar ni sacrificio, y sabemos por qué. El Cordero que fue inmolado (Apocalipsis 5:6) “con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:14).

Estos breves párrafos sólo tienen la intención de abrir el apetito de los lectores; ellos no pueden delinear la extensión ni la amplitud, ni la altura ni la profundidad del amor de Dios como se nos describen cada vez que las Escrituras usan el santuario terrenal de pueblo de Dios del Antiguo Testamento como punto de comparación.

## ***Salomón completa la obra de David***

En los tres capítulos siguientes, el cronista nos narra la historia de la dedicación del Templo. Para ayudarnos a orientar, puede ser útil ver primero todo el relato de una manera general. El cronista divide el relato en siete partes principales. En la primera parte nos enteramos de la manera como el Arca, junto con el antiguo Tabernáculo y los muebles sagrados, fueron trasladados al nuevo santuario que Salomón había construido (5:2-13a). La segunda parte relata la manera en que la gloria de Dios apareció dentro del Templo (5:13b,14). La tercera parte describe la respuesta de Salomón a esta extraordinaria visión y su bendición a los israelitas que estaban reunidos (6:1-11). Después sigue uno de los pasajes claves de las Escrituras del Antiguo Testamento: la oración de dedicación que pronunció Salomón (6:12-42). Las tres partes finales hablan de la respuesta que con fuego y gloria Dios le dio a los sacrificios (7:1-3), la jubilosa celebración de Israel en los días siguientes (7:4-10), y la aparición de Dios a Salomón con una respuesta a su oración de dedicación (7:11-22).

### *Se pone el Arca en el santuario*

**<sup>2</sup> Entonces Salomón reunió en Jerusalén a los ancianos de Israel, a todos los príncipes de las tribus, y a los jefes de las familias de los hijos de Israel, para que trasladaran el Arca del pacto de Jehová desde la Ciudad de David, que es Sión. <sup>3</sup> Y se congregaron junto al rey todos los hombres de Israel, para la fiesta solemne del mes séptimo. <sup>4</sup> Cuando llegaron todos los ancianos de Israel, los levitas tomaron el Arca, <sup>5</sup> y la llevaron, junto con el Tabernáculo de reunión y todos los utensilios del santuario que estaban en el Tabernáculo. Los sacerdotes y los levitas los llevaron. <sup>6</sup> El rey Salomón y toda la congregación de Israel que se había reunido con él delante del Arca, sacrificaron ovejas y bueyes, que por ser tantos no se pudieron contar ni calcular.**

**<sup>7</sup> Los sacerdotes metieron el Arca del pacto de Jehová en su lugar, en el santuario de la Casa, en el Lugar santísimo, bajo las alas de los querubines; <sup>8</sup> pues los querubines extendían las alas sobre el lugar del Arca, cubriendo así tanto el Arca como sus barras por encima. <sup>9</sup> E hicieron salir las barras, de modo que se vieran las cabezas de las barras del Arca delante del Lugar santísimo, pero no se veían desde fuera; y allí están hasta el día de hoy. <sup>10</sup> En el Arca no había nada más que las dos tablas que Moisés había puesto en Horeb, las tablas del pacto que Jehová había hecho con los hijos de Israel cuando salieron de Egipto.**

En muchos sentidos, la terminación del Templo se debe considerar como el punto culminante del Antiguo Testamento. Finalmente, Salomón logró lo que Dios había predicho por medio de Moisés (Deuteronomio 12:10,11), lo que se le había prohibido hacer a David a pesar de que había pasado el tiempo de su reinado preparándose para esto. El primer Templo estuvo en construcción durante siete años y fue terminado en el octavo mes del undécimo año del reinado de Salomón (1 Reyes 6:38). Evidentemente Salomón estaba dispuesto a esperar once meses más antes de dedicarlo (compare 1 Reyes 8:2 con 1 Reyes 6:38). Tal vez lo hizo para tener el tiempo suficiente para planear y preparar una enorme reunión festiva del pueblo de Dios.

“Todo tiene su tiempo . . . debajo del cielo” (Eclesiastés 3:1), incluyendo el tiempo para celebrar en la presencia de Dios. Sin duda, la dedicación de la casa de Dios fue el momento perfecto para una celebración alegre. A este edificio terrenal se ligaba el que es “del mundo la esperanza” (*Culto Cristiano* 5:1), en lo que respecta al antiguo Israel. Ahora estaba presente como un monumento al Dios que cumple su palabra y como un señal tangible a Israel de que ellos ciertamente eran el pueblo del Señor, las ovejas de su prado (Salmo 100:3).

Salomón escogió, muy acertadamente, “la fiesta solemne del mes séptimo” (versículo 3) como el día para la dedicación. El

nombre en hebreo era *Succhoth*, en español es la fiesta de los Tabernáculos. *Succhoth*, una de las tres grandes fiestas del año eclesiástico israelita, le recordaba al pueblo de Dios el tiempo en que anduvo errante por el desierto y vivió en tiendas; durante ese tiempo sólo Dios había sido la morada de ellos (Salmo 90). Después del período en que anduvieron errantes, Dios los estableció en la tierra espaciosa que les había prometido a Abraham, Isaac y Jacob. ¡Qué mejor oportunidad, para trasladar el Arca a su nuevo hogar, que durante la fiesta en la que conmemoraban esos acontecimientos!

Aunque el pueblo había encontrado su morada terrenal en la Tierra Prometida, durante muchos años el Arca no había tenido un lugar permanente (1 Crónicas 17:5); había estado alojada en tiendas y se había trasladado de lugar en lugar. Durante un período oscuro de la historia de Israel, el Arca había pasado a las manos de los filisteos, hasta había pasando una noche en la casa dedicada a un dios pagano (1 Samuel 4,5). No obstante, durante el reinado de David, Dios había escogido la era de Ornán (1 Crónicas 21:22; 22:1) como morada para su Nombre (Deuteronomio 12:11), y ahora Salomón había terminado la construcción del Templo en el mismo lugar. Llevar por fin del Arca a su casa marcaba la culminación del éxodo de Israel desde Egipto. Eso señaló un pueblo en reposo de sus enemigos, dentro de una tierra santa donde vivieron en la presencia de su Dios.

Los sacrificios que se mencionaron como parte de la procesión fueron una expresión generosa de la dependencia absoluta de Israel en el buen Dios que había cuidado cada paso. “Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias; nuevas son cada mañana, ¡Grande es tu fidelidad!” (Lamentaciones 3:22,23). ¡Los receptores de esta misericordia tan grande hacían bien en ofrecer incontables sacrificios (versículo 6; compare con Romanos 12:1)! En el texto original, el versículo que describe la colocación del Arca en el santuario da una sensación de importancia, como los últimos pasos solemnes que se dan antes del final de un viaje y como una meta

deseada que se alcanza finalmente. El versículo comienza con una referencia excepcionalmente completa y majestuosa (“el Arca del pacto de Jehová”), después continúa con una serie de sinónimos que gradualmente llegan a ser más específicos: “Los sacerdotes metieron el Arca . . . en su lugar, en el santuario de la Casa, en el Lugar santísimo, bajo las alas de los querubines” (versículo 7). ¡Al final casi se puede oír a los sacerdotes bajando su carga con un suspiro de satisfacción santa!

Como “los querubines extendían las alas sobre el lugar del Arca” los sacerdotes que la habían llevado se retiraron del Lugar santísimo. Dejaron las barras que habían utilizado; de allí en adelante, esas barras le servirán a un observador como la única indicación visible en el Lugar santo de que el Arca estaba en el aposento que estaba más allá de las puertas y de las cortinas (versículo 9). Esa observación y la que sigue inmediatamente (“en el Arca no había más que las dos tablas que Moisés había puesto en Horeb”) el cronista debió haber tomado de una de las fuentes que usó regularmente para escribir su historia (9:29). El Arca, su contenido y las barras para transportarla ya se habían perdido desde hacía mucho tiempo por la época cuando los exilados regresaron a Jerusalén para reconstruir el Templo.

En general, aquí podemos notar varias características de la presentación del cronista que la distinguen del relato correspondiente en 1 Reyes. Es claro el deseo que hay en nuestro autor de establecer un paralelo entre David trayendo el Arca a Jerusalén (1 Crónicas 13,15,16) y Salomón poniéndola en su lugar permanente dentro del Templo. En ambas ocasiones, los jefes de Israel se reunieron en solemne asamblea, se hicieron sacrificios durante la procesión, se realzó el papel de los músicos levitas y el rey pronunció una bendición sobre la multitud reunida. En las dos ocasiones el tema del canto de los levitas fue el buen Dios “porque su misericordia es para siempre” (compare 1 Crónicas 16:34 con 2 Crónicas 5:13).

Al destacar estas similitudes, el cronista en su relato de la historia vuelve a resaltar un hecho que había establecido con

claridad en el versículo 1, “*Completo* estaba todo el trabajo que el *Completador* [Salomón] había hecho” (una traducción literal para presentar el juego de palabras del original). Desde la posición ventajosa del cronista, la misión de David y la misión de Salomón eran la misma; el hijo tuvo el privilegio de terminar lo que su padre había comenzado.

Hay una discrepancia entre Reyes y Crónicas en sus respectivas descripciones de este acontecimiento. En 1 Reyes 8:3 leemos “los *sacerdotes* levantaron el Arca”, mientras que en 2 Crónicas 5:4 se nos dice que los *levitas* lo hicieron. Una solución posible es pensar que el Arca se trasladó *en dos etapas*. En la primera, los levitas la llevaron desde la ciudad de David hasta el monte del Templo, en un desplazamiento de aproximadamente 1,300 metros. Después, los sacerdotes se hicieron cargo y llevaron el Arca en lo que restaba del camino hasta el Templo. Ambos relatos dicen claramente que los sacerdotes en realidad llevaron el Arca al santuario (versículo 7; 1 Reyes 8:6). Eso no es sorprendente, porque a los levitas les estaba prohibido entrar en el Lugar santísimo (Números 4:20). Una interpretación como esta también va bien con la práctica normal del cronista de agregar material suplementario que presente a los levitas con una buena imagen. En este caso había tenido la oportunidad de aclarar que los levitas habían compartido el honor de transportar el Arca por lo menos en parte del camino en el día de la dedicación del primer Templo, una oportunidad que hubiera sido difícil que él desperdiciara.

El problema de esta interpretación es que parece violar el sentido natural de las palabras tal como aparecen en el libro de Reyes. Sin el relato del cronista, cualquiera que lea 1 Reyes 8 pensaría que los sacerdotes transportaron el Arca todo el camino desde la ciudad de David hasta el Templo. Si dejamos simplemente a 1 Reyes 8 como está, podríamos resolver el problema, sugiriendo que el cronista usa la palabra *levita* en un sentido más amplio de lo que hace normalmente. Por lo común, cuando se refiere a los levitas, el cronista tiene presente a los miembros de esa tribu que

*no* eran sacerdotes. Pero en este caso cambia su práctica usual y llama *levitas* a los sacerdotes que ese día transportaron el Arca. Sería perfectamente correcto llamar levita a cualquiera de los hijos sacerdotales de Aarón, ya que todos ellos habían nacido en la tribu de Leví. Al mismo tiempo, esta expresión poco común nos deja con la pregunta de ¿por qué querría el cronista alterar súbitamente su manera normal de hablar?

Se puede encontrar una respuesta al considerar en que consistía el procedimiento normal para trasladar el Arca. La práctica normal como Moisés la había ordenado era que los levitas *no sacerdotes* llevaran a cabo este trabajo (Números 3:31; 4:15). Sin embargo, por lo menos había habido una ocasión anterior cuando se encargó a los sacerdotes de llevar el Arca. Eso ocurrió cuando Josué guio a los israelitas por primera vez a través del Jordán hacia la Tierra Prometida (Josué 3:3). Parece razonable suponer que en ese momento a los sacerdotes se les dio otra vez el honor porque las dos ocasiones parecían tener la misma importancia.

Si ahora entendemos algo del mensaje del cronista, sabemos lo mucho que quería enfatizar la importancia de adorar *en la forma correcta* al Dios verdadero. Por eso aquí parece verosímil que quisiera sustituir “levitas” por “sacerdotes” en el versículo mencionado. Después de todo, cuando el cronista escribió sobre el fallido primer intento de David de trasladar el Arca, insistió en que en ese tiempo uno de los errores fundamentales en que el pueblo de Dios había caído fue el no en llevar el Arca “según su ordenanza” (1 Crónicas 15:13). Podría parecer que aquí el simple uso de la palabra *sacerdote* menoscababa ese mensaje. Pero llamar a los sacerdotes por su nombre tribal de *levitas* le recuerda al lector que esto era una práctica excepcional, y aunque no estaba equivocada, a pesar de todo fue una excepción. Las excepciones no se deben convertir en reglas.

Esta tampoco es una mala lección para enseñarle a esta generación de creyentes, para quienes los “casos excepcionales” tienden a convertirse rápidamente en “costumbre”. El mundo pecador en el que vivimos y en el que nos movemos se deleita en

pasarse de la raya. ¡Qué fácil es dentro de ese ambiente utilizar la libertad como un pretexto para justificar el pecado manifiesto (Gálatas 5:13)! Aunque no implique pecado, por lo menos se debe hacer una pausa antes de precipitarse a hacer algo que está fuera de las prácticas acostumbradas.

El cristiano necesita mantener la calma en una cultura en la que se cultiva el cambio hasta casi por el gusto de llevarlo a cabo. Sólo porque alguien dice “Bueno, esto no nos *está prohibido* a los cristianos del Nuevo Testamento”, no hay motivo para dar el salto lógico: “¡Por lo tanto es bueno y saludable!” El apóstol Pablo nos enseña a hacer las siguientes preguntas en asuntos sobre los que Dios no ha hablado en términos absolutos “¿Es sabio? ¿Es conveniente? ¿Nos guía en el amor? ¿Sirve para edificar a mis hermanos cristianos?” (1 Corintios 10:23-33; 13:1-13).

**<sup>11</sup> Cuando los sacerdotes salieron del santuario (porque todos los sacerdotes que se hallaban presentes habían sido santificados, sin tener en cuenta su distribución por turnos), <sup>12</sup> los levitas cantores, todos los de Asaf, los de Hemán y los de Jedutún, junto con sus hijos y sus hermanos, vestidos de lino fino, estaban con címbalos, salterios y arpas al oriente del altar. Con ellos había ciento veinte sacerdotes que tocaban trompetas. <sup>13</sup> Hacían sonar, pues, las trompetas y cantaban al unísono, alabando y dando gracias a Jehová. Y sucedió que mientras ellos alzaban la voz al son de las trompetas, de los címbalos y de los otros instrumentos de música, y alababan a Jehová diciendo: «Porque él es bueno, porque su misericordia es para siempre»**

De nuevo el Cronista trata temas que ya había tocado antes; dice: “Vean la alegría de *todo* Israel cuando se *reúne* para adorar al *único* verdadero Dios bajo su rey *escogido* en el lugar donde Dios había prometido que sería encontrado. Observen que los sacerdotes y los levitas trabajan juntos en armonía: ambos adoran a Dios en sus distintos oficios; no obstante, cada uno contribuye a

la perfecta unidad de todo el cuerpo. Note la dignidad de Asaf, Hemán, Jedutún y de los otros músicos levitas cuando alaban al Señor con la voz y con los instrumentos,” Al contar la historia, le predica un sermón a su propio pueblo sobre todos estos puntos: “¡Creyente, vea la importancia espiritual de cada uno de los dones que Dios da! ¡Entienda lo valioso que es cada oficio en el contexto total de las cosas! Mantenga la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz.”

El cronista destaca esa unidad de varias maneras. Primero, nos dice que para esa ocasión los sacerdotes suspendieron la rotación de las responsabilidades sacerdotales que el rey David había establecido (1 Crónicas 24:3). Dice: que todos “habían sido santificados” (versículo 11). Luego, cuando describe la adoración por medio de la música, nota que los levitas cantores y los sacerdotes trompetistas “cantaban al unísono” (versículo 13). Finalmente, llama la atención a la manera en que estaban unidos en adoración con esa reunión de creyentes que ni el tiempo, ni la distancia ni la muerte pueden dispersar. El día de la dedicación cantaron el mismo cántico que David le enseñó al pueblo a cantar cuando el Arca fue trasladada a Jerusalén: “Aclamad a Jehová, porque él es bueno” (1 Crónicas 16:34). Israel entonaría otra vez ese canto cuando, muchos años después, el rey Josafat guiara a la congregación a la batalla (20:21). Es un canto que nunca dejaremos de cantar, “porque su misericordia es para siempre”.

Hay tantas cosas que pueden dividir a la iglesia, malentendidos que se multiplican muy fácilmente entre nosotros, aunque compartimos la misma confesión de fe. Tenemos diferentes dones y diferentes vocaciones; procedemos de orígenes, razas y generaciones diferentes. El Nuevo Testamento está lleno de advertencias para que los cristianos no permitan que la envidia, los celos ni el orgullo enciendan disputas entre ellos. ¿Pero cómo puede todo el pueblo de Dios permanecer en unidad y en paz, unos con otros, en un mundo donde el demonio y nuestro propio ser pecador trabajan constantemente, sembrando las semillas de la desconfianza y de la sospecha?

Dios crea la unidad cuando, por medio del evangelio, hace que cada uno de nosotros esté personalmente seguro de su gran amor por los pobres pecadores. Aunque el amor de Dios viene a cada persona individualmente, abarca y une a todas, a todo hijo de Adán que tiene necesidad de misericordia. El amor de Dios no borra nuestras diferencias; nos alcanza como somos, dondequiera que estemos. Así que cuando llegamos a ser cristianos, no dejamos de ser hombre o mujer, papá o mamá, hijo o hija, trabajador o jefe. Nuestro lugar de residencia puede que no cambie, y que nuestras capacidades y aptitudes sigan siendo diferentes; pero por su gran misericordia, a Dios sí le interesa *quiénes* somos y *qué* hacemos, no importa lo que hagamos ni quiénes seamos.

Aun así, debido a que su misericordia es para siempre, sabemos que cada uno de nosotros se ha convertido en una parte esencial de algo más grande. Hemos sido entretejidos en la tela del plan eterno del amor de Dios que se desarrolla en la historia. Ahora vemos que ya no vivimos ni respiramos solos sino en un solo corazón, una mente, un Espíritu y una voz. Somos el pueblo de Dios; él nos ha creado en Cristo para llevar a cabo su único propósito de juntar a todos sus elegidos, de tal manera que unidos podamos cantar el cántico de victoria alrededor de su trono. Como él nos ha unido en solo cuerpo, sabemos que todos necesitamos de los demás, no a pesar de nuestras diferencias sino más bien debido a ellas. Lo que mi hermano o hermana tiene suplirá lo que me falta; cualquier cosa que tenga es un don de Dios para que yo lo use para servir a otros. Solo la mente de Cristo, nacida en nosotros por el evangelio, nos puede guiar a poner a los demás primero que nosotros de esta manera. Sólo el Espíritu de Cristo me puede enseñar a apreciar a mis hermanos y hermanas por las cualidades y aptitudes que veo en ellos y que difieren de las mías. Lo que sirve para encender la envidia y la división entre los hijos de este siglo enciende un amor más ferviente entre los cristianos.

Esta unidad, creada por la misericordiosa revelación de Dios mismo, es un don espiritual para ser atesorado y cultivado, no para malgastarlo ni despreciarlo. En un mundo dividido por las

profundas grietas del pecado y el odio, con nuestras propias almas como campo de batalla de la carne contra el Espíritu, no debería sorprender si alguno de nosotros ve a la iglesia visible, aún nuestra propia comunidad, dividida, o escuchar a los cristianos atacarse y enfurecerse unos contra otros de maneras que no se pueden justificar. El partidismo pecador no nos debe sorprender; sin embargo nos puede afligir, de la manera como aflige al Espíritu que hay dentro de nosotros, el Espíritu de amor que Dios nos dio. Que él nos ayude a ser conscientes de nuestras propias debilidades en este asunto, y que dejemos que el cronista nos enseñe a orar: “¡Cuán bueno y cuán delicioso es que habiten los hermanos juntos en armonía!” (Salmo 133:1).

*Dios vive en medio de su pueblo: ¡Su gloria llena el Templo!*

**Una nube llenó la Casa, la casa de Jehová. <sup>14</sup>Y no podían los sacerdotes estar allí para ministrar, por causa de la nube; porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Dios.**

Uno de los dones espirituales que el cronista nos ofrece es el poder para ver la historia del pueblo de Dios del Antiguo Testamento como una serie de estructuras que se repiten. En estas estructuras Dios muestra que él controla con amor todos nuestros días. Medio milenio antes de la dedicación del Templo, Moisés consagró el Tabernáculo en el desierto de Sinaí. En ese tiempo el Señor descendió y se reveló de una manera especial; su nube de gloria llenó tanto el Tabernáculo que “Moisés no podía entrar” (Éxodo 40:35). Vemos que el mismo patrón se repite aquí en la dedicación del templo de Salomón.

Todas las naciones paganas que rodeaban a Israel tuvieron representaciones físicas de los dioses que adoraban. Si algunos filisteos querían pedirle ayuda a su dios Dagón, podían ir a su templo, ver la estatua y postrarse delante de ella en oración. Pero Dios le había dicho a su propio pueblo: “No te harás imagen ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la

tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás, porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso” (Éxodo 20:4,5).

Entonces, ¿cómo iba Israel a “relacionarse” con este Dios invisible e inefable? Puede ser difícil para los que vivimos en la época del Nuevo Testamento comprender la gran tentación que eso presentaba para los hijos de Dios del Antiguo Testamento. Después de todo, solo tenemos que mirar a Jesús para encontrar a nuestro Dios, y todos los cristianos conocen las palabras que nuestro Salvador le dijo a Felipe: “El que me ha visto a mí ha visto al Padre” (Juan 14:9). Pero Dios es bueno, no permitió que su antiguo pueblo luchara a través de los siglos sin una señal visible de su presencia. En su misericordia proveyó lo que su pueblo necesitaba; en lugar de un ídolo hecho de metal sacado de la tierra por manos humanas, Dios se reveló en una nube reluciente y resplandeciente. Los escritores del Antiguo Testamento llaman a esta manifestación de Dios, sencillamente “la gloria de Jehová” (versículo 14).

Los estudiantes de las Escrituras nos han descrito la nube de varias maneras. Maimónides, el gran erudito judío de la edad media, la definió como “un cierto resplandor creado, que Dios hizo que se posara en alguna parte, como si ese fuera en un lugar de portentos y milagros, para mostrar visiblemente su magnificencia”. \* August Pieper nos dice que la gloria de Jehová apareció como “una llamarada de fuego cubierta de humo o una nube . . . a veces . . . solamente visible como una nube resplandeciente o como un fuego descubierto”. \* Es más importante comprender el significado que entender la descripción. La nube de gloria le dio al Israel errante la seguridad de que su Dios poderoso estaba cerca, guiándolos y protegiéndolos del peligro (Éxodo 14:19,20). También reveló la majestuosa santidad de Dios sobre la tierra, de

---

\* Traducción de una cita en August Pieper, “The glory of the LORD.” *The Wauwatosa Theology*, Vol. 2 editado por Curtis A. Jahn (Milwaukee: Northwestern Publishing House, 1997), p. 419.

\*\* Pieper, p. 419.

tal forma que los seres humanos pecadores no podían soportar verla completamente, aunque no estaban viendo el esplendor completo y esencial de Dios en los cielos. Note que la nube de gloria mantuvo a Moisés fuera del Tabernáculo y que impidió que los sacerdotes continuaran su servicio en el Templo (compare Éxodo 40:35 con 2 Crónicas 5:14).

La revelación especial de la gloria de Jehová le pertenecía a Israel como parte de su herencia exclusiva como el pueblo escogido de Dios. De esta forma, Dios los apartó de todas las otras naciones del mundo. Los paganos adoraban dioses esculpidos que no podían salvar, que tenían boca pero no podían hablar, que tenían ojos pero no podían ver (Salmo 115:5). Sin embargo, Israel se podía jactar, diciendo: “[Nuestras son] la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la Ley, el culto y las promesas” (vea Romanos 9:4,5). El Dios de Israel era verdadero; todos los otros dioses eran mentiras. ¡La gloria de Dios se posó sobre el templo como un signo claro para Israel y para todo el mundo de que él quería que lo hallaran ahí y no en ninguna otra parte!

### *Respuesta y bendición de Salomón*

**6**Entonces dijo Salomón:  
**«Jehová ha dicho que él habitaría en la oscuridad.**

**<sup>2</sup> Pero yo he querido edificarte una morada,  
un lugar en que vivas para siempre.»**

**<sup>3</sup> Luego el rey se volvió y bendijo a toda la congregación de Israel, mientras toda la congregación de Israel estaba en pie.**

**<sup>4</sup> Y dijo: «Bendito sea Jehová, Dios de Israel, quien con su mano ha cumplido lo que prometió con su boca a David, mi padre, diciendo: <sup>5</sup>“Desde el día que saqué a mi pueblo de la tierra de Egipto, ninguna ciudad he elegido de todas las tribus de Israel para edificar Casa donde estuviera mi nombre, ni he escogido otro hombre para que fuera príncipe sobre mi pueblo Israel. <sup>6</sup> Pero a Jerusalén he elegido para que en ella esté mi nombre, y a David he elegido para que**

**esté sobre mi pueblo Israel.”<sup>7</sup> David, mi padre, tuvo en su corazón edificar Casa al nombre de Jehová, Dios de Israel.**

**<sup>8</sup> Pero Jehová dijo a David mi padre: “Respecto a haber sentido en tu corazón el deseo de edificar una Casa a mi nombre, bien has hecho en haber tenido esto en tu corazón.**

**<sup>9</sup> Pero tú no edificarás la Casa, sino un hijo tuyo, salido de tus entrañas, él edificará la Casa a mi nombre.”**

**<sup>10</sup> »Pues bien, Jehová ha cumplido su promesa: me levanté yo en lugar de David, mi padre, y me he sentado en el trono de Israel, como Jehová había dicho, y he edificado una Casa al nombre de Jehová, Dios de Israel. <sup>11</sup> En ella he puesto el Arca, en la cual está el pacto que Jehová celebró con los hijos de Israel.»**

Las primeras palabras de Salomón expresan su temor reverente ante lo que acababa de ver. Después de todos los meticulosos preparativos que hicieron él y David su padre, después de todo el esfuerzo y la destreza que había tomado la construcción del Templo durante estos últimos siete años, Salomón reconoce que, al final, era solo obra de Dios la terminación y la dedicación de su Casa. Nada de lo que un ser humano haga puede hacer que Dios venga a nosotros. Podríamos parafrasear a Salomón como si dijera en los dos primeros versículos: “¡Mi Señor, le diste tu palabra a Israel de que te revelarías en esta nube de gloria [vea Éxodo 19:9; Levítico 16:2]; en cuanto a mí, he construido esta magnífica casa para ti, pero tu no estás aquí porque mis grandes obras te hayan hecho bajar; sólo por tu promesa misericordiosa te encuentras aquí!” Dios también les muestra su favor a los creyentes en este respecto, y les permite tomar parte en la obra que, hablando debidamente, le pertenece sólo a él.

Notamos también la manera en que Salomón habla acerca de la permanencia del Templo. Es el lugar donde Dios mora para siempre (versículo 2). Los exiliados que regresaron podían encontrar consuelo en estas palabras, aunque su Casa de ninguna

manera era tan magnífica como la que Salomón había construido. Lo sagrado de este lugar no dependía de las piedras adornadas ni de las hojas de oro sino de la promesa firme de Dios. Nosotros también encontramos consuelo en ella, especialmente cuando la escuchamos renovada para nosotros en la promesa de nuestro Salvador: “Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20). Todos los templos construidos con manos humanas se han arruinado, pero la presencia del Señor Cristo en su templo, la iglesia, perdura para siempre.

A continuación Salomón pasa del Templo a la multitud reunida en el gran atrio. Con el deseo de que no hubiera ninguna duda acerca que lo que acababa de ocurrir, Salomón bendice al pueblo cantando las alabanzas de Dios y recitando sus promesas (versículos 3-11).

Note las siguientes características de esta bendición inspirada. Desde el comienzo hasta el fin, está centrada en Dios, no en el género humano. Cuando Salomón menciona a David o se refiere a sí mismo, siempre lo hace como alguien que por la misericordiosa decisión de Dios es lo que es. Haga un contraste entre esto y la forma en que la humanidad pecadora canta alabanzas a uno de los suyos: “Eres grande porque haz hecho tantas cosas buenas; tus acciones merecen nuestra alabanza y hasta te recomiendan ante Dios.” Aquí no encontramos nada de ese énfasis en lo humano.

Hay quienes enseñan que en diferentes etapas de la historia, Dios propuso diferentes maneras para salvar a la humanidad. Dicen que los israelitas de la antigüedad se salvaron por lo que fue esencialmente un pacto de obras; pero en el Nuevo Testamento, los cristianos se salvan por gracia mediante la fe. Este pasaje y otros como éste en el Antiguo Testamento (por ejemplo: Deuteronomio 7:7,8; 9:4-6) aclaran que los israelitas siempre entendieron que eran un pueblo que sólo podía estar delante de Dios con base en la gracia. Dios los sacó de Egipto y los llamó para él. Dios eligió a Jerusalén como el lugar de morada de su

Nombre. Dios escogió a David para que fuera el fundador de una dinastía, y nombró a Salomón, hijo de David, como el que le iba a construir el Templo.

Note también el modo en que Dios usó los nombres. No dejó que su voluntad salvadora flotara por todos lados entre las nubes de la imaginación humana. Llamó a Israel, a Jerusalén, a David y a Salomón, a todos por nombre. A Dios le complace revelar su gracia en tiempos específicos a personas específicas. Así mismo, podemos decir con el apóstol Pablo: “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuéramos santos y sin mancha delante de él. . . . en él tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. . . . Él nos dio a conocer el misterio de su voluntad” (Efesios 1:3,4,7,9).

Piense en todas las personas que hoy en este mundo andan a tientas sin rumbo fijo en la oscuridad, buscando algo en qué creer. Lo encuentran ahora en algún libro de auto ayuda; luego lo buscan en algún profesor carismático, hasta escudriñan su propio espíritu con la esperanza de descubrir alguna potencia escondida. Nosotros también estuvimos en un tiempo en la misma situación difícil; sin embargo, Dios nos amó desde la eternidad, perdonó todos nuestros pecados por la preciosa sangre de su Hijo, nos llamó por nombre en nuestro bautismo y nos hizo conocer su amor mediante la predicación del evangelio. Con la plena seguridad de la fe, podemos decir: “Dios *me* escogió a mí para ser de él, *me* llamó por el evangelio de su Hijo *Jesús*.” Lejos de ser un sentimiento vago y borroso, el amor de Dios específicamente es para *mí*, está en su *Hijo* y llega a mí en el *evangelio*.

Finalmente, una característica importante de la bendición inicial de Salomón es la manera en que señala la relación entre la *palabra* de Dios y su *obra*. “Bendito sea Jehová, Dios de Israel, quien *con su mano* ha cumplido lo que prometió *con su boca* a David, mi padre” (versículo 4). En los siguientes versículos,

Salomón le enfatiza a su pueblo muy concretamente que Dios es fiel; lo que él dice, lo hace. Algunos comentaristas se preguntan cómo es posible que los versículos que parecen tener que ver primordialmente con la relación de Dios con el Templo y con la dinastía de David se puedan ver como una declaración de bendición sobre el pueblo. Al decir esto, tienen que pasar por alto el tremendo consuelo que el creyente obtiene de la verdad que Salomón recalca aquí.

Estas no eran bendiciones personales que Salomón estuviera presentando para provocar la admiración y la envidia de otros que no las iban a poder compartir. Dios se complació en bendecir a Salomón por el bien de Israel y con el interés de salvar a todo el pueblo. Dios no sólo guarda las promesas que les hizo a los antiguos patriarcas y reyes israelitas. Cualquier cosa que Dios le dice *con su boca* a cualquier creyente, la cumplirá *con sus manos*. Dios es fiel: él no puede negarse a sí mismo (2 Timoteo 2:13). Poner la confianza en su Palabra es confiar en lo más seguro que existe.

*La oración de dedicación de Salomón: el escenario*

**<sup>12</sup> Se puso luego Salomón delante del altar de Jehová, en presencia de toda la congregación de Israel, y extendió sus manos; <sup>13</sup> pues Salomón había hecho un estrado de bronce de cinco codos de largo, cinco codos de ancho y tres codos de alto, y lo había puesto en medio del atrio; y poniéndose sobre él se arrodilló delante de toda la congregación de Israel, extendió sus manos al cielo y dijo:**

La oración de dedicación que pronunció Salomón probablemente tuvo lugar en el gran atrio exterior que rodeaba el complejo del Templo (4:9). Eso era lo más cerca que la congregación de Israel, todos los que no eran sacerdotes, podía llegar. En el centro de ese atrio, Salomón tenía una plataforma de

bronce construida para la orar. No sabemos cuál era su propósito preciso. ¿Se puso de pie en la parte superior de ella para que el pueblo lo pudiera ver y escuchar cuando oró, o acaso la plataforma era alguna señal especial de respeto real por el Señor? Probablemente un poco de las cosas; es interesante saber que los arqueólogos han descubierto imágenes de monarcas del Cercano Oriente arrodillados o de pie orando sobre plataformas similares.\*

Entre los antiguos israelitas, estar de pie o arrodillado eran posturas normales para orar. Es verdad que arrodillarse era una señal de humildad y reverencia especiales, como también era una manera en que el rey mostraba su completa dependencia del Señor. En lugar de juntar las manos como lo hacemos, la gente en esos días levantaba las manos para orar (Nehemías 8:6; Salmo 141:2; 1 Timoteo 2:8). No importa mucho la forma que toman estas posturas exteriores para orar, siempre que le ayuden al creyente a mantener el cuerpo controlado mientras que el corazón se prepara para hablarle a Dios. “La verdadera oración se hace con tanta atención como un barbero bueno y diligente fija el pensamiento y los ojos en la navaja y en el cabello, y no se olvida donde corta”. \*\*

No hay mejor lugar que éste para ver la diferencia entre los liderazgos piadosos y mundanos. Los líderes de este mundo están llenos de sus propias visiones, les gusta ser vistos como hombres de acción que saben controlar la situación y la pueden doblegar a su propia voluntad. Los líderes piadosos quieren estar llenos de la visión de Dios y dejar que la Palabra de Dios le dé forma a su corazón, a su mente y voluntad; no confían en su propia sabiduría ni en su propio poder para mejorar las cosas. En vez de esto, confían en Dios, el único que puede hacer que las cosas salgan bien. El líder mundano adopta la postura de ser un hombre listo

---

\* Dillard, p. 28.

\*\* “Simple Instructions for Prayer,” en *Luther's Prayers*, H. Brokering, editor (Minneapolis: Augsburg Publishing House, 1967) p. 41.

para la acción; el líder piadoso muchas veces se ocupa de oración, arrodillado y con las manos hacia el cielo.

*Oración de dedicación de Salomón: oración general*

**<sup>14</sup> «Jehová, Dios de Israel, no hay Dios semejante a ti en el cielo ni en la tierra, que guardas el pacto y tienes misericordia con tus siervos que caminan delante de ti de todo su corazón; <sup>15</sup> que has mantenido a tu siervo David, mi padre, la promesa que le hiciste; tú lo dijiste con tu boca, y con tu mano lo has cumplido, como se ve en este día.**

**<sup>16</sup> Ahora, pues, Jehová, Dios de Israel, cumple a tu siervo David, mi padre, lo que le has prometido, diciendo: “Nunca faltará en mi presencia uno de los tuyos, que se sienta en el trono de Israel, con tal que tus hijos guarden su camino andando en mi Ley, como tú has andado delante de mí.”**

**<sup>17</sup> Ahora, pues, Jehová, Dios de Israel, cúmplase la promesa que hiciste a tu siervo David.**

**<sup>18</sup> »Pero, ¿es verdad que Dios habitará con el hombre en la tierra? Si los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener, ¿cuánto menos esta Casa que he edificado? <sup>19</sup> Pero tú mirarás a la oración de tu siervo, y a su ruego, Jehová, Dios mío, para oír el clamor y la oración con que tu siervo ora delante de ti. <sup>20</sup> Que tus ojos estén abiertos sobre esta Casa de día y de noche, sobre el lugar del cual dijiste: “Mi nombre estará allí.” Escucha la oración con que tu siervo ora en este lugar. <sup>21</sup> Asimismo escucha el ruego de tu siervo y de tu pueblo Israel, cuando en este lugar hagan oración. Escucha desde los cielos, desde el lugar de tu morada; escucha y perdona.**

Una buena oración se construye sobre las promesas de Dios. Crónicas tiene muchas buenas oraciones como esta, y la de Salomón no es una excepción. Nos podemos preguntar, por qué Salomón escoge repetir otra vez al comienzo de su oración algunas

de las mismas palabras que acaba de decir en respuesta a la visión de la nube de gloria de Dios (compare el versículo 15 con 6:4). Uno de los propósitos del cronista consiste en pintar para sus lectores un cuadro de cómo actúa un fiel pastor del pueblo de Dios. Aquí usa la oportunidad para mostrar al rey como un hombre que vive de las palabras y las promesas de Dios no solo usa las promesas de Dios para interpretar lo que ve con sus ojos (versículo 15), sino que también usa la Palabra de Dios como el ancla de sus esperanzas y como la base de sus oraciones.

Dios le había prometido a David que un hijo suyo iba a construir el Templo para el Señor (versículo 7-10) y que “Nunca faltará en mi presencia uno de los tuyos, que se sienta en el trono de Israel” (versículo 16; vea 1 Crónicas 17). En la oración que hizo con base en estas palabras, Salomón demostró que había comprendido que la promesa de Dios todavía no se había cumplido completamente, aunque él había terminado de construir con éxito la Casa para el Señor. Finalmente, eso iba a tener su completo cumplimiento con la venida del Salvador. Mientras tanto, todos los hijos y sucesores de Salomón y todos los que adoraran al Señor y lo encontraran en su Templo, demostrarían que Dios no había olvidado la antigua promesa que le hizo a David.

David y Salomón también tenían que ser modelos de lo que Dios quería ver en los futuros reyes de Israel. Nunca serían monarcas absolutos; más bien estos hombres estaban destinados a gobernar como los que son gobernados por la palabra de Dios. Dios esperaba que ellos “[guardaran] su camino andando en [su] Ley” (versículo 16). El pacto con David, visto como una promesa del Salvador que vendrá, era de pura gracia, sin ninguna condición en él. Visto como una promesa hecha a los reyes que iban a gobernar sobre el antiguo Israel, el pacto era condicional, recompensando cuando los hijos de David seguían los pasos de su padre, y castigando cuando se desviaban del camino de David (vea también 2 Samuel 7:14-16).

La primera petición que hace Salomón es sencilla: “Cúmplase la promesa que hiciste a tu siervo David” (versículo 17). No hay

mejor oración que ésta. ¡No importa lo que yo sienta, ni lo que diga el mundo incrédulo, tampoco ninguna calumnia que hable el demonio, ni ninguna sugerencia impía que él haga, que tu Palabra se cumpla, Señor, que tu Palabra sea verdad! Yo sé que se cumplirá aunque toda la gente sobre la tierra y todos los demonios abajo bramen contra ella. Yo sé que se cumplirá aunque mi propio corazón traicionero y pecador murmure contra ella. Pero pido que se cumpla para mí, y que yo lo pueda creer con todo mi corazón.

En la porción final de la parte general de su oración (versículos 18-21), Salomón formula su segunda petición sobre la consideración de la naturaleza de la presencia de Dios en el Templo. Cualquiera que posea aunque sea un conocimiento ligero de las religiones antiguas se tiene que sorprender por la profundidad de la comprensión que Salomón demuestra en estos versículos. En esa época, las naciones paganas consideraron a sus dioses como seres que permanecían en algún lugar, que tenían dominio sobre alguna villa o sobre alguna cadena de montañas. Cuando las adoraban en sus templos en estos lugares especiales, se pensaba que estos dioses estaban obligados a contestar favorablemente sus oraciones casi como si tuvieran que cumplir su parte del trato, siempre que sus devotos dijeran e hicieran todas las cosas correctas.

Por otro lado, Salomón comprende que el Señor es absolutamente libre, completamente sin obligación e independiente de cualquier lugar o ser humano. El Templo no lo puede contener: “Si los cielos y los cielos de los cielos no te pueden contener, ¿cuánto menos esta Casa que he edificado?” (versículo 18). Si Dios se va a encontrar en la tierra con los humanos, esto solo puede ser con base en su *promesa*: “El lugar del cual dijiste: ‘Mi Nombre estará allí’” (versículo 20). Si Dios va a vivir en comunión con su pueblo y a contestar sus oraciones, debe ser sobre la base del *perdón*: “Escucha desde los cielos, . . . escucha y perdona” (versículo 21).

Dicho en pocas palabras, la segunda petición de Salomón es para que este Dios trascendente escuche las oraciones del rey y

del pueblo cuando lo busquen en esta Casa donde él ha prometido que lo pueden encontrar; que esta Casa sea dedicada como un lugar donde el pueblo de Dios se acerque a él mediante sacrificios por el pecado y donde se puedan hacer las oraciones para que el Señor del cielo y de la tierra las oiga (versículo 20; 2:4).

Cada vez que un predicador de la Palabra de Dios desciende del púlpito, como Salomón, se da cuenta de que no ha dicho todo lo que hay que decir sobre Dios. Eso seguiría siendo cierto aunque hubiera predicado todas las verdades que se revelan en la Biblia sobre Dios, y aunque la congregación creyera cada una de las palabras de su predicación. Más bien, cuanto más aprendemos sobre el Dios Salvador, más decimos en temor reverente: “Verdaderamente tú eres Dios que te ocultas” (Isaías 45:15). El inmenso amor de Dios por nosotros excede en mucho nuestro entendimiento; si no podemos comprender por completo las “cosas terrenales” que Dios nos ha dado libremente en su Hijo, ¡cuánto menos podemos entender las “cosas celestiales”, toda la gloria del Dios infinito y todopoderoso (Juan 3:12)!

Es por eso que no queremos tener nada que ver con personas que traten de “explicarnos” a Dios de maneras que parezcan razonables y plausibles en cuanto a la lógica terrenal se refiere. Es por eso que también evitamos hablar sobre lo que Dios no ha hablado ni seguimos nuestros pensamientos errantes hasta donde nos puedan conducir. Todo lo que sabemos es lo que Dios ha dicho. Así nos aferramos tanto más a sus palabras de promesa y su revelación de sí mismo en Jesús. Es por eso que nos alegra tanto unirnos con los que se reúnen en el nombre de Jesús.

Nuestro Dios es libre, no tiene ninguna obligación con nosotros, ni nos tiene que pagar ninguna deuda. Pero él se ha comprometido misericordiosamente por su propia palabra. Él dice “Allí, estoy en medio de ustedes”. Allí, en donde se anuncia el perdón en su nombre, en donde la carne y la sangre nacen de nuevo por el agua y el Espíritu, donde junto con el pan y el vino recibimos su cuerpo y su sangre. Él dice: “Por vosotros, para el perdón de los pecados”. Por estos medios se reúne con nosotros

en la única forma que lo podemos encontrar: sobre la base de su palabra de perdón.

*La oración de dedicación de Salomón:  
primera petición: juramentar*

**<sup>22</sup>»Cuando alguno peque contra su prójimo, y se le exige juramento, si viene a jurar ante tu altar en esta Casa, <sup>23</sup> tú oirás desde los cielos, actuarás y juzgarás a tus siervos, dando la paga al impío, haciendo recaer su proceder sobre su cabeza, y justificando al justo, al darle conforme a su justicia.**

Aquí Salomón comienza a aclarar la intención que hubo en su petición general cuando le pidió al Señor que respondiera las oraciones hechas en su Casa (versículo 21). Emplea una fórmula que repite siete veces en los versículos que siguen: “Si [hay alguna brecha de fe] . . . y [hay arrepentimiento o se recurre al Templo], escucha desde los cielos y [responde de la manera adecuada, es decir, con juicio, perdón o ayuda].” Al examinar una por una estas peticiones, vemos que el rey anticipa que toda la vida futura de oración de su pueblo está regulada por la decisión que hizo Dios de revelarse a sí mismo en el Templo.

La primera petición se relaciona con prestar juramento, un procedimiento que era parte del sistema legal del antiguo Israel. Especialmente en casos dudosos, en los que estaba en cuestión la palabra de una persona contra otra, Moisés dispuso en su Ley que el acusado prestara juramento solemne en el nombre del Señor. Esto tendría el efecto ya sea de que la justicia cayera sobre el culpable o que limpiara el nombre del que había sido acusado falsamente. En tiempos pasados, este procedimiento se había llevado a cabo en el Tabernáculo (Éxodo 22:7-15); ahora Salomón le pide a Dios que dedique el Templo a ese mismo propósito.

Nosotros, que adoramos en espíritu y en verdad, queremos simplemente que nuestro sí sea sí y nuestro no sea no (Mateo

5:37). Nos deben caracterizar la honestidad y la franqueza, porque sabemos que cualquier cosa que le digamos a nuestro prójimo también se pronuncia delante de Dios (Mateo 12:36).

*La oración de dedicación de Salomón:*

*segunda petición - en tiempos de derrota nacional*

**24 »Cuando tu pueblo Israel sea derrotado delante del enemigo por haber pecado contra ti, si se convierte y confiesa tu nombre, si ruega delante de ti en esta Casa, 25 tú oirás desde los cielos, perdonarás el pecado de tu pueblo Israel y les harás volver a la tierra que les diste a ellos y a sus padres.**

La comunión pacífica del pueblo de Dios no solo se quebrantaba cuando una persona pecaba contra otra, sino también cuando el pueblo pecaba contra su Dios. Israel se debía mantener consagrado al Señor; el pecado nacional traería consecuencias desastrosas para todo el pueblo (vea la Introducción: bendiciones y castigos inmediatos, página 7). Salomón prevé el tiempo en que la infidelidad traerá el castigo con que Dios había amenazado: “Si no oyes la voz de Jehová, tu Dios, . . . Jehová te entregará derrotado delante de tus enemigos. . . . Jehová te esparcirá por todos los pueblos” (Deuteronomio 28:15,25,64). Sólo Dios podría restaurarlos en esos tiempos, así que Salomón le pide al Señor que sea fiel a su promesa y permita que una nación penitente lo encuentre en su Templo.

En el tiempo en que se escribió Crónicas, sus lectores todavía estaban viviendo las consecuencias de la gran dispersión que había sido el exilio babilónico. Los que habían regresado eran pocos, y todavía había muchos judíos que vivían lejos de “la tierra que [Dios les había dado] a ellos y a sus padres” (versículo 25). En cuanto a los que habían hecho el viaje de regreso, no se habían arraigado mucho en la tierra; estaban bajo constante amenaza de que los enemigos que los rodeaban los atacaran y los mataran. Al

repetir las palabras de Salomón, el cronista les recordaba amablemente: “Podemos ser débiles, pero no estamos sin recursos. Tenemos la casa de Dios donde él ha prometido que vivirá. Él ha prometido que dará esta tierra no solo a nuestros padres, sino también a nosotros (vea el versículo 25 y compare con 1 Reyes 8:34). “Invoquen su nombre y dependan de su fortaleza. Él nos revivirá y traerá de regreso a nuestro pueblo esparcido.”

Nosotros también vivimos en tiempos malos. En un país donde una vez las violaciones públicas a la moral trajeron el clamor de desaprobación de millones, ahora pocos logran contener sus bostezos cuando ven el último escándalo que se muestra en la televisión. Los hijos desprecian a sus padres, los padres matan a sus propios hijos, los rufianes gobiernan la noche y las drogas carcomen como cáncer el alma de la nación. ¿Quién puede dudar que mucho del mal que ha venido sobre nosotros sea consecuencia de nuestra propia falta de fidelidad a la Palabra? Los que quedamos somos unos pocos, rodeados por muchos enemigos. Sin embargo, no estamos sin recursos: “estamos atribulados en todo, pero no angustiados; en apuros, pero no desesperados; perseguidos, pero no desamparados; derribados, pero no destruidos” (2 Corintios 4:8,9). El cronista también nos da sus palabras alentadoras: “¡Invocad el nombre del que gobierna todas las naciones! En Cristo, Dios ha declarado que él mismo está por nosotros. Confesemos nuestros pecados y dependamos de su fortaleza para reanimarnos.”

*La oración de dedicación de Salomón:*

*tercera y cuarta peticiones: en tiempos de sequía y de desastre*

**<sup>26</sup>»Cuando los cielos se cierren y no haya lluvias, por haber pecado contra ti, si oran a ti en este lugar y confiesan tu nombre, si se convierten de sus pecados cuando los aflijas,**  
**<sup>27</sup> tú los oirás en los cielos y perdonarás el pecado de tus siervos y de tu pueblo Israel, les enseñarás el buen camino para que anden en él y enviarás lluvia sobre tu tierra, la que**

**diste por heredad a tu pueblo.**

**<sup>28</sup>»Cuando haya hambre en la tierra, o pestilencia, o las plantas se sequen por el calor, o sean atacadas por hongos, las langostas o el pulgón; cuando los sitien sus enemigos en la tierra donde habiten; cualquier plaga o enfermedad que sea; <sup>29</sup> toda oración y todo ruego que haga cualquier hombre, o todo tu pueblo Israel, cualquiera que conozca su llaga y su dolor en su corazón, si extiende sus manos hacia esta Casa, <sup>30</sup> tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada; perdonarás y darás a cada uno conforme a sus caminos, habiendo conocido su corazón; porque sólo tú conoces el corazón de los hijos de los hombres; <sup>31</sup> para que te teman y anden en tus caminos, todos los días que vivan sobre la faz de la tierra que tú diste a nuestros padres.**

Para el antiguo Israel, la tierra era un legado sagrado de Dios, era la herencia que Dios le había dejado (versículo 27). El creyente piadoso del Antiguo Testamento consideraba la promesa de la tierra como un aspecto del gran conjunto de promesas que alcanzaron su punto culminante en la promesa del Mesías (vea Génesis 12,13). Así se puede ver fácilmente por qué para Israel era importante mantener una presencia física en la tierra; no sólo era su patria sino también la cuna del Rey Mesías. Por eso el pueblo de Dios sencillamente tenía que levantar los ojos y observar el paisaje que había a su alrededor para ver cómo estaban las cosas entre ellos y su Dios. La condición física de la tierra reflejaba la condición moral del pueblo.

A diferencia de Egipto, con su complejo sistema de canales de irrigación, Israel dependía totalmente de la lluvia para poder obtener cosechas. Si no había lluvia, el resultado era el hambre. Vivimos en una tierra donde los excedentes de granos llenan inmensos silos a través de praderas grandes y amplias; para nosotros el hambre es una amenaza de poca importancia, pero para las personas que sólo tenían la alternativa de ver que su única fuente de alimento quedaba reducida a nada en sus graneros, las

nubes que oscurecían el firmamento eran el paisaje terrenal más agradable, porque traían la promesa de otra cosecha y de otro año de vida. Jeremías nos describe gráficamente lo que pasaba cuando las lluvias no venían:

«Se ha enlutado Judá,  
sus puertas desfallecen;  
se sentaron tristes en tierra  
y sube el clamor de Jerusalén.

Los nobles envían a sus criados por agua;  
van a las lagunas, pero no hallan agua;  
vuelven con sus vasijas vacías;  
se avergüenzan, se confunden  
y cubren sus cabezas.

Se ha resquebrajado la tierra  
porque no ha llovido en el país;  
los labradores, confundidos,  
se cubren la cabeza.

Aun las ciervas en los campos  
paren y abandonan la cría,  
porque no hay hierba.

Los asnos monteses  
se ponen en las alturas  
y aspiran el viento como los chacales,  
pero sus ojos se ofuscan  
porque no hay hierba» (Jeremías 14:2-6)

De manera significativa, Jeremías, en el versículo siguiente, relaciona la sequía y el pecado, como lo hace Salomón: “Aunque nuestras iniquidades testifican contra nosotros, Jehová, ¡actúa por amor de tu nombre! Porque nuestras rebeliones se han multiplicado, contra ti hemos pecado” (Jeremías 14:7).

La cuarta petición (versículos 28-31) resume todos los males comunes a la humanidad que pueden afligir al pueblo en cualquier tiempo y que puede hacerles buscar la ayuda del Señor. Notamos

que aquí, a diferencia de los versículos anteriores, no se menciona ningún pecado específico como la causa de alguno de los males. La lista de siete (hambre, pestilencia, hongos, langosta o pulgón, sitio por los enemigos) no pretende agotar las posibilidades; más bien, tiene la intención de poner énfasis en que no hay problema sobre la tierra que esté fuera del alcance de la oración. El problema puede afectar a muchos o puede que una sola persona lo sienta (note: “cualquiera que conozca su llaga y su dolor”, versículo 29). Rey o noble, sacerdote o levita, rico o pobre, hombre o mujer: ninguno está excluido de una audiencia con el Altísimo. “Cualquiera” tiene iguales privilegios cuando se trata de “[extender] sus manos hacia esta Casa” (versículo 29).

También es significativo el impacto anticipado sobre el pueblo de Dios cuando Dios escucha y responde las oraciones de los afligidos. La respuesta salvadora de Dios le da poder a su pueblo para llevar una vida buena y santa (“les enseñarás el buen camino para que anden en él” versículo 27). Esto aumenta su fe reverente en Dios y el amor ferviente el uno por el otro (“para que te teman y anden en tus caminos”, versículo 31).

Finalmente, notamos otra vez la base de la respuesta de Dios a la oración: no es la elocuencia de la oración misma, ni la dignidad de quien la dice. “Perdonarás y darás a cada uno conforme a sus caminos, habiendo conocido su corazón” (versículo 30). El perdón es el requisito esencial. Primero perdonanos; después considera la textura moral de nuestra vida. Lo podemos parafrasear de esta manera: “Si tú, oh Señor, nos juzgaras severamente y consideraras nuestra vida aparte del filtro de tu gracia, ninguna de nuestras acciones resistiría la luz de tu presencia. Jamás podríamos tener esperanza de tu ayuda. Pero tú no examinas solamente el lado visible de las cosas, como lo hacemos nosotros. Nos impresionamos fácilmente con grandes actos externos de piedad, pero tú ves dentro de nuestro corazón. Tu detectas la fe que tu gran amor ha plantado allá, la fe en nuestro Salvador que purifica todo lo que hacemos.”

Con estas palabras magníficas, el cronista nos describe a Salomón como un rey que anima a su pueblo a invocar a Dios en el día de la adversidad. De modo parecido, escuchamos a nuestro Salvador que nos anima diciendo: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá, porque todo aquel que pide, recibe; y él que busca, halla; y al que llama, se le abrirá” Lucas 11:9,10).

*La oración de dedicación de Salomón:  
quinta petición: por los extranjeros*

**<sup>32</sup>»También al extranjero que no sea de tu pueblo Israel, que haya venido de lejanas tierras a causa de tu gran nombre y de tu mano poderosa, y de tu brazo extendido, si viene y ora hacia esta Casa, <sup>33</sup> tú oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y harás conforme a todas las cosas por las cuales haya clamado a ti el extranjero; para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre, te teman como tu pueblo Israel, y sepan que tu nombre es invocado sobre esta Casa que yo he edificado.**

En el estilo típico del Antiguo Testamento, Salomón ve que el reino de Dios se extiende mediante personas que entran a la tierra y al lugar donde Dios ha escogido revelarse a sí mismo. Podemos hacer el contraste entre esto y la manera en que nosotros, sobre base en la Gran Comisión, tendemos a ver la extensión del reino de Dios como un asunto de misioneros que *van* por todo el mundo para predicar las buenas nuevas acerca de Jesús. Cualquiera que sea la perspectiva, esto conduce a la misma cosa, ya sea que oremos: “Señor *trae* a todos los que has escogido para ser tuyos” o “Señor permite que tu mensaje evangélico se extienda *por todas* las naciones”. Todo esto pone énfasis en que la petición de Salomón aquí simplemente está llena de celo misionero.

Muchos comentaristas señalan aquí la omisión significativa de cualquier mención del pecado o del arrepentimiento antes de que el extranjero ore. En cambio, Salomón ve como la motivación principal del extranjero el “gran nombre [de Dios] y de [su] mano poderosa, y de [su] brazo extendido” (versículo 32). Si se puede hacer aquí alguna distinción entre estas expresiones, entonces “nombre” puede ser una referencia a la revelación de Dios a Israel en su verdadera naturaleza como el Dios de gracia, mientras “mano poderosa” y “brazo extendido” se referirían más a las acciones salvadoras de Dios concretas e históricas. Ambas hacen ver el poder del evangelio “para salvación a todo aquel que cree” (Romanos 1:16).

Salomón no dice que los extranjeros no tienen necesidad de arrepentirse. Como alguien que conoce la triste verdad de nuestra naturaleza caída, dijo después: “No hay hombre [literalmente no hay ser humano] que no peque” (6:36). Aquí el pecado y el arrepentimiento no están a la vista, porque en toda esta oración Salomón ha sido pensando sobre todo en el pecado *de Israel* y en la necesidad de arrepentimiento *de Israel* en términos del pacto de ley del Sinaí. Israel pecó cuando quebrantó las estipulaciones de ese pacto. Sus formas de arrepentimiento también estuvieron regidas por el pacto, en el que se hicieron provisiones específicas de sacrificios para quitar el pecado. En este sentido, el extranjero no podía pecar, porque él no estaba bajo la *Ley de Israel* (vea Romanos 5:13). Tampoco sería apropiado que ofreciera personalmente sacrificios de la manera ordenada por Moisés. Esos sacrificios estaban reservados para que los hiciera *Israel*.

Salomón le pide al Señor que responda las oraciones de los extranjeros que habían sido atraídos por la luz de la esperanza de Israel “para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre, y te teman así como tu pueblo Israel, y sepan que tu nombre es invocado sobre esta Casa que yo he edificado” (versículo 33). A su manera, el cronista le recuerda a su pueblo por qué Dios le permitió regresar a la tierra y reconstruir el Templo. Dios quería que sus propósitos salvadores se cumplieran. Era fácil de olvidar

una verdad como ésta cuando el poder terrenal de Judá había caído tan bajo. Después de pasar por el exilio y por la continua hostilidad de las naciones vecinas, debió haber sido difícil para ellos no ver como enemigos a los que no eran israelitas.

En verdad hay muchas razones para pensar que el amor de Dios tiene un límite y para decir “¡Hasta aquí: y no más!” Pero si dejamos de ser la luz del mundo, dejamos de ser el pueblo de Dios (Mateo 5:13,14). La iglesia que no tiene sentido de la misión que le ha sido dada de proclamar el evangelio no tiene derecho a ser llamada iglesia. Dios no nos entregó el evangelio para que fuera sólo para nosotros; nuestro Salvador dice: “De gracia recibisteis, dad de gracia” (Mateo 10:8). Era necesario un amor infinito para salvar a pecadores como usted y yo. En vista de esto, ¿cómo podría algún corazón sincero querer ponerle un límite al amor de Dios? Más bien, como los que han sido alcanzados por la gracia de Dios nos vemos obligados a exclamar en oración con Salomón: “¡Que tu nombre sea santo y que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre como nosotros!”

*La oración de dedicación de Salomón:  
sexta petición: cuando Israel vaya a la guerra*

**<sup>34</sup>»Cuando tu pueblo salga a la guerra contra sus enemigos por el camino que tú le envíes, y ora a ti hacia esta ciudad que tú elegiste, hacia la Casa que he edificado a tu nombre, <sup>35</sup> tú oirás desde los cielos su oración y su ruego, y ampararás su causa.**

Muchas veces las naciones que están en guerra afirman que Dios está a su lado cuando invocan su ayuda contra los enemigos. Interpretar las palabras de Salomón como si fueran un eco de esta idea sería interpretar equivocadamente esta petición. La nación de Israel en realidad le pertenecía a Dios de una manera que ninguna otra nación antes o después podría afirmar. Sus batallas eran las de Dios, siempre que siguieran la voluntad y el camino de Dios.

Salomón ora pidiendo ayuda en las ocasiones en que pelean en cualquier lugar que *Dios los envía* (versículo 34), no en cualquier lugar a donde ellos quieran ir.

Las batallas que entablamos no son contra carne ni contra sangre sino contra las fuerzas espirituales que se encuentran dentro y alrededor de nosotros. Si somos guerreros espirituales experimentados, ya debemos saber muy bien que sólo con nuestros propios medios no podemos resistir al mundo con todas sus mentiras y falsas promesas. Somos incapaces de vencer nuestro yo pecador con nuestras propias estrategias. El poder que tiene el mentiroso para atraernos al pecado (al hacer que lo malo parezca bueno y lo bueno malo) es verdaderamente atemorizante. ¿Y quién no ha sentido la desesperación venenosa que viene de esa serpiente, deseando que creamos que el perdón es para otros, no para nosotros, ya que nuestro pecado es demasiado malo para que Dios quiera tener algo que ver con nosotros? “Mas por nosotros pugnará de Dios el escogido” como dice Lutero (Culto Cristiano 129:2). Y por eso oramos: “Querido Jesús, sostén nuestra causa; aplasta a Satanás bajo tus pies y danos la victoria.”

*La oración de dedicación de Salomón:*

*séptima petición, cuando Israel se lamenta en cautiverio*

**<sup>36</sup>»Cuando pequen contra ti (pues no hay hombre que no peque), y te enojas contra ellos, y los entregues a sus enemigos, para que sus conquistadores los lleven cautivos a otras tierras, lejos o cerca, <sup>37</sup> si ellos vuelven en sí en la tierra adonde los hayan llevado cautivos; si se convierten y oran a ti en la tierra de su cautividad, y dicen: “Pecamos, somos culpables, impiamente hemos actuado”; <sup>38</sup> si se convierten a ti de todo su corazón y de toda su alma en la tierra de su cautividad, donde los hayan llevado cautivos, y oran hacia la tierra que tú diste a sus padres, hacia la ciudad que tú elegiste, y hacia la Casa que he edificado a tu nombre; <sup>39</sup> tú**

**oirás desde los cielos, desde el lugar de tu morada, su oración y su ruego, ampararás su causa y perdonarás a tu pueblo que pecó contra ti.**

Salomón ve dos estados posibles para Israel, dos tierras en las que pueden existir. Una es la tierra del cautiverio; la otra, la tierra de la promesa. La tierra del cautiverio puede ser su condición si pecan contra Dios, haciendo que él los entregue a sus enemigos. Se podría decir que es vida, pero apenas sería una vida; allí viven bajo el poder de sus enemigos, bajo el control de otro. La naturaleza opresora de ese poder se ve por la forma en que Salomón repite la palabra *cautivo* una y otra vez.

Y aunque los israelitas les pueden servir a sus captores con su cuerpo, no debían hacerlo con su mente. En la tierra de su cautiverio pueden tener un cambio de corazón (versículo 37, literalmente: ellos pueden regresar a su [verdadero] corazón) y volverse a Dios en una oración auténtica, reconociendo la perversidad de sus acciones. En arrepentimiento, se pueden volver nuevamente (en corazón, mente y espíritu) a la tierra de la promesa, a Jerusalén, a la Casa que Salomón construyó para Dios. Ésta es su patria, su ciudad eterna, donde Dios mora. Salomón ora: “Cuando ellos se vuelvan a ti de esta manera, no los rechaces. No los abandones en su exilio. Perdónales sus pecados y tráelos a casa.”

Una vez, nuestro Señor contó la historia de un hijo que abandonó su casa y se fue a un país lejano buscando libertad. No la encontró. En cambio, se encontró cautivo por deseos viles insatisfechos de cosas viles que no satisfacen: “Deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba” (Lucas 15:16). Cuando recobró el juicio (Lucas 15:17, literalmente: cuando volvió en sí), quiso volver de nuevo al hogar. Aunque estaba seguro de que nunca lo podría volver a aceptar como hijo, tenía la esperanza de que lo recibieran como un sirviente.

Cuando todavía estaba a gran distancia, su padre vio que venía por el camino. Sin poder contener su alegría, el padre corrió a su hijo, lo abrazó y lo aceptó incondicionalmente otra vez como su hijo, con todos los honores. En esta parte de la parábola, vemos la manera como Jesús amplió la esencia de la oración de Salomón, llenándola de un significado nuevo y espiritual. Él quería consolar a los proscritos, a todos los que están exiliados del pueblo de Dios, que han vuelto en sí, y que anhelan otra vez su verdadero hogar.

En la estación de adviento cantamos sobre la manera en que nos lamentamos por el humillante exilio en que estamos aquí. Éste no es nuestro hogar, porque aquí nada perdura, y muy a menudo nos encontramos tropezando de nuevo con el pecado. “Pues no hay hombre que no peque” (versículo 36). Nuestro verdadero hogar solo puede estar donde está nuestro Salvador, un lugar donde finalmente seremos libres de todo lo que nos atormenta. Pronto Jesús volverá para llevarnos al hogar; por esta razón la iglesia también canta: “Alégrate, ¡oh Israel! Vendrá, ya viene Emmanuel” (*Culto Cristiano* 1). Sabemos que Dios contestará la oración de Salomón una vez más, y nos sacará del exilio.

### *La oración de dedicación de Salomón: conclusión*

**<sup>40</sup>»Ahora, pues, Dios mío, te ruego que estén abiertos tus ojos y atentos tus oídos a la oración en este lugar.**

**<sup>41</sup>»Jehová Dios, levántate ahora para habitar en tu reposo, tú y el Arca de tu poder; Jehová Dios, sean vestidos de salvación tus sacerdotes, y tus santos se regocijen en tu bondad. <sup>42</sup>Jehová Dios, no rechaces a tu unguido; acuérdate de tus misericordias para con tu siervo David.»**

Muchas veces al final de las grandes composiciones musicales hay lo que se llama una coda. La música disminuye gradualmente; los temas musicales principales se vuelven a interpretar. Aquí podemos decir que las palabras finales de Salomón son una coda verbal, que son algo así como una conclusión. El tiempo

disminuye al cambiar a un ritmo poético (las palabras nos recuerdan el Salmo 132:8-10). Él repite otra vez sus pensamientos más importantes.

También es posible que aquí tengamos una forma verbal que se usaba algunas veces en la literatura antigua para demarcar grandes unidades de pensamiento. Salomón había comenzado su oración con una referencia al pacto que Dios había hecho con David (6:14-17); continuó pidiéndole a Dios que “ponga su nombre” en el Templo, como lo había prometido y que, teniendo esto en cuenta, mantenga sus ojos abiertos a las necesidades de su pueblo y sus oídos atentos a sus oraciones (6:18-21). Salomón concluye su oración general con una súplica por el perdón, la cual abarca todo (6:21). En estos versículos finales vemos un modelo similar, solo que en orden inverso. Hay una petición de perdón (6:39), una oración para que Dios tenga los ojos abiertos, los oídos atentos y que su presencia esté en el Templo (versículos 40,41), y le hace esta solicitud a Dios: “Acuérdate de tus misericordias para con tu siervo David” (versículo 42). Es como si Salomón volviera por el camino por donde vino, y marcara toda su oración con recordatorios de la gracia de Dios para con los pobres pecadores.

La conclusión de Salomón contiene muchas bellas facetas. Examinaremos aquí sólo unas cuantas. Considere por un momento la frase: “que estén abiertos tus ojos y atentos tus oídos” (versículo 40). Éste es claramente un pensamiento agradable al corazón de Salomón, un hecho que podemos inferir no solo por el modo en que lo repite sino también porque Dios mismo usa la frase en la respuesta que le da a Salomón en el capítulo siguiente (7:15). ¡Qué forma tan impresionante de hablar sobre el afecto activo de Dios por su pueblo! No estamos tratando con algún ser impersonal que esté en las alturas y que sea indiferente al destino de su pueblo. El Dios verdadero es un Padre amoroso que ve nuestras necesidades y escucha nuestras oraciones.

O veamos la alusión magistral que hace Salomón: “Jehová Dios, levántate ahora para habitar en tu reposo” (versículo 41). Estas palabras repiten en parte lo que Moisés decía siempre que

el Arca se trasladaba durante los años que Israel anduvo errante por el desierto: “¡Levántate, Jehová! ¡Que sean dispersados tus enemigos y huyan de tu presencia los que te aborrecen!” (Números 10:35). Y, como lo notamos anteriormente, esta sección es también una paráfrasis libre que hace Salomón de fragmentos del Salmo 132. Allí, el salmista celebró la promesa que hizo David de que no iba a reposar hasta que el Arca hubiera encontrado un lugar de reposo propio. Y así con una sola frase, Salomón pudo de entrelazar los siglos y unir dos puntos claves en la historia del Antiguo Testamento. Es como si hubiera dicho: “Lo que todo Israel anheló durante los muchos años que anduvo errante y lo que le fue posible hacer a mi padre David como preparación, ha llegado a realizarse. Ya no es necesario que Dios se levante para esparcir nuestros enemigos, los que se oponían a que nosotros viviéramos en esta tierra, porque él nos ha dado descanso; ahora su Arca se puede levantar y llegar a reposar en esta Casa que he construido para el Nombre de Dios.”

Un fruto de ese reposo es la alegría que el pueblo de Dios experimenta ante su Dios. Por razones obvias, la oración de Salomón se concentró en las ocasiones en que el pueblo de Dios caería de rodillas por sus necesidades y pediría el perdón y la ayuda de Dios. Pero el perdón es sólo un aspecto de la vida en compañerismo con Dios; el perdón siempre tiene a la vista la barrera del pecado que tiene que quitarse antes de que nos podamos deleitar en un verdadero compañerismo con Dios. Dicho positivamente, el compañerismo consiste en la alegría perfecta que tenemos cuando no hay nada que se interponga entre nosotros y Dios, permitiéndonos alumbrarnos con su presencia. Salomón imprime al final esta nota importante con las palabras “Jehová Dios, sean vestidos de salvación tus sacerdotes, y tus santos se regocijen en tu bondad” (versículo 41).

Salomón concluye con una referencia a la promesa del pacto que Dios hizo con David (versículo 42). En el libro de Crónicas se pone énfasis en el aspecto *incondicional* de esa promesa (vea 1 Crónicas 17). El amor incondicional de Dios no es simplemente

la esperanza del *rey* de Israel (“no rechaces a tu unguido”); más bien, el amor prometido a David es la base de la esperanza de todo Israel (vea Isaías 55:3). Aun más, es la única esperanza para todo un mundo de pecadores. Por medio de David, Dios enviaría un Rey eterno para que gobernara sobre todas las naciones y nos liberara de todos nuestros enemigos. Debido a este gran amor (un amor revelado y prometido a David), Dios envió a su único Hijo al mundo para morir por todos nosotros. Entonces “las misericordias para con tu siervo David” son para nosotros la seguridad de que Dios escucha nuestras peticiones y nos dará “todo cuanto [pidamos] al Padre en [el] nombre [de Jesús]” (Juan 16:23).

Se puede pensar que es extraño escuchar ese énfasis en el Ungido del Señor y en el rey David, en un pasaje relacionado con el Templo. Después de todo, para los primeros lectores del cronista, solo quedaba el Templo. Hacía mucho tiempo que había desaparecido la dinastía terrenal de David como una señal visible del favor de Dios. ¿Por qué poner énfasis en algo que faltaba en la vida de Israel? ¿Para que otra cosa sino para despertar en el pueblo de Dios un anhelo por el Mesías que iba a venir! Cada una de las promesas de Dios tendría su cumplimiento perfecto en él. En realidad, toda esta imagen de Salomón: terminar el trabajo de David, construir el Templo de Dios, e interceder por su pueblo en oración, también se puede ver como la descripción que hace el cronista del Rey quien sería la encarnación del Nombre de Dios, el cumplidor de todas las promesas, el edificador de la casa espiritual a la que pertenecemos, y el que intercede por nosotros en oración (vea Juan 17).

*Dios dedica el Templo con fuego y en gloria*

**7** Cuando Salomón acabó de orar, descendió fuego de los cielos y consumió el holocausto y los sacrificios; y la gloria de Jehová llenó la Casa. <sup>2</sup> Y no podían entrar los sacerdotes en la casa de Jehová, porque la gloria de Jehová

**la había llenado.** <sup>3</sup> Cuando vieron todos los hijos de Israel descender el fuego y la gloria de Jehová sobre la Casa, se postraron sobre sus rostros en el pavimento y adoraron, y alabaron a Jehová, diciendo: «Porque él es bueno, y su misericordia es para siempre.»

Por supuesto, Dios no está obligado a darles señales ni milagros para confirmar su Palabra a quienes dudan de ella (Lucas 11:29). A pesar de todo, hubo ocasiones en las que Dios sí les dio señales a sus creyentes para confirmar y fortalecer la fe que él ya había obrado en su corazón por medio de la Palabra. Cuando sucedió, fue gracia sobre gracia, don sobre don. Y cuando Dios lo hizo, siempre fue para mostrarle a su pueblo dónde podría buscar su ayuda en cada momento de necesidad.

Con la aparición de su nube de gloria, Dios ya había confirmado que ahora el Templo era su lugar de morada sobre la tierra (5:13,14). Sin embargo, por encima y más allá de esto, Dios respondió inmediatamente a la oración de Salomón haciendo descender fuego del cielo para consumir los sacrificios que habían sido dispuestos y llenando de nuevo el Templo con su gloria. En esta ocasión todo el pueblo de Israel, al ver claramente con asombro despavorido lo que había sucedido, se postró humildemente con el rostro en el suelo. Entonces hicieron suyo el estribillo de misericordia que antes todos los levitas habían cantado: “Él es bueno, porque su misericordia es para siempre” (5:13).

Algunos comentaristas sugieren aquí que el cronista está adornando el relato, agregándole una aparición más de la nube de gloria cuando el escritor de Reyes se contentó con mencionar solo una. Otros\* lo ven como una característica del estilo del cronista, en el que, mediante la repetición, recupera esencialmente el relato que había interrumpido en 5:14. Dicen que aquí no tenemos dos

---

\* Más notablemente Sara Japhet, *I and II Chronicles: A Commentary* (Louisville: Westminster/John Knox Press, 1993), p. 610.

apariciones *diferentes* de la nube de gloria, sino más bien una reanudación de la descripción anterior del *mismo* acontecimiento. Esta segunda posición parece posible, porque por lo menos muestra algún respeto a la verdad del texto bíblico.

Sin embargo, lo que estas dos interpretaciones pasan por alto es el impacto diferente que tuvo la nube de gloria en esta etapa del relato. En su primera aparición, la nube de gloria interrumpió la entrada del Arca en el Lugar santísimo, como si Dios estuviera declarando de una manera simbólica: “Yo de veras habito entre querubines” (vea Éxodo 25:22). Aquí dio la aprobación visual de Dios a todo lo que Salomón había pedido en oración y, al consumir los sacrificios con fuego, confirmó esta Casa como el lugar correcto para ofrecerlos (6:12). De ese modo, Dios no dejó ninguna duda de que él aceptaba el culto de sacrificios del pueblo.

De modo similar, Dios había consagrado el Tabernáculo para el sacrificio (Levítico 9:23,24), había mostrado su aprobación al altar de David en la era de Ornán (1 Crónicas 21:26), e iba a confirmar a Elías ante el pueblo como un auténtico profeta del único verdadero Dios (1 Reyes 18). Tampoco tenemos que pensar mucho para encontrar paralelos con el Nuevo Testamento; hubo una voz del cielo en el bautismo de Jesús y después en su transfiguración. En respuesta a la solicitud que le hizo Jesús de glorificar su nombre, el Padre contestó “Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez” (Juan 12:28). En respuesta a la oración de los creyentes para poder dar un audaz testimonio frente a las amenazas de sus enemigos, leemos: “Cuando terminaron de orar, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con valentía la palabra de Dios” (Hechos 4:31).

En cada caso, y de una manera apropiada a cada época, Dios confirmó palpable y esencialmente la misma verdad: “¡Yo estoy presente *aquí*, precisamente como dije que estaría! Aquí es donde ustedes me pueden encontrar; aquí es donde yo acepto sus sacrificios de acción de gracias y alabanza. Cuando ustedes se dirijan a mí en este lugar, yo los escucharé; cuando me invoquen

pidiendo ayuda, yo responderé sus peticiones. No es difícil localizarme, aunque ustedes no me puedan ver.” Dios el Padre nos dice a los que vivimos en la plena luz de Cristo: “¡Aquí está mi Hijo! En toda su vida, en todo lo que él dijo, hizo y sufrió, ustedes me ven y me conocen. Ustedes saben lo que pienso de ustedes, y ven el amor que les tengo. Él es el sacrificio que quita la culpa del mundo. Por medio de él toda la vida de ustedes es una ofrenda que me agrada, y cualquier cosa que me pidan en su nombre, me agrada dársela.”

Por esto sabemos que Dios está presente donde quiera que los creyentes se reúnan alrededor de la Palabra y del sacramento y que cuando invocamos el nombre de Dios, no estamos hablando al aire sino al Dios que está. Por esto, en Cristo estamos tan seguros de que nuestra vida le agrada a Dios. Nuestro querido Padre no quiere que pasemos nuestro tiempo aquí en la tierra en una agonía causada por la duda, con la incertidumbre de si él nos escucha, inseguros en cuanto a si nuestra vida le agrada a él. La presencia de Dios entre nosotros no es el resultado de nuestras grandes esperanzas; Dios no se acerca a nosotros porque hayamos vivido muy piadosamente y muy bien. La presencia de Dios no depende de nuestro sentido de su cercanía; nuestros sentidos nos pueden engañar; nuestras propias esperanzas aumentan y disminuyen, y siempre estamos mucho más conscientes de nuestra propia debilidad pecadora que del gran poder de Dios. Si de nosotros dependiera, nunca podríamos estar seguros de la presencia de Dios. Para que tengamos esa certeza, la voz celestial dice: “Aquí está mi Hijo”, y en la más grande de todas las confirmaciones de su amor, el Hijo fue levantado en una cruz para atraer a todos los pueblos a él.

¿Qué más podemos pedir? ¿Qué más necesitamos? El Cristo crucificado y resucitado a la gloria es la prueba más palpable de su gran amor. Y entonces tenemos la certeza de que su presencia está entre nosotros dondequiera que se pronuncia su palabra.

*Todo el pueblo adora a Dios con sacrificios y cantos*

**<sup>4</sup>Entonces el rey y todo el pueblo sacrificaron víctimas delante de Jehová. <sup>5</sup>Y ofreció el rey Salomón en sacrificio veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas. Así, el rey y todo el pueblo dedicaron la casa de Dios.**

**<sup>6</sup>Los sacerdotes desempeñaban su ministerio, mientras los levitas alababan a Jehová con los instrumentos de música que el rey David había hecho para acompañar los cánticos a Jehová, «porque su misericordia es para siempre», entonando los cánticos compuestos por David. Los sacerdotes tocaban las trompetas delante de ellos, y todo Israel se mantenía en pie.**

**<sup>7</sup>También Salomón consagró la parte central del atrio que estaba delante de la casa de Jehová, por cuanto había ofrecido allí los holocaustos, y lo mejor de las ofrendas de paz; porque en el altar de bronce que Salomón había hecho no cabían los holocaustos, las ofrendas y las grasas.**

**<sup>8</sup>Entonces hizo Salomón fiesta siete días, y con él todo Israel, una gran congregación, desde la entrada de Hamat hasta el arroyo de Egipto. <sup>9</sup>Al octavo día hicieron solemne asamblea, porque habían hecho la dedicación del altar en siete días, y habían celebrado la fiesta solemne por siete días. <sup>10</sup>Y a los veintitrés días del mes séptimo envió al pueblo a sus hogares, alegres y gozosos de corazón por los beneficios que Jehová había hecho a David y a Salomón, y a su pueblo Israel.**

Aquí, el cronista nos da una más de esas fotos de su álbum titulado “La adoración de primera calidad”. Ya hemos visto algunas de ellas (1 Crónicas 13–16; 29); más adelante veremos otras. En esta especial y breve visión del antiguo Israel en adoración, notamos la gran escala con la que se hacía todo. El número de sacrificios es asombroso: “veintidós mil bueyes y ciento veinte mil ovejas” (versículo 5). Esto excede todas las

cantidades similares que se mencionan en cualquier otra parte (1 Crónicas 29:21; 2 Crónicas 1:6; 29:32; 30:24). Sin embargo, también es una cantidad que está completamente de acuerdo con una fiesta que tenía el propósito de inaugurar la “Casa . . . [edificada] . . . para quemar incienso” para el Señor (2:6).

Para acomodar estas de enormes cantidades, Salomón puso en servicio el atrio del Templo “porque en el altar de bronce que Salomón había hecho no cabían los holocaustos, las ofrendas y las grasas” (versículo 7). Aquí vale la pena decir que no todos los sacrificios eran “holocaustos”, que expresaban la devoción total de los que iban a adorar al Señor. Este tipo de sacrificio se quemaba completamente; en el otro tipo de sacrificio que se menciona, “ofrendas de paz,” se consumía parte en el altar y los participantes también comían otra parte. Así se expresaba el alegre compañerismo que existía entre el creyente y Dios. Sin duda, una de las razones para disponer tantos sacrificios también era para asegurar que todos los que se habían reunido pudieran participar.

Los que se reunieron para dedicar el Templo conformaban una gran multitud. Cuando la nación estaba en la cumbre de su poder terrenal, “todo Israel” se reunió, “una gran congregación, desde la entrada de Hamat hasta el arroyo de Egipto” (versículo 8). Esta última expresión es una manera geográfica de decir: “de los lugares más distantes de la tierra de Israel”. El cronista señala esto no solo para indicar la grandeza de la ocasión, sino también para mostrar que la dedicación del Templo unió a todo Israel en adoración conjunta. No fue solo el rey el que ofreció sacrificios; también lo hizo “todo el pueblo” (versículo 4).

También hubo varios detalles especiales en el acontecimiento. Normalmente, la fiesta de los Tabernáculos duraba siete días; comenzaba el día quince del mes séptimo y terminaba con una asamblea especial el día veintidós (Levítico 23:34-36). Salomón precedió estos días festivos con una semana de celebración adicional que comenzó el día ocho del mes. Estos días anteriores se apartaron para celebrar “la dedicación del altar” (versículo 9). En efecto, Salomón duplicó el tiempo de la santa celebración en

el mes séptimo. Veremos una extensión similar del tiempo de la fiesta en relación con la Pascua (“fiesta de los Panes”) de Ezequías (30:23). El día de la Expiación (Levítico 16:29,30) también debió haber interrumpido la primera semana de celebración, aunque el cronista no lo menciona.

Además de hacer los sacrificios, Israel también adoraba al Señor con música y canto. Los levitas usaban “los instrumentos de música que el rey David había hecho para acompañar los cánticos a Jehová . . . entonando los cánticos compuestos por David” (versículo 6). Los levitas eran servidores que representaban y guiaban a los demás en la adoración. Cuando alababan al Señor, no lo hacían simplemente en su propio nombre sino en representación del rey y del pueblo. Esto también se aplicaba a los sacerdotes asignados para tocar las trompetas.

A pesar de su gran tamaño, esta gran asamblea estaba *ordenada*. El punto del cronista es que los sacerdotes y los levitas no abandonaron los papeles que se les asignaron, aunque era una ocasión especial. Cada grupo siguió sirviendo en las responsabilidades que Moisés y David les habían asignado. Los sacerdotes ofrecieron los sacrificios y tocaron las trompetas. Los levitas tuvieron el privilegio de guiar a toda la asamblea en la música y en el canto, usando los instrumentos que David les había diseñado. Los sacerdotes no envidiaban a los levitas; los levitas no menospreciaban el ministerio de los sacerdotes. Ambos grupos trabajaban juntos con amor conservando el buen orden.

El ánimo que prevaleció durante todos los quince días de celebración se expresa en las palabras que describen el estado de ánimo de la congregación después de que Salomón los despidió. Todos estaban “alegres y gozosos de corazón por los beneficios que Jehová había hecho a David y a Salomón, y a su pueblo Israel” (versículo 10). El orden en la adoración no tiene que convertirse en aburrimiento indiferente, tal como la espontaneidad en la adoración no puede garantizar la alegría. ¡A veces resulta evidente que una adoración es improvisada!

Aquí vemos la mano del cronista, por la manera en que repite lo mismo de varias maneras. Los temas de la unidad, el orden y la adoración ya se habían escuchado antes. También da la sensación de “haber estado allí antes”, cuando oímos que los músicos levitas ejercían el arte que había tenido su origen en la época de David. No sólo aparecen repetidamente temas y tópicos, sino también palabras y frases características: “su misericordia es para siempre”, “desde la entrada de Hamat hasta el arroyo de Egipto”, “todo Israel”, para mencionar unas cuantas. Como estamos en el punto más importante del libro, probablemente es útil que recordemos otra vez la razón de toda esta repetición.

Primero, el cronista se estaba asegurando de que se hicieran algunas conexiones esenciales en las mentes de sus oyentes. Como fue David, así fue Salomón: los dos fueron buenos reyes, cuya devoción a la adoración había establecido el fundamento para las generaciones futuras. Esas conexiones tenían el propósito de darles a los que vendrían después, la firme certeza de que eran herederos de una tradición antigua y sagrada ordenada por Dios mismo. Sin embargo, la adoración a Dios en su Templo, restablecida tan recientemente en la tierra de Judá, tenía raíces que se remontaban muy atrás en el tiempo. Estaba fundada en la Palabra de Dios, es decir, en lo que Dios había revelado por medio de Moisés y de David sobre la manera de acercarse a él. Por esto, los de la generación del cronista podían tener la seguridad de que todavía eran el pueblo de Dios y que él, el Dios cuya misericordia es para siempre, todavía era su Dios.

David y Salomón también servirían como el ideal y el modelo que proponía el cronista de cómo debía ser el rey de Israel, en cuanto se trataba de la adoración en la casa de Dios. Los reyes futuros serían alabados o censurados dependiendo de si seguían o no el ejemplo de David y de Salomón. Estos modelos que se repiten son recursos que tiene el cronista para recalcar en nosotros el hecho de que la historia del mundo no es una serie de acontecimientos al azar sino más bien un río cuya corriente está dirigida y guiada por Dios dentro de los cauces que él le escoge.

La meta final de Dios para este río es que fluya al océano que es Cristo. Toda la Ley se cumple en él, todas las promesas se realizan en él, toda la humanidad está representada en él, todos los pecados son lavados en él, y todo el amor se encuentra en él.

Finalmente, el método de repetitivo del cronista señala que es, tal vez, una forma un poco diferente de transmitir el conocimiento religioso en comparación al que nos hemos acostumbrado. En el occidente estamos acostumbrados a los bosquejos lógicos, a preguntas con respuestas, a discursos en los que el tema se establece abiertamente y donde nadie queda sin saber nada en cuanto a todo su propósito. El método del cronista, algo que se encuentra más comúnmente en las sociedades donde la fuerza de la palabra oral es intensa, era sólo contar la historia, volverla a contar, y después contarla otra vez. Sin embargo, al insistir en estos temas, este artífice y maestro de los escritos sagrados (como esperamos haber mostrado que el cronista es) gravó su idea en sus lectores sin tener que decir jamás: “Este es el punto”.

Este método es diferente, y sin embargo no es verdaderamente extraño para nosotros. En todos nuestros colegios comenzamos enseñándoles a los niños los relatos básicos de la historia de la Biblia. Nuestras escuelas dominicales siguen una serie regular de historias bíblicas que describen la vida de Cristo y los eventos más importantes del Antiguo Testamento. Cualquier pastor le puede decir a usted lo difícil que es enseñarles las verdades más abstractas del catecismo a niños que no han tenido una base firme en esas (¿sencillas?) historias bíblicas. Piense en el pastor que trabaja duro en su clase de confirmación; todos se esfuerzan por entender el significado del pasaje “Cristo murió por los impíos”. Ahora, vaya al cuarto contiguo y observe la cara impresionada de los niños cuando oyen el relato de la pasión de nuestro Salvador cuando el maestro de la escuela dominical lo cuenta con habilidad y ternura. Quite la primera y usted destruye la base de la segunda. Si sus alumnos no tienen una base firme en historia de la Biblia, la presentación que el pastor hace de pasajes de la Biblia parecerá sin vida, abstracta y hasta incomprensibles para sus oyentes. ¡Y

esto es verdad no porque le falte de capacidad del pastor sino debido a la falta de bases esenciales en sus alumnos! La repetición de estas historias bíblicas que hacen los maestros de la escuela dominical y parroquial, y los padres cristianos en la casa, es esencial para grabar en nuestros jóvenes las verdades que estas contienen, y contribuye mucho para conformar a la identidad cristiana del niño.

Tal vez todo lo que este escritor trata de hacer es subrayar uno de los temas del cronista en esta sección: Si es usted maestro de la escuela dominical, pastor, padre, madre, ¡nunca subestime la importancia de su trabajo! Para el bienestar del pueblo de Dios, es imprescindible que todos nos encontremos en nuestros “puestos” en el templo de Dios (7:6).

*La respuesta de Dios a la oración de dedicación de Salomón*

**<sup>11</sup> Terminó, pues, Salomón la casa de Jehová, y la casa del rey; y todo lo que Salomón se propuso hacer en la casa de Jehová, y en su propia casa, fue prosperado. <sup>12</sup> Entonces apareció Jehová a Salomón de noche y le dijo: «Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar como Casa de sacrificio. <sup>13</sup> Si yo cierro los cielos para que no haya lluvia, y si mando a la langosta que consuma la tierra, o si envío pestilencia a mi pueblo; <sup>14</sup> si se humilla mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oran, y buscan mi rostro, y se convierten de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra. <sup>15</sup> Mis ojos estarán abiertos, y mis oídos atentos, a la oración que se haga en este lugar; <sup>16</sup> pues ahora he elegido y santificado esta Casa, para que esté en ella mi nombre para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán ahí para siempre. <sup>17</sup> Y si tú andas delante de mí como anduvo tu padre David, haces todas las cosas que yo te he mandado, y guardas mis estatutos y mis decretos, <sup>18</sup> yo confirmaré el trono de tu reino, como pacté con David, tu padre, diciendo: “No te faltará uno de los**

**tuyos para que gobierne en Israel.”<sup>19</sup> Pero si vosotros os volvéis, y dejáis mis estatutos y mandamientos que he puesto delante de vosotros, y vais y servís a dioses ajenos, y los adoráis,<sup>20</sup> yo os arrancaré de mi tierra que os he dado; arrojaré de mi presencia esta Casa que he santificado a mi nombre, y la haré objeto de burla y escarnio entre todos los pueblos.<sup>21</sup> Y esta Casa que es tan excelsa, será espanto a todo el que pase, de modo que dirá: “¿Por qué ha hecho así Jehová a esta tierra y a esta Casa?”<sup>22</sup> Y se responderá: “Por cuanto dejaron a Jehová, Dios de sus padres, que los sacó de la tierra de Egipto, y han abrazado a dioses ajenos, y los adoraron y sirvieron; por eso él ha traído todo este mal sobre ellos.”»**

El versículo 11 es la primera vez que el cronista menciona el otro proyecto mayor de construcción de Salomón, el palacio real. La sección que se encuentra en 1 Reyes donde se describe la magnificencia de ese palacio (1 Reyes 7:1-11) no se menciona para nada en este relato. El propósito editorial del cronista parece bastante claro: está dispuesto a mantener la atención de sus lectores concentrada en el Templo. Una comparación de las dos versiones de la respuesta que Dios le dio a Salomón, la que se encuentra aquí y la de 1 Reyes 9:1-9, lleva a una conclusión similar; aunque en la mayoría de los casos las diferencias son cuestión de una o dos palabras ocasionales, la forma que el cronista le da a este material tiene el efecto de relacionar mucho más la oración de dedicación de Salomón y la respuesta de Dios. De nuevo, el propósito es mantener el relato centrado firmemente en el Templo.

El ejemplo más obvio de esto es la sección de los versículos del 12 a 15, en la que encontramos mucho material que no se menciona en 1 Reyes. Por una parte, Dios resume la esencia de la oración de Salomón de una manera más completa; Dios incluso le dio la forma a su respuesta siguiendo un modelo similar al que utilizó Salomón: “Cuando haya [algún hecho del juicio de Dios] y entonces [haya arrepentimiento, y el pueblo se vuelva a Dios por

su ayuda] entonces yo perdonaré y sanaré”. Además, en el versículo 15, Dios continúa haciendo eco a las palabras exactas de Salomón: “Mis ojos estarán abiertos, y mis oídos atentos, a la oración que se haga en este lugar” (compare con 6:40). Finalmente, la sección del versículo 19 al 22 se ha editado para hacer que la amenaza de Dios se aplique al Templo de una forma más exclusiva.

Al comienzo de su respuesta, Dios le asegura a Salomón que desde luego él contestará las oraciones de su pueblo penitente (versículos 13,14). Palabras como estas nos animan a llevarle nuestras necesidades a Dios en oración. Por medio de la Palabra entendemos que Dios nos oye pero no porque nuestras palabras hayan sido arregladas hábilmente, ni porque estemos seguros de que somos dignos de una audiencia con un Señor tan grande. Él nos escucha porque lo ha prometido. Lutero una vez terminó una oración diciendo: “Lo que me hace creer firmemente que [tu respuesta a mi petición] será y permanecerá sí y amén, no es la excelencia de mi oración sino la certeza de tu verdad.” \*

La esencia del mensaje de Dios a Salomón se expresa maravillosamente en el versículo 16: “He elegido y santificado esta Casa, para que esté en ella mi nombre para siempre; y mis ojos y mi corazón estarán ahí para siempre”. David y Salomón habían trabajado muchos años para verlo construido, y la característica esencial del Templo fue que Dios lo escogió como el lugar para revelar su naturaleza misericordiosa (Deuteronomio 12:5-7). Dios también prometió que él siempre tendría su corazón puesto en el Templo; aunque el edificio que se construyó a mano desapareció hace mucho, la promesa de Dios no falló, de nuevo escuchamos la propia voz de Dios en el Nuevo Testamento cuando dice: “Éste es mi Hijo amado; a él oíd” (Lucas 9:35). En Cristo encontramos el corazón misericordioso de Dios al descubierto.

¿Qué más tenía que hacer Dios para asegurarles a Salomón y a su pueblo su amor fiel? Él se había aparecido una vez al joven

---

\* Brokering, p. 18.

rey en Gabaón (1:7), dos veces en la nube de gloria en la dedicación, y ahora una vez más en una visión en la noche. ¿Cuántas veces tiene Dios que demostrar su buena voluntad antes de vencer la duda de una persona? ¿De cuántas maneras nos debe buscar antes de que podamos ser encontrados? “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo. . . . es necesario que con más diligencia atendamos a las cosas que hemos oído, no sea que nos deslicemos” (Hebreos 1:1,2; 2:1).

No encontramos los términos *ley* y *evangelio* en el Antiguo Testamento de la forma como los conocemos en nuestras iglesias luteranas. Sin embargo, las ideas que representan esos términos están grabadas profundamente en cada página. Y así como en todas las Escrituras, aquí también es importante distinguir entre la ley y el evangelio. Notamos algunas promesas en la respuesta que Dios le dio a Salomón, hechas de una manera absoluta, sin condición. Estas son puro evangelio. Dios le dice al pueblo lo que hará por ellos. Notamos otras promesas sujetas a condiciones, estas son pura ley, Dios le dice al pueblo lo que espera de ellos, las bendiciones que recibirán si obedecen y los castigos que les sobrevendrán si desobedecen.

También es importante recordar que el pacto de Dios con David (2 Samuel 7; 1 Crónicas 17) contenía elementos tanto de la ley como del evangelio. En algunos aspectos del pacto que Dios hizo con David renovó esa antigua promesa del evangelio que una vez les había hecho a Adán y a Eva. Sólo vinculó esa promesa específicamente a la casa de David. El Salvador nacería como un rey del linaje de David. Con otras características de ese pacto, Dios le aplicó la Ley mosaica al Israel que ahora se había establecido en la tierra y había recibido un rey. Algunos de los términos que Dios había usado podrían haber cambiado, pero la esencia natural del pacto de ley no. “Si dais oído a mi voz, y guardáis mi pacto, vosotros *seréis* mi especial tesoro sobre todos los pueblos” (Éxodo 19:5). ¡Ese *si* implica mucho!

Ya hemos considerado que el versículo 16 es un ejemplo excelente de una promesa del evangelio, hecha sin condición. Pero cuando tomemos en cuenta el resto de la sección dirigida primero a Salomón y aplicada después a todos sus sucesores en el trono, veremos la palabra clave *si*. La continuación de la dinastía terrenal de Salomón dependía de su obediencia a la Ley de Dios (versículos 17,18). Si el reino israelita perduraba o no, dependía de la obediencia y de la fiel adoración de Salomón y todos los que lo sucedieran en el trono (versículos 19-22, el *tú* cambia al plural *vosotros*). Las consecuencias de esa desobediencia se describen claramente en el versículo 20: (1) Israel sería arrancada de la tierra y (2) Dios abandonaría su Templo, aunque él lo había “santificado a [su] nombre”.

En esta sección, el cronista ha dejado que Dios mismo nos dé el bosquejo del resto de su libro. Israel y sus reyes serán infieles, adorarán otros dioses y desobedecerán la Ley de Dios. Como consecuencia, el rey y el Templo, el pueblo y la tierra todos llevarán las señales de la ira de Dios. Algunos reyes llevarán a Israel a humillarse en penitencia y a buscar nuevamente al Señor. Dios escuchará y responderá sus súplicas de perdón y “[sanará] su tierra” (versículo 14). Al final, Judá se degenerará a tal punto que Dios arrancará al pueblo de su tierra y rechazará el Templo de Salomón (versículo 20).

Las palabras finales de Dios que describen el Templo en su estado de rechazo son especialmente reveladoras e intensas. Dios dice que el rechazo de su Casa será tan completo, que se convertirá en un proverbio de la destrucción total. Otras naciones la usarán como una forma de burlarse de lo que vieron como una afirmación pretenciosa de Israel de ser el pueblo escogido de Dios. El Templo que ahora inspira admiración por su esplendor, después horrorizará por su desolación. La gente preguntará por qué. La respuesta vendrá: “Por cuanto dejaron a Jehová” (versículo 22). En este pasaje hay solemnidad y tragedia que describe cabalmente la necedad del pecado. Al buscar la verdad, la gente persigue mentiras; crea un desierto desolado y lo llaman vida.

El cronista escribió estas palabras tanto para animar como para advertir a su propia generación. El solo edificio del Templo no garantizaba la seguridad y bienestar en la Tierra de Promesa. Con la misma seriedad que Dios hizo su promesa de amor, pronunció la amenaza contra los que despreciaran su amor al desobedecer la Ley. De nuevo el escritor a los Hebreos lo enfatiza para nosotros, los que conocemos a Cristo: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” (2:3).

Un aspecto central para interpretar los dos capítulos siguientes es la pregunta de si el cronista todavía considera que su material está directamente relacionado con la construcción de la casa del Señor o no. En otras palabras, ¿está en primer plano aquí la magnificencia de Salomón, el rey, o acaso el cronista resalta la fidelidad de Salomón, el que construyó la casa del Señor? Tal vez podamos resolver la diferencia viendo el capítulo 8 como todavía relacionado con la terminación del proyecto del Templo que Salomón llevó a cabo, mientras que el capítulo 9 subraya la sabiduría y la grandeza del Ungido del Señor. En todo caso, por ahora ya debemos saber que el Templo y su adoración nunca están lejos de la mente de nuestro escritor.

### *Salomón en todo su esplendor*

#### *Esplendor del comercio y de la construcción de Salomón*

**8** Después de veinte años, durante los cuales Salomón había edificado la casa de Jehová y su propia casa, <sup>2</sup> reedificó Salomón las ciudades que Hiram le había dado y estableció en ellas a los hijos de Israel.

<sup>3</sup> Después marchó Salomón contra Hamat de Soba, y la tomó. <sup>4</sup> Y edificó a Tadmor en el desierto, y todas las ciudades de aprovisionamiento que edificó en Hamat.

<sup>5</sup> Asimismo reedificó a Bet-horón la de arriba y a Bet-horón la de abajo, ciudades fortificadas, con muros, puertas y barras; <sup>6</sup> a Baalat, y a todas las ciudades de avituallamiento

**que pertenecían a Salomón; también todas las ciudades de los carros y las de la gente de a caballo, y todo lo que Salomón quiso edificar en Jerusalén, en el Líbano, y en toda la tierra sujeta a su dominio.**

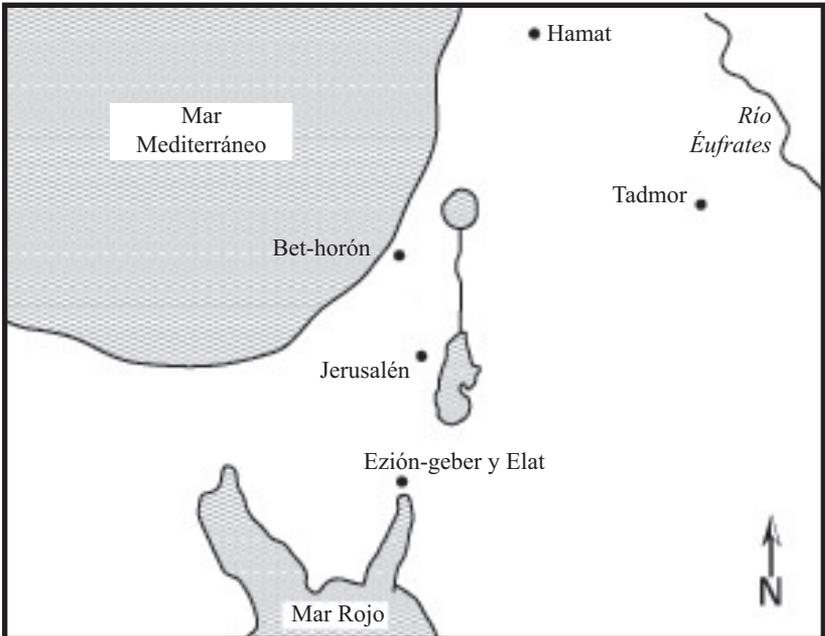
Desde el principio, el cronista nos ha descrito a Salomón como un rey ideal y digno sucesor de David. Los dos capítulos finales que describen el reino de Salomón no serán una excepción a esta regla. Los versículos 1 a 6 describen a Salomón como el que mantiene y extiende la tierra donde el Señor había puesto su Templo. En esto lo compara favorablemente con David, por medio de quien el Señor le dio descanso a Israel de sus enemigos (1 Crónicas 17:9; vea también Deuteronomio 12:10,11).

Muchos de los esfuerzos de Salomón los dedicó a la expansión de Jerusalén, una ciudad que su padre había tomado (1 Crónicas 11:4-8). Salomón construyó su palacio en la misma colina que el Templo, haciendo que éste colindara con los terrenos de la parte sur del Templo. Los dos locales llegaron a ser un complejo de un gran edificio que en total tomó 20 años para completarse (versículo 1).

El versículo 2 parece estar en desacuerdo con su paralelo en 1 Reyes, donde se nos dice que Hiram recibió *de* Salomón 20 ciudades en Galilea, y no que Hiram le *dio* ciudades *a* Salomón (1 Reyes 9:11). Se hizo el trato, de acuerdo con 1 Reyes, a causa de lo que Salomón le debía a Hiram por todos elementos de construcción que había recibido. El escritor de Reyes también nos informa que Hiram no estaba muy complacido con lo que había recibido en pago, y le dio el nombre de “Cabul” al lugar (1 Reyes 9:13), una palabra que podemos traducir libremente dándole el significado de “como humo”. ¡Las ganancias que Hiram esperaba se habían esfumado! La explicación más plausible a esta “contradicción” es la que hace mucho tiempo dio el historiador judío Josefo. En 2 Crónicas vemos que el negocio que se inició en 1 Reyes completó un círculo: Hiram le devolvió a Salomón las ciudades que estimó que no valían nada; entonces Salomón

transformó el humo en sustancia al colonizar las ciudades con israelitas. De nuevo, aquí el mayor deseo del cronista es resaltar el papel de Salomón en la construcción y en la expansión del reino.

Salomón también consolidó la autoridad de Israel sobre las rutas de comercio del Cercano Oriente (vea los comentarios en 1:14-17). Tenía que restablecerse el control sobre Hamat de Sobá, que antes había sido conquistada durante el reinado de David (compare el versículo 3 con 1 Crónicas 18:1-9). Se agregaron fortificaciones a Tadmor, que era un oasis importante en la carretera que iba por el desierto entre Israel y Mesopotamia. También las dos ciudades, Bet-horón la de arriba y Bet-horón la de abajo fueron reconstruidas con considerables fortificaciones (versículo 5). Las dos ciudades estaban localizadas al noroeste de Jerusalén, que protegían uno de los accesos a Jerusalén por el occidente. El cronista eligió estos proyectos para mencionarlos



*Las actividades de Salomón*

especialmente, un puñado de ejemplos de la lista de “ciudades de avituallamiento . . . las ciudades de los carros y . . . las de la gente de a caballo” en los que Salomón tuvo que ver con su construcción. La impresión general que se transmite a través de todo es que Salomón fue el tipo de rey que construyó lo que quería, cuando quería (versículo 6). Entonces la tierra disfrutó de reposo, y la Casa del Señor estuvo bien protegida durante el reinado de Salomón.

### *El esplendor de la mano de obra de Salomón*

**<sup>7</sup> A todo el pueblo que había quedado de los heteos, amorreos, ferezeos, heveos y jebuseos, que no eran de Israel, <sup>8</sup> cuyos descendientes habían quedado en la tierra después de ellos, a los cuales los hijos de Israel no exterminaron del todo, hizo Salomón tributarios hasta hoy. <sup>9</sup> Pero no empleó Salomón a ninguno de los hijos de Israel en su obra; porque eran hombres de guerra, oficiales, capitanes y comandantes de sus carros, y de su caballería. <sup>10</sup> Y tenía Salomón doscientos cincuenta gobernadores principales, los cuales mandaban sobre aquella gente.**

Además de su trabajo como rey guerrero, David había puesto mucho esfuerzo en organizar su reino para la adoración. A los levitas los dividieron de acuerdo a sus familias y clanes y les asignaron responsabilidades específicas (1 Crónicas 23; 24:20–26:32). A los sacerdotes los organizaron en 24 grupos para permitir una rotación ordenada de los oficiantes en la adoración diaria (1 Crónicas 24:1-19). David también les dio al ejército y a los funcionarios dirigentes las listas de sus responsabilidades y sus tareas específicas (1 Crónicas 27). Nuestras ideas de que son esferas separadas las actividades “religiosas” y las seculares” en realidad no se aplican al antiguo Israel. En todas estas esferas de actividad, los motivos de David eran religiosos; él quería tener un reino organizado alrededor de la adoración del único verdadero Dios.

En estos versículos y en los siguientes vemos como Salomón siguió los pasos de su padre; mantuvo el buen orden que su padre había establecido y lo extendió hasta donde era necesario. La tarea que Salomón les dio a las tribus no israelitas que todavía vivían en la tierra fue, como ya lo hemos visto, proveer la mano de obra necesaria para sus proyectos de construcción (2:17,18). Al lector se debe remitir a los comentarios que se hicieron allá para que tenga un conocimiento más completo de estas tribus “que habían quedado en la tierra”.

Otra razón por la que el cronista menciona estos pueblos es para hacer el contraste entre la esclavitud de ellos y la gloriosa libertad que disfrutaban los israelitas bajo el reinado de Salomón (versículo 9). Los israelitas, lejos de ser esclavos de Salomón, formaron su elite militar y gubernamental; de esta manera vemos de nuevo a Salomón continuando el trabajo de su padre, utilizando la estructura de organización que había heredado. Para los creyentes de la época del cronista, estas palabras podrían haber tenido el efecto de reforzar su valor y su fortaleza, ya que ahora vivían en circunstancias muy empobrecidas. No había muchos nobles, ni muchos poderosos, de la manera como el mundo concebía el poder, entre el remanente que regresó a Israel. Sin embargo, servían a su Dios y Rey. A fin de cuentas, esto hizo que su servicio fuera invaluable.

Sin duda, también hubo en Israel muchos que leyeron estas palabras mientras fueron esclavos en algún país extranjero. Su espíritu debe haberse conmovido al oír acerca del tiempo en que los israelitas, lejos de ser esclavos, habían estado en libertad para servir a su propio rey en su propia tierra como “hombres de guerra, oficiales, capitanes y comandantes de sus carros, y de su caballería” (versículo 9). De forma más profunda, el apóstol Pablo usa su visión del evangelio para transformar la baja condición de un esclavo cristiano en el gran privilegio de servir al Señor, que se convirtió en el esclavo de todos (Efesios 6:5-8); Filipenses 2:1-11).

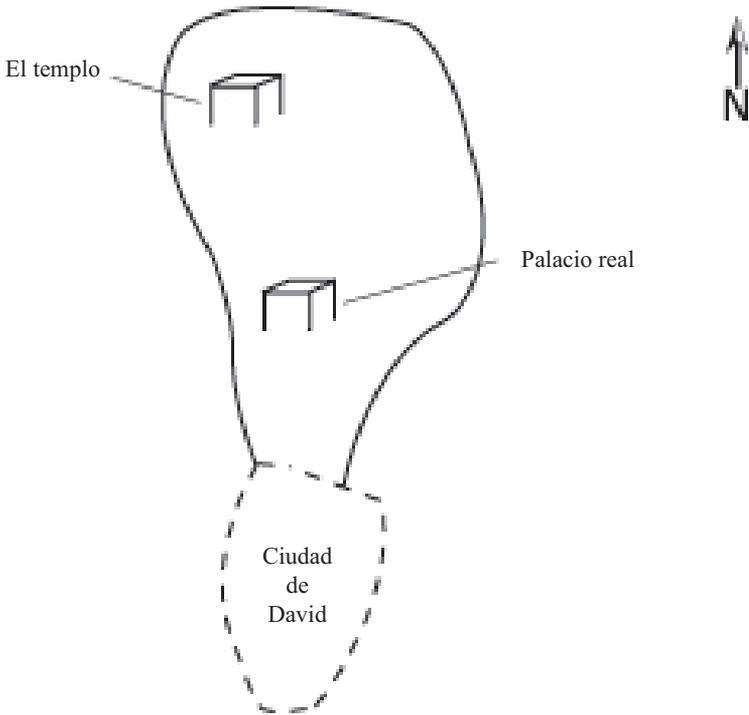
El hecho es que por causa de nuestra carne pecadora, todavía estamos muy propensos a que nos impresionen los nombres, los títulos y los honores, todo lo que resplandece en relación con el poder terrenal. Si Dios permitiera que se nos quitara por un momento la venda de los ojos para que pudiéramos ver a todos como él nos ve, ¡qué extraño se vería todo! Allí podríamos notar a esa abuela anciana que hace el esfuerzo de buscar en los periódicos locales todos los pequeños triunfos de los niños de la congregación. La podríamos ver cortándolos cuidadosamente y regalándoselos el domingo a cada niño, junto con su simpática sonrisa de felicitación. Al lado de ella podríamos ver a miles de otros, sin nombre ni rostro, que se nos olvidan fácilmente ahora porque “todo lo que hacen” son las tareas aparentemente mundanas de la vida. Sin embargo, resplandecerán como las estrellas porque la vida de cada uno fue, en efecto, una fiel ofrenda diaria de alabanza a Jesús. Y respecto a todos los que hayan resplandecido con tanto brillo antes, casi no lo notaríamos: su vida parecería sin heroísmo, trivial y muy apegada a la tierra en comparación.

### *El esplendor de la adoración de Salomón*

#### *Pureza en la adoración*

**<sup>11</sup>Trasladó Salomón a la hija del faraón, de la Ciudad de David a la casa que él había edificado para ella; porque dijo: «Mi mujer no habitará en la casa de David, rey de Israel, porque aquellas habitaciones donde ha entrado el Arca de Jehová, son sagradas.»**

Una señal de lo impresionante que había llegado a ser el rey ungido del Señor a los ojos de las naciones paganas circundantes, seguramente debió ser el hecho de que hasta una gran potencia como Egipto se fijara en él y le prestara atención. En el mundo antiguo del poder político, las naciones hacían alianzas unas con



### *La Jerusalén de Salomón*

otras mediante el matrimonio. Aunque es cierto que un gobernante como el faraón debió haber tenido muchas hijas, el hecho de que le diera una a Salomón en matrimonio dice mucho del respeto que tenía por el rey israelita y de su deseo de mantener relaciones amistosas con Salomón.

Sin embargo, para el cronista las cuestiones del honor terrenal eran secundarias en comparación con los asuntos de la pureza del culto. Aprueba el pensamiento de Salomón de que no era correcto que una esposa suya viviera “en la casa de David, rey de Israel, porque aquellas habitaciones donde ha entrado el Arca de Jehová, son sagradas”. El interés de Salomón por mantener pura y sin mancha la adoración a Dios se igualaba al de David su padre. Aquí vemos de nuevo lo cerca que estaba el palacio del rey al lugar de

adoración a Dios. Durante el gobierno de David, su padre, el Arca se había puesto muy cerca de la casa de David en la antigua ciudad, en un lugar que David había preparado para ella (1 Crónicas 15:1). Pero las dos viviendas no sólo eran parte de un complejo material, sino que también se consideraba que formaban parte de un contexto espiritual. Si una era santa, la otra también lo era; cualquier cosa que corrompiera a una corrompería a la otra.

Nuevamente, para nosotros los que crecimos con un “muro divisorio de separación” entre la iglesia y el estado, ideas como ésta pueden ser un poco difíciles de entender al principio. Sin embargo, debemos recordar que Israel, el pueblo de Dios, no funcionaba con la clase de división entre lo sagrado y lo secular tan conocida para nosotros. Como hemos visto, el rey de Israel era en gran medida el guía espiritual de su pueblo. Dios había escogido a su familia mediante un pacto solemne para gobernar un pueblo que no era de él, sino de Dios. Por lo tanto, el palacio de David era parte del recinto sagrado donde había “entrado el Arca de Jehová”. Con este motivo, Salomón hizo que su esposa se trasladara del palacio a una residencia especial construida sólo para ella. Ya no surgiría el tema de la impureza.

Tal vez aun más difícil de entender es por la qué a la hija del faraón se le veía como una fuente de corrupción en el primer lugar. El texto simplemente explica a que ella era “su esposa”. Mientras que algunos han hablado de su origen gentil como el problema principal, es más probable la consideración de que era mujer. En la Ley de Moisés, Dios había hecho provisiones especiales para la separación y purificación de las mujeres en las ocasiones en que ellas eran “inmundas” Levítico 12. Recordamos que fue especialmente en relación con el Arca que Dios había mostrado su ira contra David. Él no había tomado las precauciones apropiadas para mantener el Arca libre de cosas que la pudieran manchar (vea 1 Crónicas 13). David había aprendido esta lección (1 Crónicas 15:12-15), y ahora Salomón mantenía la preocupación que su padre había mostrado en conservar pura la adoración de Israel. También hay que tener presente que habían muerto personas como

resultado del descuido de David. Al trasladarla del palacio de David, Salomón también demostraba el amor y cuidado que cualquier hombre debe mostrar por su esposa.

Desde luego, no estamos bajo las leyes de la limpieza religiosa. Sin embargo, sería un error pensar que Dios ha perdido en interés en mantener su adoración pura y sin mancha. Las Escrituras advierten a los cristianos en contra de corromperse por la hipocresía y la doctrina falsa (Mateo 16:12; Lucas 12:1). Como somos pueblo santo, Dios quiere que nos mantengamos puros, evitando aprobar actos malvados o entregarnos a los malos pensamientos. Éstos corrompen nuestra adoración a él y hacen que la profesión de amor del uno por el otro se vuelva sin sentido (1 Corintios 5:5-7).

### *Orden en la adoración*

**<sup>12</sup>Entonces ofreció Salomón holocaustos a Jehová sobre el altar de Jehová que él había edificado delante del pórtico; <sup>13</sup>los ofreció según el rito de cada día, conforme al mandamiento de Moisés, en los sábados, las nuevas lunas, y en las fiestas solemnes, tres veces al año, esto es, en la fiesta de los Panes sin levadura, en la fiesta de las Semanas y en la fiesta de los Tabernáculos.**

**<sup>14</sup>También estableció los turnos de los sacerdotes en sus oficios, conforme a lo ordenado por David, su padre, a los levitas en sus cargos, para que alabaran y ministraran delante de los sacerdotes, según el rito de cada día; asimismo los porteros, según su orden, en cada puerta; porque así lo había mandado David, hombre de Dios. <sup>15</sup>No se apartaron del mandamiento del rey en cuanto a los sacerdotes, los levitas, los tesoros, y todo otro negocio; <sup>16</sup>porque toda la obra de Salomón estaba preparada desde el día en que se pusieron los cimientos de la casa de Jehová hasta que fue terminada, hasta que la casa de Jehová fue acabada totalmente.**

La adoración de Salomón en el gran día de la dedicación no fue flor de un día. Aquí el cronista nos dice que fue el comienzo de un orden regular y continuo de la adoración en el Templo. En el tiempo de Salomón, la adoración en el Templo se realizó *apropiadamente* (“conforme al mandamiento de Moisés”, “conforme a lo ordenado por David, su padre”), en el *momento apropiado* (“en su día”, “en las fiestas solemnes, tres veces al año”), por las *personas apropiadas* (“sacerdotes, en sus oficios, . . . [y] los levitas . . . para que alabaran y ministraran delante de los sacerdotes”). No se pasó por alto ninguno de las estipulaciones de su padre David. Los porteros fueron nombrados y asignados en turnos a sus diversos puestos (versículo 14; vea también 1 Crónicas 26:1-19). Hasta el asunto de los tesoros del Templo recibió la cuidadosa atención de Salomón (versículo 15; vea también 1 Crónicas 26:20-28). El plan de David para la adoración en la casa de Dios se llevó a cabo fielmente en todos los detalles (versículo 15).

De esta forma Salomón cumplió su misión en la vida, una misión que Dios le había dado hacía mucho tiempo por medio de su padre David: “Jehová te ha elegido para que edifiques Casa para el santuario. . . . no temas ni desmayes, porque Jehová Dios, mi Dios, estará contigo; él no te dejará ni te desamparará, hasta que acabes toda la obra para el servicio de la casa de Jehová” (1 Crónicas 28:10,20). Dios había cumplido su palabra a su pueblo. “La casa de Jehová fue acabada totalmente” (versículo 16). Salomón, el cumplidor, había cumplido su tarea.

En la carta a los Efesios, el apóstol Pablo nos da una visión de la iglesia, el santo templo que su Hijo está en el proceso de construir (Efesios 2:21,22), desde la perspectiva de Dios. Podemos estar seguros de que los planes salvadores de Dios para su iglesia no fracasarán, ya que están enraizados en su voluntad desde la eternidad y se establecieron mediante un pacto que fue sellado con la sangre de su Hijo. Esta sagrada y gran misión la llevan a cabo a lo largo del tiempo otros hijos e hijas del rey. En cada generación él les confía su evangelio. Algunas veces parece

increíble pensar que Dios les pueda dar una tarea importante y un mensaje tan precioso a pecadores pobres y frágiles como usted y como yo. Sin embargo lo hace. Y no llevamos a cabo ese trabajo mirando ociosamente al cielo (Hechos 1:11). No lo terminamos simplemente diciendo hermosas palabras de dientes para fuera y haciendo mucha bulla una vez al año en algún domingo dedicado a las misiones. Se completará sólo mediante el servicio consistente y fiel, llevado a cabo día tras día por miles y miles de su pueblo. Así sucedió con el templo de Salomón. Dios nos ha dado la visión de nuestra meta por medio de libros como 2 Crónicas y Efesios. Nos ha asignado a cada uno nuestro propio puesto especial. Ahora nos encarga que “[nos esforcemos, hagamos la obra]” (1 Crónicas 28:10), seguros del poder de quien no nos abandonará ni nos dejará.

***“La riqueza de las naciones es de él”***

**<sup>17</sup> Entonces Salomón fue a Ezión-geber y a Elot, a la costa del mar en la tierra de Edom. <sup>18</sup> Porque Hiram le había enviado, por medio de sus siervos, naves y marineros diestros en el mar, los cuales fueron con los siervos de Salomón a Ofir, y tomaron de allá cuatrocientos cincuenta talentos de oro, y los trajeron al rey Salomón.**

A pesar de la división del libro en capítulos, parece probable que el cronista tuviera la intención de que estas palabras ayudaran a facilitar nuestra transición de pensamientos de la adoración a pensamientos acerca del rey. Él está a punto de mostrarnos a “Salomón en todo su esplendor”. El relato de un viaje en busca de oro mira hacia ese futuro esplendor que está por revelarse. Sin embargo, también echa una mirada hacia atrás a la vida centrada en la adoración. La última vez que el cronista mencionó el oro de “Ofir” (versículo 18), hablaba de como David había acumulado tres mil talentos *para utilizarlo en la casa de Dios* (1 Crónicas 29:4). La mención del oro también nos recuerda la generosidad de

Salomón al utilizarlo cuando construyó el Templo (3:5-14).

Tal vez no es demasiado deducir de esto que el cronista no está de ninguna manera interesado en glorificar a los seres humanos mediante cuentos largos e increíbles llenos de búsquedas heroicas, hechos desgarradores y fortunas fabulosas perdidas y ganadas. En cambio, nos cuenta todo lo que Salomón hizo para la casa del Señor, y nos muestra cómo el Señor engrandeció a Salomón por causa de su pueblo Israel (9:8).

El cronista ya nos ha presentado a Salomón como un príncipe comerciante (vea 1:14-17 y el comentario). Aquí nos enteramos de que sus proyectos comerciales con Hiram también se extendieron hacia el sur y aún se lanzaron por mar. Construyó puertos y fortalezas en Ezyón-géber, que se encuentra en el extremo norte del golfo de Acaba (vea el mapa incluido en el comentario a 8:1-6). Esto tuvo como consecuencia que Salomón tuviera acceso a las ricas rutas comerciales que conducían a África y al sur de Arabia y tal vez hasta se extendían tan lejos como la India. El nombre *Ofir* sigue siendo un enigma; tal vez este también lo fue para los primeros lectores del cronista. En todo caso, pudo haberles transmitido un sentido de misterio y de gran riqueza, maravillando a sus lectores al reflexionar sobre la dimensión de la influencia de Salomón en la época dorada de Israel.

### *La reina del sur da testimonio del rey escogido por Dios*

**9** Cuando la reina de Sabá oyó hablar de la fama de Salomón, fue a Jerusalén con un séquito muy grande, con camellos cargados de especias aromáticas, oro en abundancia, y piedras preciosas, para probar a Salomón con preguntas difíciles. Luego que llegó ante Salomón, le dijo todo lo que tenía en su corazón. <sup>2</sup> Pero Salomón le respondió a todas sus preguntas, y nada hubo que Salomón no le contestara. <sup>3</sup> Al ver la reina de Sabá la sabiduría de Salomón, la casa que había edificado, <sup>4</sup> los manjares de su mesa, las habitaciones de sus oficiales, el aspecto de sus criados y los

vestidos de ellos, sus coperos con sus vestidos, y la escalinata por donde se subía a la casa de Jehová, se quedó asombrada.

<sup>5</sup>Y dijo al rey: «Verdad es lo que había oído en mi tierra acerca de tus cosas y de tu sabiduría; <sup>6</sup>pero yo no creía las palabras de ellos, hasta que he venido, y mis ojos han visto. En realidad, ni aun la mitad de la grandeza de tu sabiduría me había sido dicha, pues tú superas la fama que yo había oído. <sup>7</sup>Bienaventurados tus hombres y dichosos estos siervos tuyos que están siempre delante de ti y oyen tu sabiduría.

<sup>8</sup>Bendito sea Jehová, tu Dios, el cual se ha complacido en ti, colocándote sobre su trono como rey para Jehová, tu Dios; por cuanto tu Dios amó a Israel, para afirmarlo perpetuamente, por eso te ha puesto como rey sobre ellos, para que hagas juicio y justicia.»

<sup>9</sup>Y dio al rey ciento veinte talentos de oro, gran cantidad de especias aromáticas y piedras preciosas; nunca hubo tales especias aromáticas como las que dio la reina de Sabá al rey Salomón.

<sup>10</sup>También los siervos de Hiram y los siervos de Salomón, que habían traído el oro de Ofir, trajeron madera de sándalo y piedras preciosas. <sup>11</sup>Con la madera de sándalo el rey hizo gradas en la casa de Jehová y en las casas reales, y arpas y salterios para los cantores; nunca en la tierra de Judá se había visto madera semejante.

<sup>12</sup>El rey Salomón le dio a la reina de Sabá todo lo que ella quiso y le pidió, más de lo que ella había traído al rey. Después ella se volvió y regresó a su tierra con sus siervos.

Este notable capítulo presenta a la perfección la imagen idealizada de Salomón que tenía el cronista. Está ausente toda referencia a sus muchas esposas y a su idolatría; han desaparecido las referencias a un espíritu de rebeldía en el trabajo entre las naciones que estaban sometidas a él y aun entre su propio pueblo Israel (1 Reyes 11). En cambio, vemos en forma de bosquejo a un rey que atrae a las naciones vecinas hacia el brillo de su ascenso



*Salomón y la reina de Sebá*

al trono (versículos 5,6,23; vea también Isaías 60). Vemos un rey a quien las naciones vienen a traerle regalos y, sin embargo, llevan con ellos más de lo que trajeron (versículos 9,12,23,24; vea también Mateo 2:11; Lucas 10:23,24). Vemos a un rey cuya riqueza, sabiduría y gobierno justo lo pusieron en una categoría única (versículos 6-9,11,19,22,27; vea también Isaías 9:7). En realidad, el cronista les ha dibujado a sus lectores una imagen del Rey Mesías, usando detalles históricos tomados de la vida de Salomón. Aunque hay muchos textos paralelos que se pudieron haber usado con este propósito, interpolaremos a través de todo este comentario al capítulo lecturas de uno de los salmos mesiánicos, escogido debido a sus impresionantes similitudes.

“Por cuanto . . . has pedido . . . sabiduría . . . para gobernar a mi pueblo, . . . sabiduría y ciencia te son dadas; y también te daré riquezas, bienes y gloria, como nunca tuvieron los reyes que fueron antes de ti, ni tendrán los que vengan después de ti” (1:11,12). Esto le prometió Dios a Salomón; y en el capítulo 9 vemos que se cumplen cada una de estas palabras. Salomón fue un rey tan sabio en su gobierno, tan glorioso en su riqueza que no tenía comparación. Su persona y su corte superaron lo que al principio a la reina le había parecido sólo rumores muy exagerados (versículo 6).

Será su nombre para siempre;

Se perpetuará su nombre mientras dure el sol

(Salmo 72:17).

La misma reina de Sabá venía de un país que no sufría necesidades. Sabá, ubicada en el extremo sur de la Península Arábiga, era en sus perspectivas una tierra mucho más feliz que las regiones áridas del interior. Mediante una astuta administración comercial, Sabá se había hecho famosa por su riqueza en oro, especias y resinas aromáticas. Probablemente sólo es una especulación para los eruditos si la reina había ido, en parte, para hacer una negociación comercial con Salomón. Lo cierto es que ella había escuchado en su propio país sobre “[los] triunfos y . . . [la] sabiduría (NVI) de Salomón y tuvo el deseo de hacer el largo

y duro viaje para averiguar si lo que había escuchado era cierto (versículos 5,6). Jesús usó esta buena voluntad de ella como un punto notable de contraste con la terquedad de los fariseos de su tiempo. Ella había venido “de los confines de la tierra” para oír atentamente a Salomón. Los fariseos cerraron sus oídos al que estaba entre ellos mismos, aunque era mucho más grande que Salomón (Mateo 12:42).

Lo que ella presenció la sorprendió tanto que la dejó asombrada (versículos 3,4). Al alterar ligeramente las palabras de Julio César, podríamos decir de ella: “*Venit, vidit, victa est*. Ella vino, vio y fue conquistada”. Ninguna de sus agudas preguntas causó en Salomón ninguna dificultad en absoluto (versículo 2). Ella vio cómo la mente de él había producido la belleza y al orden, la abundancia entre su pueblo, y al esplendor en las ofrendas de él a Dios (versículos 3,4). Ella dio su testimonio: “Bendito sea Jehová, tu Dios, el cual se ha complacido en ti colocándote sobre su trono como rey para Jehová, tu Dios; por cuanto tu Dios amó a Israel, para afirmarlo perpetuamente, por eso te ha puesto como rey sobre ellos, para que hagas juicio y justicia” (versículo 8).

Notamos que su alabanza no se concentra en Salomón, sino en el Dios de Salomón. ¡El reino es del Señor (vea 1 Crónicas 28:5; 29:11)! Es *su* trono y *su* gobierno. Salomón, para decirlo así, actúa solo como el regente de Dios. Escoger a alguien como Salomón para que fuera su representante es una señal del amor de Dios para Israel. El propósito de Dios para Israel, al enviar este rey, es sostenerlos para siempre, y crear por medio de él un dominio en el que prevalezca lo que es recto y justo. En la época en la que la casa de David se estaba derrumbando por el peso de su propio pecado (y arrastrando a Judá con ella), Jeremías previó el tiempo en que el Señor “[levantará] a David renuevo justo, y reinará como Rey, el cual será dichoso y actuará conforme al derecho y la justicia en la tierra. En sus días será salvo Judá, e Israel habitará confiado; y este será su nombre con el cual lo llamarán: Jehová, justicia nuestra” (Jeremías 23:5,6).

Todos los sueños que alguna vez haya tenido una persona de crear un cielo aquí en la tierra han terminado en el fracaso más triste. Más que solo fracasos, algunos de los peores horrores de este siglo se han perpetrado con la esperanza de hacer una sociedad nueva, un lugar donde puedan prevalecer los sueños humanos de justicia y equidad. Pregunten a los esqueletos vivos que salen arrastrándose de los campos de concentración, qué tan justo fue el reino de mil años de Hitler. Deténgase por un momento en las fosas comunes en donde están sepultadas miles de las víctimas de Stalin, asesinadas para lograr el “paraíso obrero”. Aun menores esperanzas de solo refrenar el caos y de poner límites al mal han tenido el precio de muchos campos “donde crecen las amapolas y las cruces de madera están en fila una tras otra”. Eso es suficiente para hacernos salir corriendo en busca de protección cuando en cualquier momento alguien se levanta “por el pueblo” a hacer promesas que nunca cumplirá. Es suficiente para hacernos agachar la cabeza en un gesto de completa desesperación.

Sin embargo, el reino todavía es del Señor. Y él todavía va por los corredores del poder, logrando sus propósitos. Todavía nos insta a orar por el bien de estos barrios donde vivimos mientras esperamos aquí en exilio (Jeremías 29:7). Mucho más que esto: él nos *envió* al Rey Justo, de quien el cronista y Jeremías escribieron. Vino con una gloria muy escondida, humilde y cabalgando sobre un asno. Su trono en la tierra fue una rústica cruz de madera; cuando estuvo en el Gólgota, tuvo compasión de los centenares que lo maltrataban, de las docenas que estaban horrorizados y de un ladrón agonizante que creyó en él. Con su muerte quitó nuestro pecado y todas sus dolorosas consecuencias. Ganó para nosotros un lugar en la ciudad donde la muerte está abolida, donde el mal ha sido quitado y el propio esplendor de Dios es toda la luz que siempre necesitaremos (Apocalipsis 21).

Él juzgará a tu pueblo con justicia

y a tus afligidos con rectitud.

Los montes llevarán paz al pueblo,

y los collados justicia.

Juzgará a los afligidos del pueblo,  
salvará a los hijos del menesteroso  
y aplastará al opresor.  
De engaño y de violencia redimirá sus almas,  
y la sangre de ellos será preciosa ante sus ojos.  
Benditas serán en él todas las naciones;  
Lo llamarán bienaventurado.

(Salmo 72:2-4,14,17b)

### *El resumen de la riqueza de Salomón*

**<sup>13</sup> El peso del oro que recibía Salomón cada año, era seiscientos sesenta y seis talentos de oro, <sup>14</sup> sin contar lo que traían los mercaderes y negociantes; todos los reyes de Arabia y los gobernadores de la tierra traían oro y plata a Salomón.**

**<sup>15</sup> Hizo también el rey Salomón doscientos escudos de oro batido, cada uno de los cuales tenía seiscientos siclos de oro labrado; <sup>16</sup> asimismo trescientos escudos de oro batido, teniendo cada escudo trescientos siclos de oro; y los puso el rey en la casa «Bosque del Líbano».**

**<sup>17</sup> Además, el rey hizo un gran trono de marfil y lo recubrió de oro puro. <sup>18</sup> El trono tenía seis gradas, un estrado de oro fijado al trono, brazos a uno y otro lado del asiento, y dos leones que estaban junto a los brazos. <sup>19</sup> Había también allí doce leones sobre las seis gradas, a uno y otro lado. Jamás fue hecho trono semejante en reino alguno.**

**<sup>20</sup> Toda la vajilla del rey Salomón era de oro, y toda la vajilla de la casa «Bosque del Líbano», de oro puro. En los días de Salomón la plata no era apreciada. <sup>21</sup> Porque la flota del rey iba a Tarsis con los siervos de Hiram, y cada tres años solían venir las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales.**

**<sup>22</sup> El rey Salomón superó a todos los reyes de la tierra en riqueza y en sabiduría. <sup>23</sup> Y todos los reyes de la tierra**

**procuraban ver el rostro de Salomón, para oír la sabiduría que Dios le había dado. <sup>24</sup>Cada uno de estos le llevaba un regalo: alhajas de plata, alhajas de oro, vestidos, armas, perfumes, caballos y mulos, todos los años.**

**<sup>25</sup>Tuvo también Salomón cuatro mil caballerizas para sus caballos y carros, y doce mil jinetes, los cuales puso en las ciudades de los carros, y en Jerusalén, junto al rey.**

**<sup>26</sup>Tuvo dominio sobre todos los reyes desde el Éufrates hasta la tierra de los filisteos y hasta la frontera de Egipto.**

**<sup>27</sup>Acumuló el rey tanta plata como piedras había en Jerusalén, y cedros como higueras hay en la Sefela. <sup>28</sup>Traían también caballos para Salomón, de Egipto y de todos los países.**

Aquí el énfasis claro está en la enorme riqueza de Salomón. El cronista se explaya con tierno cuidado enumerando las riquezas del rey, tratando de darnos un sentido de ellas mediante la abundancia de los detalles y la repetición. Por ejemplo la palabra “oro” se repite 13 veces. Además, parte del vocabulario que el cronista usa tiene un toque exótico. Las palabras para “monos” y “pavos reales” en el versículo 21 se encuentran tan pocas veces en la antigua literatura hebrea que los traductores no están seguros de cómo traducirlas. En la sección anterior, la palabra para la madera de sándalo importada a Israel también se encuentra dentro de esta misma categoría (versículos 10,11). Era tan extraña que el hebreo no tenía palabra para ella; la palabra que utilizaron venía de otro idioma. La frase “la flota del rey iba a Tarsis” sugiere tierras muy lejanas y lugares distantes. Tarsis estaba en España, el lugar más lejano que un israelita antiguo se pudiera imaginar.

Además de su vocabulario, el cronista tiene otros instrumentos que usa para hacer comprender la fabulosa riqueza de Salomón. Pensemos en lo que nos dice sobre cómo el rey mostró su tesoro. Hizo elaborar escudos decorativos, los grandes hechos de oro martillado y los más pequeños enchapados en oro. Había construido un extraordinario trono adornado con marfil, y hasta

los artículos corrientes de la casa y las copas para beber eran de oro. Al revés del proverbio, parece que la mayor parte de lo que resplandecía en el reino de Salomón *era* el oro. Las cantidades correspondientes se enfatizan tanto numérica (versículos 13-16) como comparativamente. La prosperidad de Jerusalén era tan grande que la plata llegó a ser tan común como las “piedras” (versículo 27), hasta perder su condición de metal precioso (versículo 20). Finalmente, el cronista señala las diversas fuentes de las riquezas de Salomón. Lejos de depender de una sola fuente, parte de su riqueza provenía de sus propios proyectos comerciales (versículo 21), y parte provenía de aranceles que les imponía a los comerciantes que utilizaban las principales rutas de comercio que entrecruzaban la tierra (versículo 14), mientras que el resto provenía de regalos y tributos (versículos 14,24).

En todo esto, uno de los propósitos principales del cronista es mostrar la riqueza de bendiciones que vienen al pueblo de Dios cuando el rey y el pueblo están unidos en la búsqueda de la justicia. Para expresarlo de otra manera, esta imagen de la época dorada no tiene el propósito de evocar la nostalgia sino más bien de inspirar el celo por la justicia en un pueblo que había conocido circunstancias más pobres. Cuando los tiempos son difíciles, las preocupaciones terrenales suelen desplazar las cosas que son verdaderamente importantes. El cronista está diciendo: “Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mateo 6:33).

Descenderá como la lluvia sobre la hierba cortada;  
como el rocío que destila sobre la tierra.

Florecerá en sus días justicia  
y abundancia de paz, hasta que no haya luna.

Vivirá, y se le dará del oro de Sabá,  
y se orará por él continuamente;  
todo el día se le bendecirá.

Será echado un puñado de grano en la tierra,  
en las cumbres de los montes;  
su fruto hará ruido como el Líbano;

los de la ciudad florecerán como la hierba de la tierra.

(Salmo 72:6,7,15,16)

“El rey Salomón superó a todos los reyes de la tierra en riqueza y en sabiduría...Tuvo dominio sobre todos los reyes desde el Éufrates hasta la tierra de los filisteos, y hasta la frontera de Egipto” (versículos 22,26). Más que ningún otro, estos dos versículos resumen la esencia del mensaje del cronista. Salomón, el rey que construyó el Templo, fue supremo en riqueza, en sabiduría y en poder. No hubo otro rey que se pudiera comparar con él, no solo en Israel sino en toda la tierra. Él había extendido las fronteras de la Tierra Prometida a sus límites ideales, como Dios le había dicho a Abram muchos años antes: “Hizo Jehová un pacto con Abram, diciendo: ‘A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el Éufrates” (Génesis 15:18). Mediante descripciones como estas, el cronista mantiene viva en su pueblo la esperanza de que un día vendrá el Mesías.

¡Dominará de mar a mar,

y desde el río hasta los confines de la tierra!

Será su nombre para siempre;

Se perpetuará su nombre mientras dure el sol.

Benditas serán en él todas las naciones;

lo llamarán bienaventurado.

(Salmo 72:8,17)

### ***Algunas reflexiones finales sobre la descripción del cronista del rey ideal de Israel***

El cuadro completo de Salomón ahora está en la galería donde se exhiben las pinturas de los buenos reyes de Israel. El retrato de David es el único parecido que está colgado hasta ahora. Estos dos primeros siempre tendrán un lugar de honor. Nadie que venga después de ellos jamás los podrá igualar en la nitidez de los detalles ni en la profundidad del tratamiento. Algunos serán aptos sólo para tener parte de su vida conmemorada en estas paredes, mientras que otros no aparecerán en absoluto. De aquí en adelante,

el cronista medirá a los otros reyes en términos de las cualidades que él nos ha mostrado tanto en David como en Salomón: ¿Son fieles a la Ley del Señor? ¿Honran y apoyan el ministerio de los profetas, sacerdotes y levitas? ¿Son fieles a la adoración del único verdadero Dios en la Casa de él y guían a Israel para que se una a ellos en esa adoración? Quienes lo hacen serán bendecidos como Salomón y David. Los que no, aprenderán rápidamente a fuerza de golpes que Dios nadie se burla.

Sin embargo, ¿qué podemos decir de la imagen del Mesías que hemos visto prefigurada en estos dos reyes? Tal vez algunos de ustedes se han estado preguntando cómo una imagen tan terrenal puede corresponder a un Rey tan espiritual. En realidad, si se piensa un poco, parece que muchos de los detalles se oponen a la realidad que se encuentra en Cristo (Colosenses 2:17). Salomón era incomparablemente rico y llevó una vida lujo fabuloso; pero ¿qué vemos en Jesús? Él dijo de sí mismo: “Las zorras tienen guaridas; y las aves de los cielos nidos; pero el Hijo del hombre no tiene dónde recostar la cabeza” (Lucas 9:58).

Las palabras de Jesús, aunque asombraron a sus conciudadanos, llevaron a muy pocos de ellos a la fe (Lucas 4:22-30). Durante un tiempo muchos lo consideraron sabio; sin embargo, al final la mayoría de ellos “volvieron atrás, y ya no andaban con él”. La sabiduría que él hablaba era muy dura de escuchar (Juan 6:60,66), y con frecuencia su mensaje despertaba más bien la furia de sus oyentes que su admiración. Sus seguidores no eran los poderosos, los nobles, los ricos, los sabios. Su grupo leal estaba formado por pescadores y cobradores de impuestos, mujeres que antes habían sido prostitutas y personas comunes. *Podríamos* decir que tuvo tumba de hombre rico, como la de Salomón, pero solo después de haber muerto como esclavo en la cruz.

Debemos recordar que el Antiguo Testamento fue un tiempo en el que Dios trató a su pueblo como niños y menores (Gálatas 3:23,24; 4:1). Ésta es sólo otra forma de decir que él se adaptó a un modo de pensar que todavía era inmaduro y no estaba

desarrollado por completo. Usó las estructuras formales, externas, de un reino terrenal visible. Trabajó con una nación que se definía por la raza como por la fe, una nación con su propia tierra especial, sus propios reyes, costumbres, adoración y código de leyes dados por Dios.

Sin embargo, esto no quiere decir que el pueblo no anhelaba un Salvador espiritual ni que no pusiera su confianza en el Prometido que lo liberaría del pecado y de la muerte. La imagen del Mesías que recibimos de Salomón y David no es la única que tenemos en el Antiguo Testamento; Dios también les habló de un Siervo que sufre, que no tendría belleza ni majestad para atraer al pueblo a sí mismo, que moriría solo y abandonado (Salmo 22; Isaías 53). Todo esto lleva a la conclusión de que el pueblo de Dios del Antiguo Testamento se salvó precisamente de la misma manera que nosotros (Juan 8:56).

No obstante, podemos aprender de la presentación que hace el cronista acerca de David y de Salomón que el pueblo de antes de la venida de nuestro Señor por lo común hablaba y pensaba de las realidades del Nuevo Testamento en términos del Antiguo Testamento. Cuando Cristo vino, no sólo cambió el idioma de Israel sino todas las lenguas, y el pensamiento normal de todo el mundo se transformó. Entonces, por medio del Espíritu, llegamos a entender plenamente la verdad de la sabiduría de Dios, una sabiduría que a los seres humanos les parece locura. Por la fe llegamos a ver el poder divino de Jesús que parecía haber sido vencido por su aparente debilidad humana. Nos conmovió la belleza de nuestro Salvador que vimos precisamente *entonces* cuando su rostro estaba muy cruelmente afectado por el sufrimiento. En resumen, por gracia, mediante la fe, comprendimos plenamente la belleza, el poder y la sabiduría de la cruz (1 Corintios 1,2).

Estas antiguas imágenes también tienen el propósito de decirnos, así como el cronista tenía la intención de que estas le dijeran a su propio pueblo, que lo mejor está aun por venir. Las promesas no se han cumplido en toda su perfección, al menos no

de una forma que podamos ver ahora. Pero un día las veremos. Jesús volverá, no como el Siervo que sufre, sino como el Señor de gloria. Quitará estas sombras que oscurecen nuestra visión, retirará el velo que cubre a la humanidad y le pondrá fin al reino oscuro de la muerte. Entonces toda rodilla se doblará ante él y toda lengua confesará que él es el Señor. “Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David . . . disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia . . . para siempre” (Isaías 9:7).

### *La muerte de Salomón*

**<sup>29</sup> Los demás hechos de Salomón, los primeros y los últimos, ¿no están todos escritos en los libros del profeta Natán, en la profecía de Ahías, el silonita, y en la profecía del vidente Iddo acerca de Jeroboam hijo de Nabat? <sup>30</sup> Reinó Salomón en Jerusalén sobre todo Israel cuarenta años. <sup>31</sup> Y durmió Salomón con sus padres, y lo sepultaron en la Ciudad de David, su padre. Reinó en su lugar Roboam, su hijo.**

Aquí se encuentra un recordatorio más de que Salomón todavía no era el perfecto cumplimiento del Rey Justo, prometido por Dios. “Reinó Salomón . . . cuarenta años. Y durmió Salomón con sus padres, y lo sepultaron” (versículos 30,31). Aquí termina su historia, hasta que vuelva el que fue crucificado, muerto, sepultado y *resucitado*.

También notamos aquí la diferencia que existe entre la historia de Israel y las historias de las otras naciones. Los curiosos o los que entendían la política escribieron la historia de los griegos; los nobles senadores romanos escribieron la historia romana; las historias modernas las escriben los eruditos destacados. Pero los profetas y videntes (versículo 29) escribieron los anales de Israel. Ellos no solo vieron lo que sucedió; sino entendieron lo qué significaba.

## PARTE IV

### DIOS PRESERVA SU REINO EN JUDÁ HASTA EL REGRESO DEL EXILIO 2 CRÓNICAS 10–36

---

#### *El reino de Dios bajo Roboam*

Desde el principio, el cronista ha mostrado que se da cuenta de que hay otro lado en las historias de David y Salomón, además del que nos dio. Los describe a propósito en su forma ideal para ayudarles a sus lectores a ver al Mesías venidero en la imagen de ellos. Por ejemplo, mostró como Dios estuvo con Salomón hasta que se cumplió su misión: “Desde el día en que se pusieron los cimientos de la casa de Jehová hasta que fue terminada” (8:16). Sin embargo, con esas mismas palabras pudo haber querido implicar que estaba consciente de que una vez que Salomón ya había *cumplido* su misión, la actitud de su corazón hacia su Señor comenzó a entibiarse. En verdad, por la forma en que cuenta la historia de Roboam, el cronista espera que el lector esté consciente de los hechos menos positivos de la última parte de la vida de Salomón. La actividad de Jeroboam no fue el menor de éstos.

El cronista supone que ya conocemos algunos detalles sobre la relación de Jeroboam con Salomón (vea 10:2 donde Jeroboam aparece súbitamente en la escena). El primer libro de Reyes nos dice que Jeroboam había sido uno de los oficiales de Salomón, que lo “le encomendó todo el servicio” de las tribus del norte (1 Reyes 11:28). Él mismo era un hombre del norte, que una vez en un viaje se había encontrado con el profeta Ahías (el mismo que se menciona en 10:15). Ahías le dijo que un día él iba a ser el gobernador de las diez tribus del norte, dejando la casa de David con solo dos tribus (1 Reyes 11:26-39). Parece que Jeroboam trató ejercer el poder antes de la muerte de Salomón (13:6). Sin embargo, su ambición por el trono fue prematura y se vio forzado a huir a Egipto para salvarse (1 Reyes 11:40).

*El orgullo está antes de la caída: las tribus del norte se rebelan*

**10** Roboam fue a Siquem, porque en Siquem se había reunido todo Israel para hacerlo rey. <sup>2</sup> Cuando lo supo Jeroboam hijo de Nabat, el cual estaba en Egipto, adonde había huido a causa del rey Salomón, volvió de Egipto, <sup>3</sup> pues habían enviado a llamarle. Vino, pues, Jeroboam con todo Israel, y hablaron a Roboam diciendo:

<sup>4</sup>—Tu padre agravó nuestro yugo; alivia ahora algo de la dura servidumbre y del pesado yugo con que tu padre nos apremió, y te serviremos.

<sup>5</sup> Él les dijo:

—Volved a mí de aquí a tres días.

Y el pueblo se fue.

Ya queda señalado que no todo andaba bien en el reino, por el hecho de que Roboam tuvo que ir a Siquem porque “en Siquem se había reunido todo Israel para hacerlo rey” (versículo 1). Siquem era una ciudad antigua que tenía raíces muy profundas en la historia del pacto del pueblo de Dios. Allí Abraham recibió por primera vez la promesa: “A tu descendencia daré esta tierra” (Génesis 12:7). Allí Josué renovó con Israel el solemne pacto del Sinaí, de acuerdo con las estipulaciones específicas establecidas en Deuteronomio (Josué 24; Deuteronomio 11:26-30). Todo Israel quería ir a Hebrón para hacer rey a David (1 Crónicas 11:1-3). Sin embargo, querían que Roboam, el nieto de David, viniera a ellos a Siquem, evidentemente como un recordatorio de que tenían la voluntad de servir al rey que gobernara por un pacto y no a un tirano que hiciera lo que quisiera.

Aquí nos encontramos por primera vez con Jeroboam, que había regresado de Egipto después de la muerte de Salomón para tomar parte en las negociaciones. Esto también debió advertirle a Roboam de que el pueblo estaba agitado. La queja era que el yugo del rey se había vuelto muy pesado para cargar con él. Como ya hemos anotado, Salomón había establecido un tipo de sistema de

servicio nacional para Israel (vea el comentario a 2:17). No los había esclavizado, como el cronista también lo aclara (8:9). No obstante, el pueblo se sentía cansado del sistema, tal como Samuel había predicho (1 Samuel 8:11-18). La carga de los impuestos (1 Reyes 4:7,22-28) unida a las exigencias de trabajo del rey parecían un precio muy alto para pagar por la estabilidad.

Los israelitas fueron suficientemente cuidadosos en la manera en que expresaron su petición; no amenazaron con revelarse si no obtenían lo que querían (aunque no debió haber sido muy difícil para Roboam leer entre líneas), sólo le pidieron a Roboam que les aliviara la carga. Él les pidió un tiempo para formular la respuesta, creando por lo tanto la expectativa de que iba a considerar seriamente su petición.

**<sup>6</sup> Entonces el rey Roboam consultó con los ancianos que habían estado delante de Salomón, su padre, cuando éste vivía, y les dijo:**

**—¿Qué me aconsejáis vosotros que responda a este pueblo?**

**<sup>7</sup> Ellos le contestaron diciendo:**

**—Si te conduces humanamente con este pueblo, lo tratas bien y le hablas con buenas palabras, ellos te servirán siempre.**

**<sup>8</sup> Pero él abandonó el consejo que le dieron los ancianos, y pidió consejo a los jóvenes que se habían criado con él y estaban a su servicio. <sup>9</sup> Y les preguntó:**

**—¿Qué aconsejáis vosotros que respondamos a este pueblo, que me ha hablado diciendo: “Alivia algo del yugo que tu padre puso sobre nosotros”?**

**<sup>10</sup> Entonces los jóvenes que se habían criado con él, le contestaron:**

**—Así dirás al pueblo que te ha hablado diciendo: “Tu padre agravó nuestro yugo, pero tú disminuye nuestra carga.” Así le dirás: “Mi dedo más pequeño es más grueso que la cintura de mi padre. <sup>11</sup> Así que, si mi padre os cargó de**

**yugo pesado, yo añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, pero yo os castigaré con escorpiones.”**

“Opina el necio que su camino es derecho, pero el sabio obedece el consejo” (Proverbios 12:15). Sería difícil que Roboam presentara un contraste más fuerte con Salomón su padre, y que fuera más necio de lo que aparece en este capítulo. Lo más importante para Salomón era buscar primero al Señor, y cuando el Señor le prometió que le daría lo que quisiera, le pidió sabiduría. Sin embargo, Roboam pensaba que ya entendía todo muy bien; consultó a dos grupos, a los jóvenes y a los ancianos. Buscaba el consejo que la gente busca muchas veces en los bares: el consejo que la gente quiere oír y lo confirma en su propia opinión, aunque esto resulte en un desastre. Los ancianos le dan buen consejo, pero le dicen lo que no quiere oír. Los jóvenes, de su misma edad, comprenden mejor, tienen un mejor sentido lo que Roboam quiere, pero no entienden bien lo que exige la situación. En contraste con los francos comentarios de los ancianos, el consejo de los jóvenes está lleno de elegancia retórica de la clase que atrae al rey, pero resulta ser de una grandilocuencia vacía. Un “escorpión” es un látigo con dientes metálicos, que se usa para castigar a los peores criminales. Amenazar con este tipo de castigo no es exactamente una buena diplomacia.

Aquí debemos hacer una pausa por un momento para reflexionar sobre nuestra propia naturaleza. ¡Qué difícil nos resulta humillarnos para pedir consejo! Y una vez lo que lo recibimos, qué difícil es seguir el buen consejo, especialmente si este revela algo sobre nosotros, algo que no quisiéramos saber. Es fácil ver la necedad de Roboam; durante 40 años como príncipe heredero, lo había consumido la impaciencia por el poder, mientras vivía bajo el gobierno de su padre. Algunos de sus amigos inflaron su ego y halagaron sus oídos con palabras que le decían que podía aventajar a su anciano padre y así mostrarles a todos quién era el jefe. Lo que dijeron los ancianos debió haber sonado como lugares comunes que había escuchado una docena de veces antes: “La

respuesta suave aplaca la ira” (Proverbios 15:1). La juventud dice: “¡Sí, correcto! ¿Cómo pueden ustedes los viejos enseñarme algo?”

Es muy fácil ver la necedad de Roboam; es mucho más difícil ver la nuestra. ¿Con qué frecuencia solo fingimos que estamos pidiendo consejo, cuando lo que *verdaderamente* queremos es que la gente nos dé la confirmación de nuestros propios deseos? Con qué facilidad encontramos razones para descartar los comentarios útiles de otra persona, todo porque nos hacen enfrentar los defectos pecadores de nuestra propia alma. Cuán fuertes se vuelven nuestros muros de defensa, contruidos con amor propio y egoísmo, y decimos: “Eso no puede ser correcto; simplemente no es cierto.” También para nosotros está en orden una palabra de advertencia cuando recordamos lo que nuestro Salvador dice sobre la persona que construye sobre la arena, en oposición a la que construye sobre la roca de su Palabra (Mateo 7:24-27). Sólo podemos estar siempre receptivos a la sabiduría de Dios cuando primero aprendemos a desesperarnos de la nuestra.

**<sup>12</sup> Volvió, pues, Jeroboam con todo el pueblo ante Roboam al tercer día, según el rey les había mandado diciendo: “Volved a mí de aquí a tres días.” <sup>13</sup> Y el rey les respondió ásperamente, abandonando el rey Roboam el consejo de los ancianos, <sup>14</sup> y hablándoles conforme al consejo de los jóvenes, diciendo:**

**—Mi padre hizo pesado vuestro yugo, pero yo añadiré a vuestro yugo; mi padre os castigó con azotes, pero yo os castigaré con escorpiones.**

**<sup>15</sup> No escuchó el rey al pueblo; porque la causa era de Dios, para que se cumpliera la palabra que Jehová había anunciado por medio de Ahías, el silonita, a Jeroboam hijo de Nabat. <sup>16</sup> Al ver todo Israel que el rey no les había oído, respondió el pueblo al rey diciendo:**

**«¿Qué parte tenemos nosotros con David?  
No tenemos herencia en el hijo de Isaí.  
¡Israel, cada uno a sus tiendas!**

**¡David, mira ahora por tu casa!»**

**Así se fue todo Israel a sus tiendas.**

**<sup>17</sup> Pero reinó Roboam sobre los hijos de Israel que habitaban en las ciudades de Judá.**

El proverbio sobre la respuesta suave que citamos antes sigue y dice “la palabra áspera hace subir el furor” (Proverbios 15:1). Aquí podemos ver ilustrada toda la verdad de esto. En vez de una respuesta juiciosa o de algunas palabras acertadas que mostraran el cuidado con que el rey había considerado su petición, la multitud expectante escucha el disparate que los jóvenes habían fraguado. El pueblo a su vez tenía su propia respuesta; este es el llamado acostumbrado para que Israel se rebelé “¡Israel, cada uno a sus tiendas!” (vea 2 Samuel 20:1). También está estructurada con cuidado como una inversión poética de una conmovedora declaración de lealtad que una vez escuchó David (1 Crónicas 12:18):

¡Somos tuyos, David!

¿Qué parte tenemos nosotros con David?

¡Estamos contigo, hijo de Isaí!

No tenemos herencia en el hijo de Isaí.

¡Paz, paz para ti, y paz para quienes te ayudan, pues también tu Dios te ayuda!

¡Israel, cada uno a sus tiendas!

¡David, mira ahora por tu casa! \*

Por la misericordia del Señor, aunque la mayoría de las tribus del norte “se [fueron] . . . a sus tiendas”, el reino de David no fue consumido, y por lo menos parte de las tribus del norte permanecieron leales a la casa de David. “Pero reinó Roboam sobre los hijos de Israel que habitaban en las ciudades de Judá” (versículo 17).

---

\* Señalado primero por Williamson, *Oudtestamentische Studiën* 21 [1981], como se cita en Dillard, p. 87.

Antes de continuar, las palabras que leemos en el versículo 15 captan la atención de nuestros ojos: se trataba de una intervención de Dios “para que se cumpliera la palabra que Jehová había anunciado por medio de Ahías, el silonita, a Jeroboam hijo de Nabat”. ¡Esto ha sido todo el tiempo obra del Señor! “Pero” queremos preguntar: “¿Acaso no se ha descrito aquí vívidamente el resultado de la necesidad de Roboam? ¿No sucedió esto debido a que Israel se había cansado de las exigencias de su rey? ¿No tuvo Jeroboam parte de la culpa al aprovecharse de la situación (vea 13:7)?” El cronista respondería: “Sí, a las tres preguntas, y fue el Señor quien gobernó sobre todo eso.” La intención de Dios fue “[afligir] a la descendencia de David” (1 Reyes 11:39). En especial, Dios tenía la intención de humillar al actual ocupante del trono, que cuando se le pidió gobernar como un rey que respetara el pacto, había defendido altaneramente los derechos de un tirano.

**<sup>18</sup>Envío luego el rey Roboam a Adoram, que estaba a cargo de los tributos, pero lo apedrearon los hijos de Israel, y murió. Entonces se apresuró el rey Roboam a subir en su carro para huir a Jerusalén. <sup>19</sup>Así se apartó Israel de la casa de David hasta el día de hoy.**

Mientras estaba todavía en Siquem, Roboam cometió un disparate más que casi le cuesta la vida. Al malinterpretar por completo la gravedad de la situación, envió a Adoram, que era jefe de su servicio nacional, como si nada hubiera pasado. Cuando la negligente indiferencia del rey provocó a los israelitas, estos apedrearon al hombre. El rey fue obligado a huir a Jerusalén tan rápido como su carro lo pudiera llevar. La última oración del versículo 18 tiene más que un toque de ironía acerca de esto. El rey era un necio que no quería prestar atención a los buenos consejos.

Al hablar parecía una persona dura pero al actuar era débil; la única vez que Roboam pareció resuelto fue cuando llegó la ocasión de huir a casa.

Aunque Roboam había actuado neciamente, era todavía el ungido del Señor. Ésta es la intención de la observación final al capítulo de parte del cronista. No importa lo que se diga acerca de Roboam, la casa de David era la que Dios había escogido para gobernar a su pueblo. Él puede humillarlos por un tiempo permitiendo que los Jeroboames de este mundo gobiernen. Los ocupantes del trono de David podrían ser completamente infieles al Señor y no merecedores de ocuparlo. Sin embargo, el factor determinante en la elección de David y de sus sucesores siempre había sido la gracia de Dios (1 Crónicas 17), y la falta de fe del hombre no puede anular las promesas de Dios (Romanos 3:3,4). Por esto “Israel”, es decir, las diez tribus del norte, siempre estuvo en un estado de rebelión desde ese tiempo, en opinión del cronista (versículo 19).

A diferencia de 1 y 2 Reyes, de aquí en adelante el cronista no nos presentará un drama con dos pantallas: una al lado de la otra, una mostrando a Judá y la otra a Israel. Como la casa de David es la única que gobierna legítimamente, aquí solo se presentará el reino de Judá. Nuestro escritor no quiere implicar con esto que Dios ha dejado de preocuparse por las diez tribus del norte, ¡nada de eso! Una y otra vez él señalará que Judá está habitada no solo por las tribus de Judá y Benjamín sino también por israelitas del norte. El versículo 17 de la sección anterior es un buen ejemplo de ello.

Para el cronista, no es cuestión de tribu, ni siquiera de espíritu nacional que prevalezca sobre los intereses regionales, como algunos lo han sugerido. Para el cronista las únicas preguntas que vale la pena hacer son: “¿Qué casa ha escogido Dios para gobernar siempre sobre Israel?”, y “¿Dónde están ubicados el lugar de la habitación de Dios y la ciudad que él escogió?” Hasta ahora ha dedicado la mayor parte de su libro a establecer la casa de David y el templo de Jerusalén como las respuestas a estas dos preguntas. No está a punto de cambiar su forma de pensar sobre estos puntos.

*La Aplicación de estos versículos a nosotros*

¡Una excelente historia para que el jefe de la casa la cuente a su familia alrededor de la mesa durante la devocional familiar! Usted lo podría combinar con el Cuarto Mandamiento. Podría hablar sobre la necesidad de respetar a los ancianos y de escuchar los buenos consejos. Podría hablar acerca de la rivalidad que a veces existe entre ancianos y jóvenes a causa del orgullo pecador. Podría decir que muchas veces todos somos obstinados y necios, y cómo lo demostramos cuando en primer lugar no le preguntamos a Dios que piensa él ni le hablamos en oración. ¡Pero sobre todo, cuente la historia! Y no olvide recordar a todos de otro rey que, a diferente de Roboam, dijo palabras tiernas de perdón ante la furia del hombre (Lucas 23:34). No olvide hablarles de aquel que invita a todos los cansados y cargados a hallar descanso en él; su yugo es fácil; su carga liviana (Mateo 11:28-30).

Los que son un poco mayores podrían meditar en esta historia y considerar la manera escondida pero gloriosa en que Dios obra su voluntad en todo; la rebeldía, la necedad y la falta de fe del pueblo no anulan los planes de nuestro Dios. Y él es nuestro Dios. Su gloria escondida en el Calvario es prueba suficiente de ello. Cuando nuestra vida parece venirse abajo, podemos ponernos con confianza en las manos del Maestro. En todas las cosas él obra para nuestro bien.

**11** Cuando llegó Roboam a Jerusalén, reunió de la casa de Judá y de Benjamín a ciento ochenta mil hombres de guerra escogidos, para pelear contra Israel y devolver el reino a Roboam. <sup>2</sup> Pero vino palabra de Jehová a Semaías, varón de Dios, diciendo: <sup>3</sup> «Habla a Roboam hijo de Salomón, rey de Judá, y a todos los israelitas en Judá y Benjamín, y diles: <sup>4</sup> «Así ha dicho Jehová: No subáis a pelear contra vuestros hermanos; vuélvase cada uno a su casa, porque esto es cosa mía.»» Y ellos oyeron la palabra de Jehová y se volvieron, y no fueron contra Jeroboam.

Un rey humillado desea hacer la guerra, si es que de alguna manera tiene la capacidad de pelear. Para nosotros no es difícil comprender la furia de Roboam que lo hizo reunir sus tropas. Quiso recuperar su orgullo en batalla y eliminar el agravio de haber perdido más de la mitad de su reino. Es más difícil de entender su disposición inmediata a abandonar todo el plan por la palabra de un profeta. El hecho de que *lo hizo* muestra que por lo menos había aprendido algo de todo el asunto en Siquem. Podemos especular sobre toda clase de motivos menos dignos, pero la evaluación que hace el cronista de los primeros tres años del reinado de Roboam (vea 11:17 adelante) nos conducen a creer que la palabra de Dios por medio de Semaías influyó tanto en el rey como en sus tropas.

Semaías llamó deliberadamente “rey de *Judá*” a Roboam, hablándole en efecto de su nueva condición. Al mismo tiempo les recordó al rey y a sus tropas que Judá era más que solo una designación *tribal*. Según Semaías había muchos “israelitas” que también habían construido su hogar en el *territorio* de Judá (versículo 3). Las dos declaraciones de Semaías fueron muy poderosas: “No subáis a pelear *contra vuestros hermanos*; . . . *esto es cosa mía*” (versículo 4). La última frase confirmó el mensaje de Ahías silonita. El Señor había hablado; no cambiaría de parecer. Ésta había sido su palabra final sobre el asunto. La frase anterior les recordaba al rey y al ejército a dónde conduciría su furia y su sentimiento de orgullo herido: ¡a una guerra civil! No iban a pelear contra enemigos de Dios. Éstos eran sus hermanos. ¿Cómo podían esperar la ayuda del Señor en una causa como esta? Demostrando verdadera sabiduría al regresar a su casa.

Hay muy pocas cosas tan peligrosas como el orgullo herido. Cuando se sube la sangre a la cabeza, se cierran los puños, el rostro se enfurece y se dicen palabras rencorosas. Usted lo ve todo el tiempo dondequiera que vaya: cuando está manejando, en la tienda, en la playa. Algunas veces parece que desapareciera todo el aislamiento del alambrado del mundo; estamos en corto circuito y echando chispas por todas partes. Sucede en las familias, en el trabajo, aun puede suceder en la iglesia entre quienes se llaman

unos a otros hermanos y hermanas. El intenso deseo de venganza se puede vestir con muchos harapos que parecen justos: “¡Nuestra causa es justa!” “¡Ellos simplemente están equivocados!” “¡Mire lo que me hicieron!” El intenso deseo de venganza viene disfrazado de muchas formas pero sigue siendo la misma bestia.

El apóstol les dice a los que todavía se podrían detener con una palabra: “Sed bondadosos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Efesios 4:32). A quienes todavía estén dispuestos a seguir su propio camino, les dice: “Si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os destruyáis unos a otros” (Gálatas 5:15).

### *El Israel verdadero se reúne alrededor del Señor*

*Roboam al principio es bendecido por su fidelidad*

**<sup>5</sup> Habitó Roboam en Jerusalén y edificó ciudades para fortificar a Judá. <sup>6</sup> Edificó Belén, Etam, Tecoa, <sup>7</sup> Bet-sur, Soco, Adulam, <sup>8</sup> Gat, Maresa, Zif, <sup>9</sup> Adoraim, Laquis, Azeca, <sup>10</sup> Zora, Ajalón y Hebrón, que eran ciudades fortificadas de Judá y Benjamín. <sup>11</sup> Reforzó también las fortalezas y puso en ellas capitanes, provisiones, vino y aceite; <sup>12</sup> en todas las ciudades había escudos y lanzas. Las fortificó, pues, en gran manera; y Judá y Benjamín le estaban sujetos.**

**<sup>13</sup> Los sacerdotes y levitas que estaban en todo Israel, se juntaron a él desde todos los lugares donde vivían, <sup>14</sup> pues los levitas dejaron sus ejidos y sus posesiones y se fueron a Judá y a Jerusalén, porque Jeroboam y sus hijos los excluyeron del ministerio de Jehová. <sup>15</sup> Y él designó sus propios sacerdotes para los lugares altos, para los demonios y para los becerros que había hecho. <sup>16</sup> Tras aquellos acudieron también de todas las tribus de Israel, los que tenían el propósito sincero de buscar a Jehová, Dios de Israel; y fueron a Jerusalén para ofrecer sacrificios a Jehová, el Dios**

**de sus padres. <sup>17</sup> Así fortalecieron el reino de Judá, y confirmaron a Roboam hijo de Salomón, por tres años; porque tres años anduvieron en el camino de David y de Salomón.**

**<sup>18</sup> Tomó Roboam por mujer a Mahalat, hija de Jerimot hijo de David y de Abihail, hija de Eliab hijo de Isaí, <sup>19</sup> la cual le dio a luz estos hijos: Jeús, Semarías y Zaham. <sup>20</sup> Después de ella tomó a Maaca, hija de Absalón, la cual le dio a luz Abías, Atai, Ziza y Selomit. <sup>21</sup> Pero Roboam amó a Maaca, hija de Absalón, sobre todas sus mujeres y concubinas, pues tuvo dieciocho mujeres y sesenta concubinas, y engendró veintiocho hijos y sesenta hijas. <sup>22</sup> Y puso Roboam a Abías hijo de Maaca como jefe y príncipe de sus hermanos, porque quería hacerlo rey. <sup>23</sup> Obró sagazmente, pues esparció a todos sus hijos por todas las tierras de Judá y de Benjamín, y por todas las ciudades fortificadas, dándoles provisiones en abundancia y muchas mujeres.**

La expresión “la virtud tiene su recompensa” fue para el cronista mucho más que una frase trillada. Debido a que Roboam se tragó su orgullo, escuchó al profeta de Dios y abandonó la guerra civil, pudo, con la bendición de Dios, edificar la fuerza de su casa y de su reino. También es probable que el cronista estuviera haciendo una comparación sutil entre los dos primeros reyes del ahora dividido Israel. Notamos que la descripción del éxito de Roboam aquí se compara (casi punto por punto) con el relato de Jeroboam en 1 Reyes. Si Jeroboam tuvo algún éxito construyendo ciudades (1 Reyes 12:25), Roboam lo sobrepasó (2 Crónicas 11:5-12). Si Jeroboam tuvo un impacto desastroso sobre la vida religiosa de su reino, su pecado, a su vez, condujo directamente al fortalecimiento de la verdadera adoración en el reino de Judá (compare 1 Reyes 12:25-33 con 1 Crónicas 11:13-17). Finalmente, si el tamaño de la familia de Jeroboam se veía afectado, la familia de Roboam aumentaba considerablemente (compare 1 Reyes

14:10-14 con 2 Crónicas 11:18-21).<sup>1\*</sup> Por supuesto, toda esta interpretación depende de la idea de que el cronista pudo suponer que sus lectores estaban familiarizados con 1 Reyes.

Es difícil demostrar que esto estaba en la mente del cronista. Parece mucho más seguro que en todas estas caracterizaciones de los reyes de Judá, él presenta ejemplos concretos de los “dos caminos” que se nos describen en el Salmo 1. El justo prospera; el malo no (Salmo 1:3,4). Mientras que el Señor cuida el camino de los justos, el de los malos perecerá (Salmo 1:6). Roboam obedeció la palabra de Dios; por eso prosperó (vea la Introducción: Bendiciones y castigos inmediatos, página 7)

Las fortificaciones de Roboam fueron logros extraordinarios. Podemos aprender mucho solo mirando el mapa de la ubicación de ellas en el reino.

Lo primero que notamos es la *reducción* de las fronteras del reino cuando se comparan con las de los días de expansión de David y de Salomón. Ésta es una postura muy defensiva. Roboam fortifica solo el centro contra un enemigo que puede venir del sur, del este o del oeste. Los estudiantes de los caminos antiguos y de las rutas de comercio nos informan que todas estas ciudades protegían pasos estratégicos que llevaban a las colinas de Judea.

\*\*

En el capítulo siguiente se verá la razón de esta postura. David y Salomón habían presidido en un mundo donde tanto Egipto como las ciudades estados de Mesopotamia eran relativamente débiles. Sin embargo, hacia el fin del gobierno de Salomón la situación cambió considerablemente. El faraón Sesonc (llamado Sisac en nuestro texto) consiguió el control del alto y del bajo Egipto, fundando una nueva dinastía. No pudo hacer mucho contra Israel mientras que Salomón estaba vivo, excepto irritarlo al darle asilo político a sus rivales (1 Reyes 11:14-40). Sin embargo, el

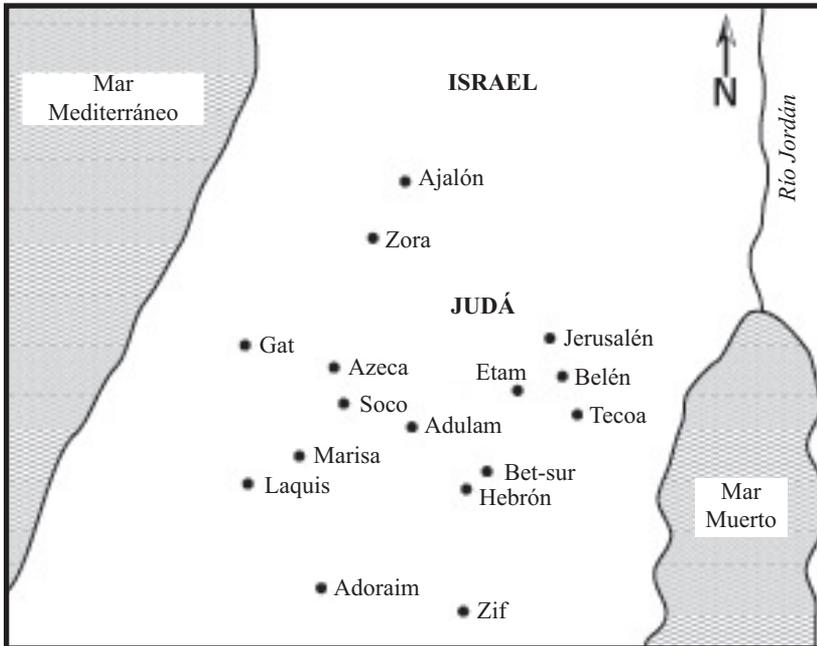
---

\* J. Goldingray, “The Chronicler as a Theologian,” *Biblical Theology Bulletin*, 5, 1975, pp. 102–104, como se cita en Japhet, p. 663.

\*\* Japhet, p. 667.

hombre era ambicioso, y una forma como los antiguos gobernantes satisfacían sus ambiciones de riqueza era organizado expediciones de pillaje y conquista. Una vez que Salomón ya no estuvo y su reino se dividió, no se necesitaría poseer un doctorado en ciencias políticas antiguas para imaginarse dónde Sisac quería lanzar su ofensiva. Roboam tuvo buen sentido comú retrocediendo a fronteras que pudiera defender. Por los suministros que almacenó parece claro que también se estaba anticipando una guerra con sitio (versículo 11).

El segundo trofeo de éxito de Roboam fue el restablecimiento de la vida religiosa nacional, que Jeroboam ocasionó abandonando la adoración autorizada al Señor. El cronista está tan desinteresado en las actividades de la realeza en el norte que ni siquiera menciona la coronación de Jeroboam como rey de Israel. Sólo por esta



*Las ciudades fortificadas de Roboam*

referencia a la renovación religiosa de Jeroboam nos enteramos de que Jeroboam había llegado a ser rey, una medida con la que quería consolidar su control sobre el reino del Norte. Como éste es nuestro primer encuentro con ello en 2 Crónicas, será beneficiosa una mirada más de cerca al así llamado “pecado de Jeroboam” (1 Reyes 12:30; 15:26).

Primero, Jeroboam hizo dos “becerros de oro” para impedir que su pueblo fuera al sur a Jerusalén a adorar al Señor. Jeroboam temía que, una vez allí, su pueblo le podría dar su afecto a Roboam (1 Reyes 12:26-29). La ventaja de las imágenes de los becerros para su propio pueblo es que parecía ofrecerles una forma más conveniente y accesible para adorar al Dios de Israel.

Es difícil creer que estas imágenes tuvieran la intención de ser verdaderas representaciones del Señor; es muy probable es que Jeroboam plagiera la idea de la práctica cananea de utilizar el lomo de los toros como pedestales para poner sobre ellos los ídolos de sus dioses. Sin embargo, se refrenó un poco al no poner ninguna imagen del Señor encima de sus becerros. Fue una distinción que no tuvo mucha importancia; de todos modos estaba contento con permitirle al pueblo que se imaginara, cada uno a su manera, lo que se debería poner en esos “espacios en blanco”. Se puede dudar que muchos, después de un tiempo, se preocuparan de la distinción; cuanto más se acostumbraran a esto, más llamarían “Jehová” al ídolo becerro.

En todo caso, no era el Dios escondido en lo profundo dentro del Lugar santísimo, detrás de puertas y muros y un montón de restricciones. Éste era Dios al aire libre. ¡Y también muy conveniente! ¿Quién necesitaba a Jerusalén cuando tenían sus propios santuarios mucho más cerca? Por medio del cronista nos enteramos de que Jeroboam también instituyó alguna forma de adoración de machos cabríos (versículo 15). La única otra referencia segura que tenemos en las Escrituras de ídolos machos cabríos es la prohibición que encontramos contra ellos en Levítico 17:7. No sabemos nada sobre lo que comprendía la adoración, aunque tal vez la palabra latina que se utilizó hace mucho tiempo

para traducir el hebreo nos pueda dar un sentido de esto. San Jerónimo escogió traducirlo como *daemon* (demonio) para sus lectores. En cualquier caso, iba más allá de adorar a un becerro al representar deliberadamente un dios en forma de una bestia.

No satisfecho con esto, Jeroboam quiso tener sus sacerdotes favoritos. Cuando no hay una verdadera distinción ni separación entre religión y estado, para el dirigente político es importante (si él no le teme a Dios) poder controlar a quienes pretenden relacionarse con el lado divino de las cosas. A Jeroboam debió haberle hecho sentir como si su país estuviera amenazado por una quinta columna tener a la tribu de Leví en medio. Ellos eran leales a Jerusalén, seguirían yendo a Jerusalén para servir durante los periodos que les habían sido asignados. Jeroboam pensó: “Eso no funcionará”, y por eso “designó sus propios sacerdotes” (versículo 15).

Al final, la esencia de la idolatría es hacer a Dios de algún modo más controlable. Eso no quiere decir que a los incrédulos no les gustan sus misterios ni que no tengan formas profundas de hablar de los temores y anhelos de la humanidad. Inventarán exigencias religiosas que sean más que algo rigurosas y dioses que sean más que un poco atemorizantes. Sin embargo, la diferencia está en que con un dios falso la gente puede hacer tratos; con el verdadero Dios, esto no es posible. Los paganos no pretenden que sus dioses siempre les den lo que pidan, sino que creen que al menos pueden esperar *algo*: si hacen suficientes sacrificios, si dicen suficientes oraciones y si muestran que son dignos.

Con el Dios verdadero, no hay tratos, excepto las exigencias no negociables que hace en su Ley. Con Dios no hay acuerdos, excepto la promesa incondicional que hace en su evangelio. La gente por naturaleza no quiere tener nada que ver con el Dios que dice: “Tengo misericordia del que quiero tener misericordia, y soy clemente con quien quiero ser clemente” (Éxodo 33:19). Confiar en ese Dios significa abandonar todos los pensamientos de controlarlo o manipularlo.

En todo esto, no podemos olvidar que la referencia que hace el cronista de Jeroboam no ha sido más que un pensamiento secundario. Sólo supuso que unas pocas palabras les darían a sus lectores el contexto. Su deseo principal siempre ha sido mostrar cómo la trasgresión de Jeroboam se convirtió en riqueza espiritual para Judá. Las medidas religiosas que Jeroboam tomó causaron el éxodo de sacerdotes y levitas. Hasta la atracción natural que “sus ejidos y sus posesiones” pudieron haber ejercido sobre ellos no les impidieron dejar todo atrás para responder a un llamado espiritual más elevado (versículo 14). Los impulsó el celo por la casa del Señor (tal como el amor de Cristo nos impulsa a nosotros). A Dios (el Dios único y verdadero) todavía se le adoraba en Judá y Jerusalén, y los servicios de ellos todavía tenían valor. Tampoco estaban solos: “Tras aquellos acudieron también de todas las tribus de Israel, los que tenían el propósito sincero de buscar a Jehová, Dios de Israel; y fueron a Jerusalén para ofrecer sacrificios a Jehová, el Dios de sus padres” (versículo 16).

Lo único que hubiera resultado de obligar a Israel a someterse hubiera sido que la disputa entre hermanos se volviera sangrienta. Roboam tal vez no comprendió de inmediato la sabiduría de la palabra de Dios, pero la obedeció. Y entonces, cuando “[anduvo] en el camino de David y de Salomón”, descubrió que Israel libremente volvió a él y le dio su fortaleza y su apoyo (versículo 17).

Aquí el cronista tenía la intención de inspirar y animar a su pueblo. “Simplemente piense en ello: no solo levitas sino también los israelitas comunes tenían la voluntad de irse y trasladarse en vez de estar separados de la adoración a su Dios”. Hoy escuchamos relatos de los campos misioneros que hablan de las dificultades que han tenido que vencer y de los sacrificios que han tenido que hacer muchos de los recién convertidos, ansiosos de escuchar la Palabra del Señor. Ellos nos inspiran de una manera similar; debemos reconocer en ellos sobretodo el poder del amor de Dios. Es tan extraordinario, tan asombroso, que puede lograr cosas grandes con personas comunes.

La evidencia final de que Dios bendijo la obediencia de Roboam se ve en el crecimiento de su familia. Es difícil entender cómo Dios pudo haber “bendecido” a alguien por medio de tantas esposas que tuvo. Sin embargo, parece suficientemente claro que ésta es la idea general de los versículos 18 a 22. Con el fin de analizar completamente esto, animamos al lector a consultar el comentario a 1 Crónicas de la Biblia Popular. Aceptamos sólo el punto expuesto por el cronista de que Dios bendijo a Roboam con muchos hijos.

Incluso un rey necio puede aumentar su sabiduría con el pasar del tiempo, y en algunos aspectos, demostrar que es más sabio que los sabios. El cronista termina el capítulo señalando un par de áreas en las que Roboam “actuó sabiamente”. En estos dos ejemplos resulta interesante en particular el hecho de que comprenden áreas en que a su abuelo David no le había ido tan bien. Aunque el cronista no dice nada sobre esto, debió haber estado consciente de las muchas dificultades que David había experimentado debido a la rivalidad entre sus hijos, y de que David tampoco había aclarado el asunto de la sucesión de una manera oportuna (vea 2 Samuel 13–19; 1 Reyes 1,2). Roboam, por otra parte, aclaró que Abías lo iba a suceder, aunque no era el primogénito (versículo 22; también 18-20). Además, separó a sus hijos y le dio a cada uno responsabilidades para mantenerlos ocupados y contentos.

Mi madre acostumbraba a decir: “Una sola golondrina no hace verano”. Aquí podemos decir algo similar. Tres años buenos no hacen un reino bueno. Roboam pudo haber sido castigado después de lo que pasó en Siquem, pero todavía tenía mucho que aprender. Eso lo encontramos en el capítulo siguiente.

### *Roboam es castigado por su infidelidad posterior*

**12** Cuando Roboam consolidó el reino, dejó la ley de Jehová, y todo Israel con él. <sup>2</sup>Y por haberse rebelado contra Jehová, en el quinto año del rey Roboam, subió Sisac, rey de Egipto, contra Jerusalén, <sup>3</sup>con mil

**doscientos carros y sesenta mil hombres de a caballo; pero el pueblo que venía con él de Egipto, esto es, libios, suquienos y etíopes, era innumerable. <sup>4</sup> Tomó las ciudades fortificadas de Judá y llegó hasta Jerusalén.**

Esta es una historia que desafortunadamente ha tenido que ser contada demasiadas veces. Un creyente que se descarría es humillado; se arrepiente, busca al Señor y comienza a experimentar otra vez la fuerza del Señor en su vida. Y entonces se olvida de dónde vienen sus bendiciones; se olvida de que: “Si Jehová no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican” (Salmo 127:1). El Señor le ayudó a Roboam a establecerse en su reino, lo ayudó a fortificar sus ciudades, y como si esto no hubiera sido suficiente, también aumentó el tamaño y la fortaleza de su familia. Ahora el corazón de Roboam se enorgulleció de nuevo, y comenzó a gloriarse de todos sus logros como si él hubiera sido quien hubiera conseguido todo. Éstos eran *sus* hijos, *sus* fortalezas; ahora tenía los recursos para protegerse y para proteger a su pueblo de cualquier peligro que lo amenazara. Casi lo podemos escuchar jactándose así. Lo que también deprime es la frecuencia con que el pueblo de Dios sigue a su jefe ciegamente hacia el abismo. No había sido sólo el rey quien se había descarriado, sino “todo Israel con él” (versículo 1).

El cronista llama este comportamiento por su nombre; usa una expresión muy fuerte: “Dejó la ley de Jehová” (versículo 1). Lo hemos encontrado antes (7:22); lo veremos de nuevo (13:10,11; 15:2; 21:10; 24:18,20,24; 28:6; 29:6; 34:25). *Dejar* es obviamente una palabra importante en el vocabulario religioso del cronista, la usa para mostrar que la persona le vuelve la espalda a algo que antes consideraba valioso. Se puede usar en un sentido positivo, como cuando la gente muestra deseo de dejar cosas que pueden impedir que adoren al Señor (11:14). Sin embargo, mayormente se usa para referirse a la forma en que las personas le vuelven la espalda al Dios que antes apreciaban. De esta manera, algunas veces se une con la expresión que encontramos en el capítulo 12,

versículo 2: “[Se habían] *revelado* contra Jehová” (vea 28;6,19; 29:6).

Ambas expresiones describen la gran línea divisoria que causa el pecado. El pecado es volverle la espalda a Dios que lo ama a usted. El pecado es la deslealtad con quien merece su total devoción. Sólo hay dos caminos; no hay término medio. Como lo expresa Jesús: “El que no está conmigo, está contra mí; y el que conmigo no recoge, desparrama” (Mateo 12:30). Vivimos en una época en la que la gente trata de borrar la palabra *pecado* de su vocabulario diario. Estudios de palabras como éstos ayudan a aguzar nuestra conciencia para que de nuevo percibamos el pecado en todo su horror.

Lo vacío de las cosas en que Roboam e Israel confiaron se demuestra por la invasión de Sisac. Todas sus ciudades fortificadas cayeron frente al avance de inmenso ejército de Sisac (versículos 3,4). Nos acordamos de la frase del himno: “El brazo de los hombres es débil y es infiel” (*Culto Cristiano* 403:3). Roboam y los jefes de Judá entendieron muy bien lo que había sucedido; sin embargo, ahora el profeta del Señor vendría y les diría lo que significaba.

**<sup>5</sup> El profeta Semaías vino ante Roboam y los príncipes de Judá que estaban reunidos en Jerusalén por causa de Sisac, y les dijo:**

—Así ha dicho Jehová: “Vosotros me habéis dejado, y por eso yo también os he dejado en manos de Sisac.”

**<sup>6</sup> Entonces los príncipes de Israel y el rey se humillaron, y dijeron:**

—¡Justo es Jehová!

**<sup>7</sup> Cuando Jehová vio que se habían humillado, vino palabra de Jehová a Semaías, diciendo: «Se han humillado, no los destruiré, sino que los salvaré en breve y no se derramará mi ira contra Jerusalén por mano de Sisac. <sup>8</sup> Pero serán sus siervos, para que sepan lo que es servirme a mí, y qué es servir a los reyes de las naciones.»**

**<sup>9</sup> Subió, pues, Sisac, rey de Egipto, a Jerusalén, y tomó los tesoros de la casa de Jehová y los tesoros de la casa del rey; todo se lo llevó; también los escudos de oro que Salomón había hecho. <sup>10</sup> Y en lugar de ellos hizo el rey Roboam escudos de bronce y los entregó a los jefes de la guardia, los cuales custodiaban la entrada de la casa del rey. <sup>11</sup> Cuando el rey iba a la casa de Jehová, venían los de la guardia y los llevaban, y después los volvían a dejar en la sala de la guardia.**

Por ahora ya debe haber aumentado nuestro entendimiento de lo importantes que fueron los profetas en la vida del antiguo pueblo de Dios. En Crónicas los vemos principalmente desempeñando el papel de consejeros que les hablaban con franqueza a los reyes de Judá. Si sólo tuviéramos el relato del cronista sobre este hecho, podríamos pensar que Sisac había ido en su campaña con el propósito expreso de enriquecerse a costa de Judá. Sin embargo, en la inscripción de un templo egipcio tenemos la propia descripción que da Sisac mismo acerca de la invasión. En ella las únicas ciudades de Judá que se mencionan como conquista estaban en el extremo sur. Además la inscripción se lee como si el objetivo de Sisac hubiera sido el reino de Israel, y no Judá.\* La gente tiene su propia interpretación de la historia. Dios ve las cosas bajo una luz diferente. No importaba lo que Sisac pensara; Semaías estaba allí para informar sobre el punto de vista de Dios.

Sin dejarse intimidar por los títulos ni por el rango de quienes se escondían por temor a Sisac, Semaías les anunció la ira de alguien que era mucho más importante, a quien ellos se habían olvidado de temer: “Vosotros [habéis] dejado [al Señor], y [él] también os [ha] dejado en manos de Sisac” (versículo 5). Su anuncio fue recibido con una confesión inmediata, “¡Justo es Jehová!”, dicha con humildad y penitencia (versículo 6). Dios

---

\* Dillard, pp. 99,100.

justifica al pueblo cuando lo declara no culpable de pecado; el pueblo glorifica a Dios cuando deja de dar excusas por su comportamiento, acepta la responsabilidad de su pecado y confiesa que Dios tiene todo el derecho de castigarlos.

Dios le había dicho a Semaías que había puesto un límite a su ira y que no dejaría que Sisac capturara a Jerusalén. Sin embargo, iba a permitir que Roboam y su pueblo sintieran el peso del yugo de los egipcios sobre ellos. Quería que aprendieran por experiencia personal la diferencia que había entre servir a otros reyes y servir a Dios como rey. El padre de la mentira muchas veces hace que el pueblo crea que servir al verdadero Dios es triste y pesado; susurra al oído: “¡Complázcase a usted mismo, haga lo que quiera!” Los que han sido atrapados por la mentira aprenden por experiencia personal la diferencia que hay entre vivir en el pecado y vivir en la gracia. San Agustín, en una frase incomparable, capta esta diferencia para nosotros, al describir su vida cuando el pecado era su amo, dice: “De este modo llegué a hacerme a mí mismo una solitaria región y país desierto, donde reinaba la pobreza y la necesidad”. \*\* Si fuera por nosotros, llegaríamos a ser desiertos del deseo, lugares asolados donde estamos llenos de necesidades que nunca se satisfacen.

Los escudos ceremoniales que Salomón había hecho se quitaron de las paredes y se entregaron como tributo para satisfacer la sed de oro del rey de Egipto (versículo 9). ¡Con cuánta rapidez se desvaneció el esplendor terrenal de Salomón! Su gran imperio había desaparecido, su reino estaba dividido en dos y su oro se lo habían llevado para comprar la buena voluntad de otro rey. Ni siquiera quedaron “los tesoros de la casa de Jehová”. Dios estaba contento con ellos mientras los emblemas de la devoción de su pueblo fueron para él. ¡Los desechó cuando se convirtieron en símbolos del orgullo!

---

\* San Agustín, *Confesiones*, Madrid:Editorial Sarpe, 1983. Libro 2, Capítulo, Capítulo 10.

Es difícil saber cómo interpretar los últimos dos versículos de esta sección. ¿Son una descripción algo anhelante de la gloria desaparecida? Probablemente. Lo único que le quedaba a Roboam, todo lo que le dejó Sisac, fue bronce para usarlo en lugar de oro, y esto en una ciudad donde, solo hacía unos pocos años, la plata era tan común como las piedras. *Sic transit gloria mundi*, así se esfuma la gloria del mundo.

### ***La restauración de Roboam por causa de Jerusalén***

**<sup>12</sup> Así pues, por haberse humillado, la ira de Jehová se apartó de él y no lo destruyó del todo, ya que aún en Judá había cosas buenas.**

**<sup>13</sup> Fortalecido pues, Roboam reinó en Jerusalén; y tenía Roboam cuarenta y un años cuando comenzó a reinar y reinó diecisiete años en Jerusalén, la ciudad que escogió Jehová entre todas las tribus de Israel para poner en ella su nombre. El nombre de la madre de Roboam fue Naama, una amonita. <sup>14</sup> E hizo lo malo, porque no dispuso su corazón para buscar a Jehová.**

**<sup>15</sup> Los hechos de Roboam, los primeros y los últimos, ¿no están escritos en los libros del profeta Semaías y del vidente Iddo, en el registro de las familias? Y entre Roboam y Jeroboam hubo guerra constante. <sup>16</sup> Durmió Roboam con sus padres y fue sepultado en la Ciudad de David. Reinó en su lugar Abías, su hijo.**

¿Cómo debería responder el Señor a este rey traidor, dos veces perdedor? “Por haberse humillado, la ira de Jehová se apartó de él y no lo destruyó del todo” (versículo 12). Los pensamientos de Dios son más elevados que los nuestros; sólo con dificultad nuestro corazón perdonará a alguien que alguna vez se haya demostrado desleal. Dos veces Roboam había dejado que el egoísmo sacara a Dios del trono de su corazón, y dos veces Dios se lo había perdonado. Y esto le prometió a Salomón: “Si se

humilla mi pueblo . . . y oran, y buscan mi rostro, y se convierten de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra” (7:14). A Roboam se le permitió continuar como rey.

Esto, por su puesto, no se hizo por causa de Roboam. De acuerdo a lo que el versículo 14 implica, su arrepentimiento no duró mucho. La evaluación general de su carácter fue que no había dispuesto su corazón para buscar al Señor. Desde el principio hasta el fin, había estado demasiado engreído, demasiado voluble e inestable en su actitud hacia Dios. Como todos tenemos una naturaleza pecadora contra la que debemos luchar y contender, haremos bien en recibir la advertencia y en orar con Lutero: “Danos una decisión firme y la capacidad no sólo para comenzar a ser devotos sino de continuar con valentía y ganar”.\* Si permanecemos firmes en la fe, sólo será porque Dios nos ha sostenido. ¿Entonces, por qué permitió Dios que Roboam continuara gobernando? Por causa de su promesa, como lo hemos visto, y porque Dios quería demostrar que Jerusalén era la ciudad que él “[había escogido]” . . . entre todas las tribus de Israel para poner en ella su nombre” (versículo 13).

Claro que “aún en Judá había cosas buenas” (versículo 12). El oro y el esplendor se habían acabado. No obstante, el templo de Dios todavía estaba allí, sus sacerdotes y levitas todavía prestaban sus servicios y los profetas de Dios todavía proclamaban la Palabra. En pocas palabras, la gracia de Dios todavía obraba sus milagros en el corazón y en la vida de su pueblo. Esto no le parecerá gran cosa al mundo incrédulo, pero el reino de Dios seguía siendo el reino más grande que hay. No es difícil encontrar lo que está mal en la iglesia de estos días; las personas se pueden levantar para denunciar con pasión y poder todos los males que ven a su alrededor. Podemos encontrar difícil estar en desacuerdo; esos problemas son muy fácilmente evidentes. No obstante, ¡que Dios nos dé los ojos para mirar y ver a la iglesia bañada por la luz

---

\* Brokering, p. 23.

de su gracia! Y así todavía podremos encontrar algo bueno (que “hay cosas buenas”).

### ***El reino de Dios bajo Abías***

El cronista trata el corto gobierno de Abías de una forma decididamente diferente de la que vemos en 1 Reyes. En 1 Reyes 15:3 nos cuenta que “anduvo en todos los pecados que su padre había cometido antes de él. Su corazón no fue perfecto para con Jehová”. Por otro lado, el cronista presenta el discurso conmovedor que Abías pronunció ante a Israel, donde el rey ratifica las promesas de Dios a su pueblo y la fidelidad de ellos al Señor. Aun más, el cronista escribe la victoria notable que Abías ganó ante su rival Jeroboam, una victoria que el Señor le otorgó en respuesta a la oración. ¿Qué vamos a hacer con esto?

Recordemos otra vez que Crónicas fue escrito al pueblo de Dios en un tiempo y con un propósito completamente diferente de los de los libros de Reyes y Samuel. Esos libros responden a la pregunta: ¿Por qué el Señor trajo juicio sobre su reino y sobre su pueblo? Crónicas trata de los pecados, los temores y las inseguridades del pueblo de Dios cuando trataban de restablecerse en la tierra después de regresar del exilio. Estas personas estaban lastimadas, necesitaban tener la confianza renovada de que eran el pueblo de Dios y de que la adoración le agradaba a él. El cronista, siempre que pueda, usará cualquier información que tenga para aclararle a su pueblo que Dios no había cambiado de opinión, que la adoración de ellos todavía le agradaba y que ellos todavía disfrutaban de su favor de acuerdo con la promesa divina.

Este incidente de la vida de Abías fue hecho a la medida del cronista para llevar a cabo su propósito. ¿Cómo *no* podría usarlo? Sin contradecir en lo más mínimo la evaluación de Abías que se hizo en 1 Reyes, el cronista escogió presentar la breve hora de resplandor de Abías en el día de batalla. Es la propia palabra tranquilizadora de Dios que tiene la intención de silenciar todos los temores de su pueblo tembloroso. Cuando nuestro propio

corazón nos aflija y nuestras propias dudas y temores hagan que el mundo se nos venga encima, no podemos hacer nada mejor que fortalecernos con la desafiante declaración de fe de Abías.

*El discurso de Abías al ejército del norte:*

*“Jehová es nuestro Dios”*

**13** A los dieciocho años del rey Jeroboam comenzó a reinar Abías sobre Judá. <sup>2</sup> Reinó tres años en Jerusalén. El nombre de su madre fue Micaías, hija de Uriel, el de Gabaa.

Hubo guerra entre Abías y Jeroboam. <sup>3</sup> Entonces Abías empezó la batalla con un ejército de cuatrocientos mil hombres de guerra, valerosos y escogidos; y Jeroboam tomó posiciones de batalla contra él con ochocientos mil hombres escogidos, fuertes y valerosos.

Reyes y Crónicas están de acuerdo en que hubo “guerra entre Abías y Jeroboam” (versículo 2; también 1 Reyes 15:6). En realidad, siempre había existido un estado de hostilidad entre ellos desde los días de Roboam y el desastre en Siquem (vea 10:15). Sin embargo, parece que con el ascenso de Abías al trono, se encendió la guerra por completo y pasó de escaramuzas fronterizas ocasionales a una invasión a plena escala organizada por Judá contra el Norte. Sin embargo, de ninguna forma llegaría ser una confrontación equilibrada; Israel superó en número, en relación de dos a uno.

<sup>4</sup> Se levantó Abías sobre el monte Zemaraim, que está en los montes de Efraín, y dijo: «Oídme, Jeroboam y todo Israel. <sup>5</sup> ¿No sabéis vosotros que Jehová, Dios de Israel, dio el reino a David sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos, bajo pacto de sal? <sup>6</sup> Pero Jeroboam hijo de Nabat, siervo de Salomón hijo de David, se levantó y se rebeló contra su señor. <sup>7</sup> Se juntaron con él hombres ociosos y perversos y

**podieron más que Roboam hijo de Salomón, porque Roboam era joven y pusilánime, y no se defendió de ellos. <sup>8</sup>Y ahora vosotros tratáis de resistir al reino de Jehová, que está en manos de los hijos de David, porque sois muchos, y tenéis con vosotros los becerros de oro que Jeroboam os puso por dioses. <sup>9</sup> ¿No habéis arrojado vosotros a los sacerdotes de Jehová, a los hijos de Aarón y a los levitas, y os habéis designado sacerdotes a la manera de los pueblos de otras tierras, para que cualquiera venga a consagrarse con un becerro y siete carneros, y así sea sacerdote de los que no son dioses? <sup>10</sup> Pero en cuanto a nosotros, Jehová es nuestro Dios y no lo hemos dejado; los sacerdotes que ministran delante de Jehová son los hijos de Aarón, y los que están en la obra son levitas, <sup>11</sup> los cuales queman para Jehová los holocaustos cada mañana y cada tarde, y el incienso aromático; ponen los panes sobre la mesa limpia, y el candelabro de oro con sus lámparas para que ardan cada tarde; porque nosotros guardamos la ordenanza de Jehová, nuestro Dios, pero vosotros lo habéis dejado. <sup>12</sup> Dios está con nosotros por jefe, y sus sacerdotes con las trompetas del júbilo para que suenen contra vosotros. Hijos de Israel, no peleéis contra Jehová, el Dios de vuestros padres, porque no prosperaréis.»**

Para nivelar la contienda Abías decidió informarle a Israel de qué se trataba la guerra. Jeroboam e Israel se estaban oponiendo al Señor y a su ungiendo: “¿No sabéis vosotros que Jehová, Dios de Israel, dio el reino a David sobre Israel para siempre, a él y a sus hijos, bajo pacto de sal? (versículo 5). Cualquiera que sea el propósito exacto al usar la palabra *sal*, en este contexto debe significar un pacto *irrevocable* (para un uso similar vea Números 18:19). Ellos estaban en un estado de rebelión contra el orden de Dios. ¡Pensar que Jeroboam, esclavo de Salomón y descendiente de nadie, había conspirado contra Salomón, el hijo de David! Toda la idea era repugnante.

Las acciones de Jeroboam contra Roboam fueron aun más viles “porque Roboam era joven y pusilánime, y no se defendió de ellos” (versículo 7). Mientras que Abías, como es de esperar, trata de presentar el mejor aspecto de la conducta de su padre, no distorsiona la verdad para absolver a Roboam de toda responsabilidad. No es un canto de alabanza decir que un hombre de cuarenta años es “joven y pusilánime”. Sus palabras orgullosas y sus torpes acciones habían mostrado una inestabilidad de carácter que Jeroboam tuvo que haber notado. Y en vez de fortalecer la posición del ungido del Señor cuando estaba débil, Jeroboam se aprovechó de esa debilidad y reunió una banda de “hombres ociosos y perversos” contra él.

Ahora Jeroboam se enfrentaba a otro hijo de David en el campo de batalla (versículo 8). ¿Qué ventajas tenía Israel en el conflicto? Es verdad que su ejército era “[mucho]”. Es verdad que ellos exhibían a sus dioses. Pero observe más de cerca. ¿Qué eran en realidad esos dioses sino “becerros de oro que Jeroboam os puso por dioses” (versículo 8)? Al lado de ellos, ¿a quiénes vemos como sacerdotes? ¿Tal vez hijos de Aarón? ¡De ninguna manera! “Cualquiera [que] venga a consagrarse con un becerro y siete carneros, [será] sacerdote de los que no son dioses” (versículo 9). A pesar de ser tan numerosos, Israel todavía lo guiaba un esclavo rebelde que estaba bajo la protección de dioses que no existían y lo servían sacerdotes que no tenían credibilidad. Ellos habían abandonado a su verdadero rey, habían abandonado a su verdadero Dios y obligaron a sus verdaderos sacerdotes a que se fueran.

En cuanto a la pequeña Judá, ¿qué fortaleza tenía? Abías les vuelve a contar las gloriosas promesas de Dios, las que Israel había rechazado hasta hacía poco. Habla con cariño extensamente sobre las características individuales de su adoración en el Templo, como si presentara un rico banquete de buenas cosas ante el hambriento (versículo 11). Su adoración se ofrecía en el lugar apropiado, con las personas apropiadas, en todos los tiempos establecidos. Para usar las propias palabras de Abías, el conflicto esencial estaba entre quienes “[resistían] al reino de Jehová” y los que podían

decir: “Dios está con nosotros por jefe” (versículos 8,12). No puede haber prosperidad para los que se ponen en contra del Dios de sus padres (versículo 12).

En un tiempo crítico que tuvo algo de similar en la vida de la iglesia inicial del Nuevo Testamento, el pueblo de Dios se reunió para orar. El sanedrín acababa de interrogar a Pedro y a Juan. Les dijeron que ya no volvieran a predicar en el nombre de Jesús, un nombre odiado por los que preferían adorar su propia concepción de Dios. Los amenazaron con el castigo si seguían hablando sobre lo que habían visto en Jesús y le habían oído decir. Podemos preguntar: ¿por qué oró el pueblo de Dios bajo estas circunstancias? ¿Pidió protección? ¿Poder escapar de sus enemigos? ¡De ninguna manera! En vez de esto oraron para tener la habilidad de hablar la palabra de Dios con franqueza, aun frente a una amenaza tan fuerte (Hechos 4:29), para poder hablar de la manera en que escuchamos a Abías hablarle a Israel cuando estaban al borde de la batalla.

¿Por qué se amotinan las gentes  
y los pueblos piensan cosas vanas?  
Se levantarán los reyes de la tierra,  
y príncipes conspirarán  
contra Jehová  
y contra su unguido, diciendo:  
“Romparamos sus ligaduras  
y echemos de nosotros sus cuerdas” (Salmo 2:1-3).

Tal vez, podríamos suponer que después de ese discurso tan conmovedor, Israel sencillamente hubiera abandonado su causa como si estuviera perdida. Pero nos equivocáramos. Los que tienen gran poder, medido en términos humanos, muy pocas veces se amedrentan para someterse a la predicación de la Palabra y de la voluntad de Dios, y aquellos cuya fortaleza es evidente rara vez se dejan intimidar por aquellos cuya fortaleza está escondida. Mientras que Abías predicaba el sermón, Jeroboam se preparaba para destruirlos tanto a él como a su ejército.

## ***El Señor le da la victoria a Judá***

**<sup>13</sup> Pero Jeroboam hizo tender una emboscada para atacarlos por la espalda; de modo que atacaron a Judá tanto de frente como por detrás. <sup>14</sup> Cuando los de Judá miraron hacia atrás, se dieron cuenta de que los atacaban por el frente y por la espalda; por lo que clamaron a Jehová, mientras los sacerdotes tocaban las trompetas. <sup>15</sup> Entonces los de Judá gritaron con fuerza; y al alzar ellos el grito de guerra, Dios desbarató a Jeroboam y a todo Israel delante de Abías y de Judá. <sup>16</sup> Huyeron los hijos de Israel delante de Judá y Dios los entregó en sus manos. <sup>17</sup> Abías y su gente hicieron una gran matanza; cayeron heridos quinientos mil hombres escogidos de Israel. <sup>18</sup> Así fueron humillados los hijos de Israel en aquel tiempo, mientras los hijos de Judá prevalecían, porque se apoyaban en Jehová, el Dios de sus padres.**

**<sup>19</sup> Persiguió Abías a Jeroboam, y le arrebató algunas ciudades: a Bet-el con sus aldeas, a Jesana con sus aldeas, y a Efraín con sus aldeas. <sup>20</sup> Así, nunca más tuvo poder Jeroboam en los días de Abías, pues Jehová lo hirió y murió. <sup>21</sup> Pero Abías se hizo más poderoso. Tomó catorce mujeres y engendró veintidós hijos y dieciséis hijas. <sup>22</sup> Los demás hechos de Abías, sus caminos y sus dichos, están escritos en la historia del profeta Iddo.**

Aun antes de que supiera lo que estaba sucediendo, Judá había sido flanqueado. Abías pudo haber sido un gran predicador, pero no era tan buen general. Sin que Abías lo supiera, Jeroboam había enviado un destacamento de tropas para emboscar a Judá por la retaguardia, mientras que él y el grupo principal de sus tropas permanecían en lugar para atacar al ejército de Abías de frente. Judá, al verse atrapado “[clamó] a Jehová” (versículo 14). Los sacerdotes tocaron la alarma de batalla con sus trompetas; al hacerlo así, cumplieron las palabras de Moisés, que dijo: “Cuando

salgáis a la guerra en vuestra tierra contra el enemigo que os ataque, tocaréis alarma con las trompetas. Así seréis recordados por Jehová, vuestro Dios, y seréis salvos de vuestros enemigos” (Números 10:9).

En el momento crítico, precisamente cuando Judá estaba lanzando el grito de guerra y cuando todo parecía perdido, el Señor intervino y se ganó la batalla. “Dios desbarató a Jeroboam y a todo Israel delante de Abías y de Judá” (versículo 15). El lado más débil demostró ser más fuerte porque habían puesto su confianza en Dios, no en ellos mismos (versículo 18). Israel sufrió pérdidas sorprendentes; según el cronista, cayeron quinientos mil hombres: ¡más de la mitad de su propio ejército y más de la totalidad del ejército de Judá! Ya sea que veamos este número como un verdadero conteo detallado o como un estimado general, sabemos que aquí tenemos una victoria decisiva. Después de una derrota tan devastadora, no es sorprendente para nosotros que Jeroboam no pudiera volver a tener la fortaleza militar mientras que Abías vivía. Aunque sobrevivió a Abías alrededor de un año, la muerte de Jeroboam, cuando sucedió, fue repentina, como una señal del juicio de Dios sobre él (versículo 20).

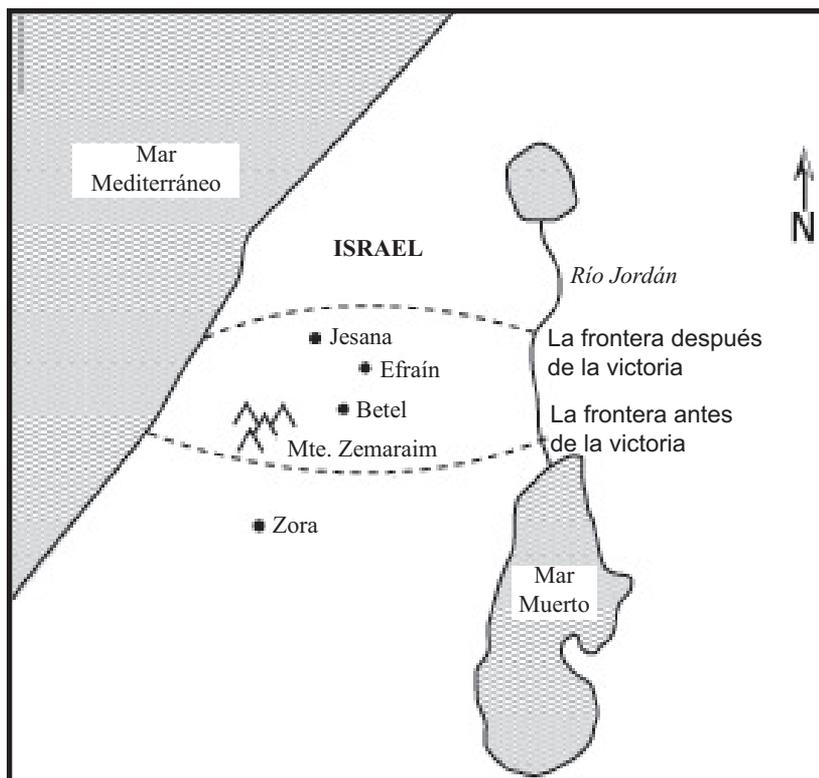
El que mora en los cielos se reirá;  
el Señor se burlará de ellos.

Luego les hablará en su furor,  
y los turbará con su ira:

“Yo he puesto mi rey  
sobre Sión, mi santo monte” (Salmo 2:4-6).

Abías consolidó su victoria tomando algunas ciudades y villas claves, haciendo desplazar la frontera de Israel bastante al norte en lo que había sido territorio israelita. Entre las ciudades más importantes que capturó estaba Betel, uno de los centros de adoración de los becerros de oro de Jeroboam (1 Reyes 12:32). El Señor siguió bendiciendo a Abías durante el resto de su vida, dándole muchos hijos e hijas (versículo 21).

Dios respondió, de una manera similar, a esos primeros cristianos que le habían pedido tan seriamente que considerara las



### *La victoria de Abías sobre Israel*

amenazas de sus enemigos y que les diera el poder de continuar predicando a Jesús. “Cuando terminaron de orar, el lugar en que estaban congregados tembló; y todos fueron llenos del Espíritu Santo y hablaban con valentía la palabra de Dios” (Hechos 4:31). A muchos de ellos los persiguieron por esto; algunos perdieron la vida. Pero todos estaban luchando por el único reino que perdura.

### *La aplicación de estos versículos a nosotros mismos*

Aquí el punto es de legitimidad. Podríamos poner este argumento en boca de un adversario de Abías. “¿Cómo puede, señor Abías, tener un concepto tan alto de usted mismo, habiendo

perdido más de la mitad de su reino? ¿Acaso no marchan ahora los guardias de su palacio con pequeños escudos de bronce cuando una vez el gran Salomón caminó por corredores cubiertos de oro? ¿En realidad quiere usted decir que preside sobre el reino de Dios? ¿Que usted es el hombre de Dios ungido para sentarse en su trono? ¿Lo que trata de decirnos es que no adoramos nada?

“¿Acaso te olvidas de que estás aquí ahora solo porque Sisac perdonó a tu padre? ¿Qué tal los dioses de Egipto? ¿No tuvieron que ser propiciados para tu pueblo por medio del tesoro dedicado al Señor, el que dices que está contigo?”

Sin duda, un adversario que viviera en el Tiempo del cronista podría haber dicho “¡Pequeña Judá, pequeña, pequeña Judá! ¿Cómo puedes darte esos aires? ¿Ahora que no eres más que una diminuta provincia del gran Imperio Persa? ¿Quieres decir verdaderamente que tu Dios es el único Dios de toda la tierra? ¿Que su Templo (¡y también tan pequeño!) es el único lugar para encontrar a este Dios, este Dios exclusivo que ustedes dicen que los escogió y que sin embargo los dejó ir como cautivos y esclavos bajo el rey de Babilonia? ¿Cómo puede decir esto y mantener la cabeza en alto!”

Así también en nuestros días hay millones que buscan desesperadamente la espiritualidad, cada quien afirmando haberla encontrado, o por lo menos haber encontrado *algo*. Entonces venimos nosotros proclamando el privilegio exclusivo de presentar el único Nombre dado a la humanidad para su salvación. Nuestro enemigo puede preguntar: “¿En realidad quieren decir que sólo ustedes tienen la verdad? ¿Que sólo ustedes han encontrado el camino? ¿Que sólo ustedes tienen la vida? ¿Desechan cualquier otro camino y niegan nuestras verdades, diciendo que nuestros dioses no son dioses y que nuestros ángeles son demonios? ¿Quién los eligió como sus profetas, quién los hizo sacerdotes y los escogió para que fueran reyes de todo el mundo?”

Que aquí cada cristiano aprenda a decir con toda confianza: “Aunque no soy nada, y vengo de nada y sería nada por mí mismo, sin embargo, conozco un Rey que bajó de los cielos, me amó con

todo su corazón y entregó su vida en la cruz por un mendigo como yo, me escogió desde la eternidad, a su tiempo él me hizo suyo. Me ungió para que fuera su sacerdote y su profeta, me exaltó como rey para gobernar con él a la diestra de Dios. Ahora todas las cosas me deben servir, al hallar la fuente de mi vida en él. Estoy absolutamente seguro de todo esto porque me revistió con él mismo en mi bautismo y me envolvió con el esplendor puro de su nombre. Allí también sepultó mi pecado en las profundidades de su propia muerte y de su sepultura. También me alimenta a diario en los ricos pastos de su Palabra y vengo a él regularmente en las celebraciones establecidas de su Santa Cena; en ella me deleito en su perdón cuando recibo su cuerpo y sangre. Soy lo que soy porque él es lo que es, y porque él se da a mi misericordiosamente.”

No debemos juzgar la verdad por lo que se ve, se oye y se siente, por cuántos la creen, por cuan razonable parezca, ni por cuán grande se manifieste. Como Abías, no tenemos fortaleza personal de la que nos podamos jactar, pero tenemos al Hijo de Dios y él nos ayuda. En él confiaremos; de él nos jactaremos. Él se ha comprometido con nosotros en su Palabra; allí ha hecho clara su elección.

### ***El reino de Dios bajo Asa***

El retrato que hace de Asa es confuso; el cronista quiere que así sea. Por un lado, el cronista reserva para Asa frases descriptivas que les aplica sólo a los reyes piadosos (versículo 2). No obstante por otro lado, Asa peca neciamente de maneras comparables con las de los reyes impíos (16:9,10).

Por ejemplo, es un rey que le da reposo a la tierra como hizo David, manteniéndose a la cabeza del ejército de Dios. Guía a su pueblo en la adoración en forma muy semejante a como David y Salomón lo hicieron antes de él, y como Josafat, Ezequías y Josías lo harían después. Emprende un programa para limpiar la tierra de la idolatría y enseñarle al pueblo la ley del Señor. Renueva el pacto en una asamblea solemne. Escucha la palabra del Señor por medio

de los profetas, busca al Señor en oración y confía en el Dios de su padres en una guerra santa donde hay muy pocas posibilidades de ganar.

Entonces, como dicen, viene “el resto de la historia”. En vez de confiar en el Señor, hace una alianza impía con un gobernante pagano para reducir el poder del reino del Norte. Se niega a aceptar la advertencia del profeta y no busca al Señor cuando la enfermedad lo derrumba. A su reino se le castiga con el flagelo de la guerra y se convierte en el opresor de su propio pueblo.

El contraste difícilmente puede ser más desolador. En alguna forma es similar a ciertos proverbios hebreos que tal vez ya hemos aprendido a través de la vida. Dos afirmaciones enérgicas están puestas una al lado de otra, cada una con redacción similar, y, sin embargo, cada una dice lo opuesto de la otra.

Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad,  
para que no seas tú también como él;  
responde al necio como merece su necedad,  
para que no se tenga por sabio en su propia opinión.

(Proverbios 26:4,5)

La pregunta obvia es ¿cuál es correcta? Y la respuesta clara es: ¡Las dos! La gente y las verdades auténticas raramente son sencillas. Con frecuencia hay más de una respuesta a una pregunta, y también hay más de una manera de caracterizar a una persona. El cronista tiene la intención de sacudirnos de la complacencia y de estar satisfechos de nosotros mismos (los pecados de que acosan a los justos) al darnos el retrato de un rey que tuvo mucho éxito y que sin embargo cayó muy bajo.

Vale la pena observar algo más antes de que leamos el relato del cronista sobre Asa. En nuestra propia época de duda y confusión, un escritor podría darse gusto describiéndonos a un rey con una personalidad muy ambigua. “¡Vea lo conflictivo que era! Qué difíciles eran sus decisiones, qué difícil era abrirse camino para encontrar alguna verdad.” Usted conoce el procedimiento, si ha leído últimamente algunos autores modernos. Éste no es de ningún modo el estilo del cronista. La verdad acerca de una vida

humana puede tener más de un aspecto y esos aspectos pueden implicar contradicciones profundas; sin embargo, no hay duda alguna para el cronista respecto a la verdad en sí misma. Un rey o hace lo que es bueno y correcto o actúa neciamente (compare 14:2 con 16:9).

### *Asa confía en el Señor y es liberado*

**14** Durmió Abías con sus padres y fue sepultado en la Ciudad de David. Reinó en su lugar su hijo Asa, en cuyos días tuvo sosiego el país por diez años.

<sup>2</sup> Asa hizo lo bueno y lo recto ante los ojos de Jehová, su Dios. <sup>3</sup> Porque quitó los altares del culto extraño y los lugares altos; quebró las imágenes y destruyó los símbolos de Asera; <sup>4</sup> y mandó a Judá que buscara a Jehová, el Dios de sus padres, y pusiera por obra la Ley y sus mandamientos.

<sup>5</sup> Quitó asimismo de todas las ciudades de Judá los lugares altos y las imágenes; y estuvo el reino en paz bajo su reinado.

<sup>6</sup> Edificó ciudades fortificadas en Judá, por cuanto había paz en la tierra, y no había guerra contra él en aquellos tiempos; porque Jehová le había dado paz. <sup>7</sup> Dijo, por tanto, a Judá: «Edifiquemos estas ciudades y cerquémoslas de muros con torres, puertas y barras, ya que la tierra es nuestra; porque hemos buscado a Jehová, nuestro Dios; lo hemos buscado, y él nos ha dado paz por todas partes.» Edificaron, pues, y fueron prosperados.

<sup>8</sup> Tuvo también Asa un ejército de trescientos mil hombres de Judá, armado con escudos y lanzas, y doscientos ochenta mil hombres de Benjamín que portaban escudos y entesaban arcos. Todos eran hombres diestros.

Al principio no hay nada malo que señalar en los actos de Asa como rey. Al poner primero lo primero: (1) limpia la tierra de “los altares del culto extraño y los lugares altos”, (2) manda a Judá a “que buscara a Jehová, el Dios de sus padres” y (3) anima a su

pueblo para que edifique las ciudades. La respuesta de Dios a un rey y a un pueblo que lo busca es igualmente inequívoca. El Señor le da descanso; el pueblo edifica y prospera.

Como el cronista seguirá mencionando los “lugares altos” como una amenaza para la verdadera adoración a Dios, aquí podría ser provechoso hacer una pausa para adquirir alguna idea de lo que ellos fueron. Por varias razones, el antiguo pueblo de Canaán con frecuencia asociaba las colinas y las características prominentes del paisaje con la adoración de sus dioses. Sin embargo, Moisés instruyó al pueblo de Dios a adorar al Señor sólo en “el lugar que Jehová, vuestro Dios, escoja entre todas vuestras tribus, para poner allí . . . su nombre y habitar” (Deuteronomio 12:5). El impulso idólatra divide la única forma de adoración en muchas, y al único Dios verdadero en muchos dioses. El Señor no quería que ese impulso gobernara a su pueblo.

Después de que los filisteos destruyeron el tabernáculo de Silo (a lo que se hace referencia indirecta en las Escrituras en el Salmo 78:60; Jeremías 7:12,14; 26:6,9), es evidente que hubo alguna adoración al Dios verdadero en varios lugares altos (1 Samuel 9:13; 10:5; 2 Crónicas 1:3). Pero, como lo hemos visto, una vez que se construyó el templo de Salomón, Dios aclaró que él quería que su pueblo lo buscara allí. Sin embargo, no tomó mucho tiempo para que el cáncer de la idolatría se metiera en el corazón del reino. Sorprendentemente, el mismo Salomón fue el gobernante que pudo afirmar que era el “primer” sospechoso de volver a adorar en lugares altos y no en el Templo que estaba en el monte. Esto por sí solo ya era bastante malo, pero la adoración a dioses ajenos lo empeoró (1 Reyes 11:7). ¡Hasta se había suprimido la apariencia de adorar al Señor! La división del reino del Señor en dos partes naturalmente le dio un tremendo impulso a la idolatría, así como el pecado de Jeroboam (vea lo que se comentó en 11:5-23) hizo sentir su impacto. Por el tiempo de Asa, es claro que la adoración en los lugares altos, no sólo al Señor sino a dioses ajenos, se había convertido en una característica establecida del panorama religioso en el Norte y en el Sur.

Al inicio de su gobierno, el mismo Asa se dedicó a erradicar la idolatría. Las piedras sagradas que él quebró probablemente fueron algún tipo de altar de incienso. \* Los símbolos de Asera se asociaban con la diosa de la felicidad, la esposa de Baal en el panteón cananeo. Aunque sus esfuerzos fueron muy vigorosos, se revelan el poder y la capacidad de supervivencia de la adoración idólatra en un comentario que leeremos después: “Los lugares altos no desaparecieron de Israel” (15:17). Probablemente esto se entienda mejor a luz de los versículos 2 a 5 de nuestro capítulo actual: él quitó esos los lugares altos dedicados a la adoración de *dioses ajenos*; sin embargo, no quitó los que estaban dedicados a la adoración al *Señor*. En conjunto, su esfuerzo fue notable, pero no alcanzó a erradicar completamente este flagelo de la tierra.

Dios bendijo sus esfuerzos dándole prosperidad a la tierra y reposo de la guerra (versículos 6,7). Es bastante claro por el contexto que la paz de que Judá disfrutaba era solo relativa. Todavía tendrían que luchar contra sus vecinos hostiles del norte (tal vez un poco menos en los años inmediatamente posteriores a la arrolladora victoria de Abías). Y pronto iban a tener que pelear contra otra amenaza por el sur. La sorprendente repetición de los términos para “reposo” a través de toda esta sección (versículos 5-7; vea también 15:15) nos dejan saber que, desde el punto de vista del cronista, la tranquilidad y la paz fueron las principales bendiciones que se disfrutaron durante el buen período del reinado de Asa. El pueblo de Dios había entrado en ese reposo por “[buscar] a Jehová”, es decir, por medio de la fe en él (versículo 7; vea Hebreos 4:3). No habían obtenido el reposo por sus propios esfuerzos. La seguridad no fue un producto de ladrillos y mezcla, ni tampoco un gran ejército de ciudadanos garantizaba la tranquilidad. Todas estas bendiciones se le otorgaron a quien aprendió a decir con David: “En paz me acostaré y asimismo dormiré, porque sólo tú, Jehová, me haces vivir confiado” (Salmo 4:8).

---

\* Japhet, p. 706.

Ningún estado de paz y de tranquilidad dura mucho tiempo en ningún país del mundo. Todo lo que conocemos son períodos de calma relativa. Los Estados Unidos son excepcionales en este aspecto: han disfrutado por más de cien años la libertad de guerras que arruinen su propio suelo. Sin embargo, últimamente vemos que sus ciudades se convierten cada vez más en campos de batalla. Las bombas de los terroristas abren huecos en la tierra y dejan cicatrices en nuestro corazón. Algunas veces parece que las pandillas matan al azar. Tal vez también nuestro tiempo de paz terrenal ha terminado, a medida que busquemos en las cosas creadas un don que solo se encuentra en Dios. No obstante, queda un reposo para el pueblo de Dios. “Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción, pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 16:33). ¡Querido Jesús te damos gracias! ¡Desarraiga los ídolos de nuestro corazón y danos tu paz!

**<sup>9</sup> Salió contra ellos Zera, el etíope, con un ejército de un millón de hombres y trescientos carros; y vino hasta Maresa.**

**<sup>10</sup> Entonces salió Asa contra él, y se pusieron en orden de batalla en el valle de Sefata, junto a Maresa. <sup>11</sup> Y clamó Asa a Jehová, su Dios, y dijo: «¡Jehová, para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas! Ayúdanos, Jehová, Dios nuestro, porque en ti nos apoyamos, y en tu nombre marchamos contra este ejército. Jehová, tú eres nuestro Dios; no prevalezca contra ti el hombre.»**

**<sup>12</sup> Jehová deshizo a los etíopes delante de Asa y delante de Judá; y huyeron los etíopes. <sup>13</sup> Asa y el pueblo que con él estaba los persiguieron hasta Gerar; y cayeron los etíopes hasta no quedar ninguno con vida, pues fueron deshechos delante de Jehová y de su ejército. Y les tomaron muy grande botín. <sup>14</sup> Atacaron también todas las ciudades alrededor de Gerar, porque el terror de Jehová cayó sobre ellas; y saquearon todas las ciudades, pues había en ellas gran botín. <sup>15</sup> Asimismo atacaron las cabañas de los que**

**tenían ganado y se llevaron muchas ovejas y camellos.  
Después volvieron a Jerusalén.**

Nadie sabe con seguridad quién era “Zera”. Como etíope, su hogar tal vez haya sido la región del alto Nilo, un área que en la actualidad corresponde al norte de Sudán. También podemos deducir de 2 Crónicas 16:8 que las tropas libias, así como las etíopes, formaban una parte considerable de su ejército. Al comparar estos hechos, muchos sugieren que él fue el comandante del ejército egipcio, enviado a su misión por el faraón Osorkón I, quien fue un gobernador de la así llamada dinastía “Libia”. Se dice que Osorkón quería duplicar la hazaña de su padre Sesonc (Sisac) y obtener botín a costa de Judá. Esta suposición parece tan probable como cualquiera. Lo que sí sabemos es que Zera atacó por el sur, avanzando desde el camino de la costa hasta las estribaciones de las colinas de Judea a través del valle de Sefatá, cerca de Maresá (vea el mapa en el comentario a 11:5-23). Aquí pusieron resistencia Asa y el ejército de Judá (versículos 9,10).

Al ser superados inmensamente en número y en capacidad (los arcos, las lanzas y los escudos no pueden proteger contra los carros de guerra), parecía que los enemigos iban a masacrar al ejército de Judá. Por ahora debemos reconocer las clases de batallas que al cronista le gusta describir; la cuestión en ellas nunca fue la supremacía física. Si las batallas del cronista se resolvieran en términos terrenales, el ejército enemigo le hubiera podido ganar fácilmente todas las veces al pequeño rebaño del Señor. Pero estas batallas no eran tanto un enfrentamiento físico como una guerra espiritual; los reinos de este mundo se disponen en contra del Señor: ellos desafían a su ejército (vea el versículo 13) y quieren conquistar a su ungido.

Como representante de su pueblo, Asa oró al Señor de tal forma que aclaró los asuntos (versículo 11). Comenzó diciendo: “Sólo tú puedes ayudar (NVI)”. Los fieles de Israel nunca se cansaron de decir que su Dios era único; los dioses de las otras naciones sólo podían “ayudar” cuando quienes les servían ya

tenían ejércitos con suficiente fuerza para ganar por sí solos. Sin embargo, solo el verdadero Dios le ayudaba a quienes no tenían mucha fuerza para ganar victorias sobre fuerzas superiores cuando parecía imposible. “Para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas”.

En los libros de Moisés estaba muy grabada la verdad de que Dios toma la causa de los que no tienen a nadie más de quien depender. Él le prohíbe a su pueblo que afija a las viudas y a los huérfanos (Éxodo 22:22). Él atiende las necesidades de ellos en la distribución de los diezmos (Deuteronomio 14:28,29) y no quiere que nadie los excluya de la celebración de la fiesta de las cosechas (Deuteronomio 16:11). Él advierte en contra de aprovecharse de ellos mediante trucos legales (Deuteronomio 24:17), e instruye a su pueblo para que no coseche por completo los frutos de los árboles con el fin de que quede algo para que los pobres lo recojan (Deuteronomio 24:19-21). Esta verdad llevó a Lutero a decir: “Cristo tiene un reino en el que desea ayudar a los pobres y desgraciados . . . Sin él, ni aun todo el mundo con todo su poder y medios puede ayudar . . . Su reino es predicar el evangelio a los pobres . . . porque él no puede ir a los grandes y santos. Ellos no desean ser contados como pecadores, y por lo tanto no necesitan su evangelio”.\*

Asa se incluyó a sí mismo y a su pueblo con aquellos que no tienen nada en el mundo en lo que puedan confiar, cuando dijo: “¡Para ti no hay diferencia alguna en dar ayuda al poderoso o al que no tiene fuerzas! Ayúdanos . . . porque en ti nos apoyamos” (versículo 11). Es igual que si hubiera dicho: “Si no nos ayudas, estamos obligados a permanecer indefensos. Mis ejércitos nacionales, a pesar de estar formados por muchos hombres fuertes no pueden ganar esta batalla. Mis ciudades fortificadas no dan verdadero refugio ni fortaleza. Tú, y solo tú, eres nuestro refugio y fortaleza.” Los ojos que tienen visión espiritual ven las cosas

---

\* *D. Martin Luther's Werke. Kritis Kritische Gesamtausgabe* [WA] (Weimar, Hermann Böhlau und Nachfolger, 1883–1948), Vol.52, pp. 24ss.

como son. La persona que en verdad ve, mira dentro de sí misma y no encuentra nada en qué confiar. Esa persona ha evaluado a su enemigo y sabe la imposibilidad de hacerle frente. Sobre todo, esa persona se ha vuelto a Dios y su corazón ansioso ha encontrado en él el lugar de reposo.

Tenemos esta certeza de la ayuda de Dios en todas las dificultades, en todas las batallas del cuerpo y del alma, porque tenemos la promesa del Señor. No nos atrevemos a tener esperanza en lo que somos; solo en lo que él es: “En tu nombre marchamos contra este ejército. Jehová, . . . no prevalezca contra ti el hombre” (versículo 11). Dios le prometió a su antiguo pueblo “seré vuestro Dios” (Éxodo 6:7). Jesús les dice a todos sus discípulos: “Todo cuanto pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará” (Juan 16:23). Dios ha puesto su nombre y su reputación en juego para salvarnos. Nuestro Dios Salvador se ha identificado tanto con nuestras luchas y conflictos que los que se oponen a nosotros, se oponen a él. Somos “su ejército” (versículo 13) y por eso peleamos bajo su bandera. Que todo creyente bautizado esté seguro de esto: ¡Dios ha puesto su nombre sobre nosotros; nunca peleamos solos porque somos de él!

Para el cronista, la pregunta decisiva se resuelve antes de la contienda. “¿Se apoyará el pueblo de Dios en su propio entendimiento o dependerá de su Dios?” Una vez que esta lucha espiritual se ha decidido, lo que el mundo puede ver como la verdadera batalla en realidad no es ninguna batalla. “Jehová deshizo a los etíopes delante de Asa y delante de Judá; y huyeron los etíopes. Asa y el pueblo que con él estaba los persiguieron hasta Gerar; y cayeron los etíopes hasta no quedar ninguno con vida, pues fueron deshechos delante de Jehová y de su ejército” (versículos 12,13) Al pueblo de Dios sólo le queda aprovechar lo que el enemigo ha dejado atrás y saquear el territorio (versículos 13-15).

El cronista anotó esta batalla para que el “rebaño pequeño” que le pertenece a Dios tuviera en quién esperar en todas sus luchas. Con delicadeza les hace ver que los verdaderos problemas

que enfrentan nunca son las cuestiones terrenales que ocupan normalmente los primeros lugares en las listas de las ansiedades de las personas: “¿Qué comeremos; qué beberemos; cómo lo lograremos?” La lucha verdadera siempre se desarrolla en el plano espiritual. ¿Me conducen esas preocupaciones terrenales a tratar, de una forma desesperada, de salvarme a mí mismo, confiando en cualquier recurso que yo posea para vencer la dificultad que se me presenta? ¿O me enseñan a desesperarme al ver que no puedo hacer nada por mí mismo y hacen que me apoye en mi Dios misericordioso? Aquí el cronista también nos habla a nosotros, para que “por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza” (Romanos 15:4).

*Asá responde a la palabra de Dios y renueva el pacto*

**15** Vino el espíritu de Dios sobre Azarías hijo de Obed, <sup>2</sup> el cual salió al encuentro de Asa y le dijo: «Oídme, Asa, todo Judá y Benjamín: Jehová estará con vosotros si vosotros estáis con él; y si lo buscáis vosotros lo hallaréis; pero si lo dejáis, él también os dejará. <sup>3</sup> Muchos días ha estado Israel sin verdadero Dios y sin sacerdote que enseñara, y sin Ley; <sup>4</sup> pero cuando en su tribulación se convirtieron a Jehová, Dios de Israel, y lo buscaron, ellos lo hallaron. <sup>5</sup> En aquellos tiempos no hubo paz, ni para el que entraba ni para el que salía, sino muchas aflicciones sobre todos los habitantes de las tierras. <sup>6</sup> Una gente destruía a otra, y una ciudad a otra ciudad; porque Dios los turbó con toda clase de calamidades. <sup>7</sup> Pero esforzaos vosotros, y no desfallezcan vuestras manos, pues hay recompensa para vuestra obra.»

Asa y sus tropas victoriosas se encuentran con el profeta Azarías cuando regresan del campo de batalla. Éste es el primero de dos mensajes proféticos que recibirá Asa. En este lugar Dios quiere animar a Asa y a todo el pueblo de Israel a seguir confiando

en él; después reprenderá a Asa y lo amonestará porque no dependió de él. El profeta, completamente bajo la dirección del Espíritu, destaca primero la gran lección espiritual que se debe aprender de lo que acaba de ocurrir (versículo 2). El Dios verdadero es una ayuda muy real en las dificultades; él es fiel; él cumple su palabra. Quienes confían en él como su Dios encontrarán las respuestas a sus problemas. “Será hallado de vosotros”.

Por otro lado, cuando el pueblo de Dios lo abandone, le estará volviendo la espalda la única esperanza verdadera que tiene, y Dios enojado, los abandonará. Cuando el pueblo hace ídolos de cosas terrenales, es necesario que entienda la verdadera naturaleza de lo que hace. Inventar otras esperanzas así es rechazar el ofrecimiento que les hace Dios de ayudarlos; persistir en ello provoca la ira de Dios; él los abandonará a sus propios sueños y los dejará consolarse en sus propias esperanzas. Entonces descubrirán si se han apoyado en algo que vale la pena o no.

Azarías, después de establecer este principio, vuelve a contar la historia del pueblo de Dios como un ejemplo instructivo de cómo funciona este principio (versículos 3-6). Aunque esto parece ser un resumen de la experiencia del pueblo de Dios, en particular durante el período de los jueces (compare los versículos 3,4 con Jueces 3:7-9), se expresa de una forma suficientemente general que se pueda aplicar a todos los tiempos. Estas clases de condiciones prevalecen en cualquier tiempo y lugar donde el pueblo de Dios no acoge el gobierno del Ungido del Señor ni escucha su Palabra.

¡Con cuanta precisión representa el profeta el estado desesperado y caótico del pueblo de Dios (y de todo pueblo) cuando trata de arreglárselas sin el Dios verdadero y sin su Palabra! No hay paz ni seguridad. Nadie puede caminar al aire libre ni hay seguridad cuando se regresa a la casa, así de grande es la calamidad. ¡La apostasía lleva a la anarquía! Cuando su pueblo no le sirve con alegría, Dios los deja que pruebe los amargos resultados de su propio camino. “Dios los turbó con toda

clase de calamidades” (versículo 6). Éste es el juicio de Dios sobre el pueblo que prefiere la oscuridad a la luz, que cede ante el reino de este mundo cuando embiste para rivalizar con el gobierno misericordioso de Dios en su corazón.

Pablo escribió acerca de una época en la que sus lectores cristianos estaban “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2:12). Estaban bajo el gobierno de todo demonio y tirano espiritual que existía. Sin embargo, Dios en su misericordia había obrado un nuevo nacimiento de la libertad en su corazón: los unió misericordiosamente a su propio pueblo en Cristo y les dio paz por medio de su sangre. Desde entonces el mundo occidental ha podido caminar a la luz del Señor. Sí, han existido hambrunas de la Palabra aquí y allá, y el rocío de la lluvia del evangelio se ha desplazado de un país a otro, pero siempre han existido en el occidente aquellos que se han aferrado a la palabra de Dios y han puesto su esperanza en el Rey Ungido del Señor. Ahora parece como si la gran apostasía hubiera llegado, por lo menos entre nosotros. Al preferir la oscuridad a la luz, ahora nuestra nación está descubriendo exactamente cuán profunda puede ser esa oscuridad.

¿Es éste el punto culminante del mal antes del fin? ¿O todavía existirán los que en su aflicción se volverán al Señor, lo buscarán y lo encontrarán (versículo 4)? En lo que toca a nuestro país en general, solo Dios lo sabe. En cuanto a nosotros: “No temeremos, aunque la tierra sea removida y se traspasen los montes al corazón del mar” (Salmo 46:2). Sabemos que el cielo y la tierra pasarán pero que las misericordiosas palabras de nuestro Salvador no pasarán. Nosotros debemos “[perseverar] hasta el fin” como lo ordena nuestro Salvador (Mateo 24:13), y nos debemos “[esforzar] . . . y no [desfallecer]” como lo dice aquí su profeta (versículo 7).

Aunque las cosas puedan parecer muy caóticas, podemos hacer mucho más que simplemente protestar contra la muerte. Cristo nos ha dado su misión; se debe predicar el evangelio a todas las naciones (Mateo 24:14). Esto significa que tenemos trabajo por hacer, y cuando el demonio diga “¿Por qué preocuparse? ¡No hay

esperanza!”, o cuando nuestro propio corazón temeroso y desesperado nos tienta a ceder, miremos la tumba vacía y allí veremos la victoria que se nos promete. Esta victoria no solo tiene el propósito de darnos alegría cuando venga el día perfecto del Señor, sino de darnos nueva fortaleza ahora mismo. ¿Acaso no nos dijo el apóstol del Señor (con palabras similares a las de Azarías) “Estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano” (1 Corintios 15:58)?

**<sup>8</sup> Cuando oyó Asa las palabras y la profecía del profeta Azarías hijo de Obed, cobró ánimo y quitó los ídolos abominables de toda la tierra de Judá y de Benjamín, y de las ciudades que él había tomado en la parte montañosa de Efraín; y reparó el altar de Jehová que estaba delante del pórtico de Jehová. <sup>9</sup> Después reunió a todo Judá y Benjamín, y con ellos los forasteros de Efraín, de Manasés y de Simeón; porque muchos de Israel se habían pasado a él, viendo que Jehová, su Dios, estaba con él.**

**<sup>10</sup> Se reunieron, pues, en Jerusalén, en el mes tercero del año decimoquinto del reinado de Asa. <sup>11</sup> Y en aquel mismo día sacrificaron para Jehová, del botín que habían traído, setecientos bueyes y siete mil ovejas. <sup>12</sup> Entonces prometieron solemnemente que buscarían a Jehová, el Dios de sus padres, de todo su corazón y de toda su alma; <sup>13</sup> y que cualquiera que no buscara a Jehová, el Dios de Israel, que muriera, ya fuera grande o pequeño, hombre o mujer. <sup>14</sup> Juraron, pues, a Jehová en alta voz y con gritos de júbilo, al son de trompetas y de bocinas. <sup>15</sup> Todos los de Judá se alegraron de este juramento; porque de todo su corazón lo juraban, y con toda su voluntad lo buscaban. Por eso Jehová se dejó hallar de ellos y les dio paz por todas partes.**

**<sup>16</sup> Aun a Maaca, su propia madre, el mismo rey Asa la depuso de su dignidad, porque había hecho una imagen de Asera; y Asa destruyó la imagen, la desmenuzó y la quemó**

**junto al torrente Cedrón. <sup>17</sup> Con todo esto, los lugares altos no desaparecieron de Israel, aunque el corazón de Asa fue perfecto en todos sus días. <sup>18</sup> Trajo éste a la casa de Dios lo que su padre había dedicado, y lo que él mismo había consagrado, plata, oro y utensilios. <sup>19</sup> Y no hubo más guerra hasta el año treinta y cinco del reinado de Asa.**

La palabra del profeta logró el propósito de Dios en el corazón de Asa: “Cobró ánimo” (versículo 8), y su respuesta fue rápida y notable. Por segunda vez, emprendió una misión de búsqueda y destrucción de ídolos. Esta vez incluyó en su purga las ciudades que había capturado del reino del Norte (Efraín). Aunque ésta fue la segunda vez que tuvo que hacerlo, y aunque la adoración al Señor persistió en los lugares altos (versículo 17), parece bastante claro que estos hechos dicen menos acerca de la fuerza de su resolución de lo que dicen sobre la atracción que la idolatría ejerce en el corazón humano. Tampoco fue solo una respuesta negativa *contra* los ídolos; además, dio los pasos necesarios para reparar el altar de los holocaustos y reunir a su pueblo en una gran fiesta de renovación del pacto.

Asa experimentó bendiciones similares a las que disfrutó Roboam (11:13-17). Su fidelidad al Señor había atraído la atención de algunos creyentes del norte, así que “muchos de Israel se habían pasado a él, viendo que Jehová, su Dios, estaba con él” (versículo 9). Aunque las filosofías de este mundo parezcan ser muy persuasivas, nada se compara con el poder motivador del amor de Dios. Fue de esta forma como Asa pudo reunir a un grupo verdaderamente representativo de todo Israel para la fiesta que había pensado hacer.

El cronista nos dice que Asa llevó a cabo la reunión “en el mes tercero del año decimoquinto” de su reinado (versículo 10). Esto significaría que la celebró junto con la fiesta de las Semanas o Pentecostés (Levítico 23:15-22). Esto también nos permite establecer con cierta precisión que la fecha de la invasión de Zera fue hacia el año 987 A. C., ya que se nos dice que fue durante esta

misma fiesta que “sacrificaron . . . del botín que habían traído, setecientos bueyes y siete mil ovejas” (versículo 11). Aun si se supone que transcurrió algún tiempo entre la invasión y la celebración, todavía pondría la incursión etíope en la última parte del año decimocuarto del gobierno de Asa o a principios del decimoquinto.

El tema de la reunión festiva fue: “[Busquen] a Jehová, el Dios de [nuestros] padres, de todo su corazón y de toda su alma” (versículo 12). Su propósito era permitirle a la nueva generación de creyentes afirmar públicamente su deseo de permanecer en el pacto que Dios había hecho con el pueblo de Israel en el monte Sinaí. Ésta no fue la primera vez que Israel lo había hecho así; se podría decir que todo el libro de Deuteronomio es una forma de renovación del pacto, llevada a cabo bajo la guía de Moisés cuando la nueva generación de israelitas (los que nacieron después de la reunión de Dios con Israel en Sinaí) estaba a punto de entrar a la Tierra Prometida. Después de que la primera fase de la conquista se había terminado, Josué ratificó este pacto con la debida reverencia (Josué 8:30-35; compare con Deuteronomio 27), y al final de su vida lo renovó otra vez (Josué 23,24). La renovación de Asa tampoco será la última vez que los israelitas mismos se vuelvan a comprometer a adorar al Señor. Veremos que sucederá nuevamente durante los reinos de Ezequías y de Josías.

La seria resolución que Asa y su pueblo tomaron ese día se ve en las varias características que siguen. Se hicieron generosas ofrendas propiciatorias (versículo 11). Matarían a quienes no tuvieran la buena voluntad de dedicarse exclusivamente al Señor, sin tener en cuenta el sexo ni el nivel social (versículo 13). Esto estaba de acuerdo con las estipulaciones del pacto que se encuentran en Deuteronomio 13:6-9. Hacen un juramento solemne de lealtad, acompañado de gritos y sonidos de trompetas (versículo 14). Es evidente que eso no fue una simple demostración externa, por lo que dice el versículo 15: juraron con *alegría, de todo corazón y con toda su voluntad*. Y Asa no es un guía más que de solo de palabras. Actúa contra la idolatría aun dentro de su propia

familia, destituye a su abuela Maaca de su alta posición y destruye públicamente “la escandalosa imagen” de la diosa Asera (versículo 16, NVI). Finalmente, lleva regalos al Templo, consistentes en los artículos de plata y oro que él y su padre habían dedicado al Señor (versículo 18).

Podríamos preguntar para qué propósito servían estas renovaciones del pacto. Muchas se realizaron cuando las transgresiones de Israel habían llegado a un punto en el que se podría decir que el pacto ya se había roto; las reformas de Ezequías y de Josías son ejemplos claros de esto. En el caso de la reafirmación que se llevó a cabo casi al final de la vida de Josué, la razón más bien parece ser el fin de una época. Había una nueva generación que estaba por llegar a la edad adulta, los que habían sido los primeros en nacer en la Tierra Prometida. Pronto su gran jefe Josué, que personalmente podía recordar el Sinaí, saldría de escena. Josué quería saber si este nuevo grupo comprometería a servir al Señor. Sin embargo, el tema común a todas las renovaciones del pacto es la idea de que la genuina adoración al Dios verdadero no es algo “que se da por sentado”. Sólo el hecho de que los padres fueran creyentes no daba ninguna garantía de que sus hijos también lo iban a ser. Así que la renovación del pacto era algo importante porque de este modo una nueva generación de creyentes diría que adoptaban exactamente la misma posición que sus padres fieles.

En nuestra propia vida y en cada año de la iglesia tenemos ocasiones similares, solo que las llamamos confirmaciones, día de la Reforma y, si no es ir demasiado lejos, instalaciones. En estas tres ocasiones, individualmente y en grupo, tenemos la oportunidad de decir: “Queremos buscar el Dios de nuestros padres y adorarlo solo a él”. Sin duda, costumbres como éstas seguirán durante mucho tiempo después de que este escritor haya salido de escena. Sólo podemos esperar y orar que dentro de la iglesia luterana estos tiempos de volver a comprometerse con solemnidad sean más que sólo demostraciones externas. Es de suma importancia que cada generación se apropie de las preciosas

verdades salvadoras de la Palabra de Dios.

El cronista dice: “Con toda su voluntad lo buscaban. Por eso Jehová se dejó hallar de ellos” (versículo 15). El hecho es que debemos confesar que nuestro propio corazón traicionero muchas veces nos aleja del camino. Con mucha frecuencia hemos provocado al Señor con nuestros ídolos, con nuestras propias visiones orgullosas de lo que somos y de lo que podemos hacer. Es asombroso que Dios todavía nos hable: Hemos sido muy indignos y estamos muy lejos de merecer los nombres de “hijo” o de “hija”. Siempre que leemos que resaltan los temas de compromiso y lealtad, pronto nos encontramos en la situación que Asa describió antes: “¡No [tengo] fuerzas! Ayúdanos, Jehová, Dios nuestro” (14:11). La verdad es que siempre hay algo que falta en nuestro compromiso, en nuestra dedicación, en nuestra resolución de buscar al Señor. Aunque es una verdad mortificante, es mejor reconocerla. Gracias a Dios que jamás falta nada, nada en absoluto, en su compromiso, en su dedicación y en su resolución de salvarnos.

### ***Un desvío breve por la cronología bíblica***

Antes de que avancemos a la siguiente fase de la vida de Asa, tenemos que considerar dos asuntos que le causan problemas al lector cuidadoso de las Escrituras. La primera dificultad implica las referencias paralelas de tiempo que se nos dan, una en el último versículo de este capítulo y la otra en el primer versículo del siguiente. Se nos dice que Asa tuvo paz “hasta el año treinta y cinco [de su] reinado” y que “en el año treinta y seis” el rey Baasa de Israel trató de mover otra vez la frontera hacia el sur, hacia Judá. El problema consiste en que 1 Reyes 15:33 nos dice que Baasa llegó a ser rey “en el *tercer* año de Asa” y que “reinó *veinticuatro* años”. Parece imposible que ambas afirmaciones sean verdaderas. El rey Baasa habría muerto mucho tiempo antes del “año treinta y seis” de Asa.

En un tiempo hubo numerosas dificultades relacionadas con la aclaración de las fechas de los diversos reyes de Judá e Israel. Fue difícil dar una explicación razonable que tomara en cuenta toda la evidencia bíblica. Entonces, en 1965, un hombre de nombre E. R. Thiele publicó el libro titulado *Los Números Misteriosos de los Reyes Hebreos* en el que resolvió muchos de esos problemas. Comenzó suponiendo que los números que se dan en las fechas bíblicas son exactos, y que los escritores de Crónicas y de Reyes eran todo lo contrario de malos historiadores que no se interesaron en resolver las inconsistencias de sus fuentes.

Algunas de sus mejores soluciones fueron las siguientes. (1) Con frecuencia hubo períodos de gobierno en los que el padre y el hijo gobernaron juntos. Durante ese tiempo ambos reyes contaron los años como años de su gobierno. (2) Algunos escribas dieron fechas de acuerdo con un “sistema de año de ascenso” en el que el primer año *parcial* del gobierno del rey se contaba sólo como un “año de ascenso” y no había sido incluido en el total. Solo los años *completos* (calculados desde el año nuevo hasta el fin del año) se incluían en la cuenta final de los años gobernados. (3) Algunas veces los escribas *no* seguían este sistema de año de ascenso y entonces *todos* los años totales y parciales, contaban como un año y se incluían en el total. Para que usted tenga un concepto más profundo de algunos de los problemas relacionados con la asignación de fechas y con las soluciones de Thiele, pida prestado el libro de Thiele de la biblioteca local o consulte un diccionario extenso de la Biblia.

Hoy el trabajo de Thiele se acepta por lo general entre los eruditos conservadores de la Biblia y se menciona aquí para el beneficio de los lectores que tienen interés en estas cosas. Desgraciadamente, ninguna de las soluciones que se citaron nos ayuda mucho con el problema que tenemos, el cual es “¿Cómo pudo Baasa estar vivo en el año treinta y seis de Asa cuando había muerto diez años antes?” Thiele sugiere que si estos dos números se calcularon a partir *del año en que el reino unido fue dividido en*

*dos*, entonces el problema desaparece. Entonces, la fecha de las acciones hostiles de Baasa hacia el Sur cae alrededor del año 894 A. C. Es muy posible. Sin embargo, con esta “solución” quedan muchas dificultades. Es dudoso que esta sea la última palabra.

El lector puede sacar de esta discusión los siguientes puntos: (1) En un tiempo, fue difícil explicar la mayoría de los números de los reyes hebreos. (2) Apareció alguien que confió en el texto y propuso soluciones que no sólo fueron ingeniosas sino convincentes. Ahora se aceptan ampliamente. (3) La solución de Thiele a nuestro problema especial es más ingeniosa que convincente; sin embargo, (4) sin duda aparecerán otras. Hasta entonces nos consolaremos con la idea de que muchas dificultades bíblicas que una vez se consideraron imposibles de resolver se han resuelto satisfactoriamente. Esta también lo será, sino ahora, en el futuro, cuando lo que es en parcial le dé paso a lo perfecto (1 Corintios 13:9,10).

Sino nos acusan de tener una venda en los ojos cuando se trata del texto sagrado y de tener parcialidades evidentes en nuestro método de interpretación, lo admitimos francamente. No existe la erudición desapasionada, es decir, no en el sentido de que alguien se pueda aproximar al texto libre de prejuicios. Nuestra parcialidad simplemente consiste en que el Señor Jesucristo que se revela a sí mismo en las Escrituras ha confiscado nuestro corazón, mente y voluntad. Lo ha hecho con el poder motivador de su amor. Hemos llegado a confiar en su voz y creer que él no miente. Rechazamos como una adoración idólatra del intelecto humano cualquier método que en efecto se distancie de las sagradas Escrituras y que permita que las personas escojan aquí y allá lo que les atraiga. Por otro lado, nosotros nos seguiremos aproximando a ellas esperando escuchar nada menos que la auténtica voz de Dios, resonando claramente en cada palabra.

El segundo punto que tiene que ver con esta sección del gobierno de Asa sólo se mencionará aquí brevemente. Pertenece más al estudio de la naturaleza humana que a la categoría de las “inconsistencias bíblicas”. Nos referimos al comentario que hace

el cronista de que “el corazón de Asa fue perfecto en todos sus días” (versículo 17). Esto parece difícil de reconciliar con el siguiente capítulo; el tiempo de paz de Asa (versículo 19) se convertirá en guerra, su confianza en Dios se cambiará por una confianza en el hombre, y su ansiosa aceptación de la Palabra profética se convertirá en rechazo hostil. Tal vez, lo más triste de todo es la descripción que encontraremos de un hombre que con terquedad se niega a buscar al Señor. Aquí es suficiente decir que regresaremos a este asunto una vez que hayamos tratado por completo el capítulo siguiente.

*Asá confía en el hombre, rechaza la palabra de Dios y es castigado*

**16** En el año treinta y seis del reinado de Asa, subió Baasa, rey de Israel, contra Judá, y fortificó a Ramá, para cortarle toda comunicación a Asa, rey de Judá. <sup>2</sup> Entonces sacó Asa la plata y el oro de los tesoros de la casa de Jehová y de la casa real, y envió mensajeros a Ben-adad, rey de Siria, que estaba en Damasco, diciendo: <sup>3</sup> «Haya alianza entre tú y yo, como la hubo entre tu padre y mi padre. Aquí te envío plata y oro para que vengas y deshagas la alianza que tienes con Baasa, rey de Israel, a fin de que se aleje de mí.»

<sup>4</sup> Consintió Ben-adad con el rey Asa y envió los capitanes de sus ejércitos contra las ciudades de Israel; conquistaron Ijón, Dan, Abel-maim y las ciudades de aprovisionamiento de Neftalí. <sup>5</sup> Cuando Baasa lo supo, cesó de edificar a Ramá y abandonó su obra. <sup>6</sup> Entonces el rey Asa tomó a todo Judá, y se llevaron de Ramá la piedra y la madera con que Baasa edificaba; y con ellas edificó Geba y Mizpa.

<sup>7</sup> En aquel tiempo vino el vidente Hanani ante Asa, rey de Judá, y le dijo: «Por cuanto te has apoyado en el rey de Siria, y no te apoyaste en Jehová, tu Dios, por eso el ejército del rey de Siria ha escapado de tus manos. <sup>8</sup> Los etíopes y los libios,

**¿no eran un ejército numerosísimo, con carros y mucha gente de a caballo? Con todo, porque te apoyaste en Jehová, él los entregó en tus manos. <sup>9</sup> Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen un corazón perfecto para con él. Locamente has procedido en esto; por eso de aquí en adelante habrá más guerra contra ti.»**

**<sup>10</sup> Entonces se enojó Asa contra el vidente y lo echó en la cárcel, pues se encolerizó mucho contra él a causa de esto. También oprimió Asa en aquel tiempo a algunos del pueblo.**

**<sup>11</sup> Pero los hechos de Asa, los primeros y los últimos, están escritos en el libro de los reyes de Judá y de Israel. <sup>12</sup> En el año treinta y nueve de su reinado, Asa enfermó gravemente de los pies, pero en su enfermedad tampoco buscó a Jehová, sino a los médicos. <sup>13</sup> Y durmió Asa con sus padres; murió en el año cuarenta y uno de su reinado. <sup>14</sup> Lo sepultaron en los sepulcros que él había hecho para sí en la Ciudad de David; y lo pusieron en un ataúd, el cual llenaron de perfumes y diversas especias aromáticas, preparadas por expertos perfumistas; e hicieron un gran fuego en su honor.**

Tal vez, preocupado por los grupos de su propio pueblo que eran atraídos por el compromiso de Asa con el Señor (15:9), el rey Baasa de Israel decidió actuar en contra de sus hermanos del sur y crear el equivalente del Muro de Berlín del Antiguo Testamento. Su motivo fue el mismo que el de los comunistas de Alemania Oriental; quiso impedir la comunicación y la movilización entre los dos países (versículo 1).

La siguiente acción de Asa es enigmática, es decir, para los creyentes. Pero para cualquiera que haya sido instruido en el arte de la política práctica, es perfectamente entendible. Fundamentalmente Asa sobornó a Ben-adad, el gobernador de Siria y de Damasco, para que rompiera su alianza con Israel y en su lugar hiciera una alianza con él para hostigar al rey israelita. Asa calculó que si a Baasa se le obligaba a luchar contra una

amenaza aramea a sus espaldas, se vería obligado a abandonar su actividad hostil a lo largo de las fronteras de Judá (versículo 3). Para hacer más apetecible la cantidad del soborno, Asa retiró los tesoros del Templo del Señor, que recientemente había puesto allí (versículo 2; compare con 15:18).

Si el éxito se midiera solo porque una política alcanza sus metas, entonces podemos decir que Asa tuvo éxito. Ben-adad despachó sus tropas para que hicieran algunos estragos en los cantones del norte de Israel. Neftalí fue humillado. Baasa se vio obligado a abandonar por completo el proyecto de las fortificaciones (versículos 4,5). La política de Asa también produjo una ganancia inesperada: las maderas y las piedras que dejaron los hombres de Baasa fueron muy útiles en la construcción de las fortificaciones de Asa en Geba y Mizpa (versículo 6). Allí permanecería la frontera durante el resto del tiempo del reino dividido. Un político práctico podría haber dicho: “¡Buen trabajo, Asa! Una victoria sin sangre.”

Sin embargo, el profeta de mirada clara vio las cosas de manera diferente. Hanani el vidente fue para reprender fuertemente al rey, poniendo el asunto en su contexto espiritual. Como Señor de todo, Dios sabe más que el arte de “lo que es práctico”. Siempre que discutamos los aspectos prácticos, haremos bien en recordar que los discutimos sólo desde el punto de vista humano. A los que confían en él, Dios los hace maestros de lo imposible y los capacita para hacer mucho más de lo que hubieran imaginado. Al hacer un trato con Ben-adad, Asa pensó de manera limitada y se subestimó a sí mismo (y a Dios). Si en cambio hubiera confiado en el Señor, hubiera sometido tanto a Baasa como al rey de Siria (versículo 7).

El profeta dijo entonces que la propia experiencia espiritual anterior de Asa le debió enseñar esto. Decididamente, las probabilidades estuvieron en su contra cuando enfrentó a los etíopes y a los libios. Pero las posibilidades humanas no importan para el que sabe de dónde viene su ayuda. “Porque te apoyaste en Jehová, él los entregó en tus manos” (versículo 8). Y la ayuda de Dios no se limita a un lugar, a una ocasión, a una batalla, Dios está

vigilando todas las veces y en todos los lugares para fortalecer a quienes depositan toda su confianza en él (versículo 9). La reprensión del Señor, cuando vino, fue fuerte y directa como una vez lo hizo Natán con David (vea 2 Samuel 12:7): “Actuaste como un necio [NVI]” (versículo 9). (Recuerde que en la Biblia la palabra necesidad es más que simple estupidez; es pasar por alto voluntariamente la clara revelación de Dios, como lo muestra con claridad el uso en este contexto). Cuando llegó el anuncio de la consecuencia del pecado, fue igual de directo: “De aquí en adelante habrá más guerra contra ti” (versículo 9).

¡Qué golpe! Allí está usted, flotando en un mar de bienestar, pensando que todo está muy bien, cuando de repente descubre que nada está bien. La expresión correcta para esto es “flotando”, porque esto es exactamente lo que sucede cuando olvidamos lo impotentes que somos por naturaleza, cuando pasamos por alto las advertencias de las Escrituras que nos cuentan del poder de nuestros enemigos en orden de batalla contra nosotros. La tormenta del mal siempre está furiosa, dentro y fuera de nosotros, aunque nos sintamos seguros dentro del ojo del huracán. Cuando las cosas van muy bien, es muy probable que nos olvidemos de que nuestra situación sería muy desesperada si alguna vez Dios nos quitara su ayuda. Entonces, sobre todo debemos orar “¡Señor, no nos dejes caer en tentación! ¡Líbrame de tener una sensación de seguridad mundana! ¡Guárdame de ufanarme!”

Aquí también podemos notar la franqueza del vocero del Señor. En estos días se escribe tanto sobre la “habilidad de tratar con la gente” que deben tener los pastores; “que aprendan a tener tacto; enséñenles a comunicarse bien y a evitar poner obstáculos innecesarios contra el entendimiento”. Este escritor no podía estar más de acuerdo con los que hablan de la importancia de todas estas cosas; por supuesto no hay ninguna virtud en ser brusco y descortés. Sin embargo, cuando se trata de anunciar el juicio de Dios sobre el pecado, debemos tener cuidado de no esperar lo imposible. El apóstol dice: “La ley produce ira” (Romanos 4:15). Si todos aman al pastor porque tiene tanto tacto que nunca habla

de las cosas como son, entonces ha dejado de ser el vocero de Dios, y no le hace mucho bien a su gente. ¡Cuando por el tacto enmascara la severidad de la ley de Dios que el pecador necesita escuchar, mejor denme un hombre que sea franco!

Es una lástima que Asa no respondió con una confesión sincera a la franqueza con que le habló el profeta, como lo hizo David su padre. En cambio, vemos que reacciona como aquellos a quienes no les agrada el mensaje que Dios les manda; se ponen furiosos con el mensajero. En efecto, Asa se enfureció tanto que puso a Hanani en prisión. La palabra hebrea para prisión significa algún tipo de tortura física, literalmente “un lugar retorcido”. Tal vez esto se refiera a la costumbre de mantener a los prisioneros en posiciones incómodas, con los miembros retorcidos con elementos como cepos. Sabemos que Jeremías sufrió una suerte semejante (Jeremías 20:2). Asa, el primer rey en comenzar una reforma como consecuencia del estímulo de un profeta, también fue el primer rey que se menciona en las Escrituras que sometió a un profeta al abuso físico.

Su furia no quedó satisfecha con torturar a un hombre de Dios; también “oprimió” brutalmente a algunos de su pueblo (versículo 10), muy probablemente a los partidarios del profeta. Esto también representa un cambio completo del hombre que vimos en el capítulo 13; allí había guiado al pueblo como un verdadero pastor con el espíritu de David, aquí vemos el espíritu de un tirano cruel.

Aunque las dos cosas no se relacionan específicamente en nuestro texto, la enfermedad que atacó a Asa en su año treinta y nueve probablemente fue la manera como el Señor le recordó su pecado y le mostró quién estaba a cargo. Nos la describe como una enfermedad de los pies que lo atacó con una gravedad insólita. Pero así como se había mostrado intransigente en su posición hacia la idolatría, también demostró su obstinación hacia el Señor cuando se enfermó: “Tampoco buscó a Jehová, sino a los médicos” (versículo 12).

Antes de que interpretemos la última observación de la crítica áspera del cronista contra los médicos, debemos entender que la

condenación aquí es que Asa no buscó al Señor; su confianza en los médicos demostró que no estaba dispuesto a depender de Dios. Cuando ése no es el motivo, no hay pecado, pero si confundimos al médico con Dios y damos por sentado que Dios no nos puede ayudar, que solo lo puede hacer el médico, entonces cometemos el pecado de Asa. Completamente aparte de todo esto, también es posible que estos médicos usaran la superstición y la idolatría para hacer sus curaciones, métodos completamente ilegítimos.

Lo que más nos preocupa de Asa es si murió en la fe o no. Es muy posible que usted no esté de acuerdo con la respuesta que va a leer; eso es perfectamente aceptable. Por suerte, a ninguno de nosotros se nos ha dado la tarea de determinar el destino eterno de otra persona después de la muerte. Estamos muy contentos de dejar ese asunto en las manos del Señor. Sin embargo, como parece que el texto mismo hace surgir la pregunta, vale la pena hacer por lo menos un intento para contestarla con el entendimiento pleno de que no hemos resuelto el asunto.

Comenzamos con la evidencia que da el versículo 17 del capítulo anterior. Las palabras parecen muy claras: “El corazón de Asa fue perfecto en todos sus días” (vea también 1 Reyes 15:14). Este tampoco es un caso aislado de una evaluación positiva. Después el cronista utiliza a Asa como uno de esos “reyes de referencia” cuyo comportamiento era un ejemplo para los sucesores (vea 20:32; 21:12). Le podemos agregar a esto la pompa y la solemnidad que tuvo su funeral. Se encendió en su honor un gran fuego especial (cuyo significado exacto se desconoce), al que se le habían añadido especies aromáticas. Esto no era algo que acompañaba los funerales de reyes menores (vea 21:19,29). Por lo visto, en la opinión del pueblo había sido un buen rey, cuya muerte merecía lamentarse. Finalmente, el relato paralelo en 1 Reyes 15:9-24 ve a Asa como uno de los reyes que “hizo lo recto . . . como David, su padre” (1 Reyes 15:11). Es solo el cronista quien menciona el giro oscuro que dio la vida de Asa al final. Con base en esta evidencia, preferimos ver a Asa como un creyente, un creyente que cayó grave y públicamente pero que murió en la fe.

¿Se acuerda de esos dos proverbios que consideramos al comienzo del relato de Asa? Ambos eran la verdad. Sin embargo, en ninguno de los dos se encontraba toda la verdad. Algunas veces lo mejor es no decir nada cuando se escuchan conversaciones necias. Otras veces es necesario decir lo que uno piensa. Así como los dos proverbios son verdad y no pueden ir el uno sin el otro, así fueron las dos fases de la vida de Asa. Aquí tenemos a un rey que había logrado buenas cosas para su pueblo, resistiendo el gran océano de idolatría que amenazó arrastrarlos. Pero actuó neciamente confiando en Ben-adad, rechazando la palabra del Señor, abusando de su pueblo y negándose obstinadamente a buscar la ayuda del Señor en su enfermedad.

A diferencia de Dios, solo podemos evaluar el estado espiritual de la gente por lo que vemos y oímos. Nos podemos preguntar: ¿La maldad de Asa al final anuló completamente la evidencia del bien que vemos al comienzo y durante la mayor parte de su vida? Parece que la respuesta del cronista es que no. Tal vez podamos describir los pecados de sus últimos días, como una caída similar a la de David con Betsabé. Una caída de la gracia, pero no una caída más allá de la esperanza de recuperarse. La podemos concebir como algo producido por la repentina reprimenda y por la embestida de la furia que sintió al ser humillado. Con el correr del tiempo, bien pudo haberse sentido atrapado por la vergüenza, de modo que construyó a su alrededor un muro que, en lo muy profundo, sabía que era hueco. Al final, ese sentimiento de vacío maduró, por la gracia de Dios, en arrepentimiento auténtico. Más de una persona al final de su vida ha visto las cosas claramente ante la circunstancia de la proximidad de su muerte.

¿No está convencido? No vamos a discutir. Usted tiene la libertad de estar en desacuerdo. Todos podemos estar de acuerdo en que la presentación del cronista no les ofrece ninguna ayuda ni consuelo a quienes posponen el arrepentimiento. Los matices sombríos que el cronista usa para describir la imagen de los años finales de Asa resaltan más en más cuando se contrasta con el brillo de sus inicios. Esos buenos años y la manera súbita como

cayó nos deben enseñar a todos a procurar nuestra salvación con temor y temblor (Filipenses 2:12). Si un rey tan bueno como él pudo tropezar, ¿qué tal nosotros?

### ***El reino de Dios bajo Josafat***

En el relato que hace el cronista acerca de Josafat, lo primero que el lector nota es que es más largo en comparación con el relato paralelo de 1 Reyes. Nuestro escritor le ha dedicado casi tanto espacio a Josafat como le dedica después al buen rey Ezequías. En contraste, en 1 Reyes a Josafat le dan apenas diez versículos. La razón para esto parece ser el deseo que hay en el escritor inspirado de 1 Reyes de concentrarse en el ministerio de Elías, el cual tuvo lugar en el Norte. Como hemos visto, el corazón del cronista siempre ha estado en el reino del Sur, ese reino donde el Señor había hecho que su nombre habitara y que su ungido gobernara.

Como con Asa antes de él, aquí tenemos un rey que es una mezcla de lo bueno y lo malo, aunque el contraste entre los dos es menos fuerte en el caso de Josafat. Por medio de una hábil combinación de luz y sombra, el cronista pinta para su pueblo la imagen de un rey cuyas buenas cualidades están allí para fortalecer su esperanza y para darles un modelo piadoso a seguir. Por otro lado, les presenta sus debilidades como señales de advertencia: Estos, oh Israel son caminos que se deben evitar si quieren vivir en paz con Dios y evitar su ira (19:1,2,10).

Si hay un tema que abarque todo y que una todos los capítulos que describen el reino de Josafat, es el de que Dios se opone a cualquier alianza malvada. Un creyente que se mantiene con el Señor conocerá la paz de Dios y cosechará grandes bendiciones (capítulo 17). Cuando camina de acuerdo con los impíos, sin que importe cuán resplandecientes puedan parecer sus caminos, se está engañando a sí mismo y va en camino al desastre (capítulo 18). El buen juicio viene de los funcionarios que se preocupan por el juicio de Dios (capítulo 19). Él es justo y protege a su pueblo de

toda mala alianza (20:1-30). Dios es justo y se opone al matrimonio de la luz con la oscuridad. (20:37)

*El primero aliado de Josafat y el mejor:  
el Dios de sus padres*

**17** Reinó en su lugar Josafat, su hijo, el cual se hizo fuerte contra Israel. <sup>2</sup> Puso ejércitos en todas las ciudades fortificadas de Judá y colocó gente de guarnición en tierra de Judá, y en las ciudades de Efraín que su padre Asa había tomado.

<sup>3</sup> Jehová estuvo con Josafat, porque anduvo por los caminos que anteriormente había seguido David, su padre; no buscó a los baales, <sup>4</sup> sino que buscó al Dios de su padre y anduvo en sus mandamientos, no según las obras de Israel. <sup>5</sup> Por tanto, Jehová confirmó el reino en sus manos; todo Judá traía a Josafat presentes, y tuvo riquezas y gloria en abundancia. <sup>6</sup> Se animó su corazón en los caminos de Jehová, y quitó los lugares altos y las imágenes de Asera de en medio de Judá.

Al principio parece que Josafat vio las cosas con claridad. Se negó a tener tratos con el reino del Norte y en cambio “se hizo fuerte contra Israel” (versículo 1). Se encargó de que hubiera guarniciones no solo en las ciudades de Judá sino también “en las ciudades de Efraín que su padre Asa había tomado” (versículo 2). El motivo de Josafat en todo esto no fue militar sino espiritual; estaba consciente de la creciente popularidad de la adoración a Baal en el norte, y no quería tener nada que ver con eso (versículo 3).

Al casarse su hijo Acab con Jezabel, la poderosa hija del rey de Tiro, el rey Omri de Israel inadvertidamente había introducido un nuevo elemento en la mezcla espiritual de su país. La idolatría ya había florecido extraordinariamente durante largo tiempo en



declaraciones positivas de nuevo en forma de quiasma anidadas en el centro, como si estuvieran enmarcadas por dos negativas.

Tal vez esta pequeña excursión por el antiguo estilo hebreo no le atraiga mucho, y se pregunte cuál puede ser el objeto de todo esto. Estos estudios son útiles porque detectamos en dónde ponía el énfasis el escritor original. Cuando se dispone de un discurso construido con tanto esmero como este, el lector cuidadoso sabe que el escritor quiere llamar especialmente la atención al mensaje que comunican las palabras. Si desea, puede considerarlo como un tipo de exclamación antigua que empareja la firmeza de la conducta del rey con la elegancia de su descripción.

¿Cuáles fueron los resultados de la devoción de Josafat al Señor? “Jehová estuvo con [él]” (versículo 3). Dios mismo se alió con Josafat e hizo suya la causa del rey. Y siempre que el Señor hace eso, suceden cosas buenas. Dios derramó sus bendiciones sobre el rey. El Señor mismo se encargó de que el reino estuviera bajo el control firme de Josafat (versículo 5). Sus súbditos le presentaron regalos como señal de su afecto (versículo 5). Esta última frase, a propósito, es una expresión poco común. Las Escrituras dicen con frecuencia que las naciones súbditas le presentaban regalos como tributo al rey de la nación que tuviera poder sobre ellas, pero casi nunca se dice que el pueblo de Judá e Israel le dieran regalos a su propio rey. El otro único caso que tenemos de esto está en 1 Samuel 10:27, donde se nos dice que algunos alborotadores se negaron a darle presentes a Saúl.\* De nuevo, aquí el punto es que al usar esa expresión poco común, el cronista llama la atención a la naturaleza extraordinaria de su acción, como si nos estuviera exhortando para que nos demos cuenta del afecto especial que existía entre este rey y su pueblo. ¡Que bendiciones tan grandes derramó Dios sobre Josafat!

Aunque “tuvo riquezas y gloria en abundancia” (versículo 5), el éxito no hizo que su corazón cambiara ni dejara de buscar al Señor (versículo 6). Aquí tenemos nuevamente una impresionante

---

\* Japhet, p. 747.

selección de palabras. Para el hebreo traducido en la RV-95 como “se animó” (versículo 6), el cronista usa un verbo que las Escrituras emplean con más frecuencia en un sentido malo. Literalmente significa “ser superior, ser exaltado”. Cuando se aplica a la actitud de una persona, se convierte en la expresión común hebrea para “ser altivo, ser orgulloso”. Éste es el significado que normalmente se le atribuiría, pero el cronista confunde las expectativas de sus lectores y en cambio utiliza la palabra con un sentido positivo. El efecto de toda su oración es similar a uno de esos dichos irónicos que hay en nuestro idioma que terminan con un final sorprendente, por ejemplo: “usted tiene que ser *cruel* . . . para ser *bondadoso*” o “Ella ya no sabía *qué más hacer con él* . . . por eso *se casó con él*”. Así también el cronista dice aquí “su corazón se *enorgulleció*. . . *en el Señor*”. La intensidad de la sorpresa hace que el lector se detenga y piense en lo extraordinario que era el rey Josafat.

En vez de permitir que estas bendiciones se convirtieran en ídolos que lo alejaran del Señor, la honra y la riqueza de Josafat le sirvieron para renovar más su percepción de la gracia y de la bondad de Dios. Y su respuesta fue que “quitó los lugares altos y las imágenes de Asera de en medio de Judá” (versículo 6). Éste fue un rey verdaderamente notable por su piedad. Cuántas veces la fama y la fortuna hacen a la gente tan grande en su propio concepto que ya no tienen tiempo para el Dios de sus padres. Llegan al punto que casi esperamos que digan: “Ah sí, yo creía todo eso, pero ahora las cosas son diferentes. Simplemente ya no necesito más a Dios.” Pero Josafat no estaba deslumbrado, su corazón no había cambiado. La riqueza no tiene que significar el fin de la relación de una persona con Dios.

**<sup>7</sup> Al tercer año de su reinado envió a sus príncipes Ben-hail, Abdías, Zacarías, Natanael y Micaías, para que enseñaran en las ciudades de Judá. <sup>8</sup> Con ellos envió a los levitas Semaías, Netanías, Zebadías, Asael, Semiramot, Jonatán, Adonías, Tobías y Tobadonías, y también a los sacerdotes**

**Elisama y Joram, <sup>9</sup> los cuales enseñaron en Judá, llevando consigo el libro de la ley de Jehová; y recorrieron todas las ciudades de Judá enseñando al pueblo.**

Una vez Lutero escribió: “Así como no hay fuego sin calor y sin humo, tampoco hay fe sin amor. . . . Y como Dios no necesita nuestro trabajo . . . , el cristiano se apresura a darse a sí mismo de todo corazón a su prójimo, sirviéndole y ayudándole gratuitamente.”\* Son palabras apropiadas para describir la fe de un rey que no estaba satisfecho sólo con fortificar su reino contra los enemigos externos; también le ayudó a su pueblo a fortalecerse interiormente. Esta imagen de un rey que enseña casi no tiene paralelo en el Antiguo Testamento. Es verdad que pensamos en David y en la manera en que le enseñó a Israel a alabar al Señor con palabras inspiradas que se acompañaban con música. Recordamos el maravilloso ejemplo y la oración de Salomón el día de la dedicación del Templo, pero Josafat va mucho más allá de esto: organizó una delegación compuesta por sus propios funcionarios, levitas y sacerdotes especialmente escogidos, y los envió “a todas las ciudades de Judá” para que hicieran su trabajo entre el pueblo (versículo 9).

La composición de esta delegación es de por sí interesante. Es bien conocido que Dios les había dado a los sacerdotes la responsabilidad principal de enseñarle al pueblo “La Ley del Señor” (Levítico 10:11; 2 Crónicas 15:3; Jeremías 18:18; Hageo 2:11). Pero aquí no solo vemos a los levitas sino también a los funcionarios del rey unidos con los sacerdotes en la misma misión de enseñar. Como lo habíamos observado antes, es bueno recordar que algunas de las claras divisiones que los países han establecido entre lo sagrado y lo secular no fueron de mucho interés para el antiguo Israel; para ellos “el Libro de Ley del Señor” (la Tora, o

---

\* Martin Luther, *Day by Day we Magnify Thee, Daily Readings for the Church Year from the Writings of Martín Luther*, Philadelphia: Fortress Press, 1984, p. 246.

los primeros cinco libros de Moisés) era la Biblia, la Constitución, el código legal civil y criminal y el manual de adoración, todos comprendidos en un solo libro. El reino de Dios era de ellos, y su rey era el ungido del Señor. Al tener esto presente, de ninguna es sorprendente ver trabajando a un grupo como éste. Sin duda, cada miembro de la delegación se concentró en enseñar lo que era apropiado a su propio oficio.

De esta manera, Josafat demostró que era un verdadero rey “pastoral”. Una cosa es tratar de proteger a su pueblo de los peligros externos; otra cosa derrumbar todas las imágenes físicas e ídolos repugnantes dentro de su propio reino. Sin embargo, mantener a distancia la influencia del mundo, destrozando altares y derribando imágenes no protegerá a nadie del poder mundano que obra en cada uno de nosotros, el poder de nuestro propio ser pecador. Sólo la Palabra de Dios puede derrumbar los ídolos de los lugares altos que hay en nuestro corazón.

Necesitamos la ley de Dios para hacer añicos los ídolos del orgullo, para quitar los lugares altos dedicados a la riqueza y al poder y para romper las imágenes repugnantes del egoísmo, la avaricia y la sexualidad ilícita. Pero más aun necesitamos las promesas de Dios en Cristo para que le den consuelo y reposo a nuestra conciencia ansiosa que nos acusa, y para fortalecernos con alegría y poder por medio de su gracia incomparable. ¡Qué parecido a Cristo se muestra Josafat! Y a su vez, nuestro Salvador nos insta para que nos parezcamos a él, dándonos a los demás lo que hemos recibido de él gratuitamente.

Y cuanto más tratamos de regalar el amor de Dios, más descubrimos que lo estamos recibiendo. “No puedes igualar con tus ofrendas la cantidad de bendiciones que Dios derrama sobre ti”, fue un principio de mayordomía que Josafat encontró que era totalmente cierto en su propia vida.

**<sup>10</sup> El terror de Jehová cayó sobre todos los reinos de las tierras que estaban alrededor de Judá, de manera que no osaron hacer guerra contra Josafat. <sup>11</sup> Los filisteos traían**

**presentes y tributos de plata a Josafat. Los árabes también le trajeron ganados, siete mil setecientos carneros y siete mil setecientos machos cabríos.**

**<sup>12</sup> Iba, pues, Josafat engrandeciéndose mucho; edificó en Judá fortalezas y ciudades de aprovisionamiento. <sup>13</sup> Llevó a cabo muchas obras en las ciudades de Judá, y tuvo hombres de guerra muy valientes en Jerusalén. <sup>14</sup> Éste es el número de ellos según sus casas paternas:**

**De los jefes de los millares de Judá, el general Adnas, y con él trescientos mil hombres muy esforzados. <sup>15</sup> Después de él, el jefe Johanán, y con él doscientos ochenta mil hombres.**

**<sup>16</sup> Tras éste, Amasías hijo de Zicri, el cual se había ofrecido voluntariamente a Jehová, y con él doscientos mil hombres valientes.**

**<sup>17</sup> De Benjamín, Eliada, hombre muy valeroso, y con él doscientos mil hombres armados de arco y escudo. <sup>18</sup> Tras éste, Jozabad, y con él ciento ochenta mil dispuestos para la guerra.**

**<sup>19</sup> Estos eran siervos del rey, sin contar los que el rey había puesto en las ciudades fortificadas en todo Judá.**

Dios demuestra que es un aliado fuerte y hábil. ¿Tuvo Josafat ciudades fortificadas y guarniciones? Muy bien, Dios pondría el “pavor del Señor” sobre las naciones enemigas que rodeaban a Judá. Éste no es el temor en el sentido de confianza reverente y respetuosa; es solo el terror y el pánico que sobrecoge a los que se dan cuenta de que enfrentan poderes sobrenaturales demasiado fuertes para ellos. Ésta es el arma secreta del arsenal israelita (Éxodo 15:16; Josué 2:9; 1 Crónicas 14:17; 2 Crónicas 14:14; 20:29). Sin embargo, el terror de sus enemigos al estar en el lado opuesto al Señor significa la bendición de paz para el pueblo de Dios, una seguridad mucho más perdurable que cualquiera que puedan ofrecer muros y fortalezas (versículo 10).

Y Dios hizo más que poner temor en el corazón de los gentiles, también motivó a algunos de ellos para que se acercaran a su

ungido y le llevaran regalos. Los filisteos, que en un tiempo fueron los grandes enemigos de Israel, ahora llegaron llevando plata y oro. Los árabes también fueron con sus manadas y sus rebaños. No es difícil ver aquí nuevamente en la descripción que hace el cronista de Josafat, la sombra del Mesías de Israel que vendría, como lo describe la profecía del Antiguo Testamento (Salmo 72:10; compare con Isaías 60:6; Mateo 2:11).

Como Dios es esa clase de aliado, todavía no estaba satisfecho. Siguió agregando gracia sobre gracia, bendición sobre bendición. “Iba, pues, Josafat engrandeciéndose mucho” (versículo 12). Dios le permitió construir más fortalezas y ciudades con provisiones para cuando los sitiaran. También se adaptó a la necesidad de su antiguo pueblo de ver señales tangibles de su protección, dándole a Josafat un ejército tan enorme que hubiera sido locura atacarlo. Si sumamos las cifras de nuestro texto, llegamos al asombroso total de más de un millón de hombres de Judá y Benjamín. Y estos no incluían a “los que el rey había puesto en las ciudades fortificadas en todo Judá” (versículo 19). Josafat nunca hubiera podido acumular este poder si el Señor no hubiera estado con él.

Este es el momento de considerar la pregunta más amplia: ¿A qué parte de la secuencia del discurso del cronista sobre Josafat corresponde este capítulo? Él nos ha dado la descripción de un rey fiel, de un rey pastoral, de un rey que dependía de las promesas de Dios y que por lo tanto podía contar con Dios como su aliado. El enorme derramamiento de bendiciones que recibió: riqueza, fama, el amor de sus súbditos, libertad de la guerra, ciudades fortificadas, muchas tropas, hizo que se jactara en el Señor en vez de jactarse de en su propio poder y fortaleza. También hemos notado debidamente la sombra del Mesías en la descripción que nos da el cronista de Josafat.

No obstante, tan pronto como decimos todo esto, enfrentamos el inexplicable gran poder del pecado que obra en nosotros. Éste fue un buen rey, un rey piadoso y devoto; lo tuvo todo, ¡siendo Dios su aliado! Entonces, ¿qué razón posible pudo haber tenido él para “[emparentar] con Acab” (18:1)? Ésta es una pregunta que el

cronista también quiere que nosotros consideremos.

Sencillamente no se puede argumentar con el sentido mundano de esa alianza. ¿Por qué Judá e Israel tenían que seguir desangrándose en una guerra infructuosa cuando había tantos enemigos fuera de sus fronteras contra los que ellos se podían unir? Había muchas cosas que hacían a Acab atractivo como aliado. Había sido muy capaz de deshacerse de su rival regional más grande, Ben-adad de Damasco (1 Reyes 20). No solo eso, en coalición con varios otros poderes regionales, él se había mostrado capaz de contrarrestar la fortaleza creciente de Asiria. En el año 853 A.C., Acab y sus aliados combatieron a Salmanasar III de Asiria hasta detenerlo en la batalla de Qarqar, poniéndoles de esta manera un freno temporal a las ambiciones de Salmanasar por Palestina. Pero los asirios no habían dejado de existir y Ben-adad todavía era una amenaza. Al oriente del Jordán, los moabitas daban indicios de rebelión y nadie podía estar seguro de las intenciones de los edomitas que estaban al sur. Además, siempre estaba el cocodrilo (Egipto) a lo largo del Nilo en quien pensar. En un mundo atemorizante como ése, sería bueno para Acab y Josafat que se contaran como amigos.

Además de la razón militar, también hubo incentivos económicos. Acab era aliado de Tiro. Josafat controlaba a Edom, por lo menos la ciudad portuaria de Ezyón-géber (vea 20:35-37). El comercio entre el Mediterráneo y el Oriente se podría restablecer, como en los días de Salomón. Por supuesto, los beneficiarios directos de este comercio serían los dos reyes, Josafat y Acab, por cuyos territorios pasaba.

Sin duda, una alianza con Acab era muy recomendable desde el punto de vista mundano. En efecto, parecía una idea tan buena que una persona no espiritual tendría que preguntarse si era sabio qué de Josafat se mantuviera tan distante al principio. ¿Por qué seguir con la fracasada política de Roboam, de Abías y de Asa?

¡Porque era pecado hacer un trato con un hombre como Acab, ésta es la razón! Ésta fue la respuesta del cronista. Ninguna cantidad de propaganda ni de promoción económica podía cambiar

esa clara verdad. La asociación con Israel y con la casa de Omri casi arruinó a Judá y a la casa de David. Y como ya hemos visto, Dios le había dado bendiciones sustanciales a Josafat *sin* que estuviera aliado con Acab. Verdaderamente, Josafat no necesitaba la ayuda de Acab; pero de todas maneras la deseaba, y por eso casó a su hijo con la hija de Acab. El trato se hizo. Otra vez preguntamos ¿por qué?

Ésta es exactamente la naturaleza del pecado. No tiene sentido que la gente prefiera la oscuridad a la luz; tampoco tiene sentido que la gente se atrape ella misma dentro de los caminos destructivos de la vida. No tiene sentido que la gente resista al buen Dios que la hizo. Sin embargo, lo hacen de todos modos. ¿Nos da esto una idea de lo que enfrentamos cuando confrontamos el poder del pecado que hay dentro de todos nosotros? Los atletas, cuando se preparan para competir en un gran partido, suelen decir: “Sólo necesito concentrarme”. Quieren decir que necesitan concentrar todo su poder interior en el desafío inmediato. Un error, la distracción de la mente por un momento puede significar la diferencia entre la gloria en el podio de los ganadores o la tristeza en el camerino.

En asuntos espirituales no ayudará mucho concentrarse en los poderes internos de sí mismo ni en la próxima tarea, excepto darse cuenta de que lo primero es inadecuado y lo último imposible. Por naturaleza, no nos podemos concentrar: el pecado hace que nuestra mente vaya pasando de una cosa despreciable a la otra. Hasta los cristianos debemos admitir que nos alejamos con facilidad de nuestro Dios, atraídos por la última novedad que brille. A la ligera nos extraviamos en el desierto de la necesidad, donde un deseo le da lugar a otro, en una interminable sucesión de deseos. Muy conscientes de nuestra propia falta de fortaleza, sólo podemos volvernos a nuestro Dios y pedir: “Señor, en amor, ayúdame a mantenerme concentrado. Ayúdame a fijar mi corazón en ti y a huir horrorizado de cualquier cosa que me pueda separar de tu amor.”

***Josafat hace una alianza con el mal, pero escapa con vida***

De vez en cuando, las Escrituras nos invitan a hacer un recorrido por el mundo clandestino del mal, donde la oscuridad pretende ser luz, donde su más grande enemigo se presenta como su mejor amigo y donde las mentiras pretenden ser la verdad. Dios quiere que observemos con cuidado las situaciones bíblicas en donde se puede ver muy claramente la realidad del pecado, de tal manera que obtengamos una comprensión de nuestras luchas diarias, en las cuales nuestra visión con frecuencia es mucho menos clara.

**18** Tenía, pues, Josafat riquezas y gloria en abundancia; y emparentó con Acab.

<sup>2</sup> Después de algunos años descendió a Samaria para visitar a Acab, por lo que Acab mató muchas ovejas y bueyes para él y para la gente que con él venía, y le persuadió que fuera con él contra Ramot de Galaad. <sup>3</sup> Y dijo Acab, rey de Israel, a Josafat, rey de Judá:

—¿Quieres venir conmigo contra Ramot de Galaad?

Él respondió:

—Yo soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo; iremos contigo a la guerra.

<sup>4</sup> Además dijo Josafat al rey de Israel:

—Te ruego que consultes hoy la palabra de Jehová.

Como comentó Lutero una vez: “El desastre de la incredulidad comenzó con una duda pequeña que parecía inocente.” Lo que se aplica a la incredulidad muchas veces también es cierto acerca de la caída en pecados graves. El pecado en su primera manifestación parece ser muy pequeño e inocente. En el caso de Josafat parecía ser sólo un asunto de matrimonio. ¿Acaso no era frecuente que los reyes hicieran alianzas por medio del matrimonio? ¿No había habido ya suficiente conflicto entre Israel y Judá? ¿Por qué no hacer la paz y sellar el trato con el matrimonio de su hijo mayor,

Joram, con Atalía, la hija de Acab?

Entonces llega el momento de pagar la cuenta. “Después de algunos años”, Acab tuvo un problema. ¿Podría ayudarlo este nuevo parentesco adquirido por medio del matrimonio? Parece que Ben-adad de Siria Damasco no había cumplido una de las promesas de su tratado y se había negado a devolverle a Acab la ciudad estratégica de Ramot de Galaad, que había sido capturada anteriormente por los arameos (vea 1 Reyes 20:34). Acab invitó a Josafat a Samaria y organizó una gran fiesta (versículo 2) con el fin de persuadirlo para que se le uniera en una expedición contra Ramot de Galaad. La traducción “persuadió” es bastante débil para dar el sentido de la palabra hebrea. “Incitó” o “tentó” hubiera sido mejor, y “sedujo” de ninguna manera es muy fuerte. La palabra aparece en contextos como en Deuteronomio 13: “Si te incita tu hermano, . . . *diciendo en secreto*: ‘Vamos y sirvamos a dioses ajenos’, . . . no consentirás con él ni le prestarás oído” (Deuteronomio 13:6,8).

¿Se deslumbró Josafat con la fiesta que le ofreció Acab para demostrarle su afecto? ¿O fue que él se sintió obligado a cumplir el compromiso que se había establecido en el tratado? ¿Quién podrá decir alguna vez con seguridad cuál será el pretexto de una persona para caer en tentación? Todo pecador encuentra una hoja de higuera para cubrirse. De hecho, la expresión de compromiso de Josafat con su aliado no pudo haber sido más entusiasta: “Yo soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo; iremos contigo a la guerra” (versículo 3). Aquí es importante tomar nota de cómo Josafat se asoció por completo con las intrigas y los planes de su aliado. No mantuvo ni la más mínima distancia espiritual. Sólo *después* de comprometerse, le pidió a Acab que “[consultara] . . . la palabra de Jehová” (versículo 4). Tal vez lo hizo para aliviar el remordimiento de su conciencia. Debió haberlo hecho mucho antes. Ahora solo podía buscar el consejo del Señor con la esperanza desesperada de que los planes que él ya había hecho coincidieran con la voluntad del Señor. ¡Todo lo contrario al espíritu de la oración!

**<sup>5</sup> Entonces el rey de Israel reunió a cuatrocientos profetas y les preguntó:**

**—¿Iremos a la guerra contra Ramot de Galaad, o me estaré quieto?**

**Le respondieron:**

**—Sube, porque Dios los entregará en manos del rey.**

**<sup>6</sup> Pero Josafat dijo:**

**—¿Hay aún aquí algún profeta de Jehová, para que por medio de él consultemos?**

**<sup>7</sup> El rey de Israel respondió a Josafat:**

**—Aún hay aquí un hombre por medio del cual podemos preguntar a Jehová; pero yo lo aborrezco, porque nunca me profetiza cosa buena, sino siempre mal. Es Micaías hijo de Imla.**

**Respondió Josafat:**

**—No hable así el rey.**

**<sup>8</sup> Entonces el rey de Israel llamó a un oficial y le dijo:**

**—Haz venir enseguida a Micaías hijo de Imla.**

¿Quiénes fueron los “profetas” que Acab llamó? El texto indica que eran profetas que verdaderamente creían que hablaban en nombre del Señor, profetas que habían escapado de la espada de Jezabel (1 Reyes 19:14). Tal vez la razón de su escape fue su buena disposición para decir palabras dulces que al rey le gustaba escuchar (versículo 7). No obstante, el ultraje posterior de Sedequías contra Miqueas parece muy auténtico (18:23), y sus palabras implican que era alguien que sentía que estaba bajo el control del Espíritu del Señor. Al final, no importa lo que sus propios sentimientos les dijeran a ellos; aun así eran falsos profetas. Los falsos profetas pueden contar mentiras de una forma muy sincera, y estar completamente convencidos de que todas las palabras que dicen son la verdad. Éste es precisamente el poder de la mentira: parece muy verdadera.

Cuatrocientos hombres hablaron a una voz: “Sube, porque Dios los entregará en manos del rey” (versículo 5). Sin embargo,

Josafat no estaba satisfecho. Tenía suficiente criterio espiritual para saber que algo de su mensaje no estaba bien. Preguntó: “¿Hay aún aquí algún profeta de Jehová, para que por medio de él consultemos?” (versículo 6). A él no le parecía que estos hombres fueran los profetas del Señor. Había algo extrañamente inquietante en ese acuerdo total, en la afirmación servil de los planes de los hombres. ¿Podría haber alguien más que también hablara por el Señor?

La respuesta de Acab es reveladora. Sí, *había* alguien más. Un hombre (note que Acab no se refiere a él directamente como profeta) a quien odiaba. ¿Por qué? “Porque nunca me profetiza cosa buena, sino siempre el mal” (versículo 7). Su respuesta no solo muestra que a mucha gente no le gusta escuchar las verdades fuertes acerca de ella misma (como ya lo hemos observado en el caso de Asa), también muestra cómo tratan de desestimar y socavar la verdad del mensaje al implicar que era el resultado de algún rencor personal del mensajero. “¿Miqueas? ¿Cómo le puede creer? Siempre tiene algo malo que decir de mí. ¡Me odia, por eso yo también lo odio!”

Es útil conocer los métodos que usa el demonio, para que podamos mantenernos firmes frente a sus intrigas (Efesios 6:11). Por ejemplo, hubo un tiempo cuando la amonestación del pastor de la congregación o de los ancianos se tomaba muy en serio; ahora, la gente sólo lo toma como un asunto de “conflicto de personalidades” y “legalismo”. “Simplemente no me interesa ese pastor. No trató de entender mi problema. Se la pasó repitiendo la misma cosa, como un loro. Por alguna razón me odia.” No solo vemos este método en las congregaciones, también lo vemos a nivel nacional cuando en el corazón de las personas aumenta la frialdad hacia la Palabra de Dios. Atacan a las personas que hablan en contra del aborto o de la homosexualidad, diciendo que son “fanáticos de la derecha cristiana” y dicen “que le tienen fobia a la homosexualidad”. Todo esto viene a ser lo mismo que hizo Acab cuando menospreció Miqueas: “Lo aborrezco. Nunca dice nada

bueno de mí”. Cómo se puede creer lo que él diga; ¡todo es personal!

Nuevamente vemos que la conciencia de Josafat está activa. No aceptará la respuesta de su aliado. Su respuesta es: “No hable así el rey” (versículo 7). ¿No diría usted que fue más bien un reproche débil y de medias tintas? “Vamos, vamos”, “Basta, basta”, “ya, ya”. Una vez que se ha aliado con el mal, estas pequeñas expresiones de protesta podrían ser todo lo que la conciencia puede producir. No obstante, para satisfacer a su socio, Acab hizo que alguien fuera por el hijo de Imla.

**<sup>9</sup> El rey de Israel y Josafat, rey de Judá, estaban sentados cada uno en su trono, vestidos con sus ropas reales, en la plaza junto a la entrada de la puerta de Samaria, y todos los profetas profetizaban delante de ellos. <sup>10</sup> Y Sedequías hijo de Quenaana se había hecho cuernos de hierro, y decía: «Así ha dicho Jehová: Con estos acornearás a los sirios hasta destruirlos por completo.» <sup>11</sup> De esta manera profetizaban también todos los profetas, diciendo: «Sube contra Ramot de Galaad y serás prosperado; porque Jehová la entregará en manos del rey.»**

**<sup>12</sup> El mensajero que había ido a llamar a Micaías le habló diciendo:**

**—Mira que las palabras de los profetas a una voz anuncian al rey cosas buenas; yo, pues, te ruego que tu palabra sea como la de uno de ellos, que hables bien.**

**<sup>13</sup> Dijo Micaías:**

**—Vive Jehová, que lo que mi Dios me diga, eso hablaré. Luego se presentó al rey,**

Con trazos hábiles de un maestro narrador, el escritor describe la escena de la confrontación que se aproxima entre la verdad y el error. Primero nos da una imagen clara del escenario en que se llevará a cabo. Los dos reyes están engalanados con todos sus

atuendos reales, sentados en sus tronos en el gran espacio abierto cerca de las puertas de Samaria. Todo es muy impresionante a la vista.

Al examinar la escena un poco más, vemos una multitud de profetas que llenan por completo ese espacio abierto, cada uno profetiza en voz alta, y todos dicen la misma cosa. Nuestros ojos son se dirigen a uno de ellos; se llama Sedequías. Da toda la apariencia de ser profeta, y también se le oye como todo un profeta. Con verdadero estilo profético (vea Jeremías 13,19,27), Sedequías utiliza una ayuda visual para darle fuerza a su mensaje. Con cuernos de hierro sobre la cabeza, imita la acción de un toro enfurecido y dice: “Con éstos acornearás a los sirios hasta destruirlos por completo” (versículo 10). Desde luego, él presenta su oráculo con esta declaración: “Así ha dicho Jehová”. ¡Todo es muy impresionante, es estupendo!

Mientras tanto, ¿dónde está Miqueas, el hijo de Imla? Está en camino y sostiene una conversación amable con el funcionario de la corte que ha ido a traerlo. El funcionario de la corte está lleno de consejos amigables. “¿Miqueas, por qué eres tan severo contigo mismo? ¡Tú puedes ser el acto final! ¡Tú puedes ser un gran éxito! Todos están prediciendo éxito en esta expedición. Nada más, entra y di lo mismo que todos los demás, ¡claro que en tu inimitable estilo!” Dentro de estos oscuros parajes de imagen y pretensión, finalmente se escuchan las palabras francas del profeta: “Vive Jehová, que lo que mi Dios me diga, eso hablaré” (versículo 13).

**<sup>14</sup>y el rey le dijo:**

**—Micaías, ¿iremos a pelear contra Ramot de Galaad, o debo desistir?**

**Él respondió:**

**—Subid y seréis prosperados, pues serán entregados en vuestras manos.**

**<sup>15</sup>El rey le dijo:**

**—¿Hasta cuántas veces te conjuraré que no me hables sino la verdad en nombre de Jehová?**

**16 Entonces Micaías dijo:**

**—He visto a todo Israel disperso por los montes como ovejas sin pastor y Jehová ha dicho: “Estos no tienen señor; vuélvase cada uno en paz a su casa.”**

**17 El rey de Israel dijo a Josafat:**

**—¿No te había yo dicho que no me profetizaría bien, sino mal?**

¿Les debe Dios la verdad a quienes la desprecian? Nuestro Señor dijo una vez: “No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos” (Mateo 7:6). Con frecuencia, cuando una persona lo rechaza, como castigo Dios deja que el hombre siga con su propósito pecaminoso usándolo para sus propios fines. Acab había mostrado que estaba más que complacido al escuchar mentiras consoladoras. Por eso Miqueas le responde rápidamente a Acab su pregunta inicial, limitándose a repetir la mentira fácil y placentera que Acab estaba acostumbrado a escuchar hasta ahora: “Subid y seréis prosperados, pues serán entregados en vuestras manos” (versículo 14).

Sin embargo debió haber algo inquietante por la forma en que lo dijo, tal vez alguna falta de sinceridad en su voz que le indicó al rey que escuchaba una mentira, proferida a propósito y con sarcasmo. Los reyes quieren que sus cortesanos sean buenos mentirosos; la adulación ya no tiene ninguna gracia cuando suena como lo que es en realidad. Acab le dijo con furia: “¿Hasta cuántas veces te conjuraré que no me hables sino la verdad en nombre de Jehová?” Parece como si estos dos hombres hubieran estado antes en esta misma circunstancia, como si Miqueas siempre le hubiera dicho la verdad al rey de este modo indirecto. Comenzaba mofándose de la agradable mentira, imitándola, sin embargo con un tono de ironía en su voz. Así aguijoneaba a Acab para que le pidiera una verdad que en realidad no quería escuchar. Ya sea que ésta fuera o no la manera normal de proceder de Miqueas, se acerca lo suficientemente para describir la verdad de lo que sucedió ese día.

Acab solo obtiene la respuesta verdadera después de exigirla. Y cuando por fin Miqueas dice la verdad, demuestra que es muy diferente de los otros profetas. No presenta su primer mensaje con palabras como “Así ha dicho Jehová”. No hay ayudas visuales, no da marcha atrás con cuernos de hierro sobre la cabeza.\* Simplemente ve, y lo que ve, eso dice: “He visto a todo Israel disperso por los montes como ovejas sin pastor y Jehová ha dicho: ‘Estos no tienen señor; vuélvase cada uno en paz a su casa’” (versículo 16). Todo Israel sin un señor que los dirija y guíe: ovejas sin pastor, extraviadas, desorientadas por las colinas; éste es el horrible resultado de la batalla que se aproxima. El Señor tiene compasión de las ovejas, aunque nadie más la tenga. Él dice: “vuélvase cada uno en paz a su casa”.

Note que se habla de “todo Israel”. La mayoría de los comentaristas sólo le atribuyen estas palabras a la muerte de Acab. Dicen que, una vez que él muera, el reino del Norte habrá perdido su líder. Lo que dicen es bastante cierto, pero podemos ir un paso más allá. Judá también va a participar en esta batalla. Son el Norte y el Sur *juntos* los que conforman “todo Israel”, si entendemos este término según el uso común que le da el cronista. Al llegar a un acuerdo con el mal, ¿acaso Josafat, no ha dejado de ser un verdadero “pastor” de su pueblo, la clase de pastor que era cuando envió maestros de la Palabra entre ellos? Sí, él vive; sí, él gobierna, pero en realidad no está velando por las necesidades del rebaño del Señor y por lo tanto ha dejado de merecer el nombre de “pastor”. Sin duda, Miqueas tuvo la intención de que estas palabras fueran un fuerte reproche, no sólo para Acab, sino también para Josafat.

De modo similar, Jesús miró al Israel de su tiempo; allí había maestros y aspirantes a profetas en abundancia. Algunos llevaron las ovejas al pasto del legalismo, donde el cumplimiento estricto de las leyes y las tradiciones serían su salvación. Otros llevaron las ovejas a los pastos del mundo, donde se negaban el juicio final

---

\* Nuevamente me considero en deuda con Sara Japhet por esta idea (p. 762).

y la resurrección, y donde a la gente se le enseñaba a forjar algún tipo de compromiso adecuado con el mundo. Además había algunos que abogaban por la revolución, hombres violentos que, en el nombre de Dios, querían crear un cielo en la tierra y no les importaba a quiénes mataran para que esto se realizara. Hubo muchos maestros, muchos aspirantes a pastores, pero cuando Jesús vio las multitudes “tuvo compasión de ellas, porque estaban desamparadas y dispersas como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: ‘A la verdad la mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies’” (Mateo 9:36-38).

¿Qué observador sincero puede dudar de que la iglesia visible y el mundo de pecadores que nos rodean están en la misma condición que Jesús detectó en las ovejas de su tiempo? En todas partes hay muchos aspirantes a maestros, pero se pueden encontrar pocos pastores legítimos. ¡Ore pidiendo obreros fieles, y después salga usted mismo y diga la verdad con amor!

Al darse cuenta de que las palabras del profeta representaban un peligro para su preciosa alianza, Acab rápidamente trató de socavarlas (versículo 17). “¿Qué le dije Josafat? ¡Este individuo me odia! ¿Por qué tiene que escuchar usted las palabras de alguien que evidentemente tiene prejuicios en mi contra?” No obstante, Miqueas no se deja intimidar. Todavía tiene algo más impresionante que decir.

**<sup>18</sup> Entonces Micaías dijo:**

—Oíd, pues, palabra de Jehová: Yo he visto a Jehová sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba a su mano derecha y a su izquierda. <sup>19</sup> Y preguntó Jehová: “¿Quién inducirá a Acab, rey de Israel, para que suba y caiga en Ramot de Galaad?” Y el uno decía de una manera, y el otro decía de otra. <sup>20</sup> Entonces salió un espíritu que se puso delante de Jehová y dijo: “Yo lo induciré.” Y Jehová le dijo: “¿De qué modo?” <sup>21</sup> Él respondió: “Saldré y seré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas.” Jehová

**dijo: “Tú lograrás engañarlo. Anda y hazlo así.”<sup>22</sup> Y ahora Jehová ha puesto espíritu de mentira en la boca de estos tus profetas; pues Jehová ha hablado el mal contra ti.**

Ahora, por fin, Miqueas hace el anuncio normal de un mensaje profético del Señor: “Oíd, pues, palabra de Jehová”. Pero cuando habla, el mensaje no es nada común, no es un anuncio de lo que *sucedirá* cuando los reyes suban contra Ramot de Galaad. En cambio, es una explicación de algo que está *en el proceso de suceder* mientras los dos reyes consideran sus planes y escuchan a varios profetas que se encuentran delante de ellos. Y una vez más, Miqueas lo anuncia como algo que ha visto, una visión que le dio el Señor.

“Yo he visto a Jehová sentado en su trono, y todo el ejército de los cielos estaba a su mano derecha y a su izquierda” (versículo 18). Aquí se nos da uno de esos raros vistazos del trono de Dios. Este anuncio resulta aun más notable porque en esta ocasión, la visión del trono celestial de Dios se anuncia ante dos reyes terrenales que están sentados en su trono.

Las dos escenas han sido puestas deliberadamente ante el lector, una al lado de la otra (compare el versículo 9 con el versículo 18), para subrayar la verdad de que “Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre, pero el consejo de Jehová es el que permanece” (Proverbios 19:21). No importa a qué decisión hubieran llegado estos dos reyes en ese campo de cultivo, Dios es quien tiene la última palabra.

Por medio de la visión de Miqueas, Dios le decía a Acab que él ya había tomado su decisión y que la farsa que se estaba representando delante de los dos reyes era su propia obra. Dios había determinado “[inducir] a Acab, rey de Israel, [para que atacara a] Ramot de Galaad” para que muriera allí (versículos 19,22). Dios les había pedido a los que estaban reunidos en su atrio que dieran sus propias ideas para llevar a cabo su determinación. Se dieron varias sugerencias, hasta que uno de los que estaban allí pasó al frente y ofreció “[ser] espíritu de mentira en la boca de

todos sus profetas” (versículo 21). Dios le dio su permiso. Dice: “Anda y hazlo así”, y le asegura que la misión tendrá éxito (versículo 21).

¿Es Dios el autor de las mentiras? ¡Jamás! Él emana la luz de la verdad de manera más constante que el sol (Santiago 1:17). Pero esta fue una de esas ocasiones en las que Dios había decidido llevar a un hombre en la dirección que había escogido. Acab estaba decidido a cerrar su corazón a la Palabra, prefiriendo mucho más las mentiras agradables. Por lo tanto, en juicio, Dios lo entregó para que esas mentiras que se había dispuesto en su corazón a escuchar lo gobernarán. “Limpio te mostrarás para con el limpio y severo para con el tramposo” (Salmo 18:26). Este pasaje es tan mordaz porque aquí Dios hasta le dice a Acab que él ha determinado enviarle mentiras para engañarlo. No podía haberlo expresado de manera más clara: “¡Sus cuatrocientos profetas le están diciendo falsedades!” No obstante, Acab todavía sigue engañado.

¿Qué descripción nos da esto de nuestra propia generación perversa! No hay ninguna duda de que en la actualidad la gente tiene hambre de la verdad, corre a todas partes esperando encontrar algo a lo que su corazón se pueda aferrar. En el proceso se convierten en personas necias e incrédulas que están dispuestas a creer cualquier cosa excepto las verdades sencillas de la salvación que están en las Escrituras. ¿Un brillo misterioso al final del túnel de la muerte? ¿Extraterrestres del espacio? ¿Cristales mágicos y fuerzas armónicas? ¿Una línea telefónica directa para hablar con un psíquico? Todo esto se lo tragan con increíble facilidad; pero una mención del pecado, del juicio y de la gracia del Salvador que murió por todos y su mirada se ausenta. “¡Oh no, *eso* de nuevo no!” Y vuelven a sus cristales.

Comprenda, aquí funciona algo más que la simple credulidad. Qué espantoso es leer en las Escrituras que “Dios les envía [a las personas] un poder engañoso, para que crean la mentira” (2 Tesalonicenses 2:11). Esto indica el juicio de Dios sobre los que rechazan “el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tesalonicenses

2:10). Cuando Dios nos habla en su Palabra, lo hace con toda seriedad, y habla absolutamente en serio cuando dice: “Mirad, pues, cómo oís, porque a todo el que tiene, se le dará, y a todo el que no tiene, aun lo que piensa tener se le quitará” (Lucas 8:18).

**<sup>23</sup> Entonces Sedequías hijo de Quenaana se le acercó y golpeó a Micaías en la mejilla, diciendo:**

**—¿Por qué camino se ha ido de mí el espíritu de Jehová para hablarte a ti?**

**<sup>24</sup> Micaías respondió:**

**—Tú mismo lo verás el día en que vayas escondiéndote de habitación en habitación.**

**<sup>25</sup> Entonces el rey de Israel dijo:**

**—Tomad a Micaías y llevadlo a Amón, gobernador de la ciudad, y a Joás, hijo del rey, <sup>26</sup>y decidles: “El rey ha dicho así: Poned a éste en la cárcel y sustentadle con pan de aflicción y agua de angustia, hasta que yo vuelva en paz.”**

**<sup>27</sup> Micaías dijo:**

**—Si tú vuelves en paz, no ha hablado Jehová por mí.**

**Dijo además:**

**—Oíd, pueblos todos.**

Sedequías, el profeta con los cuernos de hierro, se enfureció, como tenía que hacerlo. Después de todo, no todos los días tiene usted a alguien que le diga que está por completo equivocado. Recuerde que él tenía la reputación de ser auténtico profeta del Señor. Además, estaba convencido de que había hablado bajo la influencia de algún tipo de espíritu. Tenía que haber sido el de el Señor. Por supuesto, no podía ser el mismo espíritu que había hablado a travéz de Miqueas. Sedequías sabía que Dios no engaña; entonces con qué autoridad podía decir Miqueas: “Así dice el Señor” ¡y después decir que es mentiroso! “¡Pero cómo me dejó el Espíritu del Señor y se fue hacia ti!” podría ser una interpretación idiomática de sus palabras (versículo 23). Él no esperaba una respuesta. Convencido de que tenía la

razón, pensó que la respuesta era evidente. El Espíritu de Dios no lo podía haber abandonado. El Espíritu de Dios no había hablado por medio de Miqueas.

Aunque no esperaba una respuesta, Miqueas de todos modos le dio una. Aunque había sido humillado públicamente, abofeteado en la mejilla, no gritó enojado ni hizo ninguna amenaza. Simplemente le dio a Sedequías su propia profecía personal para que pensara: “Tú mismo lo verás el día en que vayas escondiéndote de habitación en habitación” (versículo 24). ¿De qué se trataba todo esto? No lo sabemos con exactitud. Pero sí sabemos que Sedequías lo iba a saber. Miqueas decía que algún día Sedequías se encontraría escondido dentro de una cámara interna porque su vida correría peligro. En ese tiempo recordaría la profecía de Miqueas y súbitamente se daría cuenta de que Miqueas siempre había hablado como un profeta verdadero y que él mismo había estado bajo la influencia de un espíritu de mentira, tal como Miqueas lo había dicho.

Al cansarse del juego, el rey Acab hizo que pusieran a Miqueas de nuevo bajo custodia. Esta vez iba a estar en prisión y se le iba a dar únicamente lo suficiente para sobrevivir (versículo 26). Es difícil determinar si antes él había estado o no en prisión. ¡Desde luego no había sido un huésped de honor de Acab! Aquí captamos cierta valentía de Miqueas, nacida de la fe en el verdadero Dios, que lo mantendría seguro en todas las pruebas. Aunque había estado antes en una situación similar de arresto, no había tenido pelos en la lengua cuando habló delante de los reyes. A pesar de que sabía bastante bien que era peligroso decirle verdades duras a un rey, no se calló nada.

Cuando Miqueas escuchó las palabras de Acab que trataban de contradecir las suyas (“Pon a este en la cárcel . . . hasta que yo vuelva [*victorioso*]”), habló de nuevo con claridad, en voz alta y firme: “Si tú vuelves en paz, no ha hablado Jehová por mí” (versículo 27). Probablemente eso era suficiente para sellar su sentencia de muerte, suficiente para conseguirse la sepultura en algún sepulcro anónimo. No obstante, las almas del pueblo de Dios

estaban en juego; el pequeño rebaño tenía que saber cuál era la voz de su verdadero pastor. Así que dijo la verdad y aceptó las consecuencias: “Oíd, pueblos todos”.

El mundo siempre ha recibido la ayuda de quienes dicen la verdad, gente honesta que, aun sin ser cristianos, dirá lo que es correcto, a cualquier costo. Pero el mundo, y especialmente la iglesia del Señor que está en él, morirá sin sus profetas, sin personas que tengan el deseo de dedicarse a proclamarles la verdad de Dios a todas las naciones, llamando a los pecadores al arrepentimiento y dirigiéndolos a su Salvador Jesús. Éste es el único mensaje que puede salvar a las personas de la ira venidera de Dios. Sin embargo, no es un mensaje que a la gente le guste oír, especialmente en una época cuando se prefieren las mentiras agradables. Y parece que se vuelve menos popular con cada minuto que pasa. ¿Habrán todavía en esta próxima generación aquellos cuyos labios limpiados por el carbón de la verdad del altar de Dios, dirán: “Heme aquí, envíame a mí” (Isaías 6:8)? Ore para que esto sea así.

Quienes distinguen modelos que se repiten en la historia habrán notado una afinidad asombrosa entre el profeta Miqueas y nuestro Señor Jesucristo, especialmente cuando vemos a Jesús en un juicio para determinar su vida o muerte. Jesús también estaba en medio de mentirosos, para ser juzgado por los que preferían las sombras a la sustancia (Mateo 26:59,60). También su frustrado juez tuvo finalmente que exigir escuchar de él la verdad que en realidad no quería oír (Mateo 26:62-65). Jesús también fue públicamente abofeteado y humillado (Mateo 26:67,68). Y aunque sabía que se negaría también la verdad, aunque sabía que ésta sería la base de su falsa condenación, también dijo que había otro tribunal que examinaría la evidencia de cada palabra ociosa que los pecadores dijeran. Delante de esta corte sus captores serán condenados y él brillará como el sol. “Desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo sobre las nubes del cielo” (Mateo 26:64).

Estas cosas están escritas para fortalecernos y consolarnos durante los momentos de desesperación en este mundo caído, cuando estamos a punto de creer que la verdad no puede prevalecer contra el poder de la mentira. Dios está a cargo de todo, y hasta teje de los engaños humanos toda la vestidura fuerte de su verdad eterna: “Todo esto sucede para que se cumplan las Escrituras de los profetas” (Mateo 26:56).

**<sup>28</sup> Subieron, pues, el rey de Israel, y Josafat, rey de Judá, a Ramot de Galaad. <sup>29</sup> Y dijo el rey de Israel a Josafat:**

**—Yo me disfrazaré para entrar en la batalla, pero tú vístete con tus ropas reales.**

**Se disfrazó el rey de Israel y entró en la batalla.**

**<sup>30</sup> El rey de Siria, por su parte, había ordenado a los capitanes de los carros que tenía consigo: «No peleéis con chico ni con grande, sino sólo con el rey de Israel.» <sup>31</sup> Cuando los capitanes de los carros vieron a Josafat, dijeron: «Éste es el rey de Israel.» Y lo rodearon para pelear; pero Josafat clamó y Jehová lo ayudó, apartándolos Dios de él; <sup>32</sup> pues al ver los capitanes de los carros que no era el rey de Israel, desistieron de acosarle. <sup>33</sup> Pero un hombre disparó el arco al azar e hirió al rey de Israel entre las junturas de la coraza. El rey dijo entonces al cochero:**

**—Vuelve las riendas y sácame del campo, porque estoy mal herido.**

**<sup>34</sup> Pero arreció la batalla aquel día, por lo que el rey de Israel se mantuvo en pie en su carro frente a los sirios hasta la tarde; y murió al ponerse el sol.**

El asunto se había aclarado porque el Señor lo había hecho. Entonces, Josafat, a pesar de tener más juicio “[subió] . . . a Ramot de Galaad” junto con Acab, su aliado pagano, vendiendo su propia alma al servicio de la mentira (versículo 28). Acab, molesto por las palabras del profeta, trató de encontrar una forma de librarse de ellas. Obviamente, si iba a morir antes sus enemigos, lo tenían

que reconocer. Por lo tanto, si se disfrazaba podía evadir las palabras del profeta. Mejor aun, Josafat “[vestiría sus] ropas reales” (versículo 29) de tal modo que se pudiera confundir con Acab. Así, Acab estaría doblemente protegido. ¡Una conspiración brillante! ¡No podía fallar! Es difícil decir por qué Josafat se dejó persuadir tan fácilmente para servir como chivo expiatorio de Acab. Tal vez pensó que era indigno andar con evasivas, y sólo entró en la batalla llevando su insignia real como siempre había pensado hacer.

La estratagema del impostor tuvo cierto éxito al principio. Ben-adad les había dado órdenes precisas a sus aurigas centraran su ataque exclusivamente en el rey Acab (versículo 30). Lo persiguieron al ser engañados para creer que Josafat era Acab, (versículo 31). Todo parecía perdido; la situación era desesperada. Josafat estaba condenado a morir bajo la embestida de los carros arameos. Cuando se vió al borde de la muerte, clamó al Señor con fe penitente, y el Señor se alió nuevamente con él (versículo 31). La palabra que se traduce como “apartándolos” en este versículo es la misma palabra hebrea que tratamos anteriormente en el versículo 2 (página 198). El escritor quiere que aquí hagamos la conexión. El Señor le ganó en astucia al intrigante Acab. El Señor les mostró la artimaña de él a los arameos, y una vez que los capitanes de los carros se dieron cuenta de que tenían enfrente al hombre equivocado “desistieron de acosarle”.

Aquí se ve en toda su gloria la asombrosa gracia del Señor. El rey, a quien el Señor había prodigado su amor, fue infiel. Se apartó de su mejor aliado y menospreció la advertencia del vocero del Señor en Samaria. Descuidadamente, neciamente, se había puesto en peligro; sin embargo, cuando las aguas amenazaban con cubrirlo, clamó al Señor en oración, y el Señor le respondió. En ninguna parte se ve mejor el milagro del perdón, que en las palabras “y Jehová lo ayudó” (versículo 31). No hay un mejor comentario a este pasaje que estas palabras del Salmo 130:

De lo profundo, Jehová, a ti clamo.  
Señor, oye mi voz;  
estén atentos tus oídos  
a la voz de mi súplica.

Jah, si miras los pecados,  
¿quién, Señor, podrá mantenerse? □  
Pero en ti hay perdón,  
para que seas reverenciado.

Espere Israel en Jehová,  
porque en Jehová hay misericordia  
y abundante redención con él.  
Él redimirá a Israel  
de todos sus pecados. (Salmo 130:1-4,7,8)

El saldo de cuenta con el intrigante viene casi como un pensamiento de último momento. El Señor determinó para el que había deseado sobrevivir a la batalla permaneciendo en el anonimato una muerte al azar por medio de un arquero anónimo. Algún arameo apuntó y disparó una flecha “al azar”, “con toda inocencia” como lo dice literalmente en hebreo (versículo 33). Es decir, que no tenía ninguna intención de matar a una persona específica como el rey de Israel. Él solo disparó al aire, y sucedió que su flecha penetró exactamente entre las juntas de la armadura de Acab. La herida fue mortal, y a pesar de toda la valentía de Acab para enfrentar a los arameos hasta el final del día, la vida se le fue escapando hasta que se le acabó al ponerse el sol. No pudo escapar a la sentencia de muerte del Señor. Cualquiera que piense que todo esto “sucedio por casualidad”, no ha prestado atención. Dios siempre tiene la última palabra, y no hay ningún intrigante vivo que pueda evadir su hora señalada.

Los capítulos debieron haberse dividido probablemente a partir del versículo 1 del capítulo 19: “Josafat, rey de Judá, volvió en paz a su casa en Jerusalén,” ya que la palabra “en paz” es un eco claro de la advertencia anterior que hizo el profeta a Acab: “Si tú vuelves en paz, no ha hablado Jehová por mí” (versículo 27).

Entonces, el profeta no había mencionado el destino de Josafat. Con esto Dios le estaba dando la oportunidad de volverse a él en fe, y como hemos visto, esto sucedió exactamente en la hora de necesidad de Josafat. Se volvió, clamó y el Señor le permitió vivir.

No obstante, no se acaba el asunto así, ni en lo que tenía que ver con el Señor o con Josafat. Esto llegará a ser claro cuando leamos el resto del capítulo 19.

### *Josafat asigna jueces para el Señor*

*Dios evalúa imparcialmente a su rey*

**19** Josafat, rey de Judá, volvió en paz a su casa en Jerusalén. <sup>2</sup> Y le salió al encuentro el vidente Jehú hijo de Hanani, el cual dijo al rey Josafat:

—¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová? Por esto ha caído sobre ti la cólera de Jehová. <sup>3</sup> Pero se han hallado en ti buenas cosas, por cuanto has quitado de la tierra las imágenes de Asera y has dispuesto tu corazón para buscar a Dios.

Aunque el tema de “juzgar” sobresale en este capítulo, el cronista no ha abandonado el otro tema de “alianzas: buenas y malas”. En efecto, el versículo 2 le aclara al lector todo el asunto de hacer alianzas con el mal. El profeta Jehú lo expresa a su rey como la necesidad de escoger entre dos alternativas. “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová?” En este asunto sucede que con frecuencia el padre de la mentira se disfraza como un ángel de luz (2 Corintios 11:14) e intenta inducir a la gente “de actitud espiritual” a diluir la severidad de la ley con la compasión del evangelio. El resultado es la pérdida de ambos. Examinemos el contexto de las palabras del profeta Jehú para evitar que cometamos nosotros mismos el mismo error.

Si desempeñamos otra vez el papel de abogados del diablo, podríamos preguntar: “¿Por qué la alianza de Josafat con Acab fue

tan mala? Después de todo, no fue una alianza con alguien completamente pagano, como lo hizo Asa con Ben-adad. Pensándolo bien, recordemos que Salomón disfrutó de una buena relación de trabajo con Hiram de Tiro. ¿Entonces, por qué fue tan crucial que Judá evitara hacer causa común con sus hermanos del norte? A pesar de todos sus problemas, Dios todavía reconocía al reino del Norte como su propio pueblo; separado de la casa de David, es cierto, pero todavía era suyo. ¿Y no es algo duro y falto de amor juzgar a quienes se pudiera decir que han sido engañados desde que nacieron? Ellos no escogieron nacer en el reino con becerros como ídolos. ¿Cómo podrían llegar a tener un mejor conocimiento si Judá no se asociara con ellos?”

Ahora examinemos las hipótesis que hay bajo estas palabras. En primer lugar, Dios no condenaba cualquier relación de trabajo con otros grupos, aun con los que eran completamente paganos. En cambio, pensaba en esas asociaciones en las que el pueblo de Dios no se esforzaba en mantener su distancia *espiritual*. Escuche otra vez las palabras de Josafat en el capítulo 18: “Yo soy como tú, y mi pueblo como tu pueblo” (18:3). Durante el mismo tiempo en que Elías, arriesgando su vida, había estado trabajando para refrenar el torrente creciente del baalismo, Josafat debilitó el testimonio de Elías casando a su hijo con la hija de Acab. Es como si dijera: “Bueno, podemos tener nuestras diferencias, pero no son muy importantes. ¿Qué es una pequeña adoración a Baal entre hermanos? Yo sé que hay que agradecer a la esposa. Y en cuanto al asunto de este becerro ídolo, bueno, estoy seguro de que por lo menos su corazón está en el lugar correcto. Tal vez podamos hablar de eso en alguna otra ocasión.”

En segundo lugar, insistir en que mantener el contacto espiritual era la única forma *verdadera* de ayudar a la gente del norte que estaba en el error, pasa por alto el testimonio de la adoración que se llevaba a cabo en el Templo en Jerusalén. Es lo mismo que decir que el estilo de vida del pueblo de Dios en el Sur no era un testimonio poderoso para su pueblo en el Norte. Este hilo del pensamiento supone que solo el diálogo continuo dentro

del contexto de alguna asociación religiosa es apropiado como testimonio, y que cualquier intento de testificar mientras que se mantenga la distancia espiritual cae dentro de la categoría de “erigirse en juez”. Pero el rey Abías ya le había aclarado el asunto al Norte (capítulo 13). No podría haber duda sobre qué tipo de adoración era legítima y cuál no. Muchos escucharon ese testimonio y respondieron con fe. Quisieron dejar su casa y hogar ancestrales en el Norte para estar cerca de los atrios del Señor.

Finalmente, debemos preguntar: “¿Es verdadero amor, amor nacido del evangelio, el que le permite a la gente que siga en el error, sin ningún intento de aclararles las cosas? ¿Es verdadero amor enturbiar las aguas hasta tal punto que las generaciones futuras tengan menor capacidad para discernir la diferencia entre la luz y las tinieblas y entre la verdad y el error?” Este escritor creció como miembro de una generación a la que se le enseñó a cantar: “Todo lo que necesitas es amor”. Engañados, pensábamos que era verdad. Es decir, creíamos en esta indefinida tolerancia sensiblera que podía ir junto con toda clase de inmoralidad bajo la bandera del amor. Después de todo, fue la época de “a cada cual lo suyo”, ¿verdad?

Sin embargo, al final con esa clase de amor usted no tiene nada, queda sin nada en absoluto. Como un escritor lo expresó tan acertadamente: “Sólo los dioses falsos sobreviven para asegurarnos nuestra ruina”. \* Si le echamos una mirada a la vida de tantas personas de la generación de paz y amor, aplastadas por el mal, si vemos los resultados de los años sesenta que todavía estamos viviendo, entonces no llamaremos amor a la tolerancia del mal. “¿Al impío das ayuda, y amas a los que aborrecen a Jehová? Por esto ha caído sobre ti la cólera de Jehová” (19:2). No hay ninguna duda en absoluto sobre lo que opina Dios en este asunto. Josafat lo sabía; él había sentido la ira de Dios en esa batalla cuando vio que los carros arameos se dirigían directamente contra él.

---

\* Susan Howatch, *Scandalous Risks*, p. 373.

Sin embargo, Josafat también experimentó en esa misma crisis el constante amor de Dios, que no permitirá que los suyos se destruyan a sí mismos. Dios le otorgó a Josafat un cambio de corazón y le concedió escapar de la muerte. Ahora estaba escuchando nuevamente al profeta de Dios, que escudriñaba sus acciones para dejarle saber cómo debía de pasar el resto de su vida después del rescate. “Se han hallado en ti buenas cosas, por cuanto has quitado de la tierra las imágenes de Asera y has dispuesto tu corazón para buscar a Dios” (versículo 3). Humilde y penitentemente, Josafat resolvió otra vez caminar con el único aliado confiable que tenía.

*Josafat vive de acuerdo con su nombre  
y establece la justicia del Señor*

**<sup>4</sup> Habitó, pues, Josafat en Jerusalén; pero volvió a salir para visitar al pueblo, desde Beerseba hasta los montes de Efraín, y los conducía a Jehová, el Dios de sus padres. <sup>5</sup> Puso jueces en todas las ciudades fortificadas de Judá, por todos los lugares; <sup>6</sup> y dijo a los jueces: «Mirad lo que hacéis; porque no juzgáis en nombre de los hombres, sino en nombre de Jehová, el cual está con vosotros cuando juzgáis. <sup>7</sup> Sea, pues, con vosotros el temor de Jehová; mirad lo que hacéis, porque en Jehová, nuestro Dios, no hay injusticia ni acepción de personas ni admisión de cohecho.»**

**<sup>8</sup> Puso también Josafat en Jerusalén a algunos de los levitas y sacerdotes, y de los padres de las familias de Israel, para la administración de la justicia de Jehová y para los litigios. Estos habitaban en Jerusalén. <sup>9</sup> Y les mandó diciendo: «Procederéis asimismo en el temor de Jehová, con verdad y con corazón íntegro. <sup>10</sup> En cualquier pleito que os presenten vuestros hermanos que habitan en las ciudades, ya sean causas de sangre, o asuntos relativos a la Ley, preceptos, estatutos o decretos, les amonestaréis que no pequen contra Jehová, para que no venga ira sobre vosotros y sobre**

**vuestros hermanos. Haciendo así, no pecaréis. <sup>11</sup> El sacerdote Amarías será el que os presida en todo asunto de Jehová, y Zebadías hijo de Ismael, príncipe de la casa de Judá, en todos los negocios del rey; también los levitas serán oficiales en vuestra presencia. Esforzaos, pues, y manos a la obra. Jehová estará con el bueno.»**

El nombre *Josafat* significa “el Señor juzga”. Ya sea por simple coincidencia, o porque el Señor les dio a sus padres algún conocimiento especial anticipado sobre su hijo, en realidad parece que la vida de Josafat concuerda con su nombre. Toda la sección está precedida por lo que parece ser un versículo de resumen: “Habitó, pues, Josafat en Jerusalén; pero volvió a salir para visitar al pueblo, desde Beerseba hasta los montes de Efraín, y los conducía a Jehová, el Dios de sus padres” (versículo 4). Esta reforma judicial fue una continuación del servicio pastoral que Josafat había comenzado a llevar a cabo en el capítulo 17. Implicaba a todo su reino, sur y norte, y tenía como meta el bienestar espiritual de su pueblo. También es posible que Josafat quisiera tratar algunos problemas de idolatría que habían aparecido en su reino como resultado de la cercana relación con Acab.

Una lectura más cuidadosa de este capítulo nos informa que Josafat planeó un sistema de justicia que tenía por lo menos dos niveles. El primero operó a nivel local en las “ciudades fortificadas” que el rey y sus antecesores habían construido en todo Judá (versículo 5). El segundo nivel estaba centralmente localizado en Jerusalén y sirvió a todo el sistema mediante cortes de apelación (versículos 8-10). Había dos jueces principales designados para cada uno de los casos que se podían presentar. Uno estaba encargado de los asuntos “de Jehová”; el otro, de los asuntos relacionados con “todos los negocios del rey” (versículo 11).

Notamos que el plan de Josafat estaba muy de acuerdo con las ordenanzas de Moisés en Deuteronomio. Allí Dios proveyó el establecimiento de cortes locales “en todas [las] ciudades” y otorgó el derecho de apelación ante una corte superior centralizada para

los casos que fueran “difíciles” de manejar por los jueces locales (Deuteronomio 16:18; 17:8). Josafat les asignó a los levitas el cargo de oficiales de la corte. La palabra que se utiliza para *oficial* puede implicar que sirvieron como organizadores de la agenda de la corte o alguna clase de antiguos taquígrafos de la corte, aunque la naturaleza exacta de sus responsabilidades permanece desconocida (versículo 11).

Aunque algunos de estos detalles puedan parecer muy interesantes, estamos mucho más interesados en lo que Josafat les dijo a los jueces recién nombrados. Aquí podemos observar la intención que estaba detrás de la reforma, y lo que esperaba lograr con ella. Vemos claramente a un hombre que ha aprendido la lección y que ha escuchado la reprensión del profeta. La meta suprema de esta reforma es espiritual: “No pequen contra Jehová, para que no venga ira sobre vosotros y sobre vuestros hermanos” (versículo 10). Habla la voz de la experiencia (compare el versículo 10 con el versículo 2). Josafat dice: “En este reino, la justicia significa más que ser justo el uno con el otro o estar en lo correcto legalmente. Somos el pueblo de Dios. Él quiere que lo busquemos con fe, que llevemos una vida devota y santa delante de él en temor reverente, y que huyamos con horror de cualquier cosa que nos pueda manchar delante de aquel que es santo. Debemos recordar que la ira de Dios estalla contra los que hacen lo malo.”

En Crónicas hemos visto que la expresión *temor de Dios* se usa con dos significados distintos. El temor de ser castigado por haber traspasado los límites se encuentra hasta en la conciencia de los paganos. No se tiene que ser creyente en el Padre de nuestro Señor Jesucristo para bajar la velocidad cuando se ve a un policía de carreteras. Pero el sentimiento de temor a pecar contra el Dios Salvador (“Jehová” versículo 10) y el horror que sobreviene cuando se hace cualquier cosa que Dios odia es una clase de temor que se presenta sólo en los creyentes, a cuyo corazón el Espíritu les ha enseñado a confiar en el Dios que perdona el pecado. La primera clase de temor (que también se encuentra en los

incrédulos) la podemos llamar *terror*; la segunda, que combina elementos de reverencia, temor y confianza, hasta podríamos interpretarla como un sinónimo que se usa en el Antiguo Testamento para *fe*.

En el reino de Judá, siempre hubo tanto creyentes como incrédulos viviendo lado a lado, tanto hijos espirituales de Abraham como hijos de Abraham cuya relación con su padre era solamente física. Josafat tenía la tarea combinada de reglamentar una comunidad de creyentes y de asegurar la paz dentro de una sociedad terrenal, una sociedad con los mismos desafíos de cualquier reino terrenal. Josafat podía esperar que el verdadero temor de Dios (entendido con el segundo significado antes mencionado) gobernara en el corazón de su pueblo y fuera visto en su vida diaria. Pero si esa clase de temor estaba ausente, por lo menos, podría contar con la Ley (con sus amenazas y castigos) para controlar los corazones indomables del pueblo por medio del simple miedo a la ira de Dios.

Para aplicar esto a la actualidad, sólo necesitamos considerar los siguientes puntos. Existe en el corazón de cada ser humano pecador una bestia que no permite que exista sobre la tierra ninguna sociedad ordenada sin este sentido de temor. Cuando la sociedad comienza a perder el sentido de temor, ya no queda freno sobre la tierra que le impida a la gente correr en cualquier dirección que le plazca. El temor mantiene frenado al mal. Sí, es verdad que solo un auténtico temor de Dios puede juntar al pueblo en una eterna comunidad de fe. Sin embargo, el temor al castigo de Dios por lo menos mantendrá las cosas en esta tierra lo suficientemente sosegadas para que prediquemos el evangelio. Tal vez no sea el bien definitivo que quisiéramos para todo el pueblo, pero es un bien provisional para nuestras sociedades por el que ciertamente vale la pena orar y trabajar (1 Timoteo 2:1-4).

Muchos han observado algo muy preocupante sobre la situación actual en los Estados Unidos. Su futuro como sociedad no parece brillante, no sólo porque el número de cristianos ha disminuido mucho sino también porque como nación parece haber

perdido su sentido de temor. Cualquiera que dijera en público que “la ira de Dios vendrá” sobre alguien que haga el mal, causaría carcajadas de desprecio o de burla. No siempre fue así. Thomas Jefferson (quien, hasta donde sabemos no era cristiano) una vez escribió: “Desde luego, tiemblo por mi país cuando pienso en que Dios es justo; que su justicia no puede dormir para siempre”.\* Si nos interesa nuestro país terrenal, tenemos mucho por qué orar y muchísimo trabajo por hacer.

Cuando regresamos a nuestro texto, nos damos cuenta que hay varias cualidades esenciales que Josafat quiere ver en sus jueces. La primera es “el temor de Jehová” entendido en el significado más profundo de la reverencia del creyente (versículos 7,9). El segundo es la fidelidad (versículo 9) y el tercero es la decisión (versículo 11). Josafat quiere que sus jueces obren con la fe valiente de quienes sirven como los representantes del Señor, con él como su aliado constante (versículo 6). La totalidad de la vida del creyente se realiza en la presencia de Dios, pero un juez tiene el llamado para sentarse en la silla del Señor, para juzgar “en lugar de Jehová”. Como son creyentes, la imagen de su Padre se verá cuando desempeñen su vocación. Como Dios no tiene favoritos, ellos tampoco los tendrán. Tan inimaginable como sería que Dios actúe injustamente o que reciba un soborno, así de inimaginable debe ser para ellos (versículo 7).

La fidelidad significa considerar cada caso seriamente, ya sea que este tenga que ver con “causas de sangre, o asuntos relativos a la Ley, preceptos, estatutos o decretos” (versículo 10). Ésta es la Ley del Señor; quebrantarla es pecar contra él e incurrir en su ira. Por lo tanto, ningún asunto de la Ley es pequeño. Finalmente, la decisión es necesaria en una persona a quien se le ha pedido que aplique la Ley a la vida de las personas. Los jueces no pueden vacilar; deben actuar. Y cuando actúan en el temor de Dios, deben confiar humildemente en la promesa de que el Señor es su aliado y estará con los que hacen lo bueno (versículo 11).

---

\* *Noteson the State of Virginia*, pregunta 18 (1784).

Ya hemos considerado la aplicación que estos versículos pueden tener para los cristianos que viven en una sociedad terrenal. También tienen un significado especial para los cristianos como personas llamadas para compartir el evangelio a todas las naciones. Se encuentra en la frase “en Jehová, nuestro Dios, no hay . . . acepción de personas” (versículo 7). La idea de que la imparcialidad absoluta de Dios tiene sus raíces en la convicción de que Dios es completamente justo contiene una imagen impresionante. La palabra *acepción* es una traducción de la palabra hebrea que se puede traducir más literalmente como “recibir caras”. Dios no mira la clase social, el sexo ni la edad de la persona antes de decidir qué hacer.

Al comienzo de la vida de la iglesia del Nuevo Testamento, cuando todavía no se había comprendido plenamente que la verdad del evangelio es para todas las personas, era difícil para un cristiano judío ir al mundo gentil con el mensaje salvador de Jesús. Siglos de ley, costumbres y hábitos les impedían a los creyentes judíos asociarse fácilmente con los no judíos. Por ejemplo, se requirió una visión especial del Señor para convencer a Pedro de que podía entrar en la casa del romano Cornelio para predicarle el evangelio y no volverse “inmundo” haciéndolo. Sin embargo, después de que el Señor había convencido a Pedro y éste se había encontrado frente a un grupo de gentiles que lo esperaban para que les hablara, este antiguo principio de la Ley de Dios volvió a él. Pero ahora lo entendió más profundamente: “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que lo teme y hace justicia” (Hechos 10:34,35).

En nuestra relación con Dios, él no estima a alguien más que a otro debido a su raza, clase social o sexo. El evangelio de Jesús nos enseña a creer que el amor de Dios no tiene fronteras, no se ciega con los prejuicios ni se impresiona por algún linaje. “No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gálatas 3:28). Y como nuestro Padre nos ve así, tiene todo el derecho de esperar

que su pueblo tenga la misma consideración unos por los otros. “Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas” (Santiago 2:1). Estamos agradecidos porque Santiago nos recuerda que el evangelio no es solo para los que se parecen a nosotros, hablan como nosotros y actúan como nosotros, sino para todas las personas en todas partes. No necesitamos ninguna revelación especial antes de poner esto en práctica, en amor mutuo.

### *Dios lucha por su pueblo contra una alianza impía*

Algún tiempo después de haber apuntalado las defensas espirituales de su pueblo, Josafat se enteró de una amenaza nueva y mortal.

**20** Pasadas estas cosas, aconteció que los hijos de Moab y de Amón, y con ellos otros de los amonitas, marcharon contra Josafat para atacarlo. <sup>2</sup>Y fueron algunos a darle aviso a Josafat, diciendo: «Contra ti viene una gran multitud del otro lado del mar y de Siria; ya están en Hazon-tamar, que es En-gadi.»

<sup>3</sup> Josafat tuvo miedo y humilló su rostro para consultar a Jehová, e hizo pregonar ayuno a todo Judá. <sup>4</sup>Se congregaron los de Judá para pedir socorro a Jehová; y también de todas las ciudades de Judá vinieron a pedir ayuda a Jehová.

<sup>5</sup>Entonces Josafat, puesto en pie en medio de la asamblea de Judá y de Jerusalén, en la casa de Jehová, delante del atrio nuevo, <sup>6</sup>dijo:

Tres enemigos tradicionales del pueblo de Dios: los moabitas, los amonitas y los meunitas (vea el versículo 1 en la Nueva Versión Internacional, que acepta la traducción de la Septuaginta: “meunitas”; mientras la Reina-Valera sigue el texto masorético: “amonitas”.) se habían unido en una alianza impía contra Judá. El versículo 10 identifica a los meunitas más exactamente como

hombres del monte de Seir en Edom. Atacaban desde un flanco inesperado. Judá se había defendido por lo general de sus enemigos del sur, del norte o del oeste. Su flanco sudeste era relativamente seguro, protegido como estaba por las imponentes costas del mar Muerto y por los acantilados rocosos del desierto de Judea. Sin embargo, de algún modo, sin ser detectado, este ejército enorme había logrado pasar el mar Muerto. Ahora estaban en En-gedi, desde donde había un paso montañoso que llevaba directamente al centro de la región montañosa de Judea. En el momento en que Josafat oyó las noticias, sus enemigos ya estaban preparados para atacar.

¡Con razón Josafat se había alarmado! Ese enorme ejército se apareció en su puerta sin advertencia, dándole muy poco tiempo para prepararse. Sin embargo, a pesar de que muchas veces el pueblo de Dios se ve asaltado por el temor debido a la magnitud de las amenazas que enfrenta, sabe qué hacer con sus temores. Así sucedió con Josafat, él no comenzó a llamar a sus tropas para la batalla, como lo hubiera hecho un rey mundano. En cambio, hizo acopio de su fortaleza espiritual, declaró un ayuno nacional y convocó al pueblo a una solemne reunión religiosa. Él sabía que la ayuda de Judá vendría de “Jehová, que hizo los cielos y la tierra” (Salmo 121:2).

Después de que Josafat y el pueblo ya se habían reunido en la casa de Dios, el rey se levantó para dirigir a su pueblo en oración. Nuevamente el cronista nos permite escuchar las palabras con las que el rey de Dios oró en nombre de su pueblo:

**«Jehová, Dios de nuestros padres, ¿no eres tú Dios en los cielos, y dominas sobre todos los reinos de las naciones? ¿No está en tu mano tal fuerza y poder que no hay quien te resista? <sup>7</sup> Dios nuestro, ¿no expulsaste tú a los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de tu amigo Abraham para siempre? <sup>8</sup> Ellos la han habitado, y han edificado en ella santuario a tu nombre, diciendo: <sup>9</sup> “Si mal viene sobre nosotros, o espada de castigo,**

**o pestilencia, o hambre, nos presentaremos delante de esta Casa, y delante de ti (porque tu nombre está en esta Casa); clamaremos a ti a causa de nuestras tribulaciones, y tú nos oirás y salvarás.”** <sup>10</sup> **Ahora, pues, aquí están los hijos de Amón y de Moab, y los de los montes de Seir, a cuya tierra no quisiste que pasara Israel cuando venía de la tierra de Egipto, sino que se apartara de ellos y no los destruyera.**

**<sup>11</sup> Ahora ellos nos pagan viniendo a arrojarnos de la heredad que tú nos diste en posesión. <sup>12</sup> ¡Dios nuestro!, ¿no los juzgarás tú? Pues nosotros no tenemos fuerza con que enfrenar a la multitud tan grande que viene contra nosotros; no sabemos qué hacer, y a ti volvemos nuestros ojos.»**

**<sup>13</sup> Todo Judá estaba en pie delante de Jehová, con sus niños, sus mujeres y sus hijos.**

Notamos que Josafat comienza su oración *confesando su fe* en el Señor. Él es el único Dios verdadero “en los cielos”. Todos los otros dioses son ídolos. El Dios verdadero se ha obligado misericordiosamente a sí mismo, mediante una promesa solemne, ser el Dios de Abraham, de Isaac, de Jacob y de sus descendientes. Aunque, desde el punto de vista de Josafat, el ataque de este enorme ejército pudo haber sido súbito e inesperado, él sabe que este no es el caso para el Señor. “Fuerza y poder” están en las manos de Dios; él controla y dirige los asuntos de los hombres. Es evidente que este asunto también está bajo su autoridad.

Entonces el rey procede a *recordar a Dios sus promesas*. Dios mismo les había prometido esta tierra a Abraham y a sus descendientes, diciendo: “Toda la tierra que ves te la daré a ti y a tu descendencia para siempre” (Génesis 13:15). Dios cumplió esa promesa expulsando a los habitantes de la tierra y estableciendo a su pueblo Israel en ella. La presencia del Templo también resaltaba la relación de amor que existía entre Dios y su pueblo. El Templo era el santuario de Dios, el lugar donde había puesto su Nombre. Como lo hemos visto antes, esta expresión significa que el Templo

era el lugar que Dios había escogido revelarse a sí mismo como el Dios de gracia. En el Templo, el pueblo de Dios se podía acercar a él en oración y encontrarlo. Ésta había sido la promesa de Dios.

También es bueno que sigamos la práctica de entrelazar las promesas de Dios en nuestras oraciones: “Señor, tu dijiste esto. No puedes mentir. Te pido que se cumpla en mí lo que has dicho.” Y cuando nos acercamos a él en Cristo, tenemos la seguridad de que Dios nos oye.

En los versículos 10 a 12, el rey Josafat *señala la necesidad específica* con la que él y su pueblo han venido: “Nuestros enemigos se han unido en contra nuestra y están resueltos a sacarnos de nuestra tierra”. Su *clamor pidiendo ayuda* nos puede impresionar porque es una manera algo curiosa de expresarse en la oración: “¡Dios nuestro!, ¿no los juzgarás tú?” (versículo 12). No obstante, brota de la convicción de que Dios dibuja los mapas y establece las fronteras entre los hombres y las naciones, y lo hace como el Dios que es absolutamente justo y completamente imparcial.

Dios les había asignado a Moab, Amón y Edom los territorios que ahora poseían. Cuando los israelitas estaban en camino hacia la Tierra Prometida, Dios les había dicho expresamente: “No os metáis con [los edomitas, los amonitas y los moabitas], pues no os daré de su tierra [al oriente del Jordán]” (Deuteronomio 2:5). Israel había obedecido. Entonces Dios estableció a su pueblo en la tierra que estaba al oeste del Jordán, la que él había determinado darle como “una herencia” o posesión permanente (versículo 11). Por lo tanto, esta invasión era injusta por completo, y con ella los enemigos estaban desafiando la palabra de Dios. La situación simplemente clamaba que Dios pronunciara su juicio sobre los que resistían su voluntad.

Con un espíritu similar oramos “Hágase tu voluntad”, y al hacerlo le pedimos a Dios que destruya todo plan malvado o alianza impía del demonio, el mundo y nuestra naturaleza pecadora. Le pedimos que ejecute su juicio sobre cualquiera que

abiertamente desafíe la Palabra de Dios o que trate de impedir que la voluntad salvadora de Dios se cumpla.

Josafat concluye confesando la debilidad que todos ellos sienten y su total dependencia de Dios: “Nosotros no tenemos fuerza . . . no sabemos qué hacer” (versículo 12). Al principio, estas palabras pueden sonar como un clamor sin esperanza de alguien que se ha dado por vencido, pero cuando se ponen junto con la última frase: “a ti volvemos nuestros ojos”, se convierten en una bella oración de fe. Es como si él hubiera dicho: “Esta batalla está más allá de nosotros; no podemos hacerle frente, pero volvemos nuestros ojos a ti, porque tu poder y sabiduría son infinitos.” De modo similar, Lutero habla acerca de orar en tiempos de dificultad: “Dios desea que usted vierta su problema delante de él, y no permita que lo aplaste . . . para que al final usted haga diez o aun cien calamidades de una. Desea que usted sea muy débil para aguantar y vencer ese problema, para que en él aprenda a hallar fortaleza, y él sea alabado mediante su fortaleza en usted. ¡He aquí, así es como se hacen los cristianos!”\*

El rey que Dios nombró expresa de este modo el anhelo ardiente de todo el pueblo. Hombres, mujeres, niños y bebés están aquí en la presencia del Señor. Todos los ojos están en él, esperando una respuesta a su oración. Sin embargo, note que el rey no presume de “mostrarle a Dios el objetivo y determinar el tiempo y la forma en que . . . desean ser ayudados. . . . Los que verdaderamente esperan en Dios piden misericordia, y dejan en sus manos el cómo, dónde y por qué medios los ayudará. No se desesperan por la ayuda, ni siquiera le dan nombre.”\*\* Los cristianos tienen esta confianza cada vez que buscan a Dios en oración. Nuestro Padre nos oirá, no porque nuestra oración sea muy digna, sino porque su promesa es muy segura.

Para Josafat y para la asamblea, Dios inmediatamente le da un nombre a la ayuda que él tiene la intención de darles.

---

\* Luther, WA Vol. 31, pp. 95ss.

\*\* *Luther's Works*, Erlangen Edition, Vol. 37, pp. 423,424.

**14 Y estaba allí Jahaziel hijo de Zacarías hijo de Benaía, hijo de Jeiel, hijo de Matanías, levita de los hijos de Asaf, sobre el cual vino el espíritu de Jehová en medio de la reunión; 15 y dijo: «Oíd, todo Judá, y vosotros habitantes de Jerusalén, y tú, rey Josafat. Jehová os dice así: “No temáis ni os amedrentéis delante de esta multitud tan grande, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios. 16 Mañana descenderéis contra ellos; mirad, ellos subirán por la cuesta de Sis y los hallaréis junto al arroyo, antes del desierto de Jeruel. 17 No tendréis que pelear vosotros en esta ocasión; apostaos y quedaos quietos; veréis como la salvación de Jehová vendrá sobre vosotros. Judá y Jerusalén, no temáis ni desmayéis; salid mañana contra ellos, porque Jehová estará con vosotros.”»**

El Espíritu del Señor vino sobre Jahaziel el levita con una revelación especial para todos. El Espíritu hizo que manifestara con algún detalle la manera como el Señor les contestaría y vendría en su rescate. Dios los dirigió para salieran en contra de sus enemigos hasta que se encontraran en el arroyo. Entonces el Señor les mostró su gran amor diciéndoles: “No se preocupen por esta batalla, ella es mía; yo me encargaré de ella. Ustedes no tendrán que pelear en absoluto. Todo lo que les pido es que ocupen los puestos que se les han asignado, permanezcan firmes y me vean ganar la victoria por ustedes.”

Es importante que notemos aquí que Dios siempre responde nuestras oraciones, aunque las respuestas quizá no siempre vengan con la velocidad de la respuesta a Jahaziel. Oramos a nuestro Padre que nos ama como sus hijos queridos por causa de Jesús. “Por causa de Jesús” significa que no hay nada más seguro en los cielos ni en la tierra que el amor de nuestro Padre, y sobre el fundamento firme de esta certeza basamos nuestras oraciones. Por eso sabemos, por ejemplo, que Dios no será capaz de darnos dones malos, y si pedimos algo que nos pueda lastimar, Dios responderá a nuestra solicitud con una negativa amorosa para darnos luego

algo mucho mejor y más excelente. También es por eso que cuando le hacemos saber a Dios nuestras peticiones en áreas en las que no tenemos palabra clara de Dios para guiarnos, oramos con plena alegría de fe: “¡Hágase tu voluntad!” Sabemos que aun si Dios no hace lo que queremos en ese momento, lo que él quiera y nos dé será para nuestro bien eterno.

Sobre todo, vemos las promesas de Dios en las Escrituras para encontrar respuestas sólidas a nuestras oraciones. Dios cumple lo que promete. Cuando Dios da una promesa clara y universal, no hay necesidad de orar diciendo “si esta es tu voluntad”, porque Dios ya ha expresado su voluntad salvadora en la promesa. Aquí pensamos específicamente en las promesas que nos ha hecho de perdonar todos los pecados, de dar su Espíritu, de permanecer con nosotros y de no dejar que nada nos separe de su amor, y de fortalecernos para vencer cuando las pruebas de la vida amenacen con aplastarnos. Cuando pedimos cualquiera de estas cosas, decimos “Amén” con la plena convicción de que Dios nos dará lo que le pedimos, ya que Jesús dice que el Padre no responderá a nuestro clamor por pan dándonos piedras.

Esta respuesta de fe alegre a la promesa de Dios es exactamente lo que vemos en Josafat y en el pueblo de Judá.

**<sup>18</sup> Entonces Josafat se inclinó rostro a tierra, y también todo Judá y los habitantes de Jerusalén se postraron ante Jehová para adorar a Jehová. <sup>19</sup> Y se levantaron los levitas de los hijos de Coat y de los hijos de Coré para alabar con gran clamor a Jehová, el Dios de Israel.**

**<sup>20</sup> Cuando se levantaron por la mañana, salieron al desierto de Tecoa. Mientras ellos salían, Josafat, puesto en pie, dijo: «Oídme, Judá y habitantes de Jerusalén. Creed en Jehová, vuestro Dios y estaréis seguros; creed a sus profetas y seréis prosperados.»**

**<sup>21</sup> Después de consultar con el pueblo, puso a algunos que, vestidos de ornamentos sagrados, cantaran y alabaran a Jehová mientras salía la gente armada, y que dijeran:**

**«Glorificad a Jehová, porque su misericordia es para siempre.»**

Josafat reconoció que había escuchado la voz viva de Dios, que había usado al profeta Jahaziel como su instrumento para que hablara su Palabra. Toda la asamblea se postró en temor reverente ante el Dios que le promete tan grandes cosas a su pueblo. Por último, los sonoros cánticos de alabanza de los levitas rompieron el silencio adorador.

Este mismo espíritu de adoración se mantuvo durante el día siguiente cuando el pueblo de Dios salió a la batalla. El rey tomó el liderazgo para animar al pueblo a confiar en el Señor y en los profetas. El rey se encargó de que los cánticos de alabanza que habían comenzado en el Templo continuaran cuando marcharan. Aun antes de que alcanzara la victoria, se les encargó a los hombres que entonaran el cántico de la victoria de la fe. “Glorificad a Jehová.” Lo que Dios promete es tan cierto como si ya se hubiera realizado, aun antes de que realmente suceda.

¡Qué visión la que Dios pone aquí delante de nuestros ojos! Toda la nación salió al campo de batalla contra enemigos muy reales que estaban armados con espada, escudo, honda y lanza. Sin embargo, el pueblo de Josafat se parecía más a una congregación cuando sale de la iglesia, que a un ejército que va a la guerra. Así y todo, el ejército de Dios salió totalmente equipado. Ellos tenían la espada del Espíritu, el escudo de la fe y una actitud de oración en su corazón.

De modo similar, podemos considerar toda nuestra vida como un acto indiviso de adoración, cuyo momento estelar sucede durante la adoración formal cuando nos reunimos como el pueblo de Dios. Vamos a buscar al Señor en oración y a fortalecernos con la Palabra y el sacramento. Salimos preparados para pelear contra los enemigos, que procuran destruir nuestra vida espiritual. Nuestra victoria esta asegurada por la Palabra que hemos oído. Y, cuando Dios nos da las victorias diarias sobre el pecado y sobre

Satanás, tenemos nuevas razones para reunirnos en alabanza y en oración. Su misericordia es para siempre.

**<sup>22</sup> Cuando comenzaron a entonar cantos de alabanza, Jehová puso emboscadas contra los hijos de Amón, de Moab y de los montes de Seir que venían contra Judá, y se mataron los unos a los otros. <sup>23</sup> Porque los hijos de Amón y Moab se levantaron contra los de los montes de Seir para matarlos y destruirlos; y cuando acabaron con los del monte Seir, cada cual ayudó a la destrucción de su compañero.**

**<sup>24</sup> Luego que vino Judá a la torre del desierto, miraron hacia la multitud, pero sólo vieron cadáveres tendidos en la tierra, pues ninguno había escapado. <sup>25</sup> Josafat y su pueblo fueron a despojarlos, y hallaron entre los cadáveres muchas riquezas, así vestidos como alhajas preciosas que tomaron para sí; tantos, que no los podían llevar. Estuvieron tres días recogiendo el botín, porque era abundante.**

**<sup>26</sup> Al cuarto día se juntaron en el valle de Beraca, y allí bendijeron a Jehová; por esto llamaron el nombre de aquel paraje el valle de Beraca, hasta el día de hoy. <sup>27</sup> Después todos los hombres de Judá y de Jerusalén, con Josafat a la cabeza, regresaron a Jerusalén gozosos, porque Jehová les había colmado de gozo librándolos de sus enemigos. <sup>28</sup> Y entraron en Jerusalén, en la casa de Jehová, con salterios, arpas y trompetas.**

**<sup>29</sup> Cuando supieron que Jehová había peleado contra los enemigos de Israel, el terror de Dios cayó sobre todos los reinos de aquella tierra. <sup>30</sup> Y el reino de Josafat tuvo paz, porque su Dios le dio paz por todas partes.**

La batalla misma fue algo decepcionante. El cronista nos dice que “Jehová puso emboscadas contra. . .” Esta frase se explica mejor en los versículos siguientes, que describen la desintegración de la alianza enemiga y la lucha entre los mismos que antes habían

sido aliados. De la misma forma, todos los que obstinadamente se ponen en contra del Señor y de su Ungido tendrán que perecer (Salmo 2). Cuando el pueblo de Judá llegó al lugar desde donde podían observar los pasos montañosos que daban acceso desde el mar Muerto, descubrieron que no quedaba ejército con quien pelear. La verdad de la frase “la guerra [es] de Dios” llegó a ser parte de su propia experiencia. Lo único que les quedó por hacer fue recoger el botín: equipo, ropa y objetos de valor esparcidos en todo el campo de batalla. Hicieron eso durante tres días seguidos, un hecho que indica el valor y la grandeza del botín y lo completa que fue la victoria. El cuarto día se reunieron para darle gracias a Dios por la victoria y sus frutos. Un valle que pudo haber sido el escenario de una terrible derrota para Judá se había convertido en el valle de Beraca. *Beracah* es una palabra hebrea que significa “alabanza”. Le dieron al valle un nuevo nombre para acordarse de que su Dios les había dado otra razón para alabar su Nombre salvador.

Después del servicio de acción de gracias, que se realizó en el lugar donde estaban, la compañía regresó llena de alegría a Jerusalén para alabar al Señor en su Templo. Se podría decir que el primer servicio fue espontáneo; el segundo fue más formal. El rey y su pueblo querían hacer las cosas apropiadamente y alabar al Señor con todos los recursos que tenían a su disposición “con salterios, arpas y trompetas”.

La respuesta de los enemigos del pueblo de Dios fue muy diferente. En el versículo 29 se nos dice que el “terror de Dios” cayó sobre ellos. Eso se refiere nuevamente al pavor sobrenatural y paralizante que Dios puso en el corazón de los pueblos y de las naciones que rodeaban a Israel, haciendo que se alejaran del pueblo de Dios y lo dejaran solo. El resultado para el reino de Dios bajo Josafat fue que la gente de Dios pudo llevar una vida tranquila y segura.

## *El resumen del reinado de Josafat y un triste epílogo*

**<sup>31</sup> Así reinó Josafat sobre Judá; de treinta y cinco años era cuando comenzó a reinar, y reinó veinticinco años en Jerusalén. El nombre de su madre fue Azuba, hija de Silhi. <sup>32</sup> Y anduvo en el camino de Asa, su padre, sin apartarse de él, haciendo lo recto ante los ojos de Jehová. <sup>33</sup> Con todo, los lugares altos no fueron quitados; pues el pueblo aún no había enderezado su corazón al Dios de sus padres. <sup>34</sup> Los demás hechos de Josafat, los primeros y los últimos, están escritos en las palabras de Jehú hijo de Hanani, del cual se hace mención en el libro de los reyes de Israel.**

**<sup>35</sup> Pasadas estas cosas, Josafat, rey de Judá, trabó amistad con Ocozías, rey de Israel, el cual era dado a la impiedad, <sup>36</sup> y se asoció a él para construir naves que fueran a Tarsis; y construyeron las naves en Ezión-geber. <sup>37</sup> Entonces Eliezer hijo de Dodava, el de Maresa, profetizó contra Josafat diciendo: «Por cuanto te has aliado con Ocozías, Jehová destruirá tus obras». Y las naves se rompieron, y no pudieron ir a Tarsis.**

¿Cuál es el veredicto final que pronuncia el cronista sobre la vida de Josafat? Como hemos visto, hubo acciones muy destacadas en cuanto al cuidado pastoral del rey por su pueblo, en su celo por establecer la justicia del Señor en la tierra y en su humilde e inspirador liderazgo durante el ataque traicionero de los enemigos de Judá. Durante todas esas ocasiones, el Señor había sido su aliado, y tanto el rey como el pueblo habían prosperado. No obstante, también se presentó esa espantosa caída ocasionada por su alianza con Acab mediante el matrimonio cuando hizo causa común en la guerra con ese rey impío. Estos versículos aclaran que el pacto que había hecho con el mal no había dejado de enredarlo en empresas dudosas. Esto también les iba a seguir dando muchos problemas a sus descendientes.

Después de todo lo que había sucedido, nos parece casi imposible creer lo que nuestros ojos ven en el versículo 35: “Pasadas estas cosas, Josafat, rey de Judá, trabó amistad con Ocozías, rey de Israel, el cual era dado a la impiedad.” ¿Cómo podía él, que había tenido un renacimiento en el Espíritu, tratar otra vez de alcanzar sus objetivos mediante esfuerzos humanos? (vea Gálatas 3:3). Uno de nuestros propios escritores del sínodo lo expresó muy bien: “Cada hijo de Dios es a la vez santo y pecador, y no sólo está propenso a pecar, sino que es capaz de cometer grandes pecados flagrantes”.\*

Siempre que el Señor nos da algo, como somos tan débiles y propensos al pecado, tendemos a considerar que lo tenemos guardado con seguridad y que ahora está en nuestra posesión por derecho absoluto, en vez de considerar que lo tenemos por la gracia de Dios. Perdemos rápidamente la percepción de la gracia y llegamos a cansarnos de lo que tenemos. Entonces nuestros ojos son atraídos por lo nuevo y el corazón comienza a anhelar cosas que todavía no tenemos. Por lo visto, Josafat comenzó a anhelar el oro de Ofir y el prestigio de ser un gran rey comerciante como Salomón, aunque el Señor ya le había dado gran riqueza y honor (vea 1 Reyes 22:48 y 2 Crónicas 17:5).

El ejemplo de Josafat nos puede enseñar que el problema nunca está en la forma en que Dios nos ha bendecido, sino que nuestro verdadero problema siempre es el enemigo que tenemos por dentro. Nunca estaremos contentos hasta que Dios quite los ídolos de nuestro corazón, establezca allí su paz y nos enseñe a encontrar el reposo perfecto en él. Algunas veces, la manera como Dios hace esto es confundiendo nuestros planes y destruyendo todas nuestras naves (versículo 37). Aun así es su amor el que obra, aun cuando nos hiere. Él quiere ayudarnos a morir al pecado y que en cambio confiemos en él. Él nos dice: “Déjenme ser su Dios y encuentren su alegría en mí.”

---

\* Werner H. Franzmann, *Bible History commentary: Old Testament* (Milwaukee: Board of Parish Education Ev. Lutheran Synod, 1980), p. 484.

A pesar de las caídas de Josafat, el veredicto del cronista fue que él “[hizo] lo recto ante los ojos de Jehová” (versículo 32). Cuando nuestro Juez y Rey nos mira, ve más que el pecado que ocasiona su ira; ve a nuestro Salvador, que tomó esa ira sobre él mismo y quitó nuestra culpa para siempre. Por medio de él, Dios declaró santo a un pecador como Josafat, como un rey que “[hizo] lo recto”. Solo en la cruz podemos llegar a conocer completamente al Señor, nuestro juez, y a entender cómo puede mantener a la vez tanto la justicia perfecta como la misericordia sin límite.

### *El reino de Dios bajo Joram*

*Un desolador resumen de su reino:  
“anduvo en el camino de . . . Acab”*

**21** Durmió Josafat con sus padres, y lo sepultaron con sus padres en la Ciudad de David. Reinó en su lugar Joram, su hijo, <sup>2</sup> quien tuvo por hermanos, hijos de Josafat, a Azarías, Jehiel, Zacarías, Azarías, Micael y Sefatías. Todos estos fueron hijos de Josafat, rey de Judá. <sup>3</sup> Su padre les había dado muchos regalos de oro y de plata, cosas preciosas, y ciudades fortificadas en Judá; pero entregó el reino a Joram, porque él era el primogénito. <sup>4</sup> Fue elevado, pues, Joram al reino de su padre. Luego que se hizo fuerte, mató a espada a todos sus hermanos y también a algunos de los príncipes de Israel. <sup>5</sup> Cuando comenzó a reinar tenía treinta y dos años de edad, y reinó ocho años en Jerusalén. <sup>6</sup> Pero anduvo en el camino de los reyes de Israel, como hizo la casa de Acab, porque tenía por mujer a la hija de Acab, e hizo lo malo ante los ojos de Jehová. <sup>7</sup> Pero Jehová no quiso destruir la casa de David, a causa del pacto que había hecho con David, y porque le había dicho que le daría una lámpara a él y a sus hijos perpetuamente.

Con este capítulo, el cronista comienza una descripción extensa del descenso y de la casi extinción de la casa de David. Este descenso había sido puesto en acción originalmente por la necia decisión que tomó Josafat de aliarse con la casa perversa de Acab por medio del matrimonio. Ahora el árbol venenoso estaba por dar sus frutos.

A pesar de ese gran error, Josafat fue un rey piadoso y disfrutó el don que Dios le dio de tener muchos hijos (versículo 2). Josafat, siguiendo el ejemplo de Roboam (11:23), había distribuido a sus hijos por todo el reino, y le encargó a cada cual una de sus ciudades fortificadas. “Pero entregó el reino a Joram, porque él era el primogénito” (versículo 3). Con tantos hijos, Josafat definió sabiamente el tema de la sucesión antes de su muerte. Joram, el hijo que se había casado con la hija de Acab, iba a ser el siguiente rey de Judá.

El cruel asesinato de sus hermanos y de muchos de los príncipes de Judá por orden de Joram se debe calificar como uno de los actos más viles que un rey de Judá haya realizado. Aunque no se nos dice por qué Joram sintió la necesidad de cometer este acto antinatural, podemos llegar a una conjetura bastante segura. Hasta ese momento, Judá había sido en gran parte resguardada, por su rey, de la grande idolatría que había corrompido a fondo al reino del Norte. Asa y Josafat tuvieron como política oficial extirpar de su tierra los lugares altos de adoración (14:3; 17:6). Aunque no habían tenido éxito completo, su corazón tenía la intención correcta. Sin embargo, como el versículo 11 de la siguiente sección lo aclara, Joram invirtió esta política y en su lugar adoptó el procedimiento que había seguido su suegro de *establecer* lugares altos en medio de su pueblo dedicados a la adoración del dios Baal de Tiro. “Anduvo en el camino de los reyes de Israel, como hizo la casa de Acab” (versículo 6). Es probable que estas prácticas hayan sido parte de una política más amplia de cooperación cercana con el reino idólatra del Norte. Cuando los otros hijos de Josafat denunciaron lo que estaba sucediendo, los mataron porque eran molestos, junto con sus partidarios.

Con seguridad, el juicio de Dios iba a caer sobre ese rey tan perverso. Sin embargo “Jehová no quiso destruir la casa de David, a causa del pacto que había hecho con David, y porque le había dicho que le daría lámpara a él y a sus hijos perpetuamente” (versículo 7). Él no anula su gracia por el mal que hace la gente. Dios le había prometido a David que su casa y su reino perdurarían (1 Crónicas 17). Aunque el mundo estuviera lleno de Jorams, el Señor no retiraría lo que había dicho.

Ejemplos concretos de la historia, como este, deben haber sido un gran consuelo para esos judíos que habían regresado del exilio. Cuando se habla en términos humanos, la suerte de la casa de David, en los días de Joram, estaba colgando de un hilo delgado. Como estamos por ver, pronto, la casa real iba a quedar reducida a un solo vástago varón, mientras que un usurpador ocupaba el trono. Sin embargo, de esta “vara del tronco de Isaí” (Isaías 11:1), Dios iba a restaurar a la casa de David en el poder. Los exilados que regresaron se animaron al considerar la gracia fiel de Dios cuando la vieron en este ejemplo, y eso los motivó a creer que las misericordias de Dios aun seguían siendo fieles por siempre. Dios *enviaría* su Mesías, aunque no había motivo terrenal para tener esperanza.

### ***Dios juzga a Joram***

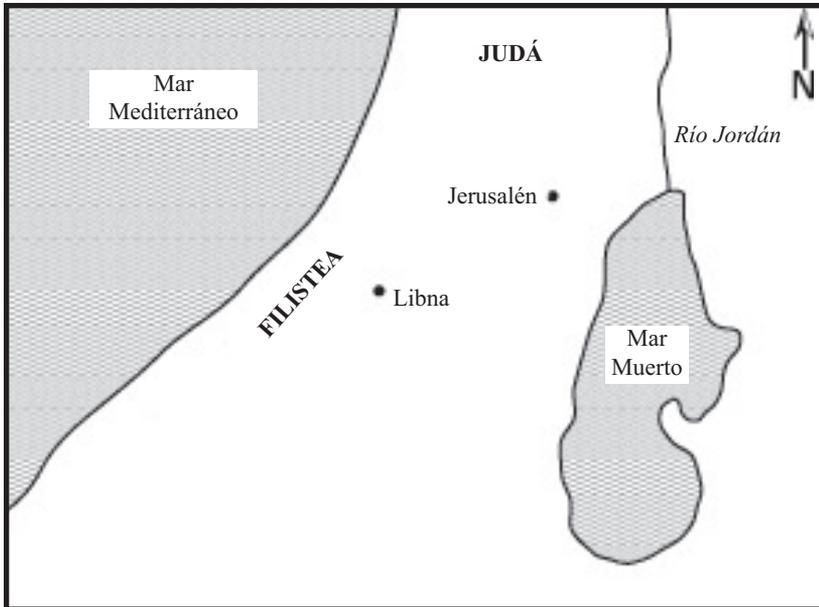
#### *Dios lo humilla*

**<sup>8</sup>En sus días se rebeló Edom contra el dominio de Judá, y proclamó su propio rey. <sup>9</sup>Entonces pasó Joram con sus príncipes, y todos sus carros; se levantó de noche y derrotó a los edomitas que le habían sitiado, y a todos los comandantes de sus carros. <sup>10</sup>No obstante, Edom se libertó del dominio de Judá hasta el día de hoy. Por ese mismo tiempo Libna se libertó también de su dominio, por cuanto Joram había abandonado a Jehová, el Dios de sus padres.**

**<sup>11</sup> Además de esto, construyó lugares altos en los montes de Judá, e incitó a los habitantes de Jerusalén a la prostitución, y empujó a ella a Judá.**

Después de haber aclarado que la gracia de Dios reina suprema sobre todo lo que él hace, ahora el cronista procede a demostrar una vez más cómo una violación de la Ley de Dios inevitablemente lleva al desastre. Para Joram, ese desastre vino en la forma de rebelión. Primero los edomitas y después la ciudad de Libna se negaron a servir al rey que se había negado a servir al Señor. Y como la hostilidad entre Edom e Israel había existido por largo tiempo, no sorprende la rebelión de los edomitas; sin embargo la rebelión de Libna sí es una sorpresa.

La mayoría de los eruditos ubican a Libna en la frontera entre la parte baja de las montañas de Judá y los valles costeros de Filistea (vea el mapa). Como la ciudad fue conquistada primero



*La rebelión contra Judá*

por Josué (Josué 10:29-32), fue considerada como parte del territorio de Judá (Josué 15:42) y les fue asignada a los hijos de Aarón (Josué 21:13; 1 Crónicas 6:57). Aunque Libna fue originalmente una de las antiguas ciudades cananeas, estuvo bajo el gobierno del pueblo de Dios por un tiempo tan largo que sus habitantes no deben de haber considerado que el gobierno de la casa de David era un dominio de un poder extranjero, como lo era el caso de Edom. Entonces, ¿por qué se rebelaría este pueblo de Judá contra su propio rey? Fue por la mano de Dios que ahora se había vuelto en contra de la casa que él una vez había sostenido: todo debido a que Joram había “abandonado a Jehová, el Dios de sus padres” (versículo 10).

Lo que Jesús dijo una vez sobre los que desprecian la Palabra, nos ayuda a aplicarnos a nosotros mismos el significado solemne de la rebelión de Libna: “Al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado” (Mateo 13:12). Joram consideró que tenía segura a Libna y supuso que podía despreciar al Señor sin que eso tuviera consecuencias. Descubrió que no era así. Del mismo modo, la fe no le pertenece a ninguno de nosotros por derecho de nacimiento. Si damos por descontada la Palabra de Dios o si actuamos como si Cristo y su iglesia siempre fueran a estar ahí, sin que importe lo que hagamos, bien podemos perder para siempre lo que pensamos que siempre sería nuestro.

El cronista, al concluir esta sección, describe el pecado de Joram en los términos más francos. Al introducir esa gran idolatría y la adoración a Baal en su reino, había llevado a “los habitantes de Jerusalén a la prostitución, y empujó a ella a Judá”. Sólo hay otra ocasión en la que nuestro escritor usa la expresión “prostitución”, es en su primer libro. Allí la usó como la mejor manera de caracterizar el pecado de las tribus del norte, y la dio como la razón por la que Dios los abandonó a sus enemigos (1 Crónicas 5:25,26). “Y empujó a Judá” es también una expresión que implica mucho en el vocabulario de los escritores bíblicos. El cronista la usa aquí en este sentido y también la encontramos en el libro de Deuteronomio, donde Moisés advirtió al pueblo contra

cualquiera que tratara de empujarlos (“instigar”) a seguir dioses falsos (Deuteronomio 13:13).

Esa tentación ya era bastante mala, cualquiera que fuera el responsable; pero cuando los reyes eran culpables de eso, los que tenían la responsabilidad de cuidar el rebaño de Dios, el pecado era aun peor, por el impacto que tenía sobre toda la sociedad israelita. Como lo hemos visto, Josafat, el padre de Joram, había tomado muy en serio la responsabilidad de ser el pastor subordinado al Señor (vea 19:4-11). Joram, sin embargo, con un corto reinado de ocho años, pudo deshacer lo que su padre había construido tan cuidadosamente. El pleito en contra de Joram es bastante claro. Simplemente esperamos oír el veredicto; quien lo va a pronunciar es nada menos que Elías, el gran profeta de Dios.

*Dios declara su juicio a Joram por medio de Elías*

**<sup>12</sup> Le llegó una carta del profeta Elías que decía: «Jehová, el Dios de tu padre David, ha dicho así: “Por cuanto no has andado en los caminos de Josafat, tu padre, ni en los caminos de Asa, rey de Judá, <sup>13</sup> sino que has andado en el camino de los reyes de Israel, y has hecho que Judá y los habitantes de Jerusalén fornicuen, como fornicó la casa de Acab; y además has dado muerte a tus hermanos, a la familia de tu padre, los cuales eran mejores que tú; <sup>14</sup> Jehová herirá a tu pueblo con una gran plaga, a tus hijos, a tus mujeres y a todo cuanto tienes; <sup>15</sup> tú mismo padecerás muchas enfermedades, y una dolencia tal de tus intestinos, que se te saldrán a causa de tu persistente enfermedad.”»**

¡Una carta notable de un hombre notable! Elías, como lo conocemos por 1 Reyes, desempeñó su ministerio entre las tribus del norte de Israel. El Señor lo había usado para impedir que su pueblo se volviera completamente apóstata bajo Acab y Jezabel. Ahora, como uno de los últimos actos de la carrera de Elías, el Señor lo utilizó para dar su veredicto sobre Joram.

Con trazos veloces y seguros, el profeta caracteriza a Joram y su pecado. En su deslealtad al Señor, Joram había deshonrado a su propia casa, les había vuelto la espalda a sus antepasados, prefiriendo “el camino de los reyes de Israel”. Asesinó a sus propios hermanos, “a la familia de [su] padre, los cuales eran mejores que [él]” (versículo 13). Esta última frase le da algún respaldo a la teoría mencionada anteriormente de que Joram había asesinado a sus hermanos porque se habían opuesto a sus políticas de adoración de Baal y a las relaciones cercanas con Israel. El descendiente indigno había arrastrado en el barro el nombre de David.

Debido a que Joram había asesinado a sus propios hermanos de una forma tan cruel y había despreciado los caminos piadosos de sus padres, Dios definirá su juicio con tanta precisión que destruirá principalmente su propia casa. Su pueblo, sus hijos, sus esposas y todo lo que poseía sentirán el peso de la ira de Dios. Él mismo morirá de una enfermedad repugnante y persistente. El castigo de Dios será el correspondiente al crimen del rey.

Hay muchas personas que rechazan esta profecía como un engaño retórico y como algo que el cronista inventó por completo. Como dudan de la capacidad de Dios para intervenir en la historia, no creen en ningún relato que pueda implicar que Dios conoce el futuro o que lo controla. Dicen que 2 Reyes 2,3 sugiere que Elías fue llevado a los cielos alrededor del año 853 a.C. Esto haría imposible que hubiera escrito la carta al rey que comenzó su reinado alrededor del año 848 a.C. Para evitar esto, algunos comentaristas conservadores han sugerido que Elías escribió esta profecía antes de morir (aun antes de que Joram matara a sus hermanos) y le encargó el manuscrito a Eliseo para que lo entregara en el tiempo apropiado. Otros van tan lejos que dicen que esta profecía fue una carta que cayó del cielo, ¡en un sentido muy literal! Sugieren que el Señor le permitió a Elías comunicarse desde su estado de gloria con el pueblo que todavía vivía en este mundo de pecado.

Sin embargo, no es necesario ir tan lejos. Los capítulos 2 y 3 de 2 Reyes no establecen explícitamente que se tienen que leer en forma cronológica, tampoco se tienen que interpretar como si Elías se hubiera ido antes de que Eliseo estuviera activo en su ministerio. En 2 Reyes bien podríamos tener una disposición del material de acuerdo al tema, en el cual el escritor sagrado aclara primero que Eliseo fue el sucesor de Elías. Ningún relato presentaría este punto mejor que el hecho de que Elías haya sido llevado al cielo. Después, el escritor de 2 Reyes prosigue para darnos unos ejemplos de lo que hizo Eliseo y de cómo se condujo durante su trabajo profético. Por lo menos algunos de estos incidentes debieron haber ocurrido mientras que Elías vivía. Debemos recordar que los relatos bíblicos fueron escritos para obrar la fe en el Señor; no fueron escritos como historias exhaustivas ni completas.

Además, nada estaría más de acuerdo con todo el carácter de Elías que esta carta franca y directa. Recordamos la firmeza con la que se opuso a Acab en todos sus caminos idólatras. ¿Qué podía ser más característico de Elías que su oposición al hijo yerno de Acab cuando vio el cáncer idólatra que estaba invadiendo a Judá? ¡Nada encajaría mejor con el hombre que le había dicho a Acab: “Lamieron los perros [tu] sangre” (1 Reyes 21:19) que las palabras “Tú mismo padecerás muchas enfermedades, y una dolencia tal de tus intestinos, que se te saldrán a causa de tu persistente enfermedad” (versículo 15).

En cuanto al tema de un profeta del Señor y su capacidad para hacer estas profecías específicas y detalladas sobre el futuro, solo tenemos que leer estas palabras de Isaías para renovar nuestra propia fe: “Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos, porque yo soy Dios; y no hay otro Dios, ni nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: ‘Mi plan permanecerá, y haré todo lo que quiero’” (Isaías 46:9,10).

*Dios lleva a cabo su veredicto*

**<sup>16</sup>Entonces Jehová despertó contra Joram la ira de los filisteos y de los árabes que estaban junto a los etíopes, <sup>17</sup>que subieron contra Judá, invadieron la tierra y tomaron todos los bienes que hallaron en la casa del rey, a sus hijos y a sus mujeres; y no le quedó más hijo sino solamente Joacaz, el menor de ellos. <sup>18</sup>Después de todo esto, Jehová lo hirió con una enfermedad incurable en los intestinos. <sup>19</sup>Y aconteció que al pasar muchos días, al cabo de dos años, los intestinos se le salieron por la enfermedad, y murió así de enfermedad muy penosa. Y no encendieron fuego en su honor, como lo habían hecho con sus padres. <sup>20</sup>Cuando comenzó a reinar tenía treinta y dos años de edad, y reinó en Jerusalén durante ocho años. Murió sin que nadie lo llorara y lo sepultaron en la Ciudad de David, pero no en los sepulcros de los reyes.**

Joram trató de darles marcha atrás a las políticas piadosas de Josafat, su padre, y de su abuelo Asa. Por eso, Dios frustró todos los planes de Joram y arruinó todas sus esperanzas. Dios le quitó no solo todo lo que él había tratado de asegurar para sí mismo, sino también muchas de las bendiciones que les había otorgado a sus dos predecesores. Al hacerlo así, Dios le estaba diciendo claramente a su pueblo del Antiguo Testamento que las bendiciones terrenales les llegan a aquellos cuya vida está espiritualmente en orden. Pero los que dejan que su vida caiga en el desvío espiritual, todo lo que pueden esperar son penas y dolores. Para tener más información sobre este tema, vea en la introducción: “Bendiciones y castigos inmediatos”.

Al matar a sus hermanos, Joram trató de que su familia estuviera segura ante cualquier amenaza que ellos pudieran representar. Cuando Dios terminó con él, los hijos y las esposas de Joram estaban muertos, con excepción del joven Joacaz. Josafat, su padre, había recibido tributo de los filisteos y de los

árabes (17:11); Joram, el hijo, fue obligado a entregarles sus posesiones a estas mismas naciones cuando el Señor los indujo a invadir su reino. Sus dos predecesores habían disfrutado de reinados relativamente largos; el reinado de Joram se interrumpió después de solo ocho años. Joram tuvo una muerte horrible, nadie lamentó su desaparición, y no le dieron ninguno de los honores que sus predecesores habían recibido. No hubo fuego ceremonial y no lo sepultaron en las tumbas de la familia. Esa persona, que era una vergüenza para la casa de David, murió en completa desgracia.

### *El reino de Dios bajo Ocozías*

*Escucha el consejo de los impíos,  
se sienta en la silla de los escarnecedores*

**22** Los habitantes de Jerusalén hicieron rey en lugar de Joram a Ocozías, su hijo menor; porque una banda armada que había venido con los árabes al campamento, había matado a todos los mayores, por lo cual reinó Ocozías hijo de Joram, rey de Judá. <sup>2</sup> Cuando Ocozías comenzó a reinar tenía cuarenta y dos años de edad, y reinó un año en Jerusalén. El nombre de su madre era Atalía, hija de Omri.

<sup>3</sup> También él anduvo en los caminos de la casa de Acab, pues su madre le aconsejaba a que actuara impiamente. <sup>4</sup> Hizo, pues, lo malo ante los ojos de Jehová, como la casa de Acab; porque después de la muerte de su padre, ellos le aconsejaron para su perdición. <sup>5</sup> Y él anduvo en los consejos de ellos, y fue a la guerra con Joram hijo de Acab, rey de Israel, contra Hazael, rey de Siria, a Ramot de Galaad, donde los sirios hirieron a Joram. <sup>6</sup> Y volvió para curarse en Jezreel de las heridas que le habían hecho en Ramot, peleando contra Hazael, rey de Siria. Y descendió Ocozías hijo de Joram, rey de Judá, para visitar a Joram hijo de Acab en Jezreel, porque estaba enfermo allí.

Aunque las cosas ya estaban muy mal, iban a empeorar. El primer versículo nos da alguna información sobre las bandas armadas, de las cuales oímos en el capítulo anterior, y de cómo mataron a la mayoría de los hijos del rey. Aunque el hebreo es algo difícil de entender, parece que las bandas armadas de filisteos y árabes (21:16) habían logrado atrapar a la familia del rey mientras estaban en campaña con él y vivían en el campamento militar de Judá. A Ocozías, probablemente por ser el menor, lo habían dejado en la casa, tal vez para mantener una presencia real en Jerusalén. Así fue que a la muerte de su padre, sólo él había sobrevivido para ascender al trono.

En lugar de la fórmula de cierre común “‘A’ descansó con sus padres y ‘B’ lo sucedió como rey”, aquí se nos dice que “los habitantes de Jerusalén” se unieron para poner a Ocozías en el trono. Para nosotros es difícil saber el significado exacto de esta expresión. ¿Eran estos los ciudadanos principales de Jerusalén? ¿O eran gente común? Sabemos solo esto: la expresión implica que existía un estado de confusión y desorden en el reino, sin duda causado por las bandas armadas y por la muerte de tantos a la vez en la familia real. Era imposible hacer la entrega normal del poder de un rey al siguiente. Eso parece que es lo que ocurre siempre que aparecen expresiones similares (vea 26:1; 33:25; 36:1). Intrigas palaciegas, derrota militar, asesinato: se amenaza el buen orden de alguna manera y el pueblo mismo tiene que intervenir para restaurarlo.

Con solo 22 años de edad, Ocozías fue influido fuertemente por el consejo de la familia de Acab. Por causa de Atalía, su madre, y de sus primos del lado de la familia de Acab, parecía que el destino espiritual y político de la pequeña Judá iba a llegar a estar cada vez más entrelazado con el del Norte. Recordamos cómo el rey Abías en una ocasión se había levantado incondicionalmente a favor la legitimidad de la dinastía de David y a favor de la verdadera adoración de Dios en el Templo (vea el capítulo 13). Pero ahora el matrimonio fatal de Joram con Atalía, la hija de

Acab, había hundido la casa de David. Judá se había convertido, militar y religiosamente, en poco más que el vasallo de Israel.

Ocozías, completamente bajo la influencia de su madre, “anduvo en los caminos de la casa de Acab” (versículo 3) y no en los de David. Sin duda, eso significa que la adoración a dioses e ídolos extraños siguió contaminando al Sur, con la aprobación del rey. Y la casa de Acab lo aconsejó bien, es decir, de la mejor manera para asegurarse su propia destrucción (versículo 4). Se unió con Joram, el hijo de Acab, en la aventura militar de Joram contra el poder creciente de Hazael, el nuevo rey de Siria (el vecino de Israel al norte). Joram pensaba atacar a Siria en Ramot de Galaad. En vez de esto lo hirieron y se tuvo que retirar a su palacio de verano en Jezreel, para recobrase de sus heridas. Ocozías fue a visitarlo allí.

El cronista nos da solo un relato muy condensado de los acontecimientos que son mucho más completos en 2 Reyes 9, un relato que claramente supone que sus lectores conocen. Aquí su interés es sólo bosquejar de nuevo el esquema general del relato, seleccionar y completar el material, con el objeto de resaltar las lecciones espirituales que se deben aprender de él. El Salmo 1 viene otra vez a la mente porque está muy cercano al interés del cronista cuando vuelve a contar esta historia aquí:

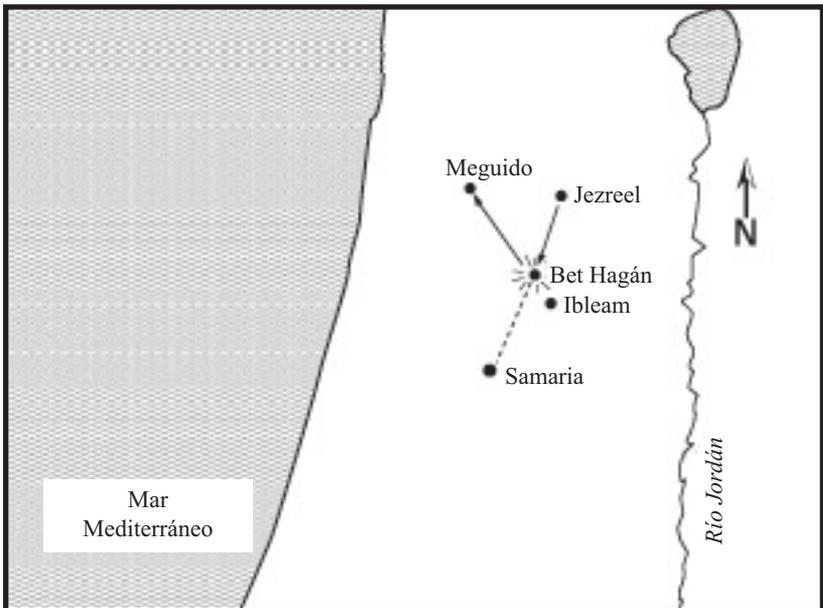
Bienaventurado el varón  
que no anduvo en consejo de malos,  
ni estuvo en camino de pecadores,  
ni en silla de escarnecedores se ha sentado.  
No así los malos. (Salmo 1:1,4)

### *Llega a ser como el tamo que arrebató el viento*

**<sup>7</sup> Pero esto venía de Dios, para que Ocozías fuera destruido al ir a visitar a Joram. Tan pronto llegó, salió con Joram contra Jehú hijo de Nimsi, al cual Jehová había ungido para que exterminara a la familia de Acab. <sup>8</sup> Mientras Jehú hacía juicio contra la casa de Acab, halló a los príncipes de Judá y**

**a los hijos de los hermanos de Ocozías, que servían a Ocozías, y los mató. <sup>9</sup> Buscó luego a Ocozías, el cual se había escondido en Samaria. Lo hallaron, lo trajeron a Jehú y lo mataron; pero le dieron sepultura, pues decían: «Es hijo de Josafat, quien de todo su corazón buscó a Jehová.» Y la casa de Ocozías no tenía fuerzas para retener el reino.**

Hay varias diferencias entre este corto relato y su paralelo en 2 Reyes 9. La mayoría de esas diferencias se pueden explicar fácilmente por medio de lo que ya se dijo antes: (a) el cronista nos da una versión condensada para poner de manifiesto la verdad teológica y (b) da por sentado que sus lectores conocen 2 Reyes. La diferencia más difícil de entender es la ubicación de la muerte de Ocozías: 2 Reyes nos dice que Ocozías trató de escapar mientras que Jehú y sus partidarios mataban a espada a Joram, y logró el propósito de pasar de Jizreel a Bet Hagán, que estaba



*La persecución de Jehú a Joram y a Ocozías*

ubicada cerca de Ibleam, en el camino a Samaria. Allí Jehú se acercó lo suficiente para poder herirlo, pero Ocozías, con la ayuda de sus siervos, todavía pudo luchar hasta llegar a Meguido, donde finalmente murió (2 Reyes 9:27). Parece que el cronista nos dice que Ocozías se escapó a la ciudad de Samaria, donde trató de encontrar un lugar para esconderse; allí lo capturaron los hombres de Jehú y lo llevaron donde su amo, quien entonces llevó a cabo la ejecución.

Podríamos explicar esta diferencia de la siguiente manera: en el recuento condensado que hace de la historia, el cronista decidió destacar el lugar donde Ocozías había pensado buscar refugio en su huida precipitada. No dice que Ocozías no llegó a Samaria, supone que sus lectores pueden agregar ese detalle por sí mismos. El propósito teológico cuando menciona el objetivo de Ocozías es más claro: el rey de Judá busca refugio en una ciudad que está vinculada en vínculo indivisible con la casa de Acab, con Jezabel y con la adoración a Baal. No encuentra el refugio. No queda ningún lugar seguro para que se esconda el hijo de David que no puede cantar con él: “Guárdame, Dios, porque en ti he confiado” (Salmo 16:1).

El cronista también hace mucho énfasis en el hecho de que la ruina de Ocozías fue obra del Señor. Dice: “Pero esto venía de Dios, para que Ocozías fuera destruido”, y sigue diciendo que el Señor había ungido a Jehú para que destruyera la casa de Acab (versículo 7). En otras palabras, Jehú hizo lo que hizo bajo la dirección del Señor y con la bendición de Dios. Finalmente, dice que con sus actos, Jehú “hacía juicio” (versículo 8). Dios escuchó el lamento de su pueblo oprimido, respondió a las oraciones y a los lamentos de los profetas fieles como Elías y Eliseo e hizo surgir a Jehú para derramar su ira sobre la inmoral familia de Acab.

Hoy vemos que el mundo se vuelve más desvergonzado y provocador en las formas que concibe para desafiar a Dios. La gente de estos tiempos hace caso omiso a lo que los teólogos llaman “la ley natural”, que es el sentido natural que tiene la humanidad de lo bueno y de lo malo. Algunas veces nos

preguntamos: “¿Dónde esta el Dios de justicia?”, cuando los asesinos salen de las cortes sin que reciban castigo o cuando la depravación desfila orgullosamente por las calles. Pero aún más viles son los predicadores y los pastores que algunas veces vemos en la iglesia cristiana visible, hombres y mujeres que contaminan el santo Nombre de Dios, negando categóricamente las claras enseñanzas de la Biblia. La historia de Jehú y de Ocozías nos recuerda que Dios es celoso y que él se encargará personalmente de cada acto impío de la gente pecadora. Tarde o temprano vendrá un día en el que los seres humanos tendrán que rendir cuentas de lo que han hecho. Para algunos, los juicios de Dios comienzan en esta vida y continúan para siempre en la siguiente. “Todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo” (2 Corintios 5:10). Solo los que confían en la liberación que ganó nuestro Salvador escaparán de la justa y terrible ira de Dios.

Porque Jehová conoce el camino de los justos,  
mas la senda de los malos perecerá (Salmo 1:6).

En la muerte, la única diferencia entre Ocozías de Judá y Joram de Israel fue lo que ocurrió con sus restos. Al cuerpo de Joram lo dejaron para que se pudriera en el mismo lugar en el que su padre Acab había asesinado a Nabot (vea 1 Reyes 21 y 2 Reyes 9:24-26). Aunque Ocozías pertenecía a la casa de Acab en espíritu, Jehú y sus soldados le permitieron tener una sepultura apropiada; se acordaron de que por lo menos él era un hijo físico del piadoso Josafat (versículo 9).

Aunque la siguiente afirmación pueda parecer muy desoladora, hay un mensaje evangélico en medio de ella. El cronista concluye, diciendo: “La casa de Ocozías no tenía fuerzas para retener el reino.” Joram había asesinado a sus hermanos y Jehú había matado no solo a Ocozías sino también muchos otros príncipes de Judá que habían simpatizado con el Norte (versículo 8). Y este no iba a ser el fin de los asesinatos entre los príncipes de Judá, como lo saben bien los lectores del cronista. Ninguno de los familiares de Ocozías, de la familia real de David, tenía el poder para tomar el reino cuando él muriera. Si el pueblo de Judá hubiera considerado

el asunto solo sobre la base de lo que podía percibir con sus sentidos, le hubiera parecido que la lámpara de David al fin se hubiera apagado.

Los lectores originales del cronista debieron haber visto que sus propias circunstancias eran muy similares. A ellos también les debió haber parecido que ninguno de los de la familia de David iba a ser lo suficientemente fuerte para ascender otra vez al trono de Judá. Pero lo que los hombres no pueden hacer, Dios con toda seguridad lo hará, siempre que él haya dado su palabra. Él había prometido que iba a conservar la “lámpara [de David] . . . perpetuamente” (21:7). Y en efecto cumplió esa palabra cuando todo parecía tan sombrío en los días que siguieron a la muerte de Ocozías; lo había hecho otra vez en los días siniestros que siguieron al regreso del exilio. La línea real de David iba a ser restaurada en el trono. En cuanto a nosotros, podemos ver que Dios cumplió esa promesa en la persona de Jesús. Por lo tanto, tenemos aun más seguridad de que no importa cuan negro se nos vuelva todo, el gran día del amor y de la gloria de Dios amanecerá para nosotros y nuestro Salvador regresará para llevarnos a casa.

### *El reino de Dios bajo la usurpadora: reina Atalía*

#### *Un asalto directo al reino*

**<sup>10</sup> Cuando Atalía, madre de Ocozías, vio que su hijo había muerto, se levantó y exterminó a toda la descendencia real de la casa de Judá. <sup>11</sup> Pero Josabet, hija del rey, tomó a Joás hijo de Ocozías, y escondiéndolo de entre los demás hijos del rey, a los cuales mataban, lo guardó a él y a su nodriza en uno de los aposentos. Así lo escondió Josabet, hija del rey Joram, mujer del sacerdote Joiada (porque ella era hermana de Ocozías), de la vista de Atalía, y no lo mataron. <sup>12</sup> Seis años estuvo escondido con ellos en la casa de Dios. Entre tanto, Atalía reinaba en el país.**

Por otro lado, lo que hizo la reina madre Atalía fue perfectamente normal, si se considera solo dentro del contexto de la política del poder en el mundo antiguo. Su hijo el rey había muerto. Jehú había estado aniquilando a su familia en el Norte; por lo tanto, allí había poca esperanza de refugio para ella. Su única esperanza era consolidar para ella el poder en el Sur, mientras todavía tenía algún control sobre los acontecimientos. La mayor amenaza para su permanencia en el poder tenía que ser cualquier descendiente de la línea de David, que tuviera derecho legítimo al trono, porque podría servir fácilmente como punto central alrededor de quien podría recobrar fuerzas la oposición. En esas circunstancias, la única esperanza que le quedaba era destruirlos antes de que terminaran por destruirla a ella.

No obstante, es evidente que la fe en Dios ve esto como un asalto directo al poder gobernante de Dios y a su reino. Después de todo, Dios había decretado que David y sus sucesores ocuparan el trono. La promesa que se le hizo a David en 1 Crónicas 17 no sólo fue la forma de asegurarle un gobierno estable a su pueblo, sino que también fue el medio que utilizó para salvar a todo el mundo.

Por lo tanto, Atalía se une a la misma categoría de personas a la que pertenecen Caifás, Judas, Poncio Pilato y todos los demás que, ya sean motivados por miedo, la codicia o el cinismo, se pusieron en contra del Señor y contra su ungido. En resumen, ella fue un anticristo, uno de tantos que deben venir como señales del fin (vea 1 Juan 2:18).

Probablemente vale la pena hacer una pausa aquí y notar la naturaleza exacta de los otros crímenes espirituales de Atalía. Además del asalto directo que le hizo a la promesa de un Salvador, también tomó parte activa en la promoción de la adoración a Baal entre sus súbditos del Sur. ¡Una verdadera hija de Jezabel y una digna descendiente de Acab! En la ciudad misma de Dios, ella había entronado a Baal como señor, con su propio templo, sus altares y su sumo sacerdote (vea 23:17). Como si esto no hubiera

sido ya bastante malo, ella y sus hijos (o tal vez mejor, sus seguidores) habían irrumpido en el templo de Dios mismo para que, en honor a Baal, se pudieran usar en forma pagana los objetos sagrados separados para la adoración del Señor (24:7). ¿Qué podría ser peor que eso? La usurpadora había tomado el trono del reino de Dios y había profanado el Templo donde habitaba la gloria de Dios. Parecía que Satanás había triunfado en la tierra.

### ***Dios preserva su reino por las acciones decisivas de Joiada y Josabet***

En toda hora mala, hay por lo menos uno o dos héroes de la fe a quienes Dios les da el valor y la voluntad para levantarse contra el reino de las tinieblas. En el tiempo de Atalía, fue Josabet, una de las hijas de Joram \* y esposa de Joiada, un sacerdote de quien vamos a oír muy pronto. Esa mujer valerosa tomó, precisamente en las propias narices de Atalía, al joven príncipe Joás de entre el grupo de niños que Atalía había destinado para ser asesinados. El niño todavía era amamantado, por lo que Josabet lo escondió aparte en una de las cámaras interiores del complejo del Templo, junto con su nodriza. Lo que ella hizo requirió un gran valor, porque el palacio y el Templo estaban ubicados uno al lado del otro, y sin duda había pocas personas en quienes podía confiar, por lo menos al principio. Durante los seis largos y terribles años del reinado de Atalía, Josabet y su esposo protegieron del mal al pequeño príncipe, hasta que llegó el momento de revelar la verdad.

---

\* Josabet, además de ser *la hija* del rey Joram, también fue *hermana* de Ocozías (vea 2 Reyes 11:2). Tal vez esto significa que la reina Atalía fue su *madre*, lo que haría a Josabet leal a la casa de David de una forma muy notable. Aunque esto es posible, de ninguna manera es seguro, ya que Josabet y Ocozías hubieran sido hermano y hermana con el mismo padre (Joram) aun si hubieran nacido de madres diferentes.

**23** En el séptimo año se animó Joiada y concertó una alianza con los jefes de centenas: Azarías hijo de Jeroham, Ismael hijo de Johanán, Azarías hijo de Obed, Maasías hijo de Adaía y Elisafat hijo de Zicri, <sup>2</sup> los cuales recorrieron el país de Judá, y reunieron a los levitas de todas las ciudades de Judá y a los príncipes de las familias de Israel y vinieron a Jerusalén. <sup>3</sup> Toda la multitud hizo pacto con el rey en la casa de Dios. Y Joiada les dijo: «Aquí está el hijo del rey, que ha de reinar, como dijo Jehová respecto a los hijos de David.

Joiada, el sacerdote, había estado en completo acuerdo con lo que su esposa había hecho. Junto con ella, debió haber pasado muchos días y noches de ansiedad, escondiendo de los ojos de los curiosos al joven príncipe que crecía. Por fin, después de siete años llegó el momento de restaurar el orden de Dios. Joiada actuó rápida y decididamente. Primero se aseguró la lealtad de los militares mediante un pacto que hizo con cinco jefes claves de la guardia del palacio. En el versículo 1 se da el nombre de ellos como un cuadro de honor. Esos hombres tenían que ir en una misión secreta y asegurar el apoyo de los levitas y de los jefes de familia por todo el reino de Judá. En el momento acordado, todos tenían que hacerse presentes en el templo del Señor.

Algunos han cuestionado la veracidad del cronista en este pasaje. Sostienen que una conspiración de tan gran alcance tendría que haber despertado las sospechas de Atalía. Sin embargo, se puede responder a ello haciendo ver que el éxito de la conspiración contra Atalía fue un indicio bastante revelador de la falta de amor que los súbditos tenían por esa reina extranjera. El pueblo de Judá estaba tan unido en el odio hacia ella, que casi no quedó nadie que le informara sobre lo que iba a suceder. Además, Joiada demostró una astucia notable en su plan; como lo vamos a ver, pudo planear la aclamación del muchacho como rey de tal manera que se le diera la máxima protección. Sin duda, también pudo planear la fecha

exacta de este golpe de *estado* para que coincidiera con una de las tres grandes fiestas del pueblo de Dios. En una ocasión como esta, cuando “todo Israel” se tenía que presentar ante el Señor, la afluencia de gran número de personas a Jerusalén no sería nada extraño. Atalía debió haber supuesto que ellos estaban allí simplemente para adorar a su Dios como él les había mandado.

El versículo final de esta sección probablemente se puede entender mejor como un resumen general de lo que viene. Toda la asamblea hizo un pacto con el nuevo rey de esta forma:

**<sup>3</sup>Toda la multitud hizo pacto con el rey en la casa de Dios. Y Joiada les dijo: «Aquí está el hijo del rey, que ha de reinar, como dijo Jehová respecto a los hijos de David. <sup>4</sup>Ahora haced esto: una tercera parte de vosotros, los que entran el sábado, estarán de porteros con los sacerdotes y los levitas. <sup>5</sup>Otra tercera parte estará en la casa del rey; y la otra tercera parte, se quedará a la puerta del Cimiento; y todo el pueblo estará en los patios de la casa de Jehová. <sup>6</sup>Y ninguno entre en la casa de Jehová, sino los sacerdotes y levitas que ministran; estos entrarán, porque están consagrados; y todo el pueblo hará guardia delante de Jehová. <sup>7</sup>Y los levitas rodearán al rey por todas partes, y cada uno tendrá sus armas en la mano; cualquiera que entre en la casa, que muera; y estaréis con el rey cuando entre y cuando salga.» <sup>8</sup>Los levitas y todo Judá lo hicieron todo como lo había mandado el sacerdote Joiada; y tomó cada jefe a los suyos, los que entraban el sábado, y los que salían el sábado; porque el sacerdote Joiada no dio licencia a las compañías. <sup>9</sup>Dio también el sacerdote Joiada a los jefes de centenas las lanzas, los paveses y los escudos que habían sido del rey David, y que estaban en la casa de Dios; <sup>10</sup>y puso en orden a todo el pueblo, teniendo cada uno su espada en la mano, desde el rincón derecho del Templo hasta el izquierdo, hacia el altar y la Casa, alrededor del rey por todas partes.**

Ésta es una de las secciones más difíciles de entender de las Escrituras, no porque el punto principal del pasaje sea confuso de alguna manera, ni porque las partes individualmente no sean claras. Sin embargo, cuando los estudiantes cuidadosos de la Biblia consideran esta sección lado a lado con el relato de estos mismos acontecimientos que se hace en 2 Reyes, probablemente tendrán que rascarse un poco la cabeza. Se espera que lo siguiente aclare por lo menos parte de esa confusión.

Comenzamos con los pensamientos conocidos de que nuestro escritor estaba bien familiarizado con el relato de 2 Reyes y de que también supuso que era conocido por sus lectores. En cierta medida, el cronista considera que el relato que hace de la historia es un complemento de la versión anterior. Decide hacer énfasis en ciertos aspectos de la historia que el escritor de 2 Reyes había pasado en silencio, especialmente cuando esos aspectos habrían producido un impacto especial en sus lectores originales, los exiliados que regresaron de Babilonia.

Por ejemplo, si tuviéramos solo 2 Reyes, no sabríamos el papel tan grande y decisivo que desempeñaron los sacerdotes y levitas en el desarrollo de los acontecimientos. Hasta podríamos pensar que la revolución de Joiada tuvo más bien la naturaleza de una intriga palaciega o de un golpe militar, en vez de ser el levantamiento general y popular que fue. Entonces, naturalmente el cronista, en el relato que hace de la historia, trae al primer plano el trabajo de los sacerdotes y de los levitas, especialmente cuando en sus días dudaban del valor de su ministerio. Quiso inspirarlos para que se volvieran a dedicar a su elevado llamamiento.

La tarea de separar los diversos grupos de hombres junto con sus diversos puestos, como se nos describe tanto aquí como en 2 Reyes, es especialmente confusa. Intentaremos ser fieles a lo que sabemos y dejaremos que otros solucionen lo que está en duda. En primer lugar, el simple hecho de que 2 Reyes hablen de militares que participaron en el golpe de estado no excluye la participación de los sacerdotes y los levitas como se narra en 2 Crónicas. En realidad, el escritor de 2 Reyes nos da un claro reconocimiento del

papel central que desempeñó Joiada el sacerdote. A partir de esto, se puede concluir con justicia que los otros sacerdotes también participaron. Asimismo, el énfasis que se le da al papel de los sacerdotes y a los levitas en 2 Crónicas no tiene la intención de excluir la participación de los militares; todo lo contrario, el cronista hasta menciona a los cinco militares por nombre, detalles que el escritor de 2 Reyes omitió.

Por lo tanto, cuando el cronista dijo que Joiada dividió a los sacerdotes y levitas en tres grupos (versículos 4,5), no tenía la intención de que se entendiera que los militares estaban excluidos de esos grupos. Sabemos por 2 Reyes 11:4-8 que se incluyeron militares del ejército regular en la formación de los tres grupos. La imagen completa solo aparece después de combinar los dos relatos. Levitas armados y soldados armados se pusieron lado a lado para proteger al rey. Como el grupo que cuidaba al muchacho en el recinto del Templo era una mezcla de levitas y soldados regulares, Joiada se apresuró a dar la instrucción de que “ninguno entre en la casa de Jehová, sino los sacerdotes y levitas” (versículo 6). No importa cómo se presentara la situación afuera, Joiada no quería que, en un exceso de celo, alguien que no fuera sacerdote entrara en el templo del Señor.

También se ve claramente la ingeniosa estratagema de Joiada al sincronizar la toma del poder para que coincidiera con el relevo de turnos en el monte del Templo (compare el versículo 8 con 2 Reyes 11:7). Al pedirle al grupo de sacerdotes que terminaban el turno que permaneciera y cuidara al rey, Joiada pudo duplicar el número total de hombres disponibles para el despliegue, sin despertar sospechas de la reina Atalía.

Otra acción brillante de los sacerdotes fue usar las lanzas, los pavese y los escudos que el rey David había dejado en el Templo (versículo 9). En el mundo antiguo, los templos eran depositarios de toda clase de dones dedicados. No hay nada sorprendente en que David haya dedicado algunas armas al Señor, que pudieron haber sido capturadas del enemigo en una de sus muchas campañas, o que pudieron ser abandonadas después de que sus

días de batalla ya habían terminado. El hecho de que las armas ya se encontraran en su lugar hizo posible que el ejército del nuevo rey se reuniera en los terrenos del Templo sin tener que caminar primero fuertemente armados por las calles de Jerusalén. De esa manera, se pudo mantener el secreto. Más que esto, el simbolismo que hay en la utilización de las armas de David para restaurar al hijo de David en el trono debió estar presente en la mente guerreros. El hecho de que recibieran esas armas del propio sacerdote del Señor en el Templo mismo del Señor significaba que la batalla contra Atalía era una guerra santa.

En conclusión, ya sea que estemos leyendo el relato de Reyes o el de Crónicas, surge el cuadro de un plan que se elaboró cuidadosamente, y se llevó a cabo en varias etapas. Joiada pudo mantener el secreto todo el tiempo, con el resultado de que a Atalía se le tomó completamente por sorpresa. Por el relato que nos da el cronista de la historia, nos enteramos además de que todo Israel, representado por los jefes de las familias y todos los demás que estuvieron presentes ese sábado, se unieron en un acuerdo total para restaurar al joven príncipe en su trono legítimo (vea 23:2,3,13,17,21). El cronista nos hace poner atención especial en el trabajo de los sacerdotes y de los levitas. Eso no fue sólo el cambio de una administración política; Joiada había planeado nada menos que la reforma del pueblo de Dios.

**<sup>11</sup> Entonces sacaron al hijo del rey, le pusieron la corona y el Testimonio, y lo proclamaron rey; Joiada y sus hijos lo ungieron y gritaron: «¡Viva el rey!»**

**<sup>12</sup> Cuando Atalía oyó el estruendo de la gente que corría y de los que aclamaban al rey, vino a la casa de Jehová, donde estaba el pueblo; <sup>13</sup> miró y vio al rey que estaba junto a la columna, a la entrada, y a los príncipes y los trompeteros junto al rey, a todo el pueblo de la tierra, lleno de alegría, que tocaba bocinas, y a los cantores que, con instrumentos de música, dirigían la alabanza. Entonces Atalía rasgó sus vestidos, y dijo: «¡Traición! ¡Traición!»**

**<sup>14</sup> Pero el sacerdote Joiada mandó que salieran los jefes de centenas del ejército, y les ordenó: «Sacadla fuera del recinto, y al que la siga, matadlo a filo de espada»; porque el sacerdote había mandado que no la mataran en la casa de Jehová. <sup>15</sup> Así pues, ellos le echaron mano, y cuando hubo pasado la entrada de la puerta de los caballos de la casa del rey, allí la mataron.**

**<sup>16</sup> Entonces Joiada pactó con todo el pueblo y el rey, que serían el pueblo de Jehová. <sup>17</sup> Después de esto entró todo el pueblo en el templo de Baal y lo derribaron; también rompieron sus altares, hicieron pedazos sus imágenes y mataron delante de los altares a Matán, sacerdote de Baal.**

**<sup>18</sup> Luego puso Joiada una guardia en la casa de Jehová, bajo las órdenes de los sacerdotes y levitas, según David los había distribuido en la casa de Jehová, para ofrecer a Jehová los holocaustos, como está escrito en la ley de Moisés, con gozo y con cánticos, conforme a la disposición de David. <sup>19</sup> Puso también porteros en las puertas de la casa de Jehová, para que por ninguna vía entrara ninguno que estuviera impuro.**

**<sup>20</sup> Llamó después a los jefes de centenas y a los principales, a los que gobernaban al pueblo y a todo el pueblo de la tierra, para conducir al rey desde la casa de Jehová. Cuando llegaron a la mitad de la puerta mayor de la casa del rey, sentaron al rey sobre el trono del reino. <sup>21</sup> Y se regocijó todo el pueblo del país; y la ciudad estuvo tranquila después que mataron a Atalía a filo de espada.**

El plan de Joiada funcionó perfectamente. Una vez que los hombres estuvieron en sus puestos, el sacerdote sacó al joven rey de su escondite y lo presentó ante la multitud que se encontraba reunida. Se nos dice que sus hijos le ayudaron en ese momento importante. Esa era una familia piadosa, unida por el deseo de hacer la voluntad del Señor. En su forma de pensar, el Señor había hecho una promesa respecto de los descendientes de David (23:3) y se acabó el asunto. ¡Que Dios nos dé pastores y maestros fieles

como éstos, cuyos pasos estén guiados sólo por la Palabra y la voluntad de Dios! Como veremos después, el nuevo rey no fue tan fiel con los hijos de Joiada como ellos lo fueron con él.

Pero ese día no parecía que hubiera nubes en el horizonte. Para los fieles, eso debió haber sido como si estuvieran recibiendo a alguien que regresara del mundo de los muertos. Sin duda la mayoría de ellos creía que la línea real de David había sido completamente exterminada. Sorprendidos por la alegría, debieron haber mirado con asombro a Joiada cuando sacó al pequeño príncipe, le puso la corona en la cabeza y lo ungió con el aceite sagrado. En verdad, después de seis largos años de sufrimiento bajo el gobierno de una usurpadora, fue más que un simple ritual lo que llevó a Joiada a decir en voz alta: “¡Israel, aquí está tu rey!”, y que la gente respondiera “¡Viva el rey!” De manera similar, pero con mucho mayor gozo, en el Domingo de Resurrección recibimos a nuestro rey que regresa de la muerte. Nuestro pastor dice: “¡Él ha resucitado!”, y nosotros respondemos: “¡Sí, ha resucitado!” El poder de Dios es tal, que precisamente allí donde la muerte parece que reina suprema, la vida victoriosa y eterna de Cristo la ha consumido.

No nos atrevemos a pasar por alto el comentario de que “le pusieron la corona y el Testimonio” (versículo 11). El reino de Judá no era un reino como todas las otras naciones del mundo, en las que el rey gobernaba solo y su palabra era la ley. Este era el reino en el que la palabra de Dios era lo principal. Así que, es muy probable que el “Testimonio” del pacto haya sido una copia del Deuteronomio, en el que Dios indicó claramente lo qué significaba ser un pueblo escogido que le pertenecía a él. Dios en ese mismo libro había instruido a su pueblo acerca de la base sobre la que debía gobernar cualquiera de sus reyes futuros: “Cuando se sienta sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta Ley, del original que está al cuidado de los sacerdotes levitas” (Deuteronomio 17:18).

La parte siguiente de los acontecimientos contiene un drama impresionante. Sin sospechar nada extraño, Atalía se dirige a los

terrenos del Templo, atraída por el ruido y por los gritos. Como si fuera una cámara que filma una escena, sus ojos observan todo con gran horror: primero al rey, después a sus propios funcionarios y finalmente a la gente bailando, las trompetas resonando y los cantores cantando. El significado de lo que ve le cae como un balde de agua fría, se rasga las vestiduras con dolor y grita: “¡Traición! ¡Traición!”, lo que nos revela algo interesante sobre la psicología de los hacedores del mal.

A veces suponemos con ingenuidad que los impíos están muy conscientes del mal que hacen y se enorgullecen de ello; pero, al contrario, como lo muestra el caso de Atalía, pueden sentir que están perfectamente en lo correcto y pueden ver cualquier acción contra de ellos como traición y violencia. “Ciertamente, los has puesto en deslizaderos, en asolamiento los harás caer. ¡Cómo han sido asolados de repente! ¡Percieron, se consumieron de terrores! Como sueño del que despierta, así, Señor, cuando despiertes, menospreciarás su apariencia” (Salmo 73:18-20). El día del juicio de Atalía había llegado; la iban a matar de acuerdo con el estatuto de Dios, precisamente por sus idolatrías, asesinatos y blasfemias contra el Señor y contra su unguido (Deuteronomio 13:9). Cualquiera que se hubiera atrevido a seguirla, habría seguido la misma suerte.

La idolatría había profanado la tierra y una usurpadora había profanado el trono. Todo eso había sido contrario a los mandatos y a las promesas específicas de Dios. Se había quebrantado el pacto y era necesario restablecerlo. Por eso leemos que “Entonces Joiada pactó con todo el pueblo y el rey, que serían el pueblo de Jehová” (versículo 16). ¡El hecho de que Dios quisiera tenerlos de nuevo es un testimonio de su gracia! En su celo por el Señor, la gente fue en masa al templo de Baal, lo destruyó junto con todos sus altares e imágenes y mató al sacerdote oficiante.

Parte del atractivo idolatría consiste en que tolera fácilmente otros puntos de vista religiosos. “¿Así que usted es un seguidor del Señor? ¡Maravilloso! Yo soy un devoto a Baal, pero ha habido una o dos ocasiones en las que le he ofrecido sacrificio al Señor,

no me importa decirselo.” Atalía no había destruido el templo del Dios verdadero, sólo había construido a su lado un templo de Baal. Vemos ese mismo principio activo en mucho de lo que hoy se llama espiritualidad en los Estados Unidos. La religión se ve como la gran carpa bajo la cual debe haber muchas manifestaciones, suficientes para agradar el gusto de cualquiera. Joiada no había tenido esta tolerancia. No había punto intermedio. La adoración a Baal destruía la relación exclusiva que el Señor quería disfrutar con su pueblo. Asimismo, no nos debemos dejar engañar cuando la tolerancia del mal se disfraza como liberalidad y amor compasivo. El pueblo de Dios no puede tener compañerismo con lo falso ni con lo que puede destruir la vida espiritual, si se aferra a eso.

Después de años de negligencia e indiferencia, también fue necesario que Joiada restableciera el orden apropiado en la vida de adoración de Judá. De nuevo, los sacerdotes iban a ofrecer los holocaustos regulares, como lo había mandado Moisés; de nuevo, los levitas iban a cantar salmos en coro solemne de alabanza, como lo había decretado David; de nuevo, los porteros iban a estar como guardianes en las puertas de la casa de Dios “para que por ninguna vía entrara ninguno que estuviera impuro” (versículo 19; vea también 1 Crónicas 23–26). Como el rey Davidico estaba asociado muy de cerca con el Templo y con la única verdadera fe en el corazón de los fieles, no dejó de ser un acto de adoración de la asamblea del pueblo de Dios el hecho de que lo escoltaran hasta el palacio y lo sentaran en el trono.

“Se regocijó todo el pueblo del país; y la ciudad estuvo tranquila después que mataron a Atalía a filo de espada” (versículo 21). En esta ciudad, donde finalmente el mal había sido quitado, donde gobernaba el rey de Dios y donde Dios mismo vivía entre su pueblo, existían las condiciones para que hubiera paz y el pueblo de Dios conociera la alegría perfecta. Aquí vemos la paz prefigurada, cumplida en la ciudad que Juan vio después: “La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brillen en ella, porque la gloria de Dios la ilumina y el Cordero es su lumbrera.

Sus puertas nunca serán cerradas de día, pues allí no habrá noche. No entrará en ella ninguna cosa inmunda o que haga abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero” (Apocalipsis 21:23,25,27).

## *El reino de Dios bajo Joás*

### *Un buen comienzo: el Templo restaurado*

**24** Siete años tenía Joás cuando comenzó a reinar, y cuarenta años reinó en Jerusalén. El nombre de su madre fue Sibia, de Beerseba. <sup>2</sup> E hizo Joás lo recto ante los ojos de Jehová todos los días de Joiada, el sacerdote. <sup>3</sup> Joiada lo hizo casar con dos mujeres, y engendró hijos e hijas.

<sup>4</sup> Después de esto, aconteció que Joás decidió restaurar la casa de Jehová. <sup>5</sup> Reunió a los sacerdotes y a los levitas, y les dijo: «Salid por las ciudades de Judá y recoged dinero de todo Israel, para que cada año sea reparada la casa de vuestro Dios; y vosotros poned diligencia en el asunto.» Pero los levitas no pusieron diligencia.

<sup>6</sup> Por lo cual el rey llamó al sumo sacerdote Joiada y le dijo: «¿Por qué no has procurado que los levitas traigan de Judá y de Jerusalén la ofrenda que Moisés, siervo de Jehová, impuso a la congregación de Israel para el tabernáculo del Testimonio?» <sup>7</sup> Pues la impía Atalía y sus hijos habían destruido la casa de Dios, y además habían gastado en los ídolos todas las cosas consagradas de la casa de Jehová.

<sup>8</sup> Mandó, pues, el rey que hicieran un arca, la cual pusieron fuera, a la puerta de la casa de Jehová; <sup>9</sup> e hicieron pregonar en Judá y en Jerusalén que trajeran a Jehová la ofrenda que Moisés, siervo de Dios, había impuesto a Israel en el desierto. <sup>10</sup> Todos los jefes y todo el pueblo se gozaron, trajeron ofrendas y las echaron en el arca hasta llenarla. <sup>11</sup> Y cuando

---

\* Es decir, para Joás, véase 2 Crónicas 24:3 en la NVI.

**llegaba el momento de llevar el arca al secretario del rey por medio de los levitas, si veían que había mucho dinero, venía el escriba del rey y el que estaba puesto por el Sumo sacerdote, llevaban el arca, la vaciaban y la retornaban a su lugar. Así lo hacían de día en día, y recogían mucho dinero.**

**<sup>12</sup> Luego el rey y Joiada lo daban a los que hacían el trabajo del servicio de la casa de Jehová. Estos contrataban canteros y carpinteros para que repararan la casa de Jehová, y artífices en hierro y bronce para componer la Casa.**

**<sup>13</sup> Hacían, pues, los artesanos la obra, y con sus manos la obra quedó restaurada; restituyeron la casa de Dios a su antigua condición, y la consolidaron. <sup>14</sup> Cuando la terminaron, trajeron al rey y a Joiada lo que quedaba del dinero e hicieron de él utensilios para la casa de Jehová, utensilios para el servicio, morteros, cucharas, vasos de oro y de plata. Y sacrificaron holocaustos continuamente en la casa de Jehová durante todos los días de Joiada.**

**<sup>15</sup> Pero Joiada envejeció y murió lleno de días; tenía ciento treinta años cuando murió. <sup>16</sup> Lo sepultaron en la Ciudad de David con los reyes, por cuanto había hecho el bien en Israel, con Dios y con su casa.**

De nuevo, para nosotros puede ser difícil entender cómo un rey que había comenzado tan bien haya terminado tan mal. Pero esa es la historia del rey Joás. Él fue el alumno estrella de Joiada, el sumo sacerdote, y de alguna manera sobrepasó a su maestro en el celo y la dedicación a la Palabra de Dios y a la casa de Dios. Dicen que hasta Nerón, el emperador romano, tuvo sus años buenos antes de que la locura del poder lo dominara. En el caso de Joás, sus primeros años resultaron tan buenos porque aceptó el consejo y la guía de un hombre piadoso. Lo que se implica aquí en el versículo 2 es explícito en 2 Reyes: “Joás hizo lo recto ante los ojos de Jehová todo el tiempo que lo dirigió el sacerdote Joiada” (2 Reyes 12:2).

En vista de la reciente historia de Judá, difícilmente se puede decir que la observación del versículo 3 es casual. Joiada escogió esposas para Joás, tanto para asegurar que la casa de David continuara después de que fuera casi destruido recientemente, como para impedir el desastre que Josafat había llevado sobre el reino al casar a su hijo con una esposa impía. El Señor bendijo la casa de David con “hijos e hijas”. Este pequeño versículo también nos aclara la cercana relación que debió haber existido entre Joás y Joiada en esos primeros años y la influencia que ejerció el sacerdote sobre la corona.

A medida que Joás se hizo mayor, comenzó a afirmarse más independientemente como rey, y al principio todo esto fue para bien. Así como David y Salomón, tuvo como una de sus preocupaciones principales el bienestar espiritual de su pueblo, y eso significaba que tenía que prestar atención a las condiciones físicas de la casa de Dios, donde el Señor había prometido que se encontraría con su pueblo. Por esa época el Templo se encontraba deteriorado; había sufrido la indiferencia y la negligencia de los gobernantes que se habían interesado más por sus ídolos que por la casa del Dios viviente. Pero más que eso, había sufrido el saqueo de Atalía “la impía” y de sus seguidores (versículo 7). Por el libro de reyes, tenemos la impresión de que las paredes mismas estaban tan agrietadas y rajadas que era necesaria una renovación completa.

Al principio, Joás estuvo satisfecho por haber delegado el asunto en las manos de los sacerdotes y los levitas (versículo 5). Allí el proyecto de construcción encontró inconvenientes, y como muchas veces sucede, ese problema se desarrolló sobre la cuestión de dónde se obtendría el dinero que se necesitaba para pagar el proyecto. La primera propuesta de Joás fue que los sacerdotes y levitas recogieran el dinero “de todo Israel . . . cada año” (versículo 5) y lo usaron para reparar el Templo. Tal vez, el apremio para que recogieran el dinero implica que eso no se había hecho regularmente en el pasado reciente.

Sabemos por otras partes de las Escrituras que los sacerdotes y los levitas disfrutaban de varias fuentes de ingreso, que se debían usar no solo con el fin de proveer el dinero para reparar el Templo sino también para encargarse de las necesidades físicas de los trabajadores que habían sido llamados y de sus familias. Había dinero que provenía de la redención de votos personales (Levítico 27:1-25), de las ofrendas voluntarias (Levítico 22:23) y del impuesto de censo (Éxodo 30:12-16). Parece probable que la petición del rey hiciera subir el nivel de ansiedad para la casa de Leví. Después de todo, si esos fondos iban a ser utilizados para un proyecto general de reparación y restauración, ¿qué les iba a quedar para comprar el pan diario? No sólo eso, sino también el hecho de que la orden de que usaran los fondos venía del rey les debió parecer como una amenaza a los levitas. Si lo obedecían, estarían cediendo el derecho de supervisar los asuntos fiscales del Templo. Entonces, como ahora, no hubo derechos tan celosamente cuidados como los que tenía que ver con dinero.

En cualquier caso, los sacerdotes y los levitas fueron a la reunión con el rey, escucharon la orden de actuar rápidamente y entonces procedieron a arrastrar los pies. ¡Cuántos proyectos fracasan porque sus promotores y agitadores suponen un apoyo general que no existe! Después de largo tiempo, debió haber llegado a ser embarazosamente evidente para todos que las órdenes del rey no se estaban cumpliendo. Por lo tanto, el rey llamó a Joiada, el sumo sacerdote, y le dijo “¿Por qué no has procurado que los levitas traigan de Judá y de Jerusalén la ofrenda que Moisés, siervo de Jehová, impuso a la congregación de Israel para el tabernáculo del Testimonio?” (versículo 6).

Es verdad que Joiada, como el hombre que estaba a cargo del Templo y de su establecimiento, era el único responsable directo de llevar a cabo la comisión del rey. En su defensa debemos anotar que en ese tiempo Joiada era muy viejo y tal vez ya no era tan activo en los asuntos del Templo como lo podría haber sido cuando era joven. Sin embargo, el rey consideró que seguía siendo el

responsable. Por 2 Reyes, sabemos que también otros sacerdotes se presentaron a esta reunión.

Al presentar la acusación contra los sacerdotes, el rey se centra en la parte de los ingresos del Templo, que por Ley y por tradición se podían ver claramente más relacionados con el mantenimiento de la Casa. En el desierto, Moisés había establecido el impuesto del censo “para el servicio del Tabernáculo de reunión” (Éxodo 30:16). Más adelante, en el mismo libro, es evidente que el servicio mencionado incluía la construcción del Tabernáculo (Éxodo 38:25-28). Joás se refiere a esto como “la ofrenda que Moisés, siervo de Jehová, impuso a la congregación de Israel” (versículo 6). En otras palabras, el rey hace esta afirmación: “Vean, no les he pedido nada arbitrario, ni estoy tratando de imponerles mi propia voluntad; solo les pido lo que Moisés le pidió a Israel, y que Israel gustosamente acordó dar para la construcción del Tabernáculo. Entonces, ¿está fuera de lugar que yo espere que ese mismo dinero se use hoy para la casa de Dios?”

Si combinamos el relato con la información que se obtiene de su paralelo en 2 Reyes 12, sabemos que el rey y los sacerdotes llegaron a una especie de acuerdo en esta reunión. El rey quitó de los sacerdotes la carga directa de la responsabilidad de la restauración de la casa de Dios. A su vez, los sacerdotes le concedieron al rey el derecho de trabajar junto con el sumo sacerdote en la recolección del impuesto de censo para el proyecto. Por decreto del rey, se puso un cofre en la puerta del Templo del Señor para ese propósito. La respuesta del pueblo fue inmediata y gratificante. La caja se llenaba regularmente, el conteo de los metales preciosos se llevaba cuidadosamente y el proyecto de restauración siguió adelante. Los trabajadores “hacían la obra” y pronto pudieron reconstruir el templo de Dios de acuerdo “a su antigua condición” (versículo 13). Esta última observación tiene el propósito de recordarnos el origen divino del proyecto del Templo (1 Crónicas 28:11,12). Esa fue una restauración “con atención espiritual”.

Aun después de que los trabajadores completaron la parte del proyecto que constaba de ladrillos y mezcla, todavía quedaba dinero; Joás y Joiada lo utilizaron para responder a otra necesidad urgente. Como lo sabemos por el versículo 7, Atalía y sus seguidores habían saqueado la casa del Señor y habían usado muchos de los vasos sagrados para adorar a Baal. Sin duda, los vasos profanados habían sido destruidos junto con el santuario pagano. Entonces, el dinero que quedó se utilizó para hacer “utensilios para el servicio” (versículo 14). De esa manera podemos resolver fácilmente lo que para algunos es una contradicción entre este relato y 2 Reyes. Allí se dice que el dinero recogido *no* se gastó para hacer “tazas de plata, ni despabiladeras, ni jofainas, ni trompetas, ni ningún otro utensilio de oro ni de plata para el templo de Jehová” (2 Reyes 12:13). Entendemos que este versículo quiere decir que el rey dio instrucciones estrictas para que el proyecto se llevara a cabo bajo una política de no gastar en adornos que no eran esenciales hasta que se hubiera completado el trabajo a gran escala y necesario para reparar la estructura. Sin embargo, una vez que se terminó, el cronista agrega que quedaba dinero suficiente para encargarse también de los enseres del Templo.

El resultado agradable a Dios de todo esto se indica en la frase final del párrafo: “Y sacrificaron holocaustos continuamente en la casa de Jehová durante todos los días de Joiada” (versículo 14). Bajo la vigilancia de Joiada, la verdadera adoración a Dios permaneció constante y consistente. Este sacerdote fiel y anciano murió a la gran edad de ciento treinta años, mucho más allá de los “setenta” años normales, y recibió un honor extraordinario en su funeral. Notamos primero que su muerte fue la única que no pertenecía a la realeza que el cronista anota formalmente. Debido a su trabajo esencial de la restauración de la casa de David al trono, y a sus esfuerzos para restablecer la verdadera fe en Israel, se le otorgó el gran privilegio de ser sepultado con los reyes. No nos salvamos por nuestras buenas obras, pero a Dios por supuesto le

agrada que reconozcamos y alabemos las buenas obras cuando las vemos. Y si el bien que hacemos no lo notan los demás, nuestro Salvador no lo pasará por alto en el Último Día. Cada vaso de agua fría dado en su nombre lo reconocerá y lo alabará.

Esta sección da en qué pensar, y es un buen ejemplo para toda congregación que se encuentre participando en algún proyecto de construcción. Sin duda, habrá obstáculos como los hubo en este proyecto. Los diferentes grupos que hay en la congregación bien pueden tener intereses que parezcan entrar en conflicto, como lo hicieron aquí. Lo importante es que no permitieron que esas diferencias obstaculizaran la conclusión de la obra; resolvieron los problemas, llegaron a acuerdos, se comunicaron. Por eso, tenemos que dar el mérito donde se debe. El rey Joás pudo haber puesto mala cara, pudo enfurecerse y encolerizarse, pudo haber actuado de una manera mucho más arbitraria, pero en lugar de hacer eso, discutió los problemas a fondo. Tomó la iniciativa. Si hay algo que le agrade a Dios, es que se hagan valerosamente a un lado las pequeñas diferencias para terminar el proyecto.

Aquí también vemos la gracia de Dios en acción. Así como en la “recaudación fondos” que hizo David para la casa de Dios (1 Crónicas 29:1-9), aquí el pueblo estaba igualmente ansioso de dar para su renovación (versículo 10). Con el corazón encendido por el amor de Dios, todos dieron voluntaria y abundantemente. Cuando se trata de proveer fondos para proyectos grandes, tenemos la tendencia a concentrarnos en los aspectos financieros y a preguntamos repetidamente: ¿Cuánto? Es mucho más importante que los líderes presenten la pregunta: ¿Por qué? Cuando los líderes religiosos tienen interés en la motivación del evangelio y de dirigir a los miembros hacia Aquel que por nuestra causa se volvió pobre, entonces el pueblo de Dios dará abundantemente para los proyectos cuyo propósito sea proclamar el amor de Dios

**Un mal final: Joás “no recuerda” la bondad de Joiada**

**<sup>17</sup> Muerto Joiada, vinieron los príncipes de Judá y le ofrecieron obediencia al rey. El rey los oyó, <sup>18</sup> y ellos abandonaron la casa de Jehová, el Dios de sus padres, y sirvieron a los símbolos de Asera y a las imágenes esculpidas. Entonces la ira de Dios vino sobre Judá y Jerusalén por este su pecado. <sup>19</sup> Y les envió profetas para que los hicieran volver a Jehová, los cuales los amonestaron; pero ellos no los escucharon.**

**<sup>20</sup> Entonces el espíritu de Dios vino sobre Zacarías, hijo del sacerdote Joiada, se puso en pie, en un lugar alto, y dijo al pueblo: «Así ha dicho Dios: ¿Por qué quebrantáis los mandamientos de Jehová? No os vendrá bien por ello, porque por haber dejado a Jehová, él también os abandonará.»**

**<sup>21</sup> Pero ellos conspiraron contra él, y por mandato del rey lo apedrearon hasta matarlo, en el patio de la casa de Jehová. <sup>22</sup> Así el rey Joás no se acordó de la misericordia que Joiada, padre de Zacarías, había tenido con él, sino que mató a su hijo, quien dijo al morir: «¡Jehová lo vea y lo demande!»**

Ha habido ocasiones en las que padres fieles, angustiados por un hijo que se ha ido por mal camino, le han preguntado a su pastor sobre el pasaje que dice: “Instruye al niño en su camino, y ni aun de viejo se apartará de él” (Proverbios 22:6). Se preguntan qué hicieron mal al educar a su hijo, que ha causado tan mal comportamiento. Desde luego, el proverbio es la afirmación de una verdad general, pero no es una garantía invariable de que *siempre y en todos los casos* eso se cumplirá con todo niño que haya sido criado en la disciplina y en la amonestación del Señor. Al menos, podemos afirmar que eso ocurrió en el caso de Joás; nadie pudo haber tenido mayores ventajas espirituales que él. Es inconcebible que un sacerdote tan fiel como Joiada hubiera dejado algo sin hacer en la formación espiritual del joven rey. Además, el

rey también había tenido la guía y el consejo del Joiada para poder encaminarse al bien en su vida adulta. Sin embargo tuvo un final malo.

Una vez que Joiada salió de escena, Joás cayó rápidamente en la idolatría. Parece que fueron los príncipes de Judá quienes lo descarriaron, aunque eso no es una excusa. El cronista dice que los príncipes de Judá le “ofrecieron obediencia”, una expresión poco común para que la use el autor. De la manera en que el cronista normalmente la emplea, la palabra hebrea se refiere a la reverencia humilde que se muestra al venerar a Dios. Ésta es la única ocasión en que el cronista la usa para referirse al homenaje que los súbditos le rinden a su rey humano. Tal vez quiere sugerir que los príncipes de Judá pudieron haber influido en él mediante actos exagerados de devoción y por la adulación exagerada. Los que tienen poder son sensibles a cosas como éstas, y podemos ver fácilmente por qué ese pudo haber sido un incentivo especial para que Joás obrara mal. Después de todo, había estado bajo la tutela de Joiada durante un tiempo muy largo; ahora ya estaba libre de eso. ¿Qué mejor ocasión para sugerirle astutamente que afirmara su nueva libertad, haciendo algo que su antiguo maestro nunca hubiera tolerado?

No importa cuál sea la explicación psicológica de esto, el pecado sigue siendo pecado. La expresión “El rey los oyó” es una acusación que el cronista hace contra el rey; no es una disculpa a su conducta. La expresión “abandonaron la casa de Jehová” (versículo 18) no se debe interpretar como un abandono absoluto del Templo y de todos sus servicios; no hay duda de que el rey y sus príncipes siguieron participando en las fiestas y sacrificios del Templo de vez en cuando. Sin embargo, no vieron problema en adorar en los lugares altos y en hacerles ofrendas a los postes de Asera y en darles a las imágenes la reverencia que sólo se le debe al Señor. Según el punto de vista del cronista, toda falsa adoración (no importa que tan pequeña pueda parecer, es el paso para complacer otros puntos de vista) es en principio un abandono al único verdadero Dios y al único Salvador de Israel. Por lo tanto,

eso conduce a la ira justa de Dios. Dios, en la respuesta que le dio a la oración de dedicación de Salomón, le había advertido solemnemente a su pueblo: “Pero si vosotros . . . vais a servir a dioses ajenos, y los adoráis, yo os arrancaré de mi tierra” (7:19,20). La gloria del nombre de Dios estaba en juego; con toda seguridad él iba a responder a la apostasía del rey.

El siguiente versículo demuestra a la vez tanto la gracia de Dios como la terquedad del pecado de Judá. Dios no envió simplemente fuego y azufre sobre su pueblo, aunque de seguro se lo merecían por haber rechazado su amor. “Les envió profetas para que los hicieran volver a Jehová” (versículo 19). Aquí vemos en acción el mismo gran corazón que nos abre por completo sus lugares más recónditos en este versículo bien conocido de la Biblia: “Vivo yo, dice Jehová, el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino y que viva. ¡Volveos, volveos de vuestros malos caminos! ¿Por qué habéis de morir, casa de Israel?” (Ezequiel 33:11). Sin embargo, aunque los profetas fueron fieles en su advertencia, el pueblo no escuchó con fidelidad.

Para aclarar bien el asunto, el cronista nos describe un incidente que nuestro Señor mismo usaría después como un ejemplo de un asesinato despiadado en respuesta a un testimonio fiel. El Espíritu vino súbitamente sobre Zacarías, el hijo de Joiada, de tal manera que dijo en voz alta: “Así ha dicho Dios: ¿Por qué quebrantáis los mandamientos de Jehová? No os vendrá bien por ello; porque por haber dejado a Jehová, él también os abandonará” (versículo 20). Por lo visto Joás era tan susceptible (tal vez debido a que su propia conciencia lo acusaba) que no podía tolerar ningún reproche, ni siquiera el que se había dicho en términos tan generales como el de Zacarías. Como el profeta Amós diría después (sin duda irónicamente), durante ciertas épocas los días son tan malos que el hombre prudente se mantiene callado (Amós 5:13). Zacarías, el testigo fiel, todavía no había aprendido esa lección, y pagó por eso con su vida. Y así fue un insensato más por causa de Cristo (1 Corintios 4:10).

Por mandato del rey, varias personas se unieron para conspirar contra el sacerdote, y cuando se presentó la oportunidad, lo mataron a pedradas. Sin embargo, la responsabilidad por la mala acción era de Joás, lo que motivó al cronista a condenarlo con estas palabras: “El rey Joás no se acordó de la misericordia que Joiada, padre de Zacarías, había tenido con él, sino que mató a su hijo” (versículo 22).

Este versículo es mucho más fuerte en el texto original en hebreo que como suena en español. Al leerlo literalmente, nos dice que Joás no mantuvo presente la *chesed* que Joiada había tenido con él. *Chesed* es una de esas palabras hebreas con una docena de traducciones posibles que dependen del contexto; su significado básico es misericordia amorosa o compasión. Pero ya que palabras como *amor* en nuestro propio idioma han llegado a ser tan empalagosas como los caramelos, es útil notar que *chesed* tiene connotaciones de compromiso, lealtad y de firmeza. Es un amor que se demuestra en hechos. Es el amor fiel que el Señor le demostró continuamente a su pueblo, permaneciendo fiel y firme en su promesa aunque ellos tanta frecuencia lo habían rechazado y habían provocado su ira.

Lo que hizo Joiada con Joás se describe adecuadamente como una práctica de *chesed*; nadie más se interesó ni cuidó a este último descendiente de David. Cualquiera que tuviera misericordia con él incurriría en la ira de Atalía, si ella lo descubría. No obstante, Joiada y su esposa no reaccionaron con la respuesta normal de temor ni con el deseo de ganar el favor del poderoso; pensaban en las promesas de Dios que habían ligado tan firmemente a la casa y al linaje de David, vivieron con base en ellas, y produjeron acciones fieles, constantes y leales de amor. Lo que Joiada y Josabet hicieron requirió fe, más que ánimo y decisión: la fe que no actúa con base en lo que se ve, sino que razona y vive con base en las promesas de Dios. Es difícil llegar a entender cómo pudo alguien haberse olvidado de esa *chesed*. Pero Joás la sacó de su mente con indiferencia y dio tranquilamente la orden de muerte para Zacarías.

Cuando Zacarías estaba muriendo dijo: “¡Jehová lo vea y lo demande!” (versículo 22). Él sabía que no había dicho sus propias palabras, sino las de Dios. Encomendó su causa justa en las manos de Dios y confió que él le daría su paga al rey por despreciar su Palabra y por matar a su profeta. Algunos comentaristas se comportan como si esto mostrara una moralidad inferior a la de Cristo, que cuando estaba muriendo oró por sus enemigos. Estos escritores actúan como si un cristiano del Nuevo Testamento nunca orara de este modo a la hora de la muerte, cualquiera que sea la provocación. Aquí debemos recordar lo que Jesús les dijo al sumo sacerdote y a los otros que estaban buscando una manera legal para matarlo: “Veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo” (Mateo 26:64). Eso equivale a decir: “Ahora me presento ante la corte para ser juzgado; pero hay otra corte y otro tiempo de juicio. En esa usted estará delante de mí y recibirá su justa condenación.”

Es verdad que vivimos por las promesas de Dios y que el evangelio debe predominar en todas nuestras conversaciones, predicaciones y enseñanzas. Sin embargo, la ira de Dios todavía se les tiene que proclamar a los impíos y a los que suprimen la verdad con su iniquidad. Con el mismo espíritu que Zacarías dijo esas palabras cuando estaba muriendo, Jesús les dijo a los pecadores endurecidos que lo rechazaron: “Así recaerá sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel, el justo, hasta la sangre de Zacarías” (Mateo 23:35). Hay un día en el que Dios llamará a todos a rendir cuentas; nuestra única esperanza y refugio es que la sangre de Cristo nos cubra en ese día.

La respuesta del Señor a la infidelidad de su pueblo y al asesinato de su profeta no iba a tardar mucho.

**<sup>23</sup> A la vuelta del año subió contra él el ejército de Siria, que invadieron a Judá y a Jerusalén, mataron de entre el pueblo a todos los principales, y enviaron todo el botín al rey de Damasco, <sup>24</sup> pues aunque el ejército de Siria había venido con**

**poca gente, Jehová entregó en sus manos un ejército muy numeroso, por cuanto habían abandonado a Jehová, el Dios de sus padres. Así sufrió Joás el castigo merecido.**

**<sup>25</sup> Cuando se fueron los sirios, dejándolo agobiado por sus dolencias, conspiraron contra él sus siervos, a causa de la sangre de los hijos de Joiada, el sacerdote, y lo hirieron en su cama, donde murió. Lo sepultaron en la Ciudad de David, pero no en los sepulcros de los reyes. <sup>26</sup> Los que conspiraron contra él fueron Zabad hijo de Simeat, el amonita, y Jozabad hijo de Simrit, el moabita.**

**<sup>27</sup> En lo tocante a los hijos de Joás, la multiplicación que hizo de las rentas y la restauración de la casa de Jehová, está escrito en la historia del libro de los reyes. Y reinó en su lugar su hijo Amasías.**

El relato de la invasión Siria a Judá se da con más detalle en la mayoría de los aspectos en 2 Reyes 12. Por ejemplo, allí nos enteramos de que el “botín” que se menciona aquí en el versículo 23 consistía en los tesoros del Templo que David y Salomón le habían dedicado al Señor. Sin duda, también incluyeron algunos de los vasos de plata y oro que Joás había hecho recientemente como parte de su proyecto de restauración del Templo. También sabemos por 2 Reyes que los sirios no obtuvieron el botín en la batalla, sino que lo recibieron como tributo. Joás lo entregó a Hazael para persuadirlo a detenerse y a desistir de la invasión. Sin embargo, al cronista le debemos la información de que *hubo* una batalla entre los sirios y los judíos, y que en esa batalla mataron a los líderes que habían tentado al rey a la idolatría e hirieron gravemente al rey.

La contribución principal del cronista es que dice de manera explícita algo que está sólo implícito en el relato de 2 Reyes. El cronista no quiere que a nadie le quede duda alguna de que esa batalla fue un acto de juicio de Dios sobre Judá y su rey. Los príncipes habían conducido a su rey a la idolatría. ¿La consecuencia? Los mataron a todos. El pueblo se había dejado

llevar por los líderes impíos a la idolatría. ¿Los resultados? En el pasado el pueblo de Dios había aprendido que el Señor les ayuda a los débiles a vencer a los fuertes (vea 14:11; 20:15-17), y ahora descubrían que ese mismo principio también podía obrar en contra de ellos cuando abandonaron al Señor. “Aunque el ejército de Siria había venido con poca gente, Jehová entregó en sus manos un ejército muy numeroso” (versículo 24). Finalmente, Joás le había dado su bendición a una conspiración para matar el profeta de Dios. ¿Las consecuencias? Los propios sirvientes del palacio de Joás conspiraron contra él y lo asesinaron mientras estaba en cama herido e indefenso.

La desobediencia del rey llevó a la desgracia en la vida y a la deshonra en la muerte. El sacerdote Joiada tuvo el honor de que lo sepultaran con los reyes de Judá, un honor que su descarriado alumno no disfrutó. En cambio a Joás, “lo sepultaron en la ciudad de David, pero no en los sepulcros de los reyes” (versículo 25).

Se podría decir que, en cierta forma, los capítulos 22 a 24 son una meditación que hace el cronista acerca de mantener la fidelidad y acerca de quebrantarla. Es evidente que tenía la intención de que los tres capítulos se leyeran como una unidad. Podemos deducir esto no solo por el tema mismo sino también por la repetición de cierta palabra. Esa palabra apareció primero en boca de Atalía; ella dijo en voz alta “¡Traición! ¡Traición!”, cuando se dio cuenta de que por fin su pecado le había dado lo que merecía. La palabra significa literalmente “conspiración”, y por lo común se usa cuando el pueblo maquina contra su gobierno legítimo. Vemos que el cronista la usa en el versículo 21 de este capítulo donde se refiere a la gente que conspiró contra el sacerdote Zacarías, y de nuevo en los versículos 25 y 26 para concluir toda la sección.

Cuando comparamos estos tres usos, sale a luz algo interesante: nuestro autor usa la expresión con ciertos matices. Atalía, la mujer asesina, no tenía el derecho de gritar “¡Traición!”; no hay traición cuando el pueblo de Dios se niega a seguir a un líder espiritual que los está descarriando. Por otro lado, la

conspiración contra Zacarías fue claramente traicionera. Algunos pueden decir que es una traición que un profeta denuncie a un rey, y alguien podría considerar como un acto de lealtad que un súbdito mate a ese profeta. Pero Zacarías le había sido mucho más leal a Joás que cualquiera de los súbditos aduladores. Le había dicho la verdad a su rey, una verdad que él rey hubiera hecho bien en escuchar.

Finalmente, el fin de Joás resultó de la conspiración de sus propios príncipes del palacio. Esta era la primera vez que un gobernante legítimo de Judá había muerto por causa de una conspiración contra él. ¿Pero fue traición o fue justicia de Dios? Sin aprobar una rebelión violenta, el cronista aclara que fue el resultado del pecado. En un acto de traición suprema, Joás había asesinado al hijo de Joiada, quien en un acto de suprema fidelidad había ayudado a poner a Joás en el trono. Joás ni siquiera pensó en la fidelidad que Joiada había mantenido hacia él. Por lo tanto el Señor lo midió con la misma vara; una vez él lo mantuvo seguro en un dormitorio (22:11), sólo para que ahora lo asesinaran en su cama. No hay lugar seguro para quien ha abandonado al Señor.

El Señor les hace esta advertencia a los fieles, por medio del profeta Isaías: “No llaméis conspiración a todas las cosas que este pueblo llama conspiración” (Isaías 8:12). En otras palabras, lo que *parece* traición en nuestra propia opinión puede ser, desde la perspectiva de Dios, la más grande lealtad y fidelidad. El que permanece en la Palabra de Dios siempre formará la mayoría aunque todo el mundo se le oponga. Eso ocurrió en Worms, cuando a Lutero se le pidió que se retractara, y ocurrió también en los atrios del Templo cuando Zacarías, lleno del Espíritu, se levantó para denunciar al rey. Eso siempre ocurrirá. No es necesario ser profeta para discernir la naturaleza de nuestros propios tiempos y la necesidad de confesores valientes de la verdad de Dios. Debemos aprender a ser fieles a Dios y a su Palabra, o nunca tendremos éxito en mantener fidelidad con nadie.

## *El reino de Dios bajo Amasías*

Amasías es el segundo de una serie de tres reyes a quienes el cronista sin duda les hace una crítica variada; los tres comenzaron bien pero terminaron mal. Para dos, Amasías y Uzías, el problema principal parece haber sido el orgullo. En el caso de Amasías ese orgullo estuvo combinado con la idolatría; en el caso de Uzías con el sacrilegio.

### *Un buen comienzo: su corazón se abre al consejo del Señor*

**25** Veinticinco años tenía Amasías cuando comenzó a reinar, y veintinueve años reinó en Jerusalén; el nombre de su madre era Joadán, de Jerusalén. <sup>2</sup> Hizo él lo recto ante los ojos de Jehová, aunque no de perfecto corazón.

<sup>3</sup> Cuando fue confirmado en el reino, mató a los siervos que habían matado al rey, su padre. <sup>4</sup> Pero no mató a los hijos de ellos, según lo que está escrito en la Ley, en el libro de Moisés, donde Jehová mandó diciendo: «No morirán los padres por los hijos, ni los hijos por los padres, sino cada uno morirá por su pecado.»

<sup>5</sup> Reunió luego Amasías a Judá y, con arreglo a las familias, puso jefes de millares y de centenas sobre todo Judá y Benjamín. Después puso en lista a todos los de veinte años para arriba, y fueron hallados trescientos mil escogidos para salir a la guerra, que tenían lanza y escudo. <sup>6</sup> Y de Israel tomó a sueldo por cien talentos de plata, a cien mil hombres valientes.

<sup>7</sup> Pero un varón de Dios vino ante él y le dijo:

—Rey, que no vaya contigo el ejército de Israel, porque Jehová no está con Israel, ni con todos los hijos de Efraín.

<sup>8</sup> Pero si vas así, si eso haces y te esfuerzas en la pelea, Dios te hará caer delante de los enemigos; porque Dios tiene poder para ayudar, y para derribar.

**<sup>9</sup> Le preguntó Amasías al varón de Dios:**

**—¿Qué, pues, se hará con los cien talentos que he dado al ejército de Israel?**

**Respondió el varón de Dios:**

**—Jehová puede darte mucho más que esto.**

**<sup>10</sup> Entonces Amasías apartó el ejército de la gente que había venido a unírsele de Efraín, para que se fueran a sus casas. Ellos se enojaron mucho contra Judá y volvieron a sus casas encolerizados.**

**<sup>11</sup> Amasías se armó de valor, sacó a su pueblo, vino al valle de la Sal y mató a diez mil de los hijos de Seir. <sup>12</sup> Los hijos de Judá tomaron vivos a otros diez mil, los cuales llevaron a la cumbre de un peñasco, los despeñaron desde allí, y todos se hicieron pedazos.**

Después de haber consolidado su poder, el objetivo prioritario de Amasías fue castigar a quienes habían matado a su padre. Aunque el motivo fue el de vengar el asesinato de Zacarías, aun así eran asesinos que habían levantado las armas contra el gobernador legítimo del pueblo de Dios, de modo que merecían morir. Sin embargo, el cronista elogia a Amasías por refrenarse en la imposición de la pena de muerte. En lugar de aniquilar a las familias, como muchos monarcas antiguos lo hubieran hecho, el nuevo rey solo castigó a los que realmente se habían ensangrentado las manos. De esa manera, obedeció la Ley especial de Moisés que le había puesto un límite a cuáles individuos el estado podía considerar responsables de un crimen: “No morirán los padres por los hijos, ni los hijos por los padres, sino cada uno morirá por su pecado” (compare el versículo 4 con Deuteronomio 24:16).

Pero la descripción clave de Amasías se encuentra en el versículo 2: “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, aunque no de perfecto corazón.” Puede ser que su carácter y comportamiento no hayan sido objeto de un cambio notable: de lo bueno a lo malo o de lo malo a lo bueno, pero su discipulado, si así lo podemos

llamar, fue a medias durante toda su vida con el bien y el mal entremezclados. Al observar su campaña contra Edom, vemos que el cronista nos la presenta como el ejemplo de un período de la vida de Amasías cuando el bien pesaba más que el mal.

Primero, Amasías llamó y organizó a los guerreros que estaban a su disposición, de manera muy semejante a como el rey David lo había hecho (vea 1 Crónicas 27). Después de contar a todos los de “veinte años arriba”, descubrió que su ejército consistía en trescientos mil guerreros, un total decepcionante cuando se comparaba con el número de que dispusieron otros reyes anteriores a él. Por ejemplo, recordamos a Asa, que tuvo 580,000 hombres, o las tropas de Josafat que alcanzaron a un millón (14:8; 17:14-18). Tal vez fue por la decepción con los números que decidió contratar “de Israel . . . cien mil hombres valientes” (versículo 6).

Uno pensaría, después de todo el dolor que el reino había sufrido debido a la desastrosa alianza de Josafat con Acab, que Amasías sabría lo suficiente para evitar cualquier relación con el Norte. Sin embargo, una fe tibia está destinada a resultar en un amor indiferente, y la ventaja visible de mayor número naturalmente parecerá más importante que la ventaja invisible (sin embargo mucho más real) de un Dios fiel y poderoso, que hace que nuestras batallas sean de él. Tal vez Amasías pudo justificar sus acciones diciéndose a sí mismo que era simplemente un acuerdo financiero y no una alianza. Un hombre de Dios tenía que llamarlo al orden; el varón de Dios le dijo: “Rey, que no vaya contigo el ejército de Israel, porque Jehová no está con Israel” (versículo 7).

Otra vez escuchamos la verdad, expresada por un profeta de Dios, de que aunque Israel todavía era parte del pueblo del pacto con Dios, era un pueblo que se había separado por su voluntad del verdadero rey dado por Dios y de la verdadera adoración de Dios (vea el comentario a 13:4-12). Por esa razón Dios no estaba con ellos, ni tampoco con nadie que hiciera causa común con ellos. Cualquier proyecto conjunto caería derrotado. No obstante, también entendemos que el profeta quiere decir algo más básico:

para el pueblo de Dios, lo esencial en *cualquier* batalla no es el tamaño de su ejército, ni la valentía para pelear, sino si Dios está con ellos o no. Si él estaba con ellos, el pueblo de Dios prevalecería; si él no estaba con ellos, el pueblo de Dios caería humillado. “Porque Dios tiene poder para ayudar, y para derribar” (versículo 8).

Aquí vemos que la fe poco entusiasta de Amasías lo hace tropezar. Comenzó a calcular las pérdidas económicas que sufriría si despedía las tropas israelitas. Pregunta: “¿Qué, pues, se hará con los cien talentos que he dado al ejército de Israel?” (versículo 9). La respuesta del profeta es: “Jehová puede darte mucho más que esto”. En esta ocasión, tenemos que decir a favor de Amasías que la confianza en la palabra del Señor triunfó sobre sus instintos calculadores. Despidió a los hombres que había contratado. Los israelitas se enfurecieron; tal vez, no se les había dejado de pagar, pero habían perdido completamente cualquier botín de guerra, que hubiera podido resultar, si se les hubiera permitido participar en una campaña que resultara exitosa. Para la mayoría de los soldados del mundo antiguo, ésta era la parte más grande de su pago. Y aun más: habían sido humillados. El rey de la pequeña Judá los había reunido, pero los hombres valientes de Israel no fueron lo suficientemente buenos para él. Estos pensamientos alimentaron la furia que estaba destinada a explotar. Después veremos lo que pasó.

En cuanto a las intenciones hostiles de Amasías contra Edom y los hombres del monte Seír, tuvieron éxito más allá de toda expectativa. No sólo murieron en la batalla diez mil soldados enemigos, sino que los hombres de Judá también destruyeron a diez mil edomitas más, que habían capturado, despeñándolos desde la cumbre de un abismo. La brutalidad de las guerras antiguas algunas veces nos puede dejar atónitos, especialmente cuando las vemos en las campañas que el pueblo de Dios lleva a cabo. Parte del malestar que esto produce se puede aliviar si recordamos la antigua enemistad que existía entre estos dos pueblos emparentados (por ejemplo, vea el capítulo 20). Sin

embargo, lo más importante que debemos tener presente es la verdad de que también hay una importante batalla espiritual que se lleva a cabo bajo estas formas físicas. En el conflicto de Judá contra Edom, tenemos una escaramuza más en el conflicto sin fin entre el creyente y el incrédulo, la luz y la oscuridad, carne y espíritu, el bien y mal. No se puede ser clemente en ese conflicto, y hacemos bien en recordarlo. A nuestra naturaleza pecaminosa no se le puede obligar a hacer el bien, y nuestras buenas intenciones tampoco pueden mantenerla cautiva. El agua del bautismo debe ahogarla al considerarnos diariamente muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo.

El relato es para el cronista un ejemplo de lo que sucede cuando hasta un rey desanimado escucha con fe el consejo de un hombre de Dios. El Señor le dio a Amasías mucha más fortaleza de la que tuviera por naturaleza y el poder de vencer los obstáculos que no hubiera esperado superar.

Antes de considerar el descenso vertiginoso de la vida de Amasías, puede ser útil detenernos un momento para considerar lo que estaba pasando en ese tiempo en el contexto político más general del antiguo Oriente Medio. En el último capítulo recordamos que Hazael, rey de Siria, había servido como instrumento del Señor para castigar a Joás y al pueblo de Judá por su deslealtad (24:23-25). Aram (algunas veces llamado Siria en textos y comentarios más antiguos) había podido convertir a Judá no solo en un estado cliente, sino que también le había quitado a Israel mucha de su fortaleza. Durante esos días oscuros, el profeta Eliseo había permanecido como una columna fuerte, animando a los fieles de Israel y poniendo terror en el corazón de los enemigos de Dios (vea 2 Reyes 5-9).

Sin embargo, por la época de Amasías y Judá, y de Joacaz de Israel, había ocurrido un cambio de poder en la región. En el año 803 a.C., el rey Adad-nirari III de Asiria atacó a los arameos, triunfó y los convirtió en un estado tributario. Joacaz y Amasías pudieron entonces ocupar el vacío creado por la debilidad de Aram (Siria). Joacaz frenó más el poder de los arameos derrotándolos

en varias batallas (2 Reyes 13:22-25), mientras que Amasías pudo comenzar el proceso de reafirmar el control de Judá sobre Edom, un proceso que completó después Uzías, su hijo. Esto restablecería el poder económico de Judá como el país que estaba a cargo del puerto de Elot sobre el mar Rojo, un enlace esencial en la antigua red de comercio del Cercano Oriente (26:2).

Cuando se ve desde una perspectiva completamente política y económica, Judá e Israel estaban en el comienzo de una época en la que su gloria sería restaurada a un esplendor comprable con la época de oro de David y Salomón. Sin embargo, el éxito político y la prosperidad económica no producen dividendos espirituales. Y el lado espiritual de las cosas interesó más a escritores como el cronista.

*Un mal final: su corazón se inclina hacia los ídolos y se cierra hacia las buenas palabras de Dios*

**<sup>13</sup> Mientras tanto, los del ejército que Amasías había despedido, para que no fueran con él a la guerra, invadieron las ciudades de Judá, desde Samaria hasta Bet-horón, mataron a tres mil personas y recogieron mucho botín.**

**<sup>14</sup> Al volver Amasías de la matanza de los edomitas, trajo también consigo los dioses de los hijos de Seir, los tomó por dioses suyos, los adoró y les quemó incienso. <sup>15</sup> Por esto se encendió la ira de Jehová contra Amasías, y le envió un profeta que le dijo:**

**—¿Por qué has buscado los dioses de una nación que no han podido librar a su pueblo de tus manos?**

**<sup>16</sup> Mientras el profeta hablaba estas cosas, él lo interrumpió:**

**—¿Acaso te han nombrado consejero del rey? Déjate de eso. ¿O es que quieres que te maten?**

**El profeta concluyó diciendo:**

**—Yo sé que Dios ha determinado destruirte, porque has hecho esto y no obedeciste mi consejo.**

<sup>17</sup> Pero Amasías, rey de Judá, después de tomar consejo, envió a decir a Joás hijo de Joacaz hijo de Jehú, rey de Israel: «Ven y veámonos cara a cara.» <sup>18</sup> Entonces Joás, rey de Israel, envió a decir a Amasías, rey de Judá: «El cardo que estaba en el Líbano le mandó a decir al cedro que estaba en el Líbano: “Da tu hija a mi hijo por mujer.” Pero las fieras que estaban en el Líbano pasaron y pisotearon el cardo. <sup>19</sup> Tú dices: “He derrotado a Edom.” Por eso se enaltece y gloria tu corazón. Pero mejor quédate ahora en tu casa. ¿Para qué provocas un mal en que puedas caer tú y Judá contigo?»

<sup>20</sup> Pero Amasías no quiso oír; pues era la voluntad de Dios entregarlos en manos de sus enemigos, por cuanto habían buscado a los dioses de Edom. <sup>21</sup> Subió, pues, Joás, rey de Israel, y se vieron cara a cara él y Amasías, rey de Judá, en la batalla de Bet-semes de Judá. <sup>22</sup> Y Judá cayó delante de Israel, y huyó cada uno a su casa. <sup>23</sup> Joás, rey de Israel, apresó en Bet-semes a Amasías, rey de Judá, hijo de Joás hijo de Joacaz, y lo llevó a Jerusalén, en cuyo muro hizo una brecha desde la puerta de Efraín hasta la puerta del Ángulo, un tramo de cuatrocientos codos. <sup>24</sup> Asimismo tomó todo el oro y la plata, y todos los utensilios que se hallaron en la casa de Dios en casa de Obed-edom, los tesoros de la casa del rey y los hijos de los nobles como rehenes; después volvió a Samaria.

<sup>25</sup> Amasías hijo de Joás, rey de Judá, vivió aún quince años después de la muerte de Joás hijo de Joacaz, rey de Israel. <sup>26</sup> Los demás hechos de Amasías, los primeros y los últimos, ¿no están escritos en el libro de los reyes de Judá y de Israel? <sup>27</sup> Desde el tiempo en que Amasías se apartó de Jehová, empezaron a conspirar contra él en Jerusalén; y habiendo huido a Laquis, lo persiguieron hasta esa ciudad y allá lo mataron; <sup>28</sup> lo trajeron en caballos y lo sepultaron con sus padres en la ciudad de Judá.

En el versículo 13, el cronista toma otra vez el hilo de la historia que había abandonado temporalmente en el versículo 10. Las tropas israelitas que habían sido despedidas del ejército de Amasías regresaron a Samaria para lamerse las heridas antes de encontrar una forma de desahogar su furia contra Judá por haberlos humillado. Tal vez pensaban que se les presentaba una oportunidad ideal cuando Amasías estaba lejos en su campaña edomita. Para aprovecharla, lanzaron ataques en ese momento contra los pueblos desprotegidos que estaban a lo largo de la frontera entre Israel y Judá, matando tres mil personas y llevándose un botín muy grande. El orgullo humano tiene que encontrar una manera de hacer valer sus derechos.

Es interesante mencionar este incidente aquí, porque parece que iba en contra de lo que el hombre de Dios le había dicho a Amasías, cuando el rey había preguntado sobre el dinero que iba a perder al despedir a los hombres de Israel (25:9). Amasías había obedecido la palabra del Señor, pero el Señor además de no remplazar el dinero que Amasías había perdido, parecía que hubiera determinado que Amasías perdiera aún más. Es claro que esta era una prueba del Señor para Amasías, un reto para ver si con tribulaciones el rey de fe débil podía aprender y comprender la Palabra para que caminara por la fe, no por la vista.

Con frecuencia hemos tomado nota de la forma casi infatigable en la cual el cronista hace ver que la obediencia lleva a las bendiciones mientras que la desobediencia trae el desastre. Es cierto que nuestro escritor escribió como un hijo del antiguo pacto, donde las bendiciones físicas y las aflicciones desempeñaron un papel clave en el propósito educativo divino. Sin embargo, la inclusión de este incidente demuestra que no creía que Dios estaba obligado a responder automáticamente a cada acto del hombre. Dios fue y es libre por completo en todos sus actos. Los caminos que toma en la historia siempre están más allá de nuestra capacidad para rastrearlos completamente.

El párrafo siguiente del cronista demuestra que el compromiso de Amasías con el Señor fue poco entusiasta. Después de haber

vencido a los edomitas, llevó a sus dioses capturados a Jerusalén y los levantó para que fueran adorados. Si él le hubiera servido al Señor de todo corazón, hubiera quemado los ídolos como lo había hecho David (1 Crónicas 14:12; vea también Deuteronomio 7:25; 12:3). La idolatría de Amasías puede haberse debido a la lógica común que existía entre los gobernantes supersticiosos y paganos de ese tiempo. Si se derrotaba a una nación o tribu, concluían que sus dioses se habían vuelto contra ellos y que les habían sonreído a sus enemigos. Y si los dioses de la nación habían ayudado al conquistador de esa nación, tenía sentido que el conquistador reconociera su ayuda y los mantuviera contentos. De este modo, los antiguos gobernantes con frecuencia se llevaban los ídolos de pueblos vencidos y los adoraban tal como Amasías lo hizo aquí.

Sin embargo, lo que parece muy inteligente según la forma de pensar pagana es una insensatez para los ojos de la fe. La ira de Dios se encendió contra Amasías. En vez de castigarlo de inmediato, Dios le advirtió claramente, por medio de un profeta, que expuso la verdadera naturaleza de las acciones del rey: “¿Por qué has buscado los dioses de una nación que no han podido librar a su pueblo de tus manos?” (versículo 15). La victoria sobre Edom provenía del Señor. Esa victoria no demostró la actitud favorable de los dioses de Edom hacia Amasías; en cambio probó convincentemente que no existían. Eran dioses que no podían salvar.

Amasías no quiso escuchar nada de eso; antes de que el profeta siquiera hubiera acabado su mensaje, el rey dijo sarcásticamente: “No recuerdo haberte designado como uno de mis consejeros. ¡Lo mejor es que te quedes callado! ¿Por qué quedar lastimado?” El profeta acató, pero con valentía reservó para él y para Dios la última palabra: “Yo sé que Dios ha determinado destruirte, porque has hecho esto y no obedeciste mi consejo” (versículo 16). En el pasado hemos encontrado juicios similares de Dios. Dios abandona a las personas que se niegan a oír la verdad para que crean sólo mentiras.

Ahora Amasías, cegado por el orgullo, estaba listo a escuchar cualquier mal consejo. Sus consejeros animaron a su héroe conquistador para que probara suerte con Joás, el rey de Israel. Como ya se dijo, Joás era un héroe conquistador y un guerrero poderoso, con muchas victorias contadas contra Siria, un enemigo mucho más impresionante que los que Amasías jamás había enfrenado. Amasías, muy creído, le envió a decir a Joás lo que era esencialmente un reto para pelear. “Ven, y veámonos cara a cara” (versículo 17). Como lo sabemos por 2 Reyes, Joás era difícilmente un creyente, a pesar de lo experto que pudiera haber sido en la batalla. De todas maneras, aquí fue inspirado a ofrecerle a su vecino del sur una advertencia no muy amistosa pero bien intencionada.

Joás dijo en efecto: “Déjeme contarle una historia, había una vez dos plantas: un cardo pequeño y un cedro grande. El cardo tuvo la desfachatez de proponerle al cedro una alianza mediante el matrimonio. Dijo: ‘Da tu hija a mi hijo por mujer’. Pero aun antes de que el cedro siquiera hubiera tenido la oportunidad de reírse de la propuesta, vino una bestia salvaje que acabó definitivamente con las ultrajantes ambiciones del cardo.” Y además, en el caso de que Amasías no entendiera el punto, Joás añadió: “Tú dices: ‘He derrotado a Edom’. Por eso se enaltece y gloria tu corazón. Pero mejor quédate ahora en tu casa. ¿Para qué provocas un mal en que puedas caer tú y Judá contigo?” (versículo 19).

Amasías no hizo caso. Es más, el cronista nos dice que *no podía* escuchar, “pues era la voluntad de Dios entregarlos en manos de sus enemigos, por cuanto habían buscado a los dioses de Edom” (versículo 20). Judá sufrió una derrota aplastante, y Amasías fue capturado. Notamos que el escritor identifica al rey cautivo con el título real: “hijo de Joás hijo de Joacaz” (versículo 23). Sin embargo, es claro que Amasías no es digno de reclamar el título de “hijo de David”; buscó honor para él en la victoria, pero terminó distinguiéndose sólo por su derrota total. Para poner fin a cualquier ambición futura que Judá pudiera tener de

campañas militares en el Norte, el rey de Israel derrumbó una gran parte del muro de Jerusalén en el lado que daba hacia su reino. Jerusalén no estaría tan interesada en guerras ofensivas mientras que sus defensas estuvieran tan débiles.

No contento con eso, el rey Joás agregó un detalle final como para subrayar su victoria. Se apropió de todos los artículos de oro y de plata que estaban en el templo de Dios y se los llevó a su capital junto con algunos rehenes. Es posible que tengamos un juego de palabras en el versículo 24. Obed-edom era un nombre levítico bien conocido; también significa “siervo de Edom”. Tal vez el cronista usa el hecho de que los tesoros del Templo estaban a cargo de un hombre que tenía ese nombre para resaltar un hecho; Amasías había hecho a Edom su siervo, pero se había vuelto esclavo de sus dioses. De este modo perdió todo lo que había ganado.

La descripción de la muerte de Amasías marca la etapa final en la degradación del rey. Cuando estaba su vida bajo la amenaza de conspiración, persiguieron al rey de Judá como a un perro y lo mataron los agentes de los conspiradores en Laquis, una ciudad que estaba alrededor de 45 kilómetros al suroeste de Jerusalén (versículo 27). El cronista les aclara a sus lectores la razón del final patético de este rey que una vez fue orgulloso. La alianza en contra de él comenzó a formarse “desde el tiempo en que Amasías se apartó de Jehová” (versículo 27). Como dice el libro de Proverbios: “Todas las cosas ha hecho Jehová para sus propios fines, incluso al malvado, para el día malo” (Proverbios 16:4).

Por la repetición que hace de la palabra *consejo* en los versículos 16 y 17 (la raíz se presenta cuatro veces en ese breve espacio) podemos detectar fácilmente el punto principal que el cronista quiere presentar al volver a contar la historia de Amasías. El caso de Amasías era uno en el que todo lo bueno que había logrado resultó de escuchar consejos buenos y piadosos. Del mismo modo, todo el mal que sufrió resultó de haber cerrado sus oídos a la palabra de Dios. Una vez que lo hizo, nunca más pudo volver a reconocer la voz de la sabiduría cuando la escuchó. Y así

fue condenado a seguir el consejo de los malos y a sufrir por hacerlo.

Hasta las naciones paganas han estado conscientes durante mucho tiempo del efecto corruptor que tienen el poder y el éxito en el carácter de una persona. Se dice que los antiguos generales romanos durante sus desfiles triunfantes tenían un esclavo que les decía continuamente al oído: “¡Recuerde, usted morirá!” Más de una tragedia griega se basó en el principio de que un hombre que tiene mucho éxito está propenso a incurrir en los celos y en la ira de algún dios. Por nuestra propia experiencia entendemos con qué facilidad ciega el poder. Muy rápido, el que tiene poder llega a creer que *tiene el derecho* perfecto de hacer todo lo que puede hacer, y por eso ruge y amenaza a cualquiera que con palabras o hechos trate de obstaculizar sus propósitos. Vemos que el cronista nos da estas mismas lecciones en los relatos de Amasías y Uzías.

Sin embargo, el cronista va más allá de esta intuición intelectual natural, que hasta un incrédulo objetivo puede concluir por su propia capacidad de razonamiento. Sugiere que aquí sucede algo más, que no es sencillamente asunto de alguien que ya no pueda reconocer su mortalidad ni sus limitaciones humanas; también está el asunto del pecado que infecta de tal manera nuestra humanidad que hasta los creyentes (especialmente los poco entusiastas) pueden tropezar y caer.

También está el asunto del juicio de Dios que endurece al pecador que primeramente se ha endurecido a sí mismo contra la verdad. Lejos de reaccionar por celos o envidia mezquinos, el celo del Señor nace de un amor puro y exclusivo por los suyos. Él es el esposo y su novia amada es el conjunto de los creyentes. Él alivia, consuela, persuade a su pueblo una y otra vez con su Palabra. Algunas veces hasta suplica: “¡Escúchame! ¿Por qué morirás?” Por último, advierte severamente, rugiendo desde el Sinaí con amenazas e ira que inspiran miedo. Pero llega el momento en el que la conversación termina. No hay nada más que decir. A pesar de todo, la persona menosprecia el amor de Dios y rechaza su

Palabra. Entonces Dios se endurece y dice al pecador obstinado: “¿No quieres escuchar? ¡Entonces no escucharás!”

Todo esto no se dice para desanimar a los creyentes que ya están afligidos por sus propias faltas, que diariamente luchan con su propia carne, que oran a diario para tener más fortaleza para ser mejores, que tienen hambre y sed del dulce consuelo que sólo el mensaje del evangelio puede dar. Más bien se dirige a los creyentes que se han envanecido por su propio conocimiento y sus éxitos espirituales, los que comenzaron por el Espíritu, mendigos como el resto de nosotros, pero que ahora suponen que pueden llegar a ser perfectos mediante sus propios esfuerzos. A esos cristianos satisfechos de sí mismo, el cronista les diría: “Así que el que piensa estar firme, mire que no caiga” (1 Corintios 10:12).

### *El reino de Dios bajo Uzías*

**26** Entonces todo el pueblo de Judá tomó a Uzías, el cual tenía dieciséis años de edad, y lo pusieron por rey en lugar de Amasías, su padre. <sup>2</sup> Uzías reconstruyó a Elot y la restituyó a Judá después que el rey Amasías durmió con sus padres.

Una vez más, es hora de tomar un corto desvío para considerar el asunto de la cronología de los reyes hebreos, ya que estos dos versículos sugieren el tema. El lector cuidadoso de la Biblia encuentra algunas dificultades especiales para armonizar toda la información que la Biblia nos da sobre los reinos de Amasías y Uzías en Judá, particularmente cómo deben concordar con los reinados de Joás y Jeroboam II de Israel. Al lector cuya mirada se queda ausente por el aburrimiento ante la sola mención de los números se le puede perdonar si quiere pasar directamente a la siguiente sección.

Primero, por la sincronización de los reinados, en 2 Reyes 14,15, parece que debió existir considerable superposición entre

## Los reyes de Judá

- Amasías de Judá, 29 años: 796-767
- ¿Cautivo de Samaria 792-782?
- Correngencia con Uzías 792-767

- Uzías de Judá, 52 años: 792-740
- Correngencia con Amasías 792-767
- Comenzó a gobernar solo 767 (27º año de Jeroboam II)

800 a.C.

780 a.C.

760 a.C.

740 a.C.

- Joás de Israel, 16 años: 798-782

- Jeroboam II de Israel, 41 años: 793-753
- Correngencia con Joás 793-782
- Comenzó a gobernar solo 782 (15º año de Amasías)

## Los reyes de Israel

*Los gobiernos paralelos de los reyes*

el reino de Amasías y el de Uzías en Judá. Lo mismo es cierto respecto a los reinados de Joás y Jeroboam II. Como ya lo notamos en la discusión anterior sobre este tema (página 177), la mejor forma de entender algunos de los números que se nos presentan en 1 y 2 Reyes es pensar en términos de coregencias, es decir, una situación en la que un rey y su hijo gobernaron en conjunto durante un tiempo. La evidencia bíblica para esto aparece en la sección que ahora tratamos.

Se nos dice que “el pueblo de Judá tomó a Uzías . . . y lo pusieron por rey en lugar de Amasías, su padre” (versículo 1). La forma de expresarse sugiere que la transición de un rey al siguiente no fue muy fácil, y por consiguiente el pueblo mismo se vio obligado a tomar el asunto en sus manos. Ya pasamos antes por una frase similar, en circunstancias también agitadas (vea 2 Crónicas 22.1). Por la derrota de Judá frente a Israel, por la captura de Amasías y la devastación de las defensas de Jerusalén, había gran desasosiego y confusión en el reino del Sur. Para restaurar el orden y tal vez también porque habían perdido la confianza en Amasías, el pueblo exigió que inmediatamente Uzías, de dieciséis años de edad, se convirtiera en rey, al mismo tiempo que su padre.

Algunos hasta han sugerido que Amasías permaneció cautivo en Samaria hasta la muerte de Joás, tiempo en el cual el rey cautivo fue liberado. Entonces, de acuerdo con esta teoría, regresó a Jerusalén y gobernó junto con su hijo durante un tiempo antes de encontrar por fin la muerte a manos de los conspiradores. Esta idea se fundamenta parcialmente en la nota del cronista en el versículo 25 del capítulo 25: “Amasías . . . vivió aun quince años *después de la muerte de Joás*”. Aunque el escritor de Reyes con frecuencia expresa los acontecimientos mayores de *un* reino en términos de los años que el rey gobernó en el *otro* reino, esa no es la práctica normal del cronista. Como su atención está en el reino del Sur, pasa completamente por alto a los reyes de Israel, excepto cuando sus caminos se cruzan con la casa de David; Entonces 2 Crónicas 25:25 sería una excepción a la regla. Sin embargo, el comentario

poco común tendría perfecto sentido si la fortuna de Amasías estuvo ligada con la de Joás por muchos años.

Finalmente, el versículo 2 también contiene una frase que parece estar fuera de lugar. Se nos acaba de decir que el pueblo hizo a Uzías rey “en lugar de Amasías, su padre” y después leemos que Uzías reconstruyó a Elot “después que el rey Amasías durmió con sus padres”. Lo que al principio parece sólo una repetición llega a ser comprensible a la perfección si suponemos que Uzías gobernó junto con su padre y que únicamente reconstruyó Elot cuando ocupó solo el trono después de que su padre ya había muerto.

El esquema de la página anterior se presenta para ayudar a sintetizar los datos bíblicos y para que queden cuidadosamente en nuestra mente.

*Uzías recuerda su nombre (significa “el señor es mi fortaleza”) y llega a ser poderoso y próspero*

**<sup>3</sup> De dieciséis años era Uzías cuando comenzó a reinar, y cincuenta y dos años reinó en Jerusalén. El nombre de su madre era Jecolías, de Jerusalén.**

**<sup>4</sup> Él hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho Amasías, su padre. <sup>5</sup> Persistió en buscar a Dios en los días de Zacarías, el cual era entendido en visiones de Dios; y en estos días en que buscó a Jehová, él le prosperó.**

**<sup>6</sup> Salió y peleó contra los filisteos, derribó los muros de Gat, de Jabnia, y de Asdod; edificó ciudades en Asdod y en la tierra de los filisteos. <sup>7</sup> Dios le dio ayuda contra los filisteos, contra los árabes que habitaban en Gur-baal y contra los amonitas. <sup>8</sup> Dieron los amonitas presentes a Uzías y se divulgó su fama hasta la frontera de Egipto; porque se había hecho altamente poderoso.**

**<sup>9</sup> Edificó también Uzías torres en Jerusalén, junto a la puerta del ángulo, junto a la puerta del valle y junto a las**

esquinas; y las fortificó. <sup>10</sup> Asimismo edificó torres en el desierto y abrió muchas cisternas; porque tuvo muchos ganados, así en la Sefela como en las vegas, y viñas y labranzas, así en los montes como en los llanos fértiles; porque era amigo de la agricultura.

<sup>11</sup> Tuvo también Uzías un ejército de guerreros, los cuales salían a la guerra en divisiones, de acuerdo con la lista hecha bajo la dirección de Jeiel, el escriba, de Maasías, el gobernador, y de Hananías, uno de los jefes del rey. <sup>12</sup> El número total de los jefes de familia, valientes y esforzados, era de dos mil seiscientos. <sup>13</sup> Y bajo las órdenes de estos estaba el ejército de guerra, de trescientos siete mil quinientos guerreros poderosos y fuertes, para ayudar al rey contra los enemigos. <sup>14</sup> Uzías preparó para todo el ejército escudos, lanzas, yelmos, corazas, arcos y hondas para tirar piedras. <sup>15</sup> E hizo en Jerusalén máquinas inventadas por ingenieros, para que estuvieran en las torres y en los baluartes, para arrojar flechas y grandes piedras. Y su fama se extendió lejos, porque fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso.

Se podría considerar la era del rey Uzías en Judá y del rey Jeroboam II en Israel como una edad de plata de la monarquía. Ciertamente, la totalidad de la Tierra Prometida ya no estaba bajo el dominio de un solo gobernador que fuera descendiente del gran rey David; sin embargo, por los esfuerzos de Uzías y Jeroboam II, las fronteras de Judá e Israel se restauraron hasta ser casi iguales que cuando Salomón las controlaba. La imagen de prosperidad material y de bienestar físico que vemos aquí parece estar completamente de acuerdo con las evidencias arqueológicas que han sido desenterradas. Excavaciones en el sur y en el sureste de Judá parecen indicar que el asentamiento hebreo alcanzó su máxima extensión durante este mismo tiempo. Inclusive en un lugar se descubrió un sello que tenía el nombre de Uzías.

Un breve vistazo a la presentación que hace el cronista del lado positivo del reino de Uzías nos lleva a concluir que el rey debió haber sido un prototipo del hombre renacentista. Se nos dice acerca de sus éxitos terrenales, que disfrutó de victorias militares (versículos 6,7), que desarrolló proyectos de construcción (versículos 2,9,10) y trabajó extensamente en la agricultura (versículo 10). Su interés en estos asuntos de ningún modo se limitó a lo superficial; bajo su administración, el ejército estuvo bien organizado y bien equipado (versículos 11-14); mantuvo sus defensas al día, mediante la adquisición de los últimos equipos militares (versículo 15); sus proyectos de construcción pasaron por toda la gama desde la edificación de ciudades (versículo 6) hasta la reconstrucción de las destrozadas fortificaciones de Jerusalén (versículo 9). En su tiempo libre, construyó torres de defensa en el desierto y abrió cisternas para su ganado (versículo 10). En cuanto a su actividad agrícola, era tan aficionado a ella que se ganó un título “amigo de la agricultura” (versículo 10).

La sección sumamente detallada sobre lo militar, con sus interminables listas, da aproximadamente la misma impresión verbal que el efecto visual que debieron tener los fieles del partido comunista cuando veían los antiguos desfiles del Primero de Mayo en la Plaza Roja de Moscú. Y al leer las secciones que describen los esfuerzos de Uzías en la agricultura, casi se puede escuchar en el fondo la sinfonía “Pastoral” de Beethoven. Con razón “su fama se extendió lejos” (versículo 15). Aun las naciones que una vez habían sido hostiles le dieron tributo (versículo 8).

El cronista tampoco nos deja ninguna duda sobre la causa del éxito de Uzías: el versículo 15 dice de acuerdo con la traducción de la Reina Valera: “Fue ayudado maravillosamente, hasta hacerse poderoso”. Ésta es una traducción algo diluida de la expresión en hebreo: “fue ayudado *maravillosamente*” (Reina Valera 1995) o aun “ayudado *milagrosamente*”. En caso de que tengamos alguna duda sobre precisamente *quién* vino en su ayuda, sólo tenemos que echar un vistazo a estas afirmaciones: “Jehová, él le prosperó” (versículo 5) y “Dios le dio ayuda” (versículo 7). En otras palabras,

cualesquiera que hubieran sido los dones o talentos que Uzías pudo haber tenido, todos vinieron del Padre de las luces (Santiago 1:17). Él no fue un hombre que se había hecho a sí mismo; Dios le había dado su prosperidad.

Y el Señor le dio esta prosperidad porque Uzías había sido fiel en buscarlo. El cronista menciona el nombre del maestro que instruyó a Uzías (versículo 5). No tenemos ningún otro conocimiento de este Zacarías, pero es evidente que causó un gran impacto en el rey. Le enseñó al joven las verdades básicas acerca del Dios de Abraham, el Dios que libremente había hecho un pacto de pura gracia con el hombre de fe y con todos sus descendientes: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Génesis 22:18). Este mismo Dios había traído a Israel a él mismo en Sinaí, donde había esculpido en piedra los poderosos preceptos de la Ley. Después de eso había establecido a su pueblo escogido en una tierra espaciosa y buena y les había dado reposo de todos sus enemigos. Había vinculado sus promesas misericordiosas de un Salvador, a la casa de David y le había permitido a Salomón, el hijo de David, construir un templo glorioso, donde el Señor se complacía en encontrarse con los suyos. Allí les respondía sus oraciones y les perdonaba sus pecados. Mediante la cuidadosa instrucción de Zacarías en la ley y el evangelio, Dios encendió la chispa de la fe en el corazón del joven rey y la convirtió en llamas de tal forma que “persistió en buscar a Dios” (versículo 5).

La técnica que aplica el cronista de aprovechar el nombre de Uzías en toda esta sección refuerza el mensaje. En realidad, a este rey lo conocemos con dos nombres: Uzías (“el Señor es mi fortaleza”) y Azarías (“el Señor es mi ayuda”), el nombre preferido por el escritor de 2 Reyes. El cronista aprovecha ambos nombres, utilizando palabras como *ayuda* y *fortaleza* al menos siete veces (versículos 7,8,9,13,15 [dos veces],16). El hombre es como se le llama: mientras Uzías/Azarías recordó su nombre, su verdadera identidad en el Señor prosperó. De manera semejante, todos los que siguen recordando con fe el nombre que tienen por virtud de su bautismo también prosperarán. En el bautismo tomamos nuestra

fortaleza y consuelo del poder de Cristo, de su gracia y de su gloria. Como la fortaleza de Cristo es perfecta, tenemos una confianza inmutable en él, sabiendo que prosperaremos eternamente.

Toda esta sección se enfoca tan positivamente que estamos casi desprevenidos para lo que viene a continuación. Las únicas pistas que el cronista da de que algo puede andar mal están grabadas en los versículos 4 y 5: “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, *conforme a todas las cosas que había hecho Amasías, su padre*. Persistió en buscar a Dios *en los días de Zacarías, . . . y en estos días en que buscó a Jehová*, él le prosperó.” Esta primera oración hace que nos preguntemos. ¡Hizo lo correcto: ¿lo mismo que Amasías?! Cuando se considera cómo terminó Amasías, no estamos muy seguros de lo que quiere decir el cronista. En el siguiente versículo, las referencias de tiempo parecen implicar, sin decirlo exactamente con tantas palabras, que podía llegar el día en el que Uzías *ya no* buscaría al Señor, y en el que por esta misma razón *ya no* disfrutaría del éxito.

El cronista despeja rápidamente cualquier sospecha que estas pocas palabras puedan haber despertado en nuestra mente con el gran deleite que tiene al describir tantas cosas que Uzías pudo lograr con la ayuda de Dios. Las alabanzas que le hace a Uzías parecen como un río desbordado; es como si el cronista nos estuviera preparando para un gran golpe. Y lo está haciendo. Cuando llega el cambio, es abrupto, es veloz, es terrible. Las Escrituras dicen: “Antes del quebranto está la soberbia, y antes de la caída, la altivez de espíritu” (Proverbios 16:18). El cronista ha contado la historia de tal forma que refleja lo que sucedió con Uzías. Y con la espantosa caída de Uzías, el cronista nos alertar del peligro del orgullo en nosotros mismos *antes* de que nos lance por un abismo.

*Se olvida quién es y el orgullo lo lleva a su destrucción*

**<sup>16</sup> Pero cuando se hizo fuerte, su corazón se enaltecó para su ruina; porque se rebeló contra Jehová, su Dios, entrando en el templo de Jehová para quemar incienso sobre el altar del incienso. <sup>17</sup> Y entró tras él el sacerdote Azarías, y con él ochenta sacerdotes de Jehová, hombres valientes, <sup>18</sup> que se opusieron al rey Uzías y le dijeron: «No te corresponde a ti, rey Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo. Sal del santuario, porque has pecado, y tú no tienes derecho a la gloria que viene de Jehová Dios».**

**<sup>19</sup> Entonces Uzías, que tenía en la mano un incensario para ofrecer incienso, se llenó de ira contra los sacerdotes. En ese momento le brotó lepra en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso. <sup>20</sup> Cuando el sumo sacerdote Azarías y todos los sacerdotes lo miraron, se dieron cuenta de que tenía lepra en su frente. Entonces lo hicieron salir apresuradamente de aquel lugar; y él también se dio prisa en salir, porque Jehová lo había herido.**

**<sup>21</sup> Así el rey Uzías quedó leproso hasta el día de su muerte, y habitó leproso en una casa apartada, por lo cual fue excluido de la casa de Jehová; y Jotam, su hijo, se hizo cargo de la casa real, gobernando al pueblo de la tierra.**

**<sup>22</sup> Los demás hechos de Uzías, los primeros y los últimos, fueron escritos por el profeta Isaías hijo de Amoz. <sup>23</sup> Durmió Uzías con sus padres y lo sepultaron con sus padres en el campo de los sepulcros reales; porque dijeron: «Leproso es.» Y reinó su hijo Jotam en su lugar.**

El orgullo es un pecado terrible porque es un síntoma de la disposición mental normal desde la caída de Adán. Nacemos egocéntricos; como lo diría Lutero, el hombre se “centra en su

propia persona”. Y aunque hemos recibido el nuevo nacimiento en Cristo por medio del bautismo, todavía tenemos que luchar contra este enemigo interno mientras vivamos. El orgullo es una poderosa fuerza destructiva en todas las relaciones; nos puede conducir ciegamente a hacer valer nuestros derechos sobre nuestro prójimo, como sucedió con Amasías. No contento con lo que era, Amasías tenía que ser mejor que Joás. Sin embargo, aun mas grave es la forma en que orgullo destruye nuestra relación con Dios, como lo vemos en el caso de Uzías.

Ya hemos notado lo favorecido que era Uzías. Su mente inquieta y emprendedora lo llevó a dominar muchas facetas de la vida. ¡Lastima que eso también lo llevó a tratar de dominar su relación con Dios! No contento con ir al Templo y encontrarse con Dios allí de la forma establecida, Uzías quiso establecer las cosas a su manera, su propia adoración. Sin duda se vio a sí mismo como uno de los súper piadosos; por esto: “Vean cómo yo, el rey, voy más allá de cualquiera de mis predecesores en mi devoción al Señor. Voy ante su presencia y quemó incienso en su Casa.” Pero cualquiera que sea la justificación que Uzías le haya dado a su acción, el cronista califica ese acto correctamente como “infiel”, una acción contraria a la clara palabra de Dios (versículo 16). Azarías y su grupo de sacerdotes valientes siguieron al rey hasta el santuario para enfrentar a su gobernador rebelde: “No te corresponde a ti, rey Uzías, el quemar incienso a Jehová, sino a los sacerdotes hijos de Aarón, que son consagrados para quemarlo. Sal del santuario, porque has pecado, y tú no tienes derecho a la gloria que viene de Jehová Dios” (versículo 18).

El rey respondió con ira, ira contra quienes habían cuestionado sus intenciones y su derecho a hacer lo que consideraba adecuado. La respuesta de Dios fue el castigo. “Uzías . . . se llenó de ira contra los sacerdotes. En ese momento le brotó lepra en la frente, delante de los sacerdotes en la casa de Jehová, junto al altar del incienso” (versículo 19). ¡Qué impacto debió haber tenido esto, tanto para el rey como para los sacerdotes! En medio del rugido de Uzías, en su frente donde todos las podían

ver, las manchas blancas de una enfermedad de la piel comenzaron a relucir en la luz tenue. Sabemos por los evangelios y por los libros del Antiguo Testamento como Levítico, que la lepra hacía convertía a la persona en inmunda. Al leproso se le excluía de la sociedad hasta que el sacerdote de Dios lo declaraba nuevamente limpio. Tampoco era apto para adorar junto con el pueblo de Dios (versículo 21). ¡Allí en el lugar santo estaba un leproso inmundo! Dios le había asestado un golpe a Uzías dándole una enfermedad física que estuviera de acuerdo con su condición espiritual.

Azarías y los otros sacerdotes de inmediato sacaron al rey del Templo a empujones. Al verse humillado y atemorizado, Uzías obedeció mansamente. Reconoció su lepra como un castigo del Señor (versículo 20). De inmediato se estableció una corregencia con su hijo Jotam, mientras que Uzías salió del palacio para pasar sus días como un leproso “en una casa apartada” (versículo 21). La última frase dice literalmente “en una casa de libertad”, de seguro un eufemismo. El rey estaba libre, libre de todas las tareas de la vida diaria que una vez habían ocupado su activa mente, libre de todo contacto humano normal, libre de unirse al pueblo de Dios para gozar de su presencia misericordiosa. ¡Qué horrible libertad era ésta! Y ése es el futuro inevitable para todos los que por decisión propia se quieren liberar del gobierno misericordioso de Dios. Cuando se entregan a sí mismos, acaban en una prisión que ellos mismos se imponen en aislamiento “espléndido”: si no en esta vida, entonces con seguridad en la que viene.

Si hay alguna luz en este texto en cuanto a Uzías, se encuentra en el versículo final: “Durmió Uzías con sus padres y lo sepultaron con sus padres en el campo de los sepulcros reales; porque dijeron: ‘Leproso es.’” La separación física del pueblo de Dios no terminó con la muerte, ya que se consideraba que un leproso no era digno de ocupar las mismas tumbas que los otros hijos de David. En cambio fue enterrado en un cementerio real que quedaba cerca. Pero notamos de nuevo las primeras palabras: “Durmió Uzías con sus padres”. ¿Es esta simplemente una forma más agradable para decir que murió? No puede significar que fue enterrado con sus

antecesores reales, porque las siguientes palabras aclaran que no fue así. En el espíritu de ese amor que “todo lo cree” preferimos interpretar las palabras con el significado de que Uzías durmió con los padres Abraham, Isaac y Jacob. Durmió con David en el descanso celestial que le espera al pueblo de Dios después de que las aflicciones de esta vida triste llegan a su fin. Preferimos ver aquí de nuevo el destello incomparable de la gracia de Dios, que utilizó la aflicción de la lepra para hacer que el rey volviera a él, a una fe arrepentida que confió nuevamente en la ayuda de Dios y en la fortaleza de Dios.

Los cristianos también pueden obtener algún beneficio al observar el contraste entre un rey como Uzías y nuestro misericordioso Rey Jesús. Uzías llegó muy alto, y cuando alcanzó las alturas no se contentó con lo que Dios había hecho de él; quería aun más. Por lo tanto, Dios lo humilló, aislándolo del contacto humano, separándolo de la adoración del Templo, retirándolo del ejercicio del poder que una vez había disfrutado. Sin embargo, nuestro Señor Jesucristo era Dios mismo encarnado; aunque era el Dios encarnado, no se consideraba ser igual a Dios como un premio del que debía jactarse. En cambio, se humilló, dejando de lado el ejercicio constante de su poder divino, permitiendo que lo vieran como un pecador grande y terrible, y hasta permitió que lo cortaran del pueblo de Dios mediante una muerte despiadada. Él había estado en las alturas, y por causa de nosotros voluntariamente se hundió a sí mismo en las profundidades. Él por causa nuestra quiso sanar nuestro orgullo con el poder de su amor propiciatorio.

### *El reino de Dios bajo Jotam*

*Comienza bien, ¡y se aferra a eso!*

**27** Veinticinco años tenía Jotam cuando comenzó a reinar, y dieciséis años reinó en Jerusalén. El nombre de su madre era Jerusa, hija de Sadoc. <sup>2</sup> E hizo lo

**recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho Uzías, su padre, salvo que no entró en el santuario de Jehová. Pero el pueblo continuaba corrompiéndose.**

**<sup>3</sup> Fue él quien edificó la puerta mayor de la casa de Jehová, y también muchas otras edificaciones sobre el muro Ofel.**

**<sup>4</sup> Además edificó ciudades en las montañas de Judá, y construyó fortalezas y torres en los bosques. <sup>5</sup> También tuvo él guerra con el rey de los hijos de Amón, a los cuales venció; y le dieron los hijos de Amón en aquel año cien talentos de plata, diez mil coros de trigo y diez mil de cebada. Lo mismo le dieron el segundo y el tercer año. <sup>6</sup> Así que Jotam se hizo fuerte, porque preparó sus caminos delante de Jehová, su Dios.**

**<sup>7</sup> Los demás hechos de Jotam, todas sus guerras y sus caminos, están escritos en el libro de los reyes de Israel y de Judá. <sup>8</sup> Cuando comenzó a reinar tenía veinticinco años, y dieciséis años reinó en Jerusalén. <sup>9</sup> Durmió Jotam con sus padres, y lo sepultaron en la Ciudad de David. Reinó en su lugar su hijo Acaz.**

Tal vez por ahora ya nos hemos acostumbrando a leer sobre reyes que comenzaron bien y en el temor del Señor. Como resultado, disfrutaron de las bendiciones de Dios por un tiempo; pero entonces el orgullo o algún otro pecado salió ganando, y sus reinados llegaron a un final desastroso. Finalmente, con el rey Jotam tenemos una interrupción en el modelo que ha llegado a ser trágico en su regularidad. Aquí, por fin, hay un rey que hace lo recto: ¡y se aferra a eso hasta el fin!

Vemos algunos paralelos cercanos entre el reinado de Jotam y el de Uzías, en efecto tan cercanos que parece que el cronista quiere que veamos el gobierno de Jotam como una comparación y un contraste con el de Uzías. Establece su tema principal en el versículo 2: “E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho Uzías, su padre, salvo que no entró

en el santuario de Jehová.” Aquí tenemos a un hijo que siguió el mismo camino piadoso que su padre, pero que evitó el desvío impío que su padre había tomado después.

Como su padre, se ocupó en actividades de construcción. El padre había comenzado la renovación de los muros de Jerusalén (26:9); el hijo continuó el proyecto (versículo 3). El padre construyó torres en el desierto (26:10); el hijo construyó torres en los bosques (versículo 4). El padre obtuvo victorias notables, los amonitas le pagaron tributos (26:6-8); el hijo también obtuvo una victoria en la guerra con los amonitas y recibió tributo de ellos (versículo 5). Al mismo tiempo notamos que falta la riqueza de detalle en el relato de Jotam que hemos observado en el informe que hace el cronista del reinado de Uzías. Jotam fue un rey bueno, pero no fue tan impresionante como Uzías. La gente no tenía tantos recuerdos de él.

También debemos notar de pasada, que la piedad de Jotam no produjo ninguna renovación religiosa mayor entre el pueblo. Ellos siguieron en los caminos auto destrucción (versículo 2). La prosperidad puede ser tóxica para la fe, como lo saben muy bien los norteamericanos, y con la prosperidad que el pueblo de Judá disfrutó bajo los reyes Uzías y Jotam, había desarrollado su propio sentido de suficiencia hasta el punto en que habían dejado de sentir una necesidad verdadera de Dios. Para tener una idea de la clase de corrupción que prevaleció en este tiempo, el lector solo necesita leer el primer capítulo de Isaías o el tercero de Miqueas. Estos dos profetas estuvieron en actividad durante el reinado de Jotam.

A pesar de lo corrupta que pudo haber sido la gente, por lo menos su pastor fue fiel y verdadero. Las palabras que señalan la diferencia principal entre Jotam y su padre no pudieron haberse dicho mejor: “Jotam se hizo fuerte, porque preparó sus caminos delante de Jehová, su Dios” (versículo 6). El poder de Jotam no lo condujo a su propia caída porque había luchado contra el orgullo que había arruinado a su padre (26:16); recordaba de donde provenía todo su poder y resolvió jactarse en el Señor. Su fe fue firme y constante.

Cuando reunimos toda la evidencia, vemos lo que el cronista trata de decirnos. La impresión general que nos da Jotam es la de un hijo que trabajó a la sombra de un padre más brillante. No tuvo a su favor victorias aplastantes. En realidad el tiempo más o menos corto de tres años del tributo amonita (versículo 5) parece indicar que su gobierno sobre ellos fue relativamente limitado. No podía afirmar que había reorganizado el ejército, ni su nombre iba a ser inscrito en los anales extranjeros, como lo había sido el de su padre. No todas las generaciones tienen que ser pioneras, y por supuesto desde el punto de vista de Dios, es suficiente ser fiel.

Solo el espíritu de orgullo y competencia que existe dentro de nosotros nos lleva a considerar que una vida así es aburrida. En ocasiones se escucha a la gente decir (tal vez de un pastor con dones que no son muy sobresalientes): “Oh, él es *solo* un tipo fiel”, como si eso no fuera un milagro en sí mismo, ni un gran don de la gracia de Dios. En opinión de algunas personas, Jotam bien pudo haber sido más bien una persona común y corriente. Por lo visto, su piedad no era del tipo que inspira a otros. Él “sencillamente” fue fiel con los dones que Dios le había dado, “solo” fiel porque le dio la gloria al Señor a lo largo de toda su vida. Es verdad que una fidelidad como ésta no es nada ordinaria; es uno de los más preciosos dones que Dios puede dar.

### ***El reino de Dios bajo Acaz, un promotor del mal***

Al continuar nuestro estudio de los reyes de Judá, nunca debemos olvidar que el cronista estaba predicando un sermón utilizando la historia como su texto. El gobierno de Dios sobre su pueblo en el pasado tenía una aplicación directa, en opinión del cronista, en el reino de Dios en el presente. Los pecados pasados que habían hecho caer tan bajo al pueblo de Dios todavía eran una amenaza para ellos. La gracia que los había conservado en el pasado todavía gobernaba sobre todo. La misericordia del Señor permanece para siempre.

Sabemos en particular que el pueblo que había regresado de Babilonia estaba luchando con cuestiones de identidad. En un mundo lleno de tantos “dioses” y “señores” ¿era en *verdad* el Dios de Abraham el único Dios? ¿Entre tantas tribus y lenguas y naciones, todavía podían ser el pueblo *escogido*? Si así era, ¿qué hacía de ellos el pueblo escogido? ¿Era el Templo todavía el *único* lugar donde Dios había puesto su nombre? ¿Vendría el Mesías todavía a redimirlos? Los registros de los dos reyes siguientes, Acaz y Ezequías, hablan directamente al tema de identidad. Ser un verdadero hijo de Abraham es más que un vínculo de sangre; ser un verdadero hijo de David es más que sentarse en un trono dorado en Jerusalén.

### *Él guía al pueblo a la idolatría*

**28** Veinte años tenía Acaz cuando comenzó a reinar, y dieciséis años reinó en Jerusalén: pero no hizo lo recto ante los ojos de Jehová, a diferencia de su padre David. <sup>2</sup> Antes anduvo en los caminos de los reyes de Israel, y además hizo imágenes fundidas a los baales. <sup>3</sup> Quemó también incienso en el valle de los hijos de Hinom, e hizo pasar a sus hijos por fuego, conforme a las abominaciones de las naciones que Jehová había arrojado de la presencia de los hijos de Israel. <sup>4</sup> Asimismo sacrificó y quemó incienso en los lugares altos, en los collados y debajo de todo árbol frondoso.

Acaz se mantiene en un grupo selecto, el de los competidores por el premio de “lo peor de lo peor”, cuando se trata de los reyes de Judá. Mientras que su nieto Manasés pudo haberlo sobrepasado en su devoción por los aspectos más deshonorosos de la adoración idólatra, Manasés por lo menos se arrepintió al final de su vida. En cuanto a Acaz, no vemos el más mínimo rayo de luz que alivie la oscuridad; sus pecados fueron tan grandes que al final Judá no se pudo reponer de ellos. Como un promotor del mal entre su pueblo (28:19), le había causado una herida tal que el profeta

Jeremías después diría que era “incurable” (Jeremías 30:12). A pesar de los esfuerzos de sucesores como Ezequías y Josías, las prácticas idólatras promovidas bajo Acáz resultarían en la ruina final de Judá.

“Pero no hizo lo recto ante los ojos de Jehová, a diferencia de su padre David” (versículo 1). Acáz no se podía jactar piadosamente como su antepasado Abías lo había hecho una vez ante Jeroboam y los israelitas, diciendo: “Jehová es nuestro Dios y no le hemos dejado” (13:10). En cambio, era culpable de todas las mismas cosas que hacía mucho tiempo Abías les había reprobado a sus hermanos del norte. Hizo imágenes de fundición tal como Jeroboam lo había hecho (versículo 2; compare con 13:8). Entregó su alma al servicio de dioses que no eran dioses (versículos 3,4,23-25; compare con 13:9). Practicó y fomentó la adoración idólatra en los lugares altos (versículo 4; compare con 1 Reyes 13:33,34). Lo peor de todo, al igual que Jeroboam, Acáz le impidió a su pueblo encontrar a Dios en el Templo, el único lugar donde se podía encontrar al verdadero Dios (28:24,25; compare con 1 Reyes 12:26-30).

Todo lo que había hecho que el pueblo de Dios en el Sur fuera diferente: el Templo, el sacerdocio, el trono, Acáz lo profanó y lo corrompió. Era el heredero físico de David, y sin embargo era el pariente espiritual de Jeroboam, ya que se comportaba mucho más como un rey de Israel que como un rey de Judá (versículo 2; vea también 28:19 donde se le menciona de manera indiscutible como “rey de Israel”). En realidad, catalogarlo como si se pareciera a los reyes de Israel sería casi elogiarlo. En sus impulsos paganos era más como “las naciones que Jehová había arrojado de la presencia de los hijos de Israel” (versículo 3). En resumen, durante el reino de Acáz Judá se hizo culpable no solo de todos los pecados por lo que los profetas habían llamado a Israel al arrepentimiento, sino de muchos más.

El cronista menciona en particular que Acáz “hizo pasar a sus hijos por fuego” en el valle de los hijos de Hinom. Esta práctica horrible, estrictamente prohibida por la Ley (Deuteronomio

18:10), por lo visto era una forma especial de apaciguar al dios amonita Moloc (Jeremías 32:35). El valle donde esto tuvo lugar, situado cerca de Jerusalén, después le dio su nombre (muy apropiadamente) al lugar de tormento final. *Geh* (“valle de”) *Hinnom* fue acortado en el tiempo de Jesús simplemente a *gehenna*, uno de los nombres bíblicos para infierno. La abominación de sacrificar a los propios hijos resurgiría después en el reinado de Manasés y, triste es decirlo, persistiría en Judá hasta los días de la reforma de Josías (2 Reyes 23:10).

### *Dios lo entrega a Siria y a Israel*

**<sup>5</sup> Por lo cual Jehová, su Dios, lo entregó en manos del rey de los sirios, los cuales lo derrotaron, y le tomaron gran número de prisioneros que llevaron a Damasco. Fue también entregado en manos del rey de Israel, el cual le causó una gran mortandad. <sup>6</sup> Y Peka hijo de Remalías mató en Judá en un día a ciento veinte mil hombres valientes, por cuanto habían abandonado a Jehová, el Dios de sus padres. <sup>7</sup> Asimismo Zicri, hombre poderoso de Efraín, mató a Maasías, hijo del rey, a Azricam, su mayordomo, y a Elcana, segundo después del rey. <sup>8</sup> También los hijos de Israel tomaron cautivos de sus hermanos a doscientos mil, entre mujeres, muchachos y muchachas, además de haber tomado de ellos mucho botín que llevaron a Samaria.**

Es evidente que en el profeta Isaías y en el libro de Reyes Peka y Rezín, rey de Siria que se mencionan en el versículo 5, habían formado una coalición en contra de Asiria, en la que quisieron que Acaz participara. Si no quería, Peka y Rezín lo reemplazarían con un rey que sí quisiera. Por los años 730 a.C., el poder del Imperio Asirio se estaba haciendo sentir en la región, a tal extremo que Siria e Israel, que una vez habían sido enemigos acérrimos, estaban convencidos de que era mejor que cooperaran mutuamente. Cualquiera que no estuviera de acuerdo se consideraba hostil (vea

2 Reyes 16:5,6; Isaías 7:1-6). El escritor de Reyes nota que los dos gobernantes fracasaron en su objetivo final de que Judá formara parte de su alianza, aunque sí lograron darle un golpe muy severo.

El cronista no está tan interesado en la política militar de la región como en tomar nota cuidadosa de los juicios de Dios. En las campañas de los reyes de Israel y de Siria contra Judá, ve el castigo de Dios sobre un rey que lo ha abandonado, “por lo cual Jehová, su Dios, lo entregó” (versículo 5). El rey y su pueblo sufrieron pérdidas espantosas. Los sirios no sólo tomaron prisioneros a muchos de los de Judá, sino que el rey Peka mató en un día a 120,000 de sus soldados; entre ellos estaban el hijo del rey Acaz, su mayordomo real, y quien le seguía en el mando (versículos 5-7). Todo esto fue el castigo justo para de Judá porque el pueblo “[había] abandonado a Jehová, el Dios de sus padres” (versículo 6). A los de Judá que se habían negado obstinadamente a honrarlo como su Dios, el Señor les dijo: “ustedes no son mi pueblo”.

El cronista también menciona una gran cantidad de botín y de cautivos que el ejército de Israel se llevó de Judá. Esos cautivos ocupan el centro de la escena en la siguiente historia.

***Los hombres de Israel actúan con más justicia que los de Judá***

**<sup>9</sup> Había entonces allí un profeta de Jehová que se llamaba Obed, el cual salió delante del ejército cuando entraba en Samaria y les dijo:**

**—Jehová, el Dios de vuestros padres, por el enojo contra Judá, los ha entregado en vuestras manos; y vosotros los habéis matado con tal ira que ha llegado hasta el cielo. <sup>10</sup> Y ahora habéis determinado sujetar a vosotros a Judá y a Jerusalén como siervos y siervas; pero ¿no habéis pecado vosotros contra Jehová, vuestro Dios? <sup>11</sup> Oídme, pues, ahora, y devolved a los cautivos que habéis tomado de vuestros hermanos; porque Jehová está airado contra vosotros.**

**<sup>12</sup> Entonces se levantaron algunos hombres de los principales de los hijos de Efraín, Azarías hijo de Johanán, Berequías hijo de Mesilemot, Ezequías hijo de Salum, y Amasa hijo de Hadlai, contra los que venían de la guerra.**

**<sup>13</sup> Y les dijeron:**

**—No traigáis aquí a los cautivos, porque el pecado contra Jehová estará sobre nosotros. Vosotros tratáis de añadir sobre nuestros pecados y sobre nuestras culpas, siendo muy grande nuestro delito, y el ardor de la ira contra Israel.**

**<sup>14</sup> Entonces el ejército dejó los cautivos y el botín delante de los príncipes y de toda la multitud. <sup>15</sup> Y se levantaron los hombres nombrados, tomaron a los cautivos, y del botín vistieron a los que de ellos estaban desnudos; los vistieron, los calzaron, les dieron de comer y de beber, los ungieron y condujeron en asnos a todos los débiles, y los llevaron hasta Jericó, ciudad de las palmeras, cerca de sus hermanos; y ellos volvieron a Samaria.**

En ese tiempo el reino del Norte estaba por desaparecer, hablando espiritualmente. Todos los profetas estaban de acuerdo en que el pueblo estaba listo para el juicio. En el año 721 a.C., menos de 15 años después de los acontecimientos que se registran aquí, Samaria caería bajo la arremetida del poder asirio. Sin embargo, no debemos interpretar las declaraciones de los profetas ni los juicios de Dios contra ellos para decir que cada uno de los israelitas estaba más allá de la restauración espiritual. Es evidente que este no era el caso, como esta extraordinaria historia lo muestra y como la Pascua de Ezequías lo demostrará después (30:11). Todavía había en Israel algunos que responderían al llamado del profeta al arrepentimiento.

Un hombre salió valientemente para hacerle frente a una hueste victoriosa censurándole sus pecados. Ese hombre era Obed, el profeta de Dios. Para Obed, aquí el asunto era esta pregunta: ¿Quién es mi hermano y cómo debo tratarlo? Era necesario tener un gran valor espiritual para ponerse delante de un ejército y

decirles que la única razón por la que habían ganado no se debía a sus proezas en la batalla sino más bien debido a que “Jehová, el Dios de vuestros padres, por el enojo contra Judá, los ha entregado en vuestras manos” (versículo 9). El Dios del pacto no pasaría por alto a los que eran tan perversos como para matar a sus propios hermanos “con tal ira que ha llegado hasta el cielo” (versículo 9). Además de eso, los israelitas tenían pensado agregar pecado sobre pecado esclavizando a los hombres y mujeres de Judá que habían capturado.

La pregunta que Obed luego planteó (versículo 10) tuvo mucho del contenido de la que el ladrón arrepentido en la cruz le hizo a su hermano impenitente cuando le dijo: “¿Ni siquiera temes tú a Dios, viendo que estás bajo la misma sentencia de condenación?” (Lucas 23:40). Obed dice: “¿No pueden ver la verdad al estar alardeando aquí por su victoria, mientras que los gemidos y llantos de sus hermanos y hermanas cautivos están resonando en sus oídos? ¿No saben que ustedes son tan culpables de pecados contra el Señor como cualquiera de los que ustedes mataron? ¿No temen a la ira de Dios?” Si existía alguna posibilidad de que reconocieran su condición pecadora, si había alguna esperanza de que la misericordia de Dios por los pecadores encendiera una chispa de amor en su corazón, entonces sólo les queda una cosa por hacer: debían demostrar que conocían al Señor. Como él es el Dios misericordioso y fiel, ellos debían demostrar que le pertenecían a él, al “[devolver] los cautivos que [habían] tomado de [sus] hermanos” (versículo 11).

En ese momento clave, algunos de los jefes de Israel dieron un paso adelante. Al quedar impresionados con las palabras del profeta y horrorizados por lo que vieron, se pusieron en frente de su propio ejército y dijeron: “No traigáis aquí a los cautivos, porque el pecado contra Jehová estará sobre nosotros” (versículo 13). Claramente, estos hombres habían escuchado las advertencias del profeta, no sólo las de Obed, sino también las de todos los profetas a que Dios le había enviado a Israel. Reconocieron que eran una nación a la que Dios le iba a poner la plomada y que ya

estaba madura para el juicio, como el profeta Amós lo había dicho (Amós 7,8). “Vosotros tratáis de añadir sobre nuestros pecados y sobre nuestras culpas, siendo muy grande nuestro delito, y el ardor de la ira contra Israel” (versículo 13).

Notable y milagrosamente, “el ejército dejó los cautivos y el botín delante de los príncipes y de toda la multitud” (versículo 14). Aun más notable es el amor que presenciamos a continuación, el amor por los hermanos a quienes la guerra los había convertido en enemigos. En hebreo se describe como una serie de verbos: “Los hombres de Israel vistieron a los cautivos, pusieron sandalias en sus pies, los alimentaron, les dieron a beber agua y ungieron sus heridas con aceite; entonces pusieron sobre sus burros a todos los que no podían estar de pie y los llevaron hasta Jericó cerca a donde vivían sus hermanos.”

Nuestro Señor cuenta en Lucas 10 la parábola del buen samaritano; esa historia memorable tiene sus raíces en este relato histórico. Ambos relatos responden a la pregunta del maestro de la Ley: “¿Y quién es mi prójimo?” (Lucas 10:29). También los dos responden la pregunta ¿Quién pertenece verdaderamente a Israel? El título “sacerdote” o “levita” no hacen que alguien sea apto para que lo cuenten entre los fieles. Si la falta de compasión por un hermano necesitado lo hacía pasar de largo, con eso mostraba que no tenía sentido la misericordia de Dios en su corazón. Y si un samaritano, alguien que por nacimiento no tenía el derecho de ser contado entre el pueblo de Dios, venía y demostraba su fe, entonces le demostraba hasta al observador con más prejuicios que desde luego era un verdadero israelita. Nadie teme a Dios verdaderamente ni trata a su prójimo con justicia excepto quienes saben que su inmensa deuda de pecado ha sido perdonada misericordiosamente.

De modo parecido, estos hombres de Israel precisamente en el momento en que Judá llevaba una vida impía bajo un rey también impío, demostraron ser quienes verdaderamente temían a Dios y que eran los auténticos descendientes del creyente Abraham. El cronista le dice a su pueblo que para ser un hijo de

Dios se requiere más que sólo tener el nombre de “hijo de Abraham” pintado en la roca de un corazón impenitente. Para ser un hijo de David se requiere algo más que simplemente sentarse en el trono de oro como lo hizo Acaz, no es suficiente sólo venerarlo de dientes para afuera en su Templo, como lo hizo el pueblo de Judá, para tener compañerismo con el Dios verdadero. La gracia de Dios es tal que aunque él se dispone a pronunciar juicio sobre muchos, siempre habrá algunos a quienes él conserva como suyos. Entre la multitud de los que no le pertenecen siempre habrá algunos que son llamados “su pueblo”, que son llamados a la fe.

*Acaz busca ayuda que no es ayuda*

**<sup>16</sup> En aquel tiempo envió el rey Acaz a pedir ayuda a los reyes de Asiria. <sup>17</sup> Porque también los edomitas habían venido y atacado a los de Judá, y habían llevado cautivos. <sup>18</sup> Asimismo los filisteos se habían extendido por las ciudades de la Sefela y del Neguev de Judá, y habían tomado Betsemes, Ajalón, Gederot, Soco, Timna y Gimzo, con sus respectivas aldeas; y habitaban en ellas. <sup>19</sup> Porque Jehová había humillado a Judá por causa de Acaz, rey de Israel, por cuanto éste había actuado con desenfreno en Judá y había pecado gravemente contra Jehová. <sup>20</sup> También vino contra él Tiglat-pileser, rey de los asirios, quien lo sitió en vez de ayudarlo. <sup>21</sup> Aunque Acaz despojó la casa de Jehová, la casa real y las casas de los príncipes, y lo dio todo al rey de los asirios, éste no lo ayudó.**

El rey Acaz ahora se encontraba atacado por todos los lados. Al norte estaba la amenaza de Israel; desde el noreste el rey Rezín de Siria había puesto al rey de Judá en su mira. Como percibían que era una oportunidad de oro, los edomitas al sur se deshicieron del yugo davídico bajo el cual habían trabajado esporádicamente durante tantos años (versículo 17; vea también 2 Reyes 16:6).

Hasta los filisteos pudieron ocupar territorio entre las ciudades de Judá en las estribaciones occidentales (versículo 18). El impío rey Acaz había perdido todo lo que el buen rey David había ganado en otro tiempo. Por causa de su infidelidad, Acaz perdió ese gran reposo que Dios una vez le había dado a su pueblo mediante su fiel antepasado (vea 1 Crónicas 17). Desde ahora hasta que fueran llevados al exilio, los enemigos importantes y poderosos acosarían constantemente al pueblo de Dios.

Aquí, Acaz cometió el disparate político y espiritual más grande de su vida: “Envío el rey Acaz a pedir ayuda a los reyes de Asiria” (versículo 16). Esto mostró una inteligencia como la de una gallina que invitó al lobo al gallinero porque estaba cansada de que las otras gallinas la fastidiaran. Sin embargo, mucho más allá de ser una jugada política torpe, fue un acto de absoluta infidelidad (versículo 19). El Señor había comisionado específicamente al profeta Isaías para que consolara al asediado rey. “Dile [a Acaz]: ‘Cuidate y ten calma; no temas ni se turbe tu corazón a causa de estos dos cabos de tizón que humean, por el ardor de la ira de Rezín y de Siria, y del hijo de Remalías. La cabeza de Efraín es Samaria y la cabeza de Samaria, el hijo de Remalías. Si vosotros no creéis, de cierto no permaneceréis.’...‘Pide para ti una señal de parte de Jehová tu Dios, demandándola ya sea de abajo en lo profundo o de arriba en lo alto’” (Isaías 7:4,9,11).

Acaz, escondiendo su falta de confianza bajo una falsa máscara de piedad, respondió: “No pediré ni tentaré a Jehová” (Isaías 7:12). Sus hermanos en Israel escucharon los mensajes severos de duro juicio y respondieron con arrepentimiento y fe (28:12-15). En contraste, Acaz escuchó el mensaje que estaba lleno de consuelo y no obstante respondió con una incredulidad manifiesta. Dios lo había invitado a pedir una señal para confirmar la misericordiosa promesa de ayuda. Y cuando Acaz se negó, frente a su incredulidad Dios puso la señal más grande de todas: la señal de Emanuel que nacería de una virgen (Isaías 7:14).

Nunca antes un rey había recibido tanto y había hecho tan poco con ello. Acaz prefirió la ayuda de un tirano asirio depravado a la ayuda del Dios misericordioso. Obtuvo lo que había pedido. “Vino contra él Tiglat-pileser, rey de los asirios, quien lo sitió en vez de ayudarlo” (versículo 20). La única manera en que Acaz podía obtener aunque fuera un alivio temporal del depredador asirio fue comprándolo con cualquier tesoro que quedara en las varias tesorerías de Jerusalén (versículo 21). Qué otra cosa se puede decir de un rey como éste, excepto que “había pecado gravemente contra Jehová” (versículo 19).

***Todos sus problemas lo llevan a hacer un mal mayor en vez de arrepentirse***

**<sup>22</sup> Además el rey Acaz, en el tiempo que aquél lo apuraba, añadió mayor pecado contra Jehová; <sup>23</sup> porque ofreció sacrificios a los dioses de Damasco que lo habían derrotado, y dijo: «Puesto que los dioses de los reyes de Siria les ayudan, yo también ofreceré sacrificios a ellos para que me ayuden». Pero estos fueron la causa de su ruina y la de todo Israel. <sup>24</sup> Además de eso recogió Acaz los utensilios de la casa de Dios, los quebró, cerró las puertas de la casa de Jehová y se hizo altares en todos los rincones de Jerusalén. <sup>25</sup> Hizo también lugares altos en todas las ciudades de Judá, para quemar incienso a los dioses ajenos, provocando así a ira a Jehová, el Dios de sus padres.**

**<sup>26</sup> Sus demás hechos y todos sus caminos, los primeros y los últimos, están escritos en el libro de los reyes de Judá y de Israel. <sup>27</sup> Durmió Acaz con sus padres y lo sepultaron en la ciudad de Jerusalén, pero no lo metieron en los sepulcros de los reyes de Israel. Reinó en su lugar su hijo Ezequías.**

En unos apuros tan horribles, se podría pensar que el rey Acaz hubiera vuelto a su sano juicio. Como dice el refrán:

“Cuando se está acostado de espaldas, solo se puede mirar hacia arriba”. No fue así con el rey Acaz. El único efecto que tienen los problemas en algunas personas es que los endurecen aun más en su incredulidad. Leemos una perfecta descripción de la mente pagana en funcionamiento: “Ofreció sacrificios a los dioses de Damasco que lo habían derrotado, y dijo: ‘Puesto que los dioses de los reyes de Siria les ayudan, yo también ofreceré sacrificios a ellos para que me ayuden’” (versículo 23).

Parece improbable que estos versículos se refieran al mismo incidente que se relata en 2 Reyes 16:10-14. Allí se nos dice que al rey Acaz lo llamaron a Damasco para que se reuniera con su soberano, Tiglat-pileser. Mientras estaba en esa ciudad, un altar magnífico cautivó su corazón incrédulo; le envió planos del altar a Uzías el sacerdote, para que se erigiera uno igual en el templo del Señor. El único punto similar entre las dos historias es la mención de Damasco. Aquí, en 2 Crónicas, parece que tenemos un relato de algo que ocurrió inmediatamente después de que Siria había derrotado a Acaz. En vez de una copia de un altar pagano que se usaría en la adoración al Señor, vemos que Acaz adora abiertamente a los dioses de Damasco. La lógica de Acaz se parece a la que nos imaginamos que Amasías usó para justificar su adoración a los dioses que capturó en Edom (vea el comentario a 25:14).

Puede ser útil hacer aquí una pausa por un momento para considerar de nuevo el punto de vista pagano como la vemos ilustrado en Acaz, especialmente cuando también detectamos que los Estados Unidos están cada vez más bajo su influencia. La disposición mental pagana tiene como fundamento la tolerancia, la comprensión y la complacencia con todo punto de vista excepto las pretensiones absolutas de la única fe verdadera. Se siente perfectamente libre de establecer toda clase de altares diferentes en todas las esquinas de las calles y en todas las ciudades (versículos 24,25; vea también 28:4). Al principio hasta puede tolerar a la verdadera religión junto con la falsa, así como Acaz lo hizo al principio con la adoración en el Templo. Pero eso no es

más que hacer apuestas compensatorias, y tarde o temprano llega el momento en que las exigencias del Señor acerca de una adoración exclusiva se hacen demasiado pesadas para soportarlas. Entonces las puertas del templo se tienen que cerrar y los utensilios del templo se sacan (versículo 24).

La disposición mental pagana, profundamente calculadora, quiere ver de inmediato el beneficio que obtiene por su inversión en la adoración; si parece que los dioses de Siria “ayudan”, entonces desea adorar a los dioses de Siria (versículo 23). Si fracasan, probará con otros. Es impaciente con los llamados a caminar en la fe (Isaías 7:9) y con las señales misteriosas que invitan a los creyentes a depositar su esperanza en cosas que no se ven (Isaías 7:14). No quiere saber nada de la gloria de la cruz, porque la gloria de la cruz no se puede ver. Sobre todo la mente pagana debe ver, oír y sentir que el dios al que adora le da la ayuda solicitada.

Como resultado, la mente pagana se vuelve aun más inquieta y se ve forzada a encontrar su seguridad metiéndose en miles de callejones sin salida. En el transcurso de esta búsqueda, es capaz de hacer tremendos sacrificios y de realizar grandes actos de abnegación. Hasta es capaz de sacrificar a sus propios hijos por la causa (28:3). Pero no encuentra reposo en su inquieto extravío y tampoco halla seguridad en ninguna de sus obras de justicia. No conoce ni siquiera la milésima parte de la gran alegría y de la certeza que todo creyente tiene en la victoria perfecta que Cristo ha ganado sobre todos sus enemigos. Cualesquiera que sean las verdades que la disposición mental pagana logra descubrir por sí misma, una vez se sintetizaron claramente en el estribillo que era uno de los favoritos de Lutero:

Yo vivo. Cuánto tiempo, no lo sé;  
Debo morir, pero no sé cuándo me iré;  
Paso, pero no sé a dónde.  
Mi alegría me sorprende.\*

---

\* *Luther's Works*, American Edition, Vol 24, p, 44.

Este es un capítulo en el que pesan las nubes tormentosas de la ira de Dios, que llenan de oscuridad a su pueblo, y hay apenas unos rayos de sol para aliviar la oscuridad. “Por lo cual Jehová, su Dios, lo entregó. . . . Jehová había humillado a Judá. . . . [Acáz provocó] así a ira a Jehová, el Dios de sus padres” (versículos 5,19,25). Aunque el cronista no lo describió, por supuesto los lectores no desconocían el hecho de que durante el reinado de Acáz Israel, el reino del Norte, dejó de existir como un reino. En este momento, puede ser un proyecto provechoso leer otra vez 2 Reyes 17, que da un excelente repaso de la caída del reino del Norte.

En este capítulo hemos visto que hasta los jefes de Israel reconocieron que merecían el castigo de Dios: “nuestras culpas, siendo muy grande nuestro delito, y el ardor de la ira contra Israel” (versículo 13). Dios había sido como un esposo con su pueblo; lo amó, lo conservó, le advirtió y lo castigó. Pero no querían escuchar. Persistieron en su propio camino y en seguir a otros dioses.

August Pieper, uno de los más grandes teólogos del Sínodo de Wisconsin, una vez escribió sobre la ira de Dios que vio descender sobre su propia nación. Al comentar sobre la proclamación que hace Pablo de la ira de Dios en Romanos 1 y 2, dijo: “El juicio de Dios será mucho más terrible que el que cayó sobre el antiguo mundo pagano, ya que el mundo hoy no sólo ha resistido el testimonio de la *creación* y de la *conciencia*, sino además, el *testimonio del Espíritu de Dios en el Evangelio de Cristo*” \*

Los Estados Unidos han tenido el privilegio de oír la proclamación de la gracia de Dios libremente durante varios centenares de años. Ahora parecen estar cayendo en un paganismo nunca soñado en el año 1926 cuando Pieper escribió esas palabras.

---

\* August Pieper, “The Judgment of God on the ungodly”. Un ensayo leído en la reunión del Western Wisconsin District de la Ev. Lutheran Joint Synod of Wisconsin and other States, celebrada en Beaver Dam, Wisconsin, del 15 al 22 de junio de 1926. De la reciente actualización del pastor Thomas Jeske de la propia traducción de Pieper. Cursiva en el original.

Nosotros también debemos confesar que “nuestras culpas ya son demasiado grandes”. Que Dios nos ayude a todos a reconocer las señales de los tiempos, y que él nos siga dando el don de un corazón penitente. También para nosotros es de suma importancia que recordemos los otros puntos que el cronista enfatiza en este capítulo. Si en Israel había algunos que iban a responder a la palabra de Dios hasta la última hora, podemos tener la confianza de que también habrá algunos que escucharán y creerán en nuestros días grises y finales. Y por eso seguiremos predicando la Palabra, tal como el cronista, ya sea que parezca a tiempo o fuera de tiempo.

### ***El reino de Dios bajo Ezequías: reforma y renovación***

Después de una tormenta fuerte y violenta, hay momentos en los que el sol atraviesa las nubes nuevamente con tal resplandor que nos quita la respiración. ¿Cómo podemos explicar en puros términos humanos la súbita aparición de un rey como Ezequías? Como el sol, él irrumpió a través de las nubes de iniquidad e hizo brillar la luz de Dios. En la historia de Ezequías, vemos otra vez con mucha claridad que la gracia de Dios es un don que supera toda medida, algo contrario a cualquier expectativa o merecimiento humano.

En el capítulo anterior, el cronista demostró cómo Dios había puesto tanto a Israel como a Judá bajo ira, para que pudiera tener misericordia de ambos. Vemos ya en acción señales de esa misericordia en el arrepentimiento que les otorgó a algunos israelitas aun a última hora, cuando estaban listos para el juicio. De modo parecido, bajo Acáz, Judá había quebrantado el pacto y había perdido todo el derecho de ser llamado pueblo de Dios. ¿Cómo se podría atrever a esperar misericordia? Por supuesto no por algún cálculo humano de mérito ni de culpa. Sin embargo, los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos; por gracia, él escogió a Israel para que fuera suya, y el resultado histórico es que surge un rey como Ezequías.

## ***El primer paso: se limpia el Templo***

*Ezequías recluta a los levitas y a los sacerdotes para el servicio del Señor*

**29** Comenzó a reinar Ezequías a los veinticinco años de edad, y reinó veintinueve años en Jerusalén. El nombre de su madre era Abías, hija de Zacarías. <sup>2</sup> E hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David, su padre.

<sup>3</sup> En el primer año de su reinado, en el mes primero, abrió las puertas de la casa de Jehová y las reparó. <sup>4</sup> Hizo venir a los sacerdotes y levitas, los reunió en la plaza oriental <sup>5</sup> y les dijo: «¡Oídme, levitas! Santificaos ahora, y santificad la casa de Jehová, el Dios de vuestros padres; sacad del santuario la impureza. <sup>6</sup> Porque nuestros padres se han rebelado y han hecho lo malo ante los ojos de Jehová, nuestro Dios; porque le dejaron, apartaron sus rostros del tabernáculo de Jehová y le volvieron las espaldas. <sup>7</sup> Y aun cerraron las puertas del pórtico, apagaron las lámparas y no quemaron incienso ni sacrificaron holocausto en el santuario al Dios de Israel. <sup>8</sup> Por tanto, la ira de Jehová ha venido sobre Judá y Jerusalén, y los ha entregado a turbación, espanto y burla, como veis vosotros con vuestros ojos. <sup>9</sup> Por eso nuestros padres han caído a espada, y nuestros hijos, nuestras hijas y nuestras mujeres fueron llevados cautivos. <sup>10</sup> Ahora, pues, yo he determinado hacer pacto con Jehová, el Dios de Israel, para que aparte de nosotros el ardor de su ira. <sup>11</sup> Hijos míos, no os engañéis ahora, porque Jehová os ha escogido a vosotros para que estéis delante de él y le sirváis, seáis sus ministros y le queméis incienso.»

Antes de que hablemos plenamente del reinado de Ezequías, debemos considerar con brevedad la cronología enigmática de este rey, ya que nos es difícil precisar el año exacto cuando se hizo rey.

La dificultad principal que tenemos es armonizar 2 Crónicas 29:1 con 2 Reyes 18:1,9,10. En pocas palabras, estos capítulos de Crónicas parecen hablar de un reino de Ezequías que comenzó bastante *después* de la caída de Samaria ante los asirios en el año 721 a.C. Sin embargo, 2 Reyes 18 fija el *comienzo* del reinado de Ezequías con Oseas, el último rey de Israel, y pone la caída de Samaria en el año sexto del gobierno de Ezequías. En otras palabras, Ezequías ya estaba en el trono mucho *antes* del fin del reino del Norte. Hasta ahora nadie ha presentado ninguna explicación completamente satisfactoria para esta dificultad.

Si consideramos que 2 Reyes reconoce el reinado de Ezequías desde el tiempo en que gobernó junto con Acaz, su padre, se alivia en algo la presión. Entonces podemos suponer que el cronista habla del primer año de Ezequías (29:1) con referencia a su *primer año como único gobernante*, y las grandes reformas que inició Ezequías podrían tener como fecha el año 716 a.C. Supondremos esta fecha en la interpretación que sigue, aunque estamos muy conscientes de que quedan algunas dificultades. La mejor solución en todas las circunstancias como éstas es hablar de lo que sabemos y dejarle lo que no sabemos a Dios, cuya Palabra es verdad.

Para quien está familiarizado con 1 y 2 Crónicas, especialmente con las descripciones de David y Salomón, es fácil ver que el cronista cuenta la historia de Ezequías de tal modo que destaca las semejanzas entre Ezequías y sus importantes antepasados. “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová, conforme a todas las cosas que había hecho David, su padre” (versículo 2). Es difícil no darse cuenta del punto de vista del cronista. Ezequías llevó a su pueblo al Señor en arrepentimiento y en una renovación total del pacto que incluyó a todo Israel (vea 29:24; 30:14). Iba a comenzar en el Templo, ya que la casa de Dios había sido contaminada y profanada bajo Acaz. Con esa obra, Ezequías demostró que era un verdadero hijo de David: el que planeó el Templo, y de Salomón: el que construyó el Templo.

Como Salomón, Ezequías desde el principio mostró interés por la casa del Señor. Sus esfuerzos de restauración comenzaron “en

el primer año de su reinado, en el mes primero” (versículo 3; compare con los capítulos 1 y 2). Como es natural, se dirigió primero a las puertas del Templo, que su padre había cerrado. Al volver a abrirlas estaba declarando sus intenciones. A continuación reunió a los ministros llamados del Señor, los sacerdotes y los levitas. Estaba determinado a encausarlos en las filas de los fieles del Señor y a reclutarlos nuevamente para el servicio de los preciosos medios de gracia de Dios del Antiguo Testamento.

Al dirigirse a ellos, notamos que Ezequías vio su oficio como algo más de acuerdo con la persuasión evangélica que como un mandato imperioso. Comenzó volviendo a contarles en detalle los pecados que el rey anterior cometió. De esa forma mostró cuánto necesitaba el pueblo de Dios una renovación. “Nuestros padres se han rebelado. . . apartaron sus rostros del tabernáculo de Jehová y le volvieron las espaldas” (versículo 6). El rey dijo que todo el problema de ellos era espiritual; tenía sus raíces en que el pueblo de Dios se apartó irracionalmente de vivir en la presencia del Señor y de buscar al Señor en su morada terrenal. Mostraron su desprecio por la gracia de Dios, prefiriendo la oscuridad a la luz. Entonces, no era sorprendente que el corazón que se aburría de la gracia hiciera surgir hechos que merecían la muerte. Aquí nos damos cuenta de que cuando el rey cerró las puertas del Templo, también le puso fin a la adoración normal. No se habían encendido las lámparas, no se había quemado incienso, no se habían ofrecido sacrificios.

El rey siguió diciendo que, como consecuencia, la ira del Señor cayó sobre su pueblo, y que experimentaron el castigo justo de quienes quebrantan el pacto. “[Dios] . . . los ha entregado a turbación, espanto y burla” (versículo 8; vea también Deuteronomio 28:25,37; Jeremías 24:9; 29:18; 34:17). La ira de Dios tampoco era algo hipotético, una amenaza sólo de palabras y no de hechos. El pueblo mismo había sufrido su ira; había visto, con sus propios ojos, la muerte y el cautiverio que la guerra causó (versículo 9).

“Ahora, pues, yo he determinado hacer pacto con Jehová el Dios de Israel, para que aparte de nosotros el ardor de su ira” (versículo 10). Podemos preguntar ¿Sobre qué base? Ellos por supuesto habían quebrantado el pacto de Sinaí, el pacto de la Ley. Allí no se podía escapar de la ira de Dios. Como pueblo, no podían mostrar ningún hecho excelente ni ningún amor fervoroso que los pudiera recomendar ante el Todopoderoso. No le podían pedir a Dios lo que merecían, porque sólo merecían su ira y su castigo.

Sin embargo, *se podían* consolar con el pacto de gracia que el Señor había hecho con Abraham; ellos *podían* encontrar reposo en las misericordias seguras de David (vea 1 Crónicas 17; 2 Crónicas 6:42; Isaías 55:3). Ese fue el pacto que, a fin de cuentas, hizo al Señor, “el Dios de Israel” (versículo 7). Ese pacto se fundamentó puramente en la decisión misericordiosa de Dios y en su promesa de enviar al mundo un Salvador por medio del linaje real de David. Y Dios puso esa gracia en el Templo; ahí puso su nombre y prometió que lo podían encontrar. Aquí recordamos, como Ezequías debió haber recordado, las palabras con las que una vez Salomón oró en la dedicación del Templo: “Cuando tu pueblo Israel . . . por haber pecado contra ti . . . se convierte, y confiesa tu nombre, si ruega delante de ti en esta Casa, tú oirás desde los cielos, perdonarás el pecado de tu pueblo Israel” (6:24,25). El Señor no desprecia al corazón contrito y humillado. Sobre esa base, Ezequías podía estar absolutamente seguro de que Dios apartaría el ardor de su ira (versículo 10).

Una vez Lutero comentó que Dios no prorrumpe en ira para “perpetuar el miedo de los que reconocen su pecado y están atemorizados”. \* En la vida de los creyentes puede haber ocasiones en las que son culpables de un gran pecado; en ese caso no se encuentra esperanza cuando se corre de aquí para allá, ni podemos satisfacer a Dios tratando de portarnos muy bien. Nadie encontrará consuelo de ese modo porque ninguna de nuestras obras jamás será lo suficientemente buena para expiar aunque sea un solo pecado.

---

\* *Luther's Works*, American Edition, Vol. 24, p. 61.

Lo mejor que podemos decir de lo bueno que hacemos es: “hemos hecho lo que debíamos hacer” (vea Lucas 17:10). No hemos borrado la culpa por el mal que hemos cometido.

Sin embargo, cuando recordamos la gracia de nuestro bautismo, encontramos un verdadero refugio; encontramos el lugar donde todos los pecados han sido lavados para siempre. En el bautismo, Dios hizo un pacto con nosotros que es tan invariable y seguro como el que hizo con Abraham o David. Y no es extraño que nos sintamos igualmente seguros: es el mismo pacto basado en la sangre de Cristo. Cuando volvemos a nuestro bautismo en arrepentimiento y fe, podemos estar seguros de que Dios no nos tratará con ira.

Profundamente consciente de la gracia de Dios para todos, Ezequías se dirige a los levitas reunidos como “hijos míos” (versículo 11). Enseguida les recordó el llamamiento especial que habían recibido como trabajadores de tiempo completo, a quienes el Señor había llamado. Es verdad que sacerdotes como Uzías habían deshonorado la casa de Leví al llegar a un acuerdo con el mal (vea el comentario anterior en 28:22-27). Sin embargo, los dones de Dios y su llamado son irrevocables (Romanos 11:29). Ellos todavía eran los servidores del Señor, escogidos “para que estéis delante de él y le sirváis, seáis sus ministros y le queméis incienso” (versículo 11).

Es aquí donde todos los ministros de Cristo deben encontrar la certeza de quienes son en realidad. Han sido llamados a servir al Señor por medio de su iglesia. Si hacen que su sentido de identidad venga del éxito que logran, se dirigen alegremente hacia la trampa del demonio; él los inflará con orgullo, o los atormentará con el sentimiento de sus propias deficiencias culpables. Asimismo, aquí todo el pueblo de Dios debe encontrar la seguridad de que su pastor, su profesor o profesora es el hombre o la mujer de Dios escogido para ellos. No vamos a considerar la vida corrupta de los muchos que nos rodean y afirman que son siervos de Dios, pero en realidad no lo son. Tampoco debemos sucumbir ante la ironía del cínico que se encoge de hombros y dice: “¿Quién

nos puede mostrar algo bueno?” Esto no es un asunto que se deba juzgar por la pureza de la vida de nuestro maestro (aunque tenemos todo el derecho de esperar que sea correcto en su comportamiento); tampoco se decide por la calidad electrizante de la predicación de nuestro pastor (aunque tenemos todo el derecho de esperar que sea fiel). Cuando nos preguntamos si nuestros pastores o maestros son verdaderamente siervos del Señor, debemos llegar a la conclusión sólo basándonos en la Palabra de Dios como lo hace aquí Ezequías ¿Los han llamado como debe ser? ¡Entonces él los ha por escogido realmente!

### *Se purifica el Templo*

**<sup>12</sup> Entonces se levantaron los levitas, Mahat hijo de Amasai y Joel hijo de Azarías, de los hijos de Coat; de los hijos de Merari, Cis hijo de Abdi y Azarías hijo de Jehalelel; de los hijos de Gersón, Joa hijo de Zima y Edén hijo de Joa; <sup>13</sup> de los hijos de Elizafán, Simri y Jeiel; de los hijos de Asaf, Zacarías y Matanías; <sup>14</sup> de los hijos de Hemán, Jehiel y Simeí; y de los hijos de Jedutún, Semaías y Uziel. <sup>15</sup> Estos reunieron a sus hermanos, se santificaron y entraron, conforme al mandamiento del rey y las palabras de Jehová, para limpiar la casa de Jehová.**

**<sup>16</sup> Después entraron los sacerdotes dentro de la casa de Jehová para limpiarla. Sacaron toda la impureza que hallaron en el templo de Jehová al atrio de la casa de Jehová; y de allí los levitas la llevaron fuera al torrente Cedrón. <sup>17</sup> Comenzaron a santificarse el día primero del mes primero, y a los ocho del mismo mes vinieron al pórtico de Jehová; y santificaron la casa de Jehová en ocho días, y en el día dieciséis del mes primero terminaron. <sup>18</sup> Entonces fueron ante el rey Ezequías y le dijeron: «Ya hemos limpiado toda la casa de Jehová, el altar del holocausto y todos sus instrumentos, y la mesa de la proposición con todos sus utensilios. <sup>19</sup> Asimismo hemos preparado y santificado todos**

**los utensilios que en su infidelidad había desechado el rey Acaz, cuando reinaba; y ahora están delante del altar de Jehová.»**

En los versículos 12 a 14 tenemos otra de esas listas de nombres por las que el cronista tiene justificada fama. Y, como ha sido nuestra práctica usual, comprenderemos su significado viendo las razones que el cronista tuvo para ponerla allí. No son difíciles de descubrir. Los tres clanes principales que descendieron de Leví (Coat, Merari y Gersón) están representados, así como también los descendientes del gran líder coatita Elizafán (versículo 13; vea también Números 3:30). La lista nos dice que los grandes clanes de los cantores davídicos, los descendientes de Asaf, Hemán y Jedutún, se presentaron para desempeñar el trabajo (versículos 13,14). Todos estaban allí. Se completaba el número de los levitas.

Esta idea de totalidad y de plenitud se refuerza de otras maneras. Cuando contamos los clanes y subclanes representados, nos damos cuenta de que son siete en total. Eso podría ser pura coincidencia, si no hubiéramos observado que el número siete se repite en otros lugares. Lo vemos en el número de ofrendas que se hacen en el culto de rededicación: siete novillos, siete carneros, siete corderos y siete machos cabríos (29:21). Posiblemente aquí se puede incluir el número de días que tomó completar la obra. Son siete más uno para el atrio y siete más uno para el santuario (versículo 17). Puesto que en el uso del Antiguo Testamento el número siete por común se consideraba como el número de lo completo, podemos estar muy seguros de que el cronista dice: “El santuario quedó completamente limpio. Hasta se hizo una expiación completa por el pecado”. Aun más enfática es la repetición de la palabra “todo” en el versículo 24. Después de la apostasía de Acaz, y después de la destrucción del reino del Norte, Ezequías estaba rededicando no sólo a algunos sino mejor dicho a “todo Israel” como posesión del Señor.

Finalmente, una lista de nombres como ésta le da a todo el relato un tono formal y un estilo oficial, como cuando se pasa lista

al comienzo de una reunión. Hablaremos de la razón de ello en un momento. Sin embargo, antes de hacerlo, queremos notar que el cronista da estos toques formales de otras maneras. Por ejemplo, nos da otras listas (29:18,21,25,32,35). Se explaya en las diversas características del ritual del Templo con amorosa repetición (vea 29:22 para el ejemplo más obvio). En realidad, aquí podríamos decir que toda forma de escribir del cronista es un tipo de ritual.

A nosotros, esto nos puede parecer una lectura aburrida, pero para un hijo del Antiguo Pacto de ninguna manera fue una repetición vana. El cronista estaba familiarizado con los diversos ritos y ceremonias de la adoración en el Templo, y sabía que todos habían sido instituidos por Dios, con la promesa de Dios vinculada a ellos. Por lo tanto, la calidad formal del estilo del escritor les asegura a estos hijos de Dios que Ezequías había hecho todo tal como se debía hacer, y que todo estaba en perfecta armonía con la Palabra de Dios. Los lectores del cronista habían escuchado con horror todos los detalles de las depredaciones de Acáz. Ahora esos detalles verbalmente se estaban limpiando, en cierto sentido, mediante la enumeración de las distintas fases de la limpieza del Templo y de la renovación del pacto.

Los levitas se pusieron a hacer su trabajo y lo terminaron rápidamente. Primero se consagraron ellos mismos; después se dispusieron a consagrar todo el recinto del Templo. Los sacerdotes hicieron el trabajo propio de los sacerdotes y los levitas lo que era propio de los levitas. A un levita que no era sacerdote no se le permitía entrar en el santuario mismo, pero podía recibir de las manos del sacerdote toda cosa corrupta que había estado en el santuario, con el fin de sacarla de la ciudad para deshacerse apropiadamente de ella en el torrente de Cedrón (versículo 16). Ellos recuperaron los utensilios sagrados de los lugares de profanación, por descuido y mal uso y los pusieron junto al altar para su consagración final en la ceremonia de sangre (versículo 19 junto con 29:22, que se puede traducir más literalmente como “los sacerdotes tomaron la sangre y la rociaron hacia el altar”). Al final, purificaron y volvieron a consagrar todo lo necesario para

adorar apropiadamente al verdadero Dios.

De nuevo, la atención a los detalles del ritual puede parecer bastante extraña para quienes vivimos en el ambiente informal de “todo se acepta” en el siglo en que vivimos. Desde luego, como somos libres en Cristo, sabemos que no estamos obligados a espacios sagrados libres de corrupción o a días sagrados ni a rituales ordenados por Dios. Pero estemos en alerta para no convertir nuestra libertad en libertinaje, y para no seguir en esta vida como si nada fuera sagrado. En realidad, precisamente lo opuesto es verdad. Sabemos que en Cristo todo aspecto de nuestra vida entera está ahora en la esfera de lo santo. El nombre de Dios se nos puso en el bautismo; nuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo (1 Corintios 6:19). Toda nuestra vida se ha convertido en sacrificio vivo de alabanza por la misericordia del Salvador (Romanos 12:1). La Palabra de Dios y la oración consagran todo lo que hacemos en ella, y todo lo que usamos es puro. Esto se debe a que Cristo nos ha purificado (1 Timoteo 4:4,5; Tito 1:15).

### *El culto de rededicación*

**<sup>20</sup> El rey Ezequías se levantó de mañana, reunió los principales de la ciudad y subió a la casa de Jehová. <sup>21</sup> Y presentaron siete novillos, siete carneros, siete corderos y siete machos cabríos para expiación por el reino, por el santuario y por Judá. Y dijo a los sacerdotes hijos de Aarón que los ofrecieran sobre el altar de Jehová. <sup>22</sup> Mataron, pues, los novillos, y los sacerdotes recibieron la sangre y la esparcieron sobre el altar; mataron luego los carneros, y esparcieron la sangre sobre el altar; asimismo mataron los corderos y esparcieron la sangre sobre el altar.**

**<sup>23</sup> Después hicieron llevar delante del rey y de la multitud los machos cabríos para la expiación, y pusieron sobre ellos sus manos; <sup>24</sup> los sacerdotes los mataron e hicieron ofrenda de expiación con la sangre de ellos sobre el altar, para**

**reconciliar a todo Israel; porque por todo Israel mandó el rey hacer el holocausto y la expiación.**

**<sup>25</sup> Puso también levitas en la casa de Jehová con címbalos, salterios y arpas, conforme al mandamiento de David, de Gad, vidente del rey, y del profeta Natán, porque aquel mandamiento procedía de Jehová por medio de sus profetas.**

**<sup>26</sup> Y los levitas estaban con los instrumentos de David, y los sacerdotes con trompetas. <sup>27</sup> Entonces mandó Ezequías sacrificar el holocausto en el altar; y cuando comenzó el holocausto, comenzó también el cántico de Jehová, con las trompetas y los instrumentos de David, rey de Israel. <sup>28</sup> Toda la multitud adoraba, los cantores cantaban y los trompeteros tocaban las trompetas; todo esto duró hasta consumirse el holocausto. <sup>29</sup> Cuando esto terminó, se inclinó el rey y todos los que con él estaban, y adoraron. <sup>30</sup> Entonces el rey Ezequías y los príncipes dijeron a los levitas que alabaran a Jehová con las palabras de David y de Asaf, el vidente; y ellos alabaron con gran alegría, se inclinaron y adoraron.**

**<sup>31</sup> Luego Ezequías dijo: «Vosotros os habéis consagrado ahora a Jehová; acercaos, pues, y presentad sacrificios y alabanzas en la casa de Jehová.» Y la multitud presentó sacrificios y alabanzas; y todos los generosos de corazón trajeron holocaustos. <sup>32</sup> El número de los holocaustos que trajo la congregación fue de setenta bueyes, cien carneros y doscientos corderos, todo para el holocausto de Jehová. <sup>33</sup> Y las ofrendas fueron seiscientos bueyes y tres mil ovejas.**

**<sup>34</sup> Pero como los sacerdotes eran pocos y no bastaban para desollar los holocaustos, sus hermanos los levitas les ayudaron, hasta que acabaron la obra, y hasta que los demás sacerdotes se santificaron, pues los levitas estaban más dispuestos a santificarse que los sacerdotes. <sup>35</sup> Así, pues, hubo abundancia de holocaustos, con la grasa de las ofrendas de paz y libaciones para cada holocausto.**

**De este modo se restableció el servicio de la casa de Jehová.  
36 Y se alegró Ezequías con todo el pueblo de que Dios  
hubiera preparado al pueblo; porque la cosa fue hecha  
rápidamente.**

Una vez Ezequías recibió el informe que le llevaron los levitas de que el trabajo se había terminado, a la mañana siguiente se levantó temprano para ir al Templo que había sido consagrado de nuevo y para ofrecer sacrificios. La ofrenda de expiación era tradicional en los cultos de dedicación y de ordenación (vea Éxodo 29). En ese contexto expresaba el hecho de que todo sacerdote era un pecador que necesitaba que se le quitara su propio pecado antes de ser apto para el servicio de Dios. El uso de la ofrenda por el pecado con objetos como el altar era un recordatorio para Israel de que todo don de Dios también había sido corrompido por el pecado y su maldición. Sencillamente no había nada que el pecado no hubiera contaminado. Antes de que cualquier objeto se pudiera usar en la adoración al Dios santo, era necesario quitar la contaminación del pecado.

El pecado destruye la relación entre Dios y el hombre de modo muy fundamental; hace que exista un profundo abismo entre nosotros y la Fuente de la Vida. Se debe expiar, o como se dice en hebreo: “cubrir”. Se debe derramar sangre. La paga del pecado es la muerte, por lo tanto se debe ofrecer una vida para quitarlo. Ezequías ofreció la sangre de toros y machos cabríos por medio de sacerdotes que eran pecadores. Entonces, cuánto más “nos convenía” Jesús, como lo dice el escritor a los hebreos (Hebreos 7:26). “No tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdotes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo, porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (Hebreos 7:27).

En el tiempo de Ezequías, había otra necesidad mucho más apremiante de una ofrenda por el pecado que la de uso general en los tiempos de dedicación. Durante el reinado de Acaz, el pueblo se había contaminado mediante la adoración a los ídolos, mientras

que el rey Acáz no sólo había profanado el Templo sino también el trono de David con sus acciones corruptas. Por lo tanto, Ezequías presentó una ofrenda para la expiación por el pecado “por el reino, por el santuario y por Judá” (versículo 21). Notamos que el principio de sustitución (vida por vida) lo refuerzan el rey y el pueblo poniendo sus manos sobre los machos cabríos para la expiación (versículo 23). Ningún cristiano que escuche esto puede olvidar que el Señor cargó sobre su propio Hijo “el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6) o la manera como la sangre de Jesús “nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Antes de que pueda haber cualquier renovación en nuestra vida, se tiene que tratar con el pecado. Y Dios sí trató con él ofreciendo a Jesús en nuestro lugar.

Además de las ofrendas por el pecado, en ese día el rey mandó hacer holocaustos “por todo Israel” (versículo 24). En una fiesta de rededicación, es muy natural que ese tipo de sacrificio siga después de la expiación, ya que este sacrificio expresaba el deseo y el compromiso de los creyentes de ofrecer toda su vida al servicio del Dios que por su misericordia perdona los pecados.

Ezequías demostró que era un verdadero hijo de David mediante las ceremonias relacionadas con los holocaustos. “El rey Ezequías y los príncipes dijeron a los levitas que alabaran a Jehová con las palabras de David y de Asaf, el vidente” (versículo 30). Recordamos que el gobierno de David organizó originalmente los grupos de cantores levitas. Él había escrito muchos de los salmos para ellos y les había provisto muchos de sus instrumentos (1 Crónicas 6:31-47; 2 Crónicas 29:27). Difícilmente se podría exagerar el profundo amor que el rey David tenía por la música sagrada. Aquí en su segundo libro, el cronista ya ha mencionado varias veces de manera especialmente el ministerio de los músicos levitas; destacó la prominencia de ellos el día que Salomón dedicó el Templo por primera vez (7:6); también narró que ellos se unieron a la alegre celebración el día que un hijo de David fue restablecido la trono (23:13).

En esta ocasión, en el capítulo 29, hay dos asuntos que son especialmente dignos de notar. Observamos la íntima conexión de la música con el ritual del sacrificio. El cronista dice con mucha insistencia que los cantores y que los trompetistas tocaron desde el momento en que comenzó el holocausto hasta el momento cuando terminó. ¡Qué escena tan impresionante debe haber sido! Nos podemos imaginar fácilmente al grupo de Asaf cantando uno de los salmos que su gran antepasado había escrito, repasando los actos poderosos de salvación de Dios en favor de un pueblo obstinado e infiel:

[Aunque] sus corazones no eran rectos con él  
[y no] se permanecieron firmes en su pacto.  
Pero él, misericordioso,  
perdonaba la maldad. (Salmo 78:37,38)

En segundo lugar, vale la pena notar que el cronista dice en tono enfático que a los cantores levitas se les asignó su lugar de acuerdo con las palabras y los mandatos de Dios. Ezequías los había ubicado en los lugares “conforme al mandamiento de David, de Gad, vidente del rey, y del profeta Natán, porque aquel mandamiento procedía de Jehová por medio de sus profetas” (versículo 25). El cronista no podía haber sido más claro al afirmar que eso era más que un simple arreglo humano, más que algo hecho con ideas mundanas de belleza y orden. La verdadera belleza en la adoración se muestra cuando el pueblo cumple los mandatos de Dios. Todo ese culto tenía sobre sí el sello de aprobación de Dios. Se puede ver hasta en la forma como estaban dispuestos los levitas.

Para el pueblo de su propia época, las palabras del cronista deberían haber tenido aplicación directa a su propia identidad como verdaderos adoradores del único verdadero Dios. Como el pueblo del tiempo del cronista podía observar que los cultos en la casa de Dios se realizaban en líneas semejantes, ellos también podían estar seguros de que estaban ofreciendo una adoración auténtica. Dios mismo la había ordenado.

Ninguna de nuestras formas de adoración se puede decir que es inspirada directamente por Dios. Por ejemplo, no podemos decir: “Este rito nos llegó por las manos de Lutero, el profeta de Dios”. Sin embargo, podemos decir que a Dios no le agrada la adoración que obedece más bien a los gustos del religioso que a los principios que Dios estableció. Y podemos decir que todos los creyentes deben tener la seguridad en su corazón de que están adorando a Dios de acuerdo con su mandato y según su Palabra. Cuando vamos a un culto de adoración, hay señales definitivas que debemos buscar para estar seguros de que estamos adorando en la asamblea del pueblo de Dios.

Dios se complace en venir a nosotros en la locura de la predicación; en esa predicación debe predominar sobre todo Cristo crucificado. Los sacramentos no son menos importantes. Jesús les ofreció milagrosamente a sus discípulos su cuerpo y su sangre y después les dijo: “haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:19). Él nos dijo que quería que hiciéramos discípulos a los demás, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Donde veamos que estas cosas se llevan a cabo, podemos estar absolutamente seguros que Dios está allí en el servicio divino de nuestras más profundas necesidades. Por otro lado, en una reunión donde la Palabra de vida está ausente, no existe ninguna iglesia. La música puede ser maravillosa, la arquitectura puede inspirar reverencia, las palabras del orador pueden ser de interés general y fascinantes, y podemos estar muy entretenidos, pero no estamos adorando.

Con frecuencia no es tan obvia la elección. Digamos que hemos encontrado una reunión en la que se predica la Palabra pero los sacramentos se tratan como algo menos esencial. ¿Podemos llamarla adoración? ¡Desde luego! Sabemos que la palabra de Dios no vuelve a él vacía. No obstante, los luteranos siempre hemos confesado que la iglesia no solo se crea mediante la Palabra sino también nace a su nueva vida por el lavamiento del Santo Bautismo y se sostiene constantemente en su peregrinaje por la

Cena del Señor. Mientras haya personas que consideren que cada una de las palabras de Dios es igual de preciosa, habrá quienes vean los sacramentos como esenciales para la vida de la iglesia. Y si el cronista se pudo deleitar con la ubicación de los levitas, encontrando en ésta la certeza de la autenticidad de su propia adoración, nosotros con mayor razón confesaremos que la Palabra y los sacramentos son señales imprescindibles del cuerpo de Cristo.

Una vez que terminó sus propios sacrificios a favor de ellos, Ezequías le dijo confiadamente al grupo: “Vosotros os habéis consagrado ahora a Jehová” (versículo 31). Después los invitó para que presentaran sus propios sacrificios de compromiso y de acción de gracias. Había tantos que estaban “dispuestos de corazón” a ofrecer diversas clases de sacrificios, que el número de los sacerdotes fue insuficiente para atenderlos a todos. Tuvieron que llamar a los levitas para que los ayudaran (versículo 34).

La respuesta de los sacerdotes fue la que en cierta forma pareció poco entusiasta. No se nos dice *por qué*; solo se nos dice que “los sacerdotes eran pocos. . . . los levitas estaban más dispuestos a santificarse que los sacerdotes” (versículo 34). Solo podemos suponer que la corrupción del sacerdocio que Acáz había fomentado (vea 2 Reyes 16:10-16) todavía tenía efectos duraderos en la moral y en el carácter general de los hijos sacerdotales de Aarón. Es verdad que en cualquier organización visible de la iglesia no todos los obreros llamados muestran la misma dedicación externa hacia la obra del Señor. Sin embargo, tenemos buenas razones para dar gracias a Dios porque siempre provee personas concienzudas que desean ayudar para que se haga todo el trabajo.

Sin embargo, ese día la alegría fue tan grande que no lo pudo ensombrecer un sacerdocio al que le faltaba dedicación. La alegría se podía ver en el entusiasmo con que Ezequías se levantó para recibir el día (versículo 20). Se podía escuchar en las alabanzas agradables de los levitas (versículo 30). Se demostró cuando el rey, sus nobles, los levitas y toda la asamblea se postraron ante el

Señor su Salvador (versículos 28-30). Y fue visible en el derramamiento abundante de ofrendas y sacrificios que el pueblo hizo por la invitación del rey (31-33,35). Todo esto ocurrió sin haber dedicado largos meses y meses de preparación. En solo un lapso de un poco más de dos semanas, dos semanas desde el comienzo del reinado de Ezequías, dos semanas desde el fin del reinado del peor rey que Judá jamás pudo haber tenido, “se restableció el servicio de la casa de Jehová” (versículo 35).

Cuando reflexionaron sobre esto, el rey y el pueblo comenzaron a comprender algo importante. Todo eso había acontecido tan súbita y perfectamente que no pudo ser el resultado de esfuerzos humanos. No había sido el celo del rey ni los esfuerzos de los levitas ni de los sacerdotes lo que había hecho que amaneciera ese día. Dios lo había hecho; él había vuelto a dedicar su Casa. Y eso les proporcionó al rey y al pueblo un verdadero motivo de alegría (versículo 36). Esa confianza y alegría también son nuestras cada día que regresamos a la fuente de nuestra fortaleza y hallamos todo nuestro ser renovado en el Salvador. Él se dio a sí mismo para su novia, la iglesia. Él la limpia “con el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26) de cualquier cosa que la pueda corromper. En él nos encontramos libres de la mancha del pecado y radiantes con la suprema alegría del amor.

### ***Segundo paso: todo Israel celebra la Pascua***

Algunos acontecimientos se destacan como momentos decisivos para el pueblo de Dios del Antiguo Testamento. De éstos, ninguno fue más significativo que la liberación de Israel de la esclavitud en Egipto. La Pascua fue la gran fiesta de Israel para celebrar ese momento decisivo. Le recordaba al pueblo de Dios que una vez el Señor los había salvado del ángel de la muerte por medio de la sangre del cordero puesta en el dintel y en los postes de las puertas. Justo después de su liberación, Dios los ayudó a escapar de sus enemigos, guiándolos a través de las aguas abiertas del mar Rojo. Dios transformó la muerte y la destrucción en vida

y salvación para su pueblo con “mano poderosa y brazo extendido” (Deuteronomio 4:34). Después le ordenó a todo Israel que se presentara ante él para celebrar la Pascua en su lugar central de adoración. Todos los años, todas las familias debían ir juntas a Jerusalén para recordar que Dios los había puesto en libertad y los había adoptado para que fueran suyos.

El cronista no ha hablado de ninguna celebración de la Pascua en todo su escrito hasta ahora. En vista de la importancia de esta fiesta, esto parece una omisión extraordinaria; es como si hubiera querido esperar hasta un momento en el que los hijos de Abraham estuvieran demasiado débiles para que los consideraran como un pueblo. La rebelión y corrupción de la idolatría había cortado en dos a todo el reino. El reino del Norte ya no existía, y ahora la pequeña Judá había quedado sola en un mundo lleno de tiranos, apenas aferrándose a la vida. ¿Pero qué mejor oportunidad podía haber para hablar acerca de la celebración festiva del poder salvador de Dios? Éste siempre se perfecciona en la debilidad. La Pascua de Ezequías fue una celebración en la que Dios les dio vida a los muertos y volvió a la existencia lo que había dejado de existir. ¿Qué podría ser más consolador para un grupo de exiliados que había regresado, que temían por su propia supervivencia en un mundo hostil? Otra vez vemos al cronista trabajando en el ministerio de consolar a su pueblo.

*Se envía la invitación, con variada respuesta*

**30** Después Ezequías envió mensajeros por todo Israel y Judá, y también escribió cartas a Efraín y a Manasés, para invitarlos a la casa de Jehová, en Jerusalén, a fin de celebrar la Pascua a Jehová, Dios de Israel. <sup>2</sup> Pues el rey había consultado con sus príncipes y con toda la congregación en Jerusalén, para celebrar la Pascua en el mes segundo; <sup>3</sup> porque entonces no la podían celebrar, por cuanto no había suficientes sacerdotes santificados, ni el pueblo se

**había reunido en Jerusalén. <sup>4</sup>Esto agradó al rey y a toda la multitud. <sup>5</sup>Y determinaron hacer pasar pregón por todo Israel, desde Beerseba hasta Dan, para que vinieran a celebrar en Jerusalén la Pascua a Jehová, Dios de Israel; porque en mucho tiempo no la habían celebrado al modo que está prescrito.**

En este primer versículo, el cronista resume su tema y toca los que desarrollará en todo el capítulo. El rey tuvo la intención de volver unir a “todo Israel y Judá”, es decir, las tribus del sur y lo que quedara de las tribus del norte. Para poner énfasis en el tema, el cronista añade los términos distintivos para el Norte: “Efraín y a Manasés”. No podía haber duda: Ezequías quería volver a reunirse con hermanos que se habían separado hacía mucho tiempo de su verdadero rey, del verdadero Dios y del verdadero lugar de adoración a Dios. Su meta no era una unión política sino más bien una reconciliación espiritual. El rey quería llamar al Norte para que regresara a Jerusalén y a su Templo para que el Norte y el Sur pudieran celebrar la Pascua juntos. Por las palabras que agrega: “en Jerusalén” (versículo 5), es claro que en esta invitación había algo más en juego que la celebración conjunta de una sola fiesta. El rey quería volver a unir a todo Israel alrededor de la adoración al único verdadero Dios.

La Pascua se celebraba normalmente el día catorce del primer mes (Éxodo 12:1-6). Si la ley de Moisés se iba a aplicar solo de acuerdo a la letra, eso hubiera hecho imposible una celebración en el primer año de Ezequías, ya que “no había suficientes sacerdotes santificados, ni el pueblo se había reunido en Jerusalén” (versículo 3). Como la resaca de una borrachera, los efectos del gobierno perverso de Acáz no iban a desaparecer tan pronto. Recordamos que en el capítulo anterior el cronista ya había mencionado la falta de celo de los sacerdotes (29:34). Después de consultar con sus jefes y con la asamblea de su pueblo en Jerusalén, Ezequías decidió hacer los preparativos necesarios para celebrar la Pascua

“en el mes segundo” (versículo 2). Para ese fin, se enviaría una invitación “por todo Israel, desde Beerseba hasta Dan” (versículo 5; vea también Jueces 20:1; 1 Samuel 3:20; 1 Crónicas 21:2).

Aquí notamos una tensión entre la adherencia estrictamente literal a la Ley de Moisés y la obediencia de acuerdo con el espíritu de amor. Este tema volverá a surgir después en el capítulo. Nunca se debe pensar que las exigencias literales de la Ley fueron de poca importancia para el cronista (por ejemplo, vea 1 Crónicas 13:9-14). Después de todo lo “que está prescrito” (versículo 5) no era palabra de hombre, sino la palabra de Dios. Sin embargo, el cronista aquí reconoce que hubo ocasiones en las que la literalidad minuciosa podía ser un obstáculo en el camino de la clara intención general de Dios. El rey Ezequías y sus consejeros querían celebrar una verdadera Pascua, con gran cantidad de gente congregándose de todas partes de Israel, en el único lugar donde Dios había puesto su Nombre. Esto había mandado Dios en primer lugar.

Sin embargo, una celebración así no se había llevado a cabo durante mucho tiempo (compare el versículo 5 con Deuteronomio 16:16). Por lo menos hubo una referencia a una celebración pospuesta en las provisiones que Dios había dado en beneficio de las personas que eran ceremonialmente inmundas en el momento mismo de la Pascua (Números 9:9-11). En cualquier caso, después de volver a pensarlo, el rey y los consejeros decidieron posponer la celebración un mes para que una gran cantidad de personas pudieran participar del “modo que está prescrito” (versículo 5).

Podríamos ir en dos direcciones diferentes al aplicar estos versículos a nuestra situación actual. Primero, notamos en Ezequías y en sus jefes ese mismo amor inquieto que invade a todo cristiano (2 Corintios 5:14). ¿Por qué Ezequías no estaba contento con reformar solo a Judá? ¿Por qué llamar a Israel? Estaba corriendo el gran riesgo de ser mal entendido y rechazado. La respuesta debe ser simplemente que lo hizo porque el corazón que conoce la paz más perfecta en el perdón de los pecados se llena al mismo tiempo de un anhelo infatigable para ayudarles a otros a

encontrar esa misma paz. En otras palabras, podemos aprender del cronista a no limitar nuestro amor a expresiones que parezcan seguras y cómodas.

Segundo, podemos aplicar estas palabras como la forma en que el cronista nos dice que debemos ser solícitos en “mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Efesios 4:3). Es verdad que la falsa enseñanza divide el cuerpo de Cristo; sin embargo, con mucha frecuencia la iglesia visible se muestra rápida para dividirse pero lenta para volverse a unir. El enojo y el amor propio llegan muy fácilmente a comprometerse en asuntos en los que discrepamos, llevándonos a irrumpir en juicio y a descartar a quienes una vez llamamos hermanos y hermanas. En vez de tratar de sanar las heridas, les restregamos sal. Aprendamos de Ezequías a hacer el esfuerzo extraordinario de trabajar a favor de la paz. La verdadera armonía en la iglesia es sin duda un don sobrenatural de Dios, creado por el Espíritu de verdad que habla en la Palabra. El cronista también sabía eso, como lo veremos pronto. Sin embargo, podemos impedir o perturbar una armonía verdadera y piadosa tanto con las acciones sin amor que realizamos como con las obras de amor que dejamos de hacer.

**<sup>6</sup> Salieron, pues, mensajeros con cartas de parte del rey y de sus príncipes por todo Israel y Judá, como el rey lo había mandado, que decían: «Hijos de Israel, volveos a Jehová, el Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, y él se volverá al resto que ha quedado de manos de los reyes de Asiria. <sup>7</sup> No seáis como vuestros padres y como vuestros hermanos, que se rebelaron contra Jehová, el Dios de sus padres, y él los entregó a desolación, como vosotros veis. <sup>8</sup> Ahora, pues, no seáis tercos como vuestros padres; someteos a Jehová y venid a su santuario, el cual él ha santificado para siempre; y servid a Jehová, vuestro Dios, y el ardor de su ira se apartará de vosotros. <sup>9</sup> Porque si os volvéis a Jehová, vuestros hermanos y vuestros hijos hallarán misericordia delante de los que los tienen cautivos, y volverán a esta**

**tierra; porque Jehová, vuestro Dios, es clemente y misericordioso, y no apartará de vosotros su rostro, si vosotros os volvéis a él.»**

Por medio de esta invitación, el rey Ezequías mostró que era un auténtico rey espiritual que ejercía su autoridad por medio de la Palabra (vea también 30:12,21). Las convocatorias para ir a Jerusalén fueron un llamado al arrepentimiento a quienes habían “quedado de manos de los reyes de Asiria” (versículo 6). El rey no intentó disfrazar el pecado dándole otro nombre que sonara mejor; Israel era culpable y había sido infiel a “Jehová, el Dios de sus padres” (versículo 7). El rey tampoco compromete la verdad de ninguna manera; así como su antepasado Abías (13:10-12), Ezequías declaró que el Templo de Jerusalén era el santuario que Dios “ha santificado para siempre” (versículo 8). Aquí nos acordamos de las palabras que le dijo nuestro Salvador a la mujer de Samaria: “Nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salvación viene de los judíos” (Juan 4:22).

Sin embargo, todo su sermón de arrepentimiento se basó en la certeza de que el Señor es “clemente y misericordioso” (versículo 9). ¿De qué otra manera podía estar tan seguro de que el Señor no se apartaría si el pueblo del Norte se arrepentía (versículo 9)? Cuando exhortamos a alguien para que se vuelva a Dios, presuponemos que la voluntad fundamental de Dios es perdonar al pecador, sanar al herido y ayudar al desvalido. Nosotros, los que vemos el corazón de nuestro Padre revelado en Cristo, nos aferramos a esta verdad como a algo aun más seguro. Ezequías, bajo el antiguo pacto, también le podía ofrecer a Israel la esperanza de que si ellos se volvían al Señor, sus hijos “hallarán misericordia delante de los que los tienen cautivos, y volverán a esta tierra” (versículo 9; compare con la oración de Salomón en 6:36-39). Por esta proclamación es claro que Ezequías se había imaginado mucho más que una simple celebración de la Pascua. En realidad, la Pascua ni siquiera se menciona en ninguna parte de la invitación. El énfasis de Ezequías estaba completamente en volver al Señor

adorándolo en su santuario. Ezequías tenía la esperanza de que la palabra de Dios produjera un arrepentimiento y una renovación completos en los que quedaban en el Norte.

**<sup>10</sup> Pasaron, pues, los mensajeros de ciudad en ciudad por la tierra de Efraín y Manasés, hasta Zabulón; pero se reían y burlaban de ellos. <sup>11</sup> Con todo, algunos hombres de Aser, de Manasés y de Zabulón se humillaron, y vinieron a Jerusalén. <sup>12</sup> En Judá también estuvo la mano de Dios que les dio un solo corazón para cumplir el mensaje del rey y de los príncipes, conforme a la palabra de Jehová.**

Una vez, un pastor, que estaba a punto de enviar a su equipo en una encuesta de puerta a puerta en una vecindad, dijo: “Recuerden: ¡algunos responderán, y otros no!” Jesús había visto a Satanás caer del cielo como un rayo a través del esfuerzo de los 72 discípulos; sin embargo, Jesús les había explicado antes de enviarlos que no todos iban a creer su mensaje (Lucas 10:16,18). El mensaje del evangelio es una palabra tan delicada que a veces les puede parecer débil e impotente incluso a los cristianos; a una persona que no se ha convertido, le parece totalmente necio. Los mensajeros fueron de ciudad en ciudad, pero en general las personas “se reían y burlaban de ellos. Con todo, algunos . . . se humillaron, y vinieron a Jerusalén” (versículos 10,11). Lo que el pastor dijo sigue siendo cierto. Algunos responderán y otros no. “La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es, a nosotros, es poder de Dios” (1 Corintios 1:18).

Sin embargo, en Judá las cosas eran diferentes; allí “la mano de Dios” había obrado para crear “un solo corazón para cumplir el mensaje del rey y de los príncipes, conforme a la palabra de Jehová” (versículo 12). Otra vez comenzamos a ver no solo los reflejos de David y de Salomón sino también la proyección de la sombra del Mesías prometido. Ezequías, un verdadero pastor de Israel, le llevó la unidad a su pueblo por medio de la Palabra. De

este modo animó al pueblo del tiempo del cronista a tener esperanza en el Mesías que un día vendría a unir a todo el pueblo de Dios bajo su gobierno. Bajo él habrá verdaderamente “un rebaño, y un pastor” (Juan 10:16; vea también Jeremías 31:10; Ezequiel 34:12,23).

*El pueblo se reúne. El rey intercede por Israel y es escuchado*

**<sup>13</sup> Se reunió en Jerusalén mucha gente para celebrar la fiesta solemne de los Panes sin levadura en el mes segundo; fue una gran reunión. <sup>14</sup> Y levantándose, quitaron los altares que había en Jerusalén; quitaron también todos los altares de incienso, y los echaron al torrente Cedrón. <sup>15</sup> Entonces sacrificaron la Pascua, a los catorce días del mes segundo; y los sacerdotes y los levitas, llenos de vergüenza, se santificaron y trajeron los holocaustos a la casa de Jehová. <sup>16</sup> Y tomaron su lugar en los turnos de costumbre, conforme a la ley de Moisés, varón de Dios; y los sacerdotes esparcían la sangre que recibían de manos de los levitas. <sup>17</sup> Porque había muchos en la congregación que no estaban santificados, y por eso los levitas sacrificaban la Pascua por todos los que no se habían purificado, a fin de santificarlos para Jehová. <sup>18</sup> Porque una gran multitud del pueblo de Efraín y Manasés, y de Isacar y Zabulón, no actuaron conforme a lo que está escrito, pues comieron la Pascua sin haberse purificado. Pero Ezequías oró por ellos diciendo: «Jehová, que es bueno, sea propicio a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios, <sup>19</sup> a Jehová, el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario.» <sup>20</sup> Jehová oyó a Ezequías, y sanó al pueblo.**

Dios le concedió al buen rey Ezequías el deseo de su corazón. Él había querido celebrar la Pascua con todo Israel reunido en el templo del Señor “al modo que está prescrito” (30:5). Por medio del poder de la Palabra “se reunió en Jerusalén mucha gente”

(versículo 13). Una de las características de la Pascua del Antiguo Testamento era el énfasis en la pureza. La levadura era el símbolo común de la impureza del pecado. Para simbolizar que su pueblo estaba libre de la culpa del pecado y que ahora se le permitía vivir libre del poder del pecado, Dios les había mandado a los israelitas que quitaran toda la levadura de todas las casas en toda la tierra durante el tiempo que duraba la fiesta (Éxodo 12:15). Durante ese tiempo, cualquier pan que comieran tenía que ser cocido sin levadura, por esto el nombre alternativo para la Pascua: “la fiesta . . . de los Panes sin levadura” (versículo 13).

El pueblo, en la Pascua de Ezequías, vio en el hecho de quitar el pan leudado algo más que un asunto de limpieza ceremonial. Entendieron el propósito espiritual de la ceremonia y procedieron a quitar los altares paganos de sacrificio y de incienso que Acas había establecido “en todos los rincones de Jerusalén” (28:24). Lo que Ezequías y los levitas habían comenzado con la purificación del Templo, el pueblo lo llevó más cerca de su cumplimiento al limpiar a Jerusalén (versículo 14). Un poco después veremos que el proceso llega a su conclusión lógica; aquí sencillamente hacemos una pausa para notar que desde el tiempo de la iglesia antigua, uno de los énfasis en la fiesta de la Pascua siempre ha sido animar al pueblo de Dios para que se consideren resucitados con Cristo a una vida nueva y santa. En un mundo manchado por la inmoralidad sexual y la idolatría de todo tipo, Dios quiere que su pueblo celebre la fiesta deshaciéndose de la antigua levadura. “Porque nuestra Pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5:7).

En el acto mismo de sacrificar los corderos de la Pascua, el cronista nos avisa sobre dos problemas que podrían haber ensombrecido toda la fiesta. El primero fue que aparentemente los sacerdotes y los levitas no se consagraron en número suficiente para atender a los muchos peregrinos que iban a Jerusalén (versículo 15). Aquí podríamos suponer que el cronista habla de los sacerdotes y los levitas de las regiones más alejadas de Judá. Tal vez no les afectaban los primeros movimientos de renovación

entre sus hermanos de Jerusalén (29:34), pero sus servicios se requerían con mucha urgencia el día de la Pascua, porque “había muchos en la congregación que no estaban santificados” (versículo 17) y por lo tanto no eran aptos para sacrificar el cordero de la Pascua como se esperaba que los jefes de familia lo hicieran (Éxodo 12:3,6). La expresión que usa el cronista implica que el pueblo no había realizado los rituales de lavamiento que se consideraban como preparación adecuada para todo el que deseara participar en un sacrificio al Señor (vea Éxodo 19:14). O tal vez no habían tenido el cuidado de evitar cosas que los hubieran podido contaminar (vea Levítico 11-16). En todo caso, la falta del pueblo, combinada con la falta de celo levítico, podía haber llegado a hacer imposible una celebración apropiada de la fiesta.

El desastre se evitó cuando los sacerdotes y los levitas que estaban presentes literalmente se avergonzaron al ver la seriedad de las personas comunes (versículo 15). Recordamos que esas mismas personas, de modo espontáneo, se habían encargado de destruir los altares paganos de Jerusalén (versículo 14). Por esa razón, podemos detectar una diferencia importante entre la falta de los sacerdotes y los levitas en santificarse a sí mismos y la falta del pueblo. Parece bastante claro que la falta del pueblo era resultado de la simple ignorancia; eran creyentes y habían ido a Jerusalén porque querían servir al Señor. Eso ya lo habían demostrado. Cuando se considera el contexto espiritual del que venían: el gobierno corrupto de Acáz en el Sur y el caos religioso del Norte, no es sorprendente que no estuvieran ritualmente limpios ni listos para el sacrificio. Sin embargo, los sacerdotes y los levitas no tenían esa disculpa; su única razón fue pereza espiritual. O ellos no consideraron el servicio al Señor como un llamamiento lo suficiente elevado por el que se debían entusiasmar, o no consideraron que su Palabra tuviera la suficiente importancia para aferrarse a ella en todo momento.

Ésta no fue la primera vez que el celo de algunos avergonzó a quienes sabían lo que debían hacer y no lo habían hecho. Tampoco sería la última vez. Al menos, el resultado general fue feliz. Los

sacerdotes y los levitas asumieron sus posiciones preestablecidas, y los levitas tomaron de sus hermanos no santificados el privilegio solemne de sacrificar el cordero pascual (versículo 17). Sin embargo, todavía vendría un problema más: la mayoría del pueblo del Norte acudió a comer la Pascua en un estado de impureza ritual (versículo 18). Otra vez, bien podemos suponer que la culpa fue más por ignorancia que por un espíritu de desobediencia. Sin embargo, lo que ellos hicieron fue contrario “a lo que está escrito” (versículo 18).

En este caso, la oración del rey justo en nombre de su pueblo evitó un desastre. En palabras que parecen ser un eco de la oración de Salomón en el día de la dedicación del Templo, Ezequías dijo: “Jehová, que es bueno, sea propicio a todo aquel que ha preparado su corazón para buscar a Dios, a Jehová el Dios de sus padres, aunque no esté purificado según los ritos de purificación del santuario” (versículos 18,19; vea 6:21,25,27,29,30,39). Ezequías le pidió al Señor que considerara la fe del pueblo como más importante en este caso que su falta de pureza ceremonial externa. Tenía la seguridad de que el Señor “que es bueno” escucharía en los cielos la oración dirigida hacia su santuario en la tierra. El rey tampoco se equivocó en su confianza; así como Dios les había respondido a Salomón, también aquí: “Jehová oyó a Ezequías, y sanó al pueblo” (versículo 20; vea 7:14).

Al trabajar y ofrecer oración juntos, nos damos cuenta de que no somos completamente puros de corazón ni tampoco puros en la manera en que procedemos. Con frecuencia, nuestra motivación es mixta; podemos tener un entendimiento débil. Cuando somos una iglesia activa en la evangelización, sin duda habrá entre nosotros unos pocos que no siempre se levantan o se sientan en los mismos lugares durante el culto o que de alguna forma transgreden fuera de la adoración tradiciones de la congregación, que han sido apreciadas durante mucho tiempo. Aquí aprendemos a dejar que el amor cubra una multitud de pecados (1 Pedro 4:8). El amor de Dios cubrirá nuestras grandes deficiencias, haciendo que estemos dispuestos a pasar por alto las fallas insignificantes

de nuestros hermanos en la fe. Y en todo, tenemos la gran alegría de saber que Cristo, nuestro Rey justo, siempre intercede por nosotros a la diestra de Dios (Romanos 8:34). Dios escucha la oración de nuestro Rey y nos sana, manteniéndonos unidos en su amor.

*Se celebra la fiesta - “Es bueno, Señor, estar aquí”*

**<sup>21</sup> Así los hijos de Israel que estaban en Jerusalén celebraron la fiesta solemne de los Panes sin levadura por siete días con grande gozo; y glorificaban a Jehová todos los días los levitas y los sacerdotes, cantando con instrumentos resonantes a Jehová. <sup>22</sup> Y habló Ezequías al corazón de todos los levitas que habían mostrado buena disposición en el servicio de Jehová.**

**Comieron de lo sacrificado en la fiesta solemne por siete días, ofreciendo sacrificios de paz, y dando gracias a Jehová, el Dios de sus padres. <sup>23</sup> Y toda aquella asamblea determinó que celebraran la fiesta por otros siete días; y la celebraron otros siete días con alegría. <sup>24</sup> Porque Ezequías, rey de Judá, había dado a la asamblea mil novillos y siete mil ovejas; y también los príncipes dieron al pueblo mil novillos y diez mil ovejas; y muchos sacerdotes ya se habían santificado. <sup>25</sup> Se alegró, pues, toda la congregación de Judá, como también los sacerdotes y levitas, y toda la multitud que había venido de Israel; asimismo los forasteros que habían venido de la tierra de Israel, y los que habitaban en Judá. <sup>26</sup> Hubo entonces gran regocijo en Jerusalén, porque desde los días de Salomón hijo de David, rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén. <sup>27</sup> Después los sacerdotes y levitas, puestos en pie, bendijeron al pueblo; y fue oída su voz, y su oración llegó hasta el cielo, su santa morada.**

La Pascua de Ezequías se destaca como una de las ocasiones más felices de todo el Antiguo Testamento. “Hubo entonces gran

regocijo en Jerusalén, porque desde los días de Salomón hijo de David, rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén” (versículo 26). Israel y Judá se habían juntado de nuevo, uniéndose bajo el gobierno del rey escogido de Dios y rindiendo servicios de adoración como uno solo cuerpo delante del santuario del Señor. Igual que en los días de Salomón, cuando el Templo se dedicó por primera vez, esta celebración fue tan alegre que nadie quería que terminara. El pueblo estuvo de acuerdo en celebrar juntos durante siete días más (versículo 23; vea 7:8,9).

Aunque no eran tan estupendos como los sacrificios que Salomón había ofrecido en la dedicación, Ezequías y sus príncipes no tenían motivos para sentirse avergonzados por los que habían provisto para la ocasión (versículo 24). Los cantores levitas y los sacerdotes cantaron constantemente alabanzas al Señor, tocando la música con los instrumentos sagrados de Dios. Hasta el problema de la apatía de los sacerdotes por último pareció haber desaparecido por sí misma (versículo 24). Judíos e israelitas, sacerdotes y levitas, extranjeros del Norte y del Sur se reunieron en un lugar de adoración que se aproximaba a la perfección en un grado como casi no se verá antes de llegar al cielo. Y todos los que habían ido podían salir de ese lugar de adoración seguros de la bendición de Dios desde los cielos (versículo 27).

En el centro de este cuadro vemos a Ezequías, el rey justo. Como David antes de él, su pueblo le había dado un respaldo firme (30:4,12; compare con 1 Crónicas 12:38; 13:4). Como antes lo había hecho David, le dio la prioridad a los asuntos espirituales (29:3; compare con 1 Crónicas 13). Como David y Salomón antes que él, escuchó la Palabra y gobernó por medio de ella (30:6-9,12,22; compare con 1 Crónicas 15:13-15; 2 Crónicas 1:8-10). Como hicieron David y Salomón antes que él, oró en nombre de su pueblo (30:18,19; compare con 1 Crónicas 21:17; 2 Crónicas 6:14-42). Ya hemos visto esto las suficientes veces para saber que aquí el cronista edifica la esperanza mesiánica de su pueblo. Bajo el gran misterio de la historia, los que tienen los ojos de la fe pueden discernir el gobierno de Dios, pueden ver el rostro de

Cristo y su amor obrando de tal manera que hará que todas nuestras esperanzas piadosas se cumplan perfectamente (Efesios 1:10; Romanos 8:28).

*De la adoración al trabajo: se limpia la tierra*

**31** Hechas todas estas cosas, todos los de Israel que habían estado allí salieron por las ciudades de Judá, quebraron las estatuas, destruyeron las imágenes de Asera y derribaron los lugares altos y los altares por todo Judá y Benjamín, así como en Efraín y Manasés, hasta acabarlo todo. Después regresaron todos los hijos de Israel a sus ciudades, cada uno a su posesión.

Pedro, Santiago y Juan habían querido permanecer en el monte con Jesús, Moisés y Elías (Mateo 17:4). Era bueno estar allí. Sin embargo, tenían que bajar de nuevo al valle; tenían que expulsar demonios y llevar a cabo la obra de Dios. Aquí Dios se encontró con su pueblo en su adoración en Jerusalén y los bendijo con su amor. En esta ocasión, el pueblo también quiso quedarse, pero también le llegó el momento de dejar el monte del Señor para poder servirle en la tierra. El Templo había sido purificado y Jerusalén había sido limpiada de sus altares paganos, pero la tierra todavía tenía que ser liberada de su fuerza demoníaca, de sus piedras sagradas y altares dedicados a los dioses falsos. Todo Israel se unió para esa obra. Cuando la terminaron, volvieron a casa a servir al Señor en su vida diaria. No es difícil comprender el mensaje del cronista aquí: el Señor nos sirve con la Palabra y el sacramento para darnos la fuerza de vivir para él.

*Paso final: se restablecen los oficios permanentes del Templo*

Ezequías purificó el Templo y celebró la Pascua con un Israel otra vez unido, pero no podía considerar que su reforma estaba

completa hasta que hiciera los arreglos permanentes para el Templo y para que sus cultos continuaran.

*Se reorganizan los sacerdotes y los levitas*

**<sup>2</sup> Arregló Ezequías la distribución de los sacerdotes y de los levitas conforme a sus turnos, cada uno según su oficio sacerdotal o levítico, para ofrecer el holocausto y las ofrendas de paz, para que ministraran, dieran gracias y alabaran dentro de las puertas de los atrios de Jehová.**

Con este breve versículo, el cronista hace nuevamente la conexión entre Ezequías y sus ilustres antepasados David y Salomón. David fue quien dio el plano original para organizar a los sacerdotes y a los levitas en turnos (1 Crónicas 23-26). Hizo esto para asegurarse de que sirvieran en una rotación regular, mes a mes. Salomón transfirió y aplicó esos mismos turnos a los servicios del Templo (8:14,15). Ezequías restableció este orden antiguo después de que había caído en desuso durante el reinado de Acáz. Los hombres en cada clase de ministerio debían hacer su trabajo de acuerdo con las tareas que Moisés les había asignado. Los sacerdotes iban a “ofrecer el holocausto y las ofrendas de paz” mientras que los levitas les iban a ayudar interpretando cánticos de alabanza y de acción de gracias “dentro de las puertas de los atrios de Jehová”.

Aquí se hacían conexiones esenciales con el pasado, conexiones que también le hablaban al público original del cronista. Los turnos organizados, junto con sus genealogías, iban a desempeñar un papel importante para asegurarles a los exilados que regresaron la autenticidad de sus propios sacerdotes y levitas (vea Nehemías 7:39-65). Al demostrar cómo *habían sido* las cosas, el cronista a menudo le mostraba a su propio pueblo cómo *debían ser* las cosas. Sabemos muy bien que la autenticidad de nuestros pastores y maestros no depende de sus raíces ni del apellido de su

familia; sin embargo, bien podríamos hacer una pausa por un momento para reflexionar en el método que usa el cronista de señalar el pasado para darle validez al presente. ¿Qué nos enseña? Primero y principalmente, nos dirige a Jesucristo, la piedra fundamental de nuestra fe, y al testimonio apostólico acerca de Cristo que se nos ha confiado. La iglesia está construida sobre esta tradición inspirada (Efesios 2:20; 1 Corintios 3:11), y nuestra responsabilidad es cuidarla, amarla y pasarla a la siguiente generación (1 Timoteo 6:20).

Sin embargo, aun más que esto, no estaría fuera de lugar encontrar en el mensaje que escribió el cronista para su propio pueblo una corrección amable a una actitud que hoy es muy común en los Estados Unidos. Lejos de lo tradicional, a los estadounidenses les gusta pensar que son progresistas. Son bombardeados por todas partes con mensajes que afirman que lo viejo es malo y lo nuevo es mejor. En algunos círculos, identificar algo como “tradicional” es condenarlo como totalmente anticuado. Sin embargo, para los cristianos, las conexiones con el pasado todavía son importantes. Si no sabemos de dónde vinimos, ¿cómo sabremos jamás quiénes somos? Estudiar la historia de la iglesia puede no ser lo mismo que estudiar las Sagradas Escrituras, pero a pesar de todo es una tarea imprescindible. Un escritor luterano dijo que la iglesia que pasa por alto la historia de la iglesia está destinada a convertirse en una secta.

*Se reanudan las ofrendas regulares,  
y traen muchas de bendiciones*

**<sup>3</sup> El rey contribuyó de su propia hacienda para los holocaustos de la mañana y de la tarde, y para los holocaustos de los sábados, nuevas lunas y fiestas solemnes, como está escrito en la ley de Jehová. <sup>4</sup> Mandó también al pueblo que habitaba en Jerusalén que diera la porción correspondiente a los sacerdotes y levitas, para que ellos se dedicaran a la ley de Jehová. <sup>5</sup> Cuando este edicto fue**

**divulgado, los hijos de Israel dieron muchas primicias de grano, vino, aceite, miel, y de todos los frutos de la tierra; trajeron asimismo en abundancia los diezmos de todas las cosas.**

**<sup>6</sup> También los hijos de Israel y de Judá, que habitaban en las ciudades de Judá, dieron del mismo modo los diezmos de las vacas y de las ovejas; y trajeron los diezmos de lo santificado, de las cosas que habían prometido a Jehová, su Dios, y los depositaron en montones. <sup>7</sup> En el mes tercero comenzaron a apilar aquellos montones, y terminaron en el mes séptimo. <sup>8</sup> Cuando Ezequías y los príncipes vinieron y vieron los montones, bendijeron a Jehová y a su pueblo Israel. <sup>9</sup> Entonces preguntó Ezequías a los sacerdotes y a los levitas acerca de esos montones. <sup>10</sup> Y el sumo sacerdote Azarías, de la casa de Sadoc, le contestó: «Desde que comenzaron a traer las ofrendas a la casa de Jehová, hemos comido y nos hemos saciado, y nos ha sobrado mucho, porque Jehová ha bendecido a su pueblo; y ha quedado esta abundancia de provisiones.»**

¿Quién pagó los sacrificios regulares en el Templo? Y, los sacerdotes y levitas, ¿cómo se iban a mantener si estaban comprometidos a servir al Señor de tiempo completo? El cronista responde a esas preguntas en este texto. El rey Ezequías quería asegurar que los sacrificios en la casa de Dios se ofrecieran regularmente de acuerdo con la ley de Moisés (vea Números 28,29). Ya sabemos que Acáz había permitido que desaparecieran (29:7). Ezequías, “de su propia hacienda” se encargó de que se proveyera adecuadamente para “los holocaustos de la mañana y de la tarde, y para los holocaustos de los sábados, nuevas lunas y fiestas solemnes” (versículo 3). El cronista notó una clase de liderazgo semejante en el caso de David, cuando dedicó su propia fortuna personal para la construcción de la casa de Dios (1 Crónicas 29:3).

Al guiarlos con su propio ejemplo, ahora el rey le ordenó “al pueblo que habitaba en Jerusalén” que otra vez volviera a hacer ofrendas regulares para el sostenimiento de los sacerdotes y de los levitas (versículo 4). Las *primicias* les pertenecían legítimamente a los sacerdotes (versículo 5; Números 18:12). Los levitas, a su vez, iban a recibir su sostenimiento de los *diezmos* que el pueblo daba anualmente de todo lo que poseía (versículo 5; Números 18:24). Dios quería que sus siervos estuvieran libres de las preocupaciones terrenales para que se pudieran “[dedicar] a la ley de Jehová” (versículo 4). Tomamos esta última expresión en un sentido más amplio con el fin de incluir el estudio y la enseñanza de la Palabra de Dios (vea 15:3; 17:7-9), el juicio de disputas de acuerdo con la Palabra (vea 19:5-11) y el desempeño de todas las responsabilidades del Templo ordenadas en la Palabra.

Tanto el Antiguo como del Nuevo Testamento ven el sostenimiento terrenal de los siervos de Dios como un derecho de los trabajadores de tiempo completo y como una obligación del pueblo (Números 18; Lucas 10:7; 1 Corintios 9:3-12; Gálatas 6:6). Lo que hace que el pueblo del tiempo de Ezequías sea extraordinario es que el pueblo también lo consideró como un privilegio y una alegría. Vemos que el cronista desarrolla este tema de varias maneras. No sólo los habitantes de Jerusalén que habían recibido el mandato directamente contribuyeron, sino que la gente de todos los pueblos de Judá también participó con gusto, tan pronto como el mandato del rey se difundió (versículos 5,6). Ellos comenzaron con las ofrendas de las primicias en el tercer mes en la fiesta de Pentecostés y terminaron en el séptimo mes de la fiesta de las Cosechas (versículo 7). Además de esto, vemos que se pone énfasis repetidamente en la abundancia de las ofrendas, inspirando la gratitud y la alabanza por igual del rey, de los funcionarios y de los sacerdotes (versículos 5,6,8,10). El poder para dar en esas cantidades sólo podía haber venido de Dios.

La respuesta de Azarías a la pregunta del rey es especialmente interesante, se aproxima a lo poético tanto en el ritmo como en la redacción condensada (versículo 10). El versículo dice

literalmente: “Desde que comenzaron a llegar las contribuciones, en la casa del Señor hubo comida, saciedad y abundancia de sobrantes, porque el Señor ha bendecido a su pueblo; y lo que ha quedado, ¡esta gran cantidad!” Aquí no es difícil pensar en el sentido de asombro similar que tuvo el evangelista cuando anotó la situación posterior cuando nuestro Señor alimentó a los cinco mil: “Comieron todos y se saciaron; y recogieron lo que sobró de los pedazos, doce cestas llenas” (Mateo 14:20).

Donde gobierna el Rey de Dios, el Señor bendecirá a su pueblo, y Dios proveerá abundantemente a sus siervos. Éste fue el mensaje del cronista para animar a su propio pueblo. Sabemos por otros libros bíblicos que los que regresaron del exilio no siempre estaban tan ansiosos de llevar sus ofrendas (Malaquías 3:8-10). Hasta hubo tiempos en los que los levitas se vieron obligados a volver a cultivar la tierra para sustentarse (Nehemías 13:10-14). Con este relato histórico, el cronista estaba reforzando la promesa que Dios también le había dado a su pueblo por medio de Malaquías: “Probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, a ver si no os abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (Malaquías 3:10).

De manera semejante, el Señor Jesús nos promete: “Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lucas 6:38).

*Ezequías provee para el almacenamiento apropiado de las ofrendas y para su distribución*

**<sup>11</sup> Por tal motivo mandó Ezequías que prepararan depósitos en la casa de Jehová. Los prepararon, <sup>12</sup> y en ellos metieron fielmente las primicias, los diezmos y las cosas consagradas. Nombraron a cargo de ello al levita Conanías, el principal, y Simeí, su hermano, fue el segundo. <sup>13</sup> Jehiel, Azazías, Nahat, Asael, Jerimot, Jozabad, Eliel, Ismaquías,**

**Mahat y Benaía, fueron los mayordomos al servicio de Conanías y de Simei, su hermano, por mandamiento del rey Ezequías y de Azarías, príncipe de la casa de Dios. <sup>14</sup> El levita Coré hijo de Imna, guarda de la puerta oriental, tenía a su cargo las ofrendas voluntarias para Dios, y la distribución de las ofrendas dedicadas a Jehová y las cosas santísimas. <sup>15</sup> A sus órdenes estaban Edén, Miniamín, Jesúa, Semaías, Amarías y Secanías, en las ciudades de los sacerdotes, para dar con fidelidad a sus hermanos sus porciones conforme a sus grupos, lo mismo al mayor que al menor; <sup>16</sup> a los hombres anotados por sus genealogías, de tres años para arriba, a todos los que entraban en la casa de Jehová para desempeñar su ministerio según sus oficios y grupos.**

**<sup>17</sup> También a los que eran contados entre los sacerdotes según sus casas paternas; y a los levitas de edad de veinte años para arriba, conforme a sus oficios y grupos. <sup>18</sup> Eran inscritos con todos sus niños, sus mujeres, sus hijos e hijas, es decir, toda la comunidad; porque con fidelidad se consagraban a las cosas santas. <sup>19</sup> Del mismo modo para los hijos de Aarón, sacerdotes, que estaban en los ejidos de sus ciudades, por todas las ciudades, los hombres nombrados estaban encargados de dar sus porciones a todos los hombres de entre los sacerdotes, y a todos los levitas inscritos.**

**<sup>20</sup> De esta manera hizo Ezequías en todo Judá; y ejecutó lo bueno, recto y verdadero delante de Jehová, su Dios. <sup>21</sup> En todo cuanto emprendió en el servicio de la casa de Dios, de acuerdo con la Ley y los mandamientos, buscó a su Dios, lo hizo de todo corazón, y fue prosperado.**

En esta sección de las Escrituras, las palabras claves para recordar son *orden* y *fidelidad*. La falta de alguna de ellas puede hacer que la gente desperdicie la abundancia que le da Dios. La falta de alguna de ellas también puede sembrar sospechas y envidias hasta en los grupos más pacíficos. Cuando el rey vio el

montón de ofrendas en los atrios del Templo, supo que tenía que hacer algo para conservarlas, así que mandó “que prepararan depósitos en la casa de Jehová” (versículo 11).

El rey también se encargó de que los depósitos se utilizaran para los propósitos a los que estaban destinados. La palabra “fielmente” del versículo 12 bien puede tener la intención de hacer un contraste agudo entre la manera en que se usaron los depósitos durante el tiempo de Ezequías y la forma en que se utilizaron en una ocasión durante la época del cronista. Mientras que los judíos estuvieron bajo el gobierno persa, Eliasib el sumo sacerdote se portó deslealmente al haber destinado un depósito del Templo como morada para Tobías, el amonita (Nehemías 13:7-9).

El cronista vuelve a tomar el tema de la fidelidad en los versículos 15 y 18. Los hombres de Coré fueron fieles en la distribución de las contribuciones entre los sacerdotes. Los levitas también fueron fieles en prepararse para el servicio del Señor. De todas las virtudes, la fidelidad es la menos notable, ya que por su naturaleza rara vez llama la atención; hace exactamente lo que hace, todos los días, sin pregonarlo a los cuatro vientos para que se sepa. Sólo cuando hace falta la gente sí se da cuenta. Y de todas las virtudes necesarias para darles el uso apropiado a sus ofrendas, ¿tenemos que adivinar cuál considera más importante el Señor? ¡La fidelidad!

Pablo se refiere a ella como la norma con que se debían juzgar a los ministros de Cristo (1 Corintios 4:2). Pedro la utiliza como el modelo de todo el servicio cristiano (1 Pedro 4:10; vea también Romanos 12:6-8). La vemos en el estudiante que realiza sus tareas diarias y en el pastor que prepara sus sermones semanales. La vemos en la madre que cuida sus hijos pequeños durante muchos días que algunas veces parecen interminables y que nunca tienen suficientes horas. La observamos en el padre que le lee todas las noches a su hijo. La notamos los domingos por la mañana cuando las bancas de la iglesia están ocupadas con las mismas personas que asistieron la semana pasada.

También la podemos ver en la forma en que la gente le da al Señor, no en arrebatos de culpa ni en arranques súbitos de generosidad sino “cada primer día de la semana” (1 Corintios 16:2). Y la podemos identificar en la forma como el apóstol Pablo reunió las ofrendas para los santos de Jerusalén. Hombres de todas las regiones acompañaron a Pablo a Jerusalén cuando llevó las ofrendas allí (Hechos 20:4). Pablo quería “[evitar] que nadie [los censurara]” por la forma en que administró las ofrendas de los creyentes (2 Corintios 8:20).

El orden es el otro distintivo del sistema de distribución de Ezequías. Varios de estos versículos están escritos con un estilo diferente al de las otras secciones narrativas de 2 Crónicas. Éstos son extremadamente condensados, como si fueran escritos como un tipo de lista oficial de especificaciones. Eso ha hecho que algunos comentaristas se pregunten si el cronista sólo los haya copiado directamente en su manuscrito de otros documentos antiguos, tal vez hasta de los documentos oficiales del palacio de la época de Ezequías. Sea esto verdad o no, podemos ver que Ezequías siguió todos los pasos necesarios para asegurar que se estableciera una organización apropiada para la recolección y la distribución de las ofrendas.

Conanías y sus ayudantes estaban encargados de recibir las diversas contribuciones (versículos 12,13). Eran doce en total, un número normal para formar una unidad en la estructura organizacional hebrea. Ellos servían bajo la dirección conjunta del rey y del funcionario que estaba a cargo del Templo. El mismo Conanías compartió responsabilidades con Simeí, su segundo en el mando. De alguna forma, siempre ha parecido una ventaja trabajar en parejas cuando se cuentan las ofrendas. Coré y sus ayudantes tenían la tarea de distribuir las ofrendas (versículo 14). Como en la actualidad las congregaciones tienen un secretario financiero y un tesorero, así también Ezequías quería ver que la mano que escribía los cheques fuera diferente de la que recibía el dinero.

El método de distribución también fue abierto, legal y transparente. A los sacerdotes los mantenían desde el tiempo que eran destetados (de tres años para arriba, versículo 16), mientras que las necesidades de los levitas se proveían al momento de entrar en el servicio activo (a partir de los 20 años, versículo 17). Para que esto sucediera, los sacerdotes y los levitas tenían que anotarse: “los que eran contados . . . según sus casas paternas” (versículo 17). También se hicieron distinciones entre los sacerdotes que servían regularmente en Jerusalén (versículo 16) y aquellos a quienes llamaban solo para servicio ocasional en el Templo, ya que los últimos pasaban la mayor parte de su tiempo “en los ejidos de sus ciudades” en Judá (versículo 19), parecía justo que hubiera alguna distinción en la forma en que se les subvencionaba.

Con todo este énfasis en el orden y la fidelidad, no debemos olvidar nunca la motivación que estaba detrás de todo esto. Éste era un pueblo que había hallado alegría en presencia de su Dios misericordioso (vea 30:21-26, donde la palabra *alegría* se repite cuatro veces). Esa alegría naturalmente rebosará en obras de amor. Recuerde también que ésta era una nación que se había reunido bajo el rey ungido de Dios, un rey que ejecutó “lo bueno, recto y verdadero delante de Jehová, su Dios. En todo cuanto [Ezequías] emprendió en el servicio de la casa de Dios, de acuerdo con la Ley y los mandamientos, buscó a su Dios, lo hizo de todo corazón” (versículos 20,21). El cronista no evalúa tan positivamente a ningún otro gobernante después de Salomón, ni siquiera al buen rey Josías. Seguro que no desconoce las faltas de Ezequías (vea 32:24-26); sin embargo, éstas no se consideran aquí, ya que el cronista quería animar otra vez el corazón de sus lectores con un presagio del Rey Ideal.

Nos debemos considerar muy bienaventurados quienes podemos ver el rostro de nuestro Salvador no sólo en las sombras y tipos sino en su gloria plena como el unigénito Hijo del Padre, lleno de gracia y de verdad (Juan 1:14). El apóstol nos dirige directamente hacia él, nos anima a pasar nuestra vida en el servicio

amoroso de ese Rey: “Ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre siendo rico, para que vosotros con su pobreza fuerais enriquecidos” (2 Corintios 8:9).

### *El rey de Dios es puesto a prueba*

Antes de hablar plenamente del capítulo siguiente, vale la pena hacer una nueva pausa para hacer algunas observaciones sobre el método general del cronista en la redacción de su historia. Aquí podemos discernir su manera de trabajar con especial claridad porque no tenemos uno sino dos relatos paralelos en las Escrituras que nos informan sobre los mismos acontecimientos (vea 2 Reyes 18–20 e Isaías 36–39). Al notar las diferencias, podemos sacar varias conclusiones. En algunos lugares, el cronista sencillamente supone que sus lectores están familiarizados con los relatos paralelos. Los versículos 24 a 26 del capítulo 32 son bastante generales en comparación con los relatos elaborados ampliamente de estos mismos acontecimientos que encontramos en Reyes e Isaías. Es casi seguro que sus lectores hasta hubieran tenido dificultades en comprender los versículos si no hubieran estado ya familiarizados con las historias de las otras fuentes. Pero si el cronista supone este conocimiento, sus alusiones sencillas tendrían gran impacto en un espacio reducido.

Esta condensación de material a veces también tuvo el efecto de hacer que las verdades fueran de una aplicación más general y eterna o de hacer contrastes con fuerza más impresionante. Por ejemplo, en la invasión de Senaquerib, los 21 versículos del cronista cubren el mismo material básico que los 57 versículos que necesita el escritor de Reyes para contar la misma historia. El cronista no nos da todos los nombres de los generales de Senaquerib, ni nos informa sobre la rebelión de Ezequías contra el rey de Asiria, como lo hace el escritor de Reyes (2 Reyes 18:7). Sin embargo, en la descripción del cronista recibimos un cuadro

más completo de la confrontación entre el bien y el mal, entre el reino divino de luz y el reino de las tinieblas.

Finalmente, hemos notado más de una vez que el cronista les da forma a los relatos que encuentra en los libros de Samuel y Reyes y que muchas veces los *complementa* con material nuevo que no se encuentra en ninguna otra parte de las Escrituras. Algunas veces, el efecto general de esta redacción y complementación casi nos da una impresión totalmente diferente de un rey en particular de la que ya teníamos. Aquí otra vez es útil recordar que la verdad raras veces tiene dos dimensiones. Dos personas pueden describir el mismo acontecimiento, pero desde un punto de vista completamente diferente. Ninguno de los dos distorsiona la verdad; solo que cada uno al hablar escoge concentrarse en una faceta especial de la verdad que el otro no enfatiza de la misma forma. El escritor de Reyes opta por subrayar algunas de las faltas de Ezequías, como la utilización de los tesoros del Templo para sobornar a Senaquerib, o su primera reacción desesperada a la burla del comandante asirio (2 Reyes 18:15,16; 19:1-3). El cronista sigue todavía interesado en mostrarnos a Ezequías como una sombra del Rey Ideal, de modo que presenta la invasión como una prueba de la fidelidad que Ezequías aprobó con el fortalecimiento del Señor.

*Senaquerib invade a Judá; Ezequías fortifica a Jerusalén y a su pueblo*

**32** Después de estas cosas y de esta fidelidad, vino Senaquerib, rey de los asirios, invadió a Judá y acampó contra las ciudades fortificadas con la intención de conquistarlas.

<sup>2</sup> Al ver Ezequías que Senaquerib había llegado con la intención de combatir a Jerusalén, <sup>3</sup> consultó con sus príncipes y sus hombres valientes y les propuso cegar las fuentes de agua que estaban fuera de la ciudad; y ellos lo

**apoyaron. <sup>4</sup> Entonces se reunió mucho pueblo, y cegaron todas las fuentes y el arroyo que corría a través del territorio, diciendo: «¿Por qué han de hallar los reyes de Asiria muchas aguas cuando vengan?»**

**<sup>5</sup> Con ánimo resuelto edificó luego Ezequías todos los muros caídos, e hizo alzar las torres y otro muro por fuera; fortificó además a Milo, en la Ciudad de David, y también hizo muchas espadas y escudos. <sup>6</sup> Puso capitanes de guerra sobre el pueblo, los hizo reunir en la plaza de la puerta de la ciudad, y les habló al corazón, diciendo: <sup>7</sup> «Esforzaos y animaos; no temáis ni tengáis miedo del rey de Asiria, ni de toda la multitud que con él viene; porque más hay con nosotros que con él. <sup>8</sup> Con él está el brazo de carne, pero con nosotros está Jehová, nuestro Dios, para ayudarnos y pelear nuestras batallas.» Y el pueblo tuvo confianza en las palabras de Ezequías, rey de Judá.**

Como lo hemos dicho, el cronista pone la invasión de Senaquerib dentro del contexto de la fidelidad de Ezequías (versículo 1), una fidelidad que nuestro escritor describió con grande afecto en los capítulos anteriores. ¿Fue la invasión una prueba del Señor? Así parece. Esta prueba sí la pasaría; la que vendría después no (vea 32:31). “Vino Senaquerib, rey de los asirios, invadió a Judá.” En ese tiempo (alrededor del año 701 a.C.) solo el informe de la llegada del rey de los asirios hubiera sido suficiente para poner a la mayoría de los reyes del Cercano Oriente a temblar como gelatina. Los asirios habían formado su imperio sin escrúpulos, aplastando a otros sin piedad. Ellos tenían gran poder militar, y no eran tímidos para usarlo. Como Lutero lo destacó muchas veces, precisamente cuando Dios parece que se esconde, la gente tiene la mayor oportunidad de poner en práctica la fe en su promesa.

Eso hizo exactamente el rey fiel de Dios. La fe que había en el corazón de Ezequías fue evidente por las acciones que llevó a cabo en su vida. Al darse cuenta de que no podía enfrentar a los

asirios en el campo de batalla, Ezequías inmediatamente se puso a reforzar las defensas de Jerusalén. Las ciudades antiguas tenían algunas necesidades básicas para resistir a un enemigo más poderoso por un tiempo extendido. Entre éstas estaban: el agua para beber, los alimentos para comer, las murallas de defensa y defensores dispuestos a patrullar. Además, cuanto más le negaba a su adversario el acceso a estos recursos, una ciudad que se defendía tendría más posibilidades de sobrevivir.

Al pensar en eso, Ezequías primero se encargó del suministro de agua en Jerusalén. “[Cegaron]” las fuentes de agua de fuera de la ciudad para impedir que su enemigo las usara. Eso bien pudo haber incluido varios canales y conductos en el Torrente de Cedrón que distribuían el agua desde la fuente de Guijón. Es probable que el proyecto que se menciona más adelante, en el versículo 30, también tenga la misma fecha aproximada: “Fue Ezequías quien cubrió los manantiales de Guijón la de arriba, y condujo el agua hacia el occidente de la Ciudad de David.” Muchos intérpretes piensan que el rey decidió cambiar el curso de las aguas de la fuente debido a que le quería asegurar el suministro permanente de agua a su ciudad en caso de que fuera sitiada. Cuando terminó, el agua de la fuente fluía a través de un túnel cavado en la roca y se depositaba en una represa ubicada *dentro de* las paredes de la ciudad. Hace más de cien años, unos bañistas descubrieron en el Estanque de Siloé una antigua inscripción hebrea a la entrada de ese túnel, donde se detallaba cómo los trabajadores habían perforado finalmente los últimos metros de roca. Muchos eruditos consideran que la fecha de esta “Inscripción del Estanque de Siloé” es del tiempo de Ezequías. La fuente de Guijón se convirtió en un río que refrescaba la ciudad de Dios (vea Salmo 46:4).

No contento con solo asegurar el suministro de agua, el rey procedió a abordar el asunto de los muros de Jerusalén, trabajó duro para reparar todas las secciones quebradas y erigió torres en puntos estratégicos (versículo 5). Como paso final, el versículo 6 nos informa que organizó y equipó sus fuerzas militares como lo habían hecho otros grandes reyes antes de él (David el más notable

de todos). De este modo, cumplió con la mayoría de los requisitos que su ciudad necesitaba para resistir el asedio. El agua, los muros y los defensores estaban todos presentes. Sólo podemos suponer que no había sido negligente en adquirir una cantidad adecuada de alimentos.

La pregunta retórica que hicieron sus trabajadores hombres cuando bloquearon las fuentes resume bastante bien el espíritu de los primeros cinco versículos: “¿Por qué han de hallar los reyes de Asiria muchas aguas cuando vengan?” (versículo 4). En otras palabras, ¿por qué debemos hacer que las cosas sean más fáciles para el enemigo? Aquí nos podemos ocupar de la discusión de una pregunta que se presenta al comparar esta crisis con una parecida que surgió en la vida del rey Josafat. Ezequías trabajó diligentemente con el fin de prepararse para el sitio que sabía estaba próximo. Cuando la vida de Josafat y la de su pueblo estuvieron bajo la amenaza de un ataque inminente, el rey no hizo ningún preparativo para defenderse. Todo lo que hizo fue reunir la congregación de Israel, ir al Templo y expresar en oración su absoluta dependencia de Dios (capítulo 20). Puede ser que le quisiéramos preguntar al cronista, ¿Cuál es la mejor respuesta al problema: la oración o el trabajo?

La respuesta, por supuesto, sería: ambas. Algunas veces, dependiendo de las circunstancias y de las personalidades involucradas, un rey puede llevar a cabo muchas actividades mientras ora al mismo tiempo. En otras ocasiones, el rey podría simplemente esperar a que el Señor le diera la victoria. En todo caso, lo esencial es depender del poder supremo del Señor. Ezequías con sus preparativos no tenía la intención de despreciar al Señor; en realidad, como un verdadero rey evangélico, después preparó el corazón de su pueblo para el combate diciendo: “Esforzaos y animaos; . . . porque más hay con nosotros que con él. Con él está el brazo de carne, pero con nosotros está Jehová, nuestro Dios, para ayudarnos y pelear nuestras batallas” (versículos 7,8). Ezequías se dio cuenta, como lo había hecho el rey Josafat antes que él, que la batalla era del Señor.

Nuestro problema algunas veces es caer en el hábito de pensar que la piedad solo toma una forma. El idealista mira a los prácticos y les dice: “¡Ustedes no tienen fe!” Los prácticos miran a los idealistas y les dicen: “¡Ustedes están tentando a Dios!” ¿Será posible que el Señor los haya puesto a *ambos*, al idealista y al práctico, en el mismo grupo de creyentes, para que cada uno pueda aprender del otro? El cronista dice: “¡Desde luego!” Ambos deben encontrar el descanso para su alma en las palabras y en las promesas del Dios. El práctico debe estar alerta para no empezar a depender de todas sus acciones y creer que pueda obtener la salvación actuando de una manera práctica. Dios puede ganar la victoria con su trabajo o sin el. El idealista debe estar alerta para no confiar descuidadamente y pensar que su carne pecadora de algún modo ha desaparecido y por lo tanto no necesita más disciplina (vea 1 Corintios 9:25-27). Después de todo ¿por qué hacer que las cosas sean más fáciles para el enemigo?

El sermón de Ezequías y la conmovedora declaración de fe que le hizo a su pueblo, que estaba al borde de la guerra, merecen una consideración más cuidadosa. A través de los siglos, otros generales habían animado a sus tropas señalándole las glorias que estaban por ganar o las orgullosas tradiciones de su pueblo que debían imitar. Algunos pueden le quitar importancia a la fuerza del enemigo exagerando las habilidades y el poder de su propio ejército. Ezequías dijo exactamente lo que cualquier general terrenal diría: “Esforzaos y animaos; no temáis ni tengáis miedo” (versículo 7). Con las mismas palabras, Moisés también había animado a su pueblo cuando estaban por entrar en la Tierra Prometida (Deuteronomio 31:6). Así también les habló Josué a sus tropas y David a su hijo (Josué 10:25; 1 Crónicas 22:13, 1 Crónicas 28:20).

No obstante, *la base* del ánimo de Israel y su *objetivo* en la batalla eran completamente diferentes. En cada ocasión, a Israel se le animó a ser fuerte porque el Señor estaba con ellos (Deuteronomio 31:8,23; Josué 1:9; 1 Crónicas 28:20). Él los escogió como su pueblo y prometió glorificar su Nombre salvador

en ellos. Por lo tanto, el *objetivo* de las tropas de Israel en la batalla nunca fue ganar la gloria para ellos mismos, sino más bien llevar a cabo los mandamientos de Dios (Josué 1:7,18; 1 Crónicas 22:13; 28:20).

Al saber que el Señor estaba con ellos, Israel tenía toda la razón para estar confiado. Fue cuestión de una comparación simple. Por un lado, estaba el rey de Asiria y “toda la multitud” que lo acompañaba (sin quitarle importancia a la fuerza del enemigo aquí: la palabra hebrea para el ejército asirio también se puede traducir como “horda”). Por el otro estaba “Jehová, nuestro Dios, para ayudarnos” (versículo 8). Con una atenuación hábil, el rey le recordó a sus tropas lo que esto significa: “Más hay con nosotros que con él [el rey asirio]” (versículo 7). ¿Por qué? Porque no importaba cuán numerosos fueran, ni cuán aterradores y sedientos de sangre pudieran estar los asirios; no obstante, eran y seguirían siendo “el brazo de carne” mientras que a Israel lo protegía la mano fuerte del Señor y su brazo extendido (vea Deuteronomio 5:15). Simplemente no había comparación entre los dos poderes.

Separados de Cristo, estamos bajo la coerción de muchos tiranos furiosos. Nuestra carne pecaminosa nos acosa y el mundo incrédulo nos hostiga. Constantemente debemos estar guardia contra la tentación del demonio a pecar o contra sus acusaciones de culpa. Si nosotros o nuestros enemigos dejáramos alguna vez de tener en cuenta el poder del Señor, quedaríamos atrapados como un pájaro en una jaula (como Senaquerib una vez se jactó orgullosamente respecto a Ezequías). Pero Cristo puso a nuestro enemigo bajo sus pies, llevó todo lo que nos condena a la cruz y venció a toda la fiera enemistad del mundo. Al depender de su fuerza, obtenemos la victoria sobre todo lo que nos amenace.

Esto deja una pregunta clave para contestar. ¿Cómo pueden saber con seguridad, los creyentes a quienes se les está atacando, que el Señor está con ellos? El Señor mismo nos ha dado una señal: “Una virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Emanuel (que significa: ‘Dios con nosotros’)” (Mateo

1:23; Isaías 7:14). Para rescatarnos, Dios mismo se hizo hombre. Por esto los que vivimos en la ciudad de Dios siempre disfrutamos de la paz más perfecta, aunque todo el mundo pueda explotar en caos alrededor de nosotros.

Dios es nuestro amparo y fortaleza,  
nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.  
Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida  
y se traspasen los montes al corazón del mar;  
aunque bramen y se turben sus aguas,  
y tiemblen los montes a causa de su braveza.  
Del río sus corrientes alegran la ciudad de Dios,  
el santuario de las moradas del Altísimo.  
Dios está en medio de ella; no será conmovida.  
Dios la ayudará al clarear la mañana.  
Bramaron las naciones, titubearon los reinos;  
dio él su voz y se derritió la tierra.  
¡Jehová de los ejércitos está con nosotros!  
¡Nuestro refugio es el Dios de Jacob! (Salmo 46:1-7)

Como lo hizo el pueblo de Jerusalén (versículo 8), así nosotros también encontramos consuelo en las palabras de nuestro Rey.

### *Senaquerib se burla de Dios y de su Palabra*

**<sup>9</sup> Después de esto, Senaquerib, rey de los asirios, mientras sitiaba a Laquis con todas sus fuerzas, envió sus siervos a Jerusalén para decir a Ezequías, rey de Judá, y a todos los de Judá que estaban en Jerusalén:**

**<sup>10</sup> «Así ha dicho Senaquerib, rey de los asirios: ¿En quién confiáis vosotros al resistir el sitio en Jerusalén? <sup>11</sup> ¿No os engaña Ezequías para entregaros a la muerte por hambre y sed, cuando dice: “Jehová, nuestro Dios, nos libraré de manos del rey de Asiria”? <sup>12</sup> ¿No es Ezequías el mismo que ha quitado sus lugares altos y sus altares, y ha dicho a Judá y a Jerusalén: “Sólo delante de este altar adoraréis, y sobre él quemaréis incienso”? <sup>13</sup> ¿No habéis sabido lo que yo y mis**

**padres hemos hecho a todos los pueblos de la tierra? ¿Pudieron los dioses de las naciones de esas tierras librar su tierra de mis manos? <sup>14</sup> ¿Qué dios hubo de entre todos los dioses de aquellas naciones que destruyeron mis padres, que pudiera salvar a su pueblo de mis manos? ¿Cómo podrá vuestro Dios libraros de mis manos? <sup>15</sup> Ahora, pues, no os engañe Ezequías ni os persuada de ese modo, ni le creáis; que si ningún dios de todas aquellas naciones y reinos pudo librar a su pueblo de mis manos y de las manos de mis padres, ¿cuánto menos vuestro Dios os podrá librar de mis manos?»**

**<sup>16</sup> Esto y otras cosas más hablaron sus siervos contra Jehová Dios, y contra su siervo Ezequías. <sup>17</sup> Además de esto escribió cartas en que blasfemaba contra Jehová, el Dios de Israel, y hablaba contra él diciendo: «Así como los dioses de las naciones de los países no pudieron librar a su pueblo de mis manos, tampoco el Dios de Ezequías librará al suyo de mis manos.»**

**<sup>18</sup> Entonces gritaron bien fuerte en judaico al pueblo de Jerusalén que estaba sobre los muros, para espantarlos y atemorizarlos, a fin de poder tomar la ciudad. <sup>19</sup> Hablaban del Dios de Jerusalén como de los dioses de los otros pueblos de la tierra, que son hechos por los hombres.**

El orgulloso rey de Asiria le envió sus mensajeros a Ezequías, mientras que él mismo se encargaba de sitiar a Laquis. ¡Desde luego, era un hombre con muchas ocupaciones! No hay duda de que el envío de los mensajeros fue parte de la campaña de guerra psicológica, útil para socavar la voluntad que tenía el enemigo para resistir. Él, el gran rey asirio, no necesitaba ir en persona; le bastaba con enviar a sus lacayos. Josef Goebbels de la Alemania Nazi no inventó la propaganda, un vistazo al mensaje del rey aquí nos dice que Goebbels ni siquiera pudo haber pretendido perfeccionarla. Senaquerib se las había arreglado para

hacer eso mucho antes que él. Todo está aquí: las distorsiones, las verdades a medias y la gran mentira.

El rey le preguntó al pueblo de Jerusalén: “¿En quién confiáis vosotros?” (versículo 10), “¿En el sermonecito de Ezequías?! Miente cuando dice que el Señor los protegerá.” Luego, Senaquerib sigue tratando de causar una división entre el pueblo del Señor y su rey. En el versículo 12, sus palabras realmente dicen: “¿Por qué habría de tener el Señor alguna consideración especial por Ezequías? ¿Acaso no escuché yo, en alguna parte, que él había sido la persona que derrumbó todos los altares del Señor en los lugares altos y quien insistió en que al Señor se le debía adorar en un solo lugar?” Puesto que era idólatra, no podía creer que el Señor hubiera insistido en una cosa así. Después de todo, desde su punto de vista, entre más altares hubiera, más contento estaría cualquier dios. Con esa lógica se concluiría que Ezequías había ofendido al Señor, el Dios de Israel, al derrumbar todos esos altares, y por lo tanto no podía afirmar que hablaba por él. Por la costumbre impía de Judá de levantar esos altares en los lugares altos, se puede ver cómo este argumento pudo haber afectado al pueblo que estaba sitiado. Muchas veces las personas, cuando están bajo presión, se vuelven a sus antiguas costumbres, a las viejas supersticiones.

El rey continúa, diciendo: “Además ¿No leen ustedes los periódicos? ¿No se dan cuenta de con quién tratan aquí? Los asirios hemos barrido con todo, y jamás ninguno de los dioses de las otras naciones les ha ayudado ¿Por qué piensan que su dios es diferente?” (vea los versículos 13-15). El cronista hace una breve alusión a los acontecimientos que se describen de una manera más completa en 2 Reyes (compare los versículos 17-19 con 2 Reyes 18:26-37 y 2 Reyes 19:9-13). Sin embargo, para el cronista, el asunto ya está más claro que el agua: el rey de Asiria agrupa al Dios de Jerusalén con todo el resto de los dioses de la tierra. La peor clase de blasfemia es poner al Dios vivo en la misma categoría que la “obra de manos de hombres” (versículo 19).

Senaquerib se oponía al Señor y a su ungido. Así sucede en todos los conflictos entre las fuerzas de la luz y las fuerzas de las tinieblas. Podemos esperar que el demonio trate de producir una división entre nosotros y nuestro Rey. Lo hace burlándose de la Palabra de Dios, poniendo en ridículo las promesas de Dios, y amontonando los pecados tan alto sobre nuestra cabeza que no podemos ver al Salvador que murió por todos ellos. El demonio también trata de separar a nuestro Rey de Dios mismo; insinúa que el Dios que adoramos en verdad no es diferente del dios que cualquier otra persona adora. “Muchos caminos, muchos senderos (cristiano, musulmán, judío, hindú, animista) pero al final todos llegamos al mismo lugar. ¿Por qué ser tan estrictos respecto al único Nombre y al único Camino?” Podríamos dejar que Lutero dé la respuesta, tanto a Senaquerib como a cualquiera otra persona que profiera estas blasfemias orgullosas contra nuestro Dios y Rey:

No escucharé ni sabré de ningún otro Dios,  
sino sólo miraré y escucharé  
a Cristo. Y si lo escucho ya se cual es mi situación ante  
Dios; y ya no tengo que atormentarme como antes con  
ansiedad por la  
expiación y la reconciliación con Dios. Porque en  
esta imagen toda la ira y los terrores se desvanecen, y  
solo la gracia y el consuelo resplandecen.\*

*Dios responde al rayar el día*

**<sup>20</sup> Pero el rey Ezequías y el profeta Isaías hijo de Amoz oraron por esto, y clamaron al cielo. <sup>21</sup> Y Jehová envió un ángel, el cual destruyó a todo valiente y esforzado, y a los jefes y capitanes en el campamento del rey de Asiria. Por tanto, éste volvió a su tierra avergonzado; y al entrar en el templo de su dios, lo mataron a espada sus propios hijos.**

---

\* *Luther's Works*, American Edition, Vol 24, p. 98.

**<sup>22</sup> Así salvó Jehová a Ezequías y a los habitantes de Jerusalén de las manos de Senaquerib, rey de Asiria, y de las manos de todos; y les dio reposo por todos lados. <sup>23</sup> Muchos trajeron entonces a Jerusalén ofrenda a Jehová, y ricos presentes a Ezequías, rey de Judá; el cual fue muy engrandecido delante de todas las naciones después de esto.**

Por la naturaleza que ha tenido nuestro debate hasta este punto, parece seguro un resultado victorioso. El cronista nos ha dado antes ejemplos de ocasiones en las que el pueblo de Dios se enfrentó a fuerzas arrolladoras y aun así ganó la victoria (vea 20:1-30). Cuando se ha cuestionado el nombre del Señor como el Dios Salvador, él procede a vindicar la confianza que su pueblo ha puesto en él. El Señor dice: “Seré exaltado entre las naciones; enaltecido seré en la tierra” (Salmo 46:10). Pero eso no convierte a la oración algo superfluo; por 2 Reyes sabemos que Ezequías le había pedido a Isaías que intercediera mediante la oración por Jerusalén (2 Reyes 19:4). El cronista nos dice aquí que Ezequías también oró (versículo 20). En su estilo convincente, Lutero le dijo esto una vez a su congregación: “Las órdenes y los mandamientos de Dios, y las oraciones de los cristianos . . . son los dos pilares que sostienen todo el mundo.” \* Dice específicamente que las oraciones de intercesión habían sido las armas que “derrotaron a los ejércitos del emperador asirio”. \*\*

Dios contestó esas oraciones contundentemente: “Y Jehová envió un ángel, el cual destruyó a todo valiente y esforzado, y a los jefes y capitanes en el campamento del rey de Asiria. Por tanto, este volvió a su tierra avergonzado; y al entrar en el templo de sus dios, lo mataron a espada sus propios hijos” (versículo 21). Han surgido muchas teorías acerca de lo que sucedió exactamente. Algunos han sugerido que la peste bubónica destruyó a las fuerzas de Senaquerib; otras especulaciones van desde lo milagroso hasta

---

\* *Luther's Works*, American Edition, Vol. 24, p. 81.

\*\* *Luther's Works*, American Edition, Vol. 24, p. 80.

lo ridículo. Lo que el cronista resalta aquí es lo contrario a cada una de las jactancias de Senaquerib: el Señor *sí* liberó a su ciudad, como Ezequías dijo que lo haría y Senaquerib lo negó. Por otro lado, el dios de Senaquerib no pudo salvarlo aunque su devoto le oró en su propio templo. Allí, al orgulloso asirio que se había jactado de sus padres (versículo 13) lo mataron sus propios hijos (versículo 21). Los asirios también se habían burlado del Templo como el lugar central de adoración (versículo 12); Dios, al derrotar a Senaquerib, aumentó la gloria de su Casa inspirando a muchos a presentarle ofrendas en Jerusalén (versículo 23). Finalmente, Senaquerib sostuvo que era el terror de las naciones (versículos 13,14), y Dios reemplazó ese terror con una gran consideración por Ezequías, su rey ungido (versículo 23).

***Los tesoros en vasijas de barro:  
el orgullo de Ezequías, éxito y muerte***

**<sup>24</sup> En aquel tiempo Ezequías enfermó de muerte; y oró a Jehová, quien le respondió y le dio una señal. <sup>25</sup> Pero Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enaltecó su corazón, por lo cual vino la ira contra él, contra Judá y Jerusalén. <sup>26</sup> Pero después de haberse enaltecido su corazón, Ezequías se humilló, él y los habitantes de Jerusalén; por eso no estalló sobre ellos la ira de Jehová en los días de Ezequías.**

**<sup>27</sup> Ezequías tuvo riquezas y gloria, muchas en gran manera; y adquirió tesoros de plata y oro, piedras preciosas, perfumes, escudos, y toda clase de joyas deseables.**

**<sup>28</sup> Asimismo hizo depósitos para las rentas del grano, del vino y del aceite, establos para toda clase de bestias, y apriscos para los ganados. <sup>29</sup> Adquirió también ciudades, y hatos de ovejas y de vacas en gran abundancia, porque Dios le había dado muchas riquezas.**

**<sup>30</sup> Fue Ezequías quien cubrió los manantiales de Gihón la de arriba, y condujo el agua hacia el occidente de la Ciudad**

**de David. Y fue prosperado Ezequías en todo lo que hizo.**

**<sup>31</sup> Pero en lo referente a los mensajeros de los príncipes de Babilonia, que enviaron a él para saber del prodigio que había acontecido en el país, Dios lo dejó, para probarle y conocer todo lo que estaba en su corazón.**

**<sup>32</sup> Los demás hechos de Ezequías y sus misericordias están escritos en la profecía del profeta Isaías hijo de Amoz, en el libro de los reyes de Judá y de Israel. <sup>33</sup> Durmió Ezequías con sus padres y lo sepultaron en el lugar más prominente de los sepulcros de los hijos de David, y lo honró en su muerte todo Judá y toda Jerusalén. Reinó en su lugar su hijo Manasés.**

Ezequías fue un rey bueno y piadoso. En todo el relato del gobierno de Ezequías, el cronista no nos ha escatimado nada para cantar sus alabanzas. Al seguir aquí con el mismo espíritu, nos dice que Ezequías tuvo muchas riquezas (versículo 27), se ocupó de muchos proyectos de construcción, y hasta compartió la afición de su bisabuelo, Uzías, por la agricultura y por el cuidado de los animales (versículo 27-30). Prosperó en todo lo que hizo y tuvo fama por “sus misericordias” (versículos 30,32). Al morir, recibió grandes honores y fue enterrado en los sepulcros de los reyes (versículo 33).

Ezequías fue un rey bueno y piadoso. Sin embargo, no fue un rey perfecto; en su tiempo de tribulación y enfermedad, invocó al Señor, pero aunque el Señor lo liberó y hasta le dio una señal milagrosa, Ezequías no lo honró como Dios (versículo 24,25). En cambio, cuando fue puesto a prueba, el orgullo innato de la naturaleza pecaminosa de Ezequías salió a flote. Ezequías se glorió en toda su riqueza mostrándosela a los enviados de Babilonia cuando llegaron de visita (versículo 31). Tenemos todos los detalles en el relato más completo de la historia en 2 Reyes 20. Aunque simplemente hace alusión al relato de 2 Reyes, el cronista de ninguna manera le quita importancia al pecado. En realidad, el cronista lo destaca dividiéndolo en dos referencias separadas (versículos 25,31). La primera referencia hace un contraste total

entre la gran misericordia de Dios y el orgullo pecador de Ezequías. El cronista utiliza la segunda referencia para completar su descripción de las muchas bendiciones que Ezequías había recibido. Al resaltar la bondad de Dios poniendo otra vez el contraste con la ingratitud del hombre, el cronista nos muestra cómo las abundantes bendiciones de Dios se ponen dentro del marco del orgullo del hombre.

¿Cómo debemos evaluar esto? Además de la advertencia clara que le hace a su pueblo sobre lo fácil que es olvidarse de los beneficios de Dios, el cronista le dice a Israel que debían esperar a otro rey, el Rey justo que nunca fracasaría, que nunca defraudaría a Dios ni al hombre con el pecado. En el mejor de los casos Ezequías era una sombra de él, una sombra cuyas imperfecciones tenían el propósito de despertar en su pueblo el anhelo de que viniera alguien mejor. Y alguien mejor *vendría*. Como sabemos, un día el Rey justo vino a Jerusalén, manso, sentado sobre un asno. No había orgullo que desfigurara la vista de su misericordia perfecta. Vino para traer la salvación; vino a predicar la paz a las naciones (Zacarías 9:9,10).

### ***El reino de Dios bajo Manasés y Amón: la reforma deshecha***

Manasés y su hijo Amón perdieron todos los beneficios espirituales que Dios había permitido que Ezequías ganara para su pueblo. El reino de Dios como lo percibimos con nuestros sentidos es la iglesia militante. Los avances de los piadosos son neutralizados por los contrataques de los impíos. La verdadera belleza de la iglesia se encuentra tan escondida en el mundo, que solo la gracia de Cristo nos puede dar los ojos para verla. De nuevo, observamos en estos dos reyes un período de gran oscuridad, recordándonos que nunca debemos dar por sentada nuestra propia herencia espiritual. Cada generación se debe apropiar nuevamente las verdades eternas y salvadoras de la santa Palabra de Dios. Si estamos satisfechos de nosotros mismos,

interpretando mal la naturaleza de la batalla en la que estamos comprometidos, nos arriesgamos a perderlo todo.

Acaz construyó el ataúd espiritual de Judá; Manasés y Amón le pusieron la cubierta y la clavaron. El cronista y el autor de Reyes están completamente de acuerdo en este punto. Lo sorprendente del relato que hace el cronista del reinado de Manasés es el arrepentimiento de Manasés, un asunto que el autor de Reyes no menciona. La razón debe ser sencillamente que el autor de Reyes decidió utilizar el texto de la historia para predicar la ley con toda severidad. Su audiencia necesitaba despejarse y entender por qué el Rey había rechazado a sus reyes. A menudo hemos hablado de lo que necesitaban los que escuchaban al cronista; su depresión espiritual exigía las aplicaciones generosas del bálsamo sanador del evangelio. Por eso el cronista decidió utilizar los hechos de la historia de Manasés para predicar *tanto la ley como el evangelio*, la ley más severa y el evangelio más dulce. Veremos algunos de sus métodos específicos cuando hablemos del texto.

### *Manasés descarría a Judá*

**33** Doce años tenía Manasés cuando comenzó a reinar, y cincuenta y cinco años reinó en Jerusalén. <sup>2</sup> Pero hizo lo malo ante los ojos de Jehová, conforme a las abominaciones de las naciones que Jehová había echado de delante de los hijos de Israel. <sup>3</sup> Porque él reedificó los lugares altos que Ezequías, su padre, había derribado, levantó altares a los baales, hizo imágenes de Asera, y adoró a todo el ejército de los cielos y les rindió culto. <sup>4</sup> Edificó también altares en la casa de Jehová, de la cual había dicho Jehová: «En Jerusalén estará mi nombre perpetuamente.» <sup>5</sup> Edificó asimismo altares a todo el ejército de los cielos en los dos atrios de la casa de Jehová.

<sup>6</sup> Pasó sus hijos por fuego en el valle del hijo de Hinom, y observaba los tiempos, confiaba en agüeros, era dado a

**adivinations y consultaba a adivinos y encantadores; se excedió en hacer lo malo ante los ojos de Jehová, hasta encender su ira. <sup>7</sup>Además de esto puso una imagen fundida que hizo en la casa de Dios, de la cual había dicho Dios a David y a su hijo Salomón: «En esta Casa y en Jerusalén, la cual yo elegí sobre todas las tribus de Israel, pondré mi nombre para siempre; <sup>8</sup>y nunca más quitaré el pie de Israel de la tierra que yo entregué a vuestros padres, a condición de que guarden y hagan todas las cosas que yo les he mandado por medio de Moisés, toda la Ley, los estatutos y los preceptos.»**

**<sup>9</sup>Manasés hizo extraviar, pues, a Judá y a los habitantes de Jerusalén, para que hicieran mayores males que las naciones que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel.**

Desde el principio, el propósito de Manasés fue organizar una contra reforma; Manasés trato de arruinar todo lo bueno que hizo su padre Manasés (versículos 3,4). Sus pecados parecen un catálogo de todas las iniquidades y maldades que un rey pudiera cometer (vea Deuteronomio 12:5–13:9; 18:9-14). El cronista organiza su lista de tal manera que al comienzo y al final hay referencias a las naciones que el Señor había echado de la Tierra Prometida “de delante de los hijos de Israel” (versículos 2,9). Como un mal augurio, el escritor prefigura no sólo el castigo que el Señor estaba por imponerle a Manasés sino también el castigo que su pueblo iba a recibir pronto. Ellos se habían unido al pecado del rey y habían incurrido en la misma culpa. Dios estaba por arrojarlos de su tierra.

Jesús les dio el mismo mensaje a sus discípulos, usando términos ligeramente diferentes: “Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal pierde su sabor, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres” (Mateo 5:13). Cuando ya no hay ninguna distinción entre los cristianos, cuando comenzamos a parecer, hablar y actuar “como todos los demás”, hemos dejado de cumplir el propósito para el

cual Dios nos ha creado en Cristo. Cuando somos inútiles para los propósitos piadosos y somos inmundos, Dios nos trata como tales y nos lanza a la calle para que seamos pisoteados. Esas son las solemnes palabras de advertencia que le dice Cristo a cualquiera que se burle de la gracia.

Podemos hacer una observación más sobre la forma magistral como el cronista dispuso esta sección. Note con cuánta habilidad ha puesto los pecados más viles al lado de las más preciosas promesas del Señor. En vez de conservar el santuario central sin contaminación, Manasés les construyó altares en sus atrios a todos los ejércitos de los cielos, exactamente donde el Señor había dicho: “estará mi nombre perpetuamente” (versículo 4). Puso en el templo de Dios una imagen tallada en el santuario y en la ciudad donde el Señor había escogido revelarse a Israel (versículo 7). El contraste produce en el lector un horror absoluto por el pecado. ¡Dios demostró su dulce gracia en el Templo y en la ciudad, y recibió este agradecimiento por hacerlo! Hoy, a la gente le gusta pensar que se está volviendo más sofisticada, pero tal vez nada más nos estamos volviendo más desvergonzados. Quizás todo lo que ha sucedido es que la cantidad de hechos horribles a la que estamos expuestos a diario sólo nos ha vuelto incapaces de escandalizarnos. Dios quiera darnos el verdadero horror por el pecado; ¡que él nos ayude a ver en él toda su realidad repugnante!

Podemos ver una descripción breve de los pecados de Manasés para entender mejor su significado en nuestros tiempos. Primero, tenemos la idolatría excedió aún a la de su bisabuelo Acaz. Él había fundado lo que podríamos llamar “altares de oposición”: otros lugares, además de la casa de Dios, donde el pueblo de Dios podía rendir adoración. Esos lugares de Acaz se pudieron dedicar al Señor, o abiertamente a un dios falso. En todo caso, estaban prohibidos. Acaz también corrompió la verdadera adoración a Dios en el Templo con su nuevo altar de sacrificio, copiado de uno que había visto en Damasco. Por último, simplemente cerró las puertas de la casa de Dios, impidiendo así la adoración de cualquier clase.

Se podría preguntar: ¿Qué puede ser peor que esto? La respuesta es que Manasés lo hizo estableciendo altares paganos y adorando a dioses falsos e ídolos precisamente dentro del Templo (versículos 5,7). Al Señor, que había amado a su pueblo como un esposo, se le estaba pidiendo que tolerara rivales dentro de su propia Casa (Jeremías 31:32). ¡Seguramente él, cuyo nombre es Celoso (Éxodo 34:14), no lo iba a soportar! Los actos de Manasés son una equivalencia aproximada a las prácticas actuales de algunos cristianos que incorporan en su adoración costumbres paganas. Tal vez traten de justificarlas llamándolas “cultos ecuménicos” o “celebraciones de la diversidad”, pero Dios las llama de otro modo. ¡Y no se les quitará la etiqueta de “detestable”!

En los versículos 3 y 5, la expresión “ejército de los cielos” se refiere a todos los cuerpos celestes que vemos: el cielo, las estrellas, los planetas. Muchas sociedades antiguas, desde los caldeos hasta los romanos, creían que las luces que veían en el cielo eran dioses o estaban estrechamente asociadas con los dioses. Siempre les pareció buena idea mantener su amistad adorándolas; seguir la trayectoria de sus movimientos también fue una forma de predecir el futuro. La declaración: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” puede que a usted y a mí no nos parezca muy estremecedora, pero la diferencia fundamental que establece entre Dios y su creación física no siempre se entendía tan bien en el pasado. Por eso, las Escrituras nunca se cansan de decir que *Dios hizo* los ejércitos celestiales (Salmo 33:6; Isaías 45:12); por lo tanto, a ellos no se les debe adorar.

Así mismo, las Escrituras nos enseñan que solo Dios conoce el futuro y lo puede predecir con exactitud (Salmo 33:8-11; Isaías 41:26-29). Las Escrituras ponen en la misma categoría a los astrólogos y a los soñadores con otros falsos profetas y practicantes de cosas abominables (versículos 5,6; Deuteronomio 17:3-5). No valdría la pena hablar de todo eso si no fuera por el hecho de que nuestra sociedad parece estar regresando a las mismas formas de paganismo abierto. Vemos los horóscopos en todos los periódicos,

docenas de astrólogos aparecen en las Páginas Amarillas, y hay muchas personas tan aturdidas que ya no pueden hacer diferencia entre Dios y su creación.

Lo mismo sucede con algunas otras de las abominaciones que practicó Manasés. El sacrificio de niños ya lo hemos discutido en relación con Acáz (vea el comentario a la sección 28:2). Ellos sacrificaban a sus hijos como un acto supremo de devoción a su dios falso. Muchas personas abortan a sus bebés como una señal de su suprema indiferencia hacia Dios y hacia el don de la vida que él proporciona. ¿Quiénes son más culpables?

También hay mucho en qué pensar al observar las diferentes supersticiones que se mencionan en el versículo 6. La llamada “magia negra” se origina en la falta de confianza en Dios. Se conciben poderes sobrehumanos que tienen que ser manipulados, apaciguados, adulados y algunas veces engañados para que realicen lo que los seres humanos quieren. En vez de confiar en las promesas de Dios, el adivinador quiere conseguir “información secreta” acerca del futuro. En vez de depender de la ayuda del Señor, el hechicero utiliza fórmulas mágicas: algunos actúan en forma pasiva para proteger a su usuario del mal; otros en forma activa para influir en otras personas. Incluso otros supuestamente les dan a sus usuarios habilidades especiales que las personas comunes no poseen. Importa poco si alguien consulta a los muertos, si mezcla pociones, si observa el vuelo de los pájaros, o si huye supersticiosamente de algún agüero; el Señor considera todas esas cosas como “abominaciones” que provocan su ira (versículo 2).

Desde el principio, la iglesia de Dios estuvo formada por personas llamadas de muchas tribus, y al crecer abarcó muchas culturas diferentes. Cuando nuestras congregaciones se apartan de su origen rural y europeo, por supuesto acogemos y animamos a que se tenga una mayor sensibilidad por las costumbres y la cultura de los demás que viven entre nosotros. Mientras llegamos a más individuos con el evangelio salvador, queremos estar alerta para no imponerles nuestras propias costumbres a otros, por un

sentido equivocado de superioridad. Después de todo, nuestra fe se funda en la Palabra eterna de Dios, no en el envase cultural en que llegó a nosotros. Queremos escuchar y aprender de los cristianos nacidos en otras culturas y permitir que su visión enriquezca nuestro propio entendimiento de la Palabra de Dios. Sin embargo, al mismo tiempo, no olvidemos esto: los cristianos como grupo deben ser distintos de su cultura. Esta amonestación de Pablo no tiene fecha de vencimiento: “Ya no andéis *como los otros gentiles*, que andan en la vanidad de su mente” (Efesios 4:17). Dios todavía quiere que nos despojemos del viejo hombre y nos vistamos del nuevo hombre, creado a la imagen de Cristo (Efesios 4:21-24). Como muestra claramente el ejemplo de Manasés, no todo lo que tiene una cultura vale la pena conservar.

### *El Señor lleva a Manasés al exilio*

**<sup>10</sup> Y habló Jehová a Manasés y a su pueblo, pero ellos no escucharon; <sup>11</sup> por lo cual Jehová trajo contra ellos los generales del ejército del rey de los asirios, los cuales apresaron con grillos a Manasés, y atado con cadenas, lo llevaron a Babilonia.,**

El Dios fiel envió a sus profetas para advertirle a su pueblo infiel: “pero ellos no escucharon” (versículo 10). Así que el Señor entregó a Manasés a la “misericordia” del rey asirio. Los historiadores modernos sugieren que es probable que esto que haya sucedido con una rebelión del rey babilonio Samas-sum-ukín (652-648 a.C.).\* Aunque esta teoría pueda ser de interés histórico, es mucho más importante para nosotros notar el propósito que tuvo el cronista al volver a narrar este incidente. Manasés le había sido infiel al Señor; había hecho que Judá se descarriara junto con él (33:9). Juntos violaron flagrantemente la ley de Dios y quebrantaron su pacto. En lugar de llevar una vida santa como el

---

\* Dillard, p. 264.

pueblo de Dios, se volvieron todavía más impuros que las naciones que el Señor había destruido en un principio (33:9). Estaban listos para el juicio, pero sólo Manasés fue llevado al exilio (versículo 11). ¿Fue sólo un accidente que el rey fuera llevado al exilio a Babilonia? El Señor trató con Manasés de tal manera que el rey pudiera servir como un ejemplo de las intenciones que tenía el Señor para con su pueblo, tanto de su ira para desarraigarlos de la tierra como de su asombrosa gracia para restaurarlos.

### *El arrepentimiento y la restauración de Manasés*

**<sup>12</sup> Pero cuando se vio en angustia, oró a Jehová, su Dios, y se humilló profundamente en la presencia del Dios de sus padres. <sup>13</sup> Oró a él, y fue atendido; pues Dios oyó su oración y lo hizo retornar a su reino en Jerusalén. Entonces reconoció Manasés que Jehová era Dios.**

**<sup>14</sup> Después de esto edificó el muro exterior de la ciudad de David, al occidente de Gihón, en el valle, a la entrada de la puerta del Pescado, amuralló Ofel y elevó el muro muy alto. Además, puso capitanes del ejército en todas las ciudades fortificadas de Judá. <sup>15</sup> Asimismo quitó los dioses extranjeros, el ídolo de la casa de Jehová, y todos los altares que había edificado en el monte de la casa de Jehová y en Jerusalén, y los echó fuera de la ciudad. <sup>16</sup> Reparó luego el altar de Jehová y sacrificó sobre él sacrificios de ofrendas de paz y de alabanza; y ordenó a Judá que sirvieran a Jehová, Dios de Israel. <sup>17</sup> Pero el pueblo aún sacrificaba en los lugares altos, aunque lo hacía para Jehová, su Dios.**

**<sup>18</sup> Los demás hechos de Manasés, su oración a su Dios y las palabras de los videntes que le hablaron en nombre de Jehová, el Dios de Israel, están escritos en las actas de los reyes de Israel. <sup>19</sup> Su oración y cómo fue oído, todos sus pecados y su infidelidad, los sitios donde edificó lugares altos y erigió imágenes de Asera e ídolos, antes que se humillara, están escritos en las palabras de los videntes. <sup>20</sup> Durmió**

## **Manasés con sus padres y lo sepultaron en su casa. Reinó en su lugar su hijo Amón.**

Un moralista estricto tendría dificultades con este relato. Después de todo lo que había hecho Manasés, ¿cómo podía aceptarlo y recibirlo de nuevo el Señor, llevarlo otra vez a Jerusalén y volverlo a poner en el trono? Si somos honestos, podemos confesar que aun nosotros estamos tentados a cuestionar la gracia que puede perdonar a una persona como Manasés. Para hacer de abogado del diablo, la gracia de Dios parece muy injusta y hasta inmoral al unir el bien con el mal, al perdonar por igual a quienes son dignos y a los que no lo son. Una cosa es ofrecerle el perdón de Dios a quien es piadoso por fuera, parece otra cosa completamente diferente ofrecerlo a personas cuyos actos las convierten en equivalentes a asesinos múltiples espirituales. ¿Cuántas vidas espirituales había arruinado Manasés con sus costumbres idólatras? Un juicio conservador parecía indicar que fueron muchos miles. Sin embargo se “[humilló]” y el Señor “oyó su oración” (versículos 12,13). ¿Dónde está la justicia de esto?

Para el cronista, se trataba simplemente de la promesa del Señor. En respuesta a la oración de Salomón, el Señor dijo: “Si se humilla mi pueblo, sobre el cual mi nombre es invocado, y oran, y buscan mi rostro, y se convierten de sus malos caminos; entonces yo oiré desde los cielos, perdonaré sus pecados y sanaré su tierra” (7:14). El rey Manasés se humilló y el Señor lo escuchó y lo perdonó, precisamente como el Señor había dicho. Por causa de esa misma promesa, el pueblo de Judá, que había sido llevado al exilio, podía tener la segura esperanza de que el Señor los volvería a traer. Ese mismo consuelo podía alegrar los días de los exiliados que habían regresado y estaban luchando por sobrevivir. Mucha gente de su pueblo permanecía en exilio. ¿Reuniría el Señor a su pueblo? ¿Estaría Israel alguna otra vez completo? Dios lo había prometido y lo cumpliría, él le respondería a su pueblo cuando ellos clamaran: “¡Sálvanos, Dios, salvación nuestra! Recógenos y líbranos de las naciones” (1 Crónicas 16:35).

O la gracia es gracia para todos o no hay gracia alguna. En el Nuevo Testamento podemos señalar a personas como Pedro, Pablo o cualquiera de los discípulos durante la pasión de nuestro Señor. Todos eran parientes espirituales de Manasés. Todos los discípulos abandonaron a Jesús y huyeron; todos le volvieron la espalda cuando más los necesitaba. Pedro todavía seguía hablando por todos ellos cuando negó tres veces a Jesús. Habían estado demasiado creídos y confiados en su propia fortaleza y demasiado vacíos del poder de Dios. ¿Cuál de ellos podía decir: “*Merezco* el perdón de mi Señor; *merezco* más que un Judas o un Caifás”? ¡Ni siquiera uno!

Tal vez Dios nos ha evitado la angustia de cometer un gran pecado evidente para todos. Tal vez no venimos de un medio caótico de pecado. No hay evidencia de lugares altos paganos en nuestro pasado y tampoco hay altares a ídolos al aire libre para que todos los vean. ¿Pero qué tal los lugares altos en nuestros corazones? ¿Los altares de los ídolos justamente dentro del templo del Espíritu, los que nadie ve excepto el Señor? El orgullo, el yo, el egoísmo y la terquedad. Lo secreto, lo vergonzoso y lo bajo, todo lo perverso de nuestro espíritu desasosegado. ¿Quién los expiará y cómo podremos estar de pie ante el trono del juicio de Dios?

Martín Franzmann escribió una vez acerca del significado de la resurrección de Jesús para sus discípulos. Sus palabras son muy apropiadas:

La gracia que experimentaron en la resurrección fue una gracia completa que anunciaba el perdón total . . .  
[la cual] no degrada ni destruye al pecador sino que lo restaura instantánea y completamente a la hermandad. Jesús estaba poniendo la otra mejilla cuando llamó a estos hombres que estaban en arruinados y eran incrédulos para que fueran sus discípulos y hermanos. Él se estaba arriesgando de nuevo a que lo traicionaran, a que huyeran de él, a que lo negaran. Pero corrió el riesgo del amor que

perdona, el amor que asegura su riesgo solo con su propio don.\*

Al fin de cuentas, todos nos debemos describir con las palabras de Pablo: “Por la gracia de Dios soy lo que soy” (1 corintios 15.10). Ésta es la misma gracia que vemos demostrada en la vida de Manasés.

Después de su propia caída en el pecado y de su arrepentimiento, el rey David escribió lo que la gracia de Dios lo impulsaría a él a hacer: “Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos y los pecadores se convertirán a ti” (Salmo 51:13). En otras palabras, la gracia no nos lleva a ser tibios con el pecado; más bien nos lleva a dar testimonio del Señor, aquel que nos mostró esa bondad, en palabra y en obra. Eso exactamente hizo Manasés. En Babilonia había aprendido la verdad de que “Jehová es Dios” (versículo 13). Una vez que regresó a Jerusalén, hizo lo mejor que pudo para deshacerse de los dioses extraños y para quitar las imágenes que había establecido en el Templo del Señor (versículos 15,16). Podemos deducir que no tuvo un éxito completo por los pasajes como 2 Reyes 23:12, donde se nos dice que Josías en su propia reforma fue obligado a quitar del Templo otra vez algunos de los altares de Manasés. Tal vez Amón, el hijo de Manasés, los había puesto de nuevo. En todo caso, el cronista aclara que la reforma de Manasés no se compara en nada a la de Ezequías. “El pueblo aún sacrificaba en los lugares altos” (versículo 17).

### *La infidelidad y la muerte de Amón*

**<sup>21</sup> Veintidós años tenía Amón cuando comenzó a reinar, y dos años reinó en Jerusalén. <sup>22</sup> Hizo lo malo ante los ojos de Jehová, como había hecho Manasés, su padre; porque**

---

\* Martin Franzmann, *Follow Me: Discipleship According to Saint Matthew* (St Louis: Concordia Publishing House, 1961), pp. 217, 218.

**ofreció sacrificios y sirvió a todos los ídolos que su padre Manasés había hecho. <sup>23</sup> Pero nunca se humilló delante de Jehová, como se humilló Manasés, su padre; antes bien aumentó el pecado.**

**<sup>24</sup> Conspiraron contra él sus siervos y lo mataron en su casa. <sup>25</sup> Pero el pueblo de la tierra mató a todos los que habían conspirado contra el rey Amón, y proclamó rey en su lugar a su hijo Josías.**

La descripción del reinado de Amón, el hijo de Manasés, felizmente es breve. Fue la imagen perfecta de la depravación de su padre, “porque ofreció sacrificios y sirvió a todos los ídolos que su padre Manasés había hecho” (versículo 22). La única diferencia fue que “nunca se humilló delante de Jehová” (versículo 23). En realidad sucedió totalmente lo opuesto: se volvió peor. Amón gobernó solo dos años hasta que perdió la vida en una conspiración palaciega (versículo 24). El pueblo de la tierra puso como rey en su lugar a su hijo Josías. Él fue el último rey que llevó a cabo alguna reforma espiritual. El cronista quiere que consideremos la historia de este rey a continuación.

### *El reino de Dios bajo Josías, la última reforma*

A lo largo de toda la lectura de 2 Crónicas, hemos tratado de permanecer conscientes de las características de nuestro autor. Desde luego, cubre el mismo tema que encontramos en Samuel y en Reyes; sin embargo, tiene sus propias preocupaciones, sus propias áreas de énfasis y su voz única. Todo esto es para el bien. Después de todo, el Espíritu Santo pudo haber inspirado a un solo autor humano para que cubriera todo el período; no obstante, él decidió inspirar más de uno, y hacemos bien en respetar su decisión.

Al mismo tiempo, debemos estar conscientes de algunos eruditos que están tan preocupados por conservar la voz distinta del escritor bíblico que hasta le hacen daño la unidad de las

Escrituras. Tenemos un ejemplo en estos capítulos. El escritor de Reyes decide destacar el ministerio de Josías el rey y tratar su reinado por temas. Con el interés de resaltar el arrepentimiento completo de Josías, su respuesta de todo corazón a la ley del Señor, el escritor de Reyes pone toda su descripción de las reformas de Josías después del descubrimiento del Libro de la Ley en el Templo. Si sólo tuviéramos su relato, podríamos pensar que el descubrimiento del libro de la Ley motivó la reforma, en lugar de hacer que cobrara impulso y se dirigiera por senderos específicos. Por el cronista, sabemos que las reformas de Josías ya iban bien adelantadas antes de que apareciera el libro de la Ley. Hay algunos críticos bíblicos negativos que simplemente lo señalan como una contradicción, ya que no comparten nuestro elevado punto de vista acerca de la inspiración verbal de las Escrituras.

Los dejamos que vayan por su camino. Nosotros simplemente alabamos a nuestro Dios por darnos escritores bíblicos que nos ayudan, cada uno a su manera, a entender las diferentes facetas de un solo relato. Notamos la libertad que tienen para enfatizar o restarle importancia a varias características de una historia conocida según las necesidades especiales de las personas que iban a recibir su mensaje. Y como resultado, tenemos una mejor idea de lo que significa enseñarle fielmente la Palabra de Dios a la siguiente generación.

Enseñar con fidelidad significa más que recitar en forma mecánica cada palabra que hemos escuchado, exactamente en el mismo orden en que la hemos escuchado. Es cierto, queremos ser fieles a los detalles, pero también queremos ser fieles a la esencia del evangelio en el relato. Si no encontramos en las Escrituras el ferviente llamado de Dios al arrepentimiento y su promesa, sin condiciones o costos escondidos, de perdón en la preciosa sangre de Cristo, no estamos escuchando en absoluto las Escrituras. Enseñar fielmente implica ayudarle a cada generación a que comprenda que tendrá que rendir cuentas de sus propios pecados y no de los pecados de alguna otra generación muerta y desaparecida. Mucho más que eso, cada generación debe escuchar

que su maestro le aplique la gracia de Dios a sus propias luchas y aflicciones, no a los problemas que se padezcan en algún tiempo lejano y en tierras distantes.

### *Un rey fiel purga la tierra y el Templo*

**34** Tenía Josías ocho años cuando comenzó a reinar, y treinta y un años reinó en Jerusalén. <sup>2</sup> Hizo lo recto ante los ojos de Jehová y anduvo en los caminos de David, su padre, sin apartarse a la derecha ni a la izquierda.

<sup>3</sup> A los ocho años de su reinado, siendo aún muchacho, comenzó a buscar al Dios de David, su padre; y a los doce años comenzó a limpiar a Judá y a Jerusalén de los lugares altos, imágenes de Asera, esculturas e imágenes fundidas.

<sup>4</sup> Fueron derribados en su presencia los altares de los baales, e hizo pedazos las imágenes del sol que estaban puestas encima; despedazó también las imágenes de Asera, las esculturas y estatuas fundidas, las desmenuzó y esparció el polvo sobre los sepulcros de los que les habían ofrecido sacrificios. <sup>5</sup> Quemó además los huesos de los sacerdotes sobre sus altares y limpió a Judá y a Jerusalén. <sup>6</sup> Lo mismo hizo en las ciudades de Manasés, Efraín, Simeón y hasta Neftalí, y en los lugares asolados alrededor. <sup>7</sup> Después de derribar los altares y las imágenes de Asera, quebrar y desmenuzar las esculturas, y destruir todos los ídolos por toda la tierra de Israel, volvió a Jerusalén.

<sup>8</sup> A los dieciocho años de su reinado, después de haber limpiado la tierra y la Casa, envió a Safán hijo de Azalía, a Maasías, gobernador de la ciudad, y a Joa hijo de Joacaz, el canciller, para que repararan la casa de Jehová, su Dios.

<sup>9</sup> Estos se presentaron ante el sumo sacerdote Hilcías y le entregaron el dinero que había sido traído a la casa de Jehová, que los levitas que guardaban la puerta habían recibido de Manasés, de Efraín y de todo el resto de Israel, de todo Judá y Benjamín, y de los habitantes de Jerusalén.

**<sup>10</sup> Lo pusieron en manos de los que hacían la obra, que eran mayordomos en la casa de Jehová, y estos se lo daban a los que hacían la obra y trabajaban en la casa de Jehová reparando y restaurando el Templo. <sup>11</sup> Daban asimismo a los carpinteros y canteros para que compraran piedra de cantería y madera para los armazones, y para la entabladura de los edificios que habían destruido los reyes de Judá.**

**<sup>12</sup> Estos hombres procedían con fidelidad en la obra. Los encargados de activar la obra eran Jahat y Abdías, levitas de los hijos de Merari, y Zacarías y Mesulam, de los hijos de Coat, y todos los levitas entendidos en instrumentos de música. <sup>13</sup> También velaban sobre los cargadores y eran mayordomos de los que se ocupaban en cualquier clase de obra. Entre los levitas había escribas, gobernadores y porteros.**

Hay tiempos en los que todo el mundo parece estar cubierto por una nube gris, cuando la belleza de una vida recta parece perder su lustre. La gente comienza a ver la vida no como fundada sobre la realidad de verdades básicas sino sobre un sin fin de “posibilidades”, todas igualmente buenas de las que se puede escoger. Hay épocas en que las verdades de Dios se reciben no tanto con furia, sino encogiendo con cinismo los hombros y arqueando irónicamente las cejas. ¿Quién puede dudar del efecto que tuvieron sobre Judá los 50 años bajo el gobierno espiritual de un Manasés, especialmente porque la época finalizó con el pecado desvergonzado de un Amón? No obstante, de esos últimos días grises surgió otro rey bueno, otro rayo de luz que traspasó la oscuridad. Su nombre fue Josías.

Hay muchas cosas notables que se podrían mencionar acerca de él, la más importante de ellas es su existencia misma. ¿De dónde vino? ¿En una sociedad en decadencia como ésta, qué hizo que un rey de 16 años de edad (versículo 3) declarara que sería un seguidor del Señor? Desde luego, dar a conocer sus pensamientos

a esa tierna edad tenía sus riesgos, antes de haber llegado a ser mayor de edad. Por ese tiempo Judá se había acostumbrado a sus ídolos; por ese entonces Judá había visto que los reformadores venían y se iban. No obstante, precisamente de ese lugar desde el cual parecía que jamás podría volver a salir algo bueno, Dios proveyó a alguien cuyo valor, fidelidad y piedad fueron sin igual. “Hizo lo recto ante los ojos de Jehová y anduvo en los caminos de David, su padre, sin apartarse a la derecha ni a la izquierda” (versículo 2). En esta última observación, particularmente sobre la naturaleza recta de Josías, hace que se destaque de entre todos los otros reyes anteriores a él. Sin duda, eso lo distinguió de su propia generación perversa y corrupta. El cronista no elogia tanto a ningún otro rey.

A la edad de 20 años, la edad en que los hebreos consideraban que un joven estaba listo para hacerse cargo del trabajo de un hombre (vea Números 1:3; 26:2; 2 Crónicas 25:5), el rey Josías fue a la guerra contra los ídolos en su reino. La verdad de Dios tuvo consecuencias; Josías comprendió que buscar “al Dios de David” (versículo 3) implicaba la destrucción de todos los altares rivales y los objetos de adoración. Aunque mostraba semejanzas con las purgas previas bajo reyes anteriores, la reforma de Josías parece notable por su naturaleza sistemática y completa. Comenzó en Judá y Jerusalén (versículo 3), siguió con “las ciudades de Manasés, Efraín, Simeón y hasta Neftalí” (versículo 6).

Se derrumbaron los lugares altos, las imágenes de Asera, los ídolos y las imágenes (respecto a las últimas tres, el hebreo dice literalmente: las aplastó y las pulverizó). Josías derribó los altares para el sacrificio a Baal e hizo pedazos los altares de incienso del culto a Baal. Como si eso no fuera suficiente, se aseguró de que nadie quisiera volver a usar jamás los viejos altares ni las imágenes, al profanarlas completamente a todas con la contaminación de la muerte (Números 5:2). Esparció las cenizas de los ídolos sobre las tumbas de las personas que los habían adorado, y contaminó los lugares sagrados para la adoración a los ídolos con los huesos de quienes les sirvieron como sacerdotes.

En eso también parece que fue más allá que cualquier otro rey anterior a él.

Los estudiantes de la historia tal vez quieran saber cómo fue posible que Josías pudiera extender su reforma tan lejos al norte. ¿Acaso no se habían incorporado estas áreas al Imperio Asirio? Asurbanipal, el último gobernador asirio importante, que murió en el año 627 a.C., llevó el imperio a una caída en picada de la que nunca se recuperó. Debido a la rápida desintegración de Asiria, el norte de Palestina se convirtió rápidamente en tierra de nadie. Podemos ver fácilmente que Josías pudo haber tenido más libertad para realizar los cambios en el Norte si suponemos que la purga comenzó al norte de la frontera de Judá alrededor del año 625 a.C. Desde el punto de vista del cronista, la obra de Josías fue una pieza más de evidencia para probar que quien se sentaba en el trono de David era el rey legítimo sobre *todo* Israel.

El cronista hace una observación similar en cuanto a las reparaciones del Templo. A los 18 años (622 a.C.), Josías envió funcionarios de alto rango para que comenzaran el proyecto de renovación del Templo, que había sido completamente destrozado durante los reinados de Manasés y de Amón (versículo 11). Con este proyecto, Josías deseaba purificar a todo el país, ya que el Templo, que todavía tenía las marcas de la idolatría, era un contaminante espiritual no sólo para Jerusalén sino para toda la tierra de Israel (versículo 8). El rey recogió una ofrenda para la obra y el dinero llegó procedente, no solo de Judá sino también del pueblo de “Manasés, de Efraín y de todo el resto de Israel” (versículo 9). Dios tuvo el propósito de que su Casa fuera el santuario para *todo* Israel; *todo* Israel tomó parte en su reparación.

Podríamos llegara a considerar los versículos 12 y 13 casi como líneas desechables si no reconociéramos en este momento la manera como reiteran algunos de los temas comunes de nuestro escritor. El cronista hace una nueva pausa para destacar la fidelidad de los trabajadores al llevar a cabo sus responsabilidades. Además, parece que nunca dejará pasar una oportunidad para mencionar los nombres de algunos levitas. En este caso, sorprendentemente, solo

los clanes de Coat y Merari están representados. No sabemos por qué se omitió a Gersón.

Los antecedentes de estos levitas supervisores tal vez sean mucho más sorprendentes. Bajo circunstancias normales trabajaban como músicos, escribas, secretarios y porteros, puestos que parecen muy distintos de desempeñarse como supervisores en un equipo de construcción. Hay evidencia que sugiere que los músicos pudieron haber interpretado un acompañamiento musical para los trabajadores en algunos antiguos lugares de la construcción.\* Pudo ser que aquí el cronista pensó en algo como esto. Por otro lado, tal vez quiera señalar simplemente la flexibilidad de los levitas que tenían la buena voluntad de aceptar diferentes clases de trabajo en lugar de exclamar: “¡Para eso no hemos sido llamados!” No lo podemos determinar con seguridad.

Lo que está claro es que el cronista nunca considera que sea superfluo reconocer el trabajo fiel que han hecho las personas fieles. Sus nombres están anotados en las Escrituras. Lo más importante es que esos están escritos en el corazón de Dios, junto con los incontables nombres de otros que nunca aparecieron en las Escrituras, ni alcanzaron a aparecer en un renglón en el boletín de la iglesia. Sin embargo, el Señor sabe quiénes son suyos y sabe lo que ellos han hecho para él.

### *Se encuentra el libro de la Ley; el arrepentimiento del rey*

**<sup>14</sup>Al sacar el dinero que había sido traído a la casa de Jehová, el sacerdote Hilcías halló el libro de la ley de Jehová, dada por medio de Moisés. <sup>15</sup>Entonces Hilcías dijo al escriba Safán:**

**—He hallado el libro de la Ley en la casa de Jehová.  
Y dio Hilcías el libro a Safán.**

**<sup>16</sup>Safán lo llevó al rey y le contó el asunto diciendo:  
—Tus siervos han cumplido todo lo que les fue**

---

\* Dillard, citando a Rudolph, p. 280.

**encomendado. <sup>17</sup> Han reunido el dinero que se halló en la casa de Jehová y lo han entregado a los encargados y a los que hacen la obra.**

**<sup>18</sup> Además de esto, el escriba Safán anunció al rey:**

**—El sacerdote Hicías me ha dado un libro.**

**Y leyó Safán en él ante el rey.**

**<sup>19</sup> Cuando el rey oyó las palabras de la Ley, rasgó sus vestidos <sup>20</sup> y ordenó a Hicías y a Ahicam hijo de Safán, a Abdón hijo de Micaía, a Safán, el escriba, y a Asaías, siervo del rey:**

**<sup>21</sup> —¡Id!, consultad a Jehová por mí y por el resto de Israel y de Judá acerca de las palabras del libro que se ha hallado; porque grande es la ira de Jehová que ha caído sobre nosotros, por cuanto nuestros padres no han guardado la palabra de Jehová haciendo conforme a todo lo que está escrito en este libro.**

Piense lo que este acontecimiento nos dice sobre la infidelidad del pueblo de Dios durante los reinados de Manasés y Amón: ¡una gran parte de la palabra de Dios se había perdido por completo! Había llegado el hambre por la palabra de Dios que había sido predicha por Amós (Amós 8:11). Algunos han dicho acertadamente que este juicio fue “el silencio terrible de Dios”. Fue más que la falta de voluntad de la gente para oír lo que Dios tenía que decir. Habían perdido todo conocimiento de la existencia del libro de la Ley (versículo 14). Algunos se han aventurado a opinar que el libro que Hicías descubrió fue el libro de Deuteronomio, y basan esta idea en los paralelos notables que existen entre las reformas del rey Josías y el contenido de ese libro. Otros sostienen que fue todo el Pentateuco, los cinco libros de Moisés, los primeros cinco libros de la Biblia. El detalle no es importante.

Lo que importa es la reacción que tuvo el rey cuando la escuchó. La historia es muy impresionante, llena de muchos detalles y toques interesantes. Cuando el libro fue súbitamente

encontrado en alguna parte de los terrenos del Templo, el proyecto del Templo estaba próximo a terminarse. Hicías, el sumo sacerdote, se lo dio a Safán, que por lo visto era el jefe de los que el rey había enviado a dirigir el proyecto de restauración del Templo (versículos 8,15). Safán debió haber tenido alguna idea del significado del libro, pero no fue hasta después de que se le dio el informe completo del proyecto del Templo (versículos 16,17) que dijo: “El sacerdote Hicías me ha dado un libro” (versículo 18). Entonces lo leyó en voz alta “ante el rey”.

En el pasado, el Señor se comunicó con sus reyes de varias formas y en diversas oportunidades. Se les apareció en visiones e hizo sentir su presencia poderosa con actos de misericordia y juicio. Con frecuencia les habló directamente por medio de un profeta o de un sacerdote, pronunciando palabras de alabanza o de reproche. Con igual frecuencia, los reyes reaccionaron con furia y rebeldía cuando les dijo cosas que no querían escuchar (16:10; 25:16; 26:19). Ningún profeta vivo tenía que venir a ver a Josías; Josías simplemente escuchó la ley de Dios que uno de sus siervos le leyó. Escuchó lo que Dios tenía que decir sobre el comportamiento que él esperaba de su pueblo. Escuchó el mensaje de Dios para su pueblo cuando obstinadamente el pueblo se había negado a obedecerle:

Maldito el que no confirme las palabras  
de esta Ley para cumplirlas.

Jehová os llevará, a tí y al rey que hayas puesto sobre tí,  
a una nación que ni tú ni tus padres conocíais,  
y allá servirás a dioses ajenos, al palo y a la piedra.

Serás motivo de horror, y servirás de refrán y de burla  
en todos los pueblos a los cuales te llevará Jehová

(Deuteronomio 27:26; 28:36,37)

¿La reacción de Josías? Ni enojo ni rebeldía. Reconoció en el libro la absoluta autoridad de la palabra de Dios, y se aplicó el mensaje a él mismo. “Rasgó sus vestidos” con pesar y angustia (versículo 19). Sabía muy bien que el pueblo de Dios había quebrantado el pacto (versículo 21). No había ni una hoja de

higuera de justicia humana para esconderse tras ella. Lo único que le quedaba a la nación que había demostrado ser tan obstinada y persistente en su rebelión era “una horrenda expectación de juicio y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios [de Dios]” (Hebreos 10:27).

La sociedad humana mide a las personas por lo que puedan hacer por sí mismas, por lo que son, por lo que tienen y lo que hacen. En el juicio de Dios, somos pecadores, lo que hacemos es iniquidad y lo que poseemos es un regalo de Dios por el que dejamos de agradecerle apropiadamente a él. Dios, por medio de su Ley, nos mide y nos encuentra defectuosos. Nos reduce a la nada, nos enseña a humillarnos delante de él con un corazón arrepentido. Ante Dios, la medida fundamental de todas las personas es cómo escucharon y cómo le hicieron caso a la Palabra de Dios. El rey Josías escuchó humildemente el mensaje de Dios y entonces le envió una delegación compuesta de algunos de los hombres principales de su reino a la profetiza Hulda para averiguar por medio de ella cuáles eran las intenciones del Señor hacia “el resto de Israel y de Judá” (versículo 21).

***La respuesta de Dios por medio de Hulda: paz para el tiempo de Josías, pero después de él, el diluvio***

**<sup>22</sup> Entonces Hilcías y los hombres del rey fueron a Hulda, la profetisa, mujer de Salum hijo de Ticva hijo de Harhas, encargado de las vestiduras, la cual vivía en el segundo barrio de Jerusalén, y le hablaron del asunto. <sup>23</sup> Entonces ella respondió:**

**—Jehová, Dios de Israel, ha dicho así: “Decid al hombre que os ha enviado a mí, que así ha dicho Jehová: <sup>24</sup> Voy a traer el mal sobre este lugar y sobre sus habitantes, es decir, todas las maldiciones que están escritas en el libro que leyeron delante del rey de Judá; <sup>25</sup> por cuanto me han dejado y han ofrecido sacrificios a dioses ajenos, provocándome a ira con todas las obras de sus manos; por tanto, se**

**derramará mi ira sobre este lugar y no se apagará.”<sup>26</sup> Pero al rey de Judá, que os ha enviado a consultar a Jehová, le diréis así: “Jehová, el Dios de Israel, ha dicho así: Por cuanto oíste las palabras del libro<sup>27</sup> y tu corazón se conmovió, te humillaste delante de Dios al oír sus palabras sobre este lugar y sobre sus habitantes, y te humillaste delante de mí, rasgaste tus vestidos y lloraste en mi presencia, yo también te he oído, dice Jehová.<sup>28</sup> Yo te recogeré con tus padres, y serás recogido en tu sepulcro en paz, tus ojos no verán todo el mal que yo traigo sobre este lugar y sobre los que habitan en él.” Y ellos refirieron al rey la respuesta.**

Hay cierta solemnidad en esta historia, que haríamos bien en considerar. La delegación que fue a Hulda era de carácter oficial. Se hace referencia a los hombres por su nombre completo (incluyendo los nombres de sus padres) o por su título. Podemos reconocer en seguida a Hilcías como el sumo sacerdote (versículo 20). De modo semejante, se identifica a Hulda, la profetisa de una forma sumamente formal, al dar el nombre completo y el título de su esposo y su lugar de residencia (versículo 22). Tiene la solemnidad de una corte judicial en la que está por darse el veredicto en un caso de pena de muerte. Los actores principales están allí. Todos los representantes del rey, del pueblo y del Templo estaban delante de Hulda para escucharla cuando diera la respuesta de Dios. ¿Cuál era su veredicto sobre Israel?

“Decid al hombre que os ha enviado a mí”, es un comienzo desalentador (versículo 23). Es sorprendente que no se haga ninguna referencia a Josías por su nombre personal ni por su familia ni su título. En cuanto al Señor, ya no tenía más palabras tiernas que decirle a la casa de David ni más consuelo que ofrecerle a su pueblo Israel. La piedad de Josías no podía alterar el propósito determinado del Señor. “Voy a traer el mal sobre este lugar y sobre sus habitantes, es decir, todas las maldiciones que están escritas en el libro que leyeron delante del rey de Judá; por cuanto me han dejado y han ofrecido sacrificios a dioses ajenos,

provocándome a ira con todas las obras de sus manos; por tanto, se derramará mi ira sobre este lugar y no se apagará” (versículo 24,25).

El Señor no le hizo este anuncio a Josías como individuo sino a Josías como “un hombre” que había preguntado por el destino de su pueblo. Dios ya no iba a tomar más en cuenta la piedad personal del que intercedía por Israel. Las cosas habían llegado demasiado lejos. Era precisamente como el Señor le había dicho una vez a Jeremías: “Aunque Moisés y Samuel se pusieran delante de mí, no estaría mi voluntad con este pueblo. Échalos de mi presencia, y que salgan” (Jeremías 15:1). Ya se había dictado la sentencia; no se podía revocar.

Sin embargo, la sentencia no se iba a ejecutar mientras que Josías viviera; esta era la esencia del mensaje del Señor para “el rey de Judá” (note en el versículo 26 que la profetiza cambia para utilizar el título del rey) “que os ha enviado a consultar a Jehová” (y por lo tanto se mostró como un verdadero pariente espiritual de David). Dios no se había olvidado de los suyos, como su pueblo se había olvidado de él. El Señor siempre escuchará los lamentos y las lágrimas del pecador penitente (versículo 27). “Yo también te he oído, dice Jehová. Yo te recogeré con tus padres, y serás recogido en tu sepulcro en paz, tus ojos no verán todo el mal que yo traigo sobre este lugar y sobre los que habitan en él” (versículos 27, 28). El significado de la frase: “Serás recogido en tu sepulcro en paz” se define con la siguiente frase: “Tu ojos no verán todo el mal que yo traigo sobre este lugar”. El rey Josías iba a morir en batalla en Meguido, pero no tendría que ser testigo de la destrucción de su reino ni ver el Templo devastado.

Los discípulos de Jesús una vez se sintieron heridos en lo vivo con las severas palabras de juicio que dijo acerca de los ricos: “Es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (Mateo 19:24). Asombrados, preguntaron si acaso alguna persona podía tener la esperanza de ser salva. Cuando escuchamos palabras de juicio, ya sean las que dijo Jesús o las que leemos en 2 Crónicas, le debemos prestar mucha atención

a la respuesta que Jesús le dio a su grupo escogido: “Para los hombres eso es imposible, pero para Dios todo es posible” (Mateo 19:26). Dios insiste en reservar el nombre Salvador solo para él. Él nos quebranta con su Ley, deja nuestro corazón vacío de cualquier motivo que tengamos para jactarnos de nosotros mismos, con el fin de que estemos listos para acoger un mensaje que solo a los pecadores les agrada escuchar.

### *Se renueva el pacto una vez más*

**<sup>29</sup> Entonces el rey hizo reunir a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén. <sup>30</sup> Subió el rey a la casa de Jehová, y con él todos los hombres de Judá, y los habitantes de Jerusalén, los sacerdotes, los levitas y todo el pueblo, desde el mayor hasta el más pequeño; y leyó a oídos de ellos todas las palabras del libro del pacto que había sido hallado en la casa de Jehová. <sup>31</sup> Y puesto en pie el rey en su sitio, hizo delante de Jehová pacto de caminar en pos de Jehová y de guardar sus mandamientos, sus testimonios y sus estatutos, con todo su corazón y con toda su alma, poniendo por obra las palabras del pacto que estaban escritas en aquel libro. <sup>32</sup> E hizo que se comprometieran a ello todos los que estaban en Jerusalén y en Benjamín; y los habitantes de Jerusalén hicieron conforme al pacto de Dios, del Dios de sus padres. <sup>33</sup> Josías quitó todas las abominaciones de toda la tierra de los hijos de Israel, e hizo que todos los que se hallaban en Israel sirvieran a Jehová, su Dios. Y mientras él vivió no se apartaron de Jehová, el Dios de sus padres.**

La autenticidad del arrepentimiento de Josías se demuestra en los frutos de fe que vemos aquí. No buscó evasivas ni debatió el juicio de Dios sobre su pueblo. No cuestionó la justicia de Dios ni se quejó de la falta de misericordia de Dios. Decidió seguir adelante y renovar el pacto una vez más en la presencia del Señor. Hizo que todo el pueblo se reuniera en asamblea solemne. Leyó

en voz alta el libro que se había encontrado, y delante de todos ellos se comprometió “con todo su corazón y con toda su alma, [a poner] por obra las palabras del pacto que estaban escritas en aquel libro” (versículo 31). Lo que es más, “Hizo que se comprometieran a ello todos los que estaban en Jerusalén y en Benjamín” (versículo 32). Como su rey, él tenía el poder para obligar a su pueblo a ser obediente al Señor (versículo 33). Siguió desarraigando cualquier rastro de idolatría que encontró (versículo 33) y mientras que vivió, su pueblo “no se [apartó] de Jehová, el Dios de sus padres” (versículo 33).

La autenticidad del arrepentimiento de Josías no está en duda. ¿Pero qué sucedió con el arrepentimiento de su pueblo? Notamos que hace falta la alegría general (una característica de la reforma de Ezequías). Por lo visto, el pueblo lo hizo porque tenía que hacerlo. Como Jeremías les dijo una vez, el nombre del Señor estaba en sus labios pero no en su corazón (Jeremías 12:2). La mayor parte de su adoración era un acto fingido (Jeremías 3:10). Eso no equivale a decir que nadie escuchara. Por supuesto, los levitas participaron con entusiasmo durante la Pascua de Josías, donde los altos funcionarios de Josías también demostraron su fe, contribuyendo voluntariamente con un gran número de animales para el sacrificio. No es necesario clasificar sus ofrendas como falsas. No obstante, esos dos grupos fueron una excepción a la regla, y la afirmación general del profeta permanece inalterada. A pesar de la respuesta de algunos, el arrepentimiento del pueblo fue sólo superficial y no comprometió su corazón ni su mente.

En el libro de Jeremías, hay un pasaje conmovedor donde el profeta refleja en su propia vida los actos de Josías aquí. El Señor le dijo a Jeremías que se pusiera delante del pueblo, leyera los términos del pacto y los instara para que obedecieran sinceramente (Jeremías 11:1-7). Pero no hay ninguna esperanza, el pueblo no puso atención (Jeremías 11:7). La única voz solitaria de asentimiento fue la del mismo profeta que dice: “Amén, Jehová” (Jeremías 11.5). La triste verdad es que la palabra de Dios puede ser rechazada y aunque siempre habrá un remanente de los fieles

dondequiera que se usen los medios de gracia, muchos miembros de la iglesia visible son hipócritas porque solo cooperan de forma externa para verse bien ante los demás feligreses por conveniencia. Una vez, en un momento oscuro y frustrante en su propia reforma, Lutero comentó: “No puedo ir más allá de los oídos [de la gente]; no puedo llegar a su corazón.”\*

Con respecto a nuestro Salvador y Rey, sabemos que ha hecho mucho más por nosotros que sólo señalar el camino a la justicia. Ha hecho mucho más que darnos un buen ejemplo. Fue a la muerte y resucitó en un acto perfecto de devoción y obediencia que cuenta para todos nosotros, igual como si lo hubiéramos hecho nosotros mismos. En su sangre ha hecho un pacto completamente nuevo e incondicional con nosotros, en el que Dios promete perdonar nuestras iniquidades y no volver a acordarse de nuestros pecados (Jeremías 31:34).

Sin embargo, hasta Jesús estaba profundamente consciente de cómo la humanidad podía pasar por alto, rechazar y despreciar la tranquila y callada voz del evangelio. Él prometió que vendría pronto para enderezar todas las cosas, pero al mismo tiempo se lamentó con estas palabras: “Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿hallará fe en la tierra?” (Lucas 18:8). Y por esto en estos días grises, cuando la gente cree en algo, en nada, en todo, pedimos humildemente “¡Querido Salvador, mantén viva la fe! Conserva un remanente de tu pueblo hasta que vengas. Creemos en tu promesa. Amén.”

### ***Una celebración sin igual de la pascua***

Después de descubrir el libro de la Ley, el rey Josías comenzó inmediatamente a hacer preparativos para celebrara la Pascua (compare 34:8 con 35:19). De nuevo, la presencia dominante durante toda esta celebración es la del mismo rey. Él inició la celebración (versículo 1); organizó y animó a los sacerdotes y

\* *Luther's Works*, American Edition, Vol. 51, p. 76.

levitas, les dio instrucciones específicas para que se pudiera acomodar a una gran multitud (versículos 2-6). Finalmente, proveyó todos los animales propiciatorios que eran necesarios para los laicos (versículo 7). Todo lo que tenían que hacer era ir y participar.

*Se hacen los preparativos*

**35** Josías celebró la Pascua a Jehová en Jerusalén, y sacrificaron la Pascua a los catorce días del mes primero. <sup>2</sup> Puso también a los sacerdotes en sus oficios y los confirmó en el ministerio de la casa de Jehová. <sup>3</sup> Dijo además a los levitas que enseñaban a todo Israel y que estaban dedicados a Jehová: «Poned el Arca santa en la casa que edificó Salomón hijo de David, rey de Israel, para que no la carguéis más sobre los hombros. Servid ahora a Jehová, vuestro Dios, y a su pueblo Israel. <sup>4</sup> Preparaos según las familias de vuestros padres, por vuestros turnos, como lo ordenaron David, rey de Israel, y Salomón, su hijo. <sup>5</sup> Estad en el santuario según la distribución de las familias de vuestros hermanos, los hijos del pueblo, y según la distribución de la familia de los levitas. <sup>6</sup> Sacrificad luego la Pascua, santificaos y preparadla para que vuestros hermanos puedan cumplir la palabra de Jehová dada por medio de Moisés.»

<sup>7</sup> Luego dio el rey Josías a los del pueblo ovejas, corderos y cabritos de los rebaños, en número de treinta mil, y tres mil bueyes, todo para la Pascua, para todos los que se hallaban presentes. Todo esto provenía de la hacienda del rey.

<sup>8</sup> También sus príncipes dieron con liberalidad al pueblo y a los sacerdotes y levitas. Hilcías, Zacarías y Jehiel, oficiales de la casa de Dios, dieron a los sacerdotes, para celebrar la Pascua, dos mil seiscientas ovejas y trescientos bueyes.

<sup>9</sup> Asimismo Conanías, Semaías y Natanael, sus hermanos, y Hasabías, Jeiel y Josabad, jefes de los levitas, dieron a los

## **levitas, para los sacrificios de la Pascua, cinco mil ovejas y quinientos bueyes.**

Josías quería que las cosas se hicieran correctamente. A diferencia de la gran celebración de la Pascua de Ezequías, Josías quiso que los corderos para la Pascua fueran sacrificados el día catorce del primer mes (versículo 1; vea también Éxodo 12:6). Tal vez el versículo 2 implique alguna falta de celo de parte de los sacerdotes; más probable es que ésta sea simplemente una declaración de resumen que nos dice que Josías organizó y animó a los sacerdotes de una forma parecida a la descripción siguiente en el caso de los levitas. Por el interés especial que tiene el cronista por los levitas, desea describir con mayor detalle las palabras de ánimo que el rey les dirigió a ellos.

No estamos del todo seguros sobre cómo se deben entender en el versículo 3 las palabras del rey. Algunos han sugerido que los levitas fieles habían escondido el Arca de Dios durante los días de Manasés y Amón. Según esta interpretación, Josías dice que la devuelvan al lugar donde pertenece y que se ocupen en las necesidades más comunes. Otros dicen que las palabras se pueden interpretar de la siguiente manera: “Dejen el Arca sagrada donde está; ya no tienen que cargarla sobre los hombros como lo hacían en los días antiguos. Dios tiene nuevos ministerios, nuevos servicios que ustedes le puedan prestar a su pueblo Israel.” De cualquier manera, el propósito básico de los comentarios del rey es quitar la atención de los levitas de las antiguas formas de servicio que fueron útiles en el pasado, pero que ahora ya no eran necesarias, para que ellos se pudieran dedicar a las nuevas formas de servicio que eran necesarias en el presente.

Un caso típico fue la necesidad del día de la Pascua. El rey quería que todo Israel estuviera presente. Grandes cantidades de machos cabríos y de corderos fueron sacrificados y preparados para el sacrificio y para comer. ¿Quién coordinaría todo eso y haría posible que Israel se reuniera en un santuario central y que a la vez todavía se celebrara la Pascua en forma particular en los

grupos familiares, como estaba ordenado en la ley de Moisés (vea Deuteronomio 16:5-7; Éxodo 12:3)? La respuesta del rey fue pedirles a los levitas que lo hicieran, siguiendo el ejemplo de la Pascua de Ezequías y convirtiendo esas medidas de emergencia en preparativos regulares (versículo 6; vea también 30:17). Por lo tanto, Josías hizo que se organizaran en sus divisiones levíticas regulares y que después se subdividieran, para que un grupo de levitas fuera responsable por cada familia laica de Israel. Ellos se encargarían de sacrificar y preparar los corderos para sus conciudadanos (versículos 5,6).

¿Pero quién proveería los corderos? ¡En esta ocasión la respuesta fue: el rey Josías! En un generoso gasto de su riqueza personal (versículo 7), el rey proveyó 30,000 corderos y cabritos para las ofrendas propias de la Pascua y 3,000 bueyes para las ofrendas de paz que por mucho tiempo habían estado asociadas con la Pascua (Levítico 3:16). Inspirados por su ejemplo, el sumo sacerdote y los otros administradores principales del templo de Dios contribuyeron de forma voluntaria con un número suficiente de animales para los sacerdotes de Israel (versículo 8), mientras que los levitas que se mencionan en el versículo 9 se encargaron de las necesidades propiciatorias de todos los levitas. De nuevo, notamos uno de los temas a los que el escritor le gusta volver repetidamente: “Vean la libertad y generosidad con que el corazón movido por el amor de Dios pueden dar, siempre que sirvan bajo la clase de rey que le agrada a Dios.” Ningún líder de la congregación debe pensar que hablar del dinero para el mantenimiento de la obra de Dios no sea un asunto espiritual.

*Se lleva a cabo el oficio de la Pascua*

**<sup>10</sup> Preparado así el servicio, los sacerdotes se colocaron en sus puestos, y asimismo los levitas en sus turnos, conforme al mandamiento del rey. <sup>11</sup> Entonces sacrificaron la Pascua; y rociaban los sacerdotes la sangre recibida de manos de los levitas, y los levitas desollaban las víctimas. <sup>12</sup> Tomaron luego**

**del holocausto, para dar conforme a los repartimientos de las familias del pueblo, a fin de que ofrecieran a Jehová según está escrito en el libro de Moisés; y asimismo tomaron de los bueyes. <sup>13</sup>Asaron la Pascua al fuego conforme a la ordenanza; pero lo que había sido santificado lo cocieron en ollas, en calderos y sartenes, y lo repartieron rápidamente a todo el pueblo. <sup>14</sup>Después prepararon para ellos mismos y para los sacerdotes; porque los sacerdotes, hijos de Aarón, estuvieron ocupados hasta la noche en el sacrificio de los holocaustos y de las grasas; por tanto, los levitas prepararon para ellos mismos y para los sacerdotes, hijos de Aarón. <sup>15</sup>Asimismo los cantores, hijos de Asaf, estaban en su puesto, conforme al mandamiento de David, de Asaf y de Hemán, y de Jedutún, el vidente del rey; lo mismo los porteros, cada uno en su puerta; y no fue necesario que se apartaran de su ministerio, porque sus hermanos los levitas preparaban para ellos.**

En esta sección sigue el tema del servicio voluntario, donde el cronista nos describe la celebración misma de la gran Pascua de Josías. Destaca en especial el fiel servicio de los levitas ese día. Una celebración como ésta era una gran empresa masiva y compleja en la que innumerables cosas hubieran podido salir mal. Pero el rey les había pedido a los levitas que se dedicaran ellos mismos a esta nueva forma de servicio y los levitas respondieron maravillosamente. ¿El resultado? Todo salió muy bien.

Los levitas sacrificaron los corderos para los laicos, después les llevaron la sangre a los sacerdotes, para que pudieran salpicarla contra el altar (vea Levítico 3:2). Mientras que los sacerdotes se ocupaban en esto, los levitas estaban desollando los animales y preparándolos para comerlos y para el sacrificio (versículo 11). Ciertas partes del cordero pascual debían ser quemadas en el altar de Dios. Los levitas separaron estas partes para que los jefes de las familias las pudieran ofrecer a Dios formalmente, entregándolas al sacerdote (versículo 12). El resto del cordero debía

ser asado y comido por toda la familia. Los levitas también se encargaron de la tarea de cocinar (versículo 13). Como se dijo antes, hubo varias ofrendas de paz estrechamente relacionadas con el ritual de la Pascua. Los levitas también se encargaron del sacrificio de los animales, de la preparación para el sacrificio y de cocinar esos animales. A diferencia del cordero pascual, que tenía que ser asado, estas ofrendas se podían preparar cocinando la carne en ollas y calderos para que los le rendían adoración a Dios las comieran (versículos 12,13; vea Deuteronomio 16:7).

El sacrificio de los animales, la separación de la carne en porciones, las diferentes formas de preparación para comerla: ¿qué más podrían hacer los levitas? Leemos que “lo repartieron rápidamente a todo el pueblo” (versículo 13). No se avergonzaban de servir como meseros, de correr con las fuentes llenas de comida hasta donde la gente estaba esperando. Se pensaría que eso habría sido suficiente, pero después de que todo ya estaba hecho, ellos todavía atendieron las necesidades de los sacerdotes y las de su propio grupo. Los sacerdotes estuvieron muy ocupados con todo el trabajo de ofrecer las porciones para el Señor en el altar del sacrificio “hasta la noche” (versículo 14). Algunos de sus compañeros levitas tuvieron ese día otras responsabilidades para desempeñar. Los cantores debieron permanecer en sus puestos y los porteros tuvieron que encargarse de la seguridad general de la casa de Dios. Pero ninguno tuvo que abandonar sus responsabilidades asignadas para celebrar la fiesta porque “sus hermanos los levitas preparaban para ellos” (versículo 15).

¡Qué bella imagen de servicio es ésta! El rey había dicho que los levitas eran “los maestros de todo Israel”, y en verdad lo fueron. Demostraron el espíritu que Dios espera ver en todos lo que le sirven, sobre todo en el santo ministerio, y también en cada una de nuestras sagradas vocaciones. Recordamos que servimos a un Rey que quiso remangarse su propia ropa y lavar los pies de sus discípulos. ¡E hizo eso mientras llevaba sobre sus hombros el peso de los pecados de ellos y estaba por entregar su vida por todos ellos! Les dijo: “Les he dejado un ejemplo y una señal infalible

por medio de la cual ustedes pueden identificar el verdadero ministerio”. El verdadero ministerio no es acumular títulos, no se encuentra en amontonar poder para mostrarlo. Se ve más bien en tomar todos nuestros dones y usar todos nuestros poderes para amar a nuestros hermanos y hermanas. ¡El ministerio consiste en poner nuestra propia vida a los pies de nuestros propios hermanos en Cristo!

*¡La mejor Pascua!*

**<sup>16</sup> Así se organizó aquel día todo el servicio de Jehová, para celebrar la Pascua y para sacrificar los holocaustos sobre el altar de Jehová, conforme al mandamiento del rey Josías.**

**<sup>17</sup> Los hijos de Israel que estaban allí celebraron en ese tiempo la Pascua y la fiesta solemne de los Panes sin levadura por siete días. <sup>18</sup> No se había celebrado una Pascua como ésta en Israel desde los días del profeta Samuel; ni ningún rey de Israel celebró la Pascua tal como la que celebró el rey Josías, los sacerdotes y los levitas, todo Judá e Israel, que allí se hallaban presentes, junto con los habitantes de Jerusalén. <sup>19</sup> Esta Pascua fue celebrada en el año dieciocho del rey Josías.**

El cronista coincide con el escritor de Reyes al decir que la Pascua de Josías fue la mejor Pascua que jamás se había celebrado (versículo 18). Fue hasta mejor que la celebración de Ezequías. ¿Por qué fue la mejor? Sin duda, parte de la razón fue la concurrencia. “Los sacerdotes y levitas, todo Judá e Israel . . . junto con los habitantes de Jerusalén” (versículo 18). En parte también se debió a la forma apropiada en que se celebró: “A los catorce días del mes primero . . . cumplir la palabra de Jehová dada por medio de Moisés. . . según está escrito en el libro de Moisés . . . conforme a la ordenanza” (versículos 1,6,12,13).

Fue la mejor que se celebró, y sin embargo se celebró en la víspera de la destrucción de Judá. Fue la más grande jamás

celebrada, y no obstante faltaron algunas cosas. Extrañamos los cantos alegres tan prominentes en las descripciones de las otras grandes celebraciones de este libro. Aquí solo se lee de manera breve: “Los cantores . . . estaban en su puesto, conforme al mandamiento de David” (35:15). Todo el pueblo estaba allí en número que era mayor al de cualquier otra Pascua, y sin embargo, extrañamos las descripciones de la alegría sin reservas y de la voluntad general de unirse bajo la clase de rey que le agrada a Dios, como lo leemos en tantos otros lugares. En esta Pascua, mucho tuvo que ser hecho por el pueblo. Todo lo que tenían que hacer era hacerse presentes. ¿Acaso ponemos algo indebido en el texto cuando oímos en estas omisiones que el cronista dice suavemente: “Fue la mejor Pascua jamás celebrada, de una manera externa; pero el corazón espiritual del pueblo permaneció sin conmoverse.”

Podemos ver por qué Josías habría celebrado esa Pascua, y podemos entender el propósito del cronista de destacar hasta donde fuera posible los aspectos positivos de ella. Un escritor, al hablar sobre el punto de vista del cronista, da un buen resumen de la sabiduría de Dios dándole a su pueblo la fiesta de la Pascua:

[En la Pascua] los israelitas comenzaron a ver, o vieron de nuevo, lo que significaba ser Israel. . . . A Israel se le tenía que llevar continuamente otra vez a sus raíces, para conocer repetidamente su verdadera identidad, para ser librada del engaño que viene de la preocupación normal con lo rutinario, lo servil y lo material, pensando que la suma de la vida no es más que esto. \*

En el comentario de la celebración de Ezequías, mencionamos el significado de la Pascua como un recuerdo del gran acto de salvación del Señor por su antiguo pueblo, la liberación de la esclavitud en Egipto. Hemos explorado el énfasis de las

---

\* J.G. McConville, *I and II Chronicles* Philadelphia: The Westminster Press, 1984) pp. 260,261.

festividades en la pureza. En la Pascua de Josías vemos otras características de la celebración que llaman fuertemente la atención.

No se pueden eliminar los aspectos propiciatorios del día. La sangre debe ser derramada. El pecado tiene el costo de una vida, la vida pura de un cordero sin mancha. También notamos la comida de paz. Israel comió la Pascua en grupos familiares particulares, que ese mismo día se unían en una familia mucho más grande. Por todas estas razones, podemos entender por qué nuestro Señor, en la víspera de su propia muerte, les dijo a sus discípulos: “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta Pascua antes que padezca!, porque os digo que no la comeré más hasta que se cumpla en el reino de Dios” (Lucas 22:15,16).

Todo se juntó esa noche cuando nuestro Señor iba a ser traicionado. Los discípulos del Señor comieron la Pascua junto con el Cordero que muy pronto le iba a dar cumplimiento. En lugar de ella, Jesús les dio a los suyos otra comida para celebrar, una comida que nos recuerda a todos el sacrificio que hizo para liberarnos, una comida que nos une a todos en un solo cuerpo cuando nos reunimos para comer su cuerpo y beber su sangre. Cada celebración de la Cena del Señor y cada antigua celebración de la Pascua finalmente alcanzarán su meta cuando todo el pueblo de Dios se reúna en la gran fiesta de alegría “en el reino de Dios” (Lucas 22:16). En la medida en que el tiempo del mundo se acorta y los días llegan a ser peores, celebramos la fiesta en santa anticipación de ese día, anhelando el retorno de nuestro Señor.

### *La muerte prematura del rey Josías*

**<sup>20</sup> Después de todas estas cosas, luego de haber reparado Josías la casa de Jehová, Neco, rey de Egipto, subió para hacer guerra en Carquemis junto al Éufrates; y salió Josías contra él. <sup>21</sup> Pero Neco le envió mensajeros a decirle: «¿Qué tengo yo contigo, rey de Judá? No vengo hoy contra ti, sino contra la casa que me hace la guerra; y Dios me ha dicho que**

**me apresure. Deja de oponerte a Dios, quien está conmigo, no sea que él te destruya.»**

**<sup>22</sup> Pero Josías no se retiró, sino que se disfrazó para darle batalla, y no atendió a las palabras de Neco, que venían de la boca de Dios. Así que fue a presentarle batalla en el campo de Meguido, <sup>23</sup> y los arqueros tiraron contra el rey Josías. Entonces dijo el rey a sus siervos: «Sacadme de aquí, porque estoy gravemente herido.» <sup>24</sup> Sus siervos lo sacaron de aquel carro, lo pusieron en un segundo carro que tenía y lo llevaron a Jerusalén, donde murió. Fue sepultado en los sepulcros de sus padres y todo Judá y Jerusalén hicieron duelo por Josías. <sup>25</sup> Jeremías endechó en memoria de Josías. Todos los cantores y cantoras recitan esas lamentaciones sobre Josías hasta el día de hoy; y las tomaron por norma para endechar en Israel. Están escritas en el libro de Lamentos.**

**<sup>26</sup> Los demás hechos de Josías y sus obras piadosas conforme a lo que está escrito en la ley de Jehová, <sup>27</sup> y sus hechos, los primeros y los últimos, están escritos en el libro de los reyes de Israel y de Judá.**

El cronista quiere hacer una conexión clara entre este episodio trágico y el otro muy feliz que lo antecedió: “Después de todas estas cosas, *luego de haber reparado Josías la casa de Jehová*, Neco, rey de Egipto, subió para hacer guerra en Carquemis” (versículo 20). El mapa del Oriente Medio estaba cambiando de nuevo, y la alineación con las grandes potencias estaba cambiando de la misma forma impresionante que ha sucedido recientemente en Europa con la ruptura del Imperio Soviético. Los asirios habían sido arrojados de todos sus centros tradicionales de poder por la coalición de los medos y los babilonios. El último rey asirio, Asuruballit, estaba tratando de aferrarse a los últimos vestigios de poder en Carquemis, una ciudad sobre el río Éufrates. Sorprendentemente Neco, el rey de Egipto, fue en su ayuda contra los babilonios. Josías, rey de Judá, trató de detenerlo.

Se han sugerido varios motivos para esto. Algunos dicen que Josías quiso seguir las políticas del partido babilonio dentro de Judá, que se había alineado desde los días del rey Ezequías con el poder creciente de Babilonia. Otros menos estrafalarios sugieren que no les quería conceder a los egipcios el derecho de pasar por el territorio que hacía tan poco tiempo había recuperado de Asiria para la corona. Si le permitía al rey de Egipto pasar de largo sin pelear, la teoría dice que pronto hubiera sido arrastrado dentro de la esfera de influencia de Egipto, y la independencia de Judá se perdería. El campo de batalla fue Meguido, notable en el saber bíblico como el lugar donde Débora y Barac habían derrotado a Jabín, mucho tiempo antes, en los días de los Jueces (Jueces 5:19). Meguido también es notable porque es el escenario donde, de acuerdo con el libro de Apocalipsis, va a ocurrir el conflicto final entre los reyes de la tierra y el reino de Dios. Allí lo conocemos por su nombre griego “Armagedón” (Apocalipsis 16:16).

Cualesquiera que fueran los motivos políticos de Josías, el cronista lamenta su falta de visión teológica al lanzarse a esta guerra. Hay algo triste en la forma en que escribe: “Después de todas estas cosas, luego de haber reparado Josías la casa de Jehová . . .” El año es el 610 a.C., y ya habían pasado alrededor de 13 años desde que el libro de la Ley se había encontrado y desde que se había celebrado la gran Pascua. Sin embargo, para el cronista, los actos de Josías se debían considerar dentro del contexto espiritual de la restauración del Templo. Es como si él estuviera diciendo: “Una vez más, después de mostrar esa devoción, después de demostrar gran poder y percepción espiritual, el rey de la casa de David cayó en gran pecado.” Dios no se lo pudo haber dicho con más claridad a Josías que por medio de Hulda, la profetiza. Judá no iba a sobrevivir mucho tiempo después de la muerte de Josías (vea 34:24-28). Sin embargo, aquí estaba Josías tratando de conservar el reino de Dios con medios físicos coactivos, cuando el reino sólo podía ser construido y fortalecido por los medios espirituales.

No solo esto, sino que Dios agregó una advertencia profética contra la batalla de Josías: “Necao le envió mensajeros a decirle: ‘¿Qué tengo yo contigo, rey de Judá? No vengo hoy contra ti, sino contra la casa que me hace la guerra; y Dios me ha dicho que me apresure. Deja de oponerte a Dios, quien está conmigo, no sea que él te destruya’” (versículo 21). El cronista calificó este mensaje como “de la boca de Dios” (versículo 22), al que Josías obstinadamente se negó a hacerle caso. Muchos han preguntado: “¿Cómo se suponía que Josías supiera que el mensaje de un rey pagano era verdaderamente del Señor? ¿Acaso hasta Senaquerib no había afirmado sin justificación que tenía el apoyo del Dios de Israel?” La respuesta parece bastante sencilla: éstas eran palabras perfectamente consistentes con las profecías anteriores de Hulda. También estaban de acuerdo con lo que todos los profetas habían estado diciendo durante bastante tiempo: Judá iba a caer. Finalmente, la amonestación permanente de Dios a todos sus reyes siempre había sido que evitaran enredarse en conflictos y alianzas con los extranjeros. Con estos antecedentes, no era una gran exageración esperar que Josías hubiera reconocido en las palabras de Necao la voz de su propio Dios.

“No se retiró, sino que se disfrazó para darle batalla” (versículo 22). Eso fue en verdad un gran error que cometió un rey que había estado entre los más grandes de Judá. Josías, tal como antes de él lo había hecho el rey Acab (un rey que había sido absolutamente malo), “se disfrazó” (versículo 22; vea 18:29). Como con el rey Acab, ese fue un intento rebelde de evadir la verdad penetrante de la palabra de Dios y una necia postura para esconderse de los temores que inspiraban su culpa (18:29). Y no iba a prosperar más de lo que Acab había prosperado: “los arqueros tiraron contra el rey Josías. Entonces dijo el rey a sus siervos: ‘Sacadme de aquí, porque estoy gravemente herido’” (versículo 23).

La traducción que hace la Reina-Valera de los momentos finales de Josías, en especial la que dice: “lo llevaron a Jerusalén, donde murió”, no es la mejor (versículo 24). Parece innecesario establecer una contradicción con el relato paralelo en 2 Reyes

donde leemos: “En cuando aquel [Necao] lo vio, lo mató en Meguido. Sus siervos *lo pusieron en un carro*, lo trajeron muerto de Meguido a Jerusalén” (2 Reyes 23:29,30). El hebreo del cronista dice simplemente: “lo trajeron a Jerusalén *y murió*”. Hasta se puede traducir como “así que murió”, sin violar las leyes del idioma. El punto es que las Escrituras no son muy específicas sobre dónde exhaló el rey su último suspiro. Pudo haber muerto en Meguido o en el viaje de regreso. Es dudoso que haya muerto en Jerusalén, en vista de la forma en que el escritor de Reyes lo expresa.

Una vez nuestro Señor le dijo a Pedro: “Todos los que tomen espada, a espada perecerán” (Mateo 26:52). Estas palabras son un comentario acertado sobre la naturaleza interminable y cínica del conflicto humano. Ninguna nación permanece para siempre como la más importante; siempre aparece alguien para derrocar al rey. Pero hay algo mucho más profundo; las palabras de Jesús nos aclaran la naturaleza espiritual de las fuerzas dispuestas contra el reino de Dios y la manera espiritual como se debe ejercer el poder en su iglesia. Jesús aceptó con calma que lo arrestaran en el huerto de Getsemaní; sabía que todo lo que estaba sucediendo era por la voluntad de Dios que gobierna todo, y por la palabra de Dios que expresamente había predicho esos acontecimientos. Nadie puede ejercer poder en el reino de Dios en contra de la palabra de Dios. Por eso el Cordero no respondió cuando se lo llevaron. Puso su vida en las manos de Dios, cuando dijo “Hágase tu voluntad”, y así ganó la victoria. Todos los que tratan de ejercer el poder en el reino de Dios usando las armas del mundo (la fuerza, la coerción, la política) deben esperar que se utilicen contra ellos armas similares y que sus esfuerzos finalmente fracasen.

La muerte prematura de Josías produjo un gran impacto en Judá. Todos hicieron gran duelo por él (versículo 24). Inclusive Jeremías compuso lamentos formales para conmemorar su muerte (note el libro de Lamentaciones) que llegaron a formar parte del repertorio de la música tradicional de Israel (versículo 25). Es fácil ver por qué esto fue así. Las nubes tormentosas que amenazan la

ira de Dios y la destrucción de Judá se habían estado oscureciendo en el horizonte durante algún tiempo. Durante el gobierno de este rey piadoso, Judá había tenido un breve resurgimiento, tan milagroso como si un árbol fuera a echar brotes y a florecer a fines del otoño precisamente antes de la llegada de los vientos gélidos del invierno.

Ese florecimiento no duró; no *podía* durar. Pronto caerían las hojas, y el árbol quedaría seco y sin vida. Un día, el mismo Jeremías prohibió la expresión de más lamentos de esta clase, sin duda porque sencillamente era revolcarse en la emociones terrenales que les impedían despertar a la realidad espiritual (Jeremías 22:10). Por razones similares, Jesús una vez se volvió a unas mujeres que lamentaban su inminente crucifixión y les dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, en el seco, qué no se hará?” (Lucas 23:28,31).

Esta lamentación por Josías probablemente conforma el fondo de la comparación que se hace en el mensaje de Zacarías acerca de la manera en que los piadosos un día se iban a doler por el Mesías inmolado: “En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén, como el llanto de Hadad-rimón en el valle de Meguido” (Zacarías 12:11). Muchos intérpretes ven a Hadad-rimón como el lugar cerca de Meguido donde Josías finalmente murió, y por eso consideran todo el versículo como una referencia a la misma tradición de la que el cronista habla aquí. Un día, el pueblo de Dios iba a llorar por Jesús de la manera como había llorado por Josías.

Pensamos en las palabras que Jesús les dijo a sus discípulos precisamente antes de su muerte: “De cierto, de cierto os digo que vosotros lloraréis y lamentaréis, y en cambio el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo” (Juan 16:20). Él les decía esto porque les podía hacer una promesa que Josías jamás podía hacer: “Os volveré a ver y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo” (Juan 16:22).

## ***El reino de Dios bajo la ira y la gracia***

El capítulo final del cronista es una vez una joya literaria. Primero, usa ampliamente su técnica de compresión, reduciendo a 23 versículos una historia que requirió 57 versículos en 2 Reyes. Eso tuvo el mismo efecto generalizador que observamos antes, haciendo más eterno y aplicable a todas las generaciones el relato de la rebelión humana y de la respuesta de Dios a ella. Como un ejemplo de esto, tomado de este capítulo, podemos considerar sencillamente la desconcertante serie de reyes y de imperios que pasan delante de nuestros ojos en este breve espacio. Primero Egipto, después Babilonia y finalmente Persia. Primero Neco, después Nabucodonosor y finalmente Ciro. Los reinos surgen, los reinos caen; el reino de Dios permanece para siempre.

Segundo, el cronista tiene un orden en la presentación rápida los reinos de los últimos cuatro reyes. Los cuatro fueron infieles; los cuatro experimentaron el dolor del exilio: inminente (como en el caso de Joaquin) o real (como en el caso de todos los demás). Los cuatro fueron obligados a pagarle tributo a un rey extranjero. Al principio consistía sólo en pagar una multa de una cierta cantidad de oro y plata; al final consistió en someterse a sucesivos pillajes de los recipientes sagrados de la casa del Señor y en el desmantelamiento de la riqueza que todo el reino había acumulado.

Después vemos cómo su presentación se desarrolla hasta un punto culminante. Los pecados de Joacaz, el primer rey de esta serie, apenas se mencionan; se deben deducir de la multa que le fue exigida por el rey Neco, y del conocimiento que tenemos de él por el libro de los Reyes (2 Reyes 23:32). Sin embargo, la acusación al rey Sedequías es mucho más completa y lleva a la descripción de los cargos formales de Dios contra todos los niveles de la sociedad judía. De modo similar, en los casos de Joacaz, Joacim y Joaquín, el cronista se concentra en el exilio de los *reyes*. También sabemos que, comenzando con Joaquín, un gran número de personas de Judá fueron llevadas al cautiverio. No obstante, el

cronista no menciona esto, se reserva la descripción del exilio del *pueblo* hasta el final del reinado de Sedecías.

El efecto de todo esto es similar al de observar un gran árbol que se está cortando. Cada golpe del hacha corta más profundo hasta que finalmente todo el árbol cae estrepitosamente contra el suelo. El hacha del juicio de Dios estaba puesta en la raíz de la casa real de David. Al final no quedaba nada de la monarquía sino un tronco, para mostrar dónde había estado (Mateo 3:10; Isaías 11:1).

Sin embargo, no debemos suponer que la muerte y la destrucción van a ser las últimas palabras de Dios para su pueblo en este libro. El cronista concluye su imponente obra con un canto de esperanza en el Señor que gobierna sobre todo y que nos promete la victoria sólo por su gracia.

### *Desafío creciente al Señor y la respuesta de él*

#### *El rey Joacaz*

**36**Entonces el pueblo de la tierra tomó a Joacaz hijo de Josías y lo proclamó rey en lugar de su padre en Jerusalén. <sup>2</sup>Veintitrés años tenía Joacaz cuando comenzó a reinar, y tres meses reinó en Jerusalén. <sup>3</sup>El rey de Egipto lo destituyó en Jerusalén, e impuso al país un tributo de cien talentos de plata y uno de oro. <sup>4</sup>Luego proclamó el rey de Egipto a Eliaquim, hermano de Joacaz, como rey de Judá y Jerusalén, y le cambió el nombre por el de Joacim. Y a Joacaz, su hermano, lo tomó Neco y lo llevó a Egipto.

Después de la muerte de Josías, el pueblo de la tierra llevó a Joacaz al poder. Las Escrituras también se refieren a él como Salum (1 Crónicas 3:15; Jeremías 22:11). Sin duda, éste era su nombre personal, siendo Joacaz el nombre que tomó cuando ascendió al trono. Joacaz era el cuarto hijo de Josías, así que es un poco extraño verlo asumir el poder por encima de sus hermanos.

Algunos comentaristas presentan una opinión interesante para explicar esto; afirman que el pueblo de la tierra apoyó el deseo de Josías de permanecer libre de la influencia de Egipto, así que los israelitas pusieron a uno de sus hijos en el trono, de quien sabían que seguiría las políticas de su padre. Por supuesto, es verdad que la elección de Joacaz no les agradó del todo a los egipcios, ya que Neco lo reemplazó con su hermano cuando regresaba a Egipto de Carquemis (vea 35:20; 2 Reyes 23:31,34). El cronista también nos da alguna información que le da más credibilidad a la idea. Neco no sólo depuso a Joacaz, sino que también le impuso una multa a la tierra de Judá (la palabra que se traduce como “pagar” en el versículo 3, en hebreo significa “dinero que se adeuda como castigo”). El castigo con una multa tiene perfecto sentido, si el rey egipcio vio el comportamiento del pueblo de Judá como un acto de rebelión contra él. El cambio de nombre que le hizo Neco a Eliaquim por Joacim (versículo 4) fue un modo no del todo sutil de hacerles saber a todos quién era el jefe. Él estaba diciendo: “Yo pongo a esta persona como mi representante”.

### *El rey Joacim*

**<sup>5</sup> Cuando comenzó a reinar Joacim tenía veinticinco años, y reinó once años en Jerusalén; e hizo lo malo ante los ojos de Jehová, su Dios. <sup>6</sup> Subió contra él Nabucodonosor, rey de Babilonia, y lo llevó a Babilonia atado con cadenas.**

**<sup>7</sup> También llevó Nabucodonosor a Babilonia parte de los utensilios de la casa de Jehová, y los puso en su templo en Babilonia.**

**<sup>8</sup> Los demás hechos de Joacim, las abominaciones que hizo, y lo que en él se halló, está escrito en el libro de los reyes de Israel y de Judá. Reinó en su lugar su hijo Joaquín.**

Probablemente Joacim es mejor conocido por nosotros como el rey que demostró su desprecio por la palabra de Dios cuando cortó el rollo en el que Jeremías había escrito sus profecías y echó

los pedazos al fuego (Jeremías 36:23-25). Jeremías había predicho que por su iniquidad iba a ser enterrado “en sepultura de asno” (Jeremías 22:19). Esa profecía solo pudo haber tenido algo que ver con la quema del rollo.

En el año 605 a.C., el tercer año del reinado de Joacim (Daniel 1:1,2), Nabucodonosor de Babilonia le puso fin al poder egipcio en Palestina, derrotando al rey Neco en la batalla de Carquemis. Cuando Nabucodonosor perseguía al rey egipcio de regreso a su tierra, se detuvo en Jerusalén para recoger algún tributo de “la casa de Jehová” (versículo 7). De ahí en adelante, Nabucodonosor quería que Joacim reconociera que el poder de Babilonia era supremo. Al mismo tiempo, el hombre fuerte de Babilonia tomó algunos rehenes para asegurar la lealtad de su nuevo vasallo. Entre estos estaba un joven brillante y noble de nombre Daniel (Daniel 1:1-6).

Durante un tiempo, Joacim se sometió al yugo babilonio, pero sus ilusiones de grandeza lo llevaron a tratar de ser algo más. Su rebelión mal dirigida contra el rey Nabucodonosor (2 Reyes 24:1) finalmente condujo a que lo ataran con cadenas de bronce para un viaje a Babilonia (versículo 6). Sin embargo por alguna razón, él nunca tuvo que ir. \* Después de su muerte, su hijo Joaquín tomó su lugar.

### *El rey Joaquín*

**<sup>9</sup> Ocho años tenía Joaquín cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses y diez días en Jerusalén; e hizo lo malo ante los ojos de Jehová. <sup>10</sup> Al cabo de un año el rey**

---

\* Existe considerable misterio alrededor de los últimos años y de la muerte de Joacim. La evidencia bíblica que tenemos es fragmentaria y difícil de organizar en un todo coherente. La evaluación que hace Werner Franzmann de la intención que tuvo Nabucodonosor al llevar a Joacim a Babilonia sigue siendo la mejor. Dice de esta intención que es “casi seguro que nunca se llevó a cabo” (*Bible History Commentary: Old Testament*, p. 528).

**Nabucodonosor mandó que lo llevaran a Babilonia, juntamente con los objetos preciosos de la casa de Jehová, y puso a Sedequías, su hermano, como rey sobre Judá y Jerusalén.**

Si nos guiamos por la genealogía que se da en el primer libro (1 Crónicas 3:17-24), a Joaquín se le consideró como el último gobernador legítimo de Judá de la línea de David. La lista de los descendientes de la casa real a través de los años de exilio y retorno se remontaba a él. También tuvo la amarga distinción de ser el monarca que presidía en el año 597 a.C., cuando Nabucodonosor deportó el primer gran grupo de judíos a Babilonia (vea 2 Reyes 24:13-16). La rebelión de su padre Joacim había sido un completo fracaso, por que hizo que Babilonia sitiara a Jerusalén. Durante esos tiempos pésimos, Joaquín llegó al poder, y disfrutó de un reinado malvado de solo tres meses antes de capitular ante Nabucodonosor. Joaquín fue llevado cautivo a Babilonia, junto con muchos objetos de valor del templo del Señor (versículo 10). No obstante, debido a que Nabucodonosor todavía no quería acabar definitivamente con Judá, puso a su propio rey títere en el trono de Judá, a Sedequías, el tío de Joacim (versículo 10). Y precisamente para estar seguro, el gobernador babilonio, antes de regresar a casa, hizo que Sedequías jurara su lealtad a él.

*El rey Sedequías marca el comienzo del fin*

**<sup>11</sup> Veintiún años tenía Sedequías cuando comenzó a reinar, y once años reinó en Jerusalén. <sup>12</sup> Hizo lo malo ante los ojos de Jehová, su Dios, y no se humilló delante del profeta Jeremías, que le hablaba de parte de Jehová. <sup>13</sup> Se rebeló asimismo contra Nabucodonosor, al cual había jurado fidelidad delante de Dios. Fue obstinado y se empeñó en no volverse a Jehová, el Dios de Israel.**

**<sup>14</sup> También todos los principales sacerdotes y el pueblo aumentaron la iniquidad, siguiendo todas las abominaciones**

**de las naciones y contaminando la casa de Jehová, la cual él había santificado en Jerusalén. <sup>15</sup> Jehová, el Dios de sus padres, les envió constantemente avisos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su morada. <sup>16</sup> Pero ellos se mofaban de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas, hasta que subió la ira de Jehová contra su pueblo, y no hubo ya remedio.**

**<sup>17</sup> Por lo cual trajo contra ellos al rey de los caldeos, que mató a espada a sus jóvenes en la casa de su santuario, sin perdonar joven ni virgen, anciano ni decrepito; todos los entregó en sus manos. <sup>18</sup> Asimismo todos los utensilios de la casa de Dios, grandes y chicos, los tesoros de la casa de Jehová, y los tesoros de la casa del rey y de sus príncipes, todo lo llevó a Babilonia. <sup>19</sup> Quemaron la casa de Dios y derribaron el muro de Jerusalén, prendieron fuego a todos sus palacios y destruyeron todos sus objetos de valor.**

La cúspide de la presentación que hace el cronista de los últimos cuatro reyes se alcanza con Sedequías. El cronista evalúa la condición espiritual tanto del rey como del pueblo, para dar un resumen de lo que se había estado desarrollando en el corazón del reino desde hacía un tiempo. Con Sedequías, el pueblo había alcanzado una etapa final de su endurecimiento contra el mensaje del Señor. Al rechazar la palabra de Dios, sólo les quedaba el juicio.

Sedequías nos hace recordar a otro pecador endurecido, a Herodes el tetrarca. Débiles, vacilantes y fácilmente influenciados por otros, los dos gobernantes tuvieron mucha curiosidad por lo que los profetas tenían que decir, y sin embargo, no lo quisieron poner en práctica (Jeremías 37:16; 38:14; Marcos 6:20). El cronista caracteriza a Sedequías mediante un memorial acusatorio que contiene todos los cargos del Señor contra él. “No se humilló”. Con esta frase, el cronista vuelve a recordar la promesa que Dios le había hecho una vez a Salomón: “Si se humilla mi pueblo . . .

entonces yo oiré” (7:14). Este fue un rey que se burló de la gracia y que despreció las promesas de Dios. Se negó obstinadamente a escuchar las advertencias de Jeremías, que eran las propias palabras de Dios para él (versículo 12). Además, “Se rebeló asimismo contra Nabucodonosor, al cual había jurado fidelidad delante de Dios” (versículo 13; vea también Ezequiel 17:19). Por lo tanto, en un solo acto de rebelión, no solo quebrantó el Cuarto Mandamiento, sino también el Segundo. Este desprecio constante y terco por la palabra de Dios condujo inevitablemente a un estado permanente de impenitencia. “Fue obstinado y se empeñó en no volverse a Jehová, el Dios de Israel” (versículo 13).

¡Qué triste que éstas hayan sido las últimas palabras que se dijeron acerca de la casa de David en el libro del cronista! Pero tal vez el autor tenía la intención de que las viéramos de otra forma. De aquí en adelante, ya no se menciona más a Sedequías; sencillamente desaparece de la narración. Lo más impresionante es que no se menciona su muerte. Y esto es cierto no solo en el caso de Sedequías, sino en el de los cuatro reyes cuyo gobierno se nos describe en este capítulo. Es verdad que las interpretaciones que se dan del silencio no son definitivas; sin embargo, se pregunta por qué el cronista abandona súbitamente lo que ha sido su práctica normal y deja que la muerte de los cuatro reyes pase sin una sola palabra. Hemos notado a través de todo el relato la manera como el escritor ha hecho su presentación con el objeto de engendrar en el corazón del lector la esperanza de que el Rey Ideal de Israel iba a venir un día. Con la ausencia de un final, con la negativa a llegar a un cierre en el capítulo final, podría ser que el cronista esté diciendo: ¿“Todavía está por escribirse el capítulo final sobre la casa de David”?

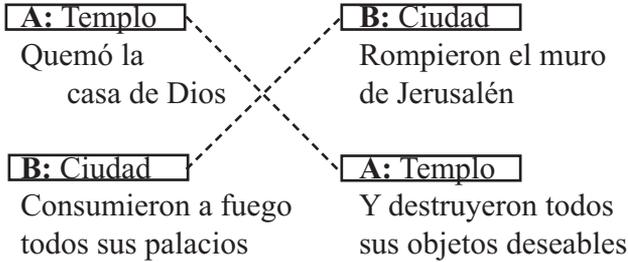
Al continuar, el escritor sagrado nos muestra cómo el pueblo de Judá reflejó perfectamente con su propia vida impía la obstinación de su rey. Ellos “aumentaron la iniquidad” (versículo 14): el hebreo aquí es muy enfático, lo podemos traducir así: “Cometieron demasiadas infidelidades”. En otras palabras, sus pecados eran más que simples equivocaciones o lapsus

momentáneos. Para ellos el pecado llegó a ser una conducta consecuente; realizaban sus actos de infidelidad repetidamente. También fueron flagrantes todas las “abominaciones de las naciones” (versículo 14). Por sus actos, ya no eran el pueblo de Dios. El pueblo hasta había “contaminado la casa de Jehová, la cual él había santificado en Jerusalén” (versículo 14; vea también Jeremías 7:30; 32:34). Todos los grupos sociales participaron en eso: “todos los principales sacerdotes, y el pueblo” (versículo 14).

¿La respuesta de Dios? Al principio “tenía misericordia de su pueblo y de su morada” (versículo 15). Envío repetidamente su Palabra por medio de sus mensajeros, los profetas: “Pero ellos se mofaban de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas” (versículo 16). La etapa final de endurecimiento había llegado cuando la gente no sólo se negó a escuchar la palabra de Dios sino que también mostró que la despreciaba por completo, riéndose de ella. Este es un pecado para el cual no hay remedio, porque su esencia es despreciar el único remedio que Dios ha provisto. Dios ha determinado salvar a la humanidad por medio de la “locura” de la predicación; y cuando voluntaria, persistente y flagrantemente despreciamos la predicación y la palabra de Dios, llega un momento en que no queda esperanza.

En la destrucción de Jerusalén, observamos la intensa ira de Dios en acción. El rey Nabucodonosor tenía sus propias razones para ir contra Judá y su rey. No obstante, estaba bajo la dirección del Señor, y su poder estaba bajo el mando de Dios. El cronista dice: “[El Señor] trajo contra ellos al rey de los caldeos” (versículo 17). En seguida recalca lo completo del acto del juicio de Dios. Ahora Dios mismo hizo que la contaminación de la muerte corrompiera su propio santuario (versículo 17). Nabucodonosor no perdonó a nadie, no hizo distinciones basándose en sexo ni en edad (versículo 17). Se llevaron todos los tesoros de la ciudad (versículo 18). Nabucodonosor dejó el lugar limpio, y después de hacerlo, destruyó lo que quedaba quemándolo (versículo 19).

El versículo 19 destaca el carácter definitivo del juicio de Dios, también de una forma estilística; lo podemos observar en el uso que hace el cronista de otro quiasma (vea el comentario a la sección 17:1-6). Como sus características no resultan tan claras en español, lo veremos en una forma gráfica:



La versión Reina - Valera traduce así la última frase: “destruyeron todos sus objetos de valor”, como refiriéndose al contenido valioso de los palacios. Preferimos considerarla como una referencia poética al Templo mismo (compare Isaías 64:11). Dios le había advertido a su pueblo; el pueblo no quiso escuchar. Ahora Dios llevó a cabo la condena sobre su pueblo por medio de Nabucodonosor.

***“Tuyo, oh Jehová, es el reino”***

*Dios conserva misericordiosamente un remanente de su pueblo*

**<sup>20</sup> A los que escaparon de la espada los llevó cautivos a Babilonia, donde fueron siervos de él y de sus hijos hasta que vino el reino de los persas;**

También los juicios de Dios ayudan a los propósitos de su gracia. De la muerte y de la destrucción, produce vida y salvación. En este versículo se encuentra el momento decisivo de este capítulo. Dios estableció un límite a la fuerza destructiva de su ira

contra su pueblo. Como lo había prometido por medio de Jeremías, “un remanente” sobrevivió, escapando de la espada (versículo 20; vea también Jeremías 23:3). Se les mantuvo en cautividad “hasta que vino el reino de los persas” (versículo 20).

*La tierra disfruta su descanso sabático*

**21 para que se cumpliera la palabra de Jehová, dada por boca de Jeremías, hasta que la tierra hubo gozado de reposo; porque todo el tiempo de su asolamiento reposó, hasta que los setenta años fueron cumplidos.**

Mientras tanto, el Señor le dio reposo a su tierra, la tierra que él había les prometido a Abraham, a Isaac y a Jacob, la tierra tan querida para el corazón de cada creyente como una prefiguración de nuestro hogar celestial. Dios mismo estaba purificando la tierra “todo el tiempo de su asolamiento”, preparándola para el regreso de su pueblo, permitiendo que disfrutara de su reposo sabático (vea Levítico 26:34,35). Liberó la tierra de la excavación y de la búsqueda constante de parte de los hombres a quienes les importaba más la acumulación de tesoros que la meditación en las cosas de Dios. La hizo descansar del pisoteo del pie del hombre inquieto y pecador, que vagaba aquí y allá en búsqueda de consuelo en los ídolos. Dios, por medio de su profeta, había predicho todo esto: “setenta años” había dicho Jeremías, el lapso de la vida de una persona (Jeremías 25:11,12; 29:10). Durante 70 años, la tierra iba a disfrutar de descanso, hasta que estuviera lista para servir una vez más como el hogar del pueblo de Dios. La promesa que hizo Dios por medio de Jeremías no falló.

Nosotros podemos estar mucho más seguros de la promesa de nuestro Salvador. Él dijo: “Voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me voy y os preparo lugar, vendré otra vez y os tomaré a mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis” (Juan 14:2,3). El camino a esa tierra que él nos ha

prometido también conduce por la muerte de todas nuestras esperanzas terrenales hasta que el corazón descansa seguro sólo en su promesa. El Salvador recorrió el camino del sufrimiento delante de nosotros, el camino de la ira de Dios y de la destrucción del infierno. Recorrió el camino de la cruz y resucitó para hacernos su promesa absolutamente segura: “Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6).

*Dios lleva a Ciro a decretar:  
“¡Regresen y reconstruyan!”*

**<sup>22</sup> En el primer año de Ciro, rey de los persas, para que se cumpliera la palabra de Jehová, dada por boca de Jeremías, Jehová despertó el espíritu de Ciro, rey de los persas, el cual hizo pregonar de palabra y también por escrito, por todo su reino, este decreto: <sup>23</sup> «Así dice Ciro, rey de los persas: Jehová, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique Casa en Jerusalén, que está en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, que sea Jehová, su Dios, con él, y suba allá.»**

¡Dios gobierna sobre todo! O como David lo dijo una vez: ¡“Tuyo, Jehová, es el reino” (1 Crónicas 29:11)! Se emite un decreto de Ciro, el rey de Persia, pero es en cumplimiento de la palabra del Señor por medio de su profeta (versículo 22). Se publica un decreto de Ciro, rey de Persia, pero fue el Señor quien en primer lugar motivó su corazón para que lo publicara (versículo 22). Al final de su primer volumen, el cronista registró la confesión de fe de David, de la que tomamos la referencia anterior. Al final de su segundo volumen, el cronista reproduce lo que es esencialmente la misma confesión, solo que esta vez vino por la boca de un rey gentil. “Jehová, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique Casa

en Jerusalén, que está en Judá” (versículo 23). Dios gobierna sobre todo, para hacer conocer sus caminos salvadores a todas las naciones y para reunir a su pueblo de todos los lugares.

De este modo, el cronista une magistralmente todos los hilos de su historia. Ha hecho las conexiones tan necesarias para edificar el corazón de sus hermanos creyentes. Israel se había marchado al exilio, pero no había dejado de ser el pueblo de Dios en esa tierra extranjera. La proclamación del rey había identificado claramente a Israel como la propiedad del Señor y le pronunció su bendición: ¡“sea Jehová, su Dios, con él”! (versículo 23). El Templo y la ciudad habían sido destruidos pero no iban a quedar así para siempre. Como lo hizo con David y con Salomón, Dios claramente había puesto en el corazón del rey persa que dijera: “[El Señor] me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén” (versículo 23). Y así Dios transformó la calamidad del exilio. El Templo, la ciudad y el pueblo habían sido restaurados. “Aclamad a Jehová, porque él es bueno; porque su misericordia es eterna” (1 Crónicas 16:34; vea 2 Crónicas 5:13; 7:3; 20:21).

En el último versículo, el cronista nos ha dado el propósito del gobierno de Dios. El Señor obra en la historia para restaurar a su pueblo a la Tierra Prometida, donde puede llevar una vida que tiene como centro su lugar de habitación y puede disfrutar de la alegría de su presencia. Recordamos cómo comenzó su relato con Adán (1 Crónicas 1:1), llevándonos a través de las épocas por medio de las genealogías, dirigiéndonos por todos los preparativos que hizo David para la construcción, y describiendo con amoroso detalle la construcción del Templo y la dedicación bajo Salomón. El cronista nos ha mostrado cómo Dios, mediante el bienestar y la aflicción, mediante reyes buenos y malos, misericordiosamente conservó su Casa y su pueblo. Ya antes en este capítulo final notó la destrucción del Templo por causa de la infidelidad obstinada del pueblo. Ahora ha cerrado el círculo. La gente del pueblo puede regresar, completamente segura de que *es* el pueblo de Dios. Puede regresar a Jerusalén y reconstruir la casa de Dios. El cronista

permite que las palabras del rey persa sean sus palabras finales de aliento y así termina su libro con esta nota de esperanza y nuevos comienzos.

Vemos que todas estas cosas tienen su cumplimiento en Cristo. Él es el Rey Ideal que nació para dar cumplimiento a los anhelos de su pueblo (Lucas 1:31-33). Él es el verdadero Templo, el Dios encarnado que vino a vivir entre nosotros (Juan 1:14; 2:19). Él es quien reúne a todos los exiliados dispersos por todas las naciones en un pueblo que le pertenece a Dios para siempre (Efesios 2:19-21). Por medio de la predicación, del Santo Bautismo y de su Santa Cena, nos hace suyos y nos conserva así.

No obstante, así como tenemos este sentido de esperanza y de algo inconcluso cuando llegamos al final de la obra del cronista, también sabemos ahora que aunque Dios haya cumplido su palabra antigua enviando a Cristo, su cumplimiento final todavía está por realizarse. Como están las cosas ahora, vemos solo en parte “por espejo, oscuramente” (1 Corintios 13:12). Todavía no ha sucedido la restauración final de todas las cosas, y el último capítulo de la obra del reino de Dios todavía está por escribirse. Por eso esperamos que nuestro Señor regrese, reuniéndonos fielmente mientras tanto alrededor de la Palabra y del sacramento, para que podamos continuar percibiendo todas las cosas desde el centro de la segura y firme voluntad misericordiosa de Dios. También nuestro exilio terminará un día. ¡Entonces qué alegría tendremos!

## ANTIGUO TESTAMENTO

GÉNESIS	ECLESIASTÉS
ÉXODO	CANTARES
LEVÍTICO	ISAÍAS
NÚMEROS	JEREMÍAS
DEUTERONOMIO	LAMENTACIONES
JOSUÉ	EZEQUIEL
JUECES	DANIEL
RUT	OSEAS
1º SAMUEL	JOEL
2º SAMUEL	AMÓS
1º REYES	ABDÍAS
2º REYES	JONÁS
1º CRÓNICAS	MIQUEAS
<b>2º CRÓNICAS</b>	NAHUM
ESDRAS	HABACUC
NEHEMÍAS	SOFONÍAS
ESTER	HAGEO
JOB	ZACARÍAS
SALMOS	MALAQUÍAS
PROVERBIOS	

## NUEVO TESTAMENTO

MATEO	1º TIMOTEO
MARCOS	2º TIMOTEO
LUCAS	TITO
JUAN	FILEMÓN
HECHOS	HEBREOS
ROMANOS	SANTIAGO
1º CORINTIOS	1º PEDRO
2º CORINTIOS	2º PEDRO
GÁLATAS	1º JUAN
EFESIOS	2º JUAN
FILIPENSES	3º JUAN
COLOSENSES	JUDAS
1ª TESALONICENSIS	APOCALIPSIS
2ª TESALONICENSIS	

La Biblia Popular es una serie de comentarios de la Biblia para todas las personas. Los autores de la serie han servido como pastores de congregaciones, profesores universitarios, o profesores de seminario, muchos en más de una de estas actividades. Cada autor comenzó con el texto original en Hebreo o Griego y después trabajó para presentar el mensaje de la Palabra de Dios a los cristianos quienes enfrentamos presiones y tentaciones cada día de la vida. Dos verdades importantes sirven de guía a todos los comentarios. Primero, la Biblia es la Palabra inspirada de Dios y por lo tanto es verdadera y confiable. Segundo, el mensaje central de toda la Biblia es Jesucristo.

El Segundo libro de Crónicas continúa la historia del pueblo de Dios. Comenzando con el rey Salomón, el libro cuenta la historia del decaimiento del pueblo de Dios.

Eventualmente Dios envió a los babilonios, quienes destruyeron a Jerusalén y llevaron al pueblo de Dios al exilio. El libro termina con el decreto de Ciro, por el cual les permitió a ellos regresar y reconstruir el país.